Contemporánea

COLETTE

Las novelas de Claudine

Claudine en la escuela
Claudine en París
Claudine casada
Claudine se va

DEBOLS!LLO

Colette

Las novelas de Claudine

Traducción de
E. Piñas y Enrique Ortenbach

DEBOLSILLO

Claudine en la escuela

Me llamo Claudine, vivo en Montigny, donde nací en 1884 y, con toda probabilidad, no moriré aquí. En mi *Manual de geografía departamental* puede leerse: «Montigny-en-Fresnois, linda villa de 1.950 habitantes, construida en forma de anfiteatro sobre el río Thaize: se puede admirar en ella una torre sarracena, bien conservada». ¡A mí, estas descripciones no me dan ni frío ni calor! Por otra parte, el Thaize no existe. Ya sé que se supone que cruza los prados debajo del paso a nivel; pero en ninguna época del año se puede encontrar en su cauce agua con que lavar las patitas de un gorrión. ¿Montigny construido en forma de anfiteatro? Yo no lo veo así; a mi entender, es una serie de casas que van descendiendo desde lo alto de la colina hasta abajo, hasta el valle, parecidas a los peldaños de una escalera, a la sombra de un gran castillo que se restauró en el reinado de Luis XV y que ya está más ruinoso que la torre sarracena, la cual se halla en la actualidad completamente cubierta por la hiedra, desmoronándose poco a poco, día tras día. Es un pueblo, no una villa. Las calles —¡gracias a Dios!— no están pavimentadas, y por ellas corren de vez en cuando pequeños torrentes, secos al cabo de un par de horas. Es un pueblo, ni siquiera muy bonito y, no obstante, lo adoro.

El encanto, la delicia de esta tierra hecha de colinas y valles, algunos tan estrechos que son torrenteras, estriba en los bosques; los bosques profundos e invasores que cabrillean y ondulan hasta allá abajo, tan lejos como la vista puede alcanzar. En algunos lugares se hallan perforados por verdes prados y pequeños cultivos verdes. Muy poquita cosa; los soberbios bosques lo devoran todo. Y así es como esta hermosa comarca resulta sumamente pobre, con sus escasas casas de labranza diseminadas aquí y allá, escasas, justo los techos rojos necesarios para hacer resaltar el verde aterciopelado de los bosques.

¡Amados bosques! Los conozco todos. ¡Los he recorrido tan a menudo! Están los bosques bajos, llenos de arbustos que al pasar arañan la cara con maldad; se hallan llenos de sol, de fresas, de muguete y también de culebras. Me he estremecido con sofocante pavor al ver deslizarse bajo mis pies esos atroces cuerpecillos, lisos y fríos; veinte veces me he perdido jadeante al encontrar bajo mi mano, cerca de la malvarrosa, a alguna culebrita muy juiciosa, enroscada sobre sí misma, con la cabecita bajo el largo cuerpo y mirándome con sus ojillos dorados. No era peligrosa; sin embargo, ¡qué susto! Pero ¡bah! ¿Qué más da? De todas maneras, siempre termino volviendo por allí, sola o con mis compañeras, la mayoría de las veces sola, pues esas chicas mayores me irritan lo que nadie sabe: tienen miedo de arañarse con las zarzas, tienen miedo de las bestezuelas, de las orugas peludas, de las arañas que se crían en los brezos, bonitas, redondas y rosadas como perlas… Chillan, se cansan… ¡Son insoportables!

¡Y luego están mis preferidos! Los grandes bosques, que cuentan dieciséis y veinte años de existencia. Se me parte el alma cuando veo que se tala alguno. En estos no hay nada de broza: árboles como columnas, senderos estrechos donde casi es de noche a mediodía, donde la voz y los pasos resuenan de forma inquietante. ¡Cuánto los amo, Dios mío! ¡Me siento tan sola en ellos, perdida la vista entre los árboles, en la luz verde y misteriosa que se filtra entre ellos! Estoy deliciosamente tranquila y a la par un poco inquieta por la soledad y la vaga oscuridad. En estos grandes bosques no hay bestezuelas ni malas hierbas; un suelo trillado, a trechos seco, sonoro o blando a causa de las fuentes. Lo cruzan conejos de blanco trasero, miedosos corzos de los que solo se puede adivinar el paso, tan velozmente corren, grandes faisanes pesados, rojos y dorados, algunos jabalíes —aunque yo nunca los he visto— y lobos (oí algunos a principios de invierno mientras recogía hayucos, esos ricos y pequeños hayucos aceitosos que pican la garganta y hacen toser). A veces, cuando se está en los bosques, nos vienen a sorprender las lluvias tormentosas y hay que acurrucarse debajo de un roble de copa más grande que las demás y, sin decir nada, oír crepitar la lluvia allá arriba, como en un techo; hay que permanecer así al abrigo, para luego salir de esas profundidades con los ojos deslumbrados y la vista incómoda bajo la luz del día.

¡Y los abetales! Poco profundos y misteriosos, me gustan por su olor, por los brezos rosa y violeta que crecen bajo los árboles, y por su canción cuando los azota el viento. Antes de llegar a ellos hay que cruzar apretados oquedales y de súbito se tiene la deliciosa sorpresa de llegar junto a un estanque, un estanque liso y profundo que el bosque rodea por todas partes, ¡tan lejos de todo! Los abetos crecen en medio, en una especie de isla; para llegar a ellos, hay que pasar valerosamente por encima de un tronco desarraigado que une ambas orillas. Hasta en verano se enciende fuego bajo los abetos —¡porque está prohibido!—. Se cuece cualquier cosa: una manzana, una pera, una patata robada en un campo y, a falta de otra cosa, pan moreno; huele a humo amargo y a resina. ¡Es abominable! ¡Es exquisito!

He pasado en estos bosques diez años de locos vagabundeos y descubrimientos. El día que tenga que abandonarlos sentiré un hondo pesar.

Cuando hace dos meses cumplí quince años, alargué mis faldas hasta los tobillos, demolieron la vieja escuela y cambiaron a la maestra. Mis pantorrillas, que atraían las miradas, exigían las faldas largas que me dan demasiado aspecto de una muchacha mayor. La vieja escuela se estaba derrumbando. En cuanto a la maestra, la pobre y buena señora X., de cuarenta años, era fea, ignorante y dulce, y siempre estaba azarada ante los inspectores de primaria; el doctor Dutertre, delegado cantonal, necesitaba su plaza para dársela a una protegida suya. En este lugar, lo que Dutertre quiere el ministro lo quiere también.

¡Pobre vieja escuela, ruinosa, malsana, pero divertidísima! ¡Ah, los hermosos edificios que se están levantando no harán que te olvide![1]

Las habitaciones del primer piso, destinadas a los maestros, eran feas e incómodas. La planta baja estaba ocupada por nuestras dos clases, la grande y la pequeña —dos salas de fealdad y suciedad increíbles—, con mesas cuyo igual no he vuelto a ver nunca más, semigastadas por el uso y sobre las cuales, en realidad, tendríamos que habernos vuelto jorobadas. El olor de la clase después de las tres horas de estudio de mañana y tarde tumbaba literalmente de espaldas. Jamás tuve compañeras de mi posición social, pues las escasas familias burguesas de Montigny enviaban a sus hijas, por afectación, a internados en la capital de la provincia, de modo que la escuela solo contaba como alumnas a hijas de gente vulgar, labradores, gendarmes y, sobre todo, de obreros; por cierto, todas ellas iban bastante mal lavadas.

Yo me encuentro en este extraño ambiente porque no quiero irme de Montigny. Si tuviera una madre, sé que no me dejaría aquí ni veinticuatro horas, pero papá no ve nada; entregado a sus trabajos, no se ocupa de mí, y no imagina que yo podría estar más correctamente educada en un convento o en cualquier instituto. ¡Y no hay cuidado de que yo le abra los ojos!

Así pues, como compañeras tengo a Claire (suprimo el apellido), mi hermana de leche, una niña dulce, de bellos y tiernos ojos y almita novelesca, que pasó toda su época de colegiala enamorándose cada ocho días (¡oh, platónicamente, desde luego!) de un nuevo chico y que aún ahora solo pide que la dejen prendarse del primer imbécil (maestro auxiliar o inspector de caminos) que sepa endilgarle una declaración «poética».

Luego, a la larguirucha Anaïs (que sin duda alguna conseguirá traspasar el umbral de la escuela de Fontenay-aux-Roses, gracias a una prodigiosa memoria que le hace las veces de auténtica inteligencia); es fría, viciosa y tan imposible de conmover que jamás se ruboriza, ¡feliz ella! Posee la auténtica ciencia de lo cómico y muchísimas veces me he puesto mala de risa. Tiene el cabello ni rubio ni negro, amarillenta la tez, descoloridas las mejillas, ojos negros pequeñitos y es larga como una rama de guisantes. En suma, alguien nacida vulgar; embustera, tramposa, aduladora, traidora; la larguirucha Anaïs saldrá adelante en la vida. A los trece años escribía a un mocoso de su edad, con el que concertaba citas; se supo, y de ahí salieron un montón de cuentos que conmovieron a todas las crías de la escuela, menos a ella.

Luego vienen las Jaubert, dos hermanas, gemelas incluso, buenas alumnas. ¡Ah, buenas alumnas, sin

duda! De buena gana las desollaba, tanto me irrita su cordura, su bonita letra y su tonto parecido; tienen caras blanduchas y apagadas, y ojos de borrego, llenos de llorona dulzura. Estudian siempre, están llenas de buenas notas, son correctas y solapadas, y su aliento huele a cola fuerte. ¡Uf!

Y a Marie Belhomme, tontita, pero ¡tan divertida! A los quince años, razonable y sensata como una nenita de ocho, poco despierta para su edad, abunda en colosales ingenuidades que acaban por desarmarnos. La queremos un horror y muchísimas veces he dicho un montón de barbaridades delante de ella porque primero se ofende de veras para luego reírse con todas sus fuerzas, alzando al cielo sus largas manos estrechas, «manos de comadrona», según dice la larguirucha Anaïs. Marie, morena y mate, con sus ojos negros, rasgados y húmedos, y su naricilla sin malicia, parece una bonita liebre asustada. Estas cuatro últimas y yo constituimos este año la pléyade envidiada; por encima de las mayores, aspiramos al certificado elemental.

El resto, a nuestros ojos, es la hez, el vulgo. En el curso de este diario presentaré a otras compañeras, pues es decididamente un diario, o algo parecido, lo que voy a comenzar.

La señora X., que ha recibido el aviso de traslado, estuvo llorando —¡pobre mujer!— todo el santo día, y nosotras igual, lo que me inspira una vigorosa aversión hacia su sustituta. En el mismo instante en que aparecen en el patio los demoledores de la vieja escuela, llega la nueva maestra, la señorita Sergent, acompañada por su madre, una mujer gorda, con cofia, que sirve a su hija y la admira, y que hace el efecto de una campesina marrullera a quien no se la dan con queso, pero que en el fondo es buena persona. En cuanto a la señorita Sergent, parece todo menos buena, y tengo malos presentimientos sobre esta pelirroja de buena figura, de talle y cadera redondos aunque de flagrante fealdad, de cara hinchada y siempre ardorosa, y nariz un poco chata entre dos ojuelos negros, hundidos y recelosos. En la vieja escuela ocupa una habitación que no será necesario demoler enseguida, lo mismo que su ayudante, la bonita Aimée Lanthenay, que me gusta tanto como su superiora me desagrada. Mantengo estos días contra la señorita Sergent, la intrusa, una actitud huraña y rebelde. Ha intentado domesticarme, pero he respingado casi con insolencia. He de reconocer, tras algunas violentas escaramuzas, que es una maestra superior, clara, a menudo tajante, con una voluntad que sería admirablemente lúcida si a veces no la cegara la ira. Con algo más de dominio sobre sí misma, esta mujer sería admirable; pero ¡que alguien se le resista!: llamean sus pupilas y se le humedecen de sudor los rojos cabellos. Ayer la vi salir para no arrojarme un tintero a la cabeza.

Durante los recreos, como el húmedo frío de este feo otoño no me invita a jugar, charlo con la señorita Aimée. Nuestra intimidad progresa rápidamente. De naturaleza felina, delicada y friolera, muy cariñosa, me gusta contemplar su carita que, de súbito, adquiere una tonalidad sonrosada y sus doradas pupilas de arqueadas pestañas. ¡Hermosos ojos que solo piden sonreír! Cuando sale, los mozos se vuelven a mirarla. A menudo, mientras charlamos en el umbral de la clase, la señorita Sergent pasa sin decir nada frente a nosotras para ir a su habitación, envolviéndonos en sus miradas celosas e inquisitivas. Mi nueva amiga y yo comprendemos, por su silencio, que está rabiando al ver que congeniamos tan bien.

La pequeña Aimée —tiene diecinueve años y me llega a la oreja— parlotea como la pensionista que era aún no hace tres meses, con un afán de ternura y unos gestos mimosos que me conmueven. ¡Qué gestos tan mimosos! Los contiene, con un instintivo temor a la señorita Sergent, con sus pobres manitas heladas apretadas bajo el cuello de imitación de piel… pues la pobrecilla no tiene dinero, como millares de sus semejantes. Para atraerla, me comporto con dulzura, lo que no me cuesta ningún trabajo, y la interrogo, satisfecha por poder contemplarla. Va hablando, hablando, bonita, a pesar de su carita irregular, o quizá a causa de ella. Sí, sus pómulos son un poco pronunciados, y bajo su corta nariz su boca aparece algo abultada y forma una graciosa comisura a la izquierda cuando ríe. En cambio, ¡qué ojos de maravilla, color oro! ¡Y qué tez! Uno de esos cutis delicados a la vista, pero que el frío ni siquiera amorata. Habla, habla, de su padre, que es picapedrero; de su madre, que le pegaba a menudo; de su hermana, de sus tres hermanos, de la dura escuela, de la capital de provincia, donde el agua se

helaba en los cubos, donde siempre estaba muerta de sueño, pues hay que levantarse a las cinco de la mañana —¡afortunadamente, la profesora de inglés era muy buena con ella!—, y de las vacaciones pasadas en familia, cuando la obligaban a dedicarse a los quehaceres domésticos y le decían que sería mucho mejor que escaldara la sopa que no que hiciera la señoritinga… Todo ello desfila en su parloteo, toda esa mísera juventud que soportaba con impaciencia y recuerda con terror.

¡Pequeña señorita Lanthenay! Tu cuerpo flexible busca y desea un bienestar desconocido. Si no fueras maestra adjunta en Montigny, tal vez serías… No quiero decir qué. Sin embargo, ¡cuánto me gusta oírte y verte, a ti, que tienes cuatro años más que yo y de quien a cada instante me siento la hermana mayor!

Un día, mi nueva confidente me dice que sabe bastante inglés, y eso me inspira un proyecto sencillamente maravilloso. Le pido a papá (ya que me hace las veces de madre) si permite que la señorita Aimée me dé clases de inglés. A papá la idea le parece genial —como la mayoría de mis ideas— y, para «cerrar el trato», como dice, me acompaña a ver a la señorita Sergent. Esta nos recibe con impasible cortesía y, mientras papá le expone su proyecto, parece dar su aprobación. No obstante, siento una vaga inquietud al no verle los ojos mientras habla. Me he dado cuenta muy pronto de que sus ojos revelan siempre sus pensamientos, sin que le sea posible disimularlos, y me preocupa comprobar que mantiene la mirada obstinadamente baja. Manda llamar a la señorita Aimée, que baja apresurada, ruborizada, y repitiendo: «Sí, señor», «Ciertamente, señor», sin saber ni lo que dice, mientras yo la miro satisfecha de mi astucia y regocijada ante la idea de que de ahora en adelante voy a tenerla para mí de forma más íntima que en el umbral de la pequeña clase. Precio de las lecciones: quince francos mensuales, dos sesiones por semana. Para esta pobre pequeña ayudante, que gana setenta y cinco francos al mes y que con ellos ha de pagarse su pensión, ¡qué inesperada oportunidad! Me parece que también estará contenta de verme más a menudo. Durante esta visita soy muy parca, no intercambio con ella más que dos o tres frases.

¡Primer día de clase! La espero al salir de la escuela, mientras recoge sus libros de inglés, y ¡rumbo a casa! He instalado un confortable rincón para nosotras dos en la biblioteca de papá: una mesa grande, cuadernos, plumas, una buena lámpara que solo ilumina la mesa… La señorita Aimée, muy confusa (¿por qué?), se ruboriza, tose.

—Vamos, Claudine, supongo que debes de saber el alfabeto.

—Pues claro, señorita. También sé un poco de gramática inglesa. Podría hacer fácilmente esa pequeña traducción… ¿Verdad que se está bien aquí?

—Sí, muy bien.

Bajando ligeramente la voz para adoptar el tono de nuestras charlas, le pregunto:

—¿Le ha dicho algo la señorita Sergent de mis clases con usted?

—¡Oh, casi nada! Me ha dicho que era una suerte para mí, que si solo quisieras estudiar un poquito no me darías ningún trabajo, porque cuando quieres aprendes con gran facilidad…

—¿Nada más? ¡No es gran cosa! Se lo dijo porque sabía que usted me lo iba a repetir.

—Vamos, Claudine, ¡si no estamos haciendo nada! En inglés solo hay un artículo…

Al cabo de diez minutos de inglés en serio, vuelvo a interrogarla:

—¿No se ha fijado en que no tenía un aire muy satisfecho cuando fui con papá a pedirle que usted me diera lecciones de inglés?

—No… Sí… Quizá… Pero como aquella noche casi no hablamos…

—Quítese la chaqueta. Aquí, en el despacho de papá, uno siempre se asfixia. ¡Ah, qué esbelta es usted! Parece usted de porcelana. ¡Qué bonitos son sus ojos a la luz!

Se lo digo porque lo pienso y porque me gusta prodigarle cumplidos. Sí, me gusta más que si los

recibiera yo. Le pregunto:

—¿Duerme usted siempre en el mismo cuarto que la señorita Sergent?

Aunque semejante promiscuidad me parece odiosa, ¡qué remedio! Las demás habitaciones ya están sin muebles y se está empezando a quitar el techo. La pobre pequeña suspira:

—¡Hay que hacerlo, aun cuando me fastidia un horror! Por la noche, me acuesto enseguida, a las nueve, deprisita, y ella viene después. De todas formas, es desagradable cuando se está tan violento…

—¡Oh, lo siento muy de veras por usted! ¡Qué incómodo debe de ser vestirse cada mañana delante de ella! Me resultaría odioso exhibirme en camisón ante personas que no me gustan.

La señorita Lanthenay se sobresalta al sacar el reloj.

—¡Por Dios, Claudine; si no estamos haciendo nada! ¡Vamos a trabajar!

—Bueno… ¿Sabe usted que se esperan nuevos maestros auxiliares?

—Ya lo sé. Son dos. Llegarán mañana.

—Será divertido. Dos enamorados para usted.

—¡Oh, haz el favor de callarte! Además, todos los que he conocido eran tan tontos que no me tentaban ni tanto así. Sé los nombres de los que van a venir. Son unos nombres ridículos: Antonin Rabastens y Armand Duplessis.

—Me apuesto a que esos pájaros pasarán veinte veces al día por nuestro patio con el pretexto de que la entrada de los chicos está obstruida con derribos.

—Oye, Claudine, es una vergüenza. Hoy no hemos hecho nada.

—¡Bah! El primer día siempre pasa lo mismo. El viernes próximo trabajaremos mucho mejor. Hace falta tiempo para ponerse en marcha.

La señorita Lanthenay, impresionada por su propia pereza, me hace estudiar en serio, a pesar de mi excelente razonamiento; estudio hasta el final de la hora, y después la acompaño hasta la esquina. Es de noche, está helando, y me causa gran pesar ver alejarse a esa pequeña sombra menuda, con ese frío y esa oscuridad, para ir a casa de la pelirroja de celosas pupilas.

Esta semana hemos saboreado dos horas de la más pura dicha, porque nos pusieron, a nosotras, las mayores, a desalojar el desván, haciéndonos bajar los libros y trastos viejos que lo llenaban. Tuvimos que darnos prisa. Los albañiles esperaban para demoler el primer piso, y hubo locas carreras, galopadas por desvanes y escaleras. A riesgo de ser castigadas, la larguirucha Anaïs y yo nos aventuramos hasta la escalera que conduce a los cuartos de los maestros con la esperanza de entrever, por fin, a los dos nuevos ayudantes, invisibles desde su llegada.

Ayer, frente a una habitación entreabierta, Anaïs me dio un empujón; tropecé y abrí la puerta de un cabezazo. Nos echamos a reír, plantadas en el umbral de la habitación, justamente la de un ayudante, por suerte vacía. En la pared y encima de la chimenea había unas grandes cromolitografías vulgarmente enmarcadas: una italiana de abundante cabellera y resplandeciente dentadura, y una boca tres veces más pequeña que los ojos y, haciendo juego, una rubia de aire lánguido, que estrechaba a un galgo contra su corpiño de cintas azules. Encima de la cama de Antonin Rabastens (había puesto su tarjeta sujeta en la puerta con cuatro chinchetas) se cruzaban unas banderolas con los colores rusos y franceses. ¿Qué más? Una mesa con una palangana, dos sillas, unas mariposas clavadas en tapones de corcho, algunas romanzas desparramadas encima de la chimenea, y nada más. Miramos todo sin decir ni pío y de repente echamos a correr hacia el granero, poseídas por el ridículo temor de que al susodicho Antonin (¿a quién se le ocurre llamarse Antonin?) le viniera la idea de subir por la escalera. Era tan ruidoso el rumor de nuestros pasos en los peldaños prohibidos que en la planta baja se abrió una puerta, la de la clase de los chicos, y alguien asomó preguntando con un divertidísimo acento marsellés: «¿Qué

diantres está ocurriendo? ¡Hace media hora que estoy oyendo caballos en la escalera!». Nos quedó tiempo para entrever a un grueso muchacho moreno, con mejillas rebosantes de salud. Y una vez arriba, ya seguras, mi cómplice me dijo jadeante:

—¡Anda, si supiera que venimos de su habitación!

—Sí; nunca se consolaría de no haber dado con nosotras.

—¡Dado con nosotras! —repitió Anaïs con helada gravedad—. Tiene el aire de un mozo robusto que siempre da…

—¡Marrana!

Y proseguimos con el traslado del desván. Es un encanto revolver en el montón de libros y diarios que hay que bajar, pertenecientes a la señorita Sergent. Como es natural, hojeamos en ese montón antes de llevárnoslo y compruebo que hay entre los tomos un ejemplar de *Afrodita*, de Pierre Louÿs, y muchos números del *Journal Amusant*. Anaïs y yo, muertas de risa, disfrutamos en grande con un dibujo de Gerbault: *Bruits de couloirs*, que representa a algunos caballeros en traje de etiqueta, ocupados en pellizcar a agraciadas bailarinas de la Ópera vestidas tan solo con un maillot y una faldita corta, y chillando y gesticulando. Las demás alumnas ya han bajado; el desván está casi a oscuras y nos entretenemos mirando grabados que nos hacen reír, obra de Albert Guillaume, ¡más verdes!

De pronto nos sobresaltamos; alguien abre la puerta, preguntando con un vozarrón que huele a ajo: «¡Eh!, ¿quién está armando ese ruido infernal en la escalera?». Nos levantamos gravemente, con los brazos cargados de libros, y contestamos con calma, conteniendo la risa:

—Buenos días, señor.

Es el auxiliar gordito de cara alegre de hace un instante. Y, entonces, como somos unas chicas mayores que parecen tener dieciséis años, se disculpa y se va, diciendo:

—Mil perdones, señoritas…

Y bailamos silenciosamente a sus espaldas, haciéndole muecas. Bajamos tarde, y nos riñen. La señorita Sergent me pregunta:

—¿Qué estabais haciendo arriba?

—Señorita, amontonábamos libros, para bajarlos.

Y coloco frente a ella, bien ostensiblemente, el montón de libros con la audaz *Afrodita* encima y los ejemplares del *Journal Amusant* doblados de forma que dejan ver los grabados. Se da cuenta enseguida y sus encendidas mejillas enrojecen aún más; sin embargo, reacciona con rapidez y explica:

—¡Ah! Habéis bajado los libros del maestro. ¡Está todo tan revuelto en ese desván común! Ya se los devolveré.

Y el sermón se acaba aquí. Ni tanto así de castigo para nosotras dos. Al salir doy un codazo a Anaïs, cuyos ojuelos se entrecierran de la risa.

—¡Anda, buenos lomos tiene el maestro!

—¡Imagínate las «picardías» que ese inocente debe de coleccionar! ¡Si no cree que los niños vienen de París, poco le debe faltar!

Porque el maestro es un viudo triste, incoloro. Apenas se da uno cuenta de que existe. Solo deja la clase para encerrarse en su cuarto.

Al viernes siguiente doy mi segunda lección con la señorita Aimée Lanthenay. Le pregunto:

—Qué, ¿ya le hacen la corte los ayudantes?

—¡Ah! Justamente, Claudine, ayer vinieron a saludarnos. El que es muy bonachón y cumplido es Antonin Rabastens.

—Llamado la Perla de la Canebière. Y el otro, ¿qué tal está?

—Es delgado, guapo, de cara interesante. Se llama Armand Duplessis.

—Sería un pecado no darle el mote de Richelieu.

Se echa a reír.

—Ese nombre le quedará entre las alumnas, terrible Claudine. Pero ¡qué huraño! Solo dice «sí» y «no»…

Esa noche, bajo la luz de la lámpara de la biblioteca, encuentro adorable a mi profesora de inglés. Sus ojos de gato brillan como el oro, traviesos, mimosos, y los admiro mucho, no sin dejar de darme cuenta de que no son buenos, ni leales, ni seguros; sin embargo, centellean con tal resplandor en su carita lozana, y parece encontrarse tan a gusto en la caldeada y tranquila estancia que me siento dispuesta a quererla más y más, con todo mi poco razonable corazón. Sí, sé muy bien desde hace tiempo que tengo un corazón poco razonable, pero aunque lo sepa es algo que no me detiene lo más mínimo.

—Y ella, la pelirroja, ¿no le dice nada estos días?

—No, incluso está amable. No me parece que vernos juntas le disguste tanto como crees.

—¡Uuuh! No le ha mirado a los ojos. No son tan bonitos como los de usted, son mucho más maliciosos. Bonita y pequeña señorita, ¡qué encantadora es usted!

Enrojece mucho y me dice sin la menor convicción:

—Estás un poco mal de la cabeza, Claudine. Empiezo a creerlo. ¡Me lo han dicho tantas veces!

—Sí, ya sé que lo dicen, pero ¿qué importa? Me gusta estar con usted. Háble me de sus enamorados.

—No tengo. ¿Sabes? Me parece que veremos a menudo a los dos ayudantes. Rabastens se me antoja muy mundano y arrastra tras él a su colega Duplessis. ¿Sabes también que pienso traer a mi hermana menor aquí, como pensionista?

—¿Su hermana? ¡Maldito lo que me importa! ¿Cuántos años tiene?

—Tu edad, o unos meses menos. Uno de estos días cumplirá quince años.

—¿Es bonita?

—No, no mucho. Ya la verás, es un poco tímida y huraña.

—¡Al cuerno con su hermana! Oiga, vi a Rabastens en el desván; subió expresamente. Ese gordote Antonin tiene un fuerte acento marsellés.

—Sí, pero no es del todo feo. Vamos, Claudine, estudiemos. ¿No te da vergüenza? Lee y traduce esto.

Por mucho que se indigne, el estudio no adelanta en absoluto.

La beso al decirle adiós.

Al día siguiente, durante el recreo, Anaïs, para atormentarme, baila delante de mí una danza frenética, de posesa, conservando, eso sí, un rostro frío e inexpresivo cuando de repente Rabastens y Duplessis aparecen en la puerta del patio.

Como estamos allí Marie Belhomme, la larguirucha Anaïs y yo, los caballeros saludan, y les contestamos con fría cortesía. Entran en la gran aula donde las maestras corrigen los cuadernos y los vemos hablar y reír con ellas. Entonces me asalta una súbita y urgente necesidad de recoger el capuchón que me dejé en el pupitre, y me precipito en la clase, empujando la puerta como si no hubiera podido imaginar que los caballeros estuviesen allí; me paro en el umbral, fingiendo consternación. La señorita Sergent modera mi carrera con un frígido: «Un poco más de calma, Claudine», y me retiro sigilosamente; pero he tenido tiempo de ver que la señorita Aimée Lanthenay ríe, charlando con Duplessis, y le hace monerías. Aguarda un poquito, galán sombrío; mañana o pasado habrá una canción para ti, unos fáciles retruécanos o unos motes sabrosos. ¡Eso te enseñará a seducir a la señorita Aimée! ¡Vaya! ¿Qué sucede? ¿Me llaman? ¡Vaya suerte! Entro dócilmente.

—Claudine —explica la señorita Sergent—, ven a cantar este fragmento de música. El señor Rabastens es músico, pero no tanto como tú.

¡Qué amabilidad! ¡Qué transformación! Es un aire del *chalet*, aburrido a más no poder. Nada me corta

tanto la voz como cantar ante gente que no conozco: así que vocalizo con lentitud, pero con voz ridículamente temblona, que se afirma, el Señor sea loado, al final del fragmento.

—¡Oh, señorita! Permítame que la felicite. ¡Quééé bien lo hace!

Protesto, sacándole la lengua por dentro (la leeengua diría él) y me voy a buscar a las deeeemás, ¡caramba, esto se pega!, que me acogen con cumplidos avinagrados.

—Querida mía —chirría la larguirucha Anaïs—, ¡supongo que ya debes de caerles muy bien…! Has debido de producirles una impresión fulminante a esos caballeros. Seguro que los veremos a menudo.

Las Jaubert ríen por lo bajo con sorna, llenas de envidia.

—¡Dejadme en paz! Porque he cantado un poquitín no hay motivo para encresparse. Rabastens es meridional, meridional y medio, una raza que detesto. En cuanto a Richelieu, si viene con frecuencia, sé de sobra por quién será.

—¿Por quién?

—¡Toma, por la señorita Aimée! ¡Se la come con los ojos!

—Oye —cuchichea Anaïs—, no será de él de quien estarás celosa… entonces será de ella.

¡Condenada Anaïs! Todo lo ve, y lo que no ve, lo inventa.

Los dos ayudantes se van al patio: Antonin Rabastens, expansivo y saludador; el otro, casi intimidado, casi huraño. Ya es hora de que se vayan; va a sonar la llamada de volver a entrar en clase, y los críos arman tanto ruido en el patio contiguo como si los hubieran metido en un caldero de agua hirviente. Toca nuestra entrada y le digo a Anaïs:

—Oye, hace mucho tiempo que no ha venido el delegado cantonal. Me extrañaría no verle por aquí esta semana…

—Llegó ayer. Sin duda vendrá a meter las narices por aquí.

Dutertre, delegado cantonal, es, además, médico de los niños del hospicio, la mayoría de los cuales frecuentan la escuela. Esta doble calidad le autoriza a visitarnos, ¡y Dios es testigo de cómo se aprovecha de ello! Dice la gente que la señorita Sergent es su amante. Yo no sé nada. Que él le deba dinero casi apostaría a que es verdad. Las campañas electorales cuestan caro, y Dutertre, que no tiene blanca, se obstina con persistente falta de éxito en querer reemplazar al viejo cretino mudo, pero millonario, que representa a los electores del Fresnois en la Cámara. ¡Estoy segura de que esta apasionada pelirroja está enamorada del delegado! Cuando ve que nos roza con demasiada insistencia, se estremece celosa de ira.

Porque, lo repito, él nos honra frecuentemente con sus visitas; se sienta a las mesas, en actitud descuidada, se entretiene al lado de las mayores, en particular a mi lado, lee nuestros deberes, nos mete su bigote en las orejas, nos acaricia el cuello y nos tutea a todas (¡nos conoce desde que éramos tan pequeñas!) haciendo brillar sus dientes de lobo y sus negros ojos. Nos parece muy amable; pero yo sé que es tan canalla que no siento ante él ninguna timidez, y sé que eso escandaliza a mis compañeras.

Es el día de la clase de costura. Tiramos perezosamente de la aguja, charlando en voz queda. Empiezan a caer copos. ¡Qué suerte! Patinaremos, nos pegaremos muchos porrazos y jugaremos con bolas de nieve. La señorita Sergent nos contempla sin vernos. Su pensamiento está lejos.

Toc, toc, suena en los cristales. Y, a través de las plumas giratorias de la nieve, vemos a Dutertre, que está llamando, envuelto y tocado de pieles, guapo, con sus brillantes ojos y sus dientes que siempre se ven. El primer banco (yo, Marie Belhomme y la larguirucha Anaïs) se agita. Arreglo mis cabellos en las sienes, Anaïs se muerde los labios para enrojecerlos y Marie aprieta su cinturón un agujero más; las hermanas Jaubert juntan las manos, con lo que parecen una estampa de primera comunión. «Soy el Templo del Espíritu Santo».

La señorita Sergent se ha sobresaltado tanto que derriba la silla y el taburete al precipitarse a abrir la puerta. Me revuelvo de risa ante tal azoramiento, y Anaïs se aprovecha de la agitación para pellizcarme

y hacer muecas demoniacas, mordiendo carboncillo y goma de borrar. (Es inútil que estos alimentos extravagantes le estén prohibidos, todo el santo día tiene la boca y los bolsillos llenos de madera de lápiz, de negra e infecta goma, de carboncillo, y de papel secante color de rosa. Tiza, plombagina, todo llena su estómago de forma estrambótica, extravagante. Y, sin duda alguna, son esos alimentos los que le proporcionan una tez de color madera y yeso gris. ¡Yo, por lo menos, solo como papel de fumar, y únicamente de cierta marca! Pero la larguirucha Anaïs arruina al ayuntamiento, que nos proporciona el material escolar, pidiendo suministro todas las semanas, y pide tanto que al empezar el curso el consejo municipal presentó una reclamación).

Dutertre sacude sus pieles empolvadas de nieve, que se diría que son su pelaje natural. La señorita Sergent, al verle, resplandece con tanta alegría que ni siquiera se le ocurre comprobar si estoy al acecho. Dutertre bromea, y su acento montañés, sonoro y rápido, reanima a la clase. Inspecciono mis uñas y pongo en evidencia mis cabellos, porque el visitante mira particularmente hacia nosotras. ¡Ah! Somos muchachas mayores de quince años y, si mi cara representa menos años de los que tengo, mi tipo es el de una joven de dieciocho. Y mis cabellos merecen también ser exhibidos, porque constituyen una inquieta melena de rizos cuyo color oscila, según el tiempo, del castaño oscuro al oro ceniza, y que forma un bonito contraste con mis ojos color café. Mi cabellera, a pesar de ser tan rizada, me llega casi a la cadera. Nunca he llevado trenzas ni moño; los moños me dan jaqueca y las trenzas no encuadran bastante mi cara. Cuando jugamos al marro, recojo el montón de mis cabellos, que harían de mí una presa demasiado fácil, y los anudo en cola de caballo. Al fin y al cabo, ¿no resultan mucho más bonitos así?

La señorita Sergent interrumpe, por fin, su extasiado diálogo con el delegado cantonal y lanza un «Señoritas, se están portando muy mal». Anaïs, para afirmarla en su convicción, cree conveniente dejar escapar el «¡Hip!» de las carcajadas contenidas, sin que un solo rasgo de su cara se inmute, y es a mí a quien la señorita echa una mirada prometedora de un futuro castigo.

Por fin, el señor Dutertre levanta la voz y le oímos preguntar:

—Qué, ¿se estudia mucho aquí? ¿Qué tal se encuentran?

—Se encuentran muy bien —responde la señorita Sergent—, pero se estudia muy poco. ¡Estas chicas mayores son más perezosas…!

Tan pronto como hemos visto al guapo doctor volverse hacia nosotras, nos inclinamos sobre nuestros cuadernos con aire aplicado, absorto, como olvidándonos de su presencia.

—¡Ah! —exclama aproximándose a nuestros bancos—. Conque no se estudia mucho, ¿eh? ¿Qué pajaritos tienen en la cabeza? ¿No es ya la señorita Claudine la primera en composición francesa?

Les tengo verdadero horror a las composiciones. Son unos temas estúpidos y horrendos: «Imaginad lo que piensa y hace una jovencita ciega» (¿por qué no también sorda y muda?) O bien: «Escribid, haciendo vuestro retrato físico y moral, a un hermano a quien no habéis visto desde hace diez años». (Carezco de inspiración fraternal; soy hija única). ¡Ay, lo que he de contenerme para no escribir sandeces y consejos subversivos! Sin embargo, mis compañeras, excepto Anaïs, tienen todas ellas tan mala sombra que, contra mi voluntad, soy «la alumna más destacada en composición francesa».

Dutertre ha llegado a donde deseaba ir a parar y yo levanto la cabeza hacia él mientras la señorita Sergent le contesta con lentitud:

—¿Claudine? Oh, sí, aunque no pone nada de su parte. Tiene facilidad para eso y no se cansa.

Dutertre se sienta sobre la mesa, con una pierna colgando y, para no perder la costumbre, me tutea:

—¡Vaya! Conque eres perezosa, ¿eh?

—¡Hombre! ¡Ah, mire, es el único placer que tengo sobre la tierra!

—¡Nunca hablas en serio! ¿A que te gusta más leer? ¿Qué lees? ¿Todo lo que encuentras? ¿Toda la biblioteca de tu padre?

—No, señor, los libros que me aburren, no.

—Apuesto cualquier cosa a que te estás haciendo una bonita culturita. Dame tu cuaderno.

Para leer con más comodidad, apoya una mano sobre mi hombro y retuerce entre sus dedos un bucle de mis cabellos. La larguirucha Anaïs está más amarillenta que nunca. No le ha pedido su cuaderno. Esta preferencia me va a valer ocultos alfilerazos, cuentos solapados a la señorita Sergent y espionaje cuando charle con la señorita Lanthenay. La gentil Aimée está junto a la puerta de la pequeña clase, y me sonríe de forma tan tierna con sus ojos dorados que me siento casi consolada de que ayer y hoy solo he podido hablar con ella delante de mis compañeras. Dutertre deja el cuaderno y me acaricia los hombros, distraído. No, no piensa en lo que hace, evidentemente; e-vi-den-te-men-te…

—¿Cuántos años tienes?

—Quince.

—¡Extraña chiquilla! Si no tuvieras un aire tan de locuela, ¿sabes que parecerías mayor? ¿Te presentarás en octubre próximo para el certificado?

—Sí, señor, para complacer a papá.

—¿A tu padre? ¿Qué cuernos le puede importar? Pero ¿a ti te gusta?

—Sí, es divertido ver a la gente que nos examina. Luego, si hay conciertos por esa época en la capital, será una suerte.

—¿Irás a la escuela normal?

Pego un bote.

—¡Ni hablar!

—¿Por qué ese arrebato, jovencita exuberante?

—No quiero ir allí por la misma razón que no quise ir a un internado, porque se está encerrado.

—¡Oh! ¡Oh! ¿Tanto te importa la libertad? ¡Diantre, tu marido no hará lo que le dé la gana! Enséñame esa cara. ¿Te sientes bien? ¿Un poco de anemia?

El buen doctor me vuelve hacia la ventana, su brazo alrededor de mi cintura, y hunde sus miradas de lobo en mis ojos, que vuelvo cándidos y sin misterio. Siempre tengo ojeras y me pregunta si sufro palpitaciones y ahogos.

—No, en absoluto.

Bajo los párpados, porque me doy cuenta de que me estoy ruborizando tontamente. ¡Me mira demasiado! Y adivino que, a nuestras espaldas, la señorita Sergent se crispa.

—¿Duermes toda la noche?

Me da rabia ruborizarme todavía más al contestar:

—Claro que sí, señor: toda la noche.

No insiste y se yergue, soltándome la cintura.

—¡Bah! En el fondo, eres robusta. —Una leve caricia en mi mejilla, y pasa luego al lado de la larguirucha Anaïs, que se consume en su banco—. Enséñame tu cuaderno.

Mientras lo hojea, bastante deprisa, la señorita Sergent regaña en voz baja a la primera división (mocosas de doce a catorce años que ya empiezan a apretarse el talle y a llevar moño), pues han aprovechado la falta de atención directorial para entregarse a una algazara de todos los demonios. Se oyen golpetazos de reglas en las manos, cloqueos de chiquillas que reciben un pellizco… ¡Seguro que las obsequian con una privación general de recreo!

Anaïs se sofoca de alegría al ver su cuaderno en manos tan augustas, pero Dutertre la encuentra, sin duda, poco digna de atención, y sigue adelante tras algunos cumplidos y un pellizco en la oreja. Permanece unos minutos al lado de Marie Belhomme, cuya morena y suave lozanía le gusta, pero ella, al instante confundida en su timidez, baja la cabeza como un borrego, dice «sí» cuando ha de decir «no» y llama «señorita» a Dutertre. En cuanto a las hermanas Jaubert, las felicita por su bonita letra, lo que estaba previsto. Finalmente se va. ¡Buen viento!

Faltan unos diez minutos para terminar la clase: ¿cómo emplearlos? Pido permiso para salir, a fin de

recoger furtivamente un puñado de la nieve que sigue cayendo. Hago una bola y la muerdo: está buena y fría; esa primera nevada tiene un poco de gusto a polvo. La escondo en el bolsillo y entro. Me hacen señas a mi alrededor, y hago pasar la bola de nieve, que todas, exceptuando a las impecables gemelas, muerden con expresiones de embeleso. ¡Atiza!, la tonta de Marie Belhomme deja caer el último trozo y la señorita Sergent lo ve.

—¡Claudine! ¿Has vuelto a traer nieve? ¡Es el colmo!

Me echa unas miradas tan furiosas que contengo la frase: «Es la primera vez desde el año pasado», pues temo que la señorita Lanthenay padezca por culpa de mi insolencia y, sin decir nada, abro mi *Historia de Francia*.

Esta tarde tendré clase de inglés y eso me consolará de mi silencio.

La señorita Aimée viene a las cuatro y nos largamos la mar de contentas.

¡Qué bien se está con ella en la caldeada biblioteca! Pongo mi silla juntito a la suya y reclino la cabeza en su hombro, ella pasa su brazo por mi espalda, y yo enlazo su talle, que se cimbrea.

—¡Oh, pequeña señorita, cuánto tiempo hace que no la he visto!

—¡Si solo hace un par de días!

—No importa. ¡Cállese y béseme! Es usted mala, el tiempo le parece corto lejos de mí. ¿Le aburren estas clases?

—¡Oh, Claudine! Al contrario, sabes de sobra que solo charlo contigo y que solo me encuentro a gusto aquí.

Me besa, yo ronroneo y, de pronto, la estrecho tan bruscamente entre mis brazos que se queja un poco.

—¡Hay que trabajar, Claudine!

¡Bah, que la gramática inglesa se vaya con viento fresco! Prefiero apoyar la cabeza en su pecho; me acaricia los cabellos, el cuello, y oigo junto a mi oído su corazón, que late apresuradamente. ¡Qué bien estoy a su lado! Sin embargo, hay que coger una pluma y, por lo menos, simular que se estudia. Bueno, al fin y al cabo, ¿a santo de qué? ¿Quién puede entrar? ¿Papá? ¡Bah!

Papá se encierra siempre en la habitación más incómoda del primer piso, en esa que es tan fría en invierno y tan calurosa en verano, absorto, ciego y sordo al estrépito del mundo para… ¡Ah, vamos! Ustedes no han leído, porque nunca se concluirá, su gran obra sobre la *Malacologie du Fresnois*, y nunca sabrán que de esas complicadas experiencias y angustiosos cuidados que le han tenido inclinado horas y horas sobre innumerables babosas encerradas en pequeñas campanas de cristal, en cajas de metálicas rejas, papá ha sacado esta fulminante certeza: la *Limax flavus* devora en un día hasta 0,24 gramos de alimento, en tanto que la *Helix ventricosa*, durante el mismo intervalo de tiempo, solo devora 0,19 gramos. ¿Cómo pretenden ustedes que la renaciente esperanza de semejantes comprobaciones permita a un apasionado malacologista el sentimiento de la paternidad desde las siete de la mañana hasta las nueve de la noche? Pero, entre dos sesiones de babosas, mi padre es el hombre más bueno y más cariñoso del mundo. Por otra parte, cuando tiene tiempo, me contempla vivir, desde luego con admiración, y le sorprende verme existir como una «persona natural». Ríe con sus ojillos entrecerrados y su noble nariz borbónica (¿dónde habrá ido a pescar esa nariz real?), su hermosa barba matizada en tres colores, rojo, gris y blanco… ¿No he visto brillar en ella a menudo babitas de babosa?

Pregunto a Aimée, con indiferencia, si ha vuelto a ver a los dos compañeros, Rabastens y Richelieu. Se anima, lo que me sorprende.

—¡Ah, es verdad! No te lo he contado. ¿Sabes?, ahora dormimos en la escuela de párvulos, pues lo están demoliendo todo; pues bueno, ayer por la noche trabajaba en mi cuarto, a eso de las diez, y, al cerrar las persianas para irme a dormir, vi una gran sombra que, con el frío que hacía, se estaba paseando debajo de mi ventana. ¿Adivinas quién era?

—¡Toma! Uno de los dos.

—Sí, pero era Armand. ¿Lo hubieras creído de semejante salvaje?

Contesto que no, pero, a pesar de mi negativa, lo hubiera creído muy bien de ese muchacho moreno y bien plantado de ojos graves y sombríos, que me parece valer más que el alegre marsellés. Entretanto, ya veo la cabecita de pájaro de la señorita Aimée aturdida con esa insignificante aventura, y me siento un poco triste. Le pregunto:

—¿Es posible? ¿Ya encuentra digno de tan vivo interés a ese cuervo pomposo?

—¡Oh, no! Solo me divierte.

Da lo mismo. La clase termina sin más dilaciones. Solo al salir, en el corredor oscuro, la beso con todas mis fuerzas en su cuello gracioso y blanco, en sus ricitos que tan bien huelen. Resulta divertido besarla. Es como un pequeño animal, cálido y bonito, y me devuelve tiernamente la caricia. ¡Ah, si pudiera, la tendría siempre a mi lado!

Mañana es domingo y no hay colegio. ¡Qué lata! Solo me divierto allí.

Ese domingo me fui a pasar la tarde en la granja donde vive Claire, mi dulce y simpática hermanita de leche, que hace un año que no viene a la escuela. Bajamos por un sendero que da al camino de la estación, una senda frondosa y sombría, muy verde en verano. Como es natural, en estos meses de invierno ya no se ven hojas, aunque todavía hay las suficientes para ocultarse tras ellas y acechar a la gente que se sienta en los bancos del camino. Caminamos sobre la nieve, que cruje. Los charquitos helados gimen musicalmente bajo el sol, con un bonito sonido que a ningún otro se parece: el del hielo que se quiebra. Claire me cuchichea sus amoríos, esbozados con los mozos en el baile de los domingos, en casa de Trouillard; son mozos rudos y bruscos, y me agito al oírla.

—Verás, Claudine. También estaba Montassuy y bailó la polca conmigo, apretándome muy fuerte contra él. En ese momento, Eugène, mi hermano, que bailaba con Adèle Tricotot, suelta a su pareja y pega un salto para dar un cabezazo a una de las lámparas que cuelgan del techo; se mueve el cristal y la lámpara se apaga. Y, mientras todo el mundo mira y exclama «¡Ah!», el gordo Féfed gira el interruptor de la otra lámpara y todo queda a oscuras, lo que se dice a oscuras; solo había una vela al fondo de la pequeña cantina. Querida, todo el rato, mientras la tía Trouillard se fue a buscar cerillas, solo se oían chillidos, risas, chasquidos de besos. Mi hermano tenía a Adèle Tricotot a mi lado y ella suspiraba, suspiraba, diciendo: «Eugène, déjame…», con voz ahogada, como si tuviera las faldas en la cabeza; y el gordo Féfed y su pareja se habían caído al suelo, y se reían tanto que no se podían levantar.

—Y tú con Montassuy, ¿qué?

Claire enrojece con tardío pudor.

—¡Ah! Pues verás… De momento, se sorprendió tanto con las lámparas apagadas que solo me tenía cogida una mano; luego me volvió a coger por la cintura y me dijo bajito: «No tengas miedo…». No dije nada y sentí que se agachaba, que me besaba suavemente las mejillas, a tientas. Estaba tan oscuro que se equivocó (¡pequeña hipócrita!) y me besó en la boca. Me dio tanto gusto, me hizo tanto bien y me dio tal emoción que casi me caí, y entonces me sujetó aún con más fuerza. ¡Ah, qué encantador es! ¡Cuánto le quiero!

—¿Y luego, descocada…?

—Luego, tía Trouillard volvió a encender las lámparas refunfuñando y juró que si sucedía tal cosa de nuevo presentaría una denuncia y se cerraría el baile.

—¡Vaya, el hecho es que hubo una juerguecita de las buenas! ¡Huy, cállate! ¿Quién llega por ahí?

Estamos sentadas detrás del seto de zarzas, cerca del camino que pasa a dos metros por debajo de nosotras, con un banco al borde de la cuneta. Es un escondite maravilloso para escuchar sin ser vistas.

—¡Si son los ayudantes!

Sí, se trata de Rabastens y del sombrío Armand Duplessis, que pasean charlando (¡suerte inesperada!).

El presuntuoso Antonin quiere sentarse en el banco, a causa del pálido sol que lo calienta ligeramente. Oiremos su conversación y nos estremecemos de gozo en nuestro campo, encima de sus cabezas.

—¡Ah! —suspira el meridional, satisfecho—. Aquí se calienta uno un poco, ¿no le parece?

Armand gruñe algo ininteligible y el marsellés continúa. Estoy segura de que sería capaz de hablar solo.

—Yo, fíjese en lo que le digo, aquí me encuentro muy bien. ¡Las señoras maestras son tan amables! Claro que la señorita Sergent es fea, pero ¡la pequeña señorita Aimée es tan guapa! ¡Me siento tan orgulloso cada vez que me mira!

El falso Richelieu se ha erguido; se le desata la lengua.

—¡Sí, es atractiva, es muy bonita! Siempre sonríe, y gorjea como un pájaro… —Pero se arrepiente de su expansión al instante, y añade en otro tono—: Es una joven muy agraciada. ¡Seguro que usted le hará perder la cabeza, donjuán!

Un poco más y estallo. ¡Rabastens un donjuán! Me lo imagino con un chambergo de gran pluma sobre la redonda cabeza y los mofletes… Sobre el talud, atentas a cuanto se dice en el camino, las dos nos reímos con los ojos sin movernos ni un centímetro.

—De todas maneras —contesta el destrozador de corazones de la enseñanza primaria—, ¡todavía hay más chicas bonitas! ¡Se diría que no las ha visto usted! El otro día, en clase, la señorita Claudine cantó de manera encantadora (y puede decirse que soy bastante entendido en esa materia, ¿eh?), y no es para pasar inadvertida, con esos cabellos que le caen sobre los hombros y por todos lados, y esos ojos oscuros tan pícaros. Mi querido amigo, me parece que esa niña más que geografía sabe muchas cosas que debiera ignorar.

He tenido un pequeño sobresalto y hemos estado a punto de dejarnos sorprender, pues Claire ha soltado una risita semejante a un escape de gas, que bien podrían haber oído. Rabastens se agita en el banco junto a Duplessis, que parece absorto, y le cuchichea algo al oído, riendo con aire de granuja. El otro sonríe; luego, los dos se levantan y se van. Nosotras estamos encantadas, y de alegría bailamos la *chieuvre*, tanto para calentarnos como para felicitarnos por el delicioso espionaje.

Ya de regreso, voy rumiando coqueterías para encender a ese gordinflón Antonin, que parece ultracombustible, algo para pasar el tiempo a la hora del recreo, cuando llueve. ¡Y yo que le creía en vías de acometer la seducción de la señorita Lanthenay! Estoy muy satisfecha de que no pretenda gustarle, pues la pequeña Aimée me parece tan enamoradiza que hasta un Rabastens podría haberse salido con la suya, ¿quién sabe? Cierto que Richelieu se siente aún más atraído por ella de lo que yo creía.

A las siete de la mañana entro en la escuela. Hoy me toca a mí encender el fuego. Hay que partir astillas en el cobertizo, estropearse las manos, llevar leños, soplar y recibir en los ojos la picante humareda. ¡Atiza! ¡Si el primer edificio nuevo ya se eleva hacia lo alto, y en el de los chicos, simétrico, el techo está casi terminado! Nuestra pobre y vieja escuela, a medias derruida, parece un insignificante montón de ruinas al lado de los dos edificios que tan pronto han brotado del suelo. La larguirucha Anaïs se reúne conmigo, y juntas nos vamos a cortar leña.

—Oye, Claudine, ¿no lo sabes? Hoy llega otra nueva ayudante y nos van a obligar a hacer el traslado; nos darán clase en la escuela de párvulos.

—¡Menuda idea! Está más cochina… ¡Cogeremos pulgas y piojos!

—Sí, pero se está más cerca de la clase de los chicos, hija.

(Esta Anaïs ¡qué desvergonzada es! Pero, en el fondo, tiene razón).

—¡Hombre, pues es verdad! Oye, fuego de mala muerte, ¿quieres encenderte de una vez? Hace diez minutos que estoy luchando contigo. ¡Ah, seguro que el señor Rabastens ardería con más facilidad!

El fuego se decide poco a poco a encenderse; las alumnas llegan; la señorita Sergent se retrasa. (¿Por

qué? Es la primera vez). Al fin, baja; contesta a los «Buenos días» con aire preocupado; se sienta a su mesa, diciendo «A vuestros sitios» sin mirarnos, y, visiblemente, sin pensar en nosotras. Copio los problemas preguntándome qué pensamientos la embargan y, con inquieta sorpresa, observo que de vez en cuando me echa rápidas miradas, furiosas y, a la vez, vagamente satisfechas. ¿Qué sucede? No estoy nada tranquila. Veamos, pensemos un poco. Recuerdo solo que cuando la señorita Lanthenay y yo salimos para la clase de inglés nos miró con una ira casi dolorosa, apenas disimulada. ¡Vaya, vaya…! ¿No va a dejarnos por fin en paz a mi pequeña Aimée y a mí? ¡Si no hacemos nada malo! ¡Nuestra última clase de inglés fue tan agradable! Ni siquiera abrimos el diccionario, ni las «frases escogidas», ni el cuaderno.

Reflexiono y me enfurezco copiando los problemas con letra enrevesada. Anaïs me observa de reojo y adivina que «algo» sucede. Una vez más miro a la horrible pelirroja de celosa mirada, al recoger el mango de la pluma que he tirado al suelo con hábil torpeza. ¡Vaya, vaya, si ha llorado! ¡No me equivoco! Entonces ¿a santo de qué esas miradas coléricas y casi alegres? ¡Ah, aquí hay gato encerrado! Es absolutamente necesario que hable hoy con la señorita Aimée. Ya no pienso en el problema que debo transcribir: «Un obrero planta estacas para hacer una empalizada. Las hunde a tal distancia unas de otras que el cubo de alquitrán donde moja la extremidad inferior hasta una altura de treinta centímetros está vacío al cabo de tres horas. Dado que la cantidad de alquitrán que queda en cada estaca equivale a diez centímetros cúbicos, que el cubo es un cilindro de 0,15 metros de radio en la base y de 0,73 metros de altura, lleno en sus tres cuartas partes, y que el obrero moja cuarenta estacas por hora y descansa alrededor de ocho minutos durante el mismo intervalo de tiempo, ¿cuál es el número de estacas y cuál la superficie de la propiedad, que tiene la forma de un cuadrado perfecto? Indicar igualmente cuál sería el número de estacas necesarias si se plantasen a una distancia diez centímetros mayor unas de otras; indicar, asimismo, el precio de coste de esta operación en los dos casos, dado que las estacas valen tres francos el centenar y que al obrero se le paga 0,50 francos por hora».

¿No se tendría que indicar también si el obrero es feliz en su matrimonio? ¡Oh! ¿Cuál es la malsana imaginación, el depravado cerebro en los que germinan estos indignantes problemas con los que nos torturan? ¡Los detesto! ¿Y los obreros que se coligan para complicar la cantidad de trabajo de que son capaces, dividiéndose en dos cuadrillas, de la que una gasta la mitad más de fuerza que la otra, mientras esta, en desquite, trabaja dos horas más? ¿Y el número de agujas que una costurera gasta durante veinticinco años si utiliza agujas a 0, 50 francos el paquete durante once años y agujas a 0, 75 francos durante el resto del tiempo, pero siendo así que las de 0,75 francos resultan, etcétera? ¿Y las locomotoras que complican diabólicamente sus velocidades, sus horas de salida y el estado de salud de sus fogoneros? ¡Odiosas suposiciones, inverosímiles hipótesis que me han hecho refractaria a la aritmética para toda la vida!

—Anaïs, al encerado.

La larga pértiga se levanta, dirigiéndome a hurtadillas un mohín de gato malhumorado. A nadie le gusta ir al encerrado bajo las negras y escudriñadoras miradas de la señorita Sergent.

—Haz el problema.

Anaïs lo hace y lo explica. Aprovecho para examinar a mis anchas a la maestra. Le brillan los ojos, y sus rojos cabellos parecen echar chispas. ¡Si por lo menos hubiera podido ver a Aimée Lanthenay antes de la clase! Bueno, se acabó el problema; Anaïs respira y regresa a su sitio.

—Claudine, al encerado. Escribe los quebrados 3.525/5.712, 806/925, 14/56, 302/1.052 (¡Dios mío! ¡Líbrame de los quebrados divisibles por 7 y por 11, así como de los que lo son por 5 y por 9, y por 4 y por 6, y por 1.127!), y busca su máximo común divisor.

¡Vaya, lo que temía! Empiezo melancólicamente y cometo algunas tonterías, porque no tengo la cabeza en lo que hago. ¡Qué pronto son reprendidas, con secos movimientos de la mano o con fruncimientos de cejas, las pequeñas barbaridades que me permito decir! En fin, salgo de apuros como puedo, y regreso a mi sitio. Me dice: «Haz el favor, aquí nada de rasgos de ingenio…». Porque, a su

observación «Olvidaste bajar los ceros», he contestado:

—Siempre hay que bajar los ceros. ¡Se lo merecen!

Marie Belhomme sale al encerado después que yo y, según su costumbre, acumula barbaridad tras barbaridad con la mayor buena fe del mundo, voluble y segura de sí misma cuando se enreda, indecisa y sofocada cuando se acuerda de la lección anterior.

Se abre la puerta de la clase de las pequeñas y entra la señorita Lanthenay. La miro con avidez, ¡oh, pobres ojos dorados, que han llorado y están hinchados! Queridos ojos, que me lanzan una mirada atemorizada y se desvían enseguida. Me quedo consternada. ¡Dios mío! ¿Qué le habrá hecho esa mujer? Enrojezco de cólera de tal modo que la larguirucha Anaïs se da cuenta y, burlonamente, ríe por lo bajo. La doliente Aimée ha pedido un libro a la señorita Sergent, que se lo entrega con marcada solicitud, mientras sus mejillas cobran un tinte carmesí más oscuro. ¿Qué significa todo esto? Siento aún más angustia cuando pienso que la lección de inglés no será hasta mañana. Bueno, ¿y qué? No puedo hacer nada. La señorita Lanthenay vuelve a entrar en su clase.

—Señoritas —anuncia la malvada pelirroja—, saquen libros y cuadernos. Nos vemos obligadas a refugiarnos provisionalmente en la escuela de los párvulos.

Todas las muchachas se agitan al instante como si se prendiera fuego en sus medias; se empujan, se pellizcan, mueven los bancos, los libros caen y los amontonamos en nuestros delantales. La larguirucha Anaïs mira cómo cojo mi carga, llevando ella misma su equipaje en brazos, y tira hábilmente de un extremo de mi delantal; todo se cae. Conserva su aire ausente y contempla con gran atención a tres albañiles que se lanzan tejas en el patio. La profesora me riñe por mi torpeza y, dos minutos más tarde, la condenada Anaïs repite la misma jugada con Marie Belhomme, la cual protesta tan ruidosamente que, como castigo, la condenan a copiar unas páginas de historia antigua. Por fin, nuestra jauría charlatana y ruidosa atraviesa el patio y entra en la escuela de párvulos. Arrugo la nariz; está sucia, a pesar de haber sido limpiada de forma apresurada para nosotras, y todavía huele a chiquillos poco aseados. ¡Con tal de que ese «provisionalmente» no dure demasiado!

Anaïs ha dejado sus libros sobre una mesa, asegurándose de inmediato de que las ventanas de la clase dan al jardín del maestro. No tengo tiempo de contemplar a los ayudantes, porque estoy demasiada preocupada por los disgustos que presiento.

Regresamos a la antigua clase armando el mismo ruido que armaría un rebaño de bueyes al huir de algo, y transportamos las mesas, tan viejas y pesadas que tropezamos y chocamos adrede por todas partes con la esperanza de que por lo menos una de ellas se deshaga completamente cayendo en apolillados pedazos. ¡Vana ilusión! Llegan enteras a su destino, aunque no por nuestra culpa.

Esta mañana no hemos estudiado gran cosa y ¡eso más tenemos ganado! A las once, al salir, he estado vagando de aquí para allá, para tratar de ver a la señorita Lanthenay, pero sin el menor éxito. ¿Conque ella la tiene secuestrada? Me voy a almorzar con un sentimiento tal de ira reprimida que hasta el mismo papá se da cuenta y me pregunta si tengo fiebre. Luego regreso muy temprano, a las doce y cuarto, y aguardo nerviosa entre las escasas alumnas que hay en la clase: algunas chiquillas del campo que almuerzan en el colegio sus huevos duros, su tocino y su melaza con pan y fruta. Espero inútilmente y me atormento mucho.

Antonin Rabastens hace su aparición (es una diversión como cualquier otra) y me saluda con gracia de oso bailarín.

—Mil perdones, señorita; y dígame, si no es molestia: ¿todavía no han bajado las señoras?

—No, señor, las estoy aguardando. ¡Ojalá no tarden, pues «la ausencia es el peor de los males»!

Ya van siete veces que comento este aforismo de La Fontaine en composiciones de francés que merecieron buena nota.

Hablo con dulce gravedad. El apuesto marsellés me escucha, mostrando algo de inquietud en su cara

de luna. (También él va a creer que estoy un poco chiflada). Cambia de tema.

—Señorita, me han dicho que usted lee mucho. ¿Posee su señor padre una importante biblioteca?

—Sí, señor; dos mil trescientos siete volúmenes. Ni uno más.

—Sin duda, estará usted enterada de cosas muy interesantes. El otro día, cuando cantó con tanta gracia, me di cuenta de que tenía ideas superiores a su edad.

¡Santo Dios, qué idiota! ¿No se largará de una vez? ¡Ah, se me olvidaba que está un poco enamorado de mí! Seamos más amables.

—Por cierto, señor, me han dicho que posee usted una hermosa voz de barítono. A veces le oímos cantar en su habitación… cuando los albañiles no arman demasiado ruido.

De alegría se pone encarnado como una amapola y protesta con modestia; encantado en el fondo, se retuerce nerviosamente.

—¡Oh, señorita…! Sobre ese particular podrá opinar pronto usted misma, porque la señorita Sergent me ha pedido que dé clases de solfeo los jueves y domingos a las alumnas mayores, las que aspiran al certificado, y empezaremos la semana próxima…

¡Menuda suerte! Si no estuviera tan preocupada, me encantaría comunicar la noticia a las demás, que no saben nada. ¡El jueves próximo cuánto se va a rociar Anaïs colonia, a morderse los labios, a apretarse el cinturón de cuero y a hacer arrullos cuando cante!

—¿Ah, sí? ¡Pues no sabía nada! La señorita Sergent no ha dicho ni media palabra.

—¡Oh, a lo mejor no tenía que habérselo dicho yo! ¡Sea buena y finja ignorarlo!

Me lo suplica acompañando sus palabras con movimientos del torso y yo sacudo la cabeza para apartar unos bucles que no me molestan lo más mínimo. Esta semblanza de secreto entre nosotros le llena de felicidad; le servirá de pretexto para lanzarme miradas de inteligencia, de inteligencia muy vulgar. Se retira, dándose buen aire, con unas palabras de despedida pronunciadas en tono ya más familiar:

—Adiós, señorita Claudine.

—Adiós, señor.

Las doce y media; llegan las alumnas y todavía ni rastro de Aimée. Me niego a jugar con el pretexto de tener jaqueca, y voy a calentarme.

¡Oh, oh! ¿Qué veo? Ahora bajan Aimée y su temible superiora; bajan, cruzan el patio y la pelirroja pasa el brazo de la señorita Lanthenay por debajo del suyo. ¡Acontecimiento inaudito! La señorita Sergent habla muy suavemente a su ayudante, que todavía algo atemorizada alza unas pupilas ya tranquilizadas y hermosas hacia la otra, que es mucho más alta que ella. El espectáculo de este idilio trueca mi inquietud en dolor. Y, antes de que lleguen a la puerta, me precipito fuera, en medio de una loca partida de lobo, gritando «¡Juego!» como si gritara «¡Fuego!». Hasta la hora en que termina el recreo, jadeo y galopo, perseguida o perseguidora; me entrego al juego evitando en lo posible pensar en nada.

Durante el juego, he observado la cabeza de Rabastens, que miraba por encima de la pared y se divertía viendo correr a las chicas mayores que, unas de forma inconsciente, como Marie Belhomme, y otras muy a sabiendas, como la larguirucha Anaïs, exhiben unas pantorrillas bonitas o ridículas. El amable Antonin me dirige una graciosa sonrisa, extremadamente gentil; me parece que, a causa de mis camaradas, no debo responder a ella, pero cimbreo mi talle y sacudo mis bucles. ¡Hay que divertir a ese muchacho! (Aunque me da la impresión de que ha nacido para hacer planchas y meter la pata en todas partes). Anaïs, que también le ha visto, corre dando rodillazos en la falda para mostrarle unas pantorrillas que, la verdad, nada tienen de atractivas, y lanza chilliditos de pájaro. ¡Esa chica coquetearía hasta con un buey uncido al arado!

Entramos, todavía jadeantes, y abrimos los cuadernos. Al cabo de un cuarto de hora viene la madre Sergent a avisar a su hija, en un salvaje dialecto provenzal, que llegan dos nuevas pensionistas. La clase entra en ebullición: ¡dos nuevas alumnas a quienes mortificar! Y la señorita sale, rogando con voz dulce

a la señorita Lanthenay que vigile la clase. Aimée entra; busco sus ojos para sonreírle con toda mi preocupada ternura, pero me devuelve una mirada poco firme y mi corazón se conmueve estúpidamente mientras me inclino sobre mi labor de punto diamante. ¡Nunca he dejado escapar tantos puntos! Dejo escapar un número tan considerable que me veo obligada a pedir auxilio a la señorita Aimée, y mientras ella busca remedio a mis torpezas le susurro:

—Buenos días, querida mía, pequeña y bonita señorita; ¿qué pasa? ¡Dios santo, me estoy mordiendo los puños de rabia al no poder hablarle!

Echa inquietas miradas alrededor y responde en voz baja:

—Ahora no puedo decirte nada. Mañana, en clase…

—¡No puedo esperar a mañana! ¿Y si dijera que papá tendrá mañana la biblioteca ocupada y pidiera que me diese clase hoy?

—No… Sí… pídelo, si quieres, pero vuelve pronto a tu sitio. Las mayores nos miran.

Le doy las gracias en voz alta y me siento. Tiene razón: la larguirucha Anaïs nos acecha, intentando adivinar lo que sucede desde hace dos o tres días.

Por fin regresa la señorita Sergent acompañada por dos jovencitas insignificantes, cuya llegada promueve un pequeño rumor en los bancos.

Instala a las nuevas alumnas en sus sitios. Pasan los minutos con lentitud.

Y, cuando por fin suenan las cuatro, me voy enseguida en busca de la señorita Sergent y le digo de un tirón:

—Señorita, le agradecería muchísimo me permitiera que la señorita Lanthenay me diese clase esta tarde en lugar de mañana, pues papá tiene que recibir a alguien por unos asuntos en la biblioteca y no podríamos quedarnos allí.

¡Uf! He soltado la frase sin respirar. La señorita frunce el entrecejo, me mira un instante y se decide:

—Sí, ve a avisar a la señorita Lanthenay.

Echo a correr, Aimée se pone el abrigo y el sombrero; me la llevo con ansia de saber.

—Ah, ¡qué contenta estoy de que esté un poco conmigo! Dígame pronto, ¿qué tripa se le ha roto?

Aimée vacila y tergiversa:

—Aquí no. Espera. Es difícil contarlo en la calle. Dentro de un instante estaremos en tu casa.

En el ínterin, estrecho su brazo bajo el mío, pero no tiene su adorable sonrisa de los otros días. Una vez cerrada la puerta de la biblioteca, la abrazo y la beso. Me parece que han tenido encerrada lejos de mí durante todo un mes a la pobre pequeña Aimée de ojos sombríos y pálidas mejillas. Ha debido de tener mucha pena, pobrecilla. No obstante, sus miradas me parecen más que nada huidizas, y está más febril que triste. Además, me devuelve mis besos con mucho apresuramiento; no me gusta en absoluto que me bese tan deprisa.

—Vamos, hable. Cuénteme desde el principio.

—No es nada largo. En suma, no hubo gran cosa. La señorita Sergent querría… en fin, prefiere… le parece que las clases de inglés me impiden corregir los cuadernos y que me veo obligada a acostarme muy tarde.

—Vamos, vamos, no pierda el tiempo y sea franca: ¿no quiere que usted venga más?

Tiemblo de angustia y aprieto las manos contra mis rodillas para mantenerlas tranquilas. Aimée maltrata la cubierta de la gramática y la despega, levantando hacia mí sus ojos, que vuelven a brillar atemorizados.

—Sí, así es. Pero no lo ha dicho como tú lo dices, Claudine. Escúchame un poco…

No escucho absolutamente nada; me siento abrumada de pena; estoy sentada en un taburete muy bajo y le suplico, rodeando su esbelto talle con mis brazos:

—¡Querida mía, no se vaya! ¡Si supiera cuánta pena me dará si no vuelve! ¡Oh, busque pretextos, invente cualquier cosa, pero no me deje! Me siento muy a gusto a su lado. ¿No le gusta a usted también? ¿Es que para usted soy igual que Anaïs o Marie Belhomme? ¡Vuelva, queridísima, vuelva a darme clases

de inglés! ¡La quiero tanto! No se lo había dicho, pero ahora ya puede verlo usted misma. Siga dándome clases, se lo suplico. ¡La condenada pelirroja no puede pegarle!

Me quema la fiebre, y me irrito todavía más al sentir que Aimée no vibra al unísono. Acaricia mi cabeza, que descansa sobre sus rodillas, y se limita a interrumpirme con un tembloroso «¡Mi pequeña Claudine!». Al fin, se le humedecen los ojos y se echa a llorar, exclamando:

—Te lo voy a contar todo; es muy triste, pero me das demasiada pena. El sábado pasado observé que tenía conmigo más atenciones que de costumbre y, al creer que me iba aceptando y que nos dejaría tranquilas, estaba contenta y más alegre. Luego, al atardecer, mientras corregíamos cuadernos en la misma mesa, de pronto, al levantar la cabeza, vi que lloraba mientras me miraba, con una mirada tan rara que me quedé de una pieza. Se levantó de la silla y fue a acostarse. Al día siguiente, tras una jornada llena de atenciones, de repente por la noche, a solas con ella, me disponía a darle las buenas noches cuando me preguntó: «Así pues, ¿quiere usted mucho a Claudine? Y ella le corresponde, sin duda». Y, antes de poder contestarle, se sentó a mi lado sollozando, me cogió las manos y me dijo unas cosas que me dejaron pasmada.

—¿Qué cosas?

—Pues dijo: «Mi querida pequeña, ¿no ve que me parte el alma con su indiferencia? ¡Oh, pequeña mía! ¡Cómo no se ha dado cuenta del gran cariño que siento por usted! Mi pequeña Aimée, tengo celos de la ternura que da a esa Claudine sin seso, que sin duda está un poco mal de la cabeza. ¡Si solo quisiera no odiarme! Si solo quisiera quererme un poquitín, yo sería para usted la amiga más tierna que pueda imaginar…». Y me miraba hasta el fondo del alma con ojos que eran como brasas.

—¿Y usted no le contestó nada?

—¡Claro que no! ¡Si no me daba tiempo! Y seguía diciéndome: «¿Cree que son útiles para ella y beneficiosas para mí esas clases de inglés que le está dando? Sé de sobra que durante las clases no estudian inglés, y cada vez que veo que se va se me destroza el corazón. ¡No vaya más! ¡No vaya más! Al cabo de una semana, Claudine ya no pensará en ello, ¡y yo le daré más cariño del que ella es capaz de sentir!». Te aseguro, Claudine, que yo no sabía qué hacer. Me magnetizaba con sus extraviados ojos. De súbito, la habitación empezó a dar vueltas a mi alrededor, se me fue la cabeza y durante dos o tres segundos no vi nada; solo la oía repetir espantada: «¡Dios mío, mi pobre pequeña! La he asustado, estoy asustando a mi pequeña Aimée. ¡Cariño, queridita! ¡Qué pálida estás!». Casi al instante me ayudó a desnudarme con ademanes acariciadores y me quedé dormida, tan cansada como si hubiera estado caminando todo el día. ¿Qué puedo hacer, mi pobre Claudine?

Estoy estupefacta. Por lo visto, la volcánica pelirroja siente la amistad de un modo bastante violento. En el fondo, no me siento extraordinariamente sorprendida; este asunto tenía que terminar así. Pero estoy aterrada, y ante Aimée, criatura frágil hechizada por esa furia, no sé qué decir. Se seca los ojos y me parece que al acabarse las lágrimas se acaba también su pena. Le pregunto:

—De todas maneras, usted no la quiere, ¿verdad?

Y me contesta, sin mirarme:

—No, claro que no; pero, la verdad, ella parece quererme mucho, y yo no lo sabía.

Su respuesta me deja helada, porque, después de todo, no me he vuelto idiota y comprendo lo que pretende decirme. Me deshago de sus manos, que tenía entre las mías, y me pongo en pie. Algo se ha estropeado. Puesto que no quiere confesarme francamente que ya no está conmigo contra la otra, puesto que me oculta el fondo de sus pensamientos, me parece que ya se ha acabado todo. Tengo las manos heladas y me arden las mejillas. Y, tras un desagradable silencio, soy yo la que prosigo:

—Mi querida Aimée, la de los ojos bonitos, le suplico que venga una vez más, para terminar el mes. ¿Le parece que ella se lo permitirá?

—¡Oh, sí! Se lo pediré.

Lo ha dicho deprisa, espontáneamente, segura ya de obtener ahora de la señorita Sergent todo cuanto quiera. ¡Qué deprisa se aparta de mí y con cuánta rapidez ha logrado la otra un rápido triunfo! ¡Cobarde

pequeña Lanthenay! Ama el bienestar como una gata friolera, y comprende que la amistad de su superiora le será más ventajosa que la mía. Sin embargo, no se lo quiero decir porque no vendría para la última clase, y todavía conservo una vaga esperanza… Ha pasado la hora; acompaño a Aimée a la puerta y, en el pasillo, la abrazo fuerte en un pequeño arrebato de desesperación.

Luego, al hallarme a solas, me sorprende no sentirme triste como creí; esperaba una fuerte y ridícula explosión de lágrimas, pero siento, por el contrario, un frío que me hiela.

Durante la cena interrumpo las ensoñaciones de papá.

—¿Sabes, papá? Mis clases de inglés…

—Sí, ya lo sé. Haces bien en tomarlas.

—Escúchame: ya no tomaré más clases.

—¡Ah! ¿Te cansan?

—Me ponen nerviosa.

Y sus pensamientos vuelven a volar hacia las babosas. ¿Acaso ha dejado nunca de pensar en ellas?

La noche que sigue está poblada para mí de sueños estúpidos: la señorita Sergent, transformada en Furia, con sus cabellos rojos cuajados de serpientes, pretende besar a Aimée Lanthenay, que huye gritando. Yo busco el medio de correr en su auxilio, pero Antonin Rabastens, ataviado de un color rosa pálido, me sujeta y me coge del brazo, diciendo: «Oiga, oiga, fíjese en esta romanza que canto… que canto encantado…», y empieza a cantar con voz de barítono:

Mes chers amis quand je mourrai,
Plantez un sole au cimetière…

con la música de «Ah! qu'on est fier d'être français, quand on regarde la colonne!». Noche absurda, que no me da ningún descanso.

Llego tarde a la escuela y miro a la señorita Sergent con secreta sorpresa, pensando que esa audaz pelirroja ha triunfado. Me echa miradas maliciosas, casi burlonas, pero, fatigada y abatida, no tengo ánimos para contestarle.

Al salir de clase veo a la señorita Aimée, que pone en fila a las pequeñas. (Me parece haber soñado la velada de anoche). Le doy los buenos días al pasar; también tiene aspecto fatigado. La señorita Sergent no está ahí, y me paro un momento.

—¿Se encuentra bien esta mañana?

—Claro que sí, gracias. Tienes ojeras, Claudine…

—Es posible. ¿Qué hay de nuevo? ¿No ha habido otra escena? ¿Continúa siendo tan amable con usted?

Se ruboriza y se turba.

—Sí, sí, no hay nada nuevo… y está muy amable. Yo… yo creo que la conoces mal. No es en modo alguno como crees…

Un poco asqueada la dejo farfullar a sus anchas, y, cuando se ha enredado bien en su respuesta, la interrumpo:

—Quizá es usted quien está en lo cierto. ¿Vendrá el miércoles por última vez?

—¡Oh, claro que sí! Ya se lo he pedido. Es seguro.

¡Con qué rapidez cambian las cosas! Desde la escena de anoche, no nos hablamos de la misma forma y hoy ya no me atrevería a mostrarle la explosión de dolor con que anoche la obsequié. ¡Vamos, hay que hacerla reír un poco!

—¿Y sus amores? ¿Sigue bien el apuesto Richelieu?

—¿Quién? ¿Armand Duplessis? Claro que sí, está muy bien. A veces se pasa dos horas en la oscuridad, bajo mi ventana, pero anteayer por la noche le hice comprender que me había dado cuenta de su presencia y se fue deprisa, corriendo con sus largas piernas en forma de compás. Y ayer, cuando el señor Rabastens quiso hacerle venir, se negó rotundamente.

—¿Sabe que Armand está bastante entusiasmado con usted? Créame. El domingo pasado sorprendí una conversación entre los dos ayudantes. Fue por casualidad, en un camino, y… solo le digo esto: Armand está totalmente chaladito por usted, señorita. Pero procure domesticarle… porque no es más que una avecilla salvaje.

Se ha animado mucho al oírme; querría más detalles, pero yo me largo.

Procuremos pensar en las clases de solfeo del seductor Antonin Rabastens. Empezarán el jueves. Me pondré la falda azul con la blusa de pliegues, que moldea mi talle, y el delantal; pero no el gran delantal negro de todos los días, de ajustado corpiño, que no obstante me sienta muy bien, sino el bonito delantal azul claro y bordado, el de los domingos. Y eso es todo. Pocos preparativos para este caballero, pues mis buenas compañeritas se darían cuenta enseguida de mis esfuerzos.

¡Aimée, Aimée! Es una verdadera lástima que echara a volar tan pronto la bonita avecilla que me hubiera consolado de todas esas gansas tontas. Ahora me doy cuenta de que la última clase no servirá absolutamente de nada. Es inútil luchar contra la señorita Sergent, y contra una naturaleza como la de Aimée, delicada, egoísta, amante del placer sin descuidar sus conveniencias. Solo me cabe confiar en que esta enorme decepción no me entristecerá durante mucho tiempo.

Hoy, en el recreo, procuro poner toda mi alma en el juego, para sacudirme moralmente y entrar en reacción. Anaïs y yo, sujetando con vigor a Marie Belhomme por sus «manos de comadrona», la hacemos correr hasta perder el aliento, hasta pedir gracia; entonces, bajo pena de encerrarla en los retretes, la condeno a declamar en voz tan alta como inteligible el relato de Théramène.

Declama los versos alejandrinos con voz de mártir, y luego huye con los brazos en alto. Las hermanas Jaubert parecen impresionadas. Bueno, si no les gusta el género clásico, la próxima vez se les servirán versos de estilo moderno.

La próxima vez no tarda mucho en llegar; apenas en la clase, se nos condena a ejercicios de redondilla y bastardilla, con vistas a los próximos exámenes, porque, en general, tenemos una letra espantosa.

—Claudine, dicta las frases para copiar, mientras reparto los sitios en la clase de las pequeñas.

Se va a la segunda clase, cuyas alumnas, a su vez desalojadas, van a ser instaladas no sé dónde. Esto nos promete media hora larga de soledad, y digo:

—Hijas mías, hoy os dictaré algo muy divertido…

Coro:

—¡Ah!

—Sí, unas canciones picantes sacadas del *Palais nomades*.

—Por el título promete ser estupendo —observa con convicción Marie Belhomme.

—Tienes razón. ¿Listas? Vamos.

Sobre la misma curva lenta,
implacablemente lenta,
se extasía, vacila y se hunde
lo presente complejo de las curvas lentas.

Descanso. La larguirucha Anaïs no se ríe porque no lo entiende —yo tampoco, claro está—. Y Marie Belhomme, siempre ingenua, exclama:

—Sabes de sobra que esta mañana hemos tenido geometría. Además, esto parece muy difícil; solo he escrito la mitad de lo que has dicho.

Las gemelas hacen girar cuatro ojos recelosos, y yo continúo impasible:

En el idéntico otoño las curvas se homologan,
análogo es tu dolor a las largas noches de otoño
y desentona la lenta curva de las cosas y tus breves brincos.

Me siguen penosamente, sin tratar ya de comprender, y experimento una dulce satisfacción al oír a Marie Belhomme quejarse una vez más, al decirme:

—Espera, espera… Vas demasiado deprisa. «La lenta curva» ¿de qué?

Repito:

—«La lenta curva de las cosas y tus breves brincos». Ahora copiáis esto, primero en redondilla, y luego en bastardilla.

Me encantan las lecciones suplementarias de caligrafía, cuya intención es conseguir buena calificación en los exámenes de finales de julio. Dicto cosas extravagantes y experimento un gran placer al oír a estas hijas de tenderos, zapateros y gendarmes recitar y escribir dócilmente pastiches de la escuela romana o canciones de cuna susurradas por el señor Francis Jammes, todo ello seleccionado, en honor de estas queridas compañeritas, de las revistas y los libracos que papá recibe. ¡Y recibe tantos! Desde la *Revue des Deux Mondes* hasta el *Mercure de France*, se acumulan en casa todos los periódicos que puedan existir. Papá me confía el cuidado de abrirlos, y el de leerlos me lo otorgo yo. ¡Alguien tiene que leerlos! Papá pasa por ellos una mirada superficial y distraída, pues el *Mercure de France* muy rara vez trata de malacología. Yo me instruyo, aunque no siempre entiendo lo que leo, y aviso a papá cuando las suscripciones finalizan: «Papá, has de renovar la suscripción, para que el cartero te siga apreciando».

La larguirucha Anaïs, que carece de toda instrucción literaria, aunque no es culpa suya, murmura escépticamente:

—Esas cosas que nos dictas en las clases de caligrafía estoy segura de que te las inventas.

—¡Ya puedes decirlo! Son versos dedicados a nuestro aliado, el zar Nicolás.

No puede chancearse de mí, y conserva una expresión de duda en los ojos.

Regresa la señorita Sergent, que echa un vistazo a nuestros deberes y al leer el texto que hay escrito exclama:

—¡Claudine! ¿No te da vergüenza dictarles semejantes absurdos? Harías mejor en aprender de memoria teoremas de aritmética. ¡Valdría más para todas!

Sea como fuera, riñe sin convicción porque en el fondo no le disgustan estas bromas, pero yo la escucho sin reírme, y, al sentir tan cerca de mí a la que ha violentado la ternura de la pequeña Aimée, tan poco firme, el rencor vuelve a apoderarse de mi alma. ¡Dios mío! Son las tres y media y dentro de media hora vendrá a casa por última vez.

La señorita Sergent se levanta y dice:

—Cerrad los cuadernos. Las mayores, las que aspiráis al certificado, quedaos. Tengo que hablaros.

Las otras van a ponerse lentamente sus capuchas y pañoletas, irritadas por no poder quedarse a escuchar el discurso —evidentemente muy interesante— que nos van a dirigir. La pelirroja directora nos interpela y, contra mi voluntad, admiro como siempre la claridad de su voz y la firmeza y precisión de sus frases:

—Señoritas, no creo que se hagan ustedes ilusiones sobre su nulidad en música… Todas, excepto la señorita Claudine, que toca el piano y canta de corrido, son una nulidad. De buena gana haría que ella les diese clase, pero están demasiado indisciplinadas para obedecer a una compañera. Por consiguiente,

a partir de mañana tendrán ustedes los jueves y los domingos, a las nueve de la mañana, una clase para practicar solfeo y canto bajo la dirección del señor Rabastens, el maestro adjunto, ya que ni yo ni la señorita Lanthenay estamos capacitadas para poder darla. La señorita Claudine ayudará al señor Rabastens. Procuren no portarse demasiado mal. Y vengan mañana a las nueve.

Yo añado en voz baja un «¡Rompan filas!» que su oído temible no deja de captar; frunce las cejas, pero después sonríe a su pesar. Su breve discurso lo ha pronunciado en un tono tan perentorio que casi se impone un saludo militar. Ella se ha dado cuenta. Pero, ¡palabra!, parece que ya no puedo enfadarla. ¡Qué rabia! ¡Tiene que estar segura de su triunfo para ser tan buena!

Se marcha y todas empiezan a alborotar. Marie Belhomme no sale de su asombro.

—¡Vaya, vaya! Hacer que nos dé clase un chico es demasiado fuerte. De todas maneras será divertido, ¿no te parece, Claudine?

—Sí. Hay que distraerse de una manera u otra.

—Oye, ¿no te intimidará darnos lecciones de canto junto con el auxiliar?

—¡Bah! No puedes imaginar lo poco que me importa.

No presto gran atención y pataleo por dentro porque la señorita Lanthenay no acaba de salir. La larguirucha Anaïs, entusiasmada, ríe burlona, se aprieta los ijares como si reventara de risa y zarandea a Marie Belhomme, que gime sin defenderse.

—Anda, que vas a conquistar al apuesto Antonin Rabastens. No resistirá mucho tiempo a tus finas y largas manos de comadrona, a tu esbelto talle, a tus ojos elocuentes… ¡Oh, encanto! Esta historia terminará en boda.

Se excita y baila frente a Marie, a la que tiene acorralada en un rincón y que esconde sus poco agraciadas manos, protestando del atrevimiento de Anaïs.

¡Y Aimée, que aún no sale! Estoy nerviosa, no puedo estarme quieta y me voy a atisbar a la puerta de la escalera que lleva a las habitaciones provisionales (¡todavía provisionales!) de las maestras. ¡Ah, he hecho bien en venir! Arriba, en el rellano, la señorita Sergent la tiene cogida por la cintura y le habla en voz baja con aire de tierna insistencia. Da luego un largo beso a la pequeña Aimée, que se deja hacer, se presta a ello con amabilidad, lo prolonga incluso, volviéndose poco después mientras baja la escalera. Me escapo sin que me vean, pero una vez más siento mucha pena. ¡Malvada, malvada muchacha! ¡Qué pronto se ha despegado de mí para entregar su ternura y sus doradas pupilas a la que era nuestra enemiga! No sé qué pensar. Viene a buscarme a la clase, donde me he quedado petrificada, sumida en mis lecciones.

—¿Vienes, Claudine?

—Sí, señorita, estoy a punto.

En la calle, no me atrevo a hacerle preguntas. ¿Qué iba a contestarme? Prefiero esperar a estar en casa y, mientras tanto, le hablo trivialmente del frío; le digo que volverá a nevar, que vamos a divertirnos mucho con las clases de canto de los jueves y los domingos…

En casa, bajo la lámpara, abro los cuadernos y la contemplo; está más bonita que la otra noche, un poco más pálida, con ojeras bajo los ojos, por cuya circunstancia estos parecen más grandes.

—Se diría que está usted cansada.

Mi pregunta la confunde. ¿Por qué? Se ruboriza y mira alrededor. Apuesto a que se siente vagamente culpable respecto a mí. Prosigamos.

—Dígame, ¿le sigue demostrando tanta amistad la horrible pelirroja? ¿Se han repetido las furias y las caricias de la otra noche?

—¡Oh, no! Es muy buena conmigo. Te aseguro que me cuida mucho.

—¿No ha vuelto a «magnetizarla»?

—¡Oh, nada de eso! Me parece que la otra noche exageré un poco. Estaba nerviosa, ¿sabes?

¡Ah! ¡Si está a punto de turbarse! Me da lo mismo; quiero saber. Me acerco a ella y le cojo las manos, que tan pequeñas son.

—¡Oh, queridísima, cuénteme lo que sucede! ¿Ya no quiere contar nada a su pobre Claudine, que anteayer tuvo tanta pena?

Se diría que se ha serenado bruscamente, que está decidida a callar. De manera gradual, va adquiriendo un airecillo tranquilo, falsamente natural, y me mira con sus ojos de gato, claros y embusteros.

—No, Claudine. Te aseguro que me deja por completo en paz y que hasta se muestra muy bondadosa. La creíamos peor de lo que es, ¿sabes?

¿Qué significa ese tono frío, esos ojos de expresión cerrada, a pesar de estar tan abiertos? Es su voz de profesora, y no quiero que la emplee conmigo. Reprimo mis ganas de llorar, para no parecer ridícula; así que ¿ya terminó todo entre las dos? Cojo la gramática inglesa, porque ya no puedo hacer otra cosa. Y ella abre apresuradamente mi cuaderno.

Es la primera y única vez que he dado con ella una lección en serio; con el corazón henchido de pena y pronto a estallar, he traducido páginas enteras de:

Usted tenía plumas, pero él no tenía caballo.

Tendríamos las manzanas de tu primo si él tuviese muchos cortaplumas.

¿Tienes tinta en el tintero? No, pero tengo una mesa en el dormitorio.

Hacia el final de la clase, la singular Aimée me pregunta a quemarropa:

—Mi pequeña Claudine, ¿no estarás enfadada conmigo?

No miento del todo al contestar:

—No, no estoy enfadada con usted.

Casi es cierto; no siento ya indignación, solo pena y fatiga. La acompaño a la puerta y le doy un beso, pero al tenderme la mejilla vuelve tanto la cabeza que mis labios casi van a parar a su oreja. ¡No tiene corazón! La contemplo irse a la luz del farol, y siento un vago deseo de correr tras ella; pero ¿de qué me serviría?

He dormido bastante mal; mis ojos lo muestran claramente, porque tengo ojeras hasta media cara. Por suerte, me sientan bastante bien; lo compruebo en el espejo, mientras cepillo con vigor mis cabellos (esta mañana dorados) antes de salir para la clase de canto.

Llego media hora antes y no puedo contener la risa al encontrarme con dos de mis cuatro compañeras ya instaladas en la escuela. Nos inspeccionamos mutuamente, y Anaïs tiene un silbido de aprobación para mi traje azul y mi bonito delantal. Ella, para la ocasión, ha sacado su delantal de los jueves y domingos, rojo y bordado en blanco (con el que se la ve aún más pálida); se ha peinado como un casco con meticuloso cuidado, el moño muy hacia delante, casi sobre la frente, y se ha embutido dentro de un cinturón nuevo, que ha apretado hasta casi asfixiarse. Observa caritativamente que tengo mala cara, y le replico que el aire de fatiga me favorece. Marie Belhomme llega corriendo, aturdida y atontada como de costumbre. También ella, aunque está de luto, se ha esmerado en su atuendo; lleva en torno a su cuello un cuello de crespón plisado, que le da un aire de Pierrot negro y bobalicón. Está muy bonita, con sus rasgados y aterciopelados ojos y su aire ingenuo y desatinado, enajenado. Las dos Jaubert llegan juntas, como siempre, nada peripuestas o, por lo menos, no tanto como nosotras, prestas a comportarse de forma irreprochable, a no levantar los ojos, y a hablar mal de cada una de nosotras después de la clase.

Nos calentamos, apiñadas en torno a la estufa, haciendo bromas anticipadamente acerca del apuesto Antonin. ¡Cuidado! ¡Ahí llega! Se aproxima un rumor de voces y de risas, y la señorita Sergent abre la puerta, precediendo al irresistible auxiliar.

Rabastens está sencillamente magnífico. Tocado de pieles, con un traje azul oscuro bajo el abrigo, se quita abrigo y gorro tan pronto como entra, tras un grave saludo: «¡Señoritas!». Ha adornado su

chaqueta con un crisantemo de un rojo herrumbre del mejor gusto, y su corbata resulta impresionante; es verde gris, con blancas anillas entrelazadas. ¡Una corbata cuidadosamente anudada frente al espejo! Enseguida nos hemos puesto en fila, con corrección, mientras nuestras manos estiran con disimulo los corpiños para borrar hasta las veleidades de pliegues poco graciosos. Marie Belhomme se divierte ya de tan buena gana que se le escapa ruidosamente la risa, pero calla de inmediato, asustada de sí misma. La señorita Sergent frunce las cejas y comienza a irritarse. Me ha mirado al entrar; apuesto a que su amiguita ya se lo cuenta todo. Aunque me repito obstinadamente que Aimée no vale un disgusto tan grande, no acabo de convencerme.

—Señoritas —cecea Rabastens—, ¿querrá una de ustedes prestarme su libro?

La larguirucha Anaïs tiende rápidamente su Marmontel, para hacerse notar y recibe un «gracias» exageradamente amable. Este gordinflón es capaz de hacerse cumplidos a sí mismo frente a su armario de luna. Aunque lo cierto es que no tiene armario de luna.

—Señorita Claudine —me dice con una mirada hechicera (hechicera para él, se entiende)—, estoy encantado y honradísimo de convertirme en su colega. Porque usted daba clases de canto a estas señoritas, ¿no es cierto?

—Sí, pero no le obedecían lo más mínimo, ya que era una de sus compañeras —corta secamente la señorita Sergent, a quien esa cháchara saca de sus casillas—. Ayudada por usted, señor, obtendrá mejores resultados; de lo contrario, suspenderán el certificado, ya que son una nulidad en música.

¡Bien hecho! Esto le enseñará a ese caballero a ensartar frases inútiles. Mis compañeras escuchan con sorpresa no disimulada, porque nunca se empleó tanta galantería con ellas. Sobre todo, están estupefactas a causa de los cumplidos que me prodiga el adulador Antonin.

La señorita Sergent toma el Marmontel e indica a Rabastens el punto que sus nuevas alumnas se niegan a superar, por falta de atención unas, por incomprensión otras (con excepción de Anaïs, a quien su memoria permite aprender todos los ejercicios de solfeo sin descomponerlos). ¡Cuán cierto es que están pez en música estas ignorantes! Y, como para ellas es cuestión de pundonor no obedecerme, no cabe duda de que les otorgarían unos cuantos ceros en el próximo examen. Esta perspectiva enfurece a la señorita Sergent, que desafina y no puede servirles de profesora de canto, lo que también le ocurre a la señorita Lanthenay, mal curada de una antigua laringitis.

—Hágalas cantar primero por separado —digo al meridional, que está radiante al poder pavonearse entre nosotras—. Todas cometen errores en el compás, aunque no los mismos, y hasta ahora no he podido impedirlo.

—Vamos a ver, señorita…

—Marie Belhomme.

—Señorita Marie Belhomme; hágame el favor de solfear este ejercicio.

Es una pequeña polca en sol, totalmente desprovista de malicia, pero la pobre Marie, por completo antimusical, jamás ha podido solfear bien. Se estremece ante esta agresión directa, se le arrebolan las mejillas y parpadea.

—Tocaré un compás suelto y usted empezará con el primer tiempo*:* re, si, si, la, sol, fa, fa. No es muy difícil, ¿verdad?

—Sí, señor —contesta Marie, que a fuerza de timidez pierde la cabeza.

—Bien, empiezo, uno, dos, uno…

—Re, si, si, la, sol, fa, fa —pía Marie con voz de gallina ronca.

¡No ha perdido la ocasión de empezar por el segundo tiempo! La detengo.

—No, escucha: uno, dos, re, si, si… ¿comprendes? El señor Rabastens toca un compás suelto. Vuelve a empezar.

—Uno, dos, uno…

—Re, si, si —empieza de nuevo Marie, con ardor, cometiendo la misma equivocación.

¡Y pensar que hace tres meses que canta la polca fuera de compás! Rabastens, paciente y discreto, se

interpone:

—Permítame, señorita Belhomme: ¿quiere marcar el compás al mismo tiempo que yo? —La ha cogido por la muñeca y le guía la mano—. Así lo comprenderá mejor: uno, dos, uno… Bien, cante.

¡Esta vez no ha empezado de ninguna manera! Sofocadísima a causa del inesperado gesto, ha perdido del todo la serenidad. Yo me divierto horrores; pero el apuesto barítono, muy halagado por la turbación de la pobre tontuela, siente escrúpulos en insistir. La larguirucha Anaïs tiene las mejillas hinchadas a causa de las carcajadas contenidas.

—Señorita Anaïs, le ruego que cante este ejercicio para enseñarlo a la señorita Belhomme.

Anaïs no se hace de rogar. Canta la pequeña obra «con alma», elevando la voz en las notas altas y sin prestar mucha atención al compás, pero, vamos, la sabe de memoria, y su manera un poco ridícula de solfear, como si interpretara una romanza, satisface al meridional, que la felicita. Intenta ruborizarse, mas no le es posible, y, a falta de cosa mejor, se limita a bajar los párpados, o morderse los labios y agachar la cabeza.

Le digo a Rabastens:

—Señor, ¿querría hacerles ensayar algunos ejercicios a dos voces? A pesar de mis esfuerzos, no han podido aprenderlos.

Estoy muy seria esta mañana. En primer lugar, porque no tengo muchas ganas de reír; luego, porque si alborotara demasiado durante la primera lección, la señorita Sergent suprimiría las demás y, finalmente, porque pienso en Aimée. ¿No bajará esta mañana? Hace solo ocho días no se hubiera atrevido a levantarse tan tarde.

Y pensando en esto distribuyo las dos partes: la primera a Anaïs, que carga con Marie Belhomme, y la segunda a las pensionistas. En cuanto a mí, ayudaré a la que flaquee más. Rabastens sostiene la segunda voz.

Y ejecutamos el pequeño fragmento a dos voces, yo junto al guapo Antonin, que, inclinándose hacia mí, lanza unos «¡Ah!» abaritonados muy expresivos. Debemos de formar un grupito sumamente divertido. Este incorregible meridional está tan preocupado por los atractivos que despliega que comete equivocación tras equivocación sin que, por otra parte, nadie se dé cuenta. El elegante crisantemo que luce en su chaqueta se desprende y cae al suelo. Una vez concluida su parte, lo recoge y lo arroja encima de la mesa diciendo, como si reclamara cumplidos para sí mismo:

—¡Pues me parece que no ha ido del todo mal!

La señorita Sergent no tarda en echar un cubo de agua fía sobre su entusiasmo.

—Ya, ya. Pero déjelas que canten solas, sin usted y sin Claudine, y ya verá.

Al ver la cara decepcionada del auxiliar, apostaría cualquier cosa a que se le había olvidado por qué está aquí. ¡Hay que ver! ¡Este Rabastens va a ser de miedo como profesor! ¡Mejor! Cuando la directora no asista a las clases, nos lo podremos permitir todo.

—Sí, desde luego, señorita. De todas maneras, si las señoritas se quieren tomar un poco de molestia, verá que pronto aprenden lo suficiente para contestar en los exámenes, pues, como usted bien sabe, piden muy poca música, ¿no es cierto?

¡Vaya! ¿Ahora respingamos? Es imposible devolver mejor la pelota a la pelirroja, que es incapaz de cantar una nota. Capta la alusión, y sus sombríos ojos se desvían. Antonin sube un poco en mi estimación, pero se ha malquistado con la señorita Sergent, que exclama con sequedad:

—¿Querría hacer estudiar un poco más a las niñas? Me gustaría que cantaran individualmente, para adquirir un poco de aplomo y de seguridad.

Es el turno de las gemelas, que poseen voces inciertas y vacilantes, sin demasiado sentido del ritmo; pero esas dos empollonas siempre salen bien paradas, ¡estudian de manera tan ejemplar! No puedo sufrir a estas Jaubert, tan sensatas y modestas. Y ya las veo estudiando en su casa, repitiendo sesenta veces cada ejercicio antes de presentarse a la clase del jueves, irreprochables y socarronas.

Por último Rabastens se concede el placer, según dice, de escucharme, y me pide que cante cosas

terriblemente fastidiosas: nefastas romanzas, o canciones llenas de gorgoritos, cuyas arcaicas vocalizaciones le parecen la última palabra del arte. Por amor propio, porque la señorita Sergent está allí y Anaïs también, canto lo mejor que sé: «Diamantes de la corona», «Hija del regimiento», etcétera. Y el inefable Antonin se extasía, se enreda en tortuosos cumplidos, en frases llenas de recovecos de las que me guardaré muy bien de ayudarle a salir, demasiado complacida de escucharle con mirada atenta, clavada en la suya. No sé cómo habría dado con el final de una frase llena de incidentes si la señorita Sergent no se hubiera acercado a preguntarle:

—¿Ha señalado a las niñas algo para estudiar durante la semana?

No, no nos ha señalado nada. ¡No le entra en la cabeza que le hayan convocado para otra cosa que para cantar dúos conmigo!

Bueno, ¿y qué hace la pequeña Aimée? He de saberlo. Así que tiro con habilidad un tintero procurándome manchar profundamente los dedos, y prorrumpo en un «¡Ah!» desconsolado, mientras separo todos los dedos, como tentáculos de un pulpo. La señorita Sergent comenta que siempre hago barbaridades y me manda a lavarme en la bomba.

Una vez fuera, me seco con la esponja de la pizarra para quitar lo peor, y husmeo y escudriño por todos los rincones. En la casa, nada. Salgo de nuevo, me adelanto hasta la pequeña pared que nos separa del jardín del maestro. Nada. Pero… pero… ¡están hablando allí dentro! ¿Quién? Me asomo por encima del pequeño muro para mirar al jardín, que se encuentra dos metros más abajo, y allí, al lado de unos avellanos sin hojas, bajo el pálido sol que apenas calienta, veo al sombrío Richelieu hablando con la señorita Aimée Lanthenay. Hace tres o cuatro días, el asombro me hubiese puesto patas arriba, pero la enorme decepción de esta semana me ha acorazado bastante.

¡Ese huraño Duplessis ha recuperado la lengua y habla sin bajar los ojos! Así pues, ¿ha quemado las naves?

—Dígame, señorita, ¿no lo imaginaba? ¡Oh, diga que sí!

Aimée, ruborizada, se estremece de alegría, y sus pupilas, esas pup que mientras él habla acechan y escuchan con atención a su alrededor, son más doradas que nunca. Ríe alegremente, mientras le hace el signo de que no imaginaba nada. ¡Qué embustera!

—Sí, cuando pasaba las noches bajo su ventana, usted ya suponía esto. Pero la quiero con toda mi alma, no para cortejarla durante una temporada y marcharme cuando lleguen las vacaciones… ¿Querrá escucharme en serio, tal como ahora le estoy hablando?

—¿Tan serio es?

—Sí, se lo aseguro. ¿Me autoriza a hablarle esta noche delante de la señorita Sergent?

¡Vaya! Oigo abrirse la puerta de la clase; vienen a ver qué hago. En dos saltos me alejo de la pared y me pongo casi al lado de la bomba, me arrodillo en el suelo y, cuando la directora, acompañada de Rabastens, hace su aparición, me ve frotando enérgicamente la tinta de mis manos con arena «porque con agua no se va».

Me cree enseguida.

—Déjalo —me dice—, te lo quitarás en tu casa con piedra pómez.

El guapo Antonin me dirige un «Hasta luego» melancólico y alegre a la par. Me he levantado y le dirijo mi más ondulante movimiento de cabeza, que hace caer blandamente mis rizos sobre mis mejillas. Me río a sus espaldas. ¡Ese gordo atolondrado marsellés cree que ya está armada! Vuelvo a entrar en la clase para recoger mi capuchón y me voy a casa pensando en las palabras sorprendidas tras el muro.

¡Qué lástima que no haya podido oír el final del amoroso diálogo! Aimée habrá consentido, sin hacerse rogar, a recibir al inflamable pero honrado Richelieu, que es capaz de pedirla en matrimonio. ¿Qué tendrá en el cuerpo esa mujercita, que ni siquiera es bonita con regularidad? Es lozana, eso sí, con ojos magníficos; al fin y al cabo no faltan ojos magníficos en caras más bonitas que la suya. No obstante, a ella la miran todos los hombres. Los albañiles dejan de amasar el yeso cuando ella pasa, guiñándose el ojo y chasqueando la lengua (ayer oí cómo uno de ellos decía a su compañero, señalándola: «¡Palabra

que firmaba para ser pulga en su cama!»). Los mozos, en la calle, se hacen los presumidos al verla pasar, y los viejos parroquianos del café La Perle, los que todas las tardes toman allí el aperitivo, hablan entre sí con interés de una «jovencita, maestra de escuela, que pone la boca hecha agua, como un pastel de frutas no muy azucarado». Albañiles, pequeños rentistas, directora, maestros, ¡todos están igual! A mí me interesa un poco menos desde que la he descubierto tan falsa, y me siento vacía, completamente vacía de mi ternura, de la enorme pena del primer día.

Están terminando de demoler la vieja escuela; ¡pobre vieja escuela! Echan abajo la planta baja y, llenas de curiosidad, asistimos al descubrimiento de paredes dobles, de paredes que creíamos macizas y espesas y que son en realidad huecas como armarios, formando una especie de negro pasillo, donde solo hay polvo y un horrible olor a algo viejo y repugnante. Me complazco en aterrorizar a Marie Belhomme, contándole que esos misteriosos escondrijos se idearon antaño para emparedar a las mujeres que engañaban a sus maridos, y que he visto blancos huesos entre los cascotes. Marie abre unos ojazos asustados, y pregunta: «¿De veras…?», y se acerca deprisa para «ver los huesos», pero al instante regresa a mi lado.

—¡No he visto nada! ¡Otra mentira de las tuyas!

—¡Que en este momento me sea arrebatado el uso de la lengua si esos escondrijos en las paredes no se hicieron con propósitos criminales! Y, además, tú te atreves a decir que miento, ¡tú, que escondes un crisantemo en tu Marmontel!, el que el señor Antonin Rabastens llevaba en el ojal.

He dicho esto casi a voz en grito porque acabo de ver a la señorita Sergent, que aparece en el patio precediendo a Dutertre. ¡Ah, a este sí que se le ve a menudo, hay que hacerle justicia! Y resulta admirable la abnegación del doctor al abandonar a cada instante su clientela para comprobar si es satisfactorio el estado de nuestra escuela, que en estos momentos se está yendo a pedazos, la primera clase en la escuela de párvulos, la segunda en la alcaldía. El digno delegado cantonal teme sin duda que nuestra instrucción se resienta con estos sucesivos traslados.

Los dos han oído lo que yo decía —¡claro, si lo he hecho ex profeso!— y Dutertre aprovecha la ocasión para acercarse a nosotras. Marie quisiera meterse bajo tierra, y gimotea tapándose la cara con las manos. El doctor se acerca de buen humor, riendo, y da unas palmaditas en el hombro de esta niña tonta, que se estremece y se azara.

—Pequeña, ¿qué te dice esta endiablada Claudine? ¿Conque conservas las flores que lleva nuestro apuesto auxiliar? Oiga, señorita Sergent, ¿sabe usted que sus alumnas tienen el corazón muy despierto? Oye, Marie, ¿quieres que se lo diga a tu madre para hacerle comprender que su hija ya no es una niña?

¡Pobre Marie Belhomme! No está en situación de responder ni una palabra. Con ojos de corza atónita, mira a Dutertre, me mira a mí, mira a la directora y se echa a llorar. La señorita Sergent, que no está lo que se dice encantada con el pretexto que el delegado cantonal ha encontrado para charlar con nosotras, le contempla con ojos admirativos y celosos, y no se atreve a llevárselo de aquí (le conozco lo suficiente para saber que él rehusaría con toda frescura). Me regocijo con la confusión de Marie, con el irritado descontento de la señorita Sergent (¿conque su pequeña Aimée no le basta?) y también con el placer que siente nuestro buen doctor permaneciendo a nuestro lado. Hay que creer que mis ojos expresan la ira y la satisfacción que me embargan, porque Dutertre se echa a reír.

—Claudine, ¿por qué estás tan excitada? ¿Es la maldad lo que te agita tanto?

Contesto que sí con la cabeza, sacudiendo mis rizos, sin hablar, irreverencia que hace fruncir las pobladas cejas de la señorita Sergent. ¡Me da lo mismo! La malvada pelirroja no puede tenerlo todo: a su delegado cantonal y su pequeña ayudante. ¡No y no! Dutertre, más despreocupado que nunca, viene a mi lado y me rodea los hombros con el brazo. La larguirucha Anaïs, llena de curiosidad, nos mira achicando los ojos.

—¿Te encuentras bien?

—Sí, doctor, muchísimas gracias.

—Estás muy seria. (¡Ah, sí, como él me habla con tanta seriedad!). ¿Por qué tienes siempre ojeras?

—Porque Dios me ha hecho así.

—No deberías leer tanto. Apuesto a que lees en la cama, ¿verdad?

—Un poquito, no mucho. ¿No se puede leer en la cama?

—Hum… sí, puedes leer. ¿Qué lees? Cuéntamelo.

Se excita y me estrecha los hombros bruscamente, pero no soy tan tonta como el otro día, y no me sonrojo; todavía no. La directora ha decidido irse a reñir a las pequeñas, que se han puesto a jugar con la bomba y se están empapando de agua. ¡Lo que debe rabiar por dentro! ¡Estoy que bailo de alegría!

—Pues ayer terminé *Afrodita*. Esta noche empezaré *La mujer y el pelele*.

—¿Sí? ¡Sí que vas bien! ¿Pierre Louÿs? No es extraño que… Me gustaría saber qué comprendes de todo eso. ¿Absolutamente todo?

Me parece que no soy cobarde; pero no me gustaría proseguir esta conversación a solas con él por el bosque ni en un sofá. ¡Le brillan los ojos de una manera...! Y si se figura que le voy a hacer confidencias atrevidas… ¡está bien arreglado!

—No, por desgracia, no lo comprendo todo, aunque sí bastantes cosas. Y la otra semana también leí *Suzanne*, de Léon Daudet. Estoy terminando *L'année de Clarisse*, un libro de Paul Adam que me encanta.

—Ya. Y… ¿después puedes dormir? Te vas a fatigar con ese régimen. Ten un poco de cuidado… Sería una lástima echarte a perder… ¿sabes?

¿Qué demonios se ha creído? Me mira tan de cerca, con deseos tan evidentes de acariciarme y de besarme, que me invade un molesto y ardiente rubor, y pierdo el aplomo. Quizá él también teme perder la sangre fría, porque me suelta, respirando profundamente, y me deja, tras una caricia a mis cabellos, de la cabeza a la extremidad de los bucles, como al lomo de un gato. La señorita Sergent se aproxima; le tiemblan de celos las manos, y ambos se alejan; les veo hablarse con vivacidad: ella, con aire de ansiosa imploración; él, encogiéndose de hombros y riendo.

Se cruzan con la señorita Aimée y Dutertre se detiene, seducido por sus mimosos ojos; bromea con familiaridad con ella, que se ruboriza, un poco confusa pero satisfecha, y esta vez la señorita Sergent no muestra celos, al contrario… En cuanto a mí, siempre que veo aparecer a Aimée, me da un salto el corazón. ¡Ah, en poco tiempo qué mal se han puesto las cosas!

Me hundo tan profundamente en mis pensamientos que casi no veo a la larguirucha Anaïs, que ejecuta una danza salvaje a mi alrededor.

—¿Quieres dejarme en paz, asqueroso monstruo? ¡No tengo ganas de jugar!

—¡Sí, ya lo sé! ¡Es el delegado cantonal quien te baila en la imaginación! ¡Ah, ya no sabes a quién hacer caso! Rabastens, Dutertre… ¿Quién más? ¿Ya has escogido entre ellos? ¿Y la señorita Lanthenay?

Gira en furiosos torbellinos, con ojos demoniacos y cara impasible; en el fondo, está furiosa. Para tener paz, me tiro encima de ella, le magullo los brazos a puñetazos y, al instante, grita cobardemente, escapándose; la persigo, la acorralo en el rincón de la bomba y le echo un poco de agua en el cabeza, no mucha, el fondo del vaso común. Se enfada de veras.

—¡Oye, eres una estúpida! Estas cosas no se hacen; justamente estoy resfriada, tengo tos…

—Tose. El doctor Dutertre te visitará gratis e incluso te dará algo más.

La llegada del enamorado Duplessis corta nuestra querella. Este Armand se ha transfigurado desde hace dos días, y sus ojos resplandecientes dicen a las claras que Aimée le ha concedido su mano, su corazón y su vida, todo en un mismo paquete. Pero ve a su dulce prometida que ríe y charla con Dutertre y con la directora, gastándole bromas el primero y animándola la señorita Sergent, y su mirada se oscurece. ¡Ah, ese no tiene celos, no, soy yo quien los tiene! Me parece que volvería sobre sus pasos si la pelirroja no le hubiera llamado. Se precipita, caminando a grandes trancos, y saluda profundamente a Dutertre, que le estrecha de manera familiar la mano, como si le diera el parabién. El pálido Armand se sonroja, se le ilumina el rostro y contempla a su novia con tierno orgullo. ¡Pobre Richelieu, qué pena me

da! No sé por qué, pero tengo el presentimiento de que esta Aimée, que finge a medias su inconsciencia y que se compromete con tanta facilidad, no le proporcionará gran dicha. La larguirucha Anaïs no se pierde un gesto del grupo y se olvida incluso de insultarme.

—Oye, tú —me susurra—, ¿qué diantre hacen todos juntos? ¿Qué pasa?

Yo estallo:

—Pasa que el señor Armand, el compás, ¡Richelieu, sí!, ha pedido la mano de la señorita Lanthenay; ella se la ha concedido, son novios, y Dutertre les está felicitando en este momento. ¡Eso es todo lo que pasa!

—¡Ah! Pero ¿de veras? ¿Cómo? ¿Le ha pedido la mano para casarse?

No puedo contener la risa. ¡Le han salido las palabras con tanta naturalidad, con una ingenuidad tan poco habitual en ella! Pero no la dejo languidecer en su estupefacción.

—Anda, corre, corre, ve a buscar cualquier cosa a la clase, escucha lo que dicen… ¡De mí desconfiarían en cuanto me vieran!

Echa a correr, pasando cerca del grupo, pierde habilidosamente un zueco (en invierno todas vamos con zuecos) y aguza el oído entreteniéndose en ponérselo; desaparece luego y regresa, llevando de forma ostensible los mitones, que se coloca en las manos al llegar a mi lado.

—¿Qué has oído?

—El señor Dutertre decía a Armand Duplessis: «No le expreso mi deseo de que sea feliz, señor. ¡Cuando uno contrae matrimonio con una señorita como esta es del todo superfluo!». Y la señorita Lanthenay bajaba los ojos… Pero, ¡palabra!, nunca hubiera creído que todo estuviera hecho, seguro que no.

También yo estoy sorprendida, aunque por otro motivo. ¿Cómo puede ser? ¿Aimée se va a casar y no le causa ningún efecto a la señorita Sergent? ¡Seguro que por medio hay algo que ignoro! ¿Por qué esforzarse en conquistar a Aimée, y por qué esas escenas de lagrimitas, para ahora entregarla de buena gana a un Armand Duplessis al que apenas conoce? ¡Que el demonio se los lleve a todos! Ahora tendré que atormentarme por descubrir el secreto del asunto. Por lo visto, nuestra directora solo siente celos de las mujeres.

Para aclararme las ideas organizo una gran partida de grulla con mis compañeras y con las atontadas de la segunda división, que se vuelven lo bastante mayores para que las admitamos a jugar con nosotras. Trazo dos rayas, a una distancia de tres metros una de otra, me pongo en medio para hacer la grulla, y la partida comienza, sembrada de chillidos y de algunas caídas que yo misma provoco.

Suena la campana, y entramos para la abrumadora clase de costura. Cojo mi cañamazo con gran fastidio. Al cabo de diez minutos, la señorita Sergent sale con el pretexto de ir a distribuir material a la clase de las pequeñas, que, de nuevo desalojadas, están, provisionalmente (¡por supuesto!), en una aula vacía de la escuela de párvulos, cerca de nosotras. Me apuesto cualquier cosa a que, en lugar de ir a buscar material, la pelirroja va, sobre todo, a ver a su pequeña Aimée.

Tras una veintena de puntadas me siento presa de un súbito ataque de estupidez que me impide saber si he de cambiar la tonalidad para llenar una hoja de roble o si he de seguir usando la misma lana con que acabo de terminar una hoja de sauce. Y salgo, con la labor en la mano, para pedir consejo a la omnisciente directora. Atravieso el pasillo y entro en la clase de las pequeñas; las cincuenta chiquillas encerradas allí chillan, se tiran de los pelos, ríen, bailan, dibujan monigotes en el encerado, ¡ni rastro de la señorita Sergent, ni de la señorita Lanthenay! ¡Caramba, esto resulta curioso! Vuelvo a salir, empujo la puerta de la escalera ¡y nada! ¿Y si subiera? Sí, pero ¿y qué contesto si me pillan? ¡Bah! Diré que voy en busca de la señorita Sergent, porque he oído que esa vieja campesina que es su madre la estaba llamando.

¡Uf! Subo despacio, calzada solo con mis calcetines, porque he dejado los zuecos abajo. Nada en la

escalera; pero he ahí la puerta de una habitación, algo entreabierta, y ya no pienso más que en mirar por la rendija. La señorita Sergent está sentada en un butacón, afortunadamente de espaldas, y tiene a su auxiliar sentada sobre sus rodillas, como si fuese un bebé. Aimée suspira con dulzura y besa con toda su alma a la pelirroja, que la estrecha contra su pecho. ¡Válgame Dios! Nadie irá a decir que esta directora maltrata a sus subordinados. No les puedo ver las caras, porque la butaca tiene el respaldo muy alto; pero no necesito vérselas. El corazón me da golpetazos en los oídos, y de un brinco salto hacia la escalera, sobre mis silenciosos calcetines.

Tres segundos más tarde me hallo de nuevo instalada en mi sitio cerca de la larguirucha Anaïs, que se deleita con la lectura de las ilustraciones del *Supplément*. Para que no se den cuenta de mi turbación, pido, ¡como si me interesara mucho!, que me dejen verlo. Hay un cuento de Catulle Mendès de una ternura exquisita que me gustaría, pero no tengo la cabeza en lo que leo, ¡todavía me siento abrumada por lo que he estado acechando allá arriba! La verdad, no pedía tanto, y, francamente, no creía que sus demostraciones de ternura fuesen tan ardientes.

Anaïs me enseña un dibujo de Gil Baër, que representa a un jovenzuelo imberbe con aspecto de mujer disfrazada, y, arrastrada por la lectura del *Carnet de Lyonnette* y por las picardías de Armand Silvestre, exclama con mirada turbada:

—Tengo un primo que se le parece. Se llama Raoul, y todos los veranos le veo durante las vacaciones.

Esta revelación me explica su relativa y nueva cordura, pues en estos momentos escribe muy poco a los muchachos. Las hermanas Jaubert simulan escandalizarse con el atrevido diario. Marie Belhomme tira su tintero al ir a verlo; cuando ve los grabados y ha leído algo, huye, con sus largas manos en alto, exclamando:

—¡Es horroroso! ¡No quiero leer el resto antes del recreo!

Apenas ha tenido tiempo de sentarse y de empezar a secar la tinta derramada cuando entra la señorita Sergent, seria, pero con mirada encantada y resplandeciente; contemplo a esa pelirroja como si no estuviera segura de que es la misma besuqueadora de allí arriba.

—Marie, escribirás un tema sobre la torpeza y me lo traerás, esta tarde, a las cinco. Señoritas, mañana llegará una nueva adjunta, la señorita Griset. No tendrán que ver con ella; solo se ocupará de la clase de las pequeñas.

He estado a punto de preguntar: «¿Y la señorita Aimée? ¿Se marcha?», pero la respuesta llega antes de que formule la pregunta.

—La señorita Lanthenay utiliza poco su inteligencia en la segunda clase. De ahora en adelante os dará lecciones de historia, labores y dibujo, bajo mi dirección.

La miro sonriendo, y muevo la cabeza para felicitarla por este acuerdo, verdaderamente bien logrado. Ella frunce el entrecejo, encolerizada.

—Claudine, ¿cuánto cañamazo has hecho? ¿Todo eso? ¡No te habrás cansado mucho!

Adopto mi expresión más idiota para contestarle:

—Pero ¡señorita! Hace un momento que fui a la clase de las pequeñas, para preguntarle si tenía que poner el verde número dos en la hoja de roble, y no había nadie. La llamé por la escalera, y tampoco había nadie.

Hablo despacio, en voz alta, a fin de que se levanten todas las narices inclinadas sobre los tejidos y las costuras; mis compañeras me escuchan ávidamente, y las mayores se preguntan qué podía estar haciendo la directora después de haber dejado a las alumnas abandonadas de esa forma. El rostro de la señorita Sergent se vuelve de color rojo oscuro; me contesta con vivacidad:

—He ido a ver dónde podría alojar a la nueva auxiliar. El edificio de la escuela está casi terminado; lo están haciendo secar con hogueras y seguramente podremos instalarnos pronto allí.

Hago un gesto de protesta y disculpa, que significa: «¡Oh, no tengo por qué saber dónde estaba usted! ¡Solo puede estar donde el deber la llame!». De todas maneras, siento una rabiosa alegría al pensar que podría contestarle: «No, celosa educadora. La nueva auxiliar le preocupa lo menos posible. Es la otra, es

la señorita Lanthenay, la que le preocupa. Y estaba con ella en su cuarto, besándola que era un contento».

Mientras acaricio pensamientos de rebeldía, la pelirroja se ha serenado y ahora, muy tranquila ya, habla con voz clara:

—Coged los cuadernos. Como título: «Composición francesa». Explicad y comentad esta máxima: «El tiempo no respeta lo que se hace sin su concurso». Podéis disponer de una hora y media.

¡Oh, desesperación y congoja! ¿De qué sandeces tendremos que ocuparnos todavía? Me da lo mismo que el tiempo respete o no lo que se hace sin invitarle. ¡Siempre han de darnos temas de este tipo, o peores! Sí, peores, pues estamos en vísperas de Año Nuevo y no nos escaparemos del inevitable pequeño fragmento de «estilo» sobre los aguinaldos, costumbre venerable, sobre los niños y la alegría y el enternecimiento de los padres, los bombones, los juguetes… sin olvidar la nota sentimental sobre los pobres que no tienen regalos y a los que en este día de fiesta hay que socorrer para que también tengan su parte de felicidad. ¡Horror! ¡Horror!

Mientras me dedico a rabiar, las demás ya están haciendo borradores. La larguirucha Anaïs aguarda a que yo empiece para copiar; las dos Jaubert reflexionan y cavilan juiciosamente; Marie Belhomme ha llenado una página con tonterías, frases contradictorias y reflexiones al margen del tema. Me decido a empezar tras haber bostezado un cuarto de hora, y escribo directamente en el cuaderno, sin borrador, lo que indigna a las demás.

Al salir a las cuatro compruebo, sin pena, que hoy me toca barrer en compañía de Anaïs. Por lo general, esta clase de trabajo me disgusta, pero hoy me da igual; incluso lo prefiero a cualquier otro. Al ir en busca de la regadera me encuentro con la señorita Aimée, que tiene encendidos los pómulos y los ojos brillantes.

—Buenos días, señorita. ¿Para cuándo la boda?

—¿Qué? ¡Vaya, estas chiquillas siempre se enteran de todo! Aún no hay nada decidido… por lo menos no está decidida la fecha. Seguramente será durante las vacaciones de verano. Oye, no es feo el señor Duplessis, ¿verdad?

—¿Richelieu, feo? ¡Ni hablar! Está mucho mejor que el otro, muchísimo mejor. ¿Le quiere usted?

—¡Claro! ¡Puesto que le acepto como marido…!

—¡Vaya una razón! No me dé respuestas semejantes. ¿Cree estar hablando con Marie Belhomme? Usted no le quiere ni un poco; le resulta simpático, tiene ganas de casarse para saber qué es eso, y por vanidad, para hacer rabiar a sus compañeras de la escuela normal, que se quedarán para vestir santos. ¡Nada más! No le haga demasiadas trastadas. Es todo lo que le puedo desear. Sin el menor género de duda, merece ser querido mejor de lo que usted le quiere…

¡Pum! Una vez dicho esto, doy media vuelta y me largo a buscar agua para regar. Se ha quedado allí plantada, petrificada. Por fin se va a vigilar cómo barren la clase las pequeñas o a contar a su queridísima señorita Sergent lo que le acabo de decir. ¡Que vaya! No quiero ocuparme más de ese par de locas, una de las cuales no lo está en realidad. Y, muy excitada, riego, riego demasiado, riego los pies de Anaïs y los mapas, para barrer luego con todas mis fuerzas. ¡Me relaja fatigarme así!

Clase de canto. Aparición de Antonin Rabastens, que luce una corbata azul celeste. «¡Vaya, bello lucero!», como decían los provenzales a Roumestan. ¡Toma! También está ahí la señorita Lanthenay, seguida de una criatura aún más bajita que ella, que parece tener unos trece años, de andares singularmente flexibles, cara algo achatada, ojos verdes, tez lozana, sedosos y oscuros cabellos. Esta chiquilla se ha quedado parada en el umbral de la puerta, en actitud algo huraña, y la señorita Aimée se vuelve hacia ella riendo.

—Vamos, ven, no tengas miedo, Luce. ¿Me oyes?

¡Si es su hermana! Había olvidado por completo que tenía que venir. En la época en que éramos amigas, Aimée me habló de su hermana. Me parece tan divertida esa hermanita que se ha traído que doy un pellizco a Anaïs, la cual empieza a cloquear, hago cosquillas a Marie Belhomme, que lanza un maullido, y esbozo un pasito a dos tiempos detrás de la señorita Sergent. A Rabastens le resultan encantadoras estas locuras; la hermanita Luce me mira atónita con sus rasgados ojos y la señorita Aimée rompe a reír, ahora ríe por todo (¡es tan feliz!) y me dice:

—Te suplico, Claudine, que no la vuelvas loca, para empezar. Es muy tímida de natural.

—Señorita, velaré sobre ella como sobre mi virtud. ¿Qué edad tiene?

—Cumplió quince años el mes pasado.

—¿Quince años? ¡Pues ya no creo en nada! Le daría trece, a lo sumo.

La pequeña, que se ha sonrojado, se mira los pies, que por cierto tiene muy bonitos. Se estrecha contra su hermana y le aprieta el brazo para darse ánimos. ¡Que aguarde un instante, ya se los voy a dar yo!

—Ven, pequeña, vente aquí conmigo. No tengas miedo. Este caballero que en nuestro honor enarbola corbatas tan irresistibles es nuestro buen profesor de canto. Por desgracia, solo le verás los jueves y los domingos. Esas chicas mayores son nuestras compañeras. ¡Demasiado pronto las conocerás! Yo soy la alumna irreprochable, el mirlo blanco. Nunca me riñen, ¿verdad, señorita?, y siempre soy tan juiciosa como hoy. Para ti voy a ser una segunda madre.

La señorita Sergent se divierte sin darlo a entender. Rabastens me admira, y los ojos de la nueva alumna expresan dudas sobre mi estado mental; pero la dejo, ya he jugado bastante con esa Luce; se queda junto a su hermana mayor, que le dice: «¡Tontita!». Ya no me interesa. Y pregunto sin ambages:

—¿Dónde acostará a esta niña, ya que aún no hay nada acabado?

—Conmigo —responde Aimée.

Aprieto los labios, miro a la directora de hito en hito y exclamo sin rodeos:

—¡Vaya murga!

Rabastens ríe, tapándose la boca con la mano (¿acaso sabe algo?), y emite la opinión de que tal vez podríamos empezar a cantar. Sí, podríamos; e incluso empezaremos a cantar. La nueva alumna no quiere saber nada de ello y permanece obstinadamente muda.

—¿No sabe música, señorita Lanthenay junior? —pregunta el exquisito Antonin con una sonrisa de corredor de vinos.

—Sí, señor, un poco —responde la pequeña Luce con voz débil y cantarina, que, cuando no la ahoga el temor, debe de ser agradable al oído.

—Pues entonces…

Pues entonces… nada. ¡Deja tranquila a esta pobre criatura, donjuán de la Canebière!

En ese mismo instante, Rabastens me susurra al oído:

—Si las señoritas están cansadas, de nada servirá la lección de canto.

Miro alrededor, sorprendida por su audacia de hablarme bajito; pero tiene razón: mis compañeras están ocupadas con la recién llegada, le hacen fiestas y le hablan con dulzura. Ella contesta amablemente, tranquilizada al verse tan bien acogida. En cuanto a la gatita Lanthenay y a su amada tirana, acurrucadas en el hueco de la ventana que da al jardín, nos han olvidado por completo. La señorita Sergent ha rodeado con su brazo la cintura de Aimée; hablan bajito o están calladas, viene a ser lo mismo. Antonin, que ha seguido mi mirada, no puede contener la risa.

—¡Qué a gusto están juntas!

—Parece ser que sí. ¿Verdad que esa amistad es conmovedora, señor?

Este ingenuo gordito no sabe disimular sus sentimientos y exclama en voz baja:

—¿Conmovedora? Diga mejor que resulta algo violento para los demás. El domingo por la noche vine a traer unos cuadernos de música. Las maestras estaban aquí, en la clase, a oscuras. Entré (al fin y al

cabo, esta clase es un lugar público) y en la penumbra vi a la señorita Sergent y a la señorita Aimée, una pegadita a otra, besuqueándose que era un contento. ¿Creerá que ni siquiera se movieron? La señorita Sergent se volvió lánguidamente, preguntando: «¿Qué hay?». No soy muy tímido, pero me quedé de una pieza frente a ellas.

(¡Sigue hablando, cándido auxiliar! ¡Si supieras que no me dices nada nuevo! Pero olvidaba lo mejor).

—¿Y su colega, caballero? Creo que desde que se ha puesto en relaciones con la señorita Lanthenay es muy feliz.

—Sí, pobre chico… aunque me parece que no tiene motivos para serlo.

—¡Oh! ¿Y por qué?

—Pues… porque la directora hace todo lo que quiere de la señorita Aimée, y eso no es muy agradable para un futuro marido. ¡Me reventaría que mi mujer estuviese dominada de ese modo por otro que no fuera yo!

Comparto su opinión, pero, como las demás han terminado de interrogar a la recién llegada, es más prudente callarnos. Cantemos. Pero no, es inútil, he aquí a Armand, que se atreve a entrar, estorbando el tierno cuchicheo de las dos mujeres. Se queda extasiado ante Aimée, que coquetea con él abriendo y cerrando sus párpados de rizadas pestañas, en tanto que la señorita Sergent le contempla con ojos enternecidos de suegra que ha colocado a su hija. Rabastens tiene razón. Qué diiivertidas, perdón, qué divertidas son estas clases de canto.

Esta mañana en la entrada de la escuela me encuentro con una joven pálida, de cabello mate, ojos grises y tez poco atractiva, que ciñe un pañolón de lana sobre sus estrechos hombros con el desolador aspecto de un gato flaco, hambriento y friolero. Anaïs me la señala con un gesto de la barbilla, haciendo una mueca de disgusto. Meneo la cabeza con compasión y le digo bajito:

—Aquí tienes a una que va a ser desgraciada aquí. Salta a la vista… Las otras dos están demasiado bien juntas para no hacerla sufrir.

Las alumnas van llegando poco a poco. Antes de entrar, observo que los dos edificios escolares se están terminando con prodigiosa rapidez; parece ser que Dutertre ha prometido una sustanciosa prima al contratista si tenía todo listo para la fecha que ha fijado. ¡La de chanchullos que el tipo ese debe de organizar!

Clase de dibujo bajo la dirección de la señorita Aimée Lanthenay: «Reproducción lineal de un objeto corriente». Esta vez se trata de una jarra tallada, que está colocada sobre la mesa de la señorita y que debemos reproducir. Estas sesiones de dibujo siempre son divertidas, porque proporcionan mil pretextos para levantarse; se encuentra una con «imposibilidades», se hacen manchas de tinta china por todas partes donde no haya ninguna necesidad de hacerlas… Al instante empiezan las reclamaciones. Yo abro fuego:

—Señorita Aimée, no puedo dibujar la jarra desde aquí. Me la tapa el tubo de la estufa.

La señorita Aimée, muy ocupada en hacer cosquillas en la nuca rojiza de la directora, que está escribiendo una carta, se vuelve hacia mí:

—Estira el cuello. Me parece que así la verás.

—Señorita —continúa Anaïs—, no puedo ver nada del modelo. Tengo delante la cabeza de Claudine.

—¡Oh, qué pesadas sois! Vuelve un poco la mesa. Así veréis las dos.

Ahora le toca el turno a Marie Belhomme, que gimotea:

—Señorita, no tengo carboncillo y, además, el papel que me ha dado tiene un defecto en el centro y no puedo dibujar la jarra.

—¡Oh! —chilla la señorita Sergent, frenética—. ¿Acabaréis de fastidiarnos? Aquí tenéis una hoja de papel, aquí tenéis carboncillo, y ahora que no vuelva a oír a nadie más; si no, os hago dibujar todo un servicio de mesa.

Silencio lleno de terror. Se oiría respirar a una mosca… durante cinco minutos. Al sexto minuto, renace un ligero zumbido. Cae un zueco. Marie Belhomme tose. Me levanto a medir con el brazo extendido la altura de la jarra. La larguirucha Anaïs hace lo mismo y aprovecha la circunstancia de tener que cerrar un ojo para hacer horribles visajes, que provocan la risa de Marie. Termino de esbozar la jarra con carboncillo y me levanto para coger tinta china del armario que está detrás de la mesa de las maestras. Estas nos han olvidado; hablan bajito, ríen, y a veces la señorita Aimée retrocede con un leve gesto de espanto que le sienta muy bien. La verdad, ahora tienen tan pocos reparos ante nosotras que no vale la pena que nosotras los tengamos tampoco.

Lanzo un «pst» «pssst», para llamar la atención, y, cuando todas las cabezas se levantan, señalo a la clase a la tierna pareja Sergent-Lanthenay, extendiendo mis manos detrás de sus dos cabezas y trazando una bendición en el aire. Marie Belhomme estalla de risa, las Jaubert bajan la nariz en signo de reprobación, y yo, sin haber sido vista por las interesadas, vuelvo a hundirme en el armario, de donde saco la botella de tinta china.

Al pasar echo una mirada al dibujo de Anaïs: la jarra se le parece, es demasiado larga, con el gollete muy estrecho y delgado. Se lo quiero decir, pero no me oye, está muy ocupada preparando guñiguña sobre sus rodillas, para enviárselo a la nueva alumna dentro de una caja de plumillas, ¡esa oruga larguirucha! La «guñiguña» se hace con carboncillo, que se machaca con tinta china hasta convertirlo en un mortero casi seco que, al cogerlo con la mayor inocencia, mancha fuertemente los dedos, la ropa y los cuadernos. Cuando la pobre Luce vaya a abrir la caja, se manchará las manos, ensuciará el dibujo y la reñirán. Para vengarla, me apodero bruscamente del dibujo de Anaïs, trazo con tinta china un cinturón con una hebilla, rodeando la cintura de la jarra, y pongo un letrero: RETRATO DE LA LARGUIRUCHA ANAÏS. Levanta la cabeza en el instante en que termino de escribir y envía el guñiguña a Luce, sonriéndole con amabilidad. La pequeña se ruboriza y le da las gracias. Anaïs vuelve a inclinarse sobre su dibujo y prorrumpe en un «¡Oh!» de indignación tan sonoro que hace volver a la realidad a las dos tortolitas.

—¡Vamos, Anaïs! ¿Te has vuelto loca?

—¡Señorita! ¡Mire qué ha hecho Claudine en mi dibujo!

Llena de rabia, lo lleva a la mesa. La señorita Sergent se levanta, mira el dibujo con ojos severos y, súbitamente, rompe a reír. ¡Desesperación de Anaïs, que lloraría de desprecio si no tuviera las lágrimas tan difíciles! La directora, recobrando la serenidad, exclama:

—Aunque esta clase de bromas no te ayudarán a pasar un examen satisfactorio, Claudine, has hecho una crítica bastante exacta del dibujo de Anaïs, que, en efecto, no responde al modelo porque es demasiado estrecho y muy largo.

La gran espingarda vuelve a su sitio decepcionada y herida. Y le digo:

—Eso te enseñará a no mandar guñiguña a esa cría, que no te ha hecho nada.

—¡Oh, oh! ¿Así que quieres desquitarte con la pequeña del poco éxito que tuviste con la hermana mayor, y por eso la defiendes tan celosamente?

¡Plaf!

Una enorme bofetada que estalla sobre su mejilla. Se la he plantificado con todas mis fuerzas, acompañada de un «para que no te metas en lo que no te importa» suplementario. La clase, en completo desorden, zumba como una colmena. La señorita Sergent desciende de su escaño por una cuestión tan grave. Hacía tanto tiempo que yo no pegaba a una compañera que empezaban a creer que me había vuelto razonable (pues antes tenía la molesta costumbre de liquidar mis peleas sola, a coscorrones y puñetazos, sin considerar oportuno chivarme como las demás). Mi última batalla data de hace más de un año.

Anaïs llora encima de la mesa.

—Señorita Claudine —dice la directora con severidad—, le sugiero que se contenga. Si vuelve a pegar a sus compañeras, me veré obligada a expulsarla de la escuela.

Pero su advertencia cae mal, porque estoy lanzada. Le sonrío con tanta insolencia que se dispara:

—¡Claudine, baje la mirada!

No bajo absolutamente nada.

—¡Claudine, salga!

—¡Encantada, señorita!

Salgo, pero una vez fuera me doy cuenta de que voy sin nada en la cabeza, y vuelvo a entrar para recoger mi sombrero. La clase está muda y consternada. Observo que Aimée se ha precipitado al lado de la directora y le habla deprisa, en voz baja. No he tenido aún tiempo de llegar al umbral cuando ya la directora me llama:

—Claudine, ven aquí. Siéntate en tu sitio. No quiero expulsarte, puesto que saldrás de la escuela después del certificado. Al fin y al cabo, no eres una alumna mediocre, aunque a menudo seas una mala alumna. Solo me privaré de ti en último extremo. Deja tu sombrero en su sitio.

¡Lo que le ha debido de costar decir eso! Todavía conmovida, las palpitaciones de su corazón hacen temblar las hojas del cuaderno que sostiene. Le digo: «Gracias, señorita», muy juiciosamente. Y de nuevo en mi sitio, junto a la larguirucha Anaïs, que está callada y un poco asustada de la escena que ha provocado, pienso atónita en los motivos que han podido inducir a esa rencorosa pelirroja a llamarme. ¿Tuvo miedo del efecto que produciría mi expulsión en la capital de la provincia? ¿Pensó que charlaría a voz en grito, que contaría todo cuanto sé (¡por lo menos!), el desorden de la escuela, los toqueteos del delegado cantonal a las alumnas mayores, sus prolongadas visitas a nuestras maestras, el frecuente abandono de las clases por las profesoras, que tan ocupadas se hallan a menudo en hacerse caricias a puerta cerrada, las lecturas, más bien libres, de la señorita Sergent (*Journal Amusant*, sucias obras de Zola y otras cosas aún peores), las andanzas del apuesto adjunto, galante y musical, que galantea con las jovencitas del certificado… en fin, un montón de cosas sospechosas que los padres ignoran porque las mayores que se divierten en la escuela no las contarán nunca y porque las pequeñas no ven más allá de sus narices? ¿Acaso ha tenido miedo de un semiescándalo que perjudicaría seriamente su reputación y el porvenir de la hermosa escuela que a tan alto coste se está construyendo? Creo que sí. Yo, por mi parte, ahora que mi arrebato se ha aplacado, como el suyo, prefiero quedarme en este cubil, donde me divierto mucho más que en cualquier otro lugar. Ya tranquila, miro la mejilla amoratada de Anaïs, y le digo alegremente:

—¿Qué, hija mía, te da calor?

Ha tenido tanto miedo de mi expulsión, de cuya causa yo podría haberla acusado, que no me guarda rencor.

—¡Claro que da calor! Ahora que, ¿sabes?, tienes una mano muy pesada. Estás loca al enfadarte así.

—Vamos, no hablemos más de eso… Me parece que he tenido un tic nervioso un poco violento en el brazo derecho…

Bien o mal, ha borrado el cinturón de su jarra, yo he terminado la mía y la señorita Aimée corrige nuestros dibujos con dedos febriles.

Hoy encuentro el patio vacío, o casi vacío. En la escalera de la escuela de párvulos se habla mucho; se oyen voces que llaman y que gritan: «¡Ten cuidado!». «¡Arrea, qué pesado es esto!», y me precipito a averiguar qué sucede.

—¿Qué estáis haciendo?

—A la vista está —explica Anaïs—. Ayudamos a las señoritas a mudarse de aquí para ir al edificio nuevo.

—¡Deprisa, dadme algo para llevar!

—Arriba encontrarás. Sube.

Subo a la habitación de la directora, la habitación en cuya puerta estuve acechando. ¡Por fin! Su

campesina madre, con la cofia torcida, me confía para que me lleve, ayudada por Marie Belhomme, una gran cesta que contiene los objetos de tocador de su hija. ¡Caramba, qué bien se las apaña la pelirroja! Tiene un tocador provisto con esmero: frascos grandes y pequeños, de cristal tallado, estuche de manicura, vaporizadores, cepillos, pinzas, borlas para los polvos, una inmensa palangana y un espejo. No, no, todo eso no es, en modo alguno, el tocador de una maestra rural. Y para estar seguro de ello basta con mirar los objetos de tocador de la señorita Aimée y el de la pálida y silenciosa señorita Griset, que luego transportamos: palangana, jarro de agua de reducidas dimensiones, espejito redondo, cepillo de dientes, jabón… ¡y eso es todo! Sin embargo, la pequeña Aimée es muy presumida, y cuida mucho de su persona. Sobre todo desde hace varias semanas. Va muy acicalada y perfumada. ¿Cómo puede hacerlo? Cinco minutos más tarde me doy cuenta de que el fondo de su jarro está lleno de polvo. Está bien. Ya comprendo.

El edificio nuevo, que contiene tres aulas, un dormitorio en el primer piso y unos cuartitos para las auxiliares, está aún demasiado húmedo para mi gusto, y tiene un desagradable olor a yeso. Enfrente, se ve el edificio igual, el de los chicos. Entre los dos se eleva el principal, que contendrá en su planta baja la alcaldía, en el primer piso los alojamientos particulares y reunirá las dos alas ya terminadas.

Al bajar, me asalta la idea maravillosa de subirme a los andamios, porque los albañiles están aún almorzando. Y heme aquí sobre una escalera, y luego vagabundeando por los andamios, donde me divierto un horror. ¡Ay! Regresan algunos obreros. Me escondo detrás de una pared, esperando el momento de poder bajar. Están en la escalera. ¡Bah! Si me ven, no me delatarán. Son Escardillo el Rojo y Escardillo el Negro. Los conozco de vista.

Han encendido las pipas y charlan.

—Seguro que esa no me volverá loco.

—¿Cuál?

—La ayudante nueva que llegó ayer.

—¡Ah, la pobre no parece ser muy feliz! Por lo menos, no tanto como las otras dos.

—No me hables de las otras dos. Me tienen frito. Ya no sé qué pensar de ellas, parecen hombre y mujer, en vez de dos mujeres. Todos los días las veo desde aquí, y siempre pasa lo mismo. Se besuquean, atrancan la ventana y no se ve nada más. No me hables de ellas. La más joven es muy guapa, pero se acabó el ocuparse de ella. ¡Y el auxiliar que se va a casar con ella! Debe de estar mal de la vista para hacer algo así.

Me divierto una barbaridad, pero como suena la campana tengo el tiempo justo de bajar por el interior (hay escaleras por todos lados), y llego blanca de mortero y de yeso, dichosa de oírme decir tan solo, en tono seco: «¿De dónde sales? Si te has de ensuciar tanto, no te dejaré ayudar en el traslado». Me regocijo de haber oído a los albañiles hablar de las maestras con tantísimo sentido común.

Lectura en voz alta: «Selecciones literarias». ¡Vaya! Para distraerme, despliego sobre mis rodillas un ejemplar de *L'Écho de Paris*, traído en caso de lección aburrida, y estoy saboreando el imponente *Mauvais Désir*, de Lucien Muhlfeld, cuando la señorita Sergent me interpela:

—Claudine, continúa.

No sé en absoluto por dónde vamos, pero me levanto con brusquedad, decidida a «hacer una barbaridad» antes de dejarme pillar el periódico. En el momento en que pienso tirar el tintero, romper las hojas del libro o gritar: «¡Viva la anarquía!», llaman a la puerta… La señorita Lanthenay se levanta, abre, se aparta a un lado, y Dutertre hace su aparición.

¿Ha enterrado a todos sus enfermos este médico, a quien quedan tantas horas libres? La señorita Sergent se precipita a su encuentro, y él le estrecha la mano, contemplando a la pequeña Aimée, que, bastante ruborizada, ríe confusa. ¿Por qué diantres? ¡No es tan tímida, al fin y al cabo! ¡Cuánto me fatiga toda esta gente, al obligarme continuamente a tratar de adivinar lo que piensan o lo que hacen!

Dutertre me ha visto de sobra, puesto que estoy de pie, pero se contenta con sonreírme desde lejos, y se queda junto a las maestras. Los tres se ponen a hablar a media voz. Me he sentado juiciosamente y los contemplo. De pronto, la señorita Sergent, que no ha dejado de observar con amorosa mirada a su apuesto delegado cantonal, levanta la voz diciendo:

—Ahora tendrá ocasión, señor, de darse cuenta. Yo continuaré con la clase de estas niñas y la señorita Lanthenay le conducirá allí. Podrá comprobar fácilmente la grieta de que le hablé: surca la pared nueva, a la izquierda de la cama, de arriba abajo. Esto resulta inquietante en una casa nueva, y no puedo dormir tranquila.

La señorita Aimée no dice nada; esboza un gesto de negativa, pero luego se contiene, y desaparece en pos de Dutertre, que tiende la mano a la directora, estrechándosela vigorosamente como si quisiera agradecerle algo.

Desde luego, no lamento haber regresado a la escuela. Pero, por muy acostumbrada que esté a la conducta de las maestras y a estas sorprendentes costumbres, me he quedado de piedra, y me pregunto qué objeto debe perseguir la pelirroja al enviar a ese mujeriego y a la señorita Lanthenay a comprobar en su cuarto la existencia de una grieta que juraría que nunca ha existido.

—¡Vaya cuento el de esa grieta! —murmuro al oído de la larguirucha Anaïs, que se aprieta los ijares, y come goma frenéticamente, para mostrar su regocijo ante esas turbias aventuras.

Arrastrada por su ejemplo, saco de mi bolsillo un cuadernillo de papel de fumar (solo como de la marca Nil) y mastico con entusiasmo.

—¡Chica! —exclama Anaïs—. He encontrado algo imponente para comer.

—¿Qué, diarios viejos?

—No, la mina de los lápices rojos de un lado y azules del otro. El lado azul es un poco mejor, ¿sabes? Ya he volatizado cinco del armario de material. ¡Son deliciosos!

—Déjame probar… No, no valen gran cosa. Seguiré con mi Nil.

—¡Qué tonta! No sabes lo que es bueno.

Mientras charlamos en voz baja, la señorita Sergent, absorta en sus pensamientos, hace leer a la pequeña Luce sin oírla. ¡Una idea! ¿Qué podría inventar para que pongan a esa cría a mi lado? Procuraré hacerle soltar lo que sabe de su hermana Aimée. A lo mejor se va de la lengua… Tanto más que cuando paso por la clase me sigue con ojos sorprendidos y curiosos, un poco sonrientes; ojos verdes, de un verde extraño, que se oscurece en la sombra, bordeados de largas pestañas negras.

¡Hay que ver cuánto rato pasan esos dos allá en el edificio nuevo! ¿Acaso esa descocada no piensa venir a darnos la lección de geografía?

—Oye, Anaïs, ya son las dos.

—¿Y qué? ¡No te quejes! No vendría mal que hoy no se diera la lección. Oye, ¿tienes hecho el mapa de Francia?

—No del todo. Los canales no están terminados. ¿Sabes una cosa? Hoy tendría que venir el inspector. Seguro que se encontraría con el más absoluto desorden. Fíjate, la señorita Sergent ni se ocupa de nosotras; está con la cara pegada a la ventana…

La larguirucha Anaïs se retuerce súbitamente de risa.

—¿Qué diantre pueden hacer? Estoy viendo al señor Dutertre midiendo la anchura de la grieta.

—¿Crees que es una grieta ancha? —pregunta con ingenuidad Marie Belhomme, que se esmera pasando sobre el mapa un lápiz de dibujo mal afilado para trazar las cadenas de montañas.

Tanto candor me arranca una carcajada. ¿Me he reído demasiado fuerte? No, la larguirucha Anaïs se tranquiliza.

—Puedes estar tranquila. La señorita se halla tan absorta que podríamos bailar en clase sin que nos castigaran.

—¿Bailar? ¿Qué te apuestas a que lo hago? —contesto, poniéndome en pie con mucha suavidad.

—¡Oh! Te apuesto dos *caïens*[2] a que no bailas sin que te metan una bronca.

Me quito los zuecos delicadamente y me coloco en medio de la clase, entre las dos hileras de mesas. Todo el mundo levanta la cabeza. Es evidente que la anunciada proeza despierta un vivo interés. ¡Vamos! Echo hacia atrás mis cabellos, que me molestan, cojo mi falda con los dedos, y empiezo una polca *piquée* que, no por muda, despierta menos la admiración general. Marie Belhomme exulta y no puede reprimir un gorgoteo de risa. ¡Que Dios la confunda! La señorita Sergent se estremece y vuelve la cabeza, y oigo a la directora anunciar a esa boba de Marie, con voz lejana, que expresa fastidio:

—Marie Belhomme, me copiarás todo el verbo «Reír» en redondilla media. Es una verdadera pena que unas chicas mayores de quince años solo sean capaces de portarse bien cuando se las vigila.

La pobre Marie tiene ganas de llorar. ¡Ay, no hay que ser tan tonta! En cuanto a mí, reclamo al instante las dos *caïens* a la larguirucha Anaïs, que me las da de bastante mala gana.

¿Qué deben de estar haciendo los dos comprobadores de grietas? La señorita Sergent continúa mirando por la ventana. Suenan las dos y media; la cosa ya no puede durar más. Es necesario que, por lo menos, se dé cuenta de que hemos observado la indebida ausencia de su pequeña favorita. Toso, sin ningún éxito; vuelvo a toser, y pregunto con voz juiciosa, la voz de las Jaubert:

—Señorita, tenemos unos mapas para que los revise la señorita Lanthenay. ¿Habrá hoy clase de geografía?

La pelirroja se vuelve bruscamente, clava la vista en el reloj y frunce las cejas, impaciente y contrariada.

—La señorita Aimée no tardará en regresar. Sabes de sobra que la he mandado a la escuela nueva. Repasa entretanto la lección. No la sabréis nunca demasiado bien.

¡Magnífico! ¡A lo mejor hoy no damos clase de geografía! Gran alegría y zumbido de actividad tan pronto como sabemos que no hay nada que hacer. Y empieza la comedia del repaso de lecciones; en cada mesa una alumna coge su libro, su vecina cierra el suyo y ha de dar la lección, o contestar a las preguntas que le haga su compañera. Entre doce alumnas, solo las gemelas Jaubert repasarán de veras. Las demás se hacen fantásticas preguntas, manteniendo el aspecto de estar embebidas en sus deberes. La larguirucha Anaïs ha abierto el atlas y me pregunta:

—¿Qué es una esclusa?

Le contesto como si recitara:

—¡Caramba! No se te ocurra darme la lata con tus canales. Fíjate en la cara que pone la señorita. ¡Es más divertido!

—¿Qué opinas de la conducta de la señorita Aimée Lanthenay?

—Opino que está de picos pardos con el delegado cantonal, comprobador de grietas.

—¿A qué se llama grieta?

—A una fisura que, por regla general, se halla en una pared, pero que a veces puede encontrarse en otras partes, incluso en lugares completamente resguardados del sol.

—¿A qué se llama una novia?

—A una hipócrita y pequeña descocada, que hace trastadas a un adjunto enamorado de ella.

—Si fueras el susodicho adjunto, ¿qué harías?

—Plantaría mi pie en la parte posterior del delegado cantonal y daría un par de bofetadas a la niña que le lleva a comprobar grietas.

—¿Qué sucedería luego?

—Que llegaría otro ayudante y otra maestra.

La larguirucha Anaïs levanta el atlas de vez en cuando para echarse a reír detrás del libro, pero yo ya estoy harta de ese juego. Quiero salir para tratar de verlos volver. Utilicemos el medio más vulgar y corriente.

—¿Señorita?

No hay respuesta.

—Señorita, por favor, ¿puedo ir a…?

—Sí, ve y no tardes mucho.

Lo ha dicho maquinalmente, sin pensar. No cabe duda de que su alma entera está lejos, en la habitación nueva, cuya pared puede agrietarse. Salgo rápidamente, echo a correr por el lado de los retretes provisionales (¡también son provisionales!), y me quedo cerca de la puerta, en la que se abre un agujero en forma de rombo. Estoy decidida a refugiarme en el infecto y pequeño quiosco tan pronto como alguien asome. En el momento en que voy a regresar a la clase, desconsolada, porque ya ha transcurrido, ¡ay de mí!, el tiempo que podría emplear lógicamente en lo que he salido a hacer, veo a Dutertre, que sale solo de la escuela nueva, poniéndose los guantes con aire satisfecho. No viene hacia aquí, sino que se marcha directo a la ciudad. Aimée no le acompaña, pero me da lo mismo. He visto lo suficiente. Me vuelvo para regresar a la clase, pero retrocedo espantada: a veinte pasos de mí, detrás de una pared nueva de poco más de metro y medio que protege el pequeño edículo de los muchachos, parecido al nuestro e igualmente provisional, asoma la cabeza de Armand. El pobre Duplessis, pálido y con aire trastornado, mira en dirección a nuestra escuela nueva; le veo durante cinco segundos, tras los cuales desaparece, echando a correr por el camino del bosque como alma que lleva el diablo. Ya no me río. ¿Qué saldrá de todo eso? Regresemos rápido, sin más rodeos.

La clase continúa en ebullición: Marie Belhomme ha trazado sobre la mesa un cuadrado, atravesado por dos diagonales y dos rectas, que se cortan en el centro, el tres en raya, y se entrega gravemente a este delicioso juego con la nueva alumna, la pequeña Lanthenay —¡pobrecilla Luce!—, a quien debe de parecer maravillosa esta escuela. La señorita Sergent sigue mirando por la ventana.

Anaïs, que se dedica a colorear con los lápices Conté las efigies de los grandes hombres más odiosos de la historia de Francia, me recibe preguntando: «¿Qué has visto?».

—¡Hija de mi alma! ¡Se acabó la juerga! ¡Armand Duplessis los acechaba por encima de la pared de los retretes! Dutertre se ha ido a la ciudad y Richelieu se ha esfumado, corriendo como un despavorido.

—¡Estoy segura de que me cuentas bolas!

—No, te digo la verdad. ¡Palabra! Todavía me late el corazón.

La esperanza del posible drama nos deja un instante silenciosas. Anaïs me pregunta:

—¿Se lo contarás a las demás?

—No, ¡a fe que no! A esas idiotas les faltaría tiempo para repetirlo. Solo se lo diré a Marie Belhomme.

Se lo cuento a Marie, cuyos ojos se ponen más redondos que nunca y pronostica: «¡Todo esto va a acabar muy mal!».

Se abre la puerta. Nos volvemos todas a la vez. Es la señorita Aimée, que entra, animado el rostro y un poquito jadeante. La señorita Sergent corre hacia ella y contiene justo a tiempo el abrazo que iniciaba. La directora renace a la vida, arrastra a la pequeña descocada junto a la ventana y empieza a interrogarla ávidamente. (¿Y nuestra clase de geografía?).

La hija pródiga emite sin gran emoción unas frasecitas que no parecen satisfacer la curiosidad de su digna directora. A una pregunta más ansiosa contesta que no, moviendo la cabeza con un estudiado suspiro de malicia, y entonces, a su vez, la pelirroja exhala un suspiro de alivio. Nosotras tres, en la primera mesa, observamos tensas por la atención. Me da un poco de miedo esa inmoral muchacha y de buena gana le avisaría de que desconfiara de Armand, pero la otra, su tirana, pretenderá enseguida que he denunciado su conducta a Richelieu, quizá con anónimos, y me abstengo de avisarla.

¡Me irritan sus cuchicheos! Acabemos de una vez. Lanzo un «¡Hola!» a media voz, para atraer la atención de mis compañeras, y empezamos todas a zumbar. Al principio, el zumbido consiste solo en un continuo murmullo de diligentes abejas, pero luego aumenta de volumen y acaba por entrar a la fuerza en los oídos de nuestras locas maestras, que se dirigen una mirada inquieta. Luego la señorita Sergent, armándose de valor, toma la ofensiva:

—¡Silencio! Si oigo zumbar más, la clase quedará castigada hasta las seis de la tarde. ¿Creéis que se

puede dar clase con regularidad mientras no esté terminada la escuela nueva? Sois lo suficientemente mayores para saber que debéis estudiar solas cuando una de nosotras no puede daros clase. Dadme un atlas. La alumna que no sepa la lección sin una falta me hará más deberes de castigo durante ocho días.

Sea como fuere, hay que reconocer que esta mujer fea, apasionada y celosa tiene porte. En cuanto levanta la voz, todas enmudecemos. Recitamos la lección sin rechistar, y nadie tiene ganas de disiparse, porque en la clase se siente soplar un viento temible que amenaza con castigos. Durante ese rato pienso que nunca en la vida me consolaré si no asisto al encuentro de Aimée y de Armand. Prefiero que me expulsen (¡para lo que me cuesta!) y presenciar lo que va a suceder.

A las cuatro y cinco, cuando suena en nuestros oídos: «Cerrad los cuadernos. ¡En fila!», me voy a disgusto. ¡Vaya, la inesperada tragedia no será para hoy! Mañana llegaré tempranito para no perderme nada.

A la mañana siguiente, como he llegado mucho antes de la hora reglamentaria, empiezo, para matar el tiempo, una trivial conversación con la tímida señorita Griset, que, como siempre, está pálida y parece atemorizada.

—¿Se encuentra a gusto aquí, señorita?

Mira alrededor antes de responder:

—¡Oh, no mucho! No me trato con nadie… y me aburro un poco.

—Pero ¿es que su colega y la señorita Sergent no son amables con usted?

—Pues… no sé. Francamente, no le puedo decir si son amables o no. Nunca se ocupan de mí.

—¿Cómo?

—Sí, verá, me hablan un poco en la mesa, pero una vez han corregido los cuadernos se van; entonces me quedo sola con la madre de la señorita Sergent, que recoge la mesa y se encierra en la cocina.

—Y ellas dos, ¿adónde van?

—Pues a su habitación.

¿Ha querido decir una habitación para cada una, o una para las dos? ¡Pobre desgraciada! ¡Se gana bien sus setenta y cinco francos mensuales!

—Si se aburre por las noches, ¿quiere que le preste libros, señorita?

(¡Qué alegría le doy! Casi se ruboriza).

—¡Oh, sí, con mucho gusto! ¡Oh, qué amable es usted! ¿No cree que la directora puede molestarse?

—¿Quién? ¿La señorita Sergent? Si cree usted que se dará cuenta, aún le quedan muchas ilusiones sobre el interés que la pelirroja puede tener por usted.

Sonríe casi con confianza y me pregunta si le puedo prestar la *Novela de un joven pobre*, pues tiene muchas ganas de leerla. ¡Claro que se la prestaré! Mañana mismo tendrá su librito romántico. ¡Me da una pena esa pobre abandonada! De buena gana la elevaba al rango de aliada mía, pero ¿cómo contar con esa pobre criatura clorótica y demasiado asustadiza?

A pasos silenciosos, se acerca la hermana de la favorita, la pequeña Luce Lanthenay, a un tiempo contenta y asustada por hablar conmigo.

—Buenos días, monito. Dime «Buenos días, Alteza». Anda, dilo inmediatamente. ¿Has dormido bien?

Le acaricio el pelo con brusquedad, lo que no parece disgustarle, y ríe con sus ojos verdes completamente iguales a los de Fanchette, mi bonita gata.

—Sí, Alteza, he dormido bien.

—¿Dónde duermes?

—Allá arriba.

—Con tu hermana Aimée, ¿verdad?

—No, ella tiene su cama en el cuarto de la señorita Sergent.

—¿Su cama? ¿La has visto?

—No… Sí… es un diván. Parece ser que se despliega en forma de cama. Me lo ha dicho ella.

—¿Te lo ha dicho? ¡Imbécil! ¡Estúpida! ¡Objeto sin nombre! ¡Ser infecto! ¡Desecho del género humano!

Huye espantada porque acompaño cada insulto con golpetazos de la correa de los libros… (¡oh, no son golpes muy fuertes!), y cuando desaparece por la escalera le lanzo ese insulto supremo: ¡Retazo de mujer! ¡Eres digna de parecerte a tu hermana!

¡Un diván que se despliega! ¡Primero desplegaría esta pared! Estas niñas no ven más allá de sus narices. De todos modos, esta tiene una expresión muy viciosa, con esos ojos alargados hasta las sienes… Todavía estoy excitada cuando llega la larguirucha Anaïs y me pregunta qué me pasa.

—¡Absolutamente nada! Solo que he pegado a la pequeña Luce para despabilarla un poco.

—¿No hay nada nuevo?

—Nada; aún no ha bajado nadie. ¿Quieres jugar a las canicas?

—¿A qué juego? No tengo nueve canicas.[3]

—Pero yo tengo los *caïens* que te gané. Ven, haremos una partidita.

La partida resulta muy animada; las canicas reciben golpes para hacerlas estallar. Mientras apunto con todo cuidado para dar un golpe difícil, oigo a Anaïs, que exclama:

—¡Mira! ¡Fíjate!

Se trata de Rabastens, que irrumpe en el patio; es tan temprano que no podemos dejar de sorprendernos. Por otra parte, el guapo Antonin viene ya acicalado y brillante, demasiado brillante. Su rostro se ilumina al verme y avanza en línea recta hacia nosotras.

—¡Señoritas! ¡Qué hermosos colores le da la animación del juego, señorita Claudine!

¡Qué ridículo es este patán gordinflón! Pero, a pesar de ello, le miro complacientemente, cimbreo el talle y le dedico unas caídas de mis ojos, para irritar a la larguirucha Anaïs.

—Señor, ¿qué le trae tan temprano por aquí? Las maestras están todavía en sus habitaciones.

—Pues, la verdad, no sé bien lo que vengo a decir, como no sea que el novio de la señorita Aimée no vino a cenar ayer con nosotros. Hay quien afirma haberle visto con aspecto de estar enfermo. En fin, la cuestión es que aún no ha vuelto. Yo creo que está algo destemplado, y quisiera advertir a la señorita Lanthenay del poco saludable estado de su prometido.

¡El poco saludable estado de su prometido! ¡Vaya, sabe expresarse bien este marsellés! Debería establecerse como «anunciador de muertes y accidentes graves». Bueno, hablando de otra cosa, veo que se acerca la crisis. Y yo, que ayer aún pensaba en poner en guardia a la culpable Aimée, ahora no quiero que se prevenga. ¡Tanto peor para ella! Esta mañana me siento mala, ávida de emociones, y me las compongo para retener a Antonin a mi lado. Es muy sencillo; basta con abrir de forma ingenua los ojos y con agachar la cabeza, para que mis cabellos caigan libremente a lo largo de mi cara. El ayudante muerde enseguida en el anzuelo.

—Señor, dígame, ¿es cierto que escribe unos versos preciosos? Lo he oído decir en la ciudad.

Claro que es una mentira, pero inventaría cualquier cosa para impedir que suba a las habitaciones de las maestras. Se sofoca y tartamudea, enloquecido de alegría y de sorpresa.

—¿Quién se lo ha dicho? No merezco que se diga eso, de veras. Es raro, no pensaba habérselo dicho a nadie.

—¿Ve usted cómo la fama traiciona su modestia? (Dentro de poco hablaré igual que él). ¿Sería indiscreto preguntarle…?

—Se lo ruego, señorita, usted me confunde. Solo podría darle a leer algunos pobres versos de amor… pobres, pero castos… —tartamudea—. Naturalmente no me hubiera permitido nunca…

—Señor, ¿no están tocando la campana de su clase?

¡Que se largue, que se largue! Aimée bajará dentro de un momento, él la avisará, ella se pondrá en guardia, ¡y no veremos nada!

—Sí, pero no es la hora. Son esos demonios de chiquillos, que se cuelgan de la campana. ¡No se les

puede dejar ni un segundo! ¡Y mi colega, que todavía no ha llegado! ¡Ah, qué duro es estar solo para cuidar de todo!

¡Hay que ver lo cándido que es! Este sistema de vigilar, que consiste en ir a piropear a las chicas mayores, no le debe de cansar demasiado.

—¿Ve usted, señorita? Es necesario que vaya a castigarlos. En cuando a la señorita Lanthenay…

—¡Bah! A las once puede avisarla, si es que su colega no ha comparecido aún (lo que me sorprendería mucho). Quizá venga de un momento a otro.

¡Ve a castigar a tus alumnos, ve de una vez a castigarlos, grandísimo metepatas! ¡Ya has hablado bastante, ya has sonreído bastante! ¡Lárgate, desaparece! ¡Por fin…!

La larguirucha Anaïs, un poco irritada por la falta de atención que el auxiliar le muestra, me revela que está enamorado de mí. Me encojo de hombros.

—¡Acabemos de una vez nuestra partida! ¡Vale más eso que decir estupideces!

La partida se termina mientras llegan las demás, y en el último instante bajan las maestras. ¡No se separan ni a sol ni a sombra!

Esa horrible Aimée hace a la pelirroja carantoñas de chiquilla.

Entramos y la señorita Sergent nos deja en manos de su favorita, que nos pide los resultados de los problemas de la víspera.

—Anaïs, al encerado. Haz el problema.

A pesar de ser un problema bastante complicado, la larguirucha Anaïs, que tiene mucha disposición para la aritmética, se mueve entre los correos, agujas de reloj y repartos proporcionales con notable desenvoltura. ¡Ay, ahora me toca a mí!

—Claudine, al encerado. Extrae la raíz cuadrada de dos millones setenta y tres mil seiscientos veinte.

Siento un incontenible horror por esas pequeñeces que hay que extraer. Y, como la señorita Sergent no está, me decido bruscamente a jugarle una mala pasada a mi examiga. ¡Tú lo has querido, mala amiga! ¡Enarbolemos el estandarte de la rebelión!, y, una vez frente al hule negro, digo con suavidad que «No», meneando la cabeza.

—¿Cómo que no?

—No, hoy no quiero extraer raíces. ¡No me atrae lo más mínimo!

—¡Claudine! ¿Estás loca?

—No lo sé, señorita, pero siento que, si extraigo esta raíz o cualquier cosa parecida, me pondré enferma.

—¿Quieres que te castigue, Claudine?

—Cualquier cosa menos raíces. No es por desobediencia, es porque no puedo extraer raíces. Le aseguro que lo siento muchísimo.

La clase patalea de alegría. La señorita Aimée se impacienta y se indigna.

—Por última vez, ¿me obedeces, o no? Se lo diré a la señorita Sergent, y veremos lo que pasa.

—Le repito que lo siento muchísimo.

Interiormente le grito: «¡Mala prójima de tres al cuarto, no tengo por qué tenerte miramiento alguno, así que tengo más bien la intención de darte todos los malos ratos que me sean posibles!».

Baja los dos peldaños de la tarima y se acerca a mí con la vaga esperanza de intimidarme. Contengo la risa a duras penas, mientras mantengo mi expresión respetuosamente desolada. ¡Esa pequeñaja! ¡Palabra que apenas me llega a la barbilla! La clase se divierte un horror. Anaïs se está comiendo un lápiz, madera y mina, a grandes bocados.

—Señorita Claudine, ¿obedecerá sí o no?

Con una dulzura llena de maldad, vuelvo a empezar. Está muy cerca de mí, y bajo ligeramente la voz.

—Se lo repito, señorita: haga de mí lo que quiera. Deme quebrados para reducir al común denominador, triángulos para construir, grietas para comprobar… En fin, todo lo que quiera, pero no raíces cuadradas. Eso no.

Las compañeras, a excepción de Anaïs, no han entendido nada, pues he soltado mi insolencia muy deprisa y sin recalcar las palabras; así que se divierten tan solo a causa de mi resistencia; pero la señorita Aimée se ha sobresaltado. Encendida, desatinada, exclama:

—¡Es demasiado, es demasiado! Voy a llamar a la señorita Sergent. ¡Ah, es demasiado fuerte!

Se precipita hacia la puerta. Yo echo a correr detrás de ella, le doy alcance en el pasillo, mientras las alumnas ríen a carcajadas, chillan de alegría y se suben a los bancos. Cojo a Aimée por un brazo mientras ella procura con todas sus fuerzas soltarse, sin decir nada, sin mirarme, con los dientes apretados.

—Haga el favor de escucharme cuando le hablo. Usted y yo ya no estamos para decirnos tonterías. Le juro que si me delata ante la señorita Sergent correré a contar a su novio la historia de la grieta. ¿Subirá ahora a ver a la directora?

Se ha parado en seco, silenciosa, bajando obstinadamente los ojos y apretando los labios.

—¡Vamos, hable! ¿Vuelve conmigo a la clase? Si no regresa enseguida, yo tampoco. ¡Iré a avisar a su Richelieu! Apresúrese a escoger.

Por fin abre los labios para murmurar, sin mirarme:

—No diré nada. Suéltame, no diré nada.

—¿De veras? Ya sabe que si se lo cuenta a la pelirroja ella no será capaz de disimular más de cinco minutos, y me enteraré enseguida. ¿De veras no dirá nada? ¿Me lo promete?

—No, no diré nada. Suéltame. Volveré ahora mismo a la clase.

Le suelto el brazo. Entramos sin decir nada. Se extingue de repente el rumor de la colmena. Mi víctima, en su escaño, nos ordena secamente que copiemos en limpio los problemas, y Anaïs me pregunta en voz baja si ha subido a denunciarme a la señorita Sergent.

—No, me he disculpado con humildad. Como comprenderás, no quería llevar demasiado lejos una broma como esta.

La señorita Sergent no regresa. La pequeña auxiliar conserva hasta el final de la clase su expresión cerrada y sus ojos duros. A las diez y media ya pensamos en la próxima hora de salida. Cojo unas brasas de la estufa para meterlas en mis zuecos, excelente sistema de calefacción, prohibido formalmente, ni que decir tiene; pero la señorita Lanthenay no está pensando precisamente en brasas ni en zuecos. Rumia su indignación y sus ojos dorados son dos helados topacios. Me da lo mismo. ¡Y hasta me encanta!

¿Qué pasa? Aguzamos el oído; se oyen gritos, una voz masculina que injuria, mezclada con otra que pretende dominarla. ¿Se están pegando los albañiles? No lo creo, huelo a otra cosa. La pequeña Aimée está en pie, pálida; también presiente que va a pasar algo. La señorita Sergent se precipita súbitamente en la clase. El rojo de sus mejillas ha desaparecido por completo; nos dice con nerviosismo:

—Señoritas, salgan al instante. No es la hora, pero no importa. Salgan, salgan. No se pongan en fila, ¿me oyen? Váyanse.

—¿Qué ocurre? —grita la señorita Lanthenay.

—Nada, nada. Hágalas salir y no se mueva de aquí. Más vale que eche la llave a la puerta. ¿Todavía estáis aquí, niñas?

Decididamente no hay que guardar más miramientos. Me dejaría desollar viva antes que salir de la escuela en semejantes circunstancias, pero no tengo más remedio que salir, entre los empujones de mis atónitas compañeras. Una vez fuera, oímos con claridad la voz que vocifera. ¡Válgame Dios! ¡Si es Armand, más pálido que un ahogado, hundidos y extraviados los ojos, manchado de verde musgo y con algunas ramitas en los cabellos! Seguro que ha dormido en el bosque. Loco de ira tras la noche pasada cavilando en su amargura, quiere arrojarse dentro de la clase y vocifera con los puños crispados. Rabastens le sujeta con todas sus fuerzas y, asustadísimo, los ojos parecen salírsele de las órbitas. ¡Qué asunto! ¡Qué asunto!

Marie Belhomme huye aterrorizada, y la segunda división echa a correr tras ella. Luce desaparece,

pero antes me da tiempo a sorprender su malvada sonrisa. Las Jaubert han salido corriendo hacia la puerta del patio, sin volver la cabeza. No veo a Anaïs, pero juraría que está en su rincón y que no se pierde nada del espectáculo.

La primera palabra que oigo claramente es «¡Mujerzuelas!». Armand ha arrastrado a su colega, jadeante, hasta la clase, donde nuestras maestras, mudas, se estrechan una contra otra, y les grita:

—¡Mujerzuelas! ¡No quiero irme sin deciros lo que sois, aunque me cueste el puesto! ¡Mala hembra! ¡Ah, te dejas manosear a cambio de dinero por ese cerdo de delegado cantonal! ¡Eres peor que una mujer del arroyo! Pero esa condenada pelirroja, que te hace igual a ella, vale aún menos que tú. ¡No sois más que dos mujerzuelas, dos mujerzuelas, sí! Esta casa es…

No he oído cómo terminaba la frase. Rabastens, que debe de tener músculos dobles, como Tartarín, consigue arrastrar fuera al desgraciado, que pierde el aliento injuriando a las dos mujeres. La señorita Griset, perdiendo la cabeza, mete en la clase pequeña a las chiquillas que salen, y yo echo a correr, con el corazón algo agitado. Con todo, me alegro de que Duplessis estallara sin aguardar más, porque Aimée no podrá acusarme de haberla delatado.

Por la tarde encontramos a la señorita Griset para atender a todo, y repite la misma frase a cada recién llegada: «La señorita Sergent está enferma y la señorita Lanthenay se ha ido a su casa, no debéis regresar hasta dentro de una semana».

Bien, nos largamos; pero, de verdad, esta escuela no es nada vulgar.

Durante la semana de imprevistas vacaciones que nos valió este jaleo, cogí el sarampión; me vi obligada a pasar tres semanas en la cama y quince días de convalecencia, y, bajo el pretexto de seguridad escolar, se me tuvo en cuarentena durante quince días más. ¿Qué hubiera sido de mí sin los libros y sin Fanchette? Esto que digo no es amable para papá, que me cuidó como a un raro ejemplar de babosa; convencido de que hay que dar a una enfermita todo lo que se le ocurre, me traía marrons glacés para hacerme bajar la temperatura. Fanchette se ha lamido de oreja a rabo durante una semana, en mi cama, jugando con mis pies a través de la colcha y acurrucándose en el hueco de mi hombro en cuanto no tuve fiebre. Regreso a la escuela un poco pálida y lánguida. ¡He tenido tan pocas noticias durante mi enfermedad! No venía a verme nadie, ni siquiera Anaïs o Marie Belhomme, a causa del posible contagio.

Cuando entro en el patio de recreo, ese día de finales de febrero, de suave y cálida temperatura, están dando las siete y media. Mis compañeras acuden por todos lados, me rodean, me festejan y las dos Jaubert, antes de acercarse, se enteran prudentemente de si ya estoy del todo restablecida. El ruido me aturde un poco. Por fin me dejan respirar, y pregunto enseguida a la larguirucha Anaïs cuáles son las últimas noticias.

—Pues verás, lo primero de todo es que Armand Duplessis se ha marchado.

—¿El pobre Richelieu? ¿Destitución o traslado?

—Nada más que traslado. Dutertre se dedicó a buscarle otro puesto.

—¿Dutertre?

—¡Hombre, claro! Si Richelieu hubiera hablado, hubiese impedido que el delegado cantonal llegase nunca a ser diputado. Dutertre ha manifestado seriamente a los de la ciudad que el desgraciado muchacho tuvo un acceso de altísima fiebre con delirio, que puso su vida en peligro y que pudieron llamarle a tiempo a él, al médico de las escuelas.

—¡Ah! ¿Conque pudieron llamarle a tiempo? La Providencia puso el remedio junto al mal. ¿Y la señorita Aimée también ha sido trasladada?

—¡Oh, no! ¡No hay cuidado! Compareció al cabo de ocho días, como si nada; reía con la señorita Sergent, igual que antes.

¡Es demasiado! Esa singular criatura, que no tiene ni cerebro ni corazón, vive sin memoria y sin remordimientos, y volverá a engatusar a otro ayudante y a coquetear con el delegado cantonal, hasta que ocurra otro estallido; y seguirá viviendo satisfecha con esa mujer celosa y violenta, a quien trastornan esa clase de aventuras. Apenas oigo a Anaïs, que me informa de que Rabastens continúa aquí y que a menudo ha pedido noticias mías. ¡Había olvidado al pobre y gordito Antonin!

Suena la campana, pero es en la nueva escuela donde entramos; el edificio central que une las dos alas pronto estará terminado.

La señorita Sergent se instala en su reluciente mesa. ¡Adiós a las viejas mesas bamboleantes y llenas de entalladuras, tan incómodas! Ahora nos sentamos delante de hermosos pupitres inclinados, provistos de bancos con respaldos, y en cada banco hay solo dos alumnas. En lugar de la larguirucha Anaïs tengo por vecina a la pequeña Luce Lanthenay. Las mesas están, por suerte, muy cerca, y Anaïs se halla en una mesa paralela a la mía, de manera que podemos charlar tan cómodamente como antes. Tiene a su lado a Marie Belhomme, pues la señorita Sergent ha colocado, de manera deliberada, a dos despabiladas (Anaïs y yo) al lado de dos atontadas (Luce y Marie) para que las sacudamos un poco. ¡Ya lo creo que las vamos a sacudir! Yo, por lo menos, estoy dispuesta a ello, porque siento bullir en mi interior todas las rebeldías comprimidas durante mi enfermedad. Inspecciono el lugar, e instalo en él mis libros y cuadernos, mientras Luce se sienta y me mira tímidamente de reojo. Pero aún no me digno dirigirle la

palabra; me limito a hacer algunos comentarios sobre la nueva escuela con Anaïs, que masca con avidez no sé qué, me parece que brotes de árbol, verdes.

—¿Qué comes? ¿Manzanas de *crocs*?[4]

—Retoños de tilo, hija mía. No hay nada mejor. Ahora es el tiempo, en el mes de marzo.

—Dame un poco. Es de veras muy bueno; es pastoso como el *coucou*.[5] Cogeré de los tilos del patio. ¿Qué más sigues devorando? ¿Algo nuevo?

—¡Bah, nada que valga la pena! Ni siquiera puedo comerme los lápices Conté; los de este año son arenosos, malos, puros saldos. En cambio, el papel secante es excelente. También hay otra cosa buena para mascar, aunque no para tragar: las muestras de tela para pañuelos que envían el Bon Marché y el Louvre.

—¡Bah! No me dicen nada. Oye, joven Luce, ¿procurarás ser juiciosa y obediente a mi lado? Si no, te prometo pellizcos y pescozones. De manera que ¡mucho ojo!

—Sí, señorita —replica la pequeña, algo inquieta, bajando los ojos.

—Puedes tutearme. Mírame, que te vea los ojos. Está bien. Ya sabes que estoy loca. Con toda seguridad te lo han dicho. Pues bien, cuando se me lleva la contraria me pongo furiosa, araño y muerdo, sobre todo después de haber estado enferma. Dame la mano; fíjate en cómo se da.

Hundo mis uñas en su mano. No grita, se contenta con apretar los labios.

—No has chillado, está bien. A la hora del recreo te interrogaré.

En la segunda clase, cuya puerta queda abierta, veo que acaba de entrar la señorita Aimée, fresca, ondulada y sonrosada, con los ojos aterciopelados y dorados como nunca, con su maliciosa y mimosa expresión. ¡Bribonzuela! Envía una radiante sonrisa a la señorita Sergent, que, al contemplarla, se olvida de todo por un instante, saliendo de su éxtasis para ordenar bruscamente:

—Sacad los cuadernos. Deber de historia: «La guerra del setenta». Claudine —añade con más suavidad —, aunque no has asistido a las clases de los dos últimos meses, ¿crees que podrás hacer este deber?

—Lo procuraré, señorita. Lo desarrollaré menos, eso es todo.

Despacho, en efecto, un deber sumamente corto, y cuando llego hacia el final me entretengo y aplico mucho, haciendo durar las últimas quince líneas para poder acechar y escudriñar a mi anchas. La directora conserva su expresión de pasión concentrada y de celosa bravura. Su Aimée, que dicta indolentemente algunos problemas en la otra clase, va de un lado a otro, y se aproxima sin dejar de hablar. ¡Ah, el invierno pasado no tenía ese aire seguro y coquetón de gata mimada! Ahora es el animalillo adorado, consentido, que se vuelve déspota, pues sorprende miradas de la señorita Sergent implorándole que encuentre un pretexto para ir a su lado, a las cuales esa cabeza de chorlito contesta con caprichosos movimientos de cabeza y pícaras miradas que dicen que no. La pelirroja que, decididamente, se ha convertido en su esclava, no puede más y va a buscarla, preguntándole en voz alta:

—Señorita Lanthenay, ¿no tendría en su cuarto el registro de asistencia?

¡Ya está!, ha salido de nuestra clase y las dos charlan en voz baja. Aprovecho la soledad en que nos dejan para interrogar rudamente a mi compañera de pupitre, la pequeña Luce.

—Deja un poco ese cuaderno y contesta: ¿hay un dormitorio arriba?

—Claro que sí. Nos acostamos en él las pensionistas y yo.

—Está bien. ¡Eres una cretina!

—¿Por qué?

—No te importa. ¿Continuáis con las clases de canto los jueves y los domingos?

—¡Oh! Se intentó dar una sin usted, sin ti, quiero decir, pero la cosa fue muy mal. El señor Rabastens no sabe enseñar.

—Bien. ¿Compareció el manoseador durante mi enfermedad?

—¿Quién?

—Dutertre.

—No me acuerdo. ¡Ah, sí!, una vez, pero no entró en las clases; solo se quedó unos minutos hablando

en el patio con mi hermana y con la señorita Sergent.

—¿Es amable contigo la pelirroja?

Los oblicuos ojos verdes se oscurecen.

—No… dice que no tengo inteligencia, que soy perezosa, que mi hermana se ha llevado toda la inteligencia de la familia, al igual que toda la belleza. Claro que siempre ha pasado lo mismo en todas partes adonde he ido con Aimée; solo le hacían caso a ella, a mí me despreciaban…

Está a punto de llorar; parece furiosa contra esa hermana más «gente», como dicen por aquí, que la apaga y la posterga. No la creo, por lo demás, mejor que Aimée; solo es más asustadiza, más huraña, porque está acostumbrada a que la dejen sola y a callarse.

—¡Pobre cría! Donde estabas, ¿tenías amigas?

—No, no las tenía. Eran demasiado brutas y se reían de mí.

—¿Demasiado brutas? ¿Así que te revienta cuando te pego y te doy empujones?

Ríe sin levantar los ojos.

—No, porque me doy cuenta de que usted… de que tú no lo haces por mala, por bruta. En fin, que es algo así como una broma, que no va en serio, como cuando me llamas cretina, que sé que es de mentirijillas. No, no me molesta; al contrario, cuando no hay el menor peligro me gusta tener un poquitín de miedo.

¡Vaya! Esas pequeñas Lanthenay son iguales las dos: cobardes, perversas por naturaleza, egoístas, y tan desprovistas de todo sentido moral que resulta divertido contemplarlas. Sea como fuere, esta detesta a su hermana, y me parece que podré extraerle un montón de revelaciones sobre Aimée solo con ocuparme de ella, hinchándola a bombones y pegándole.

—¿Has acabado el deber?

—Sí, pero no sabía nada. Seguro que no me pondrán una buena nota.

—Dame el cuaderno.

Leo lo que ha escrito. Es muy poquita cosa; le dicto algunas cosas olvidadas y arreglo un poco las frases. Rebosa de alegría y sorpresa, y me mira de reojo con ojos sorprendidos y embelesados.

—¡Ajajá! ¿Ves? Está mejor así. Oye, los chicos pensionistas ¿tienen el dormitorio frente al vuestro?

Se le encienden maliciosamente las pupilas.

—Sí. Se acuestan a la misma hora que nosotras, y lo hacen a propósito. Ya sabes que no hay persianas en las ventanas; los chicos quieren vernos en camisón y levantamos las puntas de las cortinas para mirarlos; y, por mucho que la señorita Griset se esfuerce en vigilar hasta que se apaga la luz, siempre damos con la manera de levantar de repente un cortinón, y por eso los chicos están al acecho todas las noches.

—¡Vaya, chica, qué manera más divertida de desnudaros tenéis allá arriba!

—¡Ah, mira…!

Se anima y empieza a tomar confianza. La señorita Sergent y la señorita Lanthenay continúan juntas en la segunda clase. Aimée muestra una carta a la directora, y las dos se desternillan de risa, pero en voz baja.

—Oye, pequeña Luce, ¿sabes adónde ha ido a encerrar su dolor el ex Armand de tu hermana?

—No lo sé. Aimée no me habla mucho de sus cosas.

—¡No me extraña! ¿Tiene también su cuarto arriba?

—Sí, el más cómodo y bonito de los cuartos de las auxiliares, mucho más bonito y caldeado que el de la señorita Griset. La señorita ha hecho poner cortinas floreadas de color rosa y linóleo en el suelo, querida; y una piel de cabra; y le ha esmaltado la cama de blanco. ¡Aimée quiso hacerme creer que se había comprado con sus ahorros todas esas cosas bonitas! Le dije que se lo preguntaría a mamá para saber si era verdad, y me dijo: «Si hablas de esto con mamá, te vuelvo a enviar a casa con el pretexto de que no estudias». Entonces tuve que callarme, naturalmente.

—¡Ya tenemos aquí a la señorita!

En efecto, la señorita Sergent viene hacia nosotras, abandonando su tierna y risueña expresión y adoptando su papel de maestra.

—¿Habéis terminado? Os voy a dictar un problema de geometría.

Se elevan angustiosas protestas, pidiendo cinco minutos más de gracia, pero la señorita Sergent no se deja conmover por esta súplica, que se repite tres veces al día, y empieza a dictar tranquilamente el problema. ¡Que el cielo maldiga a los triángulos semejantes!

Procuro traer a menudo caramelos con el fin de seducir por completo a la pequeña Luce. Me los coge sin dar las gracias, llena sus manecitas y los esconde en un antiguo estuchito de rosario, de nácar. Por diez perras chicas de pastillas de menta inglesa —demasiado picante— vendería a su hermana mayor y, por añadidura, a uno de sus hermanos. Abre la boca, aspira el aire para gustar la frescura de la menta, y exclama: «¡Se me hiela la lengua, se me hiela la lengua!», con pupilas extasiadas. Anaïs mendiga descaradamente mis pastillas, se llena la boca de ellas y me pide más con una irresistible mueca de fingida repugnancia.

—Corre, corre, dame otras para quitarme el gusto. Estas están rancias.

Mientras jugamos a la grulla, aparece Rabastens en el patio como por casualidad, portador de no sé qué cuadernos (un pretexto). Finge una amable sorpresa al verme, y aprovecha la ocasión para meterme bajo las narices una romanza, cuyas amorosas palabras me lee con voz arrulladora. ¡Pobre tontísimo Antonin! ¡De nada puedes servirme ya, y nunca me serviste de gran cosa! A lo sumo, será bueno para divertirme durante algún tiempo y, en particular, para poner celosas a mis compañeras. Si te largaras…

—Señor, encontrará a las señoritas en la clase del fondo. Creo haberlas visto bajar, ¿verdad, Anaïs?

Él cree que lo despacho a causa de las maliciosas ojeadas de mis compañeras; me lanza una mirada elocuente y se va. Yo me encojo de hombros ante los «¡Ejem…!» llenos de doble sentido en que prorrumpen la larguirucha Anaïs y Marie Belhomme, y reanudamos una emocionante partida *tournecouteau* en el curso de la cual la debutante Luce comete falta tras falta. ¡Es una cría, no sabe hacer nada! Y suena la campana.

Clase de costura, prueba de examen; es decir, en una hora nos hacen ejecutar las muestras de costura que nos pedirán en el examen. Nos distribuyen cuadraditos de tela, y la señorita Sergent escribe en la pizarra, con su letra clara, llena de rasgos en forma de maza: «Ojal. Diez centímetros de costura con pespunte… Inicial G con punto de marca. Diez centímetros de dobladillo con puntadas invisibles».

Refunfuño ante esta enumeración, porque del ojal y de la costura con pespunte me veo con ánimos de salir del paso, pero el dobladillo «invisible» y la inicial no son mi «especialidad», como la señorita Aimée comprueba con harto pesar. Por suerte, recurro a un sencillo e ingenioso procedimiento: doy dos pastillas a la pequeña Luce, que cose divinamente, y me ejecuta una G de maravilla. «Hay que ayudarse mutuamente». (Justo ayer comentamos este caritativo aforismo).

Marie Belhomme borda una letra G que parece un mono encogido y, bobalicona, llena de buen humor, se muere de risa ante su propia obra. Las pensionistas, con las cabezas agachadas y los codos apretados, cosen hablando imperceptiblemente y, de vez en cuando, dirigen a Luce miradas pícaras en dirección a la escuela de muchachos. Sospecho que por las noches, desde lo alto de su blanco y pacífico dormitorio, espían espectáculos muy divertidos.

La señorita Lanthenay y la señorita Sergent han cambiado de mesa. Ahora es Aimée quien vigila la clase de costura, mientras la directora hace leer a las alumnas de la segunda clase. La favorita se halla ocupada en escribir con preciosa letra de redondilla el título de un registro de asistencia, cuando su pelirroja la llama desde lejos.

—¿Señorita Lanthenay?

—¿Qué quieres? —contesta atolondradamente Aimée.

Silencio lleno de estupor. Todas nos miramos. La larguirucha Anaïs empieza a apretarse los ijares para reírse mejor, las dos Jaubert agachan la cabeza sobre la costura, las pensionistas se dan codazos de forma solapada; Marie Belhomme estalla en una carcajada reprimida que suena como un estornudo, y yo exclamo en voz alta ante la cara consternada de Aimée:

—¡Ah, esta sí que es buena!

La pequeña Luce apenas ríe. Se nota de sobra que ha debido oír otras veces semejantes tuteos. Pero mira a su hermana con ojos burlones.

La señorita Aimée se vuelve furiosa contra mí.

—A todo el mundo le puede suceder que se equivoque, señorita Claudine, y presento a la señorita Sergent mis excusas por mi distracción.

Pero la directora, que ha salido de su asombro, se da cuenta de que no nos tragamos la explicación, y encoge los hombros con desaliento ante la irremediable metedura de pata. La aburrida clase de costura acaba muy bien. Yo necesitaba este divertido incidente.

A las cuatro, después de la salida, en vez de irme, dejo astutamente olvidado un cuaderno y vuelvo a entrar en la escuela, porque sé que a la hora de barrer las pensionistas suben por turnos agua a su dormitorio. No lo conozco aún, y quiero visitarlo. Luce me ha dicho: «Hoy me toca a mí el agua». Cautelosamente trepo allá arriba, llevando un cubo lleno, por si tengo algún encuentro desagradable. El dormitorio tiene techo y paredes blancas, y está amueblado con ocho camitas del mismo color. Luce me enseña la suya, que me importa un pepino. Me dirijo enseguida hacia las ventanas, que, en efecto, permiten ver el dormitorio de los chicos. Dos o tres de los mayores, de catorce a quince años, están por ahí mirando hacia nosotras. Al vernos, se echan a reír, hacen gestos y señalan sus camas. ¡Hatajo de granujas! Además, ¡hay que ver lo poco apetitosos que son! Luce, atemorizada, o fingiendo estarlo, cierra precipitadamente, pero me imagino que por las noches, a la hora de acostarse, debe de mostrarse menos mojigata. La cama número nueve, que se halla en un extremo del dormitorio, tiene encima una especie de dosel que la rodea con blancas cortinas.

—Esta —explica Luce— es la cama de la vigilante. Las auxiliares se relevan para ir acostándose aquí.

—¡Ah! Así que a veces le toca el turno a tu hermana Aimée y otras a la señorita Griset…

—Sí… parece que tendría que ser así pero hasta ahora, no sé por qué, ha sido siempre la señorita Griset la que ha dormido aquí…

—¡Ah! ¿Conque no sabes por qué? ¡Hipócrita!

Le doy un golpe y se queja sin la menor convicción. ¡Pobre señorita Griset!

Luce continúa poniéndome al corriente:

—Por las noches, Claudine, no puedes imaginarte lo que nos divertimos a la hora de acostarnos. Reímos, corremos en camisón, nos pegamos con las almohadas. Hay quien se esconde detrás de las cortinas para desnudarse porque dice que le molesta hacerlo delante de las demás. La mayor de todas, Rose Raguenot, se lava tan mal que a los tres días de llevar la ropa ya la tiene gris. Ayer me escondieron el camisón y casi tuve que quedarme desnuda en el cuarto de baño. Suerte que llegó la señorita Griset. Y luego nos burlamos de una que es tan gorda que ha de empolvarse por todas partes con almidón para no agrietarse. Y, ¡ah!, me olvidaba de la Poisson, que se pone un gorro de dormir con el que parece una vieja, y que no quiere desnudarse si no es después de nosotras, en el cuarto de baño. ¡Huy, lo que llegamos a reírnos!

El cuarto de baño está someramente amueblado con una larga mesa cubierta de cinc, en la que se alinean ocho palanganas, ocho pastillas de jabón, ocho pares de toallas y ocho esponjas. Todos los objetos son idénticos, y la ropa está marcada con tinta indeleble. Todo ello muy limpio.

Le pregunto:

—¿Os bañáis?

—Sí, ¡y lo que nos divertimos también con eso! ¡Menuda juerga! En el lavadero nuevo, lleno de agua,

se calienta una enorme cuba de las que se emplean para la vendimia, una cuba tan grande como una habitación. Nos quitamos la ropa y nos metemos dentro para enjabonarnos.

—¿Desnudas?

—¡Chica!, ¡claro! ¿Cómo íbamos a enjabonarnos, si no? Rose Raguenot no quería desnudarse. ¡Claro, con lo flaca que está! Si la vieras —añade Luce bajando la voz—, no tiene casi nada encima de los huesos, y tiene el pecho completamente liso, como un chico. En cambio, Jousse es como una nodriza: ¡los tiene así de grandes! Y esa que se encasqueta el gorro de dormir, la Poisson, ¿sabes?, tiene vello por todas partes, como un oso, y además tiene los muslos azules.

—¿Cómo que azules?

—Sí, azules, como cuando hiela y se pone la piel morada de frío.

—Debe de estar apetitosa.

—¡Ah, desde luego! Si yo fuera chico, no me haría ningún efecto bañarme con ella…

—Bueno, pero quizá a ella sí le haría efecto bañarse con un chico.

Nos reímos, pero pego un salto al oír en el corredor los pasos y la voz de la señorita Sergent. Para no dejarme pillar me acurruco en el dosel reservado exclusivamente para la señorita Griset; luego, una vez pasado el peligro, me escapo y bajo corriendo, y grito a Luce por lo bajo:

—¡Hasta la vista!

Esta mañana… ¡qué tiempo más hermoso hace en esta bendita tierra! ¡Qué alegremente se calienta mi precioso Montigny, esta cálida y precoz primavera! El domingo y el jueves ya corrí por los deliciosos bosques llenos de violetas con mi hermanita de leche, mi dulce Claire, que me contaba sus amoríos… Desde que ha llegado el buen tiempo, su seguidor le da cita por las noche en la Sapinière. ¡Quién sabe si no terminará haciendo alguna tontería! De todas maneras, eso no la tienta, para estar satisfecha le basta con que le digan palabras escogidas, que no acaba de comprender, y con que la besen, con que se arrodillen ante ella, con «que todo suceda como en los libros».

En clase me encuentro con la pequeña Luce, que, tumbada sobre una mesa, solloza hasta perder el aliento. Le levanto la cara a la fuerza y veo que tiene los ojos hinchados como huevos, de tanto restregárselos con los nudillos.

—¡Oye! No estás nada guapa así. ¿Qué te pasa, pequeña? ¿Por qué berreas?

—Porque… porque… me ha… me ha pegado.

—¿Quién? ¿Tu hermana?

—¡Sí!

—¿Qué le has hecho?

Se seca un poco los ojos y me cuenta:

—Verás; no comprendí los problemas y no los hice. Eso la puso furiosa, y me dijo que era un alcornoque, que no valía la pena que mi familia me pagara la pensión, que le daba asco, y no sé cuántas cosas más… Entonces le dije: «Oye, ¡ya me estás cargando!», y ella me pegó, me abofeteó. ¡Es más mala que la peste! ¡La odio!

Nuevo diluvio de lágrimas.

—Mi pobre Luce, eres tonta de remate. No tenías que haberte dejado pegar, debías haberle restregado por las narices a su guapo Armand.

La mirada súbitamente aterrorizada de la chiquilla me hace volver la cara, y veo a la señorita Sergent, que nos escucha desde la puerta. ¡Vaya! ¿Qué me dirá?

—La felicito, señorita Claudine. Está usted dando a esta niña bonitos consejos.

—¡Y usted le da bonitos ejemplos!

Luce queda aterrorizada ante mi respuesta. A mí me da lo mismo. Los ojos de brasa de la directora arrojan destellos de ira y de emoción. Pero esta vez, como es demasiado lista para volver a perder la

cabeza, hace un gesto y me dice sencillamente:

—Es una suerte que esté próximo el mes de julio, señorita Claudine. Comprenderá usted que cada vez es menos posible seguir teniéndola aquí.

—Así me lo parece. Pero ¿sabe usted? Lo que pasa es que no nos entendemos. Nuestras relaciones empezaron mal.

—Ve al recreo, Luce —dice, sin contestarme.

La pequeña no se lo hace repetir dos veces y sale corriendo mientras se suena. La señorita Sergent prosigue:

—Te aseguro que si empezaron mal fue por tu culpa. A mi llegada te mostraste llena de mala voluntad hacia mí, y rechazaste los pasos que daba para conseguir tu amistad. Sí, los di, aunque no fuera ese mi papel; me pareciste inteligente y lo suficientemente bonita para interesarme, a mí, que no tengo hijos ni hermanas.

¡Demonio! ¡Nunca se me hubiera ocurrido! No se puede decir con más claridad que, si yo hubiera querido, hubiese sido «su pequeña Aimée». Pero, ¡vaya!, esta perspectiva no me interesa nada, ni siquiera en retrospectiva. Y caigo en la cuenta de que, a estas horas, sería la señorita Aimée la que tendría celos de mí, de haber querido yo. ¡Qué comedia!

—Es cierto, señorita, pero la cosa habría acabado fatalmente mal, a causa de la señorita Aimée Lanthenay. Usted puso tal ardor en conquistar su… amistad y en destruir la que ella podía sentir por mí…

Desvía la mirada.

—No he tratado, como dices, de destruir nada… La señorita Aimée hubiera podido continuar con las clases de inglés sin que yo se lo impidiera…

—¡No diga eso! Todavía no me he vuelto idiota, y ahora estamos las dos solas. Durante mucho tiempo me sentí furiosa, incluso desconsolada, porque soy casi tan celosa como usted. ¿Por qué me la quitó? ¡Sentí tanta pena! Sí, vaya, puede estar satisfecha. Sentí mucha pena. Pero vi que ella no me quería. ¿A quién quiere, en realidad? He visto también que, bien mirado, no valía gran cosa, y eso ha sido suficiente para mí. Pensé que, sea como fuere, haría bastantes tonterías sin cometer la de querer quitársela a usted. Y ahora ya ha pasado todo, y deseo únicamente que no llegue a convertirse en la pequeña soberana de esta escuela y que no mortifique demasiado a su hermana pequeña, que, se lo aseguro, en el fondo no es ni mejor ni peor que ella. En mi casa nunca cuento nada de lo que puedo ver aquí. Después de las vacaciones no regresaré; me presentaré al certificado porque papá cree que le importa mucho esto, y porque Anaïs estaría demasiado satisfecha si no aprobara el examen… Hasta entonces puede dejarme en paz. Ahora ya la molesto muy poco.

Me parece que podría estar hablando largo rato, porque no me oye. Todo lo que ha entendido es que no le disputaré a su amiguita. Se abisma en sus pensamientos, sigue una idea y despierta al cabo para decirme, volviéndose a transformar súbitamente en la directora de la escuela, después de esta conversación sostenida en pie de igualdad:

—Ve al patio, Claudine, son más de las ocho. Has de ponerte en fila.

—¿De qué hablabas tanto rato con la señorita? —me pregunta la larguirucha Anaïs—. ¿Estás de buenas con ella?

—Somos un par de amigas, hija mía.

En clase, la pequeña Luce se aprieta contra mí, me lanza cariñosas miradas y me coge las manos, pero sus caricias me irritan; a mí me gusta pegarle y atormentarla, y protegerla solamente cuando las demás o su hermana la fastidian.

Brusca entrada de la señorita Aimée en la clase, diciendo bajito: «¡El inspector! ¡El inspector!». Rumores. Todo es aquí pretexto para armar jaleo y, con excusa de ordenar de forma irreprochable los libros,

hemos abierto todos los pupitres y charlamos animadamente detrás de las tapas. La larguirucha Anaïs hace saltar por el aire los cuadernos de la indefensa Marie Belhomme, y oculta con prudencia en su bolsillo unos cuentos de *Gil Blas ilustrado* que resguardaba entre las hojas de su *Historia de Francia*. Yo disimulo historias de animales, maravillosamente contados por Rudyard Kipling (¡qué bien conocía ese hombre a los animales!). Pero, al fin y al cabo, no se trata de lecturas censurables. Hay algunos rumores, nos levantamos, recogemos papeles y sacamos los caramelos ocultos en los pupitres, porque al señor Blanchot, el inspector, aunque bizco, no se le escapa nada.

La señorita Lanthenay, en su clase, empuja a las niñas, ordena su mesa, chilla y da vueltas; y he aquí que de la tercera clase sale la pobre señorita Griset, asustada, pidiendo ayuda y protección.

—Señorita Sergent, ¿me pedirá el señor inspector los cuadernos de las niñas? Están muy sucios Las pequeñitas solo hacen palotes.

La malvada Aimée se le ríe en la cara, y la directora contesta, encogiéndose de hombros:

—Enséñele usted lo que le pida; pero si cree que se va a ocupar de los cuadernos de sus chiquillas…

Y la pobre, cuitada, regresa a su clase, donde sus animalillos arman una horrible algazara, porque ella no tiene ni un adarme de autoridad.

Estamos listas, o poco falta. La señorita Sergent exclama:

—Deprisa, coged los fragmentos escogidos. Anaïs, escupe inmediatamente el lápiz que tienes en la boca. ¡Palabra de honor que te despido delante del mismo señor Blanchot si continúas comiendo esas porquerías! Claudine, ¿no podrías dejar un instante de pellizcar a Luce Lanthenay? Marie Belhomme, haz el favor de quitarte enseguida los tres pañuelos que llevas en la cabeza y en la garganta, y quítate también la expresión de tonta que tienes en la cara. ¡Sois peores que las niñas de la tercera clase y no valéis ni la cuerda para ahorcaros!

Tiene que dar salida a la irritación que la posee. Las visitas del inspector la molestan siempre, porque Blanchot está en buenas relaciones con el diputado, que odia a muerte a su posible sustituto, Dutertre, que protege a la señorita Sergent. (¡Válgame Dios, qué complicada es la vida!). En fin, todo está más o menos en orden. La larguirucha Anaïs se levanta, inquietante a fuerza de largura, con la boca todavía sucia del lápiz gris que masticaba, y empieza a leer *La robe*, del plañidero Eugène Manuel.

En la estrecha buhardilla,
por donde se desliza un amanecer incierto,
marido y mujer disputaban.

¡Ya era hora! Pasa una gran sombra por los cristales del corredor, la clase entera se estremece y, llena de respeto, se levanta en el instante en que la puerta se abre para dar paso al señor Blanchot. Tiene un semblante solemne, enmarcado por dos grandes patillas canosas, y habla con temible acento del Franco Condado. Habla con énfasis, mastica las palabras con entusiasmo, como hace Anaïs con la goma de borrar. Siempre va vestido con rígida y anticuada corrección. ¡Uf, qué viejo más cargante! ¡Tendremos para una hora! Va a hacernos preguntas idiotas y a demostrarnos que todas deberíamos «abrazar la carrera docente». A mí hasta eso me gustaría más que abrazarle a él.

—Señoritas… hijas mías… Siéntense.

«Sus hijas» se sientan, modositas y juiciosas; yo daría algo por irme. La señorita Sergent ha salido al encuentro del inspector, con aire respetuoso y malévolo, en tanto que su auxiliar, la virtuosa Lanthenay, se ha encerrado en su clase.

El señor Blanchot coloca en un rincón su bastón con empuñadura de plata, y empieza por horripilar a la directora (¡bien hecho!), llevándosela junto a una ventana para hablarle de los programas de los exámenes, del celo, de la asiduidad y de no sé cuántas cosas más. Ella le escucha y luego contesta:

—Sí, señor inspector.

Sus pupilas retroceden y se hunden. ¡Seguro que tiene ganas de pegarle! Bueno, ya acabó de darle la

lata; ahora nos toca a nosotras.

—¿Qué estaba leyendo esta jovencita cuando he entrado?

La jovencita, es decir, Anaïs, oculta el papel secante rosa que masticaba e interrumpe la narración, evidentemente escandalosa, que estaba vertiendo en los oídos de Marie Belhomme, la cual, atónita, sofocada, aunque atenta, por supuesto, y llena de interés, gira sus ojos de pajarillo con público temor. ¡Cochina Anaïs! ¿Qué sería lo que le contaba?

—Veamos, hija mía, dime qué estabas leyendo…

—*La Robe*, señor inspector.

—Haz el favor de continuar.

Ella vuelve a empezar, acompañándose de gestos falsamente tímidos, mientras Blanchot nos va examinando con sus ojos, de color verde turbio. Siempre censura toda coquetería; frunce el entrecejo cuando ve una cinta de terciopelo negro alrededor de una blanca garganta, o ricitos que se agitan sobre la frente y las sienes. En cada una de sus visitas se mete siempre conmigo a causa de mis cabellos, siempre revueltos y rizados, y también por los grandes cuellos blancos, plisados, que llevo sobre mis trajes oscuros. Son de una sencillez que me gusta mucho, pero son también lo bastante graciosos para que mi indumentaria le parezca censurable. La larguirucha Anaïs ha terminado *La Robe* y el inspector le dice que haga el análisis lógico (¡oh, vaya!) de cinco o seis de los versos leídos, y luego le pregunta:

—Hija mía, ¿por qué llevas ese terciopelo negro después (*sic*) del cuello?

¡Ya estamos! ¿Qué estaba diciendo? Anaïs, desconcertada, contesta neciamente que es para que le dé calor. ¡Qué cobarde y qué tonta!

—¿Cómo? ¿Para que te dé calor? ¿No crees que para eso te iría mejor un pañolón?

¿Un pañolón? ¿Y por qué no un pasamontañas, viejo posmo? No puedo reprimir la risa, con lo que atraigo su atención hacia mí.

—Y tú, hija mía, ¿por qué vas así, tan despeinada, con los cabellos sueltos, en lugar de llevarlos trenzados sobre la cabeza y sujetos con horquillas?

—Porque me da dolor de cabeza, señor inspector.

—Conforme, pero ¿no podrías trenzarlos al menos?

—Podría, pero papá no quiere.

¡Cuando digo que es de lo más chinche…! Tras un desaprobador chasquido de lengua, se sienta y atormenta a Marie sobre la guerra de Sucesión, a una de las Jaubert sobre las costas de España y a la otra sobre los triángulos rectángulos; luego me manda al encerado, ordenándome que trace un círculo. Obedezco. Lo que trazo es un círculo… si se quiere llamarlo así.

—Dibuja dentro un rosetón de cinco hojas; supón que se halla iluminado por la izquierda y señala con trazos fuertes las sombras que reciben las hojas…

¡Me da igual! Si se le hubiera ocurrido enfrentarme con los números no hubiese hecho un papel muy brillante, pero, en lo que se refiere a rosetones y sombras, estoy en buenas relaciones con ellas. Queda bastante bien, con gran disgusto de las Jaubert, que solapadamente esperaban que me riñera.

—Está bien, está bastante bien. ¿Te presentarás este año al examen para el certificado?

—Sí, señor inspector, en el mes de julio.

—Y qué, ¿no querrás ingresar luego en la escuela normal?

—No, señor inspector; ingresaré en mi familia.

—¿Ah, sí? Me parece que, en efecto, no sientes vocación por la enseñanza. ¡Es una lástima!

Me dice esto con el mismo tono con que podría decir: «¡Me parece que eres una infanticida!». ¡Pobre hombre, le dejaremos sus ilusiones! Aunque me gustaría que hubiese presenciado la escena de Armand Duplessis, o el abandono en que nos dejan durante horas enteras nuestras maestras, cuando se dedican a besuquearse arriba…

—Enséñeme la segunda clase, señorita, se lo ruego.

La señorita Sergent se lo lleva a la segunda clase, donde se queda para proteger a su amiga del alma

contra las severidades inspectoriles. Aprovechándome de su ausencia, dibujo en el encerado una caricatura del señor Blanchot, con sus largas patillas, que hace morir de risa a las niñas; luego le añado unas orejas de burro, tras lo cual lo borro todo enseguida, volviendo a mi sitio, donde la pequeña Luce desliza mimosamente su brazo debajo del mío e intenta besarme. La rechazo y ella pretende ¡que soy muy mala!

—¡Muy mala! ¡Ya te enseñaré a permitirte conmigo semejantes libertades! Procura amordazar tus sentimientos y dime si la señorita Griset continúa durmiendo en el dormitorio.

—No, Aimée se acostó dos veces allí, dos días seguidos.

—Entonces se acostó cuatro veces. ¡Eres una idiota! ¡Ni siquiera una idiota, una cretina! ¿Se portan mejor las pensionistas cuando tu casta y recatada hermana duerme bajo el dosel?

—¡Oh, no!, y mira, una noche una chica se puso mala, nos levantamos, abrimos la ventana, hasta llamé a mi hermana para que me diera cerillas porque no las encontrábamos y ¡ni se movió! No hizo más ruido que si no hubiera habido nadie en la cama. ¿Verdad que tiene el sueño muy pesado?

—¡Sueño pesado! ¡Sueño pesado! ¡Qué imbécil! Dios de los cielos, ¿por qué has permitido que existan sobre la tierra seres tan desprovistos de la menor inteligencia? ¡Derramo lágrimas de sangre!

—¿Por qué? ¿Qué he hecho ahora?

—Nada. ¡Oh, nada…! ¡Toma! ¡Aquí tienes unos cuantos puñetazos en la espalda para formarte el corazón y el espíritu, y para enseñarte a no creer en las coartadas de la virtuosa Aimée!

Luce se tumba sobre la mesa con fingida desesperación, encantada al verse de tal modo maltratada y golpeada; entonces me acuerdo de repente de algo y pregunto:

—Oye, Anaïs, ¿qué le estabas contando a Marie Belhomme para sacarle a la cara unos colores que me río de los del arcoíris?

—¿Qué dices del arcoíris?

—Nada; anda, cuenta deprisa…

—Acércate un poco.

Su cara, de expresión viciosa, resplandece. Deben de ser cosas muy feas.

—Verás. ¿No sabes? En el último *réveillon*, el alcalde tenía en su casa a su amante, la hermosa Julotte, y el secretario se trajo a una mujer de París. A los postres las hicieron desnudar a las dos y ellos hicieron lo mismo, y los cuatro bailaron así una agitada contradanza, hija mía.

—¡No está mal! ¿Quién te lo ha dicho?

—Papá se lo ha contado a mamá; yo estaba acostada, y, como siempre dejan la puerta del cuarto abierta porque yo digo que tengo miedo, lo oigo todo.

—¡Vaya! No debes aburrirte. ¿Tu padre acostumbra a contar cosas de estas?

—No son siempre tan buenas… Pero, a veces, en la cama, me muero de risa…

Anaïs me cuenta algunos otros chismes del cantón, bastante cochinos. Su padre, empleado de la alcaldía, conoce a fondo la crónica escandalosa de la provincia. La escucho y el tiempo va pasando.

La señorita Sergent regresa; solo nos da tiempo de abrir los libros al azar; viene en línea recta hacia mí, sin fijarse en lo que hacemos.

—Claudine, ¿quieres hacer cantar a tus compañeras para que las oiga el señor Blanchot? Ya sabes, el bonito coro a dos voces: «Dans ce doux asile».

—No tengo inconveniente. Pero al inspector le dan mareos cuando ve mis revueltos cabellos, y no escuchará ni una nota.

—No digas sandeces. Hoy no es día para eso. Anda, hazlas cantar, deprisa. El señor Blanchot parece estar poco satisfecho de la segunda clase. Cuento con la música para cambiarle la disposición de ánimo.

Creo, sin el más mínimo esfuerzo, que debe de estar poco satisfecho de la segunda clase. La señorita Aimée Lanthenay solo se ocupa de ella cuando no tiene otra cosa que hacer; fastidia a las chiquillas con

deberes escritos, para poder, mientras están garabateando, charlar tranquilamente con su amada directora. ¡Estoy dispuesta a que las alumnas se pongan a cantar! ¡Para lo que me cuesta!

La señorita Sergent hace venir al odioso Blanchot; coloco en semicírculo a nuestra clase y a la primera división de la segunda, confío las de la primera voz a Anaïs, las de la segunda a Marie Belhomme (¡desventuradas!) y yo me dispongo a cantar las dos partes a la vez, es decir, a cambiar rápidamente de tono, cuando oiga flaquear a alguna de las voces. Vamos; un compás al aire: uno, dos, tres:

En este dulce refugio
los prudentes son recompensados.
¡Venid!
A los tranquilos placeres
estos encantadores lugares están destinados.

¡Qué suerte! Este antiguo alumno de la escuela normal sigue la música de Rameau con la cabeza (fuera de compás, por otra parte) y parece encantado. ¡Sigue en vigor el cuento del compositor Orfeo amansando con su melodiosa música a las fieras!

—Muy bien cantado. ¿De quién es? ¿No es de Gounod?

(¿Por qué dice Gounode?).

—Sí, señor. (No le contrariemos).

—Ya me lo parecía, es un coro muy bonito.

(¡Tú sí que eres un bonito coro!).

Al oír esta inesperada atribución de música de Rameau al autor de *Fausto*, la señorita Sergent se muerde los labios para no reír. En cuanto al señor Blanchot, ya más tranquilo, suelta algunas palabras amables y se larga tras dictarnos este cañamazo de composición:

«Explicar y comentar el pensamiento de Franklin:

“La ociosidad es como el orín: desgasta más que el trabajo”».

¡Vamos, arreando! A la llave brillante, de redondos contornos, que la mano pule y hace girar veinte veces al día en la cerradura, opongamos la llave roída por la herrumbre… Al buen obrero levantado desde el alba, que trabaja alegremente, y cuyos músculos sólidos, etcétera… opongamos como contraste al ocioso que, con languidez, tumbado sobre divanes orientales, contempla desfilar por su mesa suntuosa, etcétera, manjares exquisitos… etcétera… que vanamente intentan despertar su apetito, etcétera… ¡Bah, eso se hilvana pronto!

¡Sí, digamos que no se está bien, tumbado en una butaca, sin hacer nada! ¡Como si los obreros que trabajan toda la vida no murieran jóvenes y agotados! Pero eso no hay que decirlo. En el programa de exámenes las cosas no pasan exactamente como en la vida.

La pequeña Luce carece de inventiva, y gime bajito para que le dé algunas ideas. Con generosidad le dejo leer lo que he escrito. No me copiará gran cosa.

Por fin, son ya las cuatro. Nos vamos. Las pensionistas suben a tomar la merienda que prepara la madre de la señorita Sergent y yo me voy con Anaïs y con Marie Belhomme, tras comprobar que no llevo el sombrero torcido.

Por el camino, echamos nuestro cuarto a espadas acerca del señor Blanchot. ¡Me carga ese viejo, que quiere que vayamos siempre vestidas con tela de saco y que llevemos el cabello estirado!

—De todos modos, me parece que no está muy satisfecho con la segunda clase —observa Marie Belhomme—, y si no lo llegas a amansar con la música…

—¡Toma! —exclama Anaïs—, a la señorita Aimée le importa un comino su clase.

—¡Dices unas cosas! ¡Si no se puede estar en todo, mujer! La señorita Sergent la ha agregado a su servicio; es ella quien la viste todas las mañanas.

—¡Eso es una bola! —gritan Marie y Anaïs a la vez.

—¡Ni lo más mínimo! Si alguna vez vais al dormitorio y a los cuartos de los ayudantes (es muy fácil; solo hay que ponerse a subir agua con las pensionistas), meted la mano en el fondo de la palangana de la señorita Aimée. No tengáis miedo de mojaros. ¡Solo hay polvo!

—¡No! ¡Eso es demasiado! —declara Marie Belhomme.

La larguirucha Anaïs no dice nada; se va pensativa, y sin duda contará estos amables detalles al chicarrón con quien coquetea esta semana. Sé muy poca cosa de sus calaveradas. En cuanto quiero sondearla, se cierra y adopta su aire más impenetrable y burlón.

Me aburro en la escuela; lamentable síntoma, nuevo por completo. Sin embargo, no estoy enamorada de nadie (en realidad, quizá sea por eso). Hago mis deberes casi a conciencia, de tanta flema como tengo, y contemplo tranquilamente acariciarse y besuquearse a nuestras dos maestras, que a veces se pelean para tener luego el placer de la reconciliación. Se prodigan ahora, la una a la otra, gestos y palabras tan libres que Rabastens, a pesar de su aplomo, se corta y tartamudea a más y mejor. Entonces los ojos de Aimée lanzan destellos de alegría, como los de una gata maliciosa, y la señorita Sergent ríe solo por verla reír. ¡A fe que son sorprendentes! Nadie puede tener una idea de lo exigente que se ha vuelto la pequeña. La otra, a un gesto suyo, a un fruncimiento de cejas, cambia de expresión.

Atenta a esta tierna intimidad, la pequeña Luce acecha, husmea y se instruye. Se instruye casi demasiado, porque aprovecha todas las ocasiones de estar a solas conmigo, me roza mimosamente, entrecerrando casi los verdes ojos y entreabriendo su boquita fresca. Pero no me tienta. ¿Por qué no se dirige a la grande Anaïs, que también se interesa por los juegos de las dos tortolillas, que a ratos perdidos nos hacen de maestras, y que se queda muy pasmada al verlos porque tiene recovecos de curiosa ingenuidad?

Esta mañana he zumbado de lo lindo a la pequeña Luce porque ha pretendido besarme en el cobertizo donde se guardan las regaderas. No ha gritado, se ha puesto a llorar hasta que la he consolado, acariciándole los cabellos.

Le he dicho:

—¡Tonta! Tiempo tendrás más adelante de desahogar tu ternura, puesto que vas a ir a la escuela normal.

—¡Sí, pero tú no irás!

—¡Claro que no! Pero ¡ya verás como cuando no haga ni dos días que estés allá ya se pelearán por ti todos los de tercer año, asqueroso bichejo!

Se deja injuriar voluptuosamente, y me dirige miradas de agradecimiento.

¿Es porque han cambiado mi vieja escuela por lo que me aburro en esta? Ya no tengo los escondrijos donde una se llenaba de polvo, ni los pasillos del viejo y complicado edificio donde nunca se sabía si se estaba en la zona de los maestros o en la nuestra, y por los que se iba a parar de manera tan natural al cuarto de algún adjunto que casi no había necesidad de disculparse al regresar a la clase.

A lo mejor es que envejezco. ¿Me estoy resintiendo de los dieciséis años que voy a cumplir? ¡En verdad, vaya cosa estúpida!

¿Quizá es a causa de la primavera? De tan hermosa como es, resulta poco correcta. Los jueves y los domingos me voy sola a buscar a mi hermana de leche, mi pequeña Claire, vigorosamente embarcada en una tonta aventura con el guapo secretario de la alcaldía, que no se quiere casar con ella. ¡Caramba, si no puede! Parece ser que aún estaba en el colegio cuando sufrió una operación a causa de cierta extraña enfermedad, de aquellas cuyo «sitio» nunca se nombra; y se dice de él que, si bien es cierto que «aún

desea a las mozas», no «puede satisfacer bien sus deseos». No lo comprendo muy bien, incluso lo comprendo bastante mal, pero me esfuerzo en decir a Claire lo poco que he sabido. Ella alza al cielo sus ojos en blanco, mueve la cabeza y contesta con expresión de éxtasis:

—¡Ah! ¡Qué importa, qué importa! ¡Es tan guapo, tiene un bigote tan suave…! Y las cosas que me dice ¡me hacen tan feliz! Me besa en el cuello, me habla de poesías, del sol poniente… ¿Se puede pedir más?

¡Ah, si eso le basta, no hay nada que decir!

Cuando me canso de oírla divagar, le digo, para que me deje sola, que me voy en busca de papá, pero no voy. Me quedo en el bosque, trato de encontrar un rincón más delicioso que los demás y me tumbo en él. Ejércitos de bestezuelas corren por el suelo, debajo de mi nariz (a veces se portan muy mal, pero ¡son tan pequeñitas!), y huele a un montón de cosas buenas, huele a plantas frescas que con el sol se calientan… ¡Oh, mis amados bosques!

En la escuela, a la que llego tarde (porque me cuesta dormir; en cuanto apago la lámpara, las ideas danzan delante de mí), me encuentro con la señorita Sergent sentada a su mesa, digna y con el entrecejo fruncido. Las chicas muestran rostros correctos, estirados y ceremoniosos. ¿Qué sucede? ¡Ah! La larguirucha Anaïs está derrumbada sobre su mesa y hace tales esfuerzos para sollozar que las orejas se le ponen moradas. ¡Nos vamos a divertir! Me deslizo al lado de la pequeña Luce, que me susurra al oído:

—Se han encontrado en el pupitre de un chico todas las cartas de Anaïs. El maestro las acaba de traer para que la directora las lea…

En efecto, las está leyendo, pero bajito, para ella sola. ¡Qué pena, Dios mío, qué pena! ¡Daría tres años de la vida de Rabastens (Antonin) para enterarme de esa correspondencia! ¡Oh, si alguien inspirara a la directora que nos leyera dos o tres pasajes bien escogidos! Pero, ¡ay!, la señorita Sergent ha terminado. Sin decir nada a Anaïs, que sigue echada de bruces sobre su mesa, se levanta con gran solemnidad y, pausadamente, se dirige a la estufa, la abre, deposita los escandalosos documentos, doblados en cuatro, enciende una cerilla y les prende fuego. Luego cierra la portezuela. Al erguirse, se dirige a la culpable:

—Te felicito, Anaïs. Sabes mucho más que muchas personas mayores. Te tendré aquí hasta los exámenes, porque estás inscrita, pero comunicaré a tus padres que me descargo de toda responsabilidad respecto a ti. Copien los problemas, señoritas, y no se ocupen más de esta persona, que no lo merece.

Incapaz de soportar el tormento de oír arder la literatura de Anaïs, he cogido, mientras la directora peroraba majestuosamente, la regla chata que me sirve para dibujar; la paso debajo de la mesa y, a riesgo de dejarme pescar, la utilizo para empujar el asa que hace mover el rosetón de tiraje. Nadie se ha dado cuenta, y tal vez la llama, así ahogada, no lo quemará todo; en fin, ya lo sabré después de la clase. Aguzo el oído. Al cabo de unos segundos, ya no se oye el ronquido de la estufa. ¿Darán de una vez las once? ¡Qué poco pienso en lo que estoy copiando! Dos piezas de tela que después de lavadas se encogen un diecinueveavo de largo y un veintidosavo de ancho… Por mi parte pueden encogerse mucho más sin interesarme lo más mínimo.

La señorita Sergent nos deja y se va a la clase de Aimée, sin duda para contarle la divertida historia y reírse con ella. En cuanto desaparece, Anaïs levanta la cabeza. La miramos ávidamente. Tiene amoratadas las mejillas, hinchados los ojos a fuerza de restregarlos, y contempla con obstinación su cuaderno. Marie Belhomme se inclina hacia ella y le dice con ruidosa simpatía:

—Bueno, hija, me parece que en tu casa te zumbarán. Resignación y paciencia. ¿Decías muchas cosas en las cartas?

Anaïs ni siquiera levanta la vista. Contesta en voz alta para que todas la oigamos:

—Me importa un bledo; las cartas no son mías.

Las chiquillas se dirigen miradas llenas de indignación.

—¿Has visto, hija mía? ¡Nunca lo hubiera creído, hija mía! ¡Qué embustera es!

Por fin suena la hora de salida. Nunca salida alguna fue tan lenta en llegar. Me entretengo en ordenar

mi pupitre para quedarme la última. Una vez en la calle, tras caminar unos cincuenta metros, finjo que he olvidado el atlas y dejo a Anaïs para volar a la escuela.

—Espérame, ¿quieres?

Me precipito silenciosamente en la clase vacía; abro la estufa, encuentro el puñado de papeles semiquemados y los retiro con maternal precaución. ¡Vaya suerte! Los de arriba y los de abajo están perdidos, pero todo el grueso del centro está casi intacto. Desde luego, están escritos con letra de Anaïs. Me llevo el paquete en la cartera para leerlo en casa con tranquilidad y me uno a Anaïs, que me espera paseándose. Nos vamos, me mira de reojo, y de repente se para en seco y suspira angustiada… Tiene ansiosamente fija la mirada en mis manos y me doy cuenta de que me las he tiznado con los papeles quemados que he tocado. Pero no pienso mentirle, desde luego. Y tomo la ofensiva.

—Bien, ¿qué pasa?

—¿Fuiste a buscarlas a la estufa?

—¡Claro que sí! ¿Crees que iba a dejar perder una ocasión así de leer tus cartas?

—¿Están quemadas?

—Por suerte, no. Toma, mira dentro.

Le enseño los papeles, sujetándolos con vigor. Clava en mí unas miradas auténticamente asesinas, pero no se atreve a apoderarse de mi cartera; está demasiado segura de que le daría una tunda. Quiero consolarla un poco, casi me da pena.

—Oye, leeré lo que no se ha quemado, porque me muero de ganas, pero esta tarde te lo traeré todo. ¿Verdad que no soy muy mala?

Desconfía mucho.

—¡Palabra! Te las daré en el recreo antes de entrar en clase.

Se va indefensa, inquieta, más amarilla y larga que de costumbre.

En casa, por fin, devoro las cartas. ¡Enorme decepción! No es lo que esperaba. Es una mezcla de sentimentalismo tonto y de indicaciones prácticas: «Pienso en ti siempre que hay luna. El jueves, acuérdate de llevar al campo de Vrimes el saco para trigo que trajiste la otra vez, porque, si mamá me ve el traje manchado de musgo, ¡menuda bronca me caerá!». Luego, algunas alusiones poco claras que deben de recordar al jovencito Gangneau unos episodios más bien licenciosos… En resumen, estas cartas han sido para mí una decepción. Se las devolveré, ya que son mucho menos divertidas que ella misma, que es fría, caprichosa y extravagante.

Se las he entregado. No creía lo que estaba viendo con la alegría de recuperarlas; le importa un pito que yo las haya leído. Ha corrido a arrojarlas en el retrete y ha vuelto a poner su cara inexpresiva e impenetrable. Parece no sentirse en absoluto humillada. ¡Dichoso temperamento!

¡Vaya! ¡He pillado un resfriado! Me quedo en la biblioteca de papá para leer la divertida *Historia de Francia*, de Michelet, escrita en versos alejandrinos. (¿No estoy exagerando un poco?). No me aburro nada; estoy bien instalada en un butacón, rodeada de libros, con mi preciosa Fanchette, esa gata tan inteligente, que tanto y tan desinteresadamente me quiere, a pesar de las travesuras que le hago, de los mordiscos que le doy en las sonrosadas orejitas y del complicado adiestramiento que la obligo a seguir.

Me quiere hasta el punto de comprender lo que le digo y de venir a acariciarme la boca cuando oye el sonido de mi voz. Fanchette también ama los libros como un anciano sabio y me atormenta todas las noches, después de cenar, para que le retire de la estantería dos o tres de los Larousse grandes de papá; el vacío que dejan constituye una especie de cuartito cuadrado, donde Fanchette se instala y se enrosca. Cierro el cristal, y su ronroneo prisionero vibra con un incesante ruido de tambor en sordina. De vez en cuando la miro, y entonces me hace señas con sus cejas, que alza como si fuera una persona. ¡Hermosa Fanchette! ¡Qué comprensiva e interesante eres! (Mucho más que Luce Lanthenay, esa gatita de clase inferior). Desde que llegaste al mundo no haces más que divertirme; no tenías más que un ojito abierto

cuando ya ensayabas pasos belicosos en tu cesta, incapaz aún de mantenerte sobre tus cuatro cerillitas. Desde entonces, vives alegremente y me haces reír con tus danzas de vientre en honor de los abejorros y mariposas, con tus torpes llamamientos a las avecillas que acechan, con tu manera de disputar conmigo y de darme golpes secos, que resuenan en mis manos. Tienes una conducta bastante indigna. Dos o tres veces al año te encuentro en el jardín, sobre los muros, con una expresión loca y ridícula, y una recua de mininos a tu alrededor. Hasta conozco a tu favorito, perversa Fanchette. Es un morrongo gris, sucio, flaco, sin pelo, con orejas de conejo y patas toscas. ¿Cómo puedes degradarte tanto y tan a menudo con ese animal de tan baja extracción? Sin embargo, cuando me ves, incluso en esos momentos de demencia, recobras durante un instante tu expresión habitual y maúllas amistosamente, como si quisieras decirme: «¡Ya ves cómo estoy. No me desprecies demasiado… la naturaleza tiene sus exigencias… Pero volveré pronto a casa y me lameré largo rato para purificarme de esta descocada existencia!». ¡Oh, mi hermosa Fanchette blanca! ¡Te sienta tan bien portarte mal!

Una vez curado mi resfriado, compruebo que la escuela empieza a agitarse mucho a causa de los próximos exámenes; estamos a fines de mayo y serán el 5 de julio. Lamento no estar más agitada, pero las otras lo están bastante por mí, sobre todo la pequeña Luce Lanthenay, que tiene crisis de llanto en cuanto recibe una mala nota. Por lo que a la señorita Sergent se refiere, se ocupa de todo; pero, más que nada, de la muchachita de los hermosos ojos, que le hace dar más vueltas que un trompo. ¡Aimée ha florecido de manera sorprendente! Su maravillosa tez, su piel aterciopelada y sus ojos, que atontarían a una estatua —como dice Anaïs—, hacen de ella una maligna y triunfante criatura. Está mucho más bonita que el año pasado. Ahora no se nota ya el ligero achatamiento de su cara, ni la pequeña hendidura que se le forma a la izquierda de la boca cuando ríe; y, aunque se le notase, ¡tiene unos dientes afilados tan blancos! La enamorada pelirroja se deshace solo con mirarla, y ya no resiste mucho delante de nosotras a los furiosos deseos que le acometen de besar a su cariño cada tres minutos.

En este cálido atardecer, la clase zumba un «fragmento escogido» que hay que recitar a las tres. Yo casi me duermo, abrumada de pereza nerviosa. No puedo más y, de repente, me entran ganas de arañar, de estirarme con violencia, de aplastar las manos de alguien y ese alguien resulta ser Luce, mi vecina. La he cogido por la nuca y le clavo en ella las uñas. Felizmente no ha dicho nada. Vuelvo a caer en mi irritada languidez.

Se abre la puerta sin que nadie haya llamado. Es Dutertre, que viene con corbata clara, con los cabellos al viento, rejuvenecido y batallador. La señorita Sergent se ha levantado, y le ha dado apenas los buenos días; le admira apasionadamente, se le cae al suelo la labor de cañamazo. (¿Le quiere más que a Aimée? ¿O quiere a esta más que a él? ¡Extraña mujer!). La clase se ha levantado. Yo, por maldad, me quedo sentada, de manera que cuando Dutertre se vuelve hacia nosotras me ve enseguida.

—Buenos días, señoritas… Buenos días, pequeñas. Oye, pareces muy decaída…

—Estoy hecha polvo; es como si no tuviera huesos.

—¿Estás enferma?

—No, no lo creo. Es el tiempo, la galbana…

—Ven que te vea.

¿Van a empezar de nuevo los pretextos médicos para inspecciones prolongadas? La directora me lanza ardientes miradas de indignación por mi manera de portarme y de hablar a su bienamado, el delegado cantonal. ¡No, si le parece, voy a andar con miramientos! Además, a él le encantan estos modales despreocupados. Me arrastro perezosamente hacia la ventana.

—La sombra verde de los árboles no deja ver nada aquí. Ven al pasillo, que allí hace sol. Tienes mala cara, nenita.

¡Triple extracto de mentira! Tengo buena cara. ¿Acaso no lo sabré? Si me cree enferma a causa de las ojeras, se equivoca; cuando tengo sombras bajo los ojos es señal de que me encuentro bien. Por suerte, son las tres de la tarde; si no, me parece que no me sentiría más tranquila de lo debido, incluso en el pasillo encristalado, con este individuo del que desconfío como del fuego.

Una vez ha cerrado la puerta tras nosotros dos, me vuelvo hacia él y le digo:

—Pues no, vamos, no tengo cara de enferma. ¿Por qué ha dicho que la tengo?

—¿Que no? ¿Y esas ojeras que te llegan hasta la boca?

—¡Bah! Es el color de mi piel.

Se ha sentado en el banco, y me tiene de pie frente a él, apoyada contra sus rodillas.

—Cállate; estás diciendo tonterías… ¿Por qué pareces estar siempre enfadada conmigo?

—¿…?

—Sí, me comprendes a la perfección. ¿Sabes que tienes una carita que cuando se la ha mirado no se le va a uno de la cabeza?

Me río tontamente. ¡Oh, Padre Eterno, mándame ingenio y respuestas agudas, porque me siento terriblemente vacía!

—¿Es cierto que paseas sola por el bosque?

—Sí, es cierto. ¿Por qué?

—Porque, bribonzuela, tal vez vas a encontrarte allí con algún novio… ¡Como estás tan bien vigilada!

Me encojo de hombros.

—Usted conoce tan bien como yo a la gente de aquí. ¿Puede imaginarse algún novio entre ellos?

—Creo que no. Pero pareces bastante viciosa para…

Me aprieta los brazos, y le brillan los ojos y los dientes. ¡Qué calor hace aquí! Preferiría que me soltase.

—Si te encuentras mal, ¿por qué no vienes a mi consulta a casa?

Respondo con demasiada rapidez: «¡No, no iré!», y procuro zafar los brazos, pero me tiene muy bien sujeta; alza hacia mí sus ardientes y malvadas pupilas, que también son hermosas, a decir verdad.

—¡Oh, pequeña, pequeña adorable! ¿Por qué tienes tanto miedo? Haces mal en temerme. ¿Me crees un patán? Nada tendrías que temer, nada en absoluto. ¡Oh, pequeña Claudine, me gustas tanto, con tus ojos de color castaño ardiente y tus locos rizos! Estoy seguro de que estás formada como una admirable estatuita.

Se levanta bruscamente, me rodea con sus brazos y me besa. No he tenido tiempo de huir; es demasiado fuerte y nervioso, y mis pensamientos están en completo desorden dentro de mi cabeza. ¡Menuda aventura! No sé lo que digo, me da vueltas el cerebro. No puedo, sin embargo, regresar a clase sofocada y aturdida como estoy, y noto que el médico está detrás de mí; seguramente querrá volver a besarme. Abro la puerta de la escalinata y me precipito al patio hasta la bomba, donde bebo un vaso de agua. ¡Uf…! Ahora he de volver a subir. A lo mejor, se ha escondido en el pasillo. ¡Un cuerno! Si pretende de nuevo cogerme, chillaré. ¡Me ha besado en un extremo de la boca porque el grandísimo animal no pudo hacerlo mejor!

No, ya no está en el pasillo. ¡Qué suerte! Entro en la clase y le veo de pie junto a la mesa, hablando tranquilamente con la señorita Sergent. Me voy a mi sitio, y él me mira y me pregunta:

—¿No habrás bebido demasiada agua? Estas chiquillas beben el agua helada, y es muy malo para la salud.

Me siento mucho más atrevida delante de la gente que a solas con él.

—No, solo bebí un sorbo, y es más que suficiente. No tomaré más.

Ríe con aire satisfecho.

—Eres graciosa. No pareces tonta.

La señorita Sergent no comprende nada, pero la inquietud que fruncía su entrecejo se desvanece poco a poco. Solo siente desprecio por el deplorable comportamiento que tengo con su ídolo.

Tengo calor. ¡Ese hombre es un idiota! La largirucha Anaïs huele algo sospechoso y no puede evitar preguntarme:

—¿Tan de cerca te ha auscultado que aún te dura la emoción?

Pero no es ella quien me tirará de la lengua.

—¡Qué estúpida eres! Te digo que vengo de la bomba.

La pequeña Luce, a su vez, se frota contra mí como una gata excitada, y se atreve a preguntarme:

—Oye, mi Claudine, ¿por qué te llevó al pasillo?

—En primer lugar, no soy tu Claudine, y, en segundo lugar, este asunto no te importa nada, pequeño trasto inútil; después, tenía que consultarme sobre la unificación de las jubilaciones… Eso es todo.

—¡Nunca me quieres decir nada, mientras que yo te lo cuento todo!

—¿Todo? ¿Qué es lo que me cuentas? ¿Qué adelanto con saber que tu hermana no paga su pensión, ni la tuya, que la señorita Olimpia la llena de regalos, que lleva enaguas de seda y que…?

—¡Huy, cállate, por favor! Si supieran que te he contado todo esto, estoy perdida.

—Entonces, no me preguntes nada. Si te portas bien, te regalaré mi bonita regla de ébano con filetes de cobre.

—¡Oh, eres un sol! De buena gana te daría un beso, pero como no te gusta…

—¡Basta! Mañana te la daré… si quiero.

Sí, la pasión de los «artículos de escritorio» se va calmando en mí, lo que también es muy mala señal. Todas mis compañeras —y yo era antes igual— se vuelven locas por el material escolar; nos arruinamos con los cuadernos de papel listado, con tapas de metal tornasolado, con los lápices de palo de rosa, con los plumieres de laca, barnizados como espejos, con los portaplumas de madera de olivo, con las reglas de caoba y de ébano, como la mía, que tiene las cuatro aristas de cobre y que hace palidecer de envidia a las pensionistas que no pueden comprar reglas de tanta categoría. Tenemos grandes carteras de abogado, de tafilete más o menos levantino, más o menos trabajado. Y si estas chiquillas no se hacen encuadernar llamativamente sus libros, como regalo de Navidad, si yo tampoco lo hago, es solo porque no nos pertenecen. Pertenecen al ayuntamiento, que nos los suministra con generosidad, con la obligación de dejarlos en la escuela cuando salgamos de ella para no volver. Así, odiamos estos libros administrativos, no los sentimos nuestros; les jugamos horribles trastadas y les ocurren desgracias tan imprevistas como extrañas: se les ha visto arder en la estufa en invierno, se les ha visto recibir, con rara predilección, el contenido de los tinteros; parece como si atrajeran el rayo. Y todas las desgracias que suceden a los tristes «libros del ayuntamiento» dan ocasión a largas lamentaciones de la señorita Lanthenay y a terribles sermones de la señorita Sergent.

¡Dios de los cielos! ¡Qué tontas son las mujeres! (Las niñas y las mujeres, todo es lo mismo). ¿Se puede creer que tras las «culpables tentativas» del loco de Dutertre respecto a mí yo sienta algo así como una especie de vago orgullo? Esta comprobación es muy humillante para mí. Pero sé por qué siento eso; porque, en el fondo, me digo: «¡Puesto que este, que ha conocido montones de mujeres en París y en todas partes, me encuentra agradable, es que no soy muy fea!». He aquí la explicación. Es un placer de vanidad. Hasta ahora no dudaba que no era repulsiva, pero me gusta estar segura de ello. Y, además, estoy contenta de tener un secreto que la larguirucha Anaïs, Marie Belhomme, Luce y las demás no sospechan.

La clase está ahora bien adiestrada. Todas las niñas, hasta la tercera división inclusive, saben que no hay que entrar nunca durante el recreo en una clase donde se hayan encerrado las maestras. ¡Diantre, la educación no ha sido cosa de un día! Hemos entrado más de cincuenta veces, unas y otras, en la clase donde se ocultaba la tierna pareja, pero las encontrábamos tan tiernamente enlazadas, tan absortas en sus cuchicheos, o bien la señorita Sergent tenía en sus rodillas a la pequeña Aimée con tal abandono que hasta las más tontas se quedaban atónitas, y echaban a correr al oír un «¿Qué queréis ahora?» dicho por

la pelirroja, espantadas ante el feroz fruncimiento de sus pobladas cejas. Yo, como las demás, irrumpí a menudo en la clase en tales momentos, a veces sin intención deliberada; las primeras ocasiones, cuando se trataba de mí y estaban demasiado juntas, se levantaban vivamente, o bien una fingía retorcer el moño deshecho de la otra. Luego acabaron por no molestarse más por mí y la cosa dejó de divertirme.

Rabastens ya no comparece. En diversas ocasiones se ha declarado «demasiado intimidado ante esta intimidad», y esta manera de expresarse le parecía un juego de palabras y le encantaba. Ellas no piensan más que en sí mismas. Una vive pendiente de los pasos de la otra, camina en su sombra, y se aman de manera tan absoluta y absorbente que ya ni pienso en mortificarlas; casi estoy a punto de envidiar su delicioso olvido del resto del mundo.

Bueno, ¡ya está! ¡Tenía que suceder! Al llegar a casa descubro en un bolsillo de mi cartera una carta de la pequeña Luce.

Mi querida Claudine:

Te quiero mucho; tú siempre parece como si no lo supieras, y me muero de pena. Eres a la vez buena y mala conmigo, no quieres tomarme en serio, me tratas como si fuese un perrito. ¡Tengo una pena que no puedes imaginar! Piensa, sin embargo, en lo muy felices que podríamos ser nosotras dos; mira a mi hermana Aimée y a la señorita; son tan dichosas que no piensan en nada. Te lo pido por favor, si no te ha hecho enfadar esta carta, no me digas nada mañana por la mañana en el colegio; de momento, estaría demasiado confusa. Solo por la manera como me hables durante el día, ya sabré si quieres o no ser una gran amiga mía.

Te beso con toda el alma, mi querida Claudine, y cuento con que quemarás esta carta; sé que no la enseñarás para que me traiga disgustos, no acostumbras a portarte así. Te beso una vez más muy tiernamente y espero, con mucha impaciencia, a que llegue mañana. Tu pequeña,

LUCE

¡Bien, no, no quiero! Si esa amistad me atrajera, sería con alguien más fuerte e inteligente que yo, alguien que me maltratara un poco, alguien a quien obedecer, y no con un animalillo vicioso que tal vez no deja de tener su encanto, siempre dispuesto, como lo está, a arañar y a maullar solo por obtener una caricia, pero de condición demasiado inferior. ¡Yo no puedo querer a los seres que domino! Rompo al instante su carta, cariñosa y sin malicia, y pongo los trozos en un sobre para dárselos mañana.

Por la mañana temprano veo ante mí una carita preocupada que me espera, con la nariz pegada al cristal de una ventana. ¡Pobre Luce! Sus ojos verdes están pálidos de ansiedad, pero yo no puedo, solo por darle gusto…

Entro. Por suerte está sola.

—Toma, pequeña Luce, aquí tienes los pedazos de tu carta. No la he conservado mucho tiempo, como puedes ver.

No dice nada y coge maquinalmente el sobre.

—¡Estás loca! ¿Qué es lo que ibas a hacer en esa galera, quiero decir en esa galería del primer piso, mirando por el ojo de la cerradura, en la puerta del cuarto de la señorita Sergent? ¡Mira adónde te ha llevado eso! Pero yo no puedo hacer nada por ti.

—¡Oh! —exclama, aterrorizada.

—Naturalmente, chiquilla de mi alma. No es por virtud, créeme. Mi virtud es todavía demasiado pequeña, no la saco aún a relucir. Es que, verás, en mi más tierna juventud me abrasó un gran amor; adoré a un hombre que murió, haciéndome jurar en su lecho de muerte que jamás…

Me interrumpe:

—¡Vuelves a burlarte de mí! ¡No quería escribirte, porque sé que no tienes corazón! ¡Qué desgraciada

soy! ¡Qué mala eres!

—¡Caramba, ya me estás cargando! ¡Vaya jaleo! ¿Qué te apuestas a que te arreo unas cuantas tortas para llevarte al recto sendero del deber?

—¡Ah, qué me importa! ¡Ah, no tengo ganas de reír!

—Pues toma, simiente de mujer. ¡Dame un recibo!

Ha encajado una sonora bofetada que tiene el efecto de hacerla callar inmediatamente. Me mira de reojo, con dulzura, y llora, ya consolada, frotándose la cabeza en la parte dolorida. ¡Es prodigioso lo que le gusta que la zumben!

—Ahí están Anaïs y muchas de las demás. Procura mostrar una expresión algo más conveniente. Entremos, las dos tórtolas ya bajan.

¡Ya no faltan más que quince días para el examen! Junio nos abruma, y nos achicharramos en las clases, muertas de sueño, callando por pereza. He dejado mi diario por lo mismo. Y con esta temperatura de horno aún tenemos que juzgar la conducta de Luis XV, explicar con todo detalle el papel que el jugo gástrico desempeña en la digestión, dibujar hojas de acanto y dividir el aparato auditivo en oído interno, oído medio y oído externo. ¡No hay ni la más ínfima pizca de justicia en la tierra! Luis XV hizo lo que le dio la gana, no tengo nada que ver con lo que hizo, ni me importa. ¡Oh, Dios mío!, ¡a mí me importa menos que a nadie!

Tanto calor hace que se pierda el sentido de la coquetería o, más bien, la coquetería se altera sensiblemente; ahora enseñamos un poco de carne. Inauguro unos vestidos con escote cuadrado, una cosa algo medieval, con mangas hasta el codo; tengo los brazos todavía algo delgaduchos, aunque bonitos, y, en lo que se refiere al cuello, ¡no temo a nadie! Las demás me imitan. Anaïs no lleva mangas cortas, pero aprovecha la ocasión para arremangarse las suyas hasta el hombro; Marie Belhomme exhibe unos brazos torneados, imprevistos, por encima de sus delgadas manos, y un cuello fresco, destinado a hacer de cebo. ¡Ay, Señor! ¿Qué no enseñaríamos con semejante temperatura? En gran secreto, sustituyo mis medias por calcetines. Al cabo de tres días, todas se han enterado; se lo cuentan a otras, y me ruegan bajito que me levante la falda.

—Anda, deja ver esos calcetines, a ver si es verdad…

—Mira…

—¡Tienes suerte! De todas maneras, yo no me atrevería…

—¿Por qué? ¿Te parece inconveniente?

—Pues…

—Cállate. Sé por qué no te atreverías a llevarlos: porque tienes las piernas llenas de vello.

—¡Oh! ¡Embustera, más que embustera! Puedes mirar… no tengo más que tú; solo que me daría vergüenza notar que llevo las piernas desnudas debajo del traje.

La pequeña Luce exhibe tímidamente su piel, una piel blanca maravillosamente suave, y la larguirucha Anaïs envidia esa blancura hasta el extremo de pincharle los brazos con la aguja los días de clase de costura.

¡Adiós al descanso! La proximidad de los exámenes, el honor de nuestros posibles éxitos, que recaerá sobre esta hermosa escuela nueva, ha sacado por fin a nuestras maestras de su dulce aislamiento. Nos encierran a las seis candidatas, nos obsesionan con repeticiones, nos obligan a oír, a retener, a comprender incluso, nos hacen venir una hora antes que las demás y marcharnos una hora más tarde que ellas. Casi todas nos estamos volviendo pálidas y tontas, y nos cansamos mucho. Hay quien pierde el apetito y el sueño a fuerza de estudio y preocupación. Yo no me preocupo mucho, gracias a lo cual sigo estando más o menos lozana; además, tengo el cutis mate. Lo mismo le pasa a la pequeña Luce Lanthenay, que, como su hermana Aimée, posee uno de esos dichosos cutis blancos y sonrosados, siempre inalterables.

Sabemos que la señorita Sergent nos llevará a todas a la capital de provincia, que nos alojaremos con ella en el hotel, que correrá con todos los gastos y que, al regreso, arreglaremos cuentas. Este viajecito nos encantaría, si no fuera por el maldito examen. Estos últimos días son lamentables; maestras, alumnas, todas atrozmente nerviosas, estallan a cada momento. Aimée ha arrojado un cuaderno a la cara de una pensionista que cometía por tercera vez la misma necedad en un problema de aritmética, y luego ha huido a su habitación. La pequeña Luce ha recibido de su hermana algunos cachetes, y después ha venido a echarse en mis brazos para que la consolara. Yo he pegado a Anaïs, que me molestaba con poca oportunidad. Una de las Jaubert ha sido presa de una frenética crisis de sollozos, y después de un no menos frenético ataque de nervios, porque según decía a gritos «no logrará aprobar». (Trapos mojados, agua de azahar, palabras de aliento). La señorita Sergent, exasperada también, ha hecho dar vueltas como una peonza delante del encerado a la pobre Marie Belhomme, que, con la mayor regularidad, olvida a la mañana siguiente lo que ha aprendido la víspera.

Por las noches solo descanso bien en la copa del enorme nogal, sobre una larga rama que el viento mece… El viento, la noche, las hojas… Fanchette viene a reunirse conmigo; oigo cada vez sus zarpas vigorosas que trepan por el árbol, ¡con cuánta seguridad! Maúlla sorprendida: «¿Qué vienes a buscar en este árbol? Yo estoy hecha para estar aquí, pero tú… la verdad, ¡me extraña mucho!». Vagabundea después entre las ramitas, completamente blanca en la noche, y habla con sencillez a los pajarillos dormidos, con la esperanza de que, complacientes, vendrán a dejarse comer. ¡Cómo no!

Víspera de la partida. Nada de estudio. Llevamos nuestras maletas a la escuela (un traje y un poco de ropa interior; solo nos quedaremos dos días en la capital).

Mañana por la mañana nos reuniremos a las nueve y media, y partiremos en el ómnibus maloliente del señor Racalin, que nos conducirá a la estación.

¡Ya está! Ayer regresamos de la capital triunfantes, salvo (naturalmente) la pobre Marie Belhomme, a quien han cateado. La señorita Sergent se pavonea por el éxito. Bueno, tendré que contar cómo fue la cosa.

La mañana de la partida nos apilan en el ómnibus del señor Racalin que, qué curioso, está borracho perdido y nos conduce a locas, zigzagueando de una cuneta a la otra, preguntando si nos llevan a todas a casar y felicitándose a sí mismo por la habilidad con que nos traquetea: «Vamos bien, ¿eh?», mientras Marie Belhomme prorrumpe en agudos gritos y se pone verde de miedo. En la estación nos encierran a todas en la sala de espera. La señorita Sergent saca nuestros billetes y se despide tiernamente de su querida amiguita, que ha venido a acompañarla hasta aquí. La amiguita, vestida con traje de hilo gris, tocada con un sombrero grande y sencillo bajo el que asoma su cara más lozana que una flor (¡bribonzuela Aimée!), despierta la admiración de tres viajantes que fuman cigarros puros y que, divertidos con esta partida de colegialas, vienen a la sala de espera para hacer brillar en nuestro honor sus sortijas y sus chistes, pues encuentran delicioso soltar groseras inconveniencias. Doy un codazo a Marie Belhomme para avisarle que escuche; ella aguza el oído, pero no entiende nada. ¡Caramba! ¡No puedo dibujarle monigotes que ilustren lo que están diciendo! La larguirucha Anaïs, en cambio, lo comprende muy bien y se fatiga adoptando graciosas actitudes y haciendo vanos esfuerzos por ruborizarse.

El tren resopla y silba; empuñamos nuestras maletas y nos metemos en un vagón de segunda, muy caliente, de atmósfera sofocante. Por suerte, el viaje solo dura tres horas. Me he instalado en un rincón para poder respirar un poco, y no decimos nada en todo el trayecto, entretenidas viendo desfilar los paisajes. La pequeña Luce, acurrucada junto a mí, pasa tiernamente su brazo por debajo del mío, pero me zafo.

—Deja, hace demasiado calor.

Me he puesto, sin embargo, un traje de tusor crudo, recto y fruncido como el de un bebé, ajustado al talle por un cinturón de cuero más ancho que la mano, y con un escote cuadrado. Anaïs lleva un vestido de hilo rojo que le anima el cutis y la favorece; también Marie Belhomme está favorecida: va de medio luto, con un vestido de hilo malva estampado de ramitos negros. Luce conserva su uniforme negro y su sombrero, también negro, con lazo encamado. Las dos Jaubert continúan no existiendo; sacan del bolsillo unos cuestionarios, que la señorita Sergent, desdeñosa ante celo tan excesivo, les hace guardar de nuevo. ¡No vuelven en sí del asombro!

Aparecen chimeneas de fábricas, blancas casas diseminadas aquí y allá, que de repente se estrechan unas junto a otras, se vuelven numerosas. Y aquí está la estación. Bajamos. La señorita Sergent nos empuja dentro de un ómnibus, y rodamos sobre dolorosos adoquines de canto en dirección al hotel de la Poste. Por las calles engalanadas vagan algunos ociosos, porque mañana es el día de san no sé qué, gran fiesta local, y la filarmónica tocará por la noche.

La encargada del hotel, madame Cherbay, paisana de la señorita Sergent, una oronda mujer quizá demasiado amable, se afana al vernos. Escalera sin fin, un pasillo y tres habitaciones para seis. ¡No había pensado en eso! ¿Con quién me van a poner? Es una estupidez, pero detesto acostarme con alguien.

La encargada nos deja, por fin. Estallamos en palabras y en preguntas, abrimos las maletas… Marie ha perdido la llave de la suya y se lamenta; yo me siento cansada. La señorita reflexiona:

—Veamos, tengo que acomodaros…

Hace una pausa y busca aparejarnos de la mejor forma; la pequeña Luce se desliza silenciosamente a

mi lado, apretándome la mano; confía en que nos pongan en la misma cama. La directora se decide:

—Las dos Jaubert, juntas. Tú, Claudine, con… (me mira agudamente, pero ni me muevo ni pestañeo) Marie Belhomme, y Anaïs con Luce Lanthenay. Me parece que así todo irá bien.

La pequeña Luce no comparte en modo alguno semejante opinión. Coge su paquete con aire mohíno y se marcha tristemente con la larguirucha Anaïs a la habitación que se halla frente a la nuestra. Marie y yo nos instalamos; me desnudo rápidamente para lavarme el polvo del tren, y detrás de las persianas, que están cerradas a causa del sol, vagabundeamos en combinación por el cuarto. ¡He aquí el traje racional, el único práctico!

En el patio están cantando; miro por la ventana y veo a la gruesa encargada sentada a la sombra con las criadas, con unos muchachos y con unas jóvenes; todos ellos balan romanzas sentimentales, como «Manon voici le soleil», mientras confeccionan rosas de papel y guirnaldas de hiedra para decorar mañana la fachada. Cubren el patio ramas de pino, la mesa de hierro pintado está cargada de botellas de cerveza y de vasos… ¡En fin, esto es el paraíso terrenal!

Llaman a la puerta. Es la señorita Sergent. Puede entrar, no me estorba lo más mínimo. La recibo en combinación, mientras Marie Belhomme se pone precipitadamente una enagua, por respeto. La directora, por otra parte, no parece darse cuenta de nada, y solo nos recomienda que nos demos prisa, pues el almuerzo está servido. Bajamos. Luce se queja de su habitación, iluminada por arriba; ni siquiera le cabe el recurso de asomarse a la ventana.

Nos sirven un mal almuerzo de pensión.

Como el examen escrito será mañana, la señorita Sergent nos ordena que subamos a nuestras habitaciones y repasemos por última vez lo que menos sabemos. ¡Para eso no había necesidad de estar aquí! Preferiría visitar a los señores X, unos amigos de papá encantadores, que son además excelentes músicos.

Nuestra directora añade:

—Si os portáis bien, esta noche bajaréis conmigo después de cenar, y haremos rosas con madame Cherbay y con su hija.

Murmullos de alegría. Todas mis compañeras exultan, ¡yo no! No siento la menor emoción ante la idea de confeccionar rosas de papel en el patio de un hotel con la obesa encargada de blancas carnes. Probablemente debo dejar entrever lo que pienso, porque la pelirroja prosigue, instantáneamente excitada:

—Queda bien claro que no estoy obligando a nadie. Si la señorita Claudine no quiere unirse a nosotras…

—Es verdad, señorita. Preferiría quedarme en mi cuarto; temo ser tan inútil…

—Quédate, prescindiremos de ti. Sin embargo, en este caso me veré obligada a llevarme la llave de tu cuarto. Soy responsable de ti.

No se me había ocurrido ese detalle y no sé qué contestar. Subimos y bostezamos toda la tarde sobre los libros, nerviosas ante la espera del día siguiente. Nos hubiera valido más ir a pasear pues no hacemos nada, bueno lo que se dice nada…

¡Y pensar que esta noche estaré encerrada, completamente encerrada! Todo cuanto se parece a un encarcelamiento me sulfura. En cuanto me encierran, pierdo la cabeza. (De pequeña no pudieron llevarme a un internado, pues al oír que se me prohibía franquear la puerta me desmayaba de rabia. Lo intentaron dos veces —tenía entonces nueve años—, y las dos veces, desde la primera noche, corrí a las ventanas como un pájaro estúpido; grité, mordí, arañé y casi me desmayé. Tuvieron que ponerme en libertad, y solo he podido «durar» en esta inverosímil escuela de Montigny, porque aquí, por lo menos, no me sentía «encerrada» y porque me acostaba en mi cama, en mi casa, y podía corretear por el campo).

Claro que no lo mostraré a las demás, pero me siento enferma de rabia y de humillación. Sin embargo no mendigaré mi perdón, pues la malvada pelirroja se pondría demasiado contenta. ¡Si por lo menos

dejara la llave dentro! Pero tampoco se lo pediré: no, no quiero pedírselo. ¡Ojalá sea corta la noche!

La señorita Sergent nos lleva a pasear antes de la cena por la orilla del río. La pequeña Luce, llena de compasión, quiere consolarme del castigo.

—Oye, si le pides que te deje bajar, te dejará… con tal de que se lo pidas amablemente.

—¡Vamos, anda! Prefiero estar encerrada con tres vueltas de llave ocho meses, ocho días, ocho horas, ocho minutos.

—Haces muy mal en no querer. Confeccionaremos rosas, cantaremos…

—¡Cuántos placeres! Os echaré agua en la cabeza desde la ventana.

—¡Oh, calla! Me has estropeado el día. Esta noche no estaré contenta porque tú no estarás.

—No te enternezcas. Dormiré. Haré acopio de fuerzas para el «gran día» de mañana.

Cenamos con algunos viajantes y chalanes. La larguirucha Anaïs, embargada por el deseo de hacerse notar, prodiga los gestos y derrama sobre el blanco mantel su vaso de agua con vino. A las nueve subimos a nuestras habitaciones. Mis compañeras se proveen de toquillas contra el fresco que pueda sobrevenir, yo… entro en mi cuarto. ¡Oh, pongo buena cara!, pero escucho sin benevolencia el ruido de la llave que la señorita Sergent hace girar en la cerradura y se lleva luego en el bolsillo. Bueno, ya estoy sola. Casi al instante oigo a mis compañeras en el patio; podría verlas muy bien por la ventana, pero por nada del mundo confesaré mis sentimientos con muestras de curiosidad. No me queda más que acostarme.

Me estoy quitando ya el cinturón cuando me paro frente a la cómoda tocador, delante de la puerta de comunicación que el mueble condena. Esta puerta da a la habitación contigua (el cerrojo está a mi lado), y esta da al pasillo… Reconozco en todo ello la mano de la Providencia, es algo que no se puede negar… Sucederá lo que tenga que suceder, pero no quiero que la pelirroja pueda mostrarse victoriosa y decirse: «La encerré». Me abrocho el cinturón y me pongo el sombrero. No voy al patio, no soy tan tonta; me iré a casa de los amigos de papá, esos señores X, hospitalarios y amables, que me acogerán muy bien. ¡Uf, qué pesada es la cómoda! Tengo calor. Cuesta correr el cerrojo, está como enmohecido, y la puerta se abre chirriando, pero se abre. El cuarto donde me meto, con la vela en alto, está vacío, y no hay sábanas en la cama. Corro a la puerta, a la bendita puerta, que no está cerrada, que se abre amablemente, desde donde paso al delicioso pasillo… ¡Qué bien se respira cuando no se está encerrado bajo llave! No nos dejemos pescar; nadie en la escalera, nadie en el despacho del hotel, todo el mundo está confeccionando rosas… ¡Confeccionad rosas sin mí, buena gente!

Una vez fuera, en la tibia noche, me echo a reír bajito. Pero he de ir a casa de los señores X, y lo fastidioso es que no sé el camino, sobre todo de noche. ¡Bah! Lo preguntaré. Lo primero que hago es subir resueltamente por el paseo del río; luego, bajo un farol, me dedico a preguntar: «¿La place du Théâtre, por favor?», a un caballero que pasa. Él se detiene y se inclina para mirarme: «Escucha, niña bonita, permíteme que te acompañe. Sola no sabrías encontrarla».

¡Qué pesado! Giro sobre mis talones y huyo enseguida hacia la sombra. Después me dirijo a un tendero que está bajando ruidosamente la persiana de hierro de su tienda, y, de calle en calle, perseguida a menudo por risas o por una llamada llena de familiaridad, llego a la place du Théâtre y llamo a la puerta de la casa conocida.

Mi entrada interrumpe el trío de piano, violín y violoncelo que tocan dos hermanitas rubias junto con su padre. Al verme entrar, se levantan todos ellos tumultuosamente.

—¿Eres tú? ¿Cómo? ¿Por qué? ¿Vienes sola?

—Esperen, déjenme hablar y discúlpenme.

Les cuento mi encarcelamiento, mi huida, el examen de mañana… Las dos rubitas se divierten como criaturas.

—¡Oh, qué gracioso! ¡No hay nadie como tú para inventar trastadas de estas!

Y el papá ríe también con indulgencia y añade:

—¡Vamos, no tengas miedo, luego te acompañaremos y conseguiremos que te perdonen!

¡Qué buena gente!

Y nos entregamos sin remordimientos a la música. A las diez quiero irme y consigo que no me acompañe más que una anciana sirvienta. Recorremos las calles, casi desiertas bajo la luna, que está saliendo. De todos modos, me pregunto: «¿Qué me irá a decir la pelirroja? ¡Debe de estar furiosa!».

La criada entra conmigo en el hotel, y compruebo que mis compañeras todavía están en el patio, ocupadas en confeccionar rosas y beber cerveza y limonada. Podría irme a mi cuarto y pasar inadvertida, pero prefiero una pequeña apoteosis y me presento modestamente ante la señorita, que pega un salto al verme.

—¿De dónde sales?

Con un gesto de la barbilla, señalo a la criada que me acompaña y esta recita con docilidad la lección convenida:

—La señorita ha pasado la velada en casa del señor, con las señoritas.

Y, tras murmurar un vago saludo, se va. Me quedo sola (uno, dos, tres) con… ¡una furia! Le arden los ojos y frunce con violencia el entrecejo. Mis compañeras, estupefactas, están de pie, sujetando en las manos rosas a medio hacer. Los brillantes ojos de Luce, las encendidas mejillas de Marie y el aire febril de la larguirucha Anaïs me hacen sospechar que están un poco achispadas. Pero ¡no hay nada malo en eso, claro! La señorita Sergent no dice nada; sin duda está pensando lo que va a decir, o tal vez hace esfuerzos para no estallar. Por fin habla:

—Subamos, es tarde.

¿Estallará al llegar a mi cuarto? Que sea lo que haya de ser. En la escalera, las niñas me miran como a una apestada. La pequeña Luce me interroga con los ojos.

En mi habitación reina primero el silencio, lleno de solemnidad; luego la pelirroja me pregunta, también solemne:

—¿Dónde estabas?

—Ya lo sabe, en casa de los señores X, unos amigos de papá.

—¿Cómo te atreviste a salir?

—¡Vaya! Puede verlo. Aparté la cómoda que tapiaba la puerta.

—¡Es un atrevimiento incalificable! Pondré en conocimiento de tu padre esta extravagante conducta, y sin duda quedará encantado.

—¿Papá? ¡Oh! Dirá: «¡Dios mío, sí, sí, esta niña siente gran pasión por la libertad!», y esperará impaciente el final de la historia para sumirse de nuevo ávidamente en la *Malacologie du Fresnois*.

La directora se da cuenta de que las otras están escuchando, y gira sobre sus talones.

—¡A la cama todas! Si dentro de un cuarto de hora las velas no están apagadas, os las entenderéis conmigo. En cuanto a la señorita Claudine, deja de estar bajo mi responsabilidad, y esta noche puede hacerse raptar, si así le place.

¡Oh, *schocking*, señorita! Las niñas desaparecen como ratones asustados, y me quedo a solas con Marie Belhomme, que me dice:

—¡Pues es verdad eso de que no se te puede encerrar! A mí no se me hubiera ocurrido nunca la idea de apartar la cómoda.

—No me he aburrido nada. Pero espabílate un poco, date prisa, para que no venga a apagarnos la vela.

Se duerme mal en una cama extraña; además, he pasado toda la noche pegada a la pared para no tocar las piernas de Marie.

Por la mañana nos despiertan a las cinco y media. Nos levantamos embotadas, y me inundo de agua fría para despejarme. Mientras estoy chapoteando, Luce y Anaïs vienen a pedirme mi jabón perfumado, a mendigar un tirador de botones, etcétera. Marie me pide que le haga el moño. ¡Qué divertido es mirar

a todas esas crías, vestidas solo a medias, y tan adormiladas!

Hay un intercambio de puntos de vista acerca de las medidas ingeniosas que tomar contra los examinadores. Anaïs ha copiado en una punta de su pañuelo las fechas de historia de las que no está segura (¡yo necesitaría un mantel!), Marie Belhomme ha confeccionado un minúsculo atlas que cabe en la palma de la mano. Luce ha escrito en sus puños blancos fechas, etapas de reinados, teoremas de aritmética… ¡Todo un manual! Las hermanas Jaubert han consignado igualmente un montón de notas en tiras de papel fino, que enrollan dentro del tubo de los cortaplumas. Les preocupan mucho los examinadores. Oigo que Luce dice:

—En aritmética es Lerouge quien pregunta; en ciencias físicas y químicas, Roubad, al parecer un mal bicho; en literatura el señor Sallé…

La interrumpo:

—¿Qué Sallé? ¿El antiguo director del colegio?

—Sí, ese.

—¡Qué suerte!

Me encanta que me examine ese anciano caballero, sumamente bondadoso, al que papá y yo conocemos mucho. Será muy amable conmigo.

En ese instante de batalla aparece la señorita Sergent, concentrada y silenciosa.

—¿No os olvidáis de nada? Vamos.

Nuestro pequeño pelotón cruza el puente, trepa por las calles, por los callejones, y llega por fin ante un viejo pórtico ruinoso, en cuya puerta una inscripción, casi borrada, anuncia: INSTITUCIÓN RIVOIRE. Es el antiguo pensionado para jovencitas, abandonado desde hace dos o tres años por razón de su vetustez. (¿Por qué nos han encerrado aquí dentro?). En el patio medio desempedrado, unas sesenta muchachas charlan activamente, reunidas en grupos bien definidos; las escuelas no se mezclan. Hay alumnas de Villeneuve, de Beaulieu y de una decena de capitales de cantón. Reunidas todas las niñas en grupitos, en torno a sus respectivas maestras, hacen observaciones desprovistas de benevolencia respecto a las escuelas extrañas.

En cuanto llegamos nos observan con atención, desnudándonos con la mirada. A mí, sobre todo, me contemplan de arriba abajo, a causa de mi traje blanco con rayas azules y de mi gran capelina de encaje, que forma una mancha sobre el negro de los uniformes; como sonrío con descaro a las que me miran, me vuelven la espalda del modo más despectivo que saben. Luce y Marie se sonrojan bajo las miradas y se meten en su concha. La larguirucha Anaïs exulta al sentirse objeto de tanta atención. Los examinadores no han llegado aún, lo que nos hace estar muy impacientes. Me aburro.

Una puertecita sin cerrojo da paso a un pasillo oscuro, cuyas tinieblas agujerea en un extremo una luminosa abertura. Mientras la señorita Sergent intercambia frías frases de cortesía con sus colegas, me deslizo suavemente por ese pasillo. En su extremo hay una puerta de cristales —o, por lo menos, lo fue —; levanto el enmohecido pestillo y me encuentro en un pequeño patio cuadrado, cerca de un cobertizo. Unos jazmines han crecido allí, abandonados, así como unas clemátides, un pequeño ciruelo silvestre y algunas hierbas encantadoras. Todo ello verde, silencioso; parece el fin del mundo. En el suelo, ¡admirable hallazgo!, hay fresas maduras y fragantes.

Llamaré a las demás para mostrarles esta maravilla. Entro en el patio sin hacerme notar y comunico a mis compañeras la existencia de ese desconocido vergel. Tras algunas temerosas miradas en dirección a la señorita Sergent, que está hablando con una maestra madura ante la puerta que sigue sin abrirse para dar paso a los examinadores (a esa gente se le han pegado las sábanas), Marie, Luce Lanthenay y la larguirucha Anaïs se deciden a venir conmigo; en cuanto a las Jaubert, se abstienen. Nos comemos las fresas, devastamos las clemátides y estamos sacudiendo el ciruelo cuando el tumulto en el patio de la entrada se hace más ruidoso, por lo cual adivinamos la llegada de nuestros atormentadores.

Volvemos a recorrer a toda prisa el pasillo y llegamos a tiempo de ver cómo penetra en el viejo caserón una hilera de caballeros vestidos de negro, solemnes y mudos, no muy guapos. Subimos la

escalera detrás de ellos, con un estrépito de escuadrón. Somos sesenta y tantas. En el primer piso nos detienen en el umbral de un aula abandonada; hay que dejar que esos caballeros se instalen. Se sientan ante una gran mesa, se secan el sudor y deliberan. ¿Sobre qué? ¿Sobre la conveniencia de dejarnos entrar? Desde luego que no, estoy segura de que cambian impresiones relacionadas con la temperatura y de que hablan de sus cosillas, mientras se nos contiene a duras penas en el rellano y en la escalera, donde desbordamos.

Estoy en primera fila y puedo contemplar a las eminencias; hay un señor alto, canoso, de aire dulce y paternal; es el buenazo del señor Sallé, torcido, encorvado y gotoso, con manos como sarmientos; otro señor bajo, de cuello corto sobre una corbata de matices tornasolados, al estilo del propio Rabastens es Roubaud, el terrible Roubaud, que mañana nos examinará de ciencias.

Se han decidido por fin a decir que entremos. Llenamos enseguida la fea y vieja sala, de paredes de yeso indeciblemente sucias, plagadas de inscripciones y de nombres de alumnos; las mesas también son horribles, llenas de cortes y arañazos, y muy manchadas a causa de los tinteros que en otro tiempo se tiraron sobre ellas. Es una vergüenza que se nos encierre en semejante pocilga.

Uno de los caballeros procede a nuestra instalación. Lleva en la mano una larga lista y mezcla cuidadosamente las escuelas, separando en lo posible a las alumnas de un mismo cantón para evitar comunicaciones (¿no sabe acaso que siempre es posible comunicarse?). Voy a parar a un extremo de mesa, junto a una niña muy baja, vestida de luto, de ojos grandes y mirada grave. ¿Dónde están mis compañeras? Allá lejos veo a Luce, que me dirige signos y miradas de desesperación. Marie Belhomme se agita delante de ella, sentada a otra mesa. ¡Vaya! Esas dos débiles alumnas podrán pasarse indicaciones. Roubaud va de un lado a otro, repartiendo grandes hojas timbradas de azul en el extremo izquierdo, y también lacre. Todas conocemos la maniobra: en el extremo hemos de escribir nuestro nombre y el de la escuela donde cursamos nuestros estudios, luego hemos de doblar y sellar el ángulo en cuestión (a fin de tranquilizar a todo el mundo sobre la imparcialidad de las calificaciones).

Una vez cumplida la pequeña formalidad, aguardamos a que nos quieran dictar algo. Contemplo alrededor varias de esas caritas desconocidas, algunas de las cuales me inspiran compasión, hasta tal punto se las ve tensas y ansiosas.

Nos sobresaltamos; Roubaud ha hablado en medio del profundo silencio:

—Prueba de ortografía. Señoritas, hagan el favor de escribir. Solo repetiré una vez la frase que voy a dictar.

Y empieza el dictado paseándose por la clase.

¡Enorme y profundo silencio! ¡Cómo no! Las cinco sextas partes de estas chiquillas se están jugando su porvenir. ¡Y pensar que todas serán maestras, que se derrengarán desde las siete de la mañana hasta las cinco de la tarde y que temblarán ante una directora, malévola, la mayoría de las veces, todo ello para ganar setenta y cinco francos mensuales! De estas chiquillas, unas cuarenta y cinco son hijas de campesinos o de obreros, que, para no trabajar la tierra o para no coser, han preferido que se les vuelva amarilla la piel, que se les hunda el pecho y se les deforme el hombro derecho. Se disponen valerosamente a pasar tres años en una escuela normal (levantándose a las cinco de la mañana, acostándose a las ocho y media, y gozando tan solo de un par de horas de recreo en una jornada de veinticuatro) y a estropearse el estómago, que raramente resiste a tres años de refectorio. Pero así, por lo menos, podrán llevar sombrero, no coserán las ropas de los demás, no guardarán rebaños, no sacarán cubos de agua del pozo y les será posible mirar a sus padres por encima del hombro; no piden más. Y yo, Claudine, ¿qué hago aquí? Pues estoy aquí porque no tengo otra cosa que hacer, y porque papá puede manosear en paz sus babosas mientras yo soporto las preguntas de los profesores; también estoy aquí por «el honor de la escuela», para conseguir un diploma más, un poquito más de gloria, a esta única, inverosímil y deliciosa escuela.

En el dictado han enterrado participios y tendido emboscadas de plurales equívocos; han retorcido y erizado tanto las frases que llegan a no tener sentido alguno. ¡Es infantil!

Punto. He terminado. Vuelvo a leer.

Me parece que no tengo faltas; únicamente he de vigilar los acentos porque por cada uno que deje de ocupar el lugar que le corresponde se cuenta media falta o un cuarto de falta. Mientras releo lo que he escrito, cae sobre mi hoja una bolita de papel, lanzada con gran habilidad. La despliego en el hueco de la mano; es de la larguirucha Anaïs, que me escribe: «En la segunda frase, ¿se debe poner una "s" en "encontrados"?». ¡Esta Anaïs, que de nada duda! ¿Y si le dijera una mentira? No, desprecio los medios de que ella, en cambio, se sirve familiarmente, y alzando la cabeza le dirijo un imperceptible «Sí»; ella corrige con calma lo escrito.

—Tienen cinco minutos para releer lo dictado —anuncia la voz de Roubaud—. Seguirá la prueba de caligrafía.

Segunda bolita de papel, esta más grande. Miro alrededor; viene de Luce, cuyas pupilas acechan las mías. Pero ¡si me pide nada menos que cuatro palabras! Si le tiro una bolita, sé que la pescarán. Tengo entonces una inspiración sencillamente genial: sobre la cartera de cuero negro que contiene lápices y carboncillos (las candidatas deben proveerse de todo ellas mismas), y valiéndome de un trocito de yeso caído del techo a modo de tiza, escribo las cuatro palabras que preocupan a Luce. Luego alzo con brusquedad la cartera por encima de mi cabeza, con el lado no escrito vuelto hacia los examinadores, quienes, por otra parte, se ocupan muy poco de nosotras. A Luce se le ilumina el rostro, y corrige rápidamente lo escrito. Mi enlutada vecina, que se ha fijado en la escena, me dirige la palabra:

—Vaya, tú sí que no tienes miedo.

—No mucho, como puedes ver. Bueno, hay que ayudarse un poco unas a otras.

—Sí, claro… pero yo no me atrevería. Te llamas Claudine, ¿verdad?

—Sí. ¿Cómo lo sabes?

—¡Oh, hace tiempo que se habla de ti! Soy de la escuela de Villeneuve. Nuestras maestras dicen: «Es una chica inteligente, pero atrevida como un golfillo, y no hay que imitar ni sus modales de muchacho ni su peinado. De todas formas, si se quiere tomar un poco de molestia será una competidora temible en el examen». También te conocen en Bellevue; dicen que estás un poco mal de la cabeza y que eres bastante excéntrica.

—¡Qué amables son tus maestras! Pero se ocupan más de mí que yo de ellas. Diles que solo son un hatajo de solteronas, rabiosas por quedarse para vestir santos. ¡Anda, diles eso de mi parte!

Ella calla, escandalizada. Roubaud pasea entre las mesas su tripa redondita y recoge nuestras copias, que lleva a sus congéneres. Luego nos reparte otras hojas para la prueba de caligrafía y se dirige al encerado, para «esbozar» con su «hermosa letra» cuatro versos:

¿Recuerdas, Cinna, tanta dicha y tanta gloria?
Etcétera.

—Se les ruega, señoritas, que hagan una línea de cursiva gruesa, una de cursiva media, una de cursiva fina, una de redondilla gruesa, una de redondilla media, una de redondilla fina, una de bastardilla gruesa, una de media y una de fina. Tienen una hora.

Esa hora es un descanso. Es un ejercicio poco fatigoso; no son muy exigentes con la caligrafía. La redondilla y la bastardilla me gustan, casi es dibujo; mi cursiva es detestable; mis letras ganchudas y mis mayúsculas difícilmente llegan a alcanzar el número requerido de «cuerpos» y «medios cuerpos» de escritura. ¡Bueno! ¿Qué más da? ¡Tanto peor! ¡Se siente hambre cuando se llega al final de esta hora!

Alzamos el vuelo de esta sala triste y mohosa para reunirnos en el patio con nuestras maestras, que parecen preocupadas; se han agrupado a la sombra, que ni siquiera es fresca. Al instante surgen oleadas de palabras, de preguntas y de quejas. ¿Ha ido bien? ¿Cuál ha sido el tema del dictado? ¿Recordáis las

frases difíciles?

«Era así… Asá… Puse “indicación” en singular… Yo, en plural… El participio era invariable, ¿verdad, señorita? Quería corregirlo, pero lo dejé… ¡Un dictado más difícil…!».

Bostezo de inanición; la señorita Sergent nos lleva a un restaurante cercano, pues nuestro hotel queda demasiado lejos para ir allí con este calor bochornoso. Marie Belhomme llora y no come, desconsolada por tres faltas que ha cometido (cada falta disminuye dos puntos la calificación). Cuento a la directora —que ya no parece recordar mi escapatoria de ayer— nuestros sistemas de comunicación; ríe, contenta, y solo nos recomienda que no cometamos demasiadas imprudencias. En tiempos de examen nos empuja a las peores trampas, ¡todo por el honor de la escuela!

Mientras esperamos la hora de la composición francesa, casi todas dormimos en nuestras sillas, abrumadas de calor. La señorita lee periódicos ilustrados y se levanta tras una mirada al reloj.

—Vamos, pequeñas, hemos de irnos. Dentro de un rato procurad no mostraros demasiado tontas. Y a ti, Claudine, si no sacas una nota de dieciocho a veinte en composición francesa, te tiro al río.

—¡Por lo menos estaría más fresca!

¡Qué zoquetes son estos examinadores! El espíritu más obtuso comprendería que con este calor agobiante redactaríamos con mayor lucidez por las mañanas; pues ellos, no. Ha de ser a esta hora, ¿y qué podemos hacer a esta hora?

Aunque lleno, el patio está más silencioso que esta mañana; una vez más, esos caballeros se hacen esperar. Yo me voy sola al jardín cerrado, me siento debajo de las clemátides, a la sombra, y cierro los ojos, ebria de pereza…

Gritos, llamadas:

—¡Claudine! ¡Claudine!

Me sobresalto, despierta a medias, porque estaba durmiendo a pierna suelta, y veo frente a mí a Luce, que parece muy asustada y que me sacude, arrastrándome luego tras ella.

—¡Estás loca! ¿No sabes lo que pasa? ¡Estamos en clase, hija, desde hace más de un cuarto de hora! Ya han dictado el tema de la composición, y al fin me atreví a decir, junto con Marie Belhomme, que tú no estabas. Te han estado buscando; la señorita Sergent está por los campos, y a mí se me ocurrió al fin que, a lo mejor, vagabas por aquí… Hija mía, ¡vaya bronca que te van a soltar!

Me precipito hacia la escalera seguida por Luce. Un ligero tumulto se eleva ante mi aparición en la clase, y los examinadores, encendidos los rostros bajo los efectos de un almuerzo que se ha prolongado hasta tarde, se vuelven hacia mí.

—¿Ya no se acordaba del examen, señorita? ¿Dónde estaba?

Es Roubaud quien me habla, medio amable, medio mordaz.

—Estaba allá, en el jardín; dormía la siesta.

Un batiente de la ventana abierta me devuelve mi imagen oscurecida; tengo pétalos de clemátides en el cabello, hojas en el traje, una bestezuela verde y una mariquita en el hombro, y los cabellos me caen en desorden. Un conjunto nada repugnante… Por lo menos hay que creerlo así, porque los caballeros no cesan de contemplarme, y Roubaud me pregunta a quemarropa:

—¿Conoce usted un cuadro que se llama *La primavera*, de Botticelli?

¡Pam! ¡La esperaba!

—Sí, señor, ya me lo han dicho.

Le he segado el cumplido bajo los pies, y él aprieta los labios irritado. ¡Vaya, seguro que me lo hará pagar! Los hombres negros ríen entre sí; voy a mi sitio escoltada por esta frase tranquilizadora, mascullada por Sallé (muy bien, señor), que, no obstante, no me reconoce, pobre miope:

—De todos modos, no se ha retrasado. Copie el sumario escrito en el encerado… Sus compañeras no han empezado todavía.

¡Y qué, no tenga miedo, no le voy a reñir!

¡Adelante con la composición francesa! ¡Este pequeño episodio me ha dado ánimos!

«Sumario: Expongan las reflexiones y comentarios que les inspiren estas palabras de Chrysale: "Admito que una mujer tenga conocimientos acerca de todo"», etcétera.

Por inesperada suerte, no es un tema ni demasiado estúpido ni demasiado ingrato. Oigo alrededor de mí preguntas ansiosas y desoladas, pues la mayoría de estas chiquillas no saben quién es Chrysale, ni han oído hablar de *Las mujeres sabias*.[6] ¡Va a salir una bonita ensalada! No puedo evitar reírme por anticipado. Preparo una pequeña elucubración, no demasiado tonta, esmaltada con diversas citas, para demostrar que una conoce un poco a Molière. La cosa marcha muy bien, y acabo por no pensar en lo que sucede a mi alrededor.

Al levantar la nariz, mientras busco una palabra que se me resiste, veo a Roubaud ocupado en dibujar mi retrato en un pequeño bloc. Bien, estoy conforme; y de nuevo adopto disimuladamente una actitud adecuada.

¡Paf! Otra bolita que cae junto a mí. Es de Luce: «¿Podrías escribirme dos o tres ideas generales? No me sale, estoy desesperada. Te abrazo desde lejos». La miro, veo su pobre carita encendida y sus ojos enrojecidos, y ella contesta a mi mirada meneando la cabeza con desesperación. Le escribo todo lo que puedo en un papel de calco y le envío la bolita, no por el aire, que es demasiado peligroso, sino por el suelo, por el espacio que separa las dos hileras de mesas; prestamente, Luce le pone el pie encima.

Retoco mi conclusión: desarrollo cosas que gustarán y que a mí no me gustan. ¡Uf, se acabó! Veamos lo que hacen las demás.

Anaïs escribe sin levantar la cabeza, socarronamente, con el brazo izquierdo doblado encima de la hoja para evitar que su vecina copie. Roubaud ha terminado su croquis y la hora avanza, en tanto que el sol apenas si baja. Estoy reventada; esta noche me acostaré juiciosamente cuando lo hagan las demás, sin música. Prosigamos contemplando la clase: todo un regimiento de mesas en cuatro filas, que llegan hasta el fondo; niñas vestidas de negro, inclinadas sobre sus trabajos, de las que solo se ven moños lisos o colgantes trenzas, apretadas como sogas; pocos trajes claros, solo los de las alumnas de las escuelas primarias, como la nuestra —resaltan mucho las cintas verdes en el cuello de las pensionistas de Villeneuve—. Reina un gran silencio, turbado tan solo por el rumor de las cuartillas al darles la vuelta, por un suspiro de fatiga… Por fin, Roubaud dobla *Le Moniteur du Fresnois*, sobre el que se ha adormilado un poco, y saca el reloj.

—¡Es la hora, señoritas! Voy a recoger las hojas.

Se elevan algunos débiles gemidos. Unas niñas que todavía no han terminado se azaran, piden cinco minutos de gracia, que se les conceden; luego los señores recogen las copias y nos sueltan. Nos levantamos, nos estiramos, bostezamos y, antes de llegar al pie de la escalera, los grupos se vuelven a formar. Anaïs se precipita hacia mí.

—¿Qué has puesto? ¿Cómo empiezas?

—¡No me fastidies! ¿Crees que me lo he aprendido de memoria?

—¿Y el borrador?

—No he hecho. Solo algunas frases que he perfilado un poco antes de escribirlas.

—¡Hija, la bronca que te van a armar…! Yo he traído el borrador para enseñárselo a la señorita.

Marie Belhomme también tiene su borrador, y Luce, y las demás; todas, en fin; siempre se hace así.

En el patio, aún tibio del sol, que ya se ha retirado, la señorita Sergent está leyendo una novela apoyada contra una pared.

—¡Ah, por fin estáis aquí! Dadme enseguida los borradores, que vea si no habéis soltado demasiadas tonterías.

Los lee y decreta; el de Anaïs no está mal, al parecer; Luce tiene «buenas ideas (¡caramba, las mías!)

no muy desarrolladas»; la redacción de Marie está deslavazada, como siempre; las Jaubert han redactado «composiciones muy presentables».

—¿Y tu borrador, Claudine?

—No he hecho.

—¡Hija mía, estás loca! ¡No hacer borrador en día de examen! Renuncio a obtener de ti nada razonable. En fin, ¿es malo tu deber?

—¡Oh, no, señorita! No lo considero muy malo.

—¿Qué nota crees que mereces? ¿Un diecisiete?

—¿Un diecisiete? ¡Oh, señorita! La modestia me impide… Diecisiete es demasiado… Pero, en fin, seguro que me dan dieciocho.

Mis compañeras me miran con envidiosa malevolencia: «Esa Claudine, ¡vaya suerte que tiene de poder predecir su nota!». Bueno, digamos enseguida que la cosa no tiene ninguna gracia. Disposición natural, eso es todo. Redacta como si hiciera un huevo al plato… «¡y patatín patatán!».

A nuestro alrededor las candidatas charlan en tono agudo, exhiben sus borradores a las maestras y prorrumpen en exclamaciones de pesar al darse cuenta de que han olvidado alguna idea. Es un piar de pajarillos en su pajarera.

Por la noche, en lugar de escaparme a la ciudad, me tiendo al lado de Marie Belhomme y hablo con ella de la gran jornada.

—Mi vecina de la derecha —me cuenta Marie— viene de una pensión religiosa. Figúrate, Claudine, que esta mañana, mientras se repartían las hojas antes del dictado, sacó del bolsillo un rosario y empezó a desgranarlo debajo de la mesa. Sí, chica, un rosario con cuentas grandes muy redondas, algo así como una especie de ábaco de bolsillo. Era para tener suerte.

—¡Bah! Si no le hace bien, tampoco puede hacerle ningún daño. ¿Qué es eso que se oye?

Aguzamos el oído. Parece como si hubiera un gran jaleo en el cuarto frente al nuestro, donde duermen Luce y Anaïs. La puerta se abre al fin violentamente y Luce se precipita en el cuarto, desesperada; va solo con una combinación corta.

—¡Por favor, defiéndeme! ¡Anaïs es tan mala!

—¿Qué te ha hecho?

—Primero me ha echado agua en los botines, y después en la cama me ha dado patadas y me ha pellizcado en los muslos, y cuando me he quejado me ha dicho que si no estaba contenta que me acostara en la alfombrilla.

—¿Por qué no llamas a la señorita?

—¡Sí, sí, llamar a la señorita! He ido a la puerta de su cuarto, pero no estaba. La criada, que pasaba por el pasillo, me ha dicho que había salido con la encargada. ¿Qué hago ahora?

¡Llora! Está llorando. ¡Pobre cría! ¡Tan menudita, con su combinación, que deja al descubierto sus brazos finos y sus bonitas piernas! Decididamente, por completo desnuda y con la cara tapada sería mucho más seductora. (¿Quizá quedaría bien dejar un par de agujeros para los ojos?). Pero no es hora de deliberar sobre eso; salto al suelo, corro al cuarto de enfrente. Anaïs ocupa el centro de la cama, con la colcha estirada hasta la barbilla. Tiene su peor expresión.

—Vaya, ¿qué te pasa? ¿Por qué no dejas que Luce se acueste contigo?

—No he dicho eso. Solo quiero quedarme con toda la cama; entonces la he empujado…

—¡Cuentos! La has pellizcado y le has echado agua en los botines.

—Acuéstala contigo, si quieres. A mí no me interesa.

—Sin embargo, tiene la piel más bonita que la tuya. Claro que eso no es difícil.

—Anda, anda. De sobra sabemos que la hermana pequeña te gusta tanto como la mayor.

—Espera, hija mía; voy a hacer que cambies de ideas.

Me tiro en camisón encima de la cama, arranco las sábanas, cojo a la larguirucha Anaïs por los pies y, a pesar de las uñas silenciosas con que se aferra a mi espalda, la saco de la cama, con sus pies siempre en mis manos, y llamo:

—¡Marie! ¡Luce! ¡Venid a ver!

Aparece en la puerta una pequeña procesión de blancos camisones que se deslizan sobre desnudos pies, y las niñas se asustan:

—¡Oh, separadlas! ¡Llamad a la señorita!

Anaïs no chilla, tan solo menea las piernas y me lanza miradas asesinas, empeñada en ocultar lo que enseño al arrastrarla por el suelo: sus muslos amarillos y su puntiagudo trasero. Me entran tantas ganas de reír que tengo miedo de soltarla.

—Ocurre —explico a las otras— que esta larguirucha Anaïs, aquí presente, no quiere permitir que la pequeña Luce se acueste con ella; la pellizca, le pone agua en el calzado y yo quiero que se quede tranquila y que no la moleste.

Silencio y frialdad. Las Jaubert son demasiado prudentes para censurar a una de las dos. Suelto por fin los tobillos de Anaïs, que se levanta y que enseguida baja su camisón.

—Ahora ve a acostarte y procura dejar en paz a esta niña; si no, vas a recibir una torta que te escocerá la piel.

Siempre muda y furiosa, corre a su cama y se mete en ella de cara a la pared. Es de una cobardía increíble, solo teme a los golpes. Y, mientras los fantasmitas blancos regresan a sus habitaciones, Luce se acuesta tímidamente al lado de su perseguidora, que ahora no se mueve más que si fuera un tronco. (Al día siguiente me dice mi protegida que Anaïs, en toda la noche, solo se ha movido para arrojar enfurecida la almohada contra el suelo).

Nadie cuenta lo ocurrido a la señorita Sergent. Estamos muy ocupadas con el día que tenemos por delante: exámenes de aritmética y de dibujo, y, por la noche, publicación de la lista de candidatas admitidas al examen oral.

Chocolate rápido y marcha precipitada. A las siete ya se nota bastante calor. Ya más familiarizadas con las cosas, ocupamos nuestros lugares y charlamos con decencia y moderación, esperando a esos caballeros. Se siente una más en su casa; nos deslizamos sin tropezar entre el banco y la mesa, ordenamos ante nosotros lápices, portaplumas, gomas y raspadores con un aire de estar a nuestras anchas, que, por otra parte, sabemos exhibir con elegancia. ¡Por un poco más, ya mostraríamos manías!

Entrada de los dueños de nuestros destinos, que ya han perdido parte de su prestigio. Las menos tímidas les miran tranquilamente, con aire de familiaridad. Roubaud, que enarbola un pseudopanamá, bajo el cual se cree muy elegante, se impacienta, agitado.

—Vamos, señoritas, vamos. Esta mañana estamos retrasados. Hay que recuperar el tiempo perdido.

¡Hombre, eso sí que me gusta! ¡No tardará mucho en decir que es culpa nuestra que no se hayan podido levantar temprano! Rápido, rápido. Las hojas se esparcen con celeridad por las mesas; enseguida sellamos el ángulo para ocultar nuestro nombre y a toda velocidad rompe el presuroso Roubaud el sello del gran sobre amarillo timbrado por la Inspección Académica y retira de él el temible enunciado de los problemas:

«Primera pregunta: un particular ha comprado acciones al 3,5 por ciento a la cotización de 94,60 francos…», etcétera.

¡Ojalá atraviese el granizo su pseudopanamá! Las operaciones de Bolsa me ponen el alma en un hilo; hay corretajes y tantos por ciento que siempre tengo toda la dificultad del mundo en recordar.

«Segunda pregunta: la divisibilidad por nueve. ¡Tienen una hora!».

A fe que no es mucho. Por suerte, he estudiado tanto tiempo la divisibilidad por nueve que he terminado reteniéndola. Aún habrá que poner en orden las condiciones necesarias y suficientes. ¡Vaya

tostón!

Las otras candidatas ya están absortas en su trabajo. Un ligero cuchicheo de cifras, de cálculos hechos en voz baja corre por encima de las nucas inclinadas.

Se acabó el problema. Tras haber empezado cada operación dos veces (¡me equivoco tan a menudo!), obtengo un resultado de 22.850 francos como beneficio del caballero. ¡Bonito beneficio! Me inspira confianza esa cifra redondita y tranquilizadora, pero, de todas maneras, quiero asegurarme con Luce, que maneja los números de forma magistral. Varias candidatas han terminado y solo veo a mi alrededor caras satisfechas. La mayoría de estas hijas de campesinos ambiciosos o de hábiles obreros tienen el don de la aritmética hasta un punto que con frecuencia me ha dejado estupefacta. Podría preguntar a mi morena vecina, que también ha terminado. Sin embargo, desconfío de sus ojos serios y discretos; confecciono una bolita de papel que vuela y cae bajo la nariz de Luce, con el número 22.850. Ella, alegremente, me envía un «Sí» con la cabeza. Satisfecha, pregunto entonces a mi vecina: «¿Cuánto te da?». Vacila, y murmura reservada: «Más de veinte mil francos».

—A mí también. Pero ¿cuánto más?

—Pues… más de veinte mil francos.

—¡Eh, tú, que no te pido que me los prestes! Guárdate tus veintidós mil ochocientos cincuenta francos. No eres la única en tener el resultado correcto. Y te diré que, por diversas razones, pareces una hormiga negra.

Algunas ríen cerca de nosotras. Mi interlocutora, que ni siquiera se ha ofendido, cruza las manos y baja los ojos.

—¿Han terminado, señoritas? —clama Roubaud—. Les devuelvo su libertad. Sean puntuales para el examen de dibujo.

A las dos menos cinco regresamos a la ex Institución Rivoire. ¡Qué asco y qué ganas de largarme me entran en cuanto veo esa cárcel tronada!

En el lugar más iluminado de la clase, Roubaud ha dispuesto dos círculos de sillas y, en medio de cada uno, una banqueta. ¿Qué pondrán allí? Somos todo ojos. El examinador factótum desaparece, y regresa con dos jarrones de cristal. Antes de que los coloque en los banquillos, todas las alumnas cuchichean entre sí: «¡Hija, qué difícil va a ser, a causa de la transparencia!».

Roubaud habla:

—Señoritas, para la prueba de dibujo quedan en libertad de colocarse como quieran. Reproduzcan estos dos jarrones, bosquejándolos con el carboncillo y repasándolos con lápiz Conté, con prohibición formal de valerse de una regla o de nada que se le parezca. Los cartones que todas deben haber traído les servirán de planchas de dibujo.

Aún no ha terminado de hablar cuando ya me precipito hacia una silla a la que he echado el ojo, lugar excelente desde donde se ve el jarrón de perfil con el asa de lado. Varias me imitan, y me encuentro entre Luce y Marie Belhomme. «¿Prohibición formal de valerse de una regla?». ¡Bah! ¡Ya sabemos qué quiere decir eso! Mis compañeras y yo tenemos en reserva tiras de papel rígido de un decímetro de largo divididas en centímetros, muy fáciles de esconder.

Se permite hablar. Sin embargo, esta autorización se utiliza poco; preferimos hacer muecas con el brazo estirado, cerrando un ojo, para tomar medidas con el portacarboncillo. Con un poco de habilidad, no hay nada más sencillo que trazar con la regla las líneas de construcción (dos trazos que cortan la hoja en cruz y en rectángulo para encerrar la tripita del jarrón).

En el otro círculo de sillas se oye de pronto cierto rumor, algunas exclamaciones ahogadas y la voz de Roubaud, que dice con severidad:

—¡No necesitará nada más, señorita, para excluirla del examen!

Es una desventurada criatura, esmirriada y raquítica, que se ha dejado pescar con un doble decímetro en las manos y que solloza ahora dentro de su pañuelo. Roubaud se vuelve de repente, muy fisgoneador, y nos escudriña de cerca; pero las tiras de papel con divisiones han desaparecido como por arte de

magia. Por otra parte, ya no las necesitamos.

He acabado mi jarrón de maravilla, bien barrigudo. Mientras lo contemplo con complacencia, nuestro vigilante, distraído por la tímida aparición de las maestras, que vienen a saber «si las composiciones son buenas en general», nos deja solas y Luce me tira con suavidad de la manga.

—Dime, por favor, ¿está bien mi dibujo? Me parece que hay algo que no acaba de estar bien.

Tras examinarlo, le explico:

—¡Caramba! El asa está demasiado baja. Le da el aire de un perro apaleado que baja la cola.

—¿Y la mía? —pregunta Marie desde el otro lado.

—La tuya está medio jorobada. Ponle un corsé ortopédico.

—¿Un qué?

—Digo que le pongas algodón a la izquierda. Solo está «favorecida» por un lado. Dile a Anaïs que te preste una de sus «tetitas» postizas. (Pues la larguirucha Anaïs se mete dos pañuelos en los huecos de su corsé, y nuestras burlas no han podido decidirla a prescindir de ese pueril relleno).

Esta charla proporciona a mis vecinas una inmoderada alegría. Luce se echa hacia atrás en su silla, riéndose con todos los dientecillos blancos de su boquita felina. Marie hincha las mejillas como bolsas de gaitas, y luego las dos se callan, heladas en medio de su alegría, pues los temibles y ardientes ojos de la señorita Sergent se han clavado en ellas, fulminantes, desde el fondo de la sala. Y la sesión termina en medio de un irreprochable silencio.

Nos echan fuera, bullangueras y febriles ante la idea de que esta noche vendremos a leer, en una larga lista clavada en la puerta, los nombres de las candidatas admitidas al examen oral del día siguiente. La señorita Sergent nos contiene con dificultad. Charlamos de manera insoportable.

—¿Vendrás a ver los nombres, Marie?

—No, no… Si yo no estuviera en la lista, las demás se burlarían de mí.

—Yo sí vendré —afirma Anaïs—. Quiero ver qué cara ponen las que estén suspendidas.

—¿Y si tú fueras una de ellas?

—Ah, pues mira… Como no llevo escrito mi nombre en la frente, pondré cara de pascuas para que no adivinen nada y no me miren con compasión.

—¡Basta! Me estáis dando dolor de cabeza —dice la señorita Sergent con brusquedad—. Veréis lo que veréis, y veremos aún si esta noche no vengo yo sola a leer los nombres. Por de pronto, no iremos al hotel; no tengo ganas de darme dos veces este trote; cenaremos en el restaurante.

Pide un comedor reservado. En la especie de caseta de baño que se nos asigna, donde la luz nos llega tristemente desde arriba, se apaga nuestra efervescencia. Comemos como fierecillas sin decir gran cosa. Una vez apaciguada la algazara, nos preguntamos unas a otras, cada diez minutos, la hora que es. La señorita Sergent intenta, inútilmente, calmar nuestro nerviosismo asegurando que las candidatas son demasiado numerosas para que esos caballeros hayan tenido tiempo de leer todas las composiciones antes de las nueve. Pero nosotras seguimos en plena efervescencia.

¡Ya no sabemos qué hacer en esta cueva! La señorita Sergent no quiere sacarnos a la calle, y sé muy bien por qué: a esta hora la guarnición está libre, y los jactanciosos pantalones rojos no se andan con muchos miramientos. Ya, al venir a cenar, nuestra pequeña banda ha tenido una escolta de sonrisas, chasquidos de lengua y rumor de besos. Estas manifestaciones han exasperado a la directora, que ha fusilado con sus miradas a los atrevidos soldados; pero para ponerlos en su sitio hubiera hecho falta algo más.

La oscuridad, que va llegando, y nuestra impaciencia nos vuelven malas y nos ponen de mal humor. Anaïs y Marie se han dirigido agrias réplicas, con actitudes y expresión de gallitos de pelea; las dos Jaubert parecen meditar sobre las ruinas de Cartago y yo he rechazado con un brusco codazo a la pequeña Luce, que quería algunas caricias. Por suerte, la señorita Sergent, que está casi tan nerviosa

como nosotras, llama, pide luz y dos juegos de cartas. ¡Qué buena idea!

La luz de los dos mecheros de gas nos levanta algo la moral, y los juegos de naipes nos hacen sonreír.

—¡A ver, una partida de treinta y uno!

¡Vaya! ¡Las dos Jaubert no saben jugar! Pues bien, que continúen reflexionando sobre la fragilidad del destino humano; nosotras nos liaremos con las cartas mientras la señorita Sergent lee los periódicos.

Nos divertimos y jugamos mal. Anaïs hace trampas. Y de vez en cuando interrumpimos la partida, con los codos apoyados sobre la mesa y la mirada ansiosa, para preguntar:

—¿Qué hora debe de ser?

Marie expone la idea de que, como es de noche, no se podrán leer los nombres. Tendremos que llevar cerillas.

—¡Tonta! ¡Habrá faroles!

—Ah, sí, claro… Pero ¿y si allí justamente no hubiera?

—Oye —le digo bajito—, voy a robar una vela de los candelabros de la chimenea. Tú traerás cerillas. Juguemos. Rey de trébol y dos ases.

La señorita Sergent saca su reloj. No le quitamos la vista de encima. Se levanta, y la imitamos tan bruscamente que se caen unas sillas. De nuevo poseídas por el frenesí, nos precipitamos en busca de nuestros sombreros y, mientras me miro en el espejo para ponerme el mío, birlo una vela.

La señorita Sergent tiene un trabajo inaudito al querer impedir que corramos. Los transeúntes ríen al ver a esa colección de chiquillas haciendo esfuerzos para no galopar, y nosotras sonreímos a los transeúntes. La puerta brilla, ¡por fin!, ante nuestros ojos. Cuando digo «brilla» estoy haciendo literatura, porque es bien cierto que no hay ningún farol. Delante de esa puerta cerrada una multitud de sombras se agita: saltan, gritan de alegría o se lamentan; son nuestras competidoras de las otras escuelas. Cortas y bruscas llamaradas de cerillas, rápidamente apagadas y llamas vacilantes de velas iluminan una gran hoja blanca clavada en la puerta. Nos precipitamos con desenfreno empujando a codazos a las pequeñas siluetas, que se agitan y que no nos hacen mucho caso.

Sosteniendo la vela robada tan tiesa como me es posible, leo, o más bien adivino, los nombres guiándome por las iniciales en orden alfabético. Anaïs, Belhomme, Claudine, Jaubert, Lanthenay… ¡Todas, todas! ¡Qué alegría! Y ahora comprobemos el número de puntos. El mínimo exigido es de 45; el total aparece escrito junto a los nombres con las notas detalladas entre paréntesis. La señorita Sergent, resplandeciente, transcribe en su librito de notas: Anaïs, 65; Claudine, 68; las Jaubert, 63 y 64; Luce, 49; Marie, 44,5.

—¿Cómo, 44,5? Entonces ¿no has aprobado? ¿Qué estás diciendo?

—No, señorita —dice Luce, que regresa tras haber efectuado una nueva comprobación—, tiene cuarenta y cuatro y tres cuartos. Ha sido admitida con una falta de un cuarto; es una amabilidad de esos caballeros.

La pobre Marie, aún jadeante a causa del miedo cerval que acaba de pasar, respira aliviada. Ha hecho bien esa gente en dispensarle su cuarto de punto, pero tengo miedo de que se embrolle en el examen oral. Anaïs, una vez pasada la primera alegría, ilumina caritativamente a las que llegan, rociándolas de cera. ¡Mala pécora!

La señorita Sergent no consigue calmarnos ni duchándonos con esta siniestra predicción:

—Todavía no habéis llegado al final de vuestros apuros. Me gustaría que ya fuera mañana por la noche, después del examen oral.

Con grandes dificultades, consigue llevarnos al hotel, saltando y cantando baja la luna.

Y por la noche, cuando la directora ya se ha acostado y duerme, Anaïs, Luce, Marie y yo salimos de nuestras camas para bailar (¡las Jaubert no, naturalmente!). Bailamos como locas, suelto el cabello, levantando un extremo del camisón como si bailáramos un minué.

Luego, a causa de un ruido imaginario que creemos oír en el lado de la habitación donde la señorita Sergent descansa, las bailarinas de la desvergonzada cuadrilla echan a correr con un apagado rumor de

patitas desnudas y risas ahogadas.

A la mañana siguiente me despierto muy temprano, y corro a asustar a la pareja Anaïs-Luce, que duerme con aire profundo y concienzudo; hago cosquillas con mis cabellos en la nariz de Luce, que estornuda antes de abrir los ojos; su susto despierta a Anaïs, que refunfuña y se sienta, mandándome al cuerno. Yo exclamo muy seria:

—Pero ¿no sabes qué hora es? ¡Las siete, hija mía, y el examen oral es a la siete y media!

Las dejo precipitarse fuera de la cama, calzarse, y espero a que tengan las botas abrochadas para decirles que no son más que las seis, que había mirado mal. La cosa no parece fastidiarles tanto como creía.

A las siete menos cuarto, la señorita Sergent nos mete prisa para que terminemos el chocolate, nos exhorta a que demos una ojeada a nuestros resúmenes de historia mientras comemos las tostadas, y nos empuja, completamente aturdidas, hacia la calle inundada de sol. Luce va provista de sus manguitos garabateados; Marie, de su pequeño rollo de papel, y Anaïs, de su minúsculo atlas. Se aferran a sus pequeñas tablas de salvación con mayor ahínco aún que ayer, pues hoy tendrán que hablar a esos caballeros, a quienes no conocen; hablarles delante de treinta pares de oídos malévolos. La única que sigue impertérrita es Anaïs: ignora qué significa estar intimidada.

En el ruinoso patio las candidatas son hoy menos numerosas. ¡Han quedado tantas por el camino, entre el examen escrito y el oral! (Esto va bien; cuando aprueban a muchas en el escrito, suspenden también a muchas en el oral). La mayoría de las candidatas, paliduchas, bostezan nerviosamente y, como Marie Belhomme, se quejan de tener un nudo en el estómago. ¡Es a causa del miedo!

La puerta se abre al fin ante los hombres vestidos de negro. Los seguimos en silencio hasta la sala de arriba, hoy desprovista de todas las sillas. En las cuatro esquinas, detrás de negras mesas, o de algo que en un tiempo lo fue, se sientan los examinadores, graves, casi lúgubres. Contemplamos esta puesta en escena curiosas y atemorizadas, arracimadas a la entrada, molestas con la gran distancia que hay que recorrer, y la señorita Sergent nos empuja.

—Vamos, vamos. ¿Pensáis echar raíces aquí?

Nuestro grupo, más valiente, se adelanta en pelotón. El seños Sallé, nudoso y encorvado, increíblemente miope, nos mira sin vemos; Roubaud juega con la cadena de su reloj, mirando al vacío; el viejo Lerouge espera con paciencia, consultando la lista de los nombres, y, en el hueco de una ventana, se instala una obesa señora, que en realidad es señorita, la señorita Michelot, con sus papeles de música. Iba a olvidarme de uno, el quisquilloso Lacroix, que refunfuña y se encoge furiosamente de hombros mientras hojea sus libracos; parece pelearse consigo mismo. Las niñas, asustadas, dicen que debe de ser «terriblemente malo». Y es él quien se decide a gruñir un nombre:

—¡Señorita Aubert!

La llamada Aubert, demasiado larga, plegable y encorvada, se estremece como un caballo asustado, bizquea y parece volverse estúpida; en su deseo de hacer las cosas bien, se precipita instantáneamente hacia delante, gritando con una voz chillona y con acusado acento campesino:

—¡Aquí me tié, señó!

Todas nos echamos a reír, y esa risa, que no hemos tratado de contener, nos reanima y tonifica.

El perro dogo de Lacroix ha fruncido el entrecejo al oír a la cuitada pronunciar su angustiosa frase, y le contesta:

—¿Quién le ha dicho lo contrario?

De manera que la pobre se queda en un estado que da lástima.

—¡Señorita Vigoureux! —llama Roubaud, que empieza el alfabeto por la cola.

Se precipita una gordinflona. Lleva el sombrero blanco con guirnaldas de margaritas, de la escuela de Villeneuve.

—¡Señorita Mariblom! —gruñe el señor Sallé, que cree coger la mitad del alfabeto y lo lee todo al revés.

Marie Belhomme se adelanta, con el rostro encendido, se sienta en la silla colocada frente al señor Sallé, quien la mira y le pregunta si sabe lo que es la *llíada*. Luce suspira a mis espaldas: «Por lo menos, ha empezado; todo es empezar».

Las candidatas desocupadas, de las que formo parte, se dispersan tímidamente, y van a escuchar a sus colegas, las del banquillo. Me voy a presenciar el examen de la jovencita Aubert para divertirme un poco. En el instante en que me acerco, el señor Lacroix le está preguntando:

—Entonces ¿no sabe con quién se casó Felipe el Hermoso?

La muchacha tiene los ojos desorbitados y la cara encendida y brillante de sudor. Unos dedos gruesos como salchichas salen de sus mitones.

—Se casó con… No, no se casó con… Señó… Señó… —exclama de repente—. ¡Se me ha olvidado todo!

Tiembla, le caen lagrimones por las mejillas. Lacroix la mira, malo como la tiña.

—¿Se le ha olvidado todo? Pues con lo que le queda se puede tener un bonito cero.

—Sí, sí… —farfulla la chica—. Pues no me importa. Prefiero ir a casa; me da igual…

Se la llevan hipando, sacudida por fuertes sollozos, y la oigo por la ventana decir a su maestra, que parece muy mortificada:

—¡Diantre! ¡Prefiero guardar vacas en casa de mi padre! ¡Y tomaré el tren de las dos! ¡Y no volveré más por aquí!

Sus compañeras de clase hablan del «lamentable incidente», serias y en tono de reproche:

—Hija mía, anda que se necesita ser tonta. Hija mía, si me preguntan una cosa tan fácil estaré contentísima. Hija mía…

—¡Señorita Claudine!

Es el viejo Lerouge el que me llama. ¡Ay! Examen de aritmética… Por suerte, tiene el aspecto de un abuelo bondadoso. Enseguida me doy cuenta de que no me hará daño.

—Veamos, hija mía, ¿me dirá algo sobre los triángulos rectángulos?

—Sí, señor, aunque ellos no me dicen gran cosa a mí.

—¡Bah! ¡Bah! Los supone usted peores de los que son. Veamos, dibújeme un triángulo rectángulo en el encerado, luego le da dimensiones y después me hablará amistosamente del cuadrado de la hipotenusa.

Habría que tener mucho empeño para hacerse suspender por un hombre así. Por lo tanto, me muestro más dulce que un cordero con collar de color rosa y le digo todo lo que sé, que, por otra parte, está pronto dicho.

—¡Sí, la cosa va muy bien! Dígame cómo se reconoce cuando una cifra es divisible por nueve, y acabamos.

Yo gorjeo:

—… Suma de las cifras… condición necesaria… suficiente…

—Váyase, hija mía. Ya basta.

Me levanto con un suspiro de satisfacción. Detrás de mí encuentro a Luce, que me dice:

—¡Tienes suerte, me alegro por ti!

Lo dice tan amablemente que, por primera vez, le acaricio el cuello. ¡Bueno, otra vez yo! ¡No te dejan ni tiempo para respirar!

—¡Señorita Claudine!

Es el puerco espín de Lacroix. ¡Vaya, vaya, esto se anima! Me instalo, me mira por encima de sus gafas y me dice:

—¿Qué fue la guerra de las Dos Rosas?

¡Pam! ¡Tumbada al primer golpe! No sé ni quince palabras sobre la guerra de las Dos Rosas y, después de decir los nombres de los dos jefes de cada partido, me callo.

—¿Y qué más? ¿Y qué más?

Me está irritando, y estallo:

—¿Qué más? Pues se pelearon como verduleros durante mucho tiempo, pero no se me ha quedado en la cabeza.

Me mira atónito. ¡Seguro que me va a lanzar algo a la cabeza!

—¿Así es como aprende usted la historia?

—Puro chauvinismo, señor. La historia de Francia es lo único que me interesa.

¡Suerte inesperada! ¡Se echa a reír!

—Prefiero habérmelas con impertinentes que con tontas. Háble me de Luis XV (1742).

—Pues verá, fue la época en que madame de La Tournelle ejercía sobre él una lamentable influencia…

—¡Cáspita! ¡No estoy preguntándole eso!

—Perdón, señor, no es invención mía, es la pura verdad. Los mejores historiadores…

—¿Cómo? ¿Los mejores historiadores?

—Sí, señor, lo he leído en Michelet, con amplios detalles.

—¡Michelet! ¡Esto es una locura! Michelet, óigame usted bien, escribió una novela histórica en veinte volúmenes y se atrevió a titularla *Historia de Francia*. ¡Y usted me viene a hablar de Michelet!

Se ha disparado, y da golpes sobre la mesa. Pero yo le planto cara. Las candidatas están pasmadas a nuestro alrededor, sin poder creer lo que están oyendo. La señorita Sergent se ha acercado, jadeante, dispuesta a intervenir. Cuando me oye declarar «Michelet resulta siempre menos cargante que Duruy», se precipita hacia la mesa, protestando angustiada:

—Señor, le ruego que la perdone. Esta niña ha perdido la cabeza. Se retirará al instante.

Lacroix le corta la palabra, se seca la frente y jadea:

—Deje, señorita, no hay ningún mal en ello. Me gusta mantener mis opiniones, pero también me gusta que los demás mantengan las suyas. Esta jovencita tiene ideas equivocadas y lecturas poco recomendables, pero no carece de personalidad. ¡Se ven por ahí tantas memas! Ahora bien: usted, la lectora de Michelet, procure decirme cómo iría en barco de Amiens a Marsella, o le plantifico un dos y ya me dará noticias.

—Saliendo de Amiens navegaría por el río Somme, etcétera, subo, etcétera, subiría por… etcétera, por los canales… etcétera, y llegaría a Marsella al cabo tan solo de un tiempo que oscila entre los seis meses y los dos años.

—Eso no es asunto suyo. Sistema orográfico de Rusia, y deprisa.

¡Eh! No puedo decir que yo destaque particularmente por el conocimiento del sistema orográfico de Rusia, pero salgo bien del asunto, si se exceptúan algunas lagunas que al examinador le parecen lamentables.

—¿Así que suprime los Balcanes?

¡Este hombre habla como un petardo!

—¡Oh, no, señor, los guardaba para el postre!

—Está bien, váyase.

A mi paso, las niñas se apartan con cierta indignación. ¡Estas queridas monadas!

Descanso, porque no me llaman, y oigo con espanto a Marie Belhomme contestar a Roubaud que «para preparar ácido sulfúrico se echa agua en la cal, que empieza a hervir; entonces se recoge el gas en un matraz». Tiene la expresión de las enormes meteduras de pata y de las estupideces sin límite; sus manos inmensas, largas y estrechas, se apoyan en la mesa, sus ojos de pájaro sin seso brillan y dan vueltas en sus órbitas y, con extrema volubilidad, recita monstruosos disparates. No se puede hacer nada por ella; aunque le soplásemos al oído las contestaciones, no oiría nada. Anaïs la está escuchando también, y goza con toda su almita bondadosa.

—¿De qué te has examinado ya? —le pregunto.

—De canto, de historia, de geografía…

—¿Ha estado pesado el viejo Lacroix?

—Sí, es criminal, pero me ha preguntado cosas fáciles: la guerra de los Treinta Años, los tratados… Oye, ¡Marie está patinando!

—«Patinar» es una expresión muy poco vigorosa.

La pequeña Luce se acerca a nosotras, emocionada y despeinada.

—Ya he pasado geografía e historia y he contestado bien. ¡Qué contenta estoy!

—¡Hola, pequeño trasto! Me voy a beber a la bomba. No puedo más. ¿Quién viene conmigo?

Nadie; no tienen sed o tienen miedo de que se les escape una llamada. Abajo, en una especie de locutorio, tropiezo con la alumna Aubert. Tiene los ojos hinchados y las mejillas todavía teñidas del rojo de la desesperación de hace unos instantes. Escribe a su familia sentada delante de una mesita, y ahora se la ve tranquila y contenta por regresar a la granja. Le digo:

—¿Qué? ¿Te has desentendido de todo hace un rato?

Levanta unos ojos de ternera.

—A mí todo esto me da miedo y me come la sangre. Madre me llevó a un pensionado. Padre no quería; decía que yo podía muy bien cuidar de la casa, como mis hermanas, y cavar el jardín y lavar. Madre no quiso y a ella fue a quien se le hizo caso. Me pusieron mala a fuerza de hacerme aprender, y ¡mira qué ha pasado hoy! ¡Yo ya se lo había dicho! ¡Ahora me creerán! —Y vuelve pacíficamente a ponerse a escribir.

Arriba, en la clase, hace un calor para morirse. Las niñas, casi todas sofocadas y con el cutis brillante (suerte que yo no tengo propensión a ponerme encarnada), están como enloquecidas, tensas. Esperan oír sus nombres, y les preocupa contestar tonterías. ¿Acaso no van a dar nunca las doce para poder irnos?

Anaïs regresa de su examen de física y química. No está sofocada. ¿Cómo podría estarlo? Me parece que hasta metida en una caldera de agua hirviendo seguiría estando amarillenta y fría.

—¿Qué? ¿Cómo te ha ido?

—¡Ya he acabado! ¿Sabes que Roubaud pregunta en inglés, por añadidura? Me ha hecho leer y traducir frases. No sé por qué, cuando yo leía en inglés se tronchaba de risa. ¡Se necesita ser estúpido!

¡Es la pronunciación! Claro, me parece que la señorita Aimée Lanthenay, que nos da clase de inglés, no lo habla con mucha pureza. De manera que, dentro de poco, este imbécil de profesor me va a tomar el pelo, puesto que no sé pronunciar mejor. ¡Vaya, otro fastidio! Me da rabia pensar que ese idiota se reirá de mí con razón.

Son las doce. Los examinadores se levantan y nosotras procedemos al jaleo de la marcha. Lacroix, el pelo erizado y los ojos fuera de las órbitas, nos comunica que la fiestecita proseguirá a las dos y media. La señorita Sergent logra reunirse por fin con nosotras entre ese remolino de juventud charlatana, y nos lleva al restaurante. Está enfadada conmigo por mi odioso comportamiento con el señor Lacroix, pero me da igual. El calor abruma, y me siento cansada y sin voz.

¡Ay, los bosques, mis amados bosques de Montigny! Sé bien cómo rumorean a esta hora. Las avispas y las moscas, que liban en las flores de los sauces y de los tilos, hacen vibrar el bosque entero como un órgano. Los pájaros no cantan, porque hacia el mediodía se posan en las ramas buscando la sombra, alisando sus plumitas y contemplando la maleza con sus brillantes y móviles ojuelos. Si estuviera allí, ahora estaría tumbada al borde de la Sapinière, desde donde se ve toda la ciudad, allá abajo; el viento cálido me daría en la cara, y me sentiría medio muerta de pereza y de contento…

Luce me ve ensimismada, completamente ausente, y me tira de la manga con su sonrisa más incitante. La señorita Sergent lee los periódicos, mis compañeras se dirigen fragmentos de frases, en tono soñoliento. Yo gimo y Luce protesta otra vez:

—¡Hay que ver, ya no me dices nunca nada! Todo el día estamos con los exámenes, por la noche nos acostamos y en la mesa estás de tan mal humor que no sé cuándo te puedo decir algo.

—Pues es muy sencillo: no me digas nada.

—¡Oh, qué poco amable eres! Ni te das cuenta de la mucha paciencia que tengo en esperar a que cambies, en soportar tu manera de mandarme siempre a paseo…

La larguirucha Anaïs ríe, produciendo un rumor de puerta mal engrasada, y Luce calla, muy intimidada. Es verdad que tiene mucha paciencia, de todos modos. ¡Y pensar que tanta constancia no le servirá de nada! ¡Es una pena!

Anaïs sigue una idea; no ha olvidado las incoherentes respuestas de Marie Belhomme y, alma poco caritativa, pregunta dulcemente a la infeliz, que está inmóvil, como atontada:

—¿Qué te han preguntado en física y química?

—No tiene importancia —gruñe con aspereza la señorita Sergent—; de todas maneras, habrá contestado disparates.

—No me acuerdo —dice la pobre Marie, desconcertada—, creo que me han preguntado el ácido sulfúrico.

—¿Y qué has contestado?

—¡Oh, por suerte lo sabía un poco, señorita! Dije que se echaba agua en la cal, que las bolas de gas que se formaban eran de ácido sulfúrico…

—¿Has dicho eso? —logra articular la señorita, con feroces ganas de morderla.

Anaïs se devora las uñas de alegría. Marie Belhomme no vuelve a abrir la boca, como fulminada por un rayo, y la directora, envarada, roja, se nos lleva a paso acelerado. Desfoga todo su mal humor lanzándose a una alocada carrera hacia la escuela. Trotamos tras ella como perritos, sacando por poco la lengua bajo el sol abrumador.

Ya no prestamos atención a nuestras competidoras, que apenas nos miran. El calor y los nervios nos quitan toda coquetería, toda animosidad. Las alumnas de la escuela superior de Villeneuve, las «verdemanzana», como se las llama por la cinta que llevan en el cuello de detestable color verde rabioso que parece ser especialidad de las pensionistas, aún afectan aires mojigatos y asqueados al pasar por nuestro lado. ¿Por qué? Nunca lo sabremos, pero todo eso no tiene ya ninguna importancia; pensamos en la marcha del día siguiente, nos decimos con delicia que podremos hacer rabiar a las compañeras cateadas y a las que no pudieron presentarse a causa de su «debilidad general». ¡Lo que va a pavonearse la larguirucha Anaïs hablando de la escuela normal, como si fuera una finca de rendimiento! ¡Bah! No tengo bastantes hombros para encogerlos…

Por fin aparecen los examinadores. Se secan el sudor del rostro. Son feos y grasientos. ¡Señor! ¡No me gustaría estar casada con un tiempo como este! La sola idea de acostarme con un hombre que tuviera tanto calor como ellos… (Por otra parte, cuando esté casada tendré dos camas en verano). En esta sala tan caliente el olor es espantoso; muchas de estas niñas deben de llevar la ropa interior no muy limpia. Me gustaría poder irme.

Desplomada sobre una silla, escucho vagamente a las demás, mientras aguardo mi turno. Contemplo a la alumna, feliz entre todas, que ha acabado la primera. Ha soportado las preguntas, y ahora respira y atraviesa la sala, con una escolta de felicitaciones, de envidias y de frases como: «¡Qué suerte tienes!». No tarda en seguirla otra, que va a reunirse con ella en el patio, donde ambas «liberadas» descansan y cambian impresiones.

El señor Sallé, algo aliviado por este sol que beneficia su gota y su reumatismo, se ve forzado a descansar, pues la alumna a quien espera está ocupada ante otro examinador. ¿Y si intentara un asalto a su virtud? Me acerco suavemente y me siento en la silla que se halla frente a él.

—Buenos días, señor Sallé.

Me mira, se asegura los lentes, parpadea y no me ve.

—Soy Claudine. ¿No me reconoce?

—¡Ah, sí, desde luego! Buenos días, querida niña. ¿Cómo está su padre?

—Muy bien, gracias.

—¿El examen va bien? ¿Está usted satisfecha? ¿Acabará pronto?

—¡Ay de mí! ¡Ojalá! Pero aún he de examinarme de física y química, de literatura, representada por usted, de inglés y de música. ¿Cómo está la señora Sallé?

—Mi mujer se está paseando por el Poitou. Haría mucho mejor en cuidarme, pero…

—Oiga, señor Sallé, puesto que estoy aquí, descárgueme de la literatura.

—¡Si aún no he llegado a su nombre, ni mucho menos! Vuelva dentro de un rato…

—¿Y eso qué importa, señor Sallé?

—Importa, importa, porque estaba disfrutando de un rato de descanso, y lo tenía bien ganado… Además, lo que usted me pide no está en el programa; no debe alterarse el orden alfabético.

—Señor Sallé, sea bueno. Usted no me preguntará casi nada. Sabe muy bien que sé mucho más de lo que exige el programa respecto a los mamotretos de literatura. Soy un ratón en la biblioteca de papá.

—¡Ah, sí, es cierto! Sí, puedo hacer eso por usted. Tenía intención de preguntarle quiénes eran los aedos y los trovadores y qué fue el *Roman de la Rose*.

—Esté tranquilo, señor Sallé. A los trovadores los conozco de sobra. Los veo a todos bajo la forma del *Petit chanteur Florentin*… así…

Me levanto y adopto la actitud adecuada, descansando el cuerpo sobre la pierna derecha y sirviéndome de mandolina la sombrilla verde del señor Sallé. ¡Por suerte estamos solos en este rincón! Luce me mira desde lejos, boquiabierta de sorpresa. Esto distrae al pobre gotoso y se ríe.

—Llevan una toca de terciopelo y el cabello rizado; visten a veces un traje de dos colores, que queda muy bonito, en azul y amarillo. La mandolina les cuelga de un cordón de seda. Cantan aquella cosilla de *Le passant*: «Mignonne, voici l'avril». Así es, señor Sallé, cómo me imagino a los trovadores. Tenemos, asimismo, al trovador del Primer Imperio…

—Hija mía, está usted un poquito mal de la cabeza, pero me divierte, ¡Santo Dios! ¿Y a qué llama un trovador del Primer Imperio? Hable bajito, mi pequeña Claudine. Si esos caballeros nos vieran…

—¡Chitón! He conocido a los trovadores del Primer Imperio por las canciones que canta papá… Oiga esta. —Y canturreo bajito:

Ardiendo de amor y partiendo a la guerra,
en la cabeza el casco y en la mano la lira,
un trovador a su joven pastora,
al alejarse este canto murmuraba:
Para la patria mi brazo,
para mi amada el corazón,
morir contento por el amor y la gloria.
¡Es la canción del alegre trovador!

El señor Sallé ríe con toda su alma.

—¡Dios mío! ¡Qué ridícula era esa gente! Ya sé que dentro de veinte años seremos tan ridículos como ellos, pero, vamos, la imagen de un trovador con un casco y una lira… Escápese deprisa, hijita; váyase, tendrá buena nota. Recuerdos a su padre. Dígale que le aprecio mucho y que enseña muy bonitas canciones a su hija.

—Gracias, señor Sallé. Adiós… y, una vez más, gracias por no haberme interrogado. No diré nada, no tenga miedo.

¡Esto es lo que se llama ser una gran persona! Me ha dado un poco de valor, y tengo una expresión tan animada que Luce me pregunta:

—¿Qué? ¿Contestaste bien? ¿Qué te preguntó? ¿Por qué cogiste la sombrilla?

—¡Ah, pues porque me preguntó cosas muy difíciles acerca de los trovadores y de la forma de los instrumentos que utilizaban…! ¡Suerte que sabía esos detalles!

—La forma de los instrumentos… Tiemblo al pensar que podía habérmelo preguntado a mí. La forma de… Pero ¡si eso no está en el programa! Se lo diré a la señorita Sergent.

—Por supuesto, presentaremos una reclamación. Y tú, ¿has terminado?

—¡Sí, gracias a Dios! Te aseguro que tengo cien kilos menos sobre el pecho… Me parece que ahora solo queda Marie por examinarse.

—¡Señorita Claudine! —dice una voz a mi espalda.

¡Ah, ah!, es Roubaud. Me siento delante de él, reservada y correcta. Se hace el amable; es el profesor mundano del lugar. Empiezo a hablar, pero el muy rencoroso aún está algo resentido contra mí por haberle estropeado tan pronto su madrigal botticellesco. Y me pregunta en tono un poco quisquilloso:

—Señorita, ¿hoy no se ha quedado dormida bajo las frondas?

—Esta pregunta ¿forma parte del programa, señor?

Tose. He cometido una enorme torpeza por mortificarle. Bueno, al fin y al cabo me da igual.

—Sírvase decirme cómo haría para procurarse tinta.

—¡Dios mío, señor! Hay muchas maneras; la más sencilla, es ir a buscarla a la papelería de la esquina.

—Es una ocurrencia graciosa, pero, de todos modos, no le bastará para conseguir una nota magnífica. Procure decirme con qué ingredientes fabricaría tinta.

—Con agalla de tinte, con tanino, óxido de hierro, goma…

—¿No sabe las proporciones?

—No.

—¡Lástima! Pero da lo mismo. ¿Puede hablarme un poco de la mica?

—No la he visto en ninguna parte… como no sea en los cristalitos de las salamandras.

—¿De veras? ¡Lástima de nuevo! Y da lo mismo. Y la mina de los lápices, ¿de qué está hecha?

—De grafito, una piedra blanda que se corta en bastoncillos y se encierra en dos medios cilindros de madera.

—¿Es este el único uso del grafito?

—No sé ningún otro.

—Lástima, lástima siempre. Pero sigue dando igual. ¿Solamente se fabrican lápices con grafito?

—Sí, pero se fabrican muchísimos. Creo que en Rusia hay minas de eso. En el mundo entero se consume una fabulosa cantidad de lápices; son utilizados, en particular, por los examinadores que esbozan retratos de candidatas en sus blocs.

Se sonroja y se agita.

—Pasemos al inglés. —Abre una selección de cuentos de miss Edgeworth—. Sírvase traducirme algunas frases.

—Traducir, bueno, pero leer… eso es harina de otro costal.

—¿Por qué?

—Porque nuestra profesora de inglés pronuncia de manera ridícula y yo no sé pronunciar de otro modo.

—¡Bah! ¿Y eso qué importa?

—Importa que no me gusta hacer el ridículo.

—Lea un poco… La detendré enseguida.

Leo, pero bajito, articulando apenas las sílabas y traduciendo las frases antes de haber pronunciado las últimas palabras. Roubaud ríe, a su pesar, de tanto ardor en no mostrarle mi insuficiencia en inglés. Me entran ganas de arañarle. ¡Como si yo tuviera la culpa!

—Está bien. ¿Quiere citarme algunos verbos irregulares, diciéndome el presente y el participio pasado?

—*To see*, ver, *I saw*, *seen*. *To be*, ser, *I was*, *been*. *To drink*, beber, *I drank*, *drunk*. *To*…

—Basta, gracias. Buena suerte, señorita.

—Es usted muy amable, señor.

Al día siguiente me enteré de que ese Tartufo bien vestido me puso muy mala nota (tres puntos debajo del promedio), lo suficiente para suspenderme si las notas del examen escrito, de la composición francesa en particular, no hubieran abogado a mi favor. ¡Para que se fíen ustedes de esos tipos solapados, que llevan vanidosamente llamativas corbatas, que se acarician el bigote y que dibujan retratos de muchachas echándoles miraditas! Claro que le mortifiqué lo que pude, pero es igual; valen cien veces más los perros dogos francos, como el señor Lacroix.

Liberada de física y química, así como de inglés, me siento y me dedico a poner un poco de arte en el desorden de mis cabellos. Luce viene a reunirse conmigo, y enrosca complaciente mis rizos en sus dedos, siempre gata y zalamera. ¡Qué valor con esta temperatura!

—¿Dónde están las demás, pequeña?

—¿Las demás? Todas han acabado. Están abajo, en el patio, con la señorita Sergent, y las otras escuelas que han acabado están también allí.

El hecho es que la sala de los exámenes se vacía rápidamente.

Por fin, me llama la gordota de la señorita Michelot. Está colorada y tan cansada que inspiraría compasión a la misma Anaïs. Me siento. Me mira sin decir nada, con sus grandes pupilas perplejas y bonachonas.

—Usted… Usted sabe música… Me lo ha dicho la señorita Sergent.

—Sí, señorita, toco el piano.

—¡Pues entonces sabe más que yo! —exclama, levantando los brazos al cielo.

Le ha salido del alma, y no puedo evitar reírme.

—Bueno, la haré cantar y nada más. Buscaré algo difícil; podrá con ello.

Lo más difícil que ha encontrado es un ejercicio bastante sencillo que, todo en semicorcheas y con siete bemoles en la clave, le ha parecido oscuro y temible. Se lo canto *allegro vivace*, rodeada por un círculo admirativo de chiquillas que suspiran de envidia. La señorita Michelot menea la cabeza y me adjudica un veinte que hace bizquear al auditorio.

¡Uf, se acabó! Vamos a regresar a Montigny, vamos a volver a la escuela, a corretear por los bosques, a asistir a los retozos de nuestras maestras (la pobre pequeña Aimée debe de languidecer, tan sola…). Me precipito hacia el patio. La señorita Sergent solo me esperaba a mí, y se levanta al verme.

—¿Qué? ¿Se acabó?

—¡Sí, gracias a Dios! He sacado veinte en música.

—¡Veinte en música!

Las compañeras lo han gritado a coro, sin dar crédito a sus oídos.

—¡Solo habría faltado que no sacaras veinte en música! —dice la señorita Sergent con aire despreocupado, aunque en el fondo halagada.

—Da lo mismo —dice Anaïs, fastidiada y envidiosa—: veinte en música, diecinueve en composición francesa… ¡Si tienes muchas notas como estas!

—Tranquilízate, dulce niña, el elegante Roubaud me habrá puesto una porquería de nota.

—¿Por qué? —pregunta la señorita Sergent, inmediatamente, preocupada.

—Porque no le he dicho gran cosa. Me preguntó de qué madera se hacían las flautas, no, creo que los lápices; bueno, alguna cosa así; y, luego, no sé qué historias sobre la tinta… sobre Botticelli… En fin, que no sincronizábamos nosotros dos.

El rostro de la directora se ha ensombrecido, y no puede contenerse. Me dice algo airada:

—Mucho me extrañaría que no hubieras hecho alguna bobada. Si no apruebas, no podrás culpar a nadie más que a ti misma.

—¡Oh, quién sabe! Puedo culpar al señor Antonin Rabastens. Me inspiró una violenta pasión, y mis

estudios se resintieron un horror.

Marie Belhomme, al oír esto, declara, juntando sus manos de comadrona, que si estuviera enamorada de alguien no lo diría tan descaradamente. Anaïs me mira a hurtadillas para saber si bromeo o no, y la señorita, encogiéndose de hombros, nos lleva al hotel, perezosas, dispersas, tan remolonas que al dar la vuelta a las esquinas siempre tiene que esperar a alguna de nosotras. Cenamos, bostezamos, y a las nueve nos vuelve a entrar la fiebre de ir a leer el nombre de las elegidas en la puerta de aquel feo paraíso.

—No me llevo a nadie, iré sola —dice la señorita Sergent.

Pero se eleva tal concierto de gemidos que se enternece y nos deja ir.

Nos hemos provisto de velas, esta vez inútiles, porque una mano benévola ha colgado una gran linterna encima del cartel blanco donde aparecen inscritos nuestros nombres. ¡Ay! ¿Y si me estoy precipitando un poco al decir «nuestros»? ¿Y si el mío no estuviera en la lista…? Anaïs se desmayaría de alegría. En medio de exclamaciones, de empujones y de palmadas, leo dichosa: «Anaïs, Claudine…», etcétera. ¡Conque todas! ¡Ay, no!

¡Marie no está! «Marie ha recibido un suspenso», murmura Luce; «Marie no está», cuchichea Anaïs, que a duras penas consigue ocultar su perversa alegría. La pobre Marie Belhomme se queda plantada, lívida, delante de la nefasta hoja, que contempla con sus brillantes ojos de pájaro, desorbitados y redondos; luego frunce las comisuras de la boca y rompe en ruidoso llanto. La señorita Sergent, fastidiada, se la lleva, y todas las demás la seguimos sin pensar en los transeúntes, que se vuelven al pasar. Marie gime y solloza muy alto.

—Vamos, vamos, hijita —le dice la señorita—, no eres razonable. En octubre tendrás más suerte. Te quedan dos meses para estudiar.

Pero la otra se lamenta inconsolable.

—Te digo que aprobarás. ¡Mira, te lo prometo! ¿Estás contenta?

Esta afirmación produce un dichoso efecto. Marie ya no emite más que gruñidos de cachorrillo de un mes al que no se le deja mamar, y camina secándose los ojos.

Su pañuelo está tan mojado que necesita ser retorcido, y lo retuerce ingenuamente al pasar por el puente. La bribona de Anaïs murmura a media voz: «¡La prensa anuncia una fuerte crecida del río Lisse!». Marie, que la oye, prorrumpe en una risa loca, mezclada con un resto de sollozo, y todas reímos. Y he aquí que la cabeza de veleta de esta locuela gira del lado de la alegría. Piensa que aprobará en octubre, se anima, y en esta noche abrumadora no encontramos nada más a propósito que saltar a la comba en la plaza (todas, sí, incluso las Jaubert) bajo la luna, hasta que suenan las diez.

A la mañana siguiente, la señorita Sergent viene a sacudirnos en nuestras camas a las seis; ¡sin embargo, el tren no sale hasta las diez!

—¡Vamos, vamos, pequeñas! Hay que hacer las maletas, hay que desayunar… No os sobrará tiempo.

Vibra toda ella, en un estado de extraordinaria trepidación; sus agudas pupilas brillan y chispean, ríe, empuja a Luce, que se tambalea de sueño, sacude a Marie Belhomme, que, en camisón, y con los pies embutidos en las zapatillas, se frota los ojos sin recobrar la conciencia clara de las cosas reales. Nosotras estamos derrengadas, pero, en cambio, ¿quién reconocería en la señorita Sergent a la severa dueña que nos ha escoltado durante estos tres días? La dicha la transfigura porque va a ver de nuevo a su pequeña Aimée, y en su alegría no cesa de sonreír con dulzura en el ómnibus que nos lleva a la estación. Marie parece estar algo melancólica por su fracaso, aunque yo creo que si exhibe su rostro contrito es por puro compromiso. Y hablamos locamente, todas a la vez, contando cada cual su examen a las otras cinco, que no la escuchan.

—¡Chavala! —exclama Anaïs—. Cuando oí que pedía las fechas de…

—He prohibido cien veces que os llaméis «chavala» —la interrumpe la señorita Sergent.

—Chavala —prosigue Anaïs en voz baja—, solo tuve tiempo de abrir la libretita que llevaba en la mano. Lo bueno es que la vio. ¡Palabra! Y no dijo ni pío.

—¡Embustera, más que embustera! —grita la honrada Marie Belhomme con los ojos muy abiertos—. Yo estaba allí, mirando, y vi que no veía nada; te la hubiera quitado, como quitaron el decímetro a una de las de Villeneuve.

—¡Sí, mira quién fue a hablar! ¡Ve a contar a Roubaud que la cueva de Chien está llena de ácido sulfúrico!

Marie baja la cabeza, se sonroja, y, al recuerdo de sus infortunios, vuelve a llorar. Yo hago el gesto de abrir un paraguas, y la señorita Sergent sale una vez más de su dulce éxtasis.

—¡Anaïs, eres peor que la tiña! Si vuelves a mortificar a alguna de tus compañeras, te hago viajar sola en un vagón aparte.

—¡Magnífico! En el de los fumadores —afirmo.

—A ti nadie te ha preguntado nada. Coged vuestras maletas, vuestras esclavinas… No seáis las cataplasmas de siempre.

Una vez en el tren, no se ocupa de nosotras, como si no existiéramos. Luce se duerme, con la cabeza apoyada en mi hombro; las Jaubert se absorben en la contemplación de los campos que desfilan ante nuestros ojos, y del cielo, cubierto de nubes blanquecinas; Anaïs se muerde las uñas, y Marie se amodorra, sumida en su dolor.

En Bresles, la última estación antes de Montigny, empezamos a agitarnos un poco. Diez minutos más y habremos llegado. La señorita Sergent saca su espejito de bolsillo, comprueba el equilibrio de su sombrero, el desorden de sus ásperos y crespos cabellos rojos, la cruel púrpura de sus labios; está absorta, palpitante, y su expresión es casi la de una demente. Anaïs se pellizca las mejillas con la loca esperanza de darles una sombra de matiz rosado; yo me pongo mi inmenso sombrero. ¿Para quién tantos esfuerzos? Nosotras no lo hacemos por la señorita Aimée, desde luego. ¿Entonces…? Pues bien, por nadie, por los empleados de la estación; por el conductor del ómnibus, el señor Racalin, borracho de sesenta años; por el idiota que vende periódicos y por los perros que corretearán por el camino.

Aquí están la Sapinière, y el bosque de Bel-Air, y el prado comunal, y la estación de mercancías… Los frenos gimen. ¡Por fin! Saltamos a tierra detrás de la señorita, quien ya ha corrido hacia su pequeña Aimée, que se halla alegre y saltarina en el andén, y la abraza con tanto ímpetu que la fiel adjunta se ha sonrojado y ha sentido que casi se ahogaba. Acudimos a su lado y le damos la bienvenida con expresión juiciosa.

—Buenas, señorita. ¿Está bien, señorita?

¡Qué tiempo más espléndido! Como no tenemos ninguna prisa, metemos las maletas en el ómnibus y regresamos a pie, vagando a lo largo del camino entre los altos setos donde florecen las polígalas azules y de color rosa vinoso y las avemarías, cuyas flores tienen la forma de blancas crucecitas. Alegres al sentirnos en libertad, por estar libres, al no tener historia de Francia que repasar, ni mapas que colorear, correteamos por delante y por detrás de nuestras profesoras, que van cogiditas del brazo, al mismo paso y muy unidas. Aimée ha besado a su hermana y le ha dado un cachetito en la mejilla, diciendo: «¿Ves, tontita, como de todos modos se aprueba?». Y ahora solo tiene ojos y oídos para su gran amiga.

La pobre Luce, decepcionada una vez más, se pega a mí y me sigue como una sombra, murmurando burlas y amenazas: «Vale la pena romperse la cabeza para recibir felicitaciones así. Tienen buena frescura las dos… mi hermana colgada de la otra como una cesta. ¡Delante de toda la gente que pasa…!».

¡Bah! A la gente que pasa le importa un bledo.

Retorno triunfal. Todo el mundo sabe de dónde venimos y el resultado de los exámenes, telegrafiado por la señorita. La gente se halla a las puertas de las casas y todo el mundo nos hace señas amistosas al pasar. Marie siente crecer su tristeza y se esconde todo lo que puede.

El hecho de haber abandonado la escuela unos días nos permite ahora verla mejor: concluida, retocada, blanca, con la alcaldía en medio flanqueada por las dos escuelas, la de chicos y la de chicas; con el gran patio, en el que felizmente se han respetado los grandes cedros y los pequeños macizos

regulares a la francesa; con las pesadas puertas de hierro —demasiado pesadas, demasiado temibles— que nos encierran; con los váteres de seis cabinas, tres para las mayores y tres para las pequeñas. (Púdica y conmovedora atención: los destinados a las mayores tienen puertas enteras, y los de las pequeñas, medias puertas). Y con los hermosos dormitorios del primer piso, cuyos claros cristales y blancas cortinas se ven desde fuera… Los desgraciados contribuyentes los pagarán durante bastante tiempo. ¡Es tan bonita que se diría un cuartel!

Las alumnas tributan una ruidosa recepción. La señorita Aimée confió así, por las buenas, la vigilancia de sus alumnas y de las de la primera clase a la clorótica señorita Griset, mientras daba su paseíto a la estación; las clases están sembradas de papeles, erizadas de zuecos-proyectiles y de corazones de manzana de cosecha. Pero ante un fruncimiento de las rojas cejas de la señorita Sergent todo vuelve al orden; manos serviles recogen los corazones de manzana, y los pies se alargan y se reintegran en silencio dentro de los zuecos desperdigados.

Mi estómago se queja, y me voy a almorzar, encantada de hallar de nuevo a Fanchette y a papá, y de ver el jardín; la blanca Fanchette se está cociendo y adelgazando al sol, y me acoge con maullidos bruscos y sorprendidos. El verde jardín aparece descuidado, invadido de plantas que se alzan y se estiran para ir al encuentro del sol, que los grandes árboles ocultan. Papá me acoge con una tierna palmada allí donde la espalda termina.

—¿Qué es de tu vida? Ya no te veo nunca.

—Pero, papá, ¡si he ido a hacer los exámenes!

—¿Los exámenes? ¿De qué?

¡Cuando les digo que no hay dos como él! Le cuento, complacientemente, las aventuras de estos últimos días, mientras él se acaricia su gran barba rojiza y blanca. Parece estar contento. Sin duda sus cruces de babosas le han dado resultados inesperados.

Me he concedido cuatro o cinco días de descanso y de vagabundeo por los Matignons, donde he vuelto a encontrar a Claire, mi hermana de leche, chorreando lágrimas porque su galán se ha ido de Montigny sin dignarse siquiera anunciarle su marcha. Dentro de ocho días tendrá otro enamorado, que la plantará al cabo de tres meses. No es bastante astuta para retener a los mozos, ni bastante práctica para que se casen con ella, y como se obstina en seguir siendo buena chica… la cosa no puede durar mucho tiempo.

Entretanto apacienta sus veinticinco corderos, pastorcilla en cierto modo de ópera cómica, un poco ridícula con su gran sombrero de alas caídas que protege su tez y su moño («¡El sol decolora el cabello, hijita!»), su delantalito azul bordado de blanco y su novela rosa con título rojo, *En fête!*, que esconde en su cesto. (Soy yo la que le presto las obras de Augusto, Germain, para iniciarla en la «gran vida». ¡Ay! ¡Tal vez seré yo responsable de todas las barbaridades que cometa!). Estoy segura de que se siente poéticamente desgraciada, triste novia abandonada por un ingrato, y que a solas se complace en adoptar actitudes melancólicas, «con los brazos tendidos cual inútiles armas», o bien con la cabeza agachada, semioculta entre los cabellos sueltos. Mientras me cuenta sus desgracias y las insignificantes novedades de estos cuatro días, me ocupo de los corderos y azuzo a la perra hacia ellos: «¡Llévatelos, Lisette! ¡Llévatelos allá abajo!». Soy yo la que arrastro las «prrrr, hermosa» para impedirles que toquen la avena. ¡Ya estoy acostumbrada!

—Cuando supe en qué tren partía —suspira Claire—, me las arreglé para dejar los corderos a Lisette, y bajé al paso a nivel. En la barrera esperé a que pasara el tren, que por allí no va muy deprisa porque hay subida. Le vi, agité mi pañuelo, le envié besos… Creo que me vio. Oye, no estoy segura, ¿sabes?, pero me parece que tenía los ojos enrojecidos. Quizá sus padres le obligaron a regresar. Tal vez me escriba.

Adelante, pequeña novelera, no cuesta nada esperar. Además, si intentara disuadirte, no me ibas a hacer caso.

Al cabo de cinco días de vagabundeo por los bosques, de arañarme brazos y piernas en las zarzas, de coger brazadas de claveles del bosque, de acianos y de silenos, de comer cerezas y grosellas silvestres, la curiosidad y la añoranza de la escuela vuelven a apoderarse de mi ánimo, y regreso a las aulas.

Las encuentro a todas: las mayores, sentadas en unos bancos a la sombra, en el patio, trabajando perezosamente en las labores para la exposición; y las pequeñas, abajo, en el patio de recreo, chapoteando en la bomba; la señorita Sergent está sentada en una butaca de mimbre, y su Aimée a sus pies, sobre un macetón de madera puesto del revés, holgazaneando y cuchicheando. Al verme llegar, la señorita Sergent experimenta un sobresalto y da media vuelta en el asiento.

—¡Ah, por fin estás aquí! ¡Vaya, vaya! Te has tomado tu tiempo. La señorita Claudine corretea por los campos sin pensar que se acerca el reparto de premios y que las alumnas no saben ni una nota del coro que cantarán.

—Pero ¿acaso no es la señorita Aimée la profesora de canto? ¿Y el señor Rabastens?

—¡No digas tonterías! Sabes de sobra que la señorita Lanthenay no puede cantar a causa de la delicadeza de su voz; en cuanto al señor Rabastens, por lo que parece, se ha murmurado en la ciudad acerca de sus visitas y de sus clases de canto. ¡Ay, Dios, qué tierra de chismes la vuestra! En fin, no vendrá más. No podemos prescindir de ti para los coros, y tú estás abusando de ello. Esta tarde a las cuatro repartiremos las partes y harás copiar la letra en el encerado.

—Bueno, con mucho gusto. ¿Cuál es el coro de este año?

—El «Hymne à la Nature». Ve a buscarlo, Marie. Está sobre mi mesa. Claudine empezará a repetirlo sin parar.

Es un coro a tres voces, muy de colegio. Las sopranos pían con convicción:

Allí abajo, a lo lejos,
el himno de la mañana,
en dulce murmullo se eleva…

mientras las «mezzos», haciendo eco a las risas en «tin», repiten «Tin, tin, tin…» para imitar la campana del ángelus… Es de lo más tonto. ¡Gustará mucho!

Va a empezar, pues, esa dulce existencia que consiste en desgañitarse, en cantar trescientas veces la misma tonada, en regresar a casa afónica, en encolerizarme con esas chiquillas, refractarias a todo ritmo… ¡Si por lo menos me hicieran un regalo!

Anaïs, Luce y algunas más tienen, por suerte, buen oído y a la tercera vez ya me siguen. Callamos al fin porque la señorita ha dicho:

—Basta por hoy. Sería demasiada crueldad hacerte cantar mucho tiempo con este calor africano. Y otra cosa —añade—: Prohibido canturrear el «Hymne à la Nature» en las clases. Lo estropearíais, lo deformaríais y no seríais ya capaces de cantarlo bien el día del reparto de premios. Ahora trabajad, y que no os oiga hablar demasiado.

A las mayores se nos deja fuera para que ejecutemos con mayor comodidad los miríficos trabajos destinados a la exposición de labores de mano. (¿Acaso las labores se pueden hacer de otra manera que con las manos? No conozco labores de pie). Porque, tras el reparto de premios, la ciudad entera acude a admirar la exposición de nuestros trabajos expuestos, que llenan dos aulas: encajes, tapices, bordados, lencería adornada con cintas, todo ello colocado sobre las mesas de estudio… En las paredes hay cortinas caladas, colchas de ganchillo sobre visos de color, alfombrillas de lana verde (tejido cardado) salpicadas de flores artificiales rojas y rosadas, también de lana, paños de chimenea de felpa bordada… Estas niñas-mujeres, que sienten la coquetería de la ropa interior, exhiben, sobre todo, gran cantidad de suntuosa lencería, de camisas de batista de algodón floreado, de maravillosos canesúes de pantalones con volantes, sembrados de cintas, cubrecorsés festoneados por arriba y por abajo; todo ello sobre forros de papel rojo, azul y malva, con letreros en los que el nombre de la autora destaca en bonita redondilla.

A lo largo de las paredes se alinean taburetes forrados de tapicería de punto de cruz, donde descansa el horrible gato de ojos hechos con cuatro puntos verdes y uno negro en medio, o el perro de lomo rojo y patas violáceas, al que le cuelga una lengua de intenso color rojo.

Como es natural, entre los que vienen a visitar la exposición, a los muchachos les interesa la lencería más que todo lo demás; se entretienen delante de las camisas floreadas y de los pantalones llenos de cintas, se empujan con los hombros, ríen, susurran barbaridades.

Justo es decir que la escuela de chicos posee también una exposición rival de la nuestra y que, si no ofrece a la admiración lencerías excitantes, muestra otras maravillas: patas de mesa hábilmente torneadas, columnas salomónicas. («¡Es lo más difícil, hijita!»), juegos de carpintería «cola de milano», objetos de cartón, chorreantes de cola y, sobre todo, vaciados de barro —gloria del maestro, que, con modestia, bautiza a esta sección «sala de escultura»—, vaciados, digo, que tienen la pretensión de reproducir los frisos del Partenón, y otros bajorrelieves, toscos y lastimosos. La «sección de dibujo» no es más alentadora: bizquean en ella las cabezas de «los bandidos de los Abruzzos», el rey de Roma tiene una congestión, Nerón hace horribles muecas y el presidente Loubet, en un marco tricolor —de madera y cartón combinados— parece tener ganas de vomitar. («¡Está pensando en su ministerio!», explica Dutertre, siempre furioso por no ser diputado). En las paredes se ven unas aguadas mal lavadas, algunos planos de arquitectura y «la vista general anticipada (*sic*) de la Exposición de 1900», acuarela que ha merecido el premio de honor.

Y, durante el tiempo que falta para las vacaciones, dejaremos de lado todos los libros y trabajaremos con comodidad a la sombra de las paredes, yendo a lavarnos las manos continuamente —pretexto para vagar un poco— a fin de no manchar de sudor las lanas claras y las telas blancas. Yo solo expongo tres camisas de linón, de color rosa y de forma de bebé, con pantalones haciendo juego, cerrados, detalle que escandaliza a mis compañeras, quienes se muestran unánimes en encontrarlos «indecentes». ¡Palabra!

Me instalo entre Luce y Anaïs; esta tiene por vecina a Marie Belhomme, ya que por costumbre formamos las cuatro un grupito. ¡Pobre Marie! Ha de volver a estudiar para el examen de octubre. Y, como se moría de aburrimiento en la clase, la señorita, por compasión, la deja estar con nosotras; lee el atlas, libros de historia de Francia… Bueno, cuando digo lee… quiero decir que tiene el libro abierto sobre las rodillas; agacha la cabeza y nos mira aguzando el oído para oír lo que decimos. ¡Adivino el resultado de los exámenes de octubre!

—Me muero de sed. ¿Tienes tu botella? —pregunta Anaïs.

—No, no me he acordado de traerla. Marie debe de tener la suya.

Otra de nuestras inmutables y ridículas costumbres: desde los primeros días de calor intenso, estamos de acuerdo en afirmar que el agua de la bomba no es potable (no lo es en ninguna época del año), por lo que cada una de nosotras lleva en el fondo de la cestita, y a veces en la cartera de cuero o en la bolsa de tela, una botella llena de bebida fresca. Y no rivalizamos en realizar las mezclas más extrañas, en conseguir dos líquidos más desnaturalizados. Nada de coco; eso queda para los párvulos. Para nosotras, agua con vinagre, que hace palidecer los labios y que encoge el estómago, ácidas limonadas, menta que uno mismo fabrica con hojas frescas, aguardiente escamoteado en casa y cargadísimo de azúcar, jugo de grosellas verdes, que da dentera… La larguirucha Anaïs lamenta amargamente la marcha de la hija del farmacéutico, que nos daba frascos llenos de alcohol de menta con algo de agua, o bien agua de Botot azucarada; pero yo, que soy de naturaleza sencilla, me limito a beber vino blanco con sifón, azúcar y un poco de jugo de limón. Anaïs abusa del vinagre, y Marie del jugo de regaliz, tan cargado que resulta negro. Como está prohibido el uso de las botellas, cada cual trae la suya cerrada con un corcho atravesado por un tubo de pluma, lo que nos permite beber sin sacar la botella, colocada en la cesta con el gollete hacia fuera, al agacharnos con el pretexto de recoger algún carrete. En el recreo corto, de un cuarto de hora, que tenemos a las nueve y a las tres, todo el mundo se precipita hacia la bomba para

remojar las botellas y refrescarlas un poco. Hace tres años, una niña se cayó cuando llevaba su botella y se lastimó un ojo, que ahora tiene blanco. Como resultado del accidente, se confiscaron todos los recipientes durante una semana; luego alguien trajo una botella, ejemplo que fue seguido por otra niña al día siguiente, y, un mes más tarde, las botellas funcionaban con toda regularidad. La señorita quizá ignora este accidente, que ocurrió antes de su llegada, o prefiere hacer la vista gorda para que la dejemos tranquila.

Lo cierto es que no pasa nada. El calor nos quita toda animación. Luce me asedia menos con sus molestos mimos, las veleidades de querellas decaen apenas se avivan… Es la galbana, no hay duda. Y las bruscas tempestades de julio, que nos sorprenden en el patio, nos barren bajo trombas de granizo. Una hora después, el cielo está sereno.

Hemos jugado una mala pasada a Marie Belhomme, que se jactaba de venir a la escuela sin pantalones a causa del calor.

Una tarde estamos las cuatro sentadas en un banco en el siguiente orden: Marie, Anaïs, Luce y Claudine.

Mis dos vecinas, tras haberse hecho explicar bajito y adecuadamente mi plan, se levantan para ir a lavarse las manos. El centro del banco queda vacío, pues Marie está en un extremo y yo en el otro. Marie dormita sobre su aritmética. Entonces me levanto con brusquedad, el banco se balancea, y Marie despierta con sobresalto, cae con las piernas en alto, lanzando uno de esos gritos de gallina degollada cuyo secreto posee y mostrándonos… que, efectivamente, no lleva pantalón. Estallan abucheos, ruidosas carcajadas; la directora quiere reñirnos y no puede, porque también ella está muerta de risa, y Aimée Lanthenay opta por irse, para no ofrecer a sus alumnas el espectáculo de sus culebreos de gata envenenada.

Hace tiempo que Dutertre no aparece por aquí. Se dice que está en alguna parte tomando baños de mar, galanteando y holgazaneando (¿de dónde saca el dinero?). Le imagino vestido de franela blanca, con camisas finas, cinturones muy anchos y zapatos demasiado amarillos; adora esos atavíos un poco charros, pues él ya es muy charro de por sí: demasiado atezado, con los ojos demasiado brillantes, los dientes demasiado afilados, y el bigote de un negro rojizo, como si se lo hubieran chamuscado. No he recordado mucho su brusca acometida en el pasillo; la impresión fue viva, pero breve, y, además, se sabe de sobra que con él no hay consecuencias. Quizá soy la chiquilla número trescientos que ha intentado atraer a su casa. El incidente no tiene interés ni para él ni para mí; lo hubiera tenido si el golpe hubiese sido afortunado, eso es todo.

Ya estamos pensando en los atuendos del reparto de premios. La señorita se hace bordar por su madre, primorosa bordadora, un traje de seda negra con grandes ramilletes a realce, finas guirnaldas que orlan el bajo de la falda, ramas que trepan sobre el cuerpo, todo ello en seda violeta de tono apagado. Es algo muy distinguido, quizá un poco «de señora mayor», pero de corte impecable; siempre sencillamente vestida de colores oscuros, el chic de los atavíos de la señorita eclipsa a todas las esposas de notarios, recaudadores, comerciantes y rentistas de por aquí. Es su pequeño desquite de mujer fea y bien plantada.

La señorita Sergent también se preocupa de vestir graciosamente a su pequeña Aimée para ese gran día. Se ha hecho enviar muestras del Louvre y del Bon Marché, y las dos amigas escogen juntas la tela, absortas, delante de nosotras, en el patio donde trabajamos a la sombra. Me parece que ese vestido no costará caro a la señorita Aimée; realmente, haría mal en obrar de otra manera, pues no es con sus

setenta y cinco francos mensuales (de los que hay que descontar los treinta francos de su pensión, que no paga, otra cantidad igual para la de su hermana —que ahorra— y veinte francos que envía a sus padres, según me ha dicho Luce), no es con esos honorarios, digo, como se pagaría el bonito vestido de mohair blanco, cuya muestra ya he podido ver.

Está bien visto entre las alumnas no parecer preocuparse por el atuendo del día del reparto de premios. Un mes antes ya están todas pensando en ello, atormentan a las mamás para lograr cintas y encajes, o al menos algún arreglo que modernice el traje del año pasado; pero es una prueba de buen gusto no decir nada en la escuela acerca de ello. Nos preguntamos unas a otras con despreocupado interés, como por educación: «¿Cómo será tu traje?». Hacemos luego como si no oyéramos la respuesta, dada con el mismo tono negligente y desdeñoso.

La larguirucha Anaïs me ha hecho la acostumbrada pregunta, perdida la mirada y con distraído semblante. Yo le he contestado en tono indiferente:

—¡Oh, nada de particular…! Muselina blanca, con el cuerpo en pañoleta cruzada, escote en punta y mangas Luis XV, con un bies de muselina, cortas hasta el codo… Eso es todo.

Todas vestimos de blanco para el reparto de premios, pero los vestidos van adornados con cintas claras, con lazos, nudos y cinturones, cuyo color, que tenemos que cambiar todos los años, nos preocupa mucho.

—¿Y las cintas? —me pregunta Anaïs con despego.

(¡Lo estaba esperando!).

—También blancas.

—Hija, parecerás una novia. ¿Sabes que en medio de todo ese blanco muchas parecerían negras como pulgas en una sábana?

—Es verdad. Pero, por suerte, el blanco me sienta bastante bien.

(¡Rabia, querida niña! Ya sabemos que, con tu tez amarillenta, tienes que poner cintas encarnadas o de color naranja a tu traje blanco para no parecer un limón).

—Y tú, ¿qué? ¿Cintas de color naranja?

—¡No, mujer! Las llevé el año pasado. Cintas Luis XV, tornasoladas, de falla y de satén, y de tonos marfil y amapola. Mi traje es de lana color crema.

—Yo —anuncia Marie Belhomme, a quien no se le pregunta nada— iré de muselina blanca, con cintas de color azul, ¡de un azul malva muy bonito!

—Yo —murmura Luce, siempre pegada a mis faldas o acurrucada a mi sombra— ya tengo el vestido; pero no sé qué cintas ponerle. Aimée las querría azules…

—¡Azules! Tu hermana es una imbécil, aparte del respeto que le debo. Con unos ojos verdes como los tuyos no se llevan cintas azules. Harías rechinar los dientes. La modista de la plaza vende cintas muy bonitas, de glasé verde y blanco. ¿Es blanco tu traje?

—Sí, una muselina.

—Bien. Da la lata a tu hermana para que te compre las cintas verdes.

—No hace falta, soy yo quien las compra.

—Tanto mejor. ¡Verás qué mona estarás! No habrá ni tres que se arriesguen a ponerse cintas verdes; son muy difíciles de llevar.

¡Pobre chiquilla! ¡Qué radiante se pone a la menor cosa amable que le digo sin pensar!

La señorita Sergent, a quien la próxima exposición inspira inquietudes, nos aturulla, nos apremia; llueven los castigos, que consisten en hacer, una vez terminada la clase, veinte centímetros de encaje, un metro de dobladillo o veinte pasadas de punto de media. Ella también trabaja en un par de espléndidas cortinas de muselina que borda muy graciosamente, cuando su Aimée le deja tiempo para ello. Esta gentil holgazana, perezosa como una gata que es, a cada cincuenta puntos de cañamazo se despereza y suspira delante de todas las alumnas, y la señorita le dice, sin atreverse a reñirla, que «constituye un deplorable ejemplo» para nosotras. La insubordinada muchacha tira entonces su labor al aire, mira a su

amiga con ojos brillantes y se le echa encima para mordisquearle las manos. Las mayores sonríen y se dan codazos, las pequeñas ni siquiera pestañean.

Un gran papel de la prefectura, estampillado, timbrado por la alcaldía, hallado por la señorita en el buzón, ha causado una singular conmoción esta mañana, casualmente fresca; todas las imaginaciones y todas las lenguas están en marcha. La directora abre el pliego, lo lee, vuelve a leerlo y no dice nada. Su chalada compañerita, impaciente al no enterarse de nada, echa sobre la carta una patitas bruscas y exigentes, y suelta un «¡Ah!» y un «¡Va a traer mucho jaleo!», tan fuertes que nosotras, bastante intrigadas, palpitamos de curiosidad.

—Sí —le dice la señorita—, ya estaba advertida, pero esperaba la hoja oficial. Es uno de los amigos del doctor Dutertre.

—Pero eso no es todo, hay que decírselo a las alumnas, puesto que habrá que empavesar la escuela, y habrá iluminaciones, y se dará un banquete. Mírelas: están ardiendo de impaciencia.

¡Que si ardemos…!

—Sí, hay que anunciarlo. Señoritas, procuren escucharme y comprender: el ministro de Agricultura, el señor Jean Dupuy, vendrá a la capital de provincia con ocasión de la próxima junta electoral agrícola, y aprovechará para inaugurar las escuelas nuevas. La ciudad estará engalanada, habrá recepción en la estación y… ¡bueno, me están ustedes fastidiando!, ya se enterarán de todo a su tiempo, porque el pregonero lo anunciará. Procuren tan solo darse prisa para que las labores estén listas.

Profundo silencio, tras el cual estallamos. Se oyen exclamaciones, y el tumulto va en aumento, perforado de pronto por una vocecita aguda:

—¿Nos interrogará el ministro?

Abucheamos a Marie Belhomme, la mema, que es quien ha formulado la pregunta.

La señorita hace que nos pongamos en fila, aunque todavía no es la hora de salida, y nos suelta, chillonas y charlatanas, para ir a aclararse las ideas y a tomar disposiciones en vista del inaudito acontecimiento que se prepara.

—¿Qué me dices de esto, chavala? —me pregunta Anaïs en la calle.

—Digo que las vacaciones empezarán ocho días antes, cosa que no me hace reír; me aburro cuando no vengo a la escuela.

—Pero ¡en cambio habrá fiestas, bailes y juegos en las plazas!

—¡Sí, sí, habrá mucha gente ante quien pavonearse, te comprendo perfectamente! Estaremos muy en evidencia. Dutertre es amigo particular del nuevo ministro (y por eso esta excelencia de nuevo cuño se arriesga a venir a un agujero perdido como Montigny). Nos situará en primera fila.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—¡Claro que sí! Es un golpe organizado para hacer saltar al diputado.

Anaïs se aleja radiante, soñando en fiestas oficiales durante las cuales la contemplarán diez mil pares de ojos.

El pregonero ha voceado la noticia, que nos promete delicias sin fin: llegada del tren ministerial a las nueve, las autoridades municipales, los alumnos de las dos escuelas, en fin, cuanto la población de Montigny cuenta de más notable esperará al ministro cerca de la estación, a la entrada de la ciudad, y le conducirá a través de las calles engalanadas hasta dentro de las escuelas; allí, sobre un estrado, ¡hablará! En la gran sala de la alcaldía habrá luego un banquete al que asistirá numerosa concurrencia; después vendrá el reparto de premios a las personas mayores (porque el señor Dupuy trae algunas condecoraciones violetas y verdes para los amigos de su amigo Dutertre, que realiza así una jugada maestra). Por la noche, gran baile en la sala del banquete. La charanga de la capital (¡algo imponente!)

prestará su amable colaboración. Finalmente, el alcalde invita a los habitantes a empavesar sus moradas y a adornarlas con follaje. ¡Huy! ¡Cuánto honor para nosotros!

Esta mañana en clase, la señorita nos anuncia solemnemente —se ve enseguida que se preparan grandes acontecimientos— la visita de su bien amado Dutertre, que, con su habitual complacencia, nos dará amplios detalles sobre la forma en que se desarrollará la ceremonia.

Tras lo cual, el aludido no comparece.

Tan solo por la tarde, a eso de las cuatro, en el momento en que estamos guardando en las cestitas los tejidos, encajes y cañamazos, Dutertre entra como siempre, en forma de torbellino, sin llamar. No lo había visto desde el «atentado». No ha cambiado nada; viste con su habitual y estudiada negligencia: camisa de color, traje casi blanco y una enorme corbata de tonos claros, cogida en el cinturón que le sirve de chaleco. A la señorita Sergent, al igual que a Anaïs, que a Aimée Lanthenay y que a todas, le parece que se viste con gran distinción.

Mientras habla con las maestras, me mira con sus ojos rasgados, alargados hacia las sienes, unos ojos de animal perverso que sabe tomar dulces. Ya no me pillará más por sorpresa para llevarme al pasillo; ese tiempo ya pasó.

—¿Y qué, niñas, estáis contentas por ver a un ministro?

Contestamos con respetuosos murmullos ininteligibles.

—Pues bien, en la estación le vais a hacer un recibimiento muy cuidado… Iréis todas de blanco. Es más: hay que ofrecerle ramos de flores, y lo harán tres de las mayores, una de ellas pronunciará un discurso.

Nos dirigimos miradas de fingida timidez y de falso azoramiento.

—¡No os hagáis las sosas! Se necesita una que vaya toda de blanco, otra de blanco con cintas azules y otra con cintas rojas para formar una bandera de honor. ¡Una banderita nada fea, desde luego! Tú formas parte de la bandera, se sobrentiende (se dirige a mí). Eres decorativa y, además, me gusta que te vean. ¿Cómo son tus cintas para el día del reparto de premios?

—Pues… este año iré toda de blanco.

—Está bien, virgencita. Formarás el centro de la bandera, y darás un discurso a mi amigo el ministro. Y, ¿sabes?, no se aburrirá mucho mirándote.

(Está loco, soltando aquí esas cosas. La señorita Sergent me va a matar).

—¿Quién lleva cintas rojas?

—¡Yo! —grita Anaïs, palpitante de esperanza.

—Bueno, pues tú también formarás parte de la bandera. Conformes.

Es una media mentira de esa loca, puesto que sus cintas son tornasoladas.

—¿Y quién las lleva azules?

—Yo… se… señor —farfulla Marie Belhomme, completamente azarada.

—Muy bien. Las tres no estaréis nada mal. Ah, escuchad, no reparéis en gastos para las cintas, haced locuras si queréis, que pago yo. (¡Ejem!). Cinturones bonitos, lazos despampanantes… y voy a encargar ramos de flores con vuestros colores.

—¡Con tanta anticipación! Se marchitarán, con tanto tiempo por delante —comento.

—Calla, mocosa. Me parece que nunca sobresaldrá en ti el respeto. En fin, prefiero creer que ya tienes otras protuberancias más agradablemente situadas.

Toda la clase rompe a reír ruidosamente. La señorita ríe también, lívida. En cuanto a Dutertre, juraría que está borracho.

Nos echan fuera antes de que se vaya. ¡Lo que llego a oír! Por ejemplo: «¡Chica, hay que reconocer que tienes suerte!». «¡Vamos, todos los honores para ti!». «¡No hay miedo de que le hubiera tocado a otra!». No contesto y me voy a consolar a la pobre Luce, que está muy triste por no haber sido escogida para la bandera.

—Vamos, anímate… El verde te sentará mejor y, además, tuya es la culpa de lo que pasa. ¿Por qué no

te adelantaste, como Anaïs?

—¡Oh —suspira la niña—, no importa! Delante de la gente pierdo la cabeza. Hubiera dicho alguna tontería. Pero me alegro de que seas tú y no Anaïs la que dé el discurso.

Papá, enterado de la parte gloriosa que desempeñaré en la inauguración de las escuelas, ha fruncido su nariz borbónica para preguntarme:

—¡Mil diablos! ¿Conque también yo tendré que estar allí?

—Nada de eso, papá. Tú te quedas en la sombra.

—Por supuesto. Entonces ¿no tendré que ocuparme de ti?

—Claro que no, papá. No cambies de costumbres.

La villa y la escuela están revueltas de arriba abajo. Si esto continúa, no tendré tiempo de contar nada. Por la mañana llegamos a clase a las siete, ¡si es que a eso se llama dar clase! La directora ha hecho traer de la capital enormes fardos de papel de seda rosa, azul pálido, rojo, amarillo, blanco… Los despanzurramos en la clase de en medio —las mayores convertidas en empleadas de primera categoría — y ¡hala, hala! a cortar las grandes y ligeras hojas, a doblarlas en seis tiras y a atar las tiras en montoncillos, que son llevados al despacho de la señorita. Esta las recorta por los lados, haciendo franjas dentadas, y la señorita Aimée las distribuye a las clases primera y segunda; a la tercera, nada, porque las niñas son demasiado pequeñas y estropearían el papel, el bonito papel, cada una de cuyas tiras se convertirá en una rosa, arrugada y hueca, colocada al extremo de un tallo de alambre.

¡Vivimos en plena algazara! Libros y cuadernos duermen en los cerrados pupitres, y se trata tan solo de ver quién se levanta más temprano para correr enseguida a la escuela, convertida en taller de florista.

Ya no se me pegan las sábanas, y me doy tanta prisa en llegar temprano que me abrocho el cinturón en la calle. A veces estamos ya reunidas en clase cuando, por fin, bajan las maestras, que también se toman la cuestión del aseo con gran tranquilidad. La señorita Sergent se exhibe en bata de batista roja (sin corsé, orgullosamente) y su mimosa ayudante la sigue en zapatillas, con los ojos tiernos y adormilados. Vivimos en familia. Anteayer por la mañana, la señorita Aimée se lavó la cabeza y bajó con el cabello suelto, todavía húmedo; cabello dorado, suave como la seda, bastante corto y delicadamente rizado en su extremidad; parecía un pajecillo descarado, y su directora, su buena directora, se la comía con los ojos.

El patio está desierto; las cortinas de sarga corridas nos envuelven en una atmósfera azul y fantástica. Nos ponemos cómodas. Anaïs se quita el delantal y se sube las mangas, como una pastelera; la pequeña Luce, que corre y salta detrás de mí todo el santo día, se levanta el traje y las enaguas como una lavandera, un pretexto para enseñar sus redondas pantorrillas y sus frágiles tobillos. La señorita, compadecida, permite a Marie Belhomme que cierre los libros; con una blusa de tela a rayas blancas y negras y una expresión siempre un poco simple, da vueltas con nosotras, corta las tiras torcidas, se equivoca, se enreda los pies en los alambres, se desespera y se pasma de alegría en el mismo instante, inofensiva y tan dulce que ni siquiera la hacemos rabiar.

La señorita Sergent se levanta y descorre la cortina con un brusco ademán, mirando hacia el lado del patio de los chicos. En la escuela de enfrente se oyen unas voces juveniles, rudas y mal afinadas, que rebuznan animadamente: es el señor Rabastens, que enseña a sus alumnos un coro republicano. La señorita aguarda un instante y luego hace una señal; las voces callan y acude el complaciente Antonin, con la cabeza descubierta y el ojal adornado con una rosa de Francia.

—Tenga la amabilidad de mandar a dos de sus alumnos al taller. Hágales cortar el alambre en trozos de veinticinco centímetros.

—¡De inmediato, señorita! ¿Continúan trabajando con las flores?

—No se acaba tan pronto; solo para la escuela necesitamos cinco mil rosas. ¡Y se nos ha encargado que decoremos también la sala del banquete!

Rabastens se va corriendo con la cabeza descubierta bajo un sol implacable. Un cuarto de hora más tarde llaman a nuestra puerta, que se abre ante dos zascandiles de catorce a quince años. Traen los alambres, no saben qué hacer de sus largos cuerpos y están como atontados, azarados al caer en medio de unas cincuenta chiquillas, que, con los brazos y el cuello al aire, abiertos los corpiños, se ríen maliciosamente de los visitantes. Anaïs les roza al pasar y yo cuelgo con suavidad serpientes de papel de sus bolsillos; por fin se escapan, a un tiempo satisfechos y turbados, mientras la señorita prodiga unos

«¡Chissst!» para que nos comportemos, pero que nadie escucha.

Yo me ocupo de doblar y de cortar, junto con Anaïs, y Marie lo pone todo en montones. A las once de la mañana dejamos el trabajo y nos agrupamos para ensayar el «Hymne à la Nature». A eso de las cinco, nos emperifollamos un poco, y salen espejitos de todos los bolsillos; las niñas de la segunda clase nos colocan complacientemente sus negros delantales detrás de los cristales de las ventanas abiertas; delante de ese oscuro espejo nos ponemos los sombreros, y yo ahueco mis rizos. Anaïs endereza su moño, y nos largamos.

La ciudad empieza ya a agitarse tanto como nosotras. ¡El señor Jean Dupuy llegará nada menos que dentro de seis días! Por las mañanas, los muchachos salen en carretas, cantando a todo pulmón y azotando con todas sus fuerzas a los rocines que las arrastran; van al bosque de la comunidad —y también a los particulares, estoy segura— a escoger árboles y a marcarlos; perecerán por centenares, en particular abetos, olmos, álamos de hojas aterciopeladas… ¡Hay que hacer honor a ese flamante ministro! Por las noches, en las plazas y en las aceras, las jovencitas manipulan rosas de papel y cantan para atraer a los muchachos que van a ayudarlas. ¡Señor, cuánto debe de adelantar así el trabajo! Me parece verlos a todos, lanzándose a ello de cabeza.

Los carpinteros están quitando los tabiques de la gran sala de la alcaldía, donde se celebrará el banquete. En el patio se va levantando un gran estrado. El médico-delegado cantonal, Dutertre, hace cortas y frecuentes apariciones; aprueba todo cuanto se edifica, da golpecitos en las espaldas de los hombres, pellizca las barbillas femeninas, paga bebidas y desaparece para regresar pronto. ¡Dichoso país! Durante este tiempo, devastan los bosques, cazan furtivamente día y noche, hay peleas en las tabernas y una vaquera de Chêne-Fendu ha dado a comer a los cerdos a su niñito recién nacido. (Las diligencias judiciales terminaron al cabo de unos días; Dutertre logró demostrar la irresponsabilidad de la muchacha, y ahora ya nadie se ocupa del asunto). Gracias a este sistema envenena la comarca, pero ha convertido a doscientos bribones en ciegos instrumentos que por él morirían y matarían. Le nombrarán diputado; y lo demás ¿qué importa?

Nosotros, ¡Dios de los cielos!, hacemos rosas. Cinco o seis mil rosas no son moco de pavo. La clase de las pequeñas se dedica por entero a fabricar guirnaldas de papel de colores suaves, que volarán por todos lados al capricho de la brisa. La señorita teme que los preparativos no se terminen a tiempo, y todas las noches nos hace llevar a casa una provisión de papel de seda y de alambre. Trabajamos en nuestros domicilios después de la cena, antes de la cena, a todas horas; las mesas de todas las casas se llenan de rosas blancas, azules, rosadas, amarillas y rojas, huecas, tiesas y lozanas, erguidas sobre sus tallos. Necesitan tanto sitio que no sabemos dónde meterlas; desbordan por todas partes, florecen en multicolores montones, y por las mañanas las llevamos en haces, con el aspecto de ir a felicitar a algún pariente.

La directora, cuya cabeza está llena de ideas, quiere construir un arco triunfal a la entrada de las escuelas; los montantes se llenarán de ramas de pinos, de follaje suelto, salpicado de rosas, y en el frontispicio se leerá esta inscripción, con letras de rosas rosadas, sobre un fondo de musgo:

¡BIENVENIDOS!

Es bonito, ¿verdad?

Yo también he tenido una ocurrencia estupenda: he insinuado la idea de coronar de flores la bandera, es decir, de coronarnos de flores nosotras.

—¡Oh, sí! —han exclamado Anaïs y Marie Belhomme.

—Vale. (¡Para lo que nos cuesta!). Anaïs, tú llevarás una diadema de amapolas; tú, Marie, de acianos, y yo, que soy toda blancura, candor, pureza, me pondré…

—¿Qué? ¿Flores de azahar?

—¡Todavía las merezco, señorita! Seguramente más que tú.

—¿Te parecen bastante inmaculados, puros y blancos los lirios?

—¡Me estás cargando…! Me pondré margaritas. Sabes de sobra que el ramo tricolor se compone de margaritas, acianos y amapolas. Pasaremos encargo a la sombrerera.

Hacemos nuestra elección con aire despreocupado y lleno de superioridad; la sombrerera nos toma la medida de la cabeza y nos promete «lo mejor de lo mejor».

A la mañana siguiente recibimos tres coronas que me dejan desconsolada; son unas diademas, espesísimas en medio, como las de las novias de pueblo. ¡A ver quién va a estar guapa así! Marie y Anaïs, encantadas, se prueban las suyas en medio de un círculo admirativo de chiquillas. Yo no digo nada, pero me llevo mi trasto a casa, donde lo deshago tranquilamente; luego, aprovechando el mismo armazón de alambre, reconstruyo una diadema frágil y delgada; las grandes margaritas colocadas al desgaire, como estrellas, cual si se fueran a desprender, dos o tres de ellas colgando en racimo junto a las orejas, algunas cayendo por detrás, sobre el cuello… Me pruebo mi obra ante el espejo. Solo digo esto: ¡no hay peligro de que avise a las demás!

Nos llega un aumento de trabajo: ¡los bigudíes! Ustedes no lo saben, ustedes no pueden saberlo. Pues bien, sepan que en Montigny una alumna no asistiría nunca al reparto de premios, a cualquier solemnidad, sin estar debidamente rizada y ondulada. Nada hay de extraño en esto, ciertamente, aunque esos tirabuzones tiesos y esas torsiones excesivas den a los cabellos el aspecto de escobas irritadas; pero las mamás de las niñas, que son costureras, jardineras, mujeres de obreros y tenderas, no tienen tiempo, ganas ni habilidad para poner bigudíes en esas cabezas. ¿Adivinan ustedes sobre quién recae ese trabajo, a veces poco apetecible? ¡Sobre las maestras y las alumnas de la primera clase! Sí, sí, es una barbaridad, peor vaya, es la costumbre, y esta palabra lo explica todo. Una semana antes del reparto de premios las chiquillas nos atormentan y se inscriben en nuestras listas. Cinco o seis por lo menos para cada una de nosotras. Y por una cabeza limpia, de hermosos y flexibles cabellos, ¡cuántas pelambreras grasientas nos tocan! Grasientas… cuando no habitadas.

Hoy empezamos a poner bigudíes a las niñas de ocho a once años; en cuclillas en el suelo, nos abandonan sus cabezas, y utilizamos como papillotas hojas de los cuadernos viejos. Este año solo he querido aceptar cuatro víctimas, y todavía escogidas entre las limpias. ¡Cada una de las mayores riza a seis pequeñajas! Es un trabajo poco fácil, pues las crías de esta comarca poseen casi todas unas melenas frondosísimas. A mediodía llamamos al dócil rebaño; yo empiezo por una rubita de flexibles cabellos que se ondulan natural y suavemente.

—¿Qué vienes a hacer aquí? ¿Con un cabello como el tuyo quieres rizarte? ¡Es un crimen!

—¡Toma! ¡Claro que quiero que me lo rices! ¡No estar rizada un día de premios, un día de ministro! ¡Nunca se habría visto cosa igual!

—¡Pues estarás más fea que los catorce pecados capitales! Tendrás el pelo tieso, una verdadera cabeza de lobo…

—Me da lo mismo. Por lo menos estaré rizada.

¡Puesto que se empeña…! ¡Y pensar que todas opinan igual! Apuesto cualquier cosa que hasta Marie Belhomme…

—Oye, Marie, tú que tienes tirabuzones naturales, imagino que te quedarás como estás.

Marie grita llena de indignación:

—¿Yo, quedarme así? ¡Vaya ocurrencia! Llegaría al reparto de premios con el pelo lacio.

—Pues mira, yo no me rizo.

—Tú, hija mía, tienes unos rizos bastante apretados, y, además, tu cabello se ahueca con facilidad, y ya sabemos que tus ideas son siempre distintas a las de las demás.

Mientras habla ensortija con animación —con demasiada animación— los largos mechones color trigo maduro de la niña sentada a sus pies y sepultada en su cabellera, un matorral de donde a veces salen agudos gemidos.

Anaïs, no sin maldad, maltrata a su paciente, que aúlla.

—¡Vaya, esta tiene demasiado pelo! —dice a guisa de disculpa—. Cuando una piensa que ya está terminando resulta que está solo a la mitad. Tú lo quisiste, y aquí estás. Procura no gritar ahora.

Rizamos, rizamos… El pasillo de cristales se llena del rumor que produce el papel doblado al retorcerse sobre los cabellos. Una vez terminada nuestra tarea, las chiquillas se levantan suspirando y exhiben cabezas erizadas de virutas de papel, donde todavía puede leerse: «Problemas… moral… duque de Richelieu». Compuestas de tal guisa, pasean durante estos cuatro días por las calles y por las clases, sin el menor rubor, satisfechas de llevar en la cabeza papeles blancos. ¡Cuando les digo que es la costumbre…!

Ya no sabemos cómo vivimos. Todo el tiempo en la calle trotando por todas partes, trayendo o llevando rosas, mendigándolas… Nosotras cuatro, Anaïs, Marie, Luce y yo, pedimos flores por todas partes —naturales estas— para adornar la sala del banquete. Y entramos (enviadas por la señorita Sergent, que cuenta con nuestras caritas juveniles para desarmar a las personas severas) en casa de gente a la que nunca hemos visto; así, por ejemplo, en casa de Paradis, el recaudador del Registro, porque el rumor público le ha denunciado como poseedor de rosales de pitiminí en macetas, unas pequeñas maravillas. Perdida toda la timidez, irrumpimos en su pacífica morada: «Buenos días, señor. Nos han dicho que tiene usted unos rosales muy bonitos… Es para las jardineras de la sala del banquete, ¿sabe? Venimos de parte de…». El pobre hombre balbucea algo por detrás de su gran barba, y nos precede armado de una podadera. Salimos de allí con los brazos cargados de macetas, riendo, charlando, replicando descaradamente a los muchachos que trabajan en levantar en la desembocadura de todas las calles las armaduras de los arcos triunfales, y que nos interpelan: «¡Eh, chiquillas… si os hace falta alguien… ya veríamos de encontraros ayuda…! ¡Eh, que se os cae algo…! ¡Recogedlo…!». Todo el mundo se conoce, se tutea.

Ayer y esta mañana los mozos han salido al alba y han regresado a la caída de la tarde, enterrados bajo las ramas de boj, de alerce, de tuya, y carretadas de musgo verde que todavía huele a marjal; luego, como es de rigor, se han ido a empinar el codo. ¡Nunca he visto semejante efervescencia! ¡Esta población de granujas a los que, por lo general, todo les importa un comino, hasta la política, sale de sus bosques, de sus madrigueras, de los sotos desde donde acechan a las guardadoras de vacas, para adornar con flores a Jean Dupuy! ¡Es absolutamente incomprensible! La pandilla de Louchard, seis o siete bandoleros devastadores de bosques, pasa cantando, invisible bajo montones de hiedra en guirnaldas, que arrastran tras de sí produciendo un suave susurro.

Las calles rivalizan entre sí. La rue du Cloître alza tres arcos de triunfo porque la Grande-Rue, al parecer, iba a levantar dos, uno en cada extremo. Entonces la Grande-Rue se pica y construye una maravilla de castillo medieval, todo él de ramas de pinos, igualadas con tijeras, y que ostentan torres redondas con techumbre cónica. La rue des Fours-Banaux, que se halla muy cerca de la escuela, experimenta la influencia artísticocampestre de la señorita Sergent, y se limita a tapizar, de arriba abajo con ramas tupidas y desordenadas, las casas que la limitan; luego tiende tablones de una casa a otra y cubre ese techo con hiedra que cae y se enrosca entre sí. Resultado: una verde y oscura bóveda, sencillamente deliciosa, donde se apagan las voces como en una habitación acolchada y por donde la gente pasa y repasa por puro gusto. La rue du Cloître, furiosa, pierde todo dominio de sí misma y une sus tres arcos triunfales con haces de musgosas guirnaldas, para tener también su bóveda. Y la Grande-Rue, entonces, se pone a desempedrar sus calles y levanta un bosque (¡Dios mío, sí, un pequeño bosque a cada lado!) con árboles jóvenes, desarraigados y transportados allí. Quince días más de esta batalladora rivalidad y todo el mundo se degollaría mutuamente.

La obra maestra, la joya, es nuestra escuela, nuestras escuelas. Cuando todo esté terminado, no se verá transparentar ni un centímetro cuadrado de pared bajo el follaje, las flores y las banderas. La señorita ha requisado un ejército de muchachos, los alumnos mayores, los ayudantes; los dirige a todos, los trata a

la baqueta y ellos obedecen sin chistar. El arco triunfal de la entrada ha visto ya el día, porque las maestras y nosotras hemos pasado tres horas para «escribir» con rosas rosadas

¡BIENVENIDOS!

en el frontispicio, mientras los mozos se divierten echando miraditas a nuestras pantorrillas. De allí arriba, de techos y ventanas, de todos los intersticios de las paredes, se escapa y chorrea tal oleada de ramas, de guirnaldas, de telas tricolores, de cuerdas ocultas bajo la hiedra, de rosas colgantes, de follaje que, bajo la ligera brisa el enorme edificio, parece ondular de la base a la cumbre balanceándose suavemente. Se entra en la escuela levantando una rumorosa cortina de hiedra florida, y el maravilloso espectáculo continúa: cordones de rosas cubren los ángulos, unen las paredes, cuelgan de las ventanas… Es precioso.

A pesar de nuestra actividad y de nuestras audaces incursiones en las casas de los dueños de jardines, esta mañana hemos estado a punto de quedarnos sin flores. Consternación general; se inclinan las cabezas adornadas con bigudíes, agitándose en torno a la señorita, que reflexiona con el entrecejo fruncido.

—¡Sea como sea, las necesito! —exclama—. Falta todo el lado de la izquierda. Será preciso obtener flores en macetas. ¡Eh, las excursionistas, aquí enseguida!

—Aquí estamos, señorita Sergent.

Nosotras cuatro (Anaïs, Marie, Luce y Claudine) surgimos del rumoroso remolino, prontas a echar a correr.

—Escuchadme: vais a ver al señor Caillavaut…

—¡Oh…!

No la hemos dejado acabar. ¡Caramba! El señor Caillavaut es un viejo avaro medio chiflado, malo como la peste, desmesuradamente rico, que posee una casa y unos jardines soberbios, donde no entran más que él y su jardinero. Es temido por lo malo que es, odiado por lo avaro y respetado como un misterio viviente. ¡Y la señorita Sergent quiere que le pidamos flores! ¡No sabe lo que dice!

—¡Bah, bah, bah! ¡Cualquiera diría que os envío al matadero! Conmoveréis al jardinero y ni siquiera lo veréis a él, al señor Caillavaut. Y, además, ¿qué? ¿No tenéis piernas para echar a correr, si le veis? Hala, marchaos.

Arrastro a las otras tres, que carecen de entusiasmo, pues siento ardientes deseos, mezclados de vago temor, de penetrar en casa del viejo maniático. Las incito:

—Vamos, Luce, vamos, Anaïs. ¡Veremos cosas imponentes! Y luego se las contaremos a las demás. ¿Sabéis que las personas que han entrado en casa del señor Caillavaut se pueden contar con los dedos?

Una vez delante de la gran puerta verde, donde las acacias floridas y demasiado perfumadas desbordan por encima del muro, nadie se atreve a tirar de la campanilla. Yo me cuelgo al fin de la cadena, y hago sonar un formidable toque a rebato. Marie da tres pasos para huir, y Luce, estremecida, se oculta valerosamente detrás de mí. Pero nada: la puerta sigue cerrada. Una segunda tentativa no tiene mayor éxito. Entonces levanto el pestillo, que cede, y entramos una a una, como ratoncillos, inquietas, dejando la puerta entreabierta; nos hallamos en un gran patio cubierto de arena muy bien cuidado que se extiende delante de la hermosa casa blanca, cuyas ventanas están cerradas a causa del sol. Ese patio se prolonga en un jardín verde, al que unos tupidos bosquecillos dan un aspecto profundo y misterioso. Plantadas frente a la casa, lo contemplamos todo sin que nos atrevamos a movernos. Sigue sin haber nadie, y no se oye el menor ruido. A la derecha de la casa se hallan los invernaderos, cerrados, llenos de maravillosas plantas. Ante nosotras, una escalera de piedra se ensancha ligeramente hasta el enarenado patio y en cada grada se ven macetas de encendidos geranios, de calceolarias con atigradas barriguitas, de rosales enanos a los que se ha obligado a florecer en demasía…

La evidente ausencia del propietario me da valor.

—¡Ah! ¿Vais a venir o no? No vamos a echar raíces en los jardines del Avaro Durmiente.

—¡Chissst! —dice Marie, asustada.

—¿Cómo que «chissst»? Al contrario, hay que llamar. ¡Eh! ¡Señor Caillavaut! ¡Jardinero…!

No hay respuesta. Sigue el mismo silencio. Me adelanto entonces hacia los invernaderos y, con la nariz pegada a los cristales, pretendo vislumbrar el interior: veo una especie de bosque de color esmeralda oscuro, salpicado de manchas brillantes… Seguramente son flores exóticas.

La puerta está cerrada.

—Vámonos —cuchichea Luce, muy intimidada.

—Vámonos —repite Marie, más turbada aún—. Si el viejo saliera de detrás de un árbol…

Esa idea las hace huir hacia la puerta. Pero yo las llamo con todas mis fuerzas:

—¡Qué tontas sois! ¿No veis que no hay nadie? Escuchad: vamos a coger cada una dos o tres macetas, las más hermosas de la escalera, y nos las llevaremos sin decir nada. Me parece que tendremos un gran éxito.

No se mueven; no cabe duda de que se sienten tentadas, pero también tienen mucho miedo. Me apodero de dos macetas de agujas de Venus y hago a mis compañeras señas de que estoy esperando. Anaïs se decide a imitarme y carga con dos geranios dobles; Marie imita a Anaïs, Luce hace lo mismo, y las cuatro nos vamos prudentemente. El miedo vuelve a apoderarse de nosotras cerca de la puerta y nos apretujamos como borregos en la estrecha abertura; luego echamos a correr y no paramos hasta llegar a la escuela, donde la señorita Sergent nos acoge con exclamaciones de alegría. Le contamos nuestra odisea hablando todas a la vez. La directora, sorprendida, permanece perpleja unos instantes y concluye luego con desesperación: «¡Bah, ya veremos! En resumidas cuentas no es más que un préstamo algo forzado…». Nunca después hemos oído hablar de lo sucedido, de nada referente a este asunto, pero el señor Caillavaut ha erizado sus muros de cascos de botella y de pinchos. (Este robo nos vale cierta consideración porque aquí entienden mucho de cosas de estas). Nuestras flores se colocaron en primera fila, y luego, en el torbellino de la ministerial llegada, nos olvidamos por completo de devolverlas. Ahora embellecen el jardín de la señorita Sergent.

Este jardín es, desde hace mucho tiempo, el único tema de discordia entre la señorita Sergent y su obesa madre; esta, que sigue siendo una campesina, cava, quita la hierba, acosa a los caracoles en sus últimos reductos y no tiene otro ideal que hacer crecer parcelas de coles, de puerros, de patatas… Algo, en fin, con que alimentar a todas las pensionistas sin tener que comprar nada. Su hija, cuya naturaleza se ha refinado, sueña con bóvedas tupidas, con macizos de flores, con cenadores adornados por guirnaldas de madreselva… ¡Con plantas inútiles, vaya!, de manera que podemos ver tan pronto a la señora Sergent dar despreciativos golpes de pico a los pequeños ailantos del Japón o a los sauces llorones, como a la señorita danzar con irritados ademanes encima de los linderos de acederas y de cebollitas olorosas. Esta lucha nos hace morir de risa. Hay que ser justo y reconocer también que la señora Sergent, en todo lugar, salvo en el jardín y en la cocina, se eclipsa por completo, no aparece jamás cuando hay visita, no da su opinión en las discusiones y lleva valerosamente la cofia plisada.

Lo más divertido, en estas pocas horas que nos quedan, es llegar a la escuela y regresar a través de las calles, desconocidas, transformadas en senderos de bosque, en decoraciones de parque, embalsamadas con el penetrante olor de los abetos cortados. Se diría que los bosques que rodean Montigny lo han invadido, han venido casi a sepultarlo bajo su espesura… Para esta pequeña ciudad perdida entre bosques, no se podía soñar aderezo más lindo, ni que le sentara mejor…

Las banderas, que afearán y vulgarizarán estas verdes alamedas, mañana estarán todas en su sitio, al igual que los faroles venecianos y las mariposas de colores. ¿Qué le vamos a hacer?

No tienen miramientos con nosotras. Mujeres y mozos nos llaman al pasar:

—¡Eh, vosotras, que estáis acostumbradas… venid a ayudarnos a clavar rosas!

Y les ayudamos de buen gusto; subimos a las escaleras, y mis camaradas se dejan hacer cosquillas en la cintura y a veces en las pantorrillas —¡Santo Dios, es por el ministro!—, pero debo decir que jamás se

han permitido estas chanzas con la hija del «señor de las babosas». De todos modos, con esos mozos que una vez han dado media vuelta ya no se acuerdan de nada, la cosa es inocente y ni siquiera ofensiva, y comprendo que las alumnas de la escuela se pongan al diapasón. Anaïs permite todas estas libertades, suspirando por las otras; Féfed la baja de la escalera en brazos; Touchart, apodado Zero, le mete debajo de las faldas ramas de pino que pican; ella lanza gritos de ratoncillo cogido en una puerta y entrecierra unas pupilas arrobadas, sin fuerzas siquiera para simular que se defiende.

La señorita Sergent nos deja descansar un poco, temerosa de que tengamos mal aspecto cuando llegue el gran día. Por otra parte, no sé qué puede quedar por hacer; todo está florido, todo se halla en su sitio, y las flores cortadas están en remojo en el sótano, dentro de cubos de agua fresca; a última hora se las esparcirá por todas partes. Esta mañana han llegado nuestros tres ramos en una gran caja frágil. La señorita Sergent ni siquiera ha permitido que se desclavara del todo; ha levantado una tablita, alzado ligeramente los papeles de seda que rodeaban las flores patrióticas, y la borra, de donde salía un perfume húmedo, y al instante la señora Sergent ha bajado al sótano la ligera caja, dentro de la cual había también piedrecitas de una sal que conozco y que impide que las flores se marchiten.

La directora, ocupándose de sus «primeras figuras», nos envía a Anaïs, a Marie, a Luce y a mí a descansar al jardín, bajo los avellanos. Desplomadas en la sombra, sobre el banco verde, no pensamos en nada. El jardín rumorea… Marie Belhomme se estremece súbitamente como si le hubiera picado una mosca, y empieza a desenroscar uno de los grandes bigudíes de papel que hace tres días cascabelean en su cabeza.

—¿Qué haces?

—¡Toma! Mirar si está rizado…

—¿Y si no estuviera muy rizado?

—¡Pues… esta noche me lo mojaría con agua! Pero, mira, está muy rizado. Está bien.

Luce imita su ejemplo y prorrumpe en un gritito de decepción.

—¡Oh, es como si no hubiera hecho nada! Se me riza en la punta, pero por arriba nada, o casi nada.

En efecto, sus cabellos son de esa clase flexible y suave como la seda; escapan y resbalan entre los dedos y las cintas, y no hacen más que lo que quieren.

—Está muy bien —le digo—, así aprenderás. ¡Hay que ver! Estás triste por no tener la cabeza como un perrito de lanas.

Sin embargo, no se consuela, y, como me aburre oírla, me voy más lejos, a tumbarme en la arena, a la sombra que dan los castaños. Tengo las ideas muy poco claras… El calor, la fatiga…

Mi traje está listo y me sienta bien; mañana estaré bonita, más que la larguirucha Anaïs, más que Marie… No es difícil, pero, de todas maneras, es algo que gusta. Pronto saldré de la escuela. Papá me enviará a París, a casa de una tía rica que no tiene hijos. Haré mi entrada en sociedad y, al mismo tiempo, meteré la pata mil veces. ¿Cómo prescindir del campo, con estos deseos de follaje y de verdor que nunca me abandonan? Me parece imposible pensar que no vendré más por aquí, que no volveré a ver a la señorita Sergent; a su pequeña Aimée, la de los ojos dorados; a Marie, la tontina; a Anaïs, la bribona; a Luce, la que suspira por recibir golpes y caricias… Me dará pena no vivir ya aquí. Y, además, mientras me queda aún tiempo, puedo decirme a mí misma una cosa: que, en el fondo, Luce me gusta más de lo que quiero confesar. Puedo repetirme que tiene muy poca belleza verdadera, que su zalamería es traidora como la de un animalito, que su mirada es falsa; todo ello no impide que tenga un encanto extraño y muy personal, hecho de debilidad, de perversidad todavía ingenua. Y tiene el cutis blanco y las manos finas, al extremo de los torneados brazos. Y los pies muy lindos. Pero nunca sabrá nada. Pagará por su hermana, que la señorita Sergent me arrebató a viva fuerza. Me arrancaría la lengua antes de confesar lo que siento por ella.

Bajo los avellanos, Anaïs describe a Luce su traje de mañana. Me acerco con malas intenciones y oigo

cómo dice:

—¿El cuello? No tiene cuello; está abierto en forma de uve por delante y por detrás, y va rodeado de una escarola de muselina de seda, cerrada por una lechuguilla rizada de cinta roja…

—«Las lechuguillas rojas, llamadas también coles, requieren, según enseña el inefable Bérillon, terreno pedregoso y seco…». Te irá bien, ¿eh, Anaïs? Escarola, lechuguilla… No será un traje, ¡será un huerto!

—Vaya, Claudine, si vienes aquí solo para decir cosas tan ingeniosas como estas, puedes quedarte donde estabas. ¡No te necesitamos!

—No te sulfures. Dime, ¿cómo es la falda? ¿Con qué hortalizas la sazonarás? La estoy viendo desde aquí: ¡tiene alrededor una franja de perejil!

Luce se divierte con toda su alma, Anaïs se encastilla en su dignidad y se aleja de nosotras. Como el sol ya declina, nos vamos también.

En el instante en que cerramos la verja del jardín, oímos claras carcajadas que se van acercando, y la señorita Aimée pasa corriendo y riendo perseguida por el sorprendente Rabastens, que la bombardea con pétalos de flores de begonia. Según parece, la inauguración ministerial autoriza amables libertades por las calles, y también en la escuela. Pero la señorita Sergent va tras ellos, lívida de celos, fruncido el entrecejo. Un poco más lejos, la oímos llamar:

—Señorita Lanthenay, le he preguntado dos veces si ha citado a sus alumnas para las siete y media.

Pero la otra loca, encantada de juguetear con un hombre y de irritar a su amiga, corre sin detenerse y las purpúreas flores se pegan a sus cabellos, resbalan por su vestido… Esta noche habrá una escena.

A las cinco, las maestras nos reúnen tras grandes esfuerzos, pues estamos desperdigadas por todos los rincones del edificio. La directora decide tocar la campana del almuerzo, e interrumpe así un furioso baile húngaro que Anaïs, Marie, Luce y yo bailábamos en la sala del banquete, bajo el techo florido.

—¡Señoritas! —grita con su voz de los grandes acontecimientos—, marchaos enseguida a vuestras casas y acostaos temprano. Mañana, a las siete y media, estaréis todas reunidas aquí, vestidas y peinadas, de manera que no tenga que ocuparme de vosotras. Os daremos gallardetes y banderas… Las señoritas Claudine, Anaïs y Marie recogerán sus ramos. El resto… cuando llegue el momento, lo verán. Ahora marchaos; no estropeéis las flores al pasar por las puertas, y que no oiga hablar de vosotras hasta mañana. —Y añade—: Señorita Claudine, ¿sabes tu discurso?

—¡Que si lo sé…! Anaïs me lo ha hecho repetir ya tres veces hoy.

—Pero ¿y el reparto de premios? —se atreve a decir una vocecita tímida.

—¡Oh, el reparto de premios se hará cuando podamos! Por otra parte, es probable que os dé sencillamente los libros aquí y que este año, a causa de la inauguración, no haya reparto en público.

—¿Y el «Hymne à la Nature»?

—Mañana lo cantaréis delante del ministro. Ahora, ¡desapareced!

Esta alocución ha consternado a muchas pequeñas, que esperaban el reparto de premios como una fiesta única en el año; se marchan perplejas y poco satisfechas, bajo los arcos de florido follaje.

Los habitantes de Montigny, fatigados y orgullosos, descansan sentados a las puertas de sus casas, contemplando su obra. Las muchachas aprovechan las últimas luces del día, que declina, para coser una cinta o colocar unos encajes ribeteando un improvisado escote.

«¡Para el gran baile de la alcaldía, hija mía!».

Mañana por la mañana, los mozos sembrarán la casa de flores deshojadas sobre el recorrido del cortejo, junto con hierbas cortadas y hojas verdes. Y si el ministro Jean Dupuy no está contento, es que será muy difícil de contentar. ¡Y que se vaya a freír espárragos!

Mi primer movimiento esta mañana al abrir los ojos es correr al espejo, porque ¡quién sabe! ¿Y si por la noche me hubiera salido una erupción? Pero luego, tranquilizada, me arreglo cuidadosamente. Es estupendo; solo son las seis, de manera que tengo tiempo de emperifollarme. Mis cabellos, gracias a la

sequedad de la atmósfera, se ahuecan bien. Sigo teniendo una carita un poco afilada y paliducha, como siempre, pero les aseguro que mis ojos y mi boca no están mal. Mi vestido produce al moverme un ligero rumor: la falda de debajo, de muselina sin almidonar, se ondula al ritmo de mi paso y acaricia los puntiagudos zapatos. Ahora la diadema. ¡Ah, qué bien me sienta! Me transforma en una pequeña Ofelia, muy jovencita aún, con singulares ojeras. Cuando era pequeña, me decían que tenía ojos de persona mayor, y más tarde fueron «ojos poco correctos». No puede una contentar a todo el mundo y a sí misma. Prefiero, en primer lugar, contentarme yo…

Lo fastidioso será el enorme ramo, apretado y redondo, que me afeará. ¡Bah, no hay que preocuparse, puesto que se lo endosaré enseguida a Su Excelencia!

Me voy a la escuela vestida toda de blanco; por las calles aún hace fresco; los mozos, que están sembrando flores, gritan bárbaros piropos a la «joven novia», que huye, huraña.

Llego temprano a la escuela, pero me encuentro ya con una quincena de chiquillas, que provienen de los campos circundantes y de las alquerías lejanas, y que están acostumbradas a levantarse a las cuatro de la mañana en verano. Risibles y conmovedoras, con la cabeza enorme, a causa de los cabellos hinchados en tiesos rodetes, están de pie para no arrugarse los trajes de muselina —demasiado enjuagados con azulete— que se ahuecan rígidamente, anudados con cinturones color grosella o índigo; entre tanta blancura sus caritas atezadas parecen negras. A mi llegada dejan escapar un pequeño «¡Ah!» pronto reprimido; luego callan, muy intimidadas a causa de sus hermosas vestimentas y de sus rizos, apretando entre las manos, enguantadas de hilo blanco, un hermoso pañuelo, sobre el que sus madres han derramado «olor del bueno».

Las maestras no comparecen, pero en el piso de arriba se oyen pasitos y carreras. En el patio desembocan nubes blancas con cintas rosas, rojas, verdes y azules. Van llegando las chiquillas cada vez más y más numerosas; la mayoría de ellas guardan silencio, muy ocupadas en mirar, en comparar y en apretar los labios con aire despectivo. Estas cabelleras flotantes, onduladas, crespas, desbordantes, casi todas rubias, parecen un campo de trigo. Se oye al fin galopar por la escalera y bajan las pensionistas, rebaño siempre aislado y hostil, al que todavía pueden servir los vestidos de la primera comunión. Luce baja detrás, ligera como un gatito de angora blanco, muy bonita, con sus bucles flojos y juguetones y su tez rosada y lozana. Tal vez necesita tan solo, como su hermana, una pasión feliz para embellecerla del todo.

—¡Oh, qué guapa estás, Claudine! ¡Y tu corona no es igual a las de las otras dos! ¡Qué suerte tienes de ser tan bonita!

—Pero oye, gatita, ¿no sabes que con tus cintas verdes te encuentro muy graciosa y atractiva a ti también? De veras que eres un bichito muy original. ¿Dónde están tu hermana y la señorita Sergent?

—Aún no están listas. El vestido de Aimée se abrocha debajo del brazo, ¡imagínate! La señorita Sergent se lo está abrochando.

—Sí, claro, la cosa puede durar aún mucho tiempo.

La voz de la hermana mayor llama desde arriba:

—¡Luce, ven a buscar los banderines!

El patio se llena de niñas, pequeñas y mayores, y todo este blanco, a la luz del sol, hace daño a la vista. (Además, hay muchos tonos de blanco distintos que se matan unos a otros).

He aquí a Liline, con su inquietante sonrisa de Gioconda bajo sus dorados rizos y sus glaucas pupilas; a la joven espingarda de Maltide, cubierta hasta la cintura por una cascada de cabellos color trigo maduro; la hilera de las Vignale, cinco hermanas de ocho a catorce años, todas ellas sacudiendo abundantes pelambreras, que parecen teñidas con polvos de alheña; Jeannette, picaruela de traviesos ojos, con sus dos trenzas tan largas como ella, de un rubio ceniza, pesadas como el oro oscuro, y muchísimas otras. Todas esas ardientes cabelleras brillan bajo la deslumbrante luz.

Llega Marie Belhomme, atractiva con su traje color crema, adornado con cintas azules, graciosa bajo su diadema de acianos. Pero ¡Santo Dios! ¡Qué enormes se ven sus manos bajo los guantes de cabritilla

blanca!

¡He aquí a Anaïs, por fin! Suspiro aliviada al verla tan mal peinada, con ondas tiesas; su corona de amapolas purpúreas, demasiado pegada a la frente, da a su tez un matiz mortecino. Luce y yo, con conmovedor acuerdo, nos acercamos a ella y estallamos en elogios:

—¡Hija, qué bien estás! ¿Sabes que decididamente nada te sienta tan bien como el rojo? ¡Qué éxito!

Anaïs, que al principio estaba algo recelosa, se colma luego de alegría, y las tres hacemos una entrada triunfal en la clase, donde las chiquillas, cuyo número ya está ahora completo, saludan con una ovación a la viviente bandera tricolor.

Se establece un religioso silencio y contemplamos a nuestras maestras, que bajan pausadamente, peldaño a peldaño, seguidas por dos o tres pensionistas cargadas con livianas banderas, que ondean al extremo de grandes y doradas lanzas. Aimée —¡no tengo más remedio que reconocerlo!— está para comérsela, tan seductora con su traje blanco de brillante muaré (cuya falda no tiene costura detrás, ¡no digo nada más!) y con un sombrero de paja de arroz y gasa blanca. Pero no es más que un pequeño monstruo.

Y la señorita Sergent, muy ceñida con su vestido negro bordado de ramas color malva, que ya describí, se la come con los ojos. Ella, la malvada pelirroja, no puede estar bonita. Pero su vestido la ciñe como un guante, y de su cara apenas se ve más que sus ojos, que centellean bajo las ardientes ondas del cabello, cubierto por un sombrero negro sumamente elegante.

—¿Dónde está la bandera? —pregunta enseguida.

Se adelanta la bandera, modesta y satisfecha de sí misma.

—¡Está bien! ¡Está… muy bien! Ven aquí, Claudine… Ya sabía que resaltarías mucho. Y, ahora, ¡conquistadme al ministro!

Examina rápidamente a su blanco batallón, y arregla por aquí un bucle, estira por allá una cinta, cierra la falda de Luce, que estaba abierta, hunde en el moño de Aimée una horquilla que se salía, y, tras haberlo escrutado todo con sus temibles ojos, toma el haz de variadas inscripciones: «¡Viva la República!», «¡Viva la libertad!», «¡Viva el ministro…!», etcétera: en total, veinte banderas, que reparte a Luce, a las Jaubert, a las elegidas, que se sonrojan de orgullo y que sostienen el asta como si fuera un cirio, envidiadas por las simples mortales, que se indignan.

Con gran cuidado, como si fueran joyas, se sacan nuestros ramos, anudados con cintas tricolores. Dutertre ha sabido emplear bien el dinero de los fondos secretos: yo recibo una brazada de camelias blancas; Anaïs, una de camelias rojas, y a Marie Belhomme le toca un enorme ramo de acianos grandes y aterciopelados, porque la naturaleza no previó las recepciones ministeriales y se olvidó de producir camelias azules. Las pequeñas se empujan para ver, y ya se oyen algunos coscorrones, así como agrias quejas.

—¡Basta! —grita la señorita Sergent—. ¿Es que creéis que tengo tiempo de poner orden ahora? ¡Aquí la bandera! Marie, a la izquierda; Anaïs, a la derecha; Claudine, en medio. ¡En marcha, y bajad al patio un poco deprisa! ¡Estaría bonito que llegáramos tarde al tren! Las que llevan gallardetes que sigan de cuatro en cuatro, las más altas delante…

Bajamos la escalinata y ya no oímos más. Luce y las más altas de la clase vienen detrás de nosotras. Los gallardetes restallan ligeramente por encima de nuestras cabezas. Seguidas por un rumor de pasos semejantes al que producirían un rebaño de ovejas, pasamos por debajo del arco de follaje… ¡BIENVENIDOS!

Toda la gente que nos esperaba fuera, un endomingado gentío, muy animado, pronto a dar vivas a quien sea, prorrumpe al vernos en un gran «¡Ah!» parecido al estallido de los fuegos artificiales. Nosotras, orgullosas como pequeños pavos reales, con los ojos bajos y rezumando vanidad por todos nuestros poros, caminamos suavemente, llevando el ramo en nuestras manos cruzadas, hollando la alfombra de flores que cubre el polvo. Solo al cabo de unos segundos nos dirigimos miradas de reojo y sonrisas llenas de alegría, encantadas de nuestro papel.

—¡Cuánto me divierto! —suspira Marie, contemplando cordones de espectadores boquiabiertos y bajo las bóvedas de las verdes alamedas por donde pasamos despacio, entre dos ramajes que tamizan el sol, dejando filtrar una encantadora y falsa claridad, semejante a la que se ve en los bosques tupidos.

—¡Claro que sí! ¡Parece como si la fiesta se hiciera para nosotras!

Anaïs no dice ni palabra, demasiado absorta en su dignidad, demasiado ocupada en buscar entre el gentío, que se aparta ante nuestro paso, a los muchachos que conoce y a los que piensa deslumbrar. Sin embargo, hoy no está nada bonita, con ese vestido tan blanco; no está nada guapa, pero, de todos modos, sus ojillos chispean de orgullo. En el cruce del mercado nos gritan: «¡Alto!». Hay que dejar que nos alcance la escuela de chicos, una sombría hilera a la que cuesta infinito trabajo mantener en filas regulares. Los chiquillos, tostados por el sol, nos parecen hoy muy despreciables; se les ve muy torpes con sus trajes de fiesta; sus gruesas y patosas manos enarbolan banderas.

Nosotras tres, a pesar de lo importantes que somos, nos hemos vuelto durante el alto y vemos que, a nuestras espaldas, Luce y sus congéneres se apoyan de forma belicosa en las astas de sus banderines. Luce resplandece de vanidad, se yergue como Fanchette cuando se pavonea, y ríe quedamente de alegría. Y hasta donde la vista alcanza, bajo los arcos verdes, se extiende nuestro ejército, que se pierde en la lejanía, con sus vestidos huecos y sus cabelleras flotantes.

¡En marcha! Partimos ligeras como avecillas, bajamos por la rue de Cloître y cruzamos por fin la verde muralla hecha de tejos recortados con tijeras, que representa un castillo feudal; y, como el sol cae demasiado a plomo en la carretera, nos paran a la sombra del bosquecillo de acacias, cercano a la ciudad; allí esperaremos los coches ministeriales. Descansamos un poco.

—¿Está en su sitio mi corona? —pregunta Anaïs.

—Sí, puedes verlo tú misma.

Le paso un espejito de bolsillo, que he traído prudentemente, y comprobamos el equilibrio de nuestros tocados. La multitud nos ha seguido; pero, demasiado apretujada en el camino, ha deshecho los setos que lo bordean y ahora pisotea los campos sin preocuparse de los brotes que nacen. Los muchachos, en pleno delirio, traen manojos de flores, banderas y también botellas. (Sí, señor, acabo de ver a uno que se detenía, echaba la cabeza hacia atrás y bebía un trago de una botella de litro).

Las damas de la «sociedad» se han quedado a las puertas de Montigny sentadas unas sobre la hierba, otras en sillitas plegables, todas ellas bajo sombrillas. Es más distinguido esperar allí; no conviene mostrar demasiado interés.

Allá abajo ondean banderas, sobre los techos rojos de la estación, hacia donde la multitud corre; y su tumulto se va alejando. La señorita Sergent, vestida completamente de negro, y la señorita Aimée, vestida por completo de blanco, ya sin aliento después de tanto vigilarnos y trotar a nuestro lado, delante y detrás de nosotras, se sientan sobre el ribazo, con las faldas arremangadas por temor a mancharse de verde. Nosotras esperamos de pie, sin ganas de hablar. Yo repaso mentalmente el discursito, un poco ramplón, obra de Antonin Rabastens, que recitaré dentro de poco: «Señor ministro: Los niños de la escuela de Montigny, ataviados con flores de su tierra natal… —(¡Si alguien ha visto alguna vez por aquí campos de camelias que lo diga!)— vienen a su encuentro llenos de agradecimiento…».

¡Pum! Una descarga que estalla en la estación pone en pie a nuestras maestras.

Llega a nosotros un rumor ensordecido causado por los gritos del populacho, rumor que al instante aumenta y se acerca, entre alegres clamores, ruido de pasos y galope de caballos. Nosotras, con el espíritu y el cuerpo en tensión, acechamos el recodo del camino. Por fin, ¡por fin! desemboca en él la vanguardia: unos chiquillos cubiertos de polvo, que arrastran ramas y vociferan, luego oleadas de gente, luego dos cupés, que brillan al sol y dos o tres landós, de donde surgen brazos que agitan sombreros… Somos todo ojos. Los coches se acercan a paso lento, están ahí, delante de nosotras; y, antes de que hayamos tenido tiempo de reconocer a nadie, se abre a diez pasos de nosotras la portezuela del primer cupé.

Un joven vestido de frac salta a tierra y ofrece su brazo, en el que se apoya el ministro de Agricultura. Su Excelencia no tiene ni dos chavos de distinción, a pesar del trabajo que se da para parecernos imponente. Hasta encuentro un poco ridículo a ese altivo caballero de tripita de pardillo, que se pasa el pañuelo por su frente vulgar, por sus ojos duros y su corta barba rojiza, porque está chorreando sudor. ¡Claro! No va vestido de muselina blanca, y ese traje de paño negro, bajo el sol…

Le acoge un minuto de silencio lleno de curiosidad, y se oyen enseguida extravagantes gritos de «¡Viva el ministro!», «¡Viva la agricultura!», «¡Viva la República!». El señor Jean Dupuy agradece estas demostraciones con un gesto seco, aunque expresivo. Un caballero gordo, que luce bordados de plata y que lleva un bicornio, apoyada la mano en la empuñadura de nácar de un espadín, se coloca a la izquierda del ilustre personaje, y un viejo general de barbita blanca, alto y encorvado, le flanquea por el lado derecho. El imponente trío avanza entonces grave, escoltado por una bandada de trajes negros con cordones rojos, que ostentan distintivos medjidies. Entre los resquicios de espaldas y cabezas, distingo el rostro triunfal del sinvergüenza de Dutertre, aclamado ahora por la multitud, que le halaga, reconociendo en él al amigo del ministro, al futuro diputado.

Busco con la mirada a la señorita Sergent, y con el mentón y las cejas le pregunto si hay que soltar ya el pequeño discurso. Me hace seña de que sí, y arrastro a mis dos acólitas. Se produce repentinamente un sorprendente silencio. ¡Dios mío! ¿Cómo voy a atreverme a hablar delante de toda esta gente? ¡Con tal de que el azoramiento no me ahogue! Empezamos por hundirnos las tres al unísono, en nuestras faldas, en una hermosa reverencia que hace hacer «fuiiiii» a la tela de nuestros vestidos, y comienzo a hablar. Los oídos me zumban de tal modo que ni oigo lo que digo:

—Señor ministro: Los niños de las escuelas de Montigny, ataviados con flores de su tierra natal, vienen a su encuentro llenos de agradecimiento…

Y al instante se me pone firme la voz, y continúo, detallando la prosa en que Rabastens se hace fiador de nuestra «inquebrantable adhesión a las instituciones republicanas». Me siento ahora tan tranquila como si estuviera en clase, recitando *La Robe* de Eugène Manuel. Por otra parte, el trío oficial no me escucha; el ministro piensa que se está muriendo de sed, y los otros dos personajes intercambian comentarios en voz baja:

—Señor prefecto, ¿de dónde ha salido este bonito dibujo?

—No lo sé, mi general, pero es sencillamente adorable.

—Es un pequeño cuadro primitivo. (¡Él también!). Si las muchachas del Fresnois son así, quiero que…

—¡Tengan la bondad de aceptar estas flores del suelo materno! —termino yo, tendiendo mi ramo a Su Excelencia.

Anaïs, muy tiesa, como siempre que pretende ser distinguida, da el suyo al prefecto, y Marie Belhomme, roja de emoción, ofrece el suyo al general.

El ministro farfulla una respuesta de la que capto las palabras «República… solicitud del Gobierno… confianza en la adhesión…». Me está fastidiando. Después se queda inmóvil, yo también, y todo el mundo está a la expectativa. Entonces, Dutertre, inclinándose a su oído, le dice:

—¡Vamos, tiene que besarla!

Me besa, pero torpemente (su barba áspera me pica). La charanga ruge *La marsellesa*, y, dando media vuelta, nos vamos todos hacia la villa, seguidos de las que llevan los banderines; el resto de las escuelas se aparta para dejarnos pasar y, precediendo al majestuoso cortejo, desfilamos bajo el «castillo feudal» y entramos bajo las bóvedas del follaje. Gritan en torno nuestro de un modo agudo y enloquecedor, pero no parecemos oír nada. A nosotras tres, tiesas y floridas, nos aclaman tanto como al ministro. ¡Ah, si tuviera imaginación! Vería enseguida a las tres hijas del rey entrando con su padre en una «buena villa» cualquiera; las chiquillas vestidas de blanco son nuestras damas de honor; nos llevan al torneo, donde los «esforzados paladines» se van a disputar el honor de… ¡Con tal de que estos condenados muchachos no hayan llenado demasiado de aceite las lamparillas ya desde esta mañana! ¡Nos íbamos a poner perdidas, con las sacudidas que pegan a los mástiles los críos encaramados allí! No nos hablamos, pues

nada tenemos que decirnos; estamos muy atareadas en cimbrear nuestros talles como la gente de París, y en inclinar la cabeza en la dirección del viento para que los cabellos revoloteen.

Llegamos al patio de las escuelas, donde hacemos alto y nos apiñamos; el gentío afluye de todas partes y se apretuja contra las paredes y escaleras. Apartamos, desdeñosa y fríamente, a las compañeras, demasiado dispuestas a rodearnos, a sofocarnos, y les dirigimos algunas frases agrias: «¡Tened cuidado!». A las que ellas contestan: «¡Y vosotras no os pavoneéis tanto, que ya os han admirado bastante toda la mañana!». Belhomme se pone nerviosa y yo reprimo en todo lo posible mis deseos de quitarme uno de mis escotados zapatos para engastarlo en la cara de la peor de las Jaubert, que me ha empujado con disimulo.

El ministro, escoltado por el general, por el prefecto, por un montón de consejeros, de secretarios y de no sé qué más —conozco muy mal a toda esa gente—, que se abren paso entre la multitud, ha subido al estrado y se instala en la hermosa butaca, demasiado dorada, que el alcalde ha sacado expresamente de su salón. Débil consuelo para el pobre, retenido en su casa en ese día inolvidable a causa de la gota. El señor Jean Dupuy suda y se enjuga la frente. (¡Lo que daría él por que fuera mañana! Bueno, al fin al cabo, para eso se le paga). A sus espaldas, en semicírculos concéntricos, se hallan sentados los consejeros generales, el consejo municipal de Montigny… Toda esa gente, bañada de sudor, no debe de oler muy bien. Bueno, y nosotras ¿qué? ¿Se acabó nuestra gloria? ¿Se nos deja aquí abajo, sin ofrecernos siquiera una silla? ¡Es demasiado! «¡Eh, vosotras, venid, nos vamos a sentar!». No sin esfuerzo, nos abrimos paso hasta el estrado, nosotras, la bandera, y todas las que llevan gallardetes. Y una vez allí, levantando la cabeza, llamo a media voz a Dutertre, que charla inclinado sobre el respaldo del señor prefecto, al borde del estrado.

—Señor. ¡Eh, señor! ¡Señor Dutertre…! ¡Doctor!

Oye esta llamada mejor que las otras, y se inclina sonriente, mostrando sus afilados colmillos.

—¿Eres tú? ¿Qué quieres? ¿Mi corazón? ¡Te lo doy!

Ya me parecía que estaba borracho.

—No, señor, prefiero una silla para mí y otras para mis compañeras. Nos han abandonado allí, solas, con los simples mortales. ¡Es desconsolador!

—Sí, es algo que clama justicia. Vais a sentaros escalonadas en las gradas; que, mientras la jorobamos con nuestros discursos, la población pueda por lo menos alegrarse los ojos. ¡Ea, subid todas!

No nos lo hacemos repetir. Anaïs, Marie y yo trepamos las primeras, seguidas por Luce, las Jaubert y las que llevan gallardetes; estas, molestas a causa de sus lanzas, que se enganchan y se enredan, las sostienen con rabia, apretando los dientes y con los ojos bajos, porque creen que la gente se está riendo de ellas. Un hombre, el sacristán, se apiada de ellas y, complaciente, recoge los banderines y se los lleva. Sin duda alguna, los trajes blancos, las flores, las bandejas han dado a ese buen hombre la ilusión de que estaba asistiendo a un corpus laico, por lo que, obedeciendo a una larga costumbre, se lleva nuestros cirios —quiero decir, nuestras banderas— al final de la ceremonia.

Instaladas y dándonos mucha importancia, contemplamos al gentío que se halla a nuestros pies, y las escuelas, que se levantan frente a nosotras; esas escuelas tan encantadoras hoy, bajo las cortinas de follaje, bajo las flores, bajo esos estremecidos adornos que disimulan su árido aspecto de cuartel. En cuanto al vil populacho de las compañeras, que se han quedado abajo, de pie, y que nos contemplan con envidia dándose codazos y riendo con despecho, lo despreciamos olímpicamente.

Se mueven sillas en el estrado, se oye toser, y nos volvemos ligeramente para ver al orador. Es Dutertre, que, de pie en el centro, ágil y flexible, se dispone a hablar, sin cuartillas, con las manos vacías. Se produce un profundo silencio. Se oye, como durante el oficio de los domingos, el agudo llanto de un chiquillo que se quiere ir, y, también como en el oficio, es algo que hace reír. Luego…

—Señor ministro…

No habla más de dos minutos; su discurso, hábil y brutal, lleno de groseros cumplidos, de sutiles bribonadas (de las que probablemente solo he entendido la cuarta parte), es terrible para el diputado y amable para el resto de los humanos, para su glorioso ministro y querido amigo —¡los dos han debido de hacer cada cochinada por ahí!—, para sus queridos conciudadanos, para la maestra «tan indiscutiblemente superior, señores, que el número de diplomas, de certificados de estudios obtenidos por las alumnas me dispensa de todo elogio» (la señorita Sergent, modestamente sentada abajo, inclina la cabeza bajo el velo de su sombrero), para nosotras mismas, a quienes califica de «flores llevando flores, femenina bandera, patriótica y seductora». Ante esta inesperada salida, Marie Belhomme pierde la cabeza y se tapa los ojos con la mano, Anaïs renueva sus vanos esfuerzos por ruborizarse y yo no puedo evitar cimbrearme sobre las caderas. La multitud nos mira y sonríe, y Luce me hace un guiño desde lejos.

—¡… de Francia y de la República!

Los gritos y los aplausos duran cinco minutos, tan violentamente que hacen zumbar los oídos; mientras se calman, la larguirucha Anaïs me dice:

—Escucha: ¿ves a Monmond?

—¿Dónde? Ah, sí, allí le veo. ¿Qué hay?

—Todo el rato está mirando a la Joublin.

—¿Y qué? ¿Te revuelve el estómago que la mire?

—No, pero ¡vaya gusto! Mírale: la hace subir a un banco, la sostiene… Apuesto a que está tanteando a ver si tiene las pantorrillas duras.

—Es probable. ¡Pobre Jeannette! No sé si es la llegada del ministro lo que la conmueve tanto. Está tan colorada como tus cintas, y se estremece.

—Oye, ¿sabes a quién corteja Rabastens?

—No.

—Pues mírale y lo sabrás.

¡Ah, sí! El apuesto Rabastens mira obstinadamente a alguien. Y ese alguien es mi incorregible Claire, ataviada de azul pálido, cuyos hermosos ojos algo melancólicos se vuelven complacidos hacia el irresistible Antonin.

—¡Vaya! ¡Mi hermana de leche se ha colado una vez más! Dentro de poco voy a oír relatos novelescos de citas, de alegrías, de abandonos… ¡Ay, qué hambre tengo, Dios mío!

—Oye, Marie, ¿no tienes hambre?

—Sí, un poco.

—Me estoy muriendo de inanición. ¿Te gusta el traje nuevo de la sombrerera?

—No, me resulta chillón. Cree que, cuanto más resalte, más bonito ha de ser. La alcaldesa encargó el suyo en París.

—¡Para lo que le sirve! Parece un perrito vestido. La relojera lleva la blusa de hace dos años.

—¡Hombre! Quiere dar una dote a su hija… hace bien.

El compadre Jean Dupuy se ha levantado e inicia su réplica con voz seca y con divertidísimo aire de importancia. Por suerte, no habla mucho. Aplaudimos tanto como podemos. Es divertido contemplar todas esas cabezas que se agitan, todas esas manos que aplauden a nuestros pies, todas esas bocas negras que pitan. ¡Y qué sol más bonito brilla allá arriba… aunque dé demasiado calor!

Rumor de sillas en el estrado. Todos los señores se levantan y nos hacen señas de que bajemos. Llevan a comer al ministro; vamos a almorzar…

Con gran dificultad, zarandeadas por el gentío que se empuja en remolinos contrarios, acabamos por salir del patio y por entrar en la plaza, donde el barullo disminuye un poco. Se van todas las muchachitas vestidas de blanco, solas o con las mamás, que las estaban esperando llenas de orgullo; nosotras tres también nos vamos a separar.

—¿Te has divertido? —pregunta Anaïs.

—¡Claro! Lo hemos pasado muy bien; ha sido bonito.

—Sí, pero me parece que… En fin, creí que sería más divertido. Ha faltado un poco de animación.

—¡Calla, que me das náuseas! Sé lo que te ha faltado: hubieras parecido enseguida más alegre.

—¡Puedes decir lo que te dé la gana! No me ofendes; de sobra sabemos lo que eso vale en tu boca.

—Yo —confiesa Marie— nunca me había divertido tanto. ¡Oh, lo que dijo de nosotras…! No sabía dónde meterme. ¿A qué hora hemos de volver?

—A las dos en punto, lo que quiere decir a las dos y media. Como comprenderás, el banquete no terminará antes. Adiós, hasta luego.

Papá, en casa, me pregunta con interés:

—Y Méline, ¿habló bien?

—¡Méline! ¿Y por qué no Sully? ¡Vamos, papá, si es Jean Dupuy!

—Sí, sí, es verdad.

Pero, sea como fuere, su hija le parece bonita y se complace en mirarla.

Me vuelvo a acicalar después del almuerzo, arreglo las margaritas de mi corona, sacudo el polvo de mi falda de muselina y espero pacientemente a que den las dos, resistiendo lo mejor que puedo a unas enormes ganas de dormir la siesta. ¡Qué calor hará allá abajo, Dios mío! Fanchette, no me toques la falda, que es de muselina. No, no te cojo moscas. ¿No ves que hoy recibo al ministro?

Por fin vuelvo a salir; las calles ya están llenas de rumores, y resuenan en ellas pasos que se dirigen al unísono a las escuelas. La gente me mira mucho, cosa que no me disgusta. Cuando llego, ya están allí casi todas mis compañeras; caras encendidas, faldas de muselina, arrugadas y aplastadas; ya nada es nuevo como esta mañana. Luce se despereza y bosteza; ha almorzado demasiado deprisa, tiene sueño, demasiado calor, y nota que le «salen garras». Anaïs es la única que sigue siendo la misma, tan pálida y frágil como siempre, sin pereza ni inquietudes.

Por fin bajan las maestras. La señorita Sergent, con las mejillas encendidas, riñe a Aimée, que se ha manchado el borde de la falda con jugo de frambuesas; la niña mimada se enfurruña, se encoge de hombros y vuelve la espalda sin querer advertir la tierna súplica de los ojos de su amiga. Luce acecha todo esto, se enfurece y se burla.

—¿Estáis todas? —gruñe la señorita Sergent, que, como siempre, hace repercutir sobre nuestras inocentes cabezas sus disgustos personales—. Es igual, vayámonos, no tengo ganas de estar de pl… de esperar una hora aquí. ¡En fila, y volando!

¿De qué nos sirve? Pataleamos largo rato en el estrado, porque el ministro está terminando de tomar el café y los accesorios. La gente se apiña abajo y nos mira riendo; tienen rostros encendidos y sudorosos, como personas que han almorzado copiosamente. Las señoras se han traído taburetes plegables; el mesonero de la rue du Cloître ha puesto bancos, que alquila a dos ochavos por persona; mozos y mozas se apiñan en ellos, se apretujan… Toda esta gente, ebria, grosera y risueña, espera con paciencia, dirigiéndose chocarrerías unos a otros, que se gritan a distancia entre grandes carcajadas. De vez en cuando, una muchachita vestida de blanco se abre paso hasta las gradas del estrado, trepa por ellas y se hace empujar y relegar a las últimas filas por la señorita Sergent, que, nerviosa por tales retrasos, tasca el freno bajo su velillo, encolerizada aún más si cabe porque la pequeña Aimée dirige coquetas miradas a un grupo de hortelanos, llegados de Villeneuve en bicicleta.

Un gran «¡Ah!» dirige a la multitud hacia las puertas de la sala del banquete, que se acaba de abrir para dejar paso al ministro, más colorado, más sudoroso aún que por la mañana, seguido por su escolta de negros fracs. A su paso, todo el mundo se aparta, ya con más llaneza, con algunas sonrisas de familiaridad; si se quedase tres días más el guardia rural acabaría dándole golpecitos en la barriga, pidiéndole un estanco para su nuera, que tiene tres críos —¡pobre mujer!— y a la que le falta el marido.

La señorita Sergent nos apiña al lado derecho del estrado, pues el ministro y sus comparsas se van a

sentar allí, en una hilera de sillas, para oírnos cantar mejor. Los caballeros se instalan; Dutertre, con el rostro color cuero de Rusia, ríe y habla demasiado alto, borracho, qué casualidad. La señorita Sergent, en voz baja, nos amenaza con increíbles castigos si desafinamos, y nosotras atacamos por fin el «Hymne à la Nature»:

El horizonte ya se enciende
con brillantes resplandores;
¡vamos, en pie! ¡He aquí la aurora!
¡Y el trabajo quiere nuestros sudores!

(Si el trabajo no se siente satisfecho con los sudores del cortejo oficial, será porque es muy exigente).

Nuestras vocecitas se pierden un poco al aire libre; me esfuerzo en vigilar a la vez la segunda y la tercera voz. El señor Dupuy sigue vagamente el compás, cabeceando; tiene sueño, y sueña con *Le Petit Parisien*. Unos aplausos convincentes le despiertan de pronto; se levanta, da unos pasos hacia delante, y felicita con torpeza a la señorita Sergent, que, al instante, se vuelve huraña, mira al suelo y se mete en su concha.

Nos desalojan de allí, y nos sustituyen los alumnos de la escuela de chicos, que vienen a rebuznar en estúpido coro:

¡Para caminar con firmeza hacia la meta!
Sursum corda! Sursum corda!
¡Arriba los corazones! Que esta divisa
sea nuestro grito de unión.
Alejemos todo cuanto nos divide.
Atrás el frío egoísmo
que, más que los traidores vendidos,
ahoga el patriotismo…

Y, tras ellos, la charanga de la capital, l'Amicale du Fresnois, viene a alborotar. Todo esto es muy aburrido. ¡Si pudiera encontrar un rinconcito tranquilo…! Y, como ya nadie se ocupa de nosotras, me largo sin decir nada. Me voy a casa, me desvisto y me echo en la cama hasta la hora de cenar. Así estaré más fresca y reposada para el baile.

A las nueve, de pie en la escalinata, respiro el fresco que por fin empieza a sentirse. En lo alto de la calle, debajo del arco de triunfo, maduran los globos de papel como grandes frutos de color. Espero, lista y enguantada, con el capuchón blanco debajo del brazo y el abanico, también blanco, en las manos, a Anaïs y a Marie, que han de venir a buscarme. Se oyen por fin en la calle unos pasos ligeros, unas voces conocidas. Son ellas. Protesto:

—¡Estáis locas! ¡Ir al baile a las nueve y media! ¡Si la sala ni siquiera estará iluminada! ¡Es ridículo!

—Hija mía, la señorita dijo: «Empezará a las ocho y media. En esta tierra son así; no se les puede hacer esperar. Tan pronto han dado el último bocado, se precipitan al baile». Eso es lo que dijo…

—Razón de más para no imitar a los mozos y mozas de por aquí. Si los fracs bailan esta noche, llegarán a eso de las once, como en París, y nosotras ya estaremos deslucidas de tanto bailar. Entrad un poco en mi jardín.

Me siguen a disgusto por las oscuras alamedas, donde Fanchette, vestida de blanco como nosotras, baila, saltarina y alocada, tras las mariposas nocturnas. Al oír voces extrañas, se torna desconfiada y trepa a un pino, desde donde sus ojuelos siguen brillantes como dos verdes farolillos. Por otra parte, ahora Fanchette me desprecia; el examen, la inauguración de las escuelas… No estoy nunca en casa, no le cojo moscas, montones de moscas que antes le enfilaba en horqueta en una aguja de sombrero y que ella iba sacando delicadamente para comérselas, tosiendo a veces, cuando un ala molesta se le pegaba a

la garganta. Solo muy raras veces le doy ahora chocolate crudo y cuerpos de mariposas, que adora; y por las noches llego a olvidarme de hacerle una «alcobita» entre dos tomos de Larousse. ¡Paciencia, Fanchette querida! Dispondré en adelante de mucho tiempo para mortificarte y para hacerte saltar por el aro, puesto que, ¡ay!, no regresaré a la escuela.

Anaïs y Marie no están quietas ni un minuto, y me contestan tan solo con distraídos «Sí» y «No». Les hormiguean las piernas. Vamos, vayámonos puesto que tienen tantas ganas. «Pero ya veréis como las maestras no habrán bajado siquiera».

—¡Oh, piénsalo! Solo tienen que bajar por la escalerilla interior para encontrarse en la sala de baile. De vez en cuando echan una mirada por la puertecilla con el fin de ver si ha llegado el momento adecuado para hacer su aparición…

—Pues, justamente, si llegamos demasiado temprano pareceremos unas pánfilas, solas, con cuatro gatos en esa enorme sala.

—¡Oh, qué pesada eres, Claudine! Mira, si hay poca gente, subiremos a buscar a las pensionistas por la escalerilla interior, y bajaremos solo cuando hayan llegado los hombres.

—Bueno, así está bien.

¡Yo que temía hallar desierta la gran sala! Está ya llena más que a medias de parejas que dan vueltas a los acordes de una orquesta mixta (encaramada sobre el estrado, que, adornado con guirnaldas, se levanta en el fondo de la sala), una orquesta compuesta por Trouillard y por otros rascatripas locales, que, armados de sus violines, cornetines y trombones, se han unido a algunos elementos de l'Amicale du Fresnois, que lucen gorras galonadas. Todos ellos soplan, rascan y golpean con poca armonía y escasa unidad, pero con grandes bríos.

Hay que abrirse paso a través del cordón de gente que obstruye la puerta de entrada, abierta de par en par, porque, como ustedes saben, el servicio de orden, aquí… Es ahí donde se oyen los comentarios poco amables y las habladurías acerca de los vestidos de las muchachas y los frecuentes emparejamientos de bailarines y bailarinas.

—¡Hija mía, enseñar así lo que se tiene…! ¡Es una descocada!

—Sí, y total para enseñar ¿qué? ¿Huesos?

—Cuatro veces, cuatro veces seguidas ¡ha bailado con Monmond! Si yo fuera su madre, ¡ya la arreglaría! ¡La mandaría enseguida a la cama!

—Esos señores de París no bailan como se baila por aquí.

—¡Es verdad! Parece como si tuvieran miedo de partirse en dos. ¡Se mueven tan poco! Gracias a Dios, los mozos de por aquí saben divertirse sin preocuparse de lo que les cuesta.

Es verdad, aunque Monmond, brillante bailarín, se abstiene de hacer filigranas, con las piernas en X, debido a la presencia de la gente de París. Monmond es un apuesto caballero, y ¡cómo se lo disputan! Pasante de notario, con cara de jovencita y rizado pelo negro, ¿cómo resistírsele?

Hacemos una entrada tímida, entre dos figuras de cuadrilla, y atravesamos lentamente la sala para ir a sentarnos como tres niñas muy juiciosas sobre una banqueta. Sabía de sobra, estaba convencida de que mi atavío me sentaba bien, de que mis cabellos y diadema hacían de mí una personilla nada despreciable; pero las miradas disimuladas, las fisonomías súbitamente atirantadas de las jovencitas, que descansan y se abanican, me dan la seguridad de ello, y me siento más a mis anchas. Puedo dedicarme a examinar la sala sin temor.

Los fracs, ¡ay!, no son numerosos. Todo el cortejo oficial ha tomado el tren de las seis; adiós ministro, general, prefecto y su cortejo. Quedan justito cinco o seis muchachos, secretarios sin importancia, aunque, por otra parte, simpáticos y de buen porte, que, de pie en un rincón, parecen divertirse prodigiosamente con este baile —sin duda no han visto otro igual—. ¿Y el resto de los bailarines? Son los mozos de Montigny y de sus alrededores, dos o tres con traje de etiqueta, mal cortado; los otros con

traje corriente… Tristes atavíos para esta velada que se pretendió considerar oficial.

Solo bailan las muchachas solteras, pues en esta tierra primitiva la mujer deja de bailar en cuanto se casa. La juventud se ha puesto esta noche de veinticinco alfileres; vestidos de gasa azul, de muselina rosa, que hacen parecer negros estos saludables cutis de jóvenes campesinas, cabelleras demasiado peinadas y no bastante huecas, guantes de hilo blanco… Y, aunque las comadres de la puerta aseguren que sí, muy poco escote; los corpiños se detienen demasiado arriba, justo allí donde se empieza a ver carne blanca, firme y rolliza.

La orquesta avisa a las parejas que se formen, y, entre el revuelo de las faldas, que nos rozan las rodillas al dar vueltas, veo pasar a Claire, mi hermana de leche, lánguida y gentil, del brazo del apuesto ayudante Antonin Rabastens, que, con un clavel blanco en el ojal, danza furiosamente.

Las maestras no han bajado todavía (vigilo con asiduidad la puertecita de la escalera interior por donde han de aparecer), cuando un caballero, uno de los fracs, se inclina ante mí. Me dejo llevar; no es desagradable, aunque demasiado alto para mí; es robusto y baila bien, sin apretar demasiado, mirándome desde arriba con expresión divertida.

¡Qué tonta soy! Solo debía pensar en el placer del baile, en la pura alegría de ser invitada antes que Anaïs, que mira a mi caballero con ojos de envidia… pero este vals solo me proporciona tristeza, una tristeza tal vez tonta, pero tan aguda que a duras penas contengo las lágrimas. ¿Por qué? ¡Ah! Porque… —no, no puedo ser absolutamente sincera hasta el fin; solo puedo indicar que…—, en fin, me duele el alma porque a mí, que no me gusta mucho bailar, me gustaría bailar con alguien a quien adorase con toda mi alma; porque querría tener aquí a ese alguien para franquearme y contarle todo lo que no cuento más que a Fanchette, o a mi almohada (ni siquiera a mi diario); porque ese alguien me hace una falta loca y porque no me entregaré nunca más que a quien ame y conozca a fondo… sueños que jamás se realizarán.

Mi arrogante pareja rompe el silencio, como no podía fallar.

La primera pregunta que me hace ya la esperaba:

—¿Le gusta bailar, señorita?

—No, señor.

—Pues, entonces… ¿por qué baila?

—Porque prefiero esto que nada.

Dos vueltas en silencio; luego continúa:

—¿Se puede observar que sus dos compañeras sirven admirablemente para hacerla destacar?

—¡Oh, Dios mío, claro que se puede! Pero, de todos modos, Marie es bastante monilla.

—¿Decía usted…?

—Digo que la de azul no es fea.

—A mí… no me gusta mucho ese estilo de belleza. ¿Me permite invitarla para el próximo vals?

—Con mucho gusto.

—¿No tiene carnet?

—No importa. Aquí conozco a todo el mundo; no me olvidaré.

Me lleva a mi sitio y, apenas ha vuelto la espalda, Anaïs me felicita con un «¡Hija mía!» de los más tirantes.

—Sí, ¿verdad que está bastante bien? Además, ¡si supieras qué bien habla!

—¡Ah, claro, ya se sabe que hoy todo se te da bien! A mí me ha invitado Féfed para el siguiente baile.

—Y a mí —dice Marie, radiante— me ha invitado Monmond. ¡Ah, ahí está la señorita Sergent!

Sí, en efecto, ahora aparecen las dos, se encuadran por turno en la puertecita del fondo de la sala; primero la pequeña Aimée, que solo se ha puesto un corpiño de *soirée*, blanco, vaporoso, del que emergen unos hombros delicados y túrgidos y unos brazos finos y torneados. En el cabello, junto a las pequeñas orejas, unas rosas blancas y amarillas dan aún mayor realce a los dorados ojos, ¡que no las necesitan para brillar!

La señorita Sergent, siempre de negro, pero con lentejuelas, poco escotada, mostrando su piel tensa y ambarina, esponjoso el cabello, que lanza ardientes sombras sobre la poco agraciada cara, dejando brillar los ojos, no está del todo mal. Detrás de ella serpentea la hilera de las pensionistas, de blanco, con vestidos muy cerrados, completamente corrientes. Luce corre hacia mí y me cuenta que se ha escotado «remetiéndose hacia dentro el cuello del corpiño», a pesar de la oposición de su hermana. Ha hecho bien. Y, casi al mismo tiempo, Dutertre entra por la puerta grande, encarnado, excitado, hablando demasiado alto.

A causa de los rumores que corren por la ciudad, se vigilan mucho en la sala las simultáneas apariciones del futuro diputado y de su protegida. Pero nada importa. Dutertre va en línea recta hacia la señorita Sergent, la saluda, y, como la orquesta está empezando una polca, se la lleva con audacia a bailar. Ella, con las mejillas encendidas y los ojos entrecerrados, no dice palabra y baila, ¡con gracia, a fe mía! Las parejas se forman de nuevo y la atención se desvía de ellos.

Una vez ha conducido a su sitio a la directora, el delegado cantonal se dirige hacia mí —halagadora atención, que es muy notada—. Baila la mazurca violentamente, sin valsar, pero dando demasiadas vueltas, apretándome demasiado y hablándome entre los cabellos.

—¡Estás bonita como un sol!

—En primer lugar, doctor, ¿por qué me tutea? Ya soy mayor.

—Si te parece, voy a andar con miramientos… ¡Hay que ver, vaya una persona mayor…! ¡Oh, tus cabellos y esta diadema…! ¡Me gustaría tanto quitártela!

—Le juro que no es usted quien me la quitará.

—¡Cállate o te beso delante de todo el mundo!

—A nadie le iba a extrañar. ¡Le han visto hacer cada cosa…!

—Es verdad. Pero ¿por qué no vienes a verme? Lo único que te retiene es el miedo; tienes la mirada viciosa… ¡Bah, bah, ya te pillaré algún día…! ¡No te rías! ¡Acabarás por hacerme enfadar!

—¡Oh! No haga ver que es tan malo, que no lo creo.

Ríe enseñando los dientes, y en mi fuero interno pienso: «Puedes hablar cuanto quieras; el invierno que viene estaré en París y no me volverás a ver».

Después de bailar conmigo, se va a dar vueltas con la pequeña Aimée, mientras a mí me invita Monmond, que lleva una americana de alpaca. No me niego, ¡claro que no! Bailo muy a gusto con los mozos de por aquí (con los que conozco), con tal de que lleven guantes; a su manera, son simpáticos conmigo. Y vuelvo a bailar con mi frac del primer vals, hasta el instante en que descanso un poco durante una contradanza, en parte para no sofocarme, y también porque la contradanza me parece ridícula. Claire viene a mi lado y se sienta, dulce y lánguida, enternecida esta noche por una melancolía que le sienta bien. Le pregunto:

—Oye, ¿ya sabes que se habla mucho de ti respecto a las asiduidades del apuesto ayudante?

—¡Oh! ¿Te parece…? Pero no pueden decir nada, porque no hay nada.

—Vamos, no pretenderás venirme con secretos, ¿eh?

—¡No, santo Dios! Pero no hay nada de verdad. Verás: nos hemos visto dos veces, esta es la tercera… Habla de una manera… cautivadora. Y hace un momento me ha preguntado si por las tardes iba a pasear por la Sapinière.

—Ya sabes qué quiere decir eso. ¿Qué le contestarás?

Sonríe, sin decir nada, con expresión vacilante y codiciosa. Irá. ¡Estas chiquillas son divertidas! He aquí a una, bonita y dulce, sentimental y dócil, que desde los catorce años se deja plantar sucesivamente por media docena de novios. ¡No tiene mano izquierda! Es cierto que yo tampoco me daría gran maña en eso, yo, que sé hilvanar tan hermosos razonamientos…

Se apodera de mí un vago aturdimiento a causa de tanto dar vueltas y, sobre todo, de tanto ver dar vueltas. Casi todos los fracs negros se han ido, excepto Dutertre, que danza alocadamente como un torbellino; baila con todas aquellas que le parecen bonitas, o con las que aún son muy jóvenes, las

arrastra al ruedo, las manosea y las deja atontadas, pero muy halagadas. El baile, a partir de medianoche, se va volviendo cada vez más familiar; los forasteros se han ido, y una se encuentra tan solo entre amigos; es el público del merendero de Trouillard en los días de fiesta… Pero se está más cómodo aquí, en esta gran sala alegremente decorada, y la araña de cristal ilumina mejor que las tres lámparas de petróleo de la taberna. La presencia del doctor Dutertre no intimida a los mozos, muy al contrario, y ya Monmond no obliga a sus pies a que se deslicen sobre el parquet. Sus pies vuelan, asoman por encima de las cabezas, se apartan locamente uno de otro en grandes y prodigiosos *écarts*. Las muchachas le miran y ríen detrás de sus pañuelos, perfumados con agua de colonia barata. «¡No hay otro como él!».

De repente, vemos pasar a ese loco con una brutalidad de ciclón, llevando a su pareja como si fuera un paquete. Ha apostado «un cubo de vino blanco», pagadero en el bufet instalado en el patio, a que «recorrerá» la sala en seis pasos de *galope*. La gente se arremolina para admirarle. Monmond gana, pero su pareja —Fifine Baille, una descocada que reparte leche y todo lo que uno quiera— lo planta furiosa, insultándole:

—¡Bicho asqueroso! ¡Casi me rompes el traje! ¡Si vienes a buscarme otra vez, te dejaré como nuevo!

El público se desternilla, y los mozos aprovechan el tumulto para pellizcar, acariciar y hacer cosquillas a todas las muchachas que encuentran al alcance de la mano. Se están poniendo demasiado alegres, por lo que iré a acostarme prontito. La larguirucha Anaïs ha podido por fin conquistar a un frac negro rezagado; pasea con él por la sala, se abanica, ríe alto, arrullándole, encantada de que el baile se anime y los mozos se exciten… ¡Por lo menos habrá uno que le bese en el cuello o en otro sitio!

¿Dónde se ha metido Dutertre? La señorita Sergent ha acabado acorralando a su pequeña Aimée en un rincón, y le hace una escena de celos, convertida de nuevo, al dejar a su apuesto delegado cantonal, en un ser tierno e imperioso; la otra la escucha encogiéndose de hombros, lejana la mirada y obstinada la frente. En cuanto a Luce, baila alocadamente —«No pierdo ni uno»—, pasando de brazo en brazo sin mostrar ningún cansancio; los mozos no la encuentran bonita, pero cuando la han invitado una vez vuelven a ella. La notan tan flexible… Es mimosa y menuda, ligera como un copo.

La señorita Sergent se ha esfumado, tal vez irritada al ver bailar a su favorita, a pesar de sus amonestaciones, con un mozo rubio que la estrecha en sus brazos, la roza con sus bigotes y sus labios sin que ella proteste. Es la una, no me divierto ya mucho y deseo irme a la cama. Durante la interrupción de una polca (aquí, la polca se baila en dos partes, y en el intermedio las parejas pasean una tras otra, cogidas del brazo, en torno a la sala) detengo a Luce cuando pasa por mi lado y la hago sentarse un minuto.

—¿No estás cansada de este oficio?

—¡Oh, no! Bailaría ocho días seguidos; ni me doy cuenta de que tengo piernas.

—Entonces ¿estás divirtiéndote mucho?

—¡No lo sé! No pienso en nada, estoy como aturdida. ¡Es tan agradable! Me gusta sobre todo cuando me abrazan fuerte. ¡Cuando me abrazan fuerte y bailamos deprisa, me entran ganas de gritar!

¿Qué es lo que se oye de repente? Pasos, chillidos de una mujer que recibe una paliza, insultos a voces. ¿Se estarán peleando los mozos? No, los rumores vienen del piso superior. Los gritos se tornan tan agudos que el paseo de las parejas se interrumpe; la gente empieza a inquietarse y se precipita hacia la puerta de la escalera interior; la abre, aumenta el tumulto, y reconozco con estupor la voz de la señora Sergent, una voz chillona de vieja campesina, que aúlla cosas tremendas. Todos escuchan, clavados en su sitio, en absoluto silencio, fijos los ojos en la puertecita de donde sale tanto ruido.

—¡Ah, perra de hija! ¡Te lo has merecido! ¡He partido el mango de la escoba sobre ese cerdo de médico! ¡Ah, le he dado una buena! Hace tiempo que olfateaba algo. ¡No, no rica, no me callaré! ¡Me importan un bledo los del baile! ¡Que escuchen, que oirán algo bueno! ¡Mañana por la mañana, es decir, mañana no, ahora mismo, lío mis bártulos y me voy! No puedo seguir durmiendo en una casa como esta, ¡oh, no! ¡Marrana, aprovechaste que estaba borracho, fuera de sí, para meter en tu cama a ese

pendón! ¡Así es como te habían aumentado el sueldo, perra en celo! ¡Si te hubiera hecho guardar vacas como yo hice, no habrías llegado a este extremo! ¡Pero tendrás tu castigo! ¡Gritaré por todas partes lo que ha pasado! ¡Quiero que te señalen por las calles! ¡Quiero que se rían de ti! ¡No, no puede hacerme nada tu cerdo indecente de delegado cantonal, aunque tutee al ministro! ¡Le he clavado una paliza que ha salido arreando! ¡Me tiene miedo! ¡Venir a hacer porquerías aquí, en un cuarto donde cada día hago la cama, y no preocuparse siquiera de cerrar la puerta! ¡Se ha escapado casi en camisa, descalzo! ¡Sus cochinos botines están todavía aquí! ¡Toma, toma, que los vean!

Se oyen caer los zapatos por la escalera, saltando uno tras otro por los escalones; uno de ellos cae hasta abajo del todo, y quedan en el umbral de la puertecita, a plena luz; es un botín charolado, brillante y fino. Nadie se atreve a tocarlo. La exasperada voz se debilita, se aleja a lo largo de los corredores, se apaga entre los restallidos de las puertas; la gente se mira sin dar crédito a sus oídos. Las parejas, todavía enlazadas, permanecen perplejas, al acecho; poco a poco, en las bocas burlonas se dibujan disimuladas sonrisas; estas pueden verse hasta en el estrado, donde los músicos se divierten como los demás.

Busco a Aimée con los ojos, y la veo tan pálida como su traje, con las pupilas agrandadas, fijas en el botín, punto de atracción de todas las miradas. Se acerca a ella un muchacho, invitándola caritativamente a salir un poco para sosegarse. Ella pasea a su alrededor una mirada enloquecida, estalla en sollozos y sale fuera corriendo. (Llora, llora, hija mía; estos momentos de dolor te harán hallar más dulces las horas de dicha). Y después de esta huida ya no hay miramientos; la gente ríe mucho; unos a otros se dan codazos y se dicen: «¿Has visto?».

Oigo entonces a mi lado una risa loca, una risa aguda, sofocante, a la que vanamente se intenta ahogar en un pañuelo; es Luce, que se desternilla, sentada en una banqueta, doblada en dos, llorando de tanto reír, con tal expresión de felicidad sin sombras que la risa se apodera también de mí.

—Luce, ¿no estás loca? ¡Reírte así!

—¡Ja, ja, ja! ¡Déjame, es tan agradable! ¡Ah, nunca me hubiera atrevido a esperar tanto…! ¡Ja, ja, ja! ¡Ya puedo irme, que tengo alegría para rato! ¡Dios mío, cuánto bien me hace!

La llevo a un rincón para que se calme un poco. En la sala se habla de firme y ya no baila nadie. Mañana por la mañana, ¡qué escándalo! Pero un violín lanza una nota perdida; le siguen los cornetines y los trombones; una pareja esboza con timidez un paso de polca, la imitan otras dos parejas, y luego todas. Alguien cierra la puertecita para ocultar el escandaloso botín, y el baile se reanuda, más alegre, más desenfrenado tras haber asistido a un espectáculo tan divertido, que tan poco podía esperarse. Yo voy a acostarme, plenamente dichosa por haber coronado mis años escolares con esta noche memorable.

¡Adiós, clase! ¡Adiós, señorita Sergent y su amiga! ¡Adiós, felina y pequeña Luce y malvada Anaïs! Os voy a abandonar para entrar en el mundo… y mucho me extrañará si me divierto en él tanto como en la escuela.

Claudine en París

Hoy empiezo de nuevo mi diario, forzosamente interrumpido por mi enfermedad, mi grave enfermedad… pues me parece que de veras estuve muy enferma.

Todavía no me siento muy fuerte, pero el periodo de fiebre y aflicción ha pasado a la historia. Claro que no concibo que la gente viva en París por gusto, sin verse obligado a ello; pero empiezo a comprender que uno se puede interesar por lo que sucede en estos grandes cajones de seis pisos.

Va a ser necesario, por el honor de mis cuadernos, que cuente por qué estoy en París y por qué me fui de Montigny y de la escuela tan querida y tan fantasiosa, donde la señorita Sergent, sin preocuparse por el qué dirán, continúa mimando a su pequeña Aimée, mientras las alumnas arman un alboroto de mil demonios; que explique por qué papá ha abandonado sus babosas, todo eso, en fin, todo eso. ¡Estaré muy cansada cuando termine! Porque, ¿saben ustedes?, estoy más delgada que el año pasado y un poco más alta; a pesar de mis diecisiete años, cumplidos anteayer, apenas aparento dieciséis, a ver, mirémonos en el espejo… ¡Oh, sí!

Barbilla puntiaguda: eres graciosa, pero te suplico que no exageres tu punta. Ojos castaños, perseveráis en ser castaños y no lo censuro; sin embargo, no retrocedáis bajo mis cejas con tal exceso de modestia. Boca mía, sigues siendo mi boca, pero tan pálida que no puedo dejar de frotar sobre esos labios, finos y paliduchos, los pétalos del geranio rojo de la ventana (lo que, por otra parte, le da un sucio tono violáceo que me como enseguida). ¡Oh, mis pobres orejas! Orejitas blancas y anémicas, os escondo bajo los cabellos en bucles, os miro de vez en cuando a hurtadillas y os pellizco para haceros enrojecer. Pero ¡son mis cabellos lo que me preocupa sobre todo! No puedo hablar de esto sin que me entren ganas de llorar. ¡Me los cortaron debajo de la oreja, mis bonitos mechones de color castaño rojizo, mis hermosos mechones rizados! ¡Por Dios!, los diez centímetros que me quedan hacen todo cuanto pueden por rizarse y ahuecarse, y se apresuran a crecer, pero cada mañana, cuando involuntariamente hago el gesto de levantarme la melena para enjabonarme el cuello, ¡me pongo tan triste…!

¡Papá, el de la hermosa barba, te tengo casi tanta rabia como a mí misma! ¡No se puede tener idea de lo que es un padre así! Escuchen y se darán cuenta.

Su gran tratado sobre la *Malacalogie du Fresnois* estaba casi terminado. Papá envió gran parte de los manuscritos al editor Masson, de París, y desde ese día se sintió devorado por una espantosa fiebre de impaciencia. ¿Cómo las galeradas corregidas expedidas al bulevar Saint-Germain por la mañana (ocho horas de ferrocarril) no estaban de regreso en Montigny aquella misma noche? ¡Ah, hubo un buen repertorio dirigido al cartero Doussine!: «¡Cochino bonapartista, que no me trae las pruebas! ¡Su mujer le hace llevar cuernos y bien merecido lo tiene!». Y los tipógrafos, ¡oh, los tipógrafos! Las amenazas de arrancar la cabellera a esos «hacedores de escandalosas erratas». Los anatemas contra «ese engendro de Sodoma» se oían todo el santo día. Fanchette, mi hermosa gata, que es una persona bien educada, alzaba las orejas llena de indignación. Noviembre era lluvioso; las babosas, abandonadas, perecían unas tras otras. Tanto fue así que una noche papá, con una mano sobre su barba tricolor, me dijo:

—Mi libro no va bien; los impresores se burlan de mí… Lo más razonable sería que fuéramos a instalarnos en París.

Esta proposición me trastornó. Y tanta sencillez, unida a tanta demencia, me exaltó. Solo supe pedir ocho días para reflexionar.

—¡Apresúrate! —añadió papá—. Lo de la casa ya está resuelto; Fulano de Tal quiere alquilarla.

¡Oh, la doblez de los padres más ingenuos! El viejo ya lo había arreglado todo bajo mano. ¡Y yo que ni siquiera presentía la amenaza de esta marcha!

Dos días más tarde, en la escuela, donde siguiendo los consejos de la señorita Sergent pensaba vagamente en preparar mi certificado de estudios superiores, la larguirucha Anaïs estuvo más cargante que nunca; no pude más y le dije, encogiéndome de hombros:

—No me jeringarás por mucho tiempo, chica; me voy a vivir a París dentro de un mes.

La estupefacción, que no tuvo tiempo de disimular, me llenó de inmensa alegría. Corrió hacia Luce.

—¡Luce, vas a perder a tu gran amiga! ¡Llorarás lágrimas de sangre cuando Claudine se vaya a París! ¡Pronto, pronto, córtate un mechón de tus cabellos, intercambiad vuestros últimos juramentos! ¡Os queda poco tiempo!

Luce, anonadada, desplegó los dedos como hojas de palmeras, abrió muy grandes sus verdes y perezosas pupilas y, sin pudor, se deshizo en ruidosas lágrimas. Me estaba fastidiando.

—¡Me voy, sí, caramba! ¡Y no os echaré de menos a todas juntas!

En casa, decidida ya, di a papá el «sí» solemne. Él acarició su barba con satisfacción y decretó:

—Pradeyron ya está buscándonos piso. ¿Dónde? No sé nada; con tal de que tenga sitio para mis mamotretos, me importa un rábano el barrio. ¿Y a ti?

—A mí también me… me da lo mismo.

En realidad, no sabía nada de ello. ¿Cómo quieren ustedes que una Claudine, que jamás ha salido de la casa y del amado jardín de Montigny, sepa lo que hay que hacer en París y qué barrio debe escoger? Fanchette tampoco sabía nada. Pero me sentí llena de agitación, y, como en todos los grandes momentos de mi vida, me dediqué a vagabundear, mientras papá, que súbitamente se había vuelto práctico —no, estoy exagerando— y activo, se ocupaba con enorme estrépito en embalar las cosas.

Por cientos de razones, preferí huir a los bosques y no escuchar las rabiosas quejas de Mélie.

Mélie es rubia, perezosa y está marchita. Había sido muy bonita. Cocina, me trae agua y sustrae la fruta de nuestro jardín para dársela a unos «conocidos». Pero papá asegura que desde siempre me alimentó con una leche soberbia y que continúa queriéndome como antaño. Canta sin cesar, y ha conservado en la memoria una variada selección de canciones picarescas, incluso obscenas, de las que he retenido algunas (después dirán que no cultivo las artes de adorno). Hay una canción muy bonita que dice:

Bebió cinco o seis tragos
sin tomar aliento, tra, la, la,
y como era de su gusto
no escatimaba esfuerzos,
tra, la…

Mélie mima con ternura mis defectos y virtudes. Comprueba con exaltación que soy «maja», que tengo «un bonito cuerpo», y concluye: «¡Es una pena que no tengas un galán!». Esta necesidad, ingenua y desinteresada, de suscitar y de satisfacer amorosos designios, la extiende Mélie sobre toda la naturaleza. En primavera, cuando Fanchette maúlla y se revuelve por las alamedas, Mélie llama complacientemente a los morrongos, atrayéndolos con platos llenos de carne cruda; luego contempla enternecida los idilios que resultan de ello, y, de pie en el jardín, con el delantal sucio, deja que se pegue al fondo de la cacerola el cuarto de ternera o la liebre que está guisando, mientras ella, soñadora, va sopesando con las manos sus senos sin sostén, un gesto frecuente que tiene la virtud de irritarme. Y me repugna un poco, a mi pesar, pensar que he mamado esos senos.

Si yo fuera una mema y no una muchacha muy juiciosa, Mélie, condescendientemente, haría todo lo necesario para que pecara; pero yo me río de ella cuando me habla de enamorados. (¡Ah, no, ni hablar!). Le doy un coscorrón y le digo: «Ve a hablar de ello a Anaïs. Te recibirá mejor».

Mélie juró por la sangre de su madre que no iría a París. Le contesté que me importaba un comino, y entonces empezó sus preparativos, profetizando espantosas catástrofes.

Así que vagabundeé por los caminos enlodados, por los bosques rojizos, que olían a setas y a musgo húmedo, dedicándome a cosechar hongos amarillos, amigos de las salsas cremosas y de la ternera a la cazuela. Y, poco a poco, comprendí que ese traslado a París sería una locura. ¡Quién sabe! Tal vez suplicando a papá… o, quizá mejor, ¿intimidándole…? Pero ¿qué diría Anaïs? Y Luce, ¿acaso creería que me quedo por ella? No, ¡demonios! Tiempo habría de remediar la cosa si allá me encontrara demasiado mal.

Un día, en el lindero del bosque de Vallées, mientras veía allá abajo los demás bosques, esos bosques que son lo que más amo en el mundo, y los prados amarillos, los campos de labranza, con su tierra casi rosada y, allá arriba, la torre sarracena que cada año se derrumba un poco más, vi tan claramente que partir era una tontería y una desgracia que estuve a punto de bajar corriendo a casa y suplicar, ordenar, que se desclavaran las cajas de los libros y se desenfundaran las butacas.

¿Por qué no lo hice? ¿Por qué me quedé allí, vacía por dentro, con las manos heladas debajo de la roja capelina? Las castañas caían con su cáscara sobre mí y me picaban un poco en la cabeza, como si fuesen ovillos de lana donde se dejaron olvidadas algunas agujas de zurcir.

Abrevio. Adiós a la escuela; fríos adioses a la directora (¡sorprendente señorita Sergent!; con su pequeña Aimée metida entre las faldas, me dice «Hasta la vista», como si fuera a regresar esa misma noche); burlones adioses de Anaïs: «No te deseo buena suerte, chica; la suerte te sigue a todas partes. ¡Seguro que no te dignarás escribirme más que para comunicarme tu boda!». Adioses angustiados y sollozantes de Luce, que ha confeccionado para mí una bolsita de malla, de seda amarilla y negra, de un mal gusto perfecto, y, además, me da un mechón de sus cabellos dentro de un estuche para agujas. Ha hecho encantar esos obsequios, para que nunca los pierda.

(Para los que ignoren el sortilegio pertinente, se pone en el suelo el objeto que se desee encantar, se le encierra entre dos paréntesis, cuyos extremos deben cruzarse, y se escribe una X a la izquierda del objeto. Una vez hecho esto, quédense tranquilos, el encantamiento es infalible. Se puede también escupir sobre el objeto en cuestión, pero no es absolutamente indispensable).

La pobre Luce me ha dicho:

—Tú no crees que seré desgraciada. Pero ya verás lo que soy capaz de hacer. Ya sabes que estoy harta de mi hermana y de la señorita Sergent. Para mí, aquí no había nadie más que tú, y si estaba contenta era solo por tenerte a ti. ¡Ya verás lo que va a pasar!

He dado muchos besos a la pobre pequeña en sus elásticas mejillas, en sus pestañas húmedas, en su nuca blanca y morena; he besado sus hoyuelos y su irregular naricilla, demasiado corta. Nunca obtuvo de mí tantas caricias, y su desesperación aumentó. Tal vez pude hacerla muy feliz durante un año (no te hubiera costado mucho, Claudine, te conozco), pero no me arrepiento de no haberlo hecho.

El horror físico de ver trasladar los muebles y embalar mis pequeñas cosas me hizo volver friolera y mala como un gato bajo la lluvia. Y, al asistir a la marcha de mi pequeño escritorio de caoba manchado de tinta, de mi vieja cama de nogal y del aparador normando que me sirve de armario para la ropa blanca, estuve a punto de sufrir un ataque de nervios. Papá, más gallardo que nunca, deambulaba en medio del desastre, cantando: «Los ingleses llenos de arrogancia / han sitiado Lorient / y las gentes de la Baja Bretaña…» (desgraciadamente, no se puede citar la continuación). ¡Jamás lo odié tanto como ese día!

En el último momento creí que había perdido a Fanchette, que, tan horrorizada como yo, había huido despavorida al jardín, refugiándose en la carbonera. Me dio mucho trabajo capturarla y encerrarla en una cesta de viaje; estaba manchada de negro, escupiendo y blasfemando como un demonio. En lo que se refiere a cestas, solamente admite la de la carne.

El viaje, la llegada, los principios de nuestra instalación se pierden en una bruma angustiosa. El piso, oscuro, entre dos patios de la rue Jacob, triste y pobre, me dejó en un acongojado aturdimiento. Vi llegar, sin moverme, una a una las cajas de libros; luego los muebles, que parecían estar fuera de lugar. Vi a papá, excitado y dinámico, clavar estantes, arrastrar su mesa de rincón en rincón, regocijarse en voz alta de la situación del piso.

—¡A dos pasos de la Sorbona, cerca de la Sociedad de Geografía, y con la biblioteca de Sainte-Geneviève al alcance de la mano!

Oí a Mélie quejarse de la estrechez de la cocina, que no obstante es una de las más hermosas estancias del piso, al otro lado del rellano; y soporté que, con la excusa de la mudanza incompleta y difícil, nos sirviera comistrajos… también difíciles e incompletos. Una sola idea me torturaba: «¡Cómo! ¿Soy yo la que estoy aquí? ¿He sido yo la que dejó que se realizara esta barbaridad?». Me negué a salir; me negaba obstinadamente a ocuparme en nada útil; erraba de un cuarto a otro, contraída la garganta, el apetito ausente. Al cabo de diez días tenía tan mala cara que hasta papá lo notó y se puso enseguida como loco, pues él lo hace todo a fondo y sin medida. Me sentó sobre sus rodillas, contra su gran barba tricolor, y me acunó con sus manos nudosas, que a fuerza de tanto instalar estantes olían a pino. Yo no decía nada y apretaba los dientes, ya que le guardaba un feroz rencor. Luego, mis crispados nervios dieron paso a una bonita crisis, y, ardiendo de fiebre, Mélie me metió en la cama.

Pasó mucho tiempo. Fue algo así como una fiebre cerebral con trazas de tifoidea. No creo haber delirado mucho, pero había caído en una lamentable noche; solo sentía la cabeza, que me dolía mucho. Recuerdo haber pasado horas enteras tumbada del lado izquierdo, siguiendo con la yema del dedo el contorno de uno de los fantásticos frutos estampados de las cortinas, una especie de manzana con ojos. Incluso ahora basta con que la mire para volar enseguida a un mundo de pesadillas y de sueños agitados, donde hay de todo: la señorita Sergent, Aimée, Luce, una pared que se me cae encima, la perversa Anaïs y Fanchette, que se está haciendo grande como un asno y que se sienta sobre mi pecho. También recuerdo que durante mi enfermedad papá se inclinaba sobre mí; su cara me parecía enorme al igual que su barba, y le rechazaba con mis débiles brazos retirando inmediatamente las manos, pues el paño de su chaqueta me parecía áspero y muy desagradable al tacto. Recuerdo, por último, a un médico amable, un rubito con voz de mujer y manos frías, que me hacían estremecer de pies a cabeza.

No pudieron peinarme durante dos meses, y, como el desgreñamiento de mis rizos me hacía daño cuando volvía la cabeza en la almohada, Mélie me cortó el pelo con sus tijeras, muy corto, como pudo, a trasquilones, formando escaleras. ¡Dios mío, qué suerte que la larguirucha de Anaïs no pueda verme así, hecha un muchachuelo, ella, que tanto envidiaba mis rizos castaños y que durante el recreo me los estiraba disimuladamente!

Poco a poco volví a adquirir gusto por la vida. Una mañana, cuando pudieron sentarme sobre la cama, me di cuenta de que el sol naciente entraba en mi cuarto, de que el papel pequín rojo y blanco alegraba las paredes, y empecé a soñar con las patatas fritas.

—Mélie, tengo hambre. Mélie, ¿qué es lo que hay en la cocina que se huele desde aquí? Mélie, mi espejito. Mélie, agua de colonia para lavarme las orejas. Mélie, ¿qué se ve desde la ventana? Quiero levantarme.

—¡Oh, niñita, qué pesada te vuelves! ¡Es que ya estás mejor! Pero no te sostendrías en pie, ni siquiera a cuatro patas, y el médico lo ha prohibido.

—¿Ah, sí? Espera… ¡No te muevas! Vas a ver…

¡Aúpa! A pesar de los desolados reproches y de los «¡Niña de mi alma, te vas a caer de bruces al suelo! ¡Niñita mía, que se lo contaré al médico!», saco las piernas de la cama con gran esfuerzo. ¡Maldición! ¿Qué se ha hecho de mis pantorrillas? Y mis rodillas, ¡qué enormes se ven! Me meto en la cama, pues ya no puedo más. Todos mis bríos han desaparecido.

Consiento en ser bastante juiciosa, a pesar de que me parece que los huevos frescos de París tienen un extraño gusto a papel impreso. Se está bien en mi cuarto; la leña arde en la chimenea, me gusta mirar el papel pequín rojo y blanco —ya lo he dicho— y mi aparador normando de dos puertas, que contiene mi pequeño equipo; la tablilla está usada y gastada, la arañé un poco y la manché de tinta. Cerca de mi cama, en el tabique más largo de la habitación rectangular, se halla mi camita de nogal; tiene cortinas de algodón de la India (somos chapados a la antigua) con frutos rojos y amarillos sobre fondo blanco. Frente a la cama, está mi mesita de caoba, pasada de moda. No hay ninguna alfombra; a guisa de alfombrilla, junto a la cama, se extiende una gran piel de perro de aguas blanco. Una butaca muy baja, con la tapicería un poco gastada en los brazos. Una sillita baja de madera antigua, con asiento de paja roja y amarilla, y otra, también baja, de esmalte blanco. Y una mesita cuadrada de mimbre, barnizada en tono natural. ¡Vaya mezcla! Pero este conjunto siempre me ha parecido exquisito. Uno de los estrechos tabiques está ocupado por dos puertas de alcoba que encierran durante el día mi oscuro gabinete de aseo. Mi mesa de tocador es una consola de estilo Luis XV, con la parte superior de mármol rosado. (Sí, ya sé que es un despilfarro, una estupidez; estaría mucho mejor en su sitio, en el salón, ya lo sé; pero por algo se es hija de papá). Completaremos la enumeración: una gran palangana corriente, un jarro y nada de bañera; en lugar de bañera, que hiela los pies, tan ridícula con su ruido de torrente teatral, una cubeta de madera, ¡una cubeta, sí! Una buena cubeta de Montigny, de haya con aros, donde me siento en cuclillas en el agua caliente y cuya madera araña agradablemente las posaderas. Así, encogida, disfruto de las caricias del líquido elemento y me aseo.

Como, pues, huevos con mucha docilidad; y, como me prohíben por completo leer, leo poco (la cabeza me da vueltas enseguida). No acierto a explicarme por qué la alegría de mi despertar se ensombrece gradualmente, mientras el día va cayendo, hasta llegar a la melancolía y al encogimiento huraño, a pesar de los arrumacos de Fanchette.

Fanchette, dichosa criatura, ha tomado alegremente el internado. Para depositar sus pequeños errores, acepta sin protestas un cacharro con serrín, disimulado entre mi cama y la pared, y, agachándome, me divierto en observar sobre su fisonomía de gata las fases de una operación importante. Fanchette se lava con cuidado las patitas de detrás, entre los dedos, con expresión juiciosa que no dice nada. Luego viene una brusca detención en el lavado, y el rostro se vuelve serio, mostrando vaga preocupación. Súbito cambio de actitud; se sienta. Ojos fríos, casi feroces. Se levanta, da tres pasos y vuelve a sentarse. Luego, con decisión irrevocable, salta de la cama, corre al cacharro, rasca en su serrín y… nada. Reaparece el aire indiferente, pero no por mucho rato. Se juntan las cejas angustiadas, vuelve a rascar de modo febril el serrín, da algunas pataditas, busca el lugar adecuado, y durante tres minutos, con los ojos fijos y desorbitados, parece soñar ásperamente —padece un poco de estreñimiento—. Por fin, con lentitud, se levanta y cubre el cadáver con minuciosas precauciones, y con el aspecto convencido que conviene a esta fúnebre operación. Una vuelta en torno al cacharro y, sin transición, una cabriola dislocada,

diabólico preludio de un «baile de cabra», el baile de la liberación. Me echo a reír y grito:

—¡Mélie, ven enseguida a cambiar el cacharro de la gata!

He empezado a interesarme por los ruidos del patio, un gran patio desapacible, en cuyo extremo se alza la parte trasera de una casa negra. En ese patio se elevan pequeños edificios sin nombre, con techo de tejas… de tejas, como en el campo. Una puerta baja, oscura, abre paso, según dicen, a la rue Visconti. Solo he visto cruzar este patio a obreros en guardapolvo, a mujeres destocadas, tristes, que muestran al andar, a cada paso, ese desplome del busto sobre las caderas, característico en los seres agotados. Un niño juega allá abajo, siempre silencioso, siempre solo; creo que es el hijo de la portera del siniestro inmueble. Ya en nuestra casa, si me atrevo a llamar casa a esta cuadrada mansión llena de gente que no conozco y que me es antipática, una sucia criada con cofia bretona pega todas las mañanas a un pobre perrucho que, sin duda, hace alguna porquería por la noche, en la cocina, y que gime y llora. ¡Que espere tan solo a que me ponga buena esa muchacha; morirá en mis manos! Por último, todos los jueves un bárbaro organillo nos sirve infames romanzas de diez a once y, todos los viernes, un pobre (aquí dicen «un pobre» y no «un desventurado», como en Montigny), un mendigo alto, clásico, con blanca barba, acude a reclamar poéticamente: «Señoras y señores, / no olviden a un mendigo desgraciado / que ya apenas vista tiene / y que en vuestra bondad confía; / señoras y señores, una limosnita, por favor». Todo ello dicho con una ligera melopea menor que termina en mayor. Le digo a Mélie que arroje cuatro centavos a ese venerable viejo. Mélie gruñe, protesta y dice que estoy echando a perder el oficio.

Papá, libre de preocupaciones y resplandeciente al verme en plena convalecencia, se aprovecha de ello para no aparecer por casa más que a las horas de las comidas. ¡Oh, las bibliotecas, los archivos, las Nacional y la Cardinale, que recorre polvoriento, barbudo y borbónico!

¡Pobre papá! Un poco más y lo echa todo a rodar una mañana de febrero, al traerme un ramillete de violetas. El olor de las flores, su fresco tacto, descorrieron de golpe la cortina del olvido que mi fiebre corriera ante el abandono de Montigny… Volví a ver los bosques transparentes y sin hojas, los senderos bordeados de azules endrinas, ya marchitas, y de agavanzos helados, el pueblo alineado en gradas, la torre recubierta de hiedra oscura, que es lo único que se ve verde, la escuela blanca, bajo un apagado sol sin reflejos; volví a respirar el olor a almizcle y a podredumbre de las hojas muertas, y la atmósfera de la clase, viciada de tinta, de papel y de zuecos mojados. Y papá, que tiraba frenéticamente de su nariz Luis XV, y Mélie, que sobaba sus pechos con angustia, creyeron que de nuevo me ponía muy mal. Sin embargo, el amable doctor de la voz femenina subió deprisa los tres pisos y aseguró que no era nada.

(Detesto a ese hombre rubio de lentes frágiles. Me atiende bien, pero, al verle, meto las manos entre las sábanas, me encojo doblando las piernas y aprieto los dedos de los pies como hace Fanchette cuando quiero mirarle las uñas de cerca; es algo perfectamente injusto, pero no haré nada para suprimirlo. No me gusta que un hombre que no conozco me toquetee y me ponga la cabeza en el pecho para oír si respiro bien. Además, diablos, ¡bien podría calentarse las manos!).

En efecto; pronto pude levantarme. Y desde aquel día mis preocupaciones tomaron otro giro.

—Mélie, ¿quién me hará ahora los vestidos? Aquí en París no conozco a nadie.

—Pues no lo sé, niña mía. ¿Por qué no le preguntas a la señora Coeur?

¡Caramba! Esta Mélie tiene razón.

Es sorprendente que no se me haya ocurrido antes, pues la señora Coeur, ¡Dios mío!, no es una pariente lejana, sino la hermana de papá; pero este admirable padre se ha zafado siempre con perfecta desenvoltura de toda clase de lazos y deberes familiares. Me parece que, en total, solo he visto una vez a mi tía Coeur. Tenía yo entonces nueve años, y papá me llevó a París con él. Se parecía a la emperatriz Eugenia, creo que para mortificar a su hermano, que se parece al Rey Sol. ¡Familia de soberanos! Esta encantadora mujer es viuda, y, que yo sepa, no tiene hijos.

Cada día deambulo un poco más por la casa, desorientada, delgadita, envuelta en mi holgada bata fruncida en los hombros; es de terciopelo de algodón color berenjena.

En el salón oscuro, papá ha hecho colocar los muebles de su fumadero y los del salón de Montigny. Me hiere la vecindad de dos bajas y anchas butaquitas de estilo Luis XVI, un poco destripadas, con las dos mesas árabes, con la butaca moruna, de madera con incrustaciones, y con el somier tapado con un tapiz oriental. Claudine, habrá que arreglar esto…

Arreglo las estatuillas y otros objetos, quito el taburete marroquí, pongo en la chimenea la pequeña vaca sagrada (objeto japonés muy antiguo y dos veces pegado, por causa de Mélie), y me dejo caer luego sentada en el somier-diván, frente al espejo, donde mis ojos excesivamente agrandados, mis mejillas hundidas y, sobre todo, mis pobres cabellos en escaleras desiguales me hunden en una negra sensación de pérdida. ¡Vamos, hija, si ahora tuvieses que subir al gran nogal del jardín de Montigny…! ¿Dónde está tu bonita ligereza, dónde tus piernas ágiles y tus manos de mono, que se agarraban tan prestamente a las ramas cuando subías hasta la copa en diez segundos? Tienes el aspecto de una niña de catorce años maltratada.

Una noche, en la mesa, mientras mordisqueo con disimulo algunas cortezas de pan todavía prohibidas, interrogo al autor de la *Malacologie du Fresnois*:

—¿Por qué no hemos ido aún a ver a mi tía? ¿No le has escrito? ¿No has ido a verla?

Papá, con la condescendencia que se reserva para los locos, me pregunta con dulzura, la mirada clara y la voz suave:

—¿Qué tía, hijita?

Acostumbrada a estas cándidas distracciones, le hago comprender que no es ningún ser quimérico de quien hablo, sino que se trata de su hermana.

—¡Piensas en todo! —exclama entonces lleno de admiración—. ¡Mil piaras de cerdos! Esa buena mujer estará contenta al saber que estamos en París… Y me va a dar la lata bárbaramente —añade acto seguido, con expresión sombría.

Voy alargando mis paseos de forma gradual hasta el rincón de los libros; papá ha hecho poner estantes en tres paredes de la habitación, en la cual la luz entra por una gran ventana (el único cuarto un poco claro de todo el piso es la cocina, aunque Mélie pretende pintorescamente «que no se ve ni por la cabeza ni por… el lado contrario»), y ha plantado en el centro su escritorio de madera de tuya y cobre provisto de ruedas, que pasea por todos los rincones, haciéndose seguir penosamente por una vieja butaca de alto respaldo, de cuero rojo, blancuzco en las esquinas y hendido en los brazos. Hay también allí una escalerilla rodante para poder alcanzar los diccionarios colocados muy arriba, una mesa sobre caballetes, y eso es todo.

Cada día más fuerte, vengo a animarme con los títulos conocidos de los libracos, y abro de vez en cuando el libro de Balzac «deshonorado» por Bertall, o el *Diccionario filosófico*, de Voltaire. ¿Qué busco en este diccionario? Vengo a aburrirme y a aprender algunas cosas feas (no siempre son desagradables las cosas feas, al contrario); pero desde que sé leer soy un ratoncillo en la biblioteca de papá, y, si no me espantan gran cosa mis lecturas, tampoco me apasionan mucho.

Exploro la «madriguera» de papá. ¡Este papá! Su cuarto está cubierto de un papel con ramilletes campestres, apropiado para jovencitas; tiene una camita como la mía, pero con el colchón inclinado en vertiginosa pendiente. Papá solo quiere dormir sentado. Les ahorraré la descripción de los muebles estilo imperio, las grandes butacas de mimbre, llenas de folletos y de revistas científicas, los tableros de color que cuelgan por todos lados, sembrados de babosas, de ciempiés, de otras bestezuelas, de porquería. Sobre la chimenea se ven hileras de fósiles que hace muchísimos años fueron moluscos, y en el suelo, al

lado de la cama, dos ammonites grandes como ruedas de coche. ¡Viva la malacología! Nuestra casa es el santuario de una hermosa ciencia, me atrevo a decir, en nada envilecida.

El comedor no es interesante. Si no fuera por el aparador borgoñón y las enormes sillas, también borgoñonas, se me antojaría muy vulgar. El aparador de forma rústica ya no tiene como fondo los oscuros paneles de madera de Montigny. Mélie ha puesto allí, a falta de sitio mejor, el gran armario de la ropa de casa, hermoso mueble con paneles de estilo Luis XV llenos de atributos musicales, pero, al igual que lo demás, triste y fuera de lugar. Ella piensa, como yo, en Montigny.

Cuando el antipático médico me dice, con aire de modesto triunfo, que puedo salir a la calle, exclamo: «¡De ningún modo!», poseída de tan vibrante indignación que se queda, esa es la palabra, como idiotizado.

—¿Por qué?

—¡Porque tengo el pelo corto! Solo saldré cuando lo tenga largo.

—Pues, hija mía, volverá a ponerse enferma. Tiene necesidad, absoluta necesidad, de oxígeno.

—¡Me está usted fastidiando! Tengo absoluta necesidad de cabello.

Se va, siempre amable. ¿Por qué no se enfada? Le diría para desahogarme unas cuantas cosas desagradables.

Triste y herida, me observo en los espejos. Compruebo que no es lo corto de mis cabellos lo que agrava mi aire de gatito triste, sino, en particular, su desigualdad. ¡A mí las tijeras del despacho! Son demasiado grandes y despuntadas. ¿Las de mi cesta de labor? Demasiado cortas. Quedan las tijeras de Mélie, pero, como las utiliza para cortar las tripas de pollo y abrir las mollejas, me dan asco.

—Mélie, mañana por la mañana me comprarás unas tijeras de modista.

Es tarea larga y difícil. Un peluquero lo haría más rápido y mejor, pero mi misantropía, relacionada con todo lo que se refiere a París, es aún demasiado viva y me impide salir a la calle. ¡Oh, pobrecillos mechones cortados a la altura de la oreja! Los de la frente, graciosamente rizados, no tienen mal aspecto, pero me da mucha pena y mucha rabia al verme, entre dos espejos, la nuca blanca y delgada bajo los pelillos lacios, que solo despacio se deciden a enroscarse, como las vainas de balsemina, que después de haber soltado la semilla se enroscan poquito a poco sobre sí mismas, en caracol, hasta secarse.

Antes de que acceda a poner un pie en el exterior, el género humano, representado por la portera, hace irrupción en casa. Exasperada de oír cada mañana a la criada bretona, que pega injustamente al desgraciado perro de abajo, la he acechado y le he tirado encima la mitad de mi jarra de agua.

Cinco minutos más tarde sube la portera, antigua buena moza, sucia y charlatana. Papá está ausente y ella contempla con cierta sorpresa a esta muchachita pálida y arrogante.

—Señorita, la bretona me ha dicho que le han arrojado encima un cubo de agua…

—He sido yo. ¿Qué más?

—Ha dicho que suponiendo que presentase una denuncia…

—A mí, ella y sus suposiciones me ponen mal de los nervios. Y, si vuelve a pegar al perro, va a recibir, no agua, sino otra cosa. ¿Acaso voy yo a contar a sus patrones que escupe en las tazas del desayuno y que se suena con las servilletas? ¡Si prefiere que yo cuente eso, que lo diga!

Y, por fin, la bretona ha dejado tranquilo al pobre perro. Hablando de todo, no la he visto nunca escupir en las tazas, ¿saben ustedes?, ni sonarse en las servilletas; pero tiene cara de ser capaz de hacerlo. Y, además, como dicen en mi tierra, me revienta. Lo que he dicho no ha sido lo que se llama una mentira piadosa.

Mi primera salida es en marzo. Un sol agudo, un viento que corta la cara; papá y yo vamos en un coche de alquiler; con mi capa encarnada, de Montigny, y mi gorrito de astracán, parezco un pobre chicuelo con faldas. (¡Y todos los zapatos me vienen anchos!). Paseo a pasos lentos por el Luxemburgo, donde mi noble padre me habla de los méritos comparados de la Nacional y la biblioteca de Sainte-Geneviève. El viento y el sol me aturden. Me parecen realmente hermosas las grandes alamedas llanas, pero la abundancia de chiquillos y la ausencia de malas hierbas me extrañan por igual.

—Releyendo las pruebas de mi gran tratado —me dice papá—, he visto que aún quedaba mucho por profundizar. Yo mismo me sorprendo de la superficialidad de ciertos pasajes. ¿No te parece extraño que, dada la precisión de mi espíritu, solo haya rozado ciertos puntos importantes, apasionantes me atrevo a decir, sobre las especies minúsculas? Pero todo esto no son cosas para niñas.

¡Para niñas…! ¿No quiere, pues, darse cuenta de que ya no soy ninguna chiquilla, de que voy dejando atrás, a toda prisa, mis diecisiete años? Y, en cuanto a las especies minúsculas, ¡hay que ver lo que me importan! ¡Lo mismo que las mayúsculas!

¡Cuántos niños, cuantísimos niños! ¿Y tendré yo algún día tantos? ¿Quién será el caballero que me inspirará ganas de fabricarlos con él? ¡Uf! ¡Uf…! Es curioso lo muy castos que, después de mi enfermedad, tengo los nervios y la imaginación. ¿Qué diría la gente de un «Gran tratado —¡yo también con “grandes tratados”!— sobre influencias moralizadoras de las fiebres cerebrales en las jóvenes»? Mi pobrecita Luce… ¡Qué adelantados están aquí los árboles! Las lilas dejan asomar sus tiernas hojitas. Allá abajo… solo deben de verse retoños oscuros y brillantes… a lo sumo, las anémonas de los bosques… ¡A lo sumo!

Al volver del paseo, compruebo que la rue Jacob conserva obstinadamente su aspecto oscuro y sucio. Indiferente a las alabanzas de mi fiel Mélie, que insinúa que el aire libre ha sonrosado las mejillas de su pequeña (mi fiel Mélie miente con descaro), entristecida por esta primavera de París que me hace pensar demasiado en la otra, en la verdadera, me tumbo en la cama, cansada, y luego me levanto para escribir a Luce. Una vez cerrado el sobre, pienso, demasiado tarde, que la pobre pequeña no comprenderá nada. Poco le importa a ella que Fulano de Tal, el nuevo inquilino de nuestra casa de Montigny, haya cortado las ramas del nogal grande porque se arrastraban por el suelo, y que el bosque de Fredonnes esté ya empañado (desde la escuela se ve) por la neblina de los brotes tiernos. Luce tampoco sabrá decirme si el trigo se presenta bien, o si las violetas de la vertiente oeste de la hondonada que lleva Vrimes están atrasadas o adelantadas en sus matas. Solo notará el tono poco tierno de mi carta, no comprenderá por qué le doy tan pocos detalles sobre mi vida en París y por qué las noticias acerca de mi salud se limitan a esto: «He estado enferma dos meses, pero ya estoy mejor». Es a Claire, mi hermanita de leche, a quien tenía que escribir. Ahora guarda sus ovejas en el campo de Vrimes, cerca del bosque de Matignons, con una gran capa sobre los hombros, sus dulces ojos y la cabecita redonda, protegida por una pañoleta coquetonamente sujeta como una mantilla. Sus corderos vagabundean por allí cerca, contenidos con dificultad por Lisette, la juiciosa perra, y Claire se sumerge en una novela de tapas amarillas, una de las que le di al marcharme.

Escribo, pues, a Claire una afectuosa y trivial carta: «Narración francesa: “Carta de una jovencita a una amiga para comunicarle su llegada a París”». ¡Oh, señorita Sergent! Pelirroja y vengativa señorita, oigo, un poco enfebrecida todavía, su voz tajante, hábil en reprimir todo desorden. A estas horas, ¿qué hará usted con su pequeña Aimée? Lo imagino muy bien y el imaginarlo hace que me suba la temperatura.

Papá, a quien he orientado hacia mi tía Coeur, expresa durante los días siguientes veleidades de llevarme enseguida a su casa. Y prorrumpo en grandes gritos para asustarle:

—¿Ir a casa de mi tía? ¡Vamos, qué ocurrencia! ¡Con el pelo que tengo, con la cara que tengo y sin traje nuevo! ¡Papá, son razones para comprometer mi porvenir y estropear un buen casamiento!

(No hacía falta tanto. La fisonomía del gran rey se tranquiliza).

—¡Treinta y seis piaras de cerdos! ¡Estoy encantado de que mi hija tenga el pelo corto! Bueno, quiero decir que… Es que en estos momentos estoy corrigiendo un capítulo difícil… Necesitaré una semana más.

(La cosa va sobre ruedas).

—Oye, Mélie, perezosa, grandísima garrapata, espabílate, arma jaleo. ¡Necesito una costurera!

Descubrimos una que viene a «ponerse a mis órdenes». Vive en la misma casa; es una mujer de edad, se llama Poullanx, tiene escrúpulos, es timorata, no le gustan las faldas ceñidas y muestra una honradez pasada de moda. Cuando me ha terminado un traje de paño azul, muy sencillo, de cuerpo con plieguecitos cosidos, cuello bordeado de pespuntes que cubren mi garganta hasta las orejas (la enseñaré más adelante, cuando esté algo más gruesa), me trae los trozos sobrantes, los sesgos, los retalitos de tres centímetros. ¡Terrible mujer, con su ideología jansenista y sus censuras acerca de los «vestidos indecentes» que a la gente le da por llevar en estos momentos!

No hay nada como un vestido para que te entren ganas de salir. Pero, por mucho que los cepille, mis cabellos no crecen lo deprisa que yo quisiera. La actividad de la antigua Claudine reaparece poquito a poco. Por otra parte, la abundancia de plátanos contribuye a hacerme la vida soportable. Comprándolos maduros y dejándolos pudrirse un poco, son gloria pura. A Fanchette le parece que huelen mal.

Mientras tanto, recibí hace quince días una respuesta de Luce, una carta escrita con lápiz que me dejó de una pieza, lo confieso.

Mi querida Claudine:

¡Cuánto has tardado en pensar en mí! Hubieras hecho bien en pensar antes, y en darme un poco de fuerza para soportar mis tormentos. Fallé en el examen de ingreso en la normal, y desde aquel día mi hermana me lo hace pagar. Por un quítame allá esas pajas todo son bofetadas como para hacerme saltar la cabeza, y no quiere comprarme unos zapatos. No le puedo pedir a mi madre que me deje volver a casa, porque me pegaría demasiado. La señorita Sergent no puede apoyarme; está siempre demasiado atontada con mi hermana, que la vuelve tarumba. Te escribo en cinco o seis veces, porque no quiero que me quite la carta. Cuando estabas aquí te tenían un poco de miedo; ahora se acabó. Contigo, todo se ha terminado, y abandonaría este mundo si matarme no me diera tanto miedo. No sé lo que voy a hacer, pero las cosas no pueden seguir así. Me escaparé, me iré no sé adónde. No te burles de mí, Claudine mía. ¡Ay! ¡Si tú estuvieras aquí, aunque solo fuera para pegarme, todo iría bien! Las Jaubert y Anaïs han entrado en la normal. Marie Belhomme está de dependienta en una tienda, hay cuatro pensionistas nuevas que son una calamidad, y, en cuanto a las violetas, no sé si están adelantadas, porque hace tiempo que no he salido de paseo. Adiós, mi Claudine; si encuentras un medio de hacerme ser menos desgraciada, o de venir a verme, hazlo; será una caridad. Beso tus hermosos cabellos y tus queridos ojos, que no me querían mucho, toda tu cara y tu cuello blanco. No te rías de mí; no es una pena de mentirijillas la que hace llorar a tu

LUCE

¿Qué le hacen ese par de malvadas? ¡Mi pobrecita Luce, sin consistencia! Demasiado mala para ser buena, demasiado cobarde para ser mala; sea como fuere, no podría traerte a París conmigo y, además, ¡no tengo ganas! Ya no tienes pastillas de menta, ni chocolate, ni a Claudine. La escuela nueva, el día de la inauguración, el ministro, el doctor Dutertre, ¡qué lejos estoy de todo ello! Doctor Dutertre, hasta ahora es usted el único hombre que se ha atrevido a besarme, y solo lo hizo en un extremo de la boca. Me alteró y me asustó; ¿es esto todo cuanto debo esperar, aumentado, del hombre que me lleve definitivamente? Como noción práctica del amor, es un poco reducida; por fortuna, la teoría es más completa en mí, pese a ciertas lagunas de oscuridad, pues ni siquiera la biblioteca de papá es capaz de enseñármelo todo.

He aquí, más o menos, el resumen de mis primeros meses en París. Mi «cuaderno de limpio», como decíamos en la escuela, está al día, y no me será difícil mantenerlo del mismo modo. Aquí no tengo gran cosa que hacer; coser lindas camisitas para mi equipo, que siempre está algo justo, y pantaloncitos cerrados, cepillarme el pelo —ahora lo hago rápidamente—, peinar a la blanca Fanchette, que casi no tiene pulgas desde que se «parisiniza», instalarla, con su cojín aplastado, en el alféizar de la ventana para que tome el aire… Ayer vio al enorme gato —¿cómo diría?— desportillado de la portera y, desde lo alto de su tercer piso, masculló al raso, con su voz campesina, un poco ronca de quien antes dormía a la intemperie, insultos sin nombre. Mélie la cuida y le trae botes de hierba gatera contra el estreñimiento, que mi bonita amiga devora. ¿Recordará el jardín, el gran nogal, donde tantas veces subimos juntas? Creo que sí, pero me quiere tanto que viviría conmigo en el último recoveco del mundo.

Saboreo, escoltada por Mélie, el encanto de los grandes almacenes. En la calle me miran porque estoy paliducha y delgada, porque tengo el pelo corto y hueco y porque Mélie, que me acompaña, lleva la cofia del Fresnois. ¿Mereceré, por fin, la codicia de los celebrados caballeros mayores que se dedican a seguir a las mujeres? Lo veremos más adelante; ahora estoy muy ocupada.

He hecho, en particular, un estudio de los diversos olores que se perciben en el Louvre y el Bon Marché. En la sección de telas resulta embriagador. ¡Oh, Anaïs, tú que te comías las muestras de pañuelos y de sábanas, esta sería tu morada más apropiada! Este olor azucarado de los algodones azules, nuevos, ¿me apasiona o me da ganas de vomitar? Me parece que ambas cosas a la vez. ¡Vergüenza sobre la franela y las mantas de lana! Esto y los huevos podridos vienen a ser lo mismo. El olor de los zapatos nuevos tiene cierto encanto, así como el de los portamonedas; pero no igualan la divina emanación del grasiento papel para dibujar bordados, que consuela de la repugnante pegajosidad de los perfumes y jabones.

Claire también me ha contestado. Es sumamente dichosa una vez más. Esta vez ha encontrado el verdadero amor, y me comunica que se va a casar. ¡A los diecisiete años, va muy deprisa! Un mezquino y vago sentimiento de humillación me hace encoger los hombros. (¡Claudine, hija, qué vulgar eres!). «Es tan guapo, Claudine —me escribe Claire—, que no me canso de mirarle. Sus ojos son dos estrellas, y su barba ¡es tan suave! ¡Es tan fuerte! ¡Si supieras! En sus brazos peso menos que una pluma. Aún no sé cuándo nos casaremos; a mamá le parece que soy muy joven, pero le suplico que me lo permita lo antes posible. ¡Cuál no será mi felicidad al ser su mujer!». Acompaña a estas delirantes palabras una pequeña fotografía del amado; es un mozo robusto, que aparenta unos treinta y cinco años, con fisonomía amable y apacible, ojuelos bondadosos y barba espesa.

En su éxtasis se ha olvidado de decirme si las violetas, en la vertiente oeste del sendero que lleva a Vrimes…

No hay más remedio, no hay más remedio; hay que visitar a la tía Coeur; si no, se indispondrá con nosotros cuando sepa que llevamos tanto tiempo en París, y odio las desavenencias familiares. Papá emite la idea luminosa de prevenirla de nuestra visita, pero le disuado al instante de ello.

—Compréndelo. Hay que dejarle la alegría de la sorpresa. Hace tres meses que vinimos a parar aquí y no le has dicho nada todavía; obremos como es debido y démosle una sorpresa completa.

(Así, si ha salido, será siempre tiempo ganado. Y habremos cumplido con nuestro deber).

Papá y yo salimos de casa a eso de las cuatro; papá está sencillamente sublime, con su levita, su gran cinta roja, su chistera de alas demasiado anchas, su nariz dominante, su barba tricolor y su aspecto de estar a «media soldada», aguardando el retorno del otro. Su expresión pueril e iluminada entusiasma a los críos del barrio, que prorrumpen en exclamaciones. Yo, sin preocuparme por semejante popularidad, me he puesto el traje de paño azul, muy sencillo, y sobre mis cabellos… sobre lo que queda de ellos… el sombrero redondo de fieltro negro con plumas, cuidando de traer algunos rizos hacia la comisura de los ojos, hasta las cejas. La aprensión de la visita me da mala cara… ¡Por ahora no necesito hacer gran cosa para tener mala cara!

Mi tía reside en la avenue Wagram, en una magnífica casa nueva, muy agradable. El rápido ascensor preocupa a papá. A mí, todo ese blanco de paredes, escaleras, pinturas me molesta un poco. Y la señora Coeur «está en casa». ¡Qué mala pata!

En el salón donde nos hacen esperar un momento persisten de manera desesperada las blancuras de la escalera: maderámenes blancos, muebles blancos y ligeros almohadones blancos con flores claras, chimenea blanca. ¡Santo Dios! ¡No hay un solo rincón oscuro! ¡Yo, que solo me siento segura y a mis anchas en las habitaciones oscuras, con maderas oscuras y butacas recias y profundas…! El hierro blanco de las ventanas produce un ruido de cinc golpeado.

Entrada de la tía Coeur. Parece un poco asombrada, pero resulta muy simpática. ¡Y cómo se complace en su augusto parecido! De la emperatriz Eugenia tiene la nariz distinguida, los tupidos bandós, que ya van encaneciendo, la sonrisa un poco desmayada. Por nada del mundo abandonaría su moño bajo —y postizo—, ni su falda de seda, fruncida y voluminosa, ni la pequeña echarpe que juguetea sobre sus hombros, tan desmayados como su sonrisa. ¡Tía, qué mal armoniza su majestad de antes de 1870 con este salón de crema batida del más puro estilo 1900!

No obstante, la tía Coeur es encantadora. Habla un francés pulido que me intimida, prorrumpe en exclamaciones acerca de nuestra imprevista instalación —«¡Oh, imprevista sí lo es!»—, y no deja de mirarme. No vuelvo en mí de asombro al oír a alguien que llama a papá por su nombre de pila; y trata de usted a su hermano.

—Pero Claude, esta niña, por otra parte encantadora y de un estilo muy original, no está aún del todo restablecida. Ha debido de cuidarla usted de cualquier manera, ¡pobrecilla! ¡Cómo no se le ocurrió llamarme es lo que no acabo de entender! ¡Siempre el mismo!

Papá soporta mal los reproches de su hermana, él, que tan rara vez respinga. No deben de ser siempre de la misma opinión, y al instante se arañan. Me interesa.

—Wilhelmine, he cuidado a mi hija como debía. Además, tengo la cabeza llena de preocupaciones y no puedo pensar en todo.

—¡Y esa idea de irse a vivir a la rue Jacob! Hermano mío, los barrios nuevos son más sanos, más aireados y están mejor construidos, sin costar más. ¡No lo entiendo! Fíjese, aquí mismo, en el ciento cuarenta y cinco bis, a diez pasos de aquí, hay un piso delicioso… Estaríamos siempre uno en casa de otro… esto distraería a Claudine, y a usted mismo…

(Papá pega un bote).

—¿Vivir aquí? Mi querida hermana, es usted la mujer más encantadora de la tierra, pero aunque me aspen no sería capaz de vivir a su lado.

(¡Ay, ay…! ¡Bien dicho! Esta vez me río con toda mi alma, y la tía Coeur parece estupefacta al verme tan poco afectada por esas disensiones familiares).

—¡Pequeña!, ¿no te gustaría más un bonito piso, claro como este, que vivir en la orilla izquierda, oscura y mal frecuentada?

—Tía, prefiero la rue Jacob y el otro piso, porque las habitaciones claras me ponen triste.

Alza las cejas, arqueadas a la española bajo sus concéntricas arrugas, y parece achacar mis palabras dementes a mi estado de salud. Empieza a hablar a papá de la familia.

—Tengo aquí a mi nieto Marcel, ¿sabe?, el hijo de la pobre Ida. Está estudiando filosofía y tiene la edad de Claudine; para una abuela es un tesoro. Dentro de poco le verá; viene a las cinco; tengo interés en que le conozca.

Papá dice que sí con aire distraído, y me doy cuenta de que ignora por completo quién es Ida, y quién es Marcel, y que ya le pesa haber vuelto a entablar relaciones con la familia. ¡Ah, cuánto me divierto! Pero mi diversión es interna, y no me luzco en la conversación. Papá se muere de ganas de irse y solo resiste hablando de su gran tratado sobre la malacología. Por fin se abre una puerta, se oyen unos pasos ligeros, y hace su aparición el anunciado Marcel. ¡Dios mío, qué bonito es!

Le doy mi mano sin decir nada, tan insistentemente le miro. ¡Nunca he visto nada tan lindo! ¡Si es una chica! ¡Es una chica con pantalones! Tiene el cabello rubio un poco largo, peinado con raya a la derecha, una tez como la de Luce, ojos azules, de inglesita, y no más bigote que yo. De rostro sonrosado, habla con suavidad, ladeando un poco la cabeza y mirando al suelo. ¡Está para comérselo! Pero papá parece insensible a tanto encanto, tan poco masculino, mientras la tía Coeur se come con los ojos a su nieto.

—Has venido muy tarde, cariño. ¿No te ha pasado nada?

—No, abuela —responde suavemente la pequeña maravilla, alzando sus ojos puros.

Papá, que continúa estando a cien leguas de allí, interroga con despreocupación a Marcel sobre sus estudios. Y yo sigo contemplando a este bonito primo de azúcar. Él, por el contrario, no me mira mucho, y, si mi admiración no fuese tan desinteresada, sentiría cierta humillación. La tía Coeur, que comprueba con alegría el efecto causado por su querubín, intenta aproximarnos el uno al otro.

—¿Sabes, Marcel…? Claudine tiene tu misma edad. A ver si llegáis a ser un par de buenos amigos. Las vacaciones de Pascua se acercan…

He hecho un brusco movimiento hacia delante, en señal de aquiescencia; el jovencito, asombrado ante mi impulso, levanta sus azules ojos hacia mí, y responde con moderación:

—Me alegraré mucho de ello, abuela, si la señori… si Claudine consiente.

Mi tía Coeur ya no calla; cuenta largamente lo juicioso que es su cariño, la dulzura de su carácter: «Nunca he tenido que levantar la voz». Nos hace ponernos juntos, hombro con hombro, «Marcel te lleva todo esto de altura». («Todo esto» son tres centímetros. ¡Para tanto no es!). El «tesoro» empieza a reír y a animarse un poco. Se arregla la corbata delante de un espejo. Viste como un bonito grabado de modas. ¡Y esos andares cimbreantes y deslizantes! ¡Esa manera de volverse torciendo un poco la cadera! ¡Es demasiado lindo! Una pregunta de la tía Coeur me saca de mi contemplación.

—Cenarán ustedes aquí. ¿Verdad, Claude?

—¡No, diantre! —estalla mi padre, que se muere de aburrimiento—. Tengo una cita en casa con… Fulano de Tal, que me traerá unos documentos para mi tratado. ¡Vámonos ya, pequeña, vámonos!

—¡Cuánto lo siento…! Y mañana no ceno en casa. Esta temporada estoy muy ocupada; me he dejado invitar por unos y por otros… ¿Le parece a usted bien el jueves? En la intimidad, por supuesto. ¿Está escuchándome, Claude?

—Estoy pendiente de sus palabras, querida hermana, pero en este momento llevo gran retraso. Hasta

el jueves, Wilhelmine. Adiós, joven Paul… no, Jacques…

Yo también me despido, sin gran vehemencia. Marcel, correcto, nos acompaña a la puerta y besa mi guante.

Regresamos a casa en silencio por las calles iluminadas. Aún no tengo costumbre de encontrarme fuera a estas horas, y las luces, los transeúntes negros, todo me pone un nervioso nudo en la garganta; tengo prisa por estar en casa. Papá, liberado de la preocupación de su visita, canturrea alegremente canciones del Imperio —del Primer Imperio—: «Nueve meses después una dulce prenda de amor…».

La suave claridad de la lámpara y la mesa puesta me animan y se me desata la lengua.

—Mélie, he visto a mi tía. Mélie, he visto a mi primo. Es así, se peina muy bien, lleva raya al lado y se llama Marcel.

—Espera, pequeña, espera. Me aturdes. Ven a comer la sopita. ¡Por fin vas a tener un galán! ¡Ya es hora, que digamos!

—¡Tonta! ¡Tontísima! ¡Debes de estar loca! No es un galán y, además, apenas le conozco. Me estás fastidiando; me voy a mi habitación.

Y, en efecto, me voy. ¡Vaya ocurrencia! ¡Si cree que un niñito lindo como Marcel podría ser mi novio! Si me gusta tanto y hago tan poco misterio de ello es precisamente porque me parece tan poco masculino como la propia Luce…

Haber visto a personas que hacen la vida de todo el mundo, haber hablado con alguien que no sea mi Fanchette ni Mélie, me produce algo así como un poco de fiebre, más bien agradable, que me tiene despierta parte de la noche. Las ideas que me inquietaban a medianoche seguían bailando en mi cabeza. Tengo miedo de no saber qué contestar a esa amable tía Coeur, arrancada de un lienzo de Winterhalter; me va a tomar por una mema. ¡Ah, diecisiete años en Montigny, diez de ellos pasados en la escuela, no desarrollan precisamente el don de la conversación! Se sale justo con el vocabulario suficiente para violentar a Anaïs y besar a Luce. Esa niña bonita de Marcel ni siquiera debe saber decir «¡Caramba!». El jueves se va a reír de mí, ya que mondo los plátanos con los dedos. ¿Y el traje para la cena? No tengo. Me veré obligada a ponerme el de la inauguración de las escuelas, de muselina blanca con pañoleta cruzada. Le pareceré mediocre.

De manera que, después de haber dormido esta noche admirando boquiabierta a ese niño, cuyos pantalones no muestran una sola arruga, me despierto esta mañana con ganas de darle unos buenos cachetes. No obstante, si Anaïs le viera, ¡sería capaz de violarle! La larguirucha Anaïs, con su cara amarillenta y sus bruscos ademanes, violando al pequeño Marcel constituye una divertida imagen. Río sin querer cuando entro en el rincón de los libros de papá.

Papá no está solo; habla con un caballero, un caballero joven de aire juicioso y barba cuadrada. Parece ser «un hombre de primera». El señor Maria, que ha descubierto las grutas subterráneas de X. Papá lo conoció en cualquier lugar desagradable, en la Sociedad de Geografía o en otra Sorbona, y empezó a entusiasmarse con esas grutas, donde tal vez hipotéticas babosas fósiles… Señalándome, le dice: «Es Claudine», como si le dijera: «Es León XIII, no ignorará que es el papa». A lo que el señor Maria contesta inclinándose con aire perfectamente enterado. Un hombre así, que todo el día ronda por las cavernas, seguro que huele a caracol.

Afirmo mi independencia después del almuerzo.

—Papá, voy a salir.

(Las cosas no van tan bien como creía).

—¿Vas a salir? Supongo que con Mélie, ¿no?

—No; tiene que repasar la ropa.

—¿Cómo? ¿Quieres salir sola?

Abro unos ojos como platos.

—¡Caramba! ¡Claro que voy a salir sola! ¿Qué pasa?

—Pasa que las muchachas en París…

—Vamos, papá, hay que procurar ser lógico con uno mismo. En Montigny, todo el día vagabundeaba por los bosques; era mucho más peligroso que una acera de París, me parece.

—En eso hay cierta verdad, pero presiento otra clase de peligros en París. Lee los periódicos.

—¡Oh, vaya, padre mío, admitir siquiera tal suposición es ofender a tu hija! (Papá no aparenta haber comprendido bien esta alusión superfina. Sin duda no está muy versado en Molière, que no se ocupa gran cosa de babosas). Además, no leo nunca los sucesos. Iré a los almacenes del Louvre; he de presentarme decentemente en la cena de la tía Coeur, y no tengo medias finas, y los zapatos blancos están viejos. Dame dinero, solo tengo ciento seis *sous*.[7]

Pues bien, salir sola en París no es una cosa tan terrible. He vuelto a casa con unas observaciones muy interesantes, recogidas durante el corto recorrido a pie. Primera: hace mucho más calor aquí que en Montigny. Segunda: al volver a casa, el interior de la nariz está negro. Tercera: una llama la atención al pararse sola frente a los quioscos de periódicos. Cuarta: también llama una la atención por no dejar que te falten al respeto en la calle.

Narraremos el incidente relativo a la observación número cuatro. Un caballero «que estaba muy bien» me siguió por la rue des Saints-Pères. Durante el primer cuarto de hora, júbilo interno de Claudine. ¡Seguida por un caballero «muy bien» como en los dibujos de Albert Guillaume! Segundo cuarto de hora: pasos del caballero que se aproxima; acelero el mío, pero él mantiene la distancia. Tercer cuarto de hora: el caballero me deja atrás, pellizcándome el trasero al pasar, con aire indiferente. Brinco de Claudine, que levanta el paraguas, asestándolo contra la cabeza del caballero con un vigor muy propio del Fresnois. El sombrero del caballero cae en el arroyo. Gran regocijo de los transeúntes, y desaparición de Claudine, confusa por su éxito arrollador en exceso.

La tía Coeur es muy amable. Me ha enviado, junto con unas líneas cariñosas, una cadenita de oro para el cuello que, de diez en diez centímetros, está cortada por perlitas redondas. A Fanchette le parece una joya encantadora; ya ha aplastado dos eslabones y mastica las perlas entre sus muelas, como un lapidario.

Pienso en mi escote mientras me preparo para la cena del jueves. Es muy chiquito; pero ¿y si me ve demasiado flaca? Sentada en la cubeta, completamente desnuda, compruebo que me voy llenando poco a poco; no obstante, todavía queda mucho por hacer. ¡Es una suerte que mi cuello siga siendo robusto! Eso me salva. ¿Qué me importan los dos pequeños huecos que asoman por debajo? Prolongo el baño en el agua caliente contando los huesecitos de la espalda, midiendo si tengo la misma distancia de las ingles a los pies que de las ingles a la frente, pellizcando la pantorrilla derecha porque corresponde al omóplato izquierdo (a cada pellizco noto una divertida punzadita detrás del hombro). ¡Y qué pura felicidad poder juntar los pies detrás de la nuca! Como decía Anaïs: «Debe de ser muy divertido comerse las uñas de los pies».

¡Dios mío, qué poco pecho tengo! En la escuela, a eso le llamábamos «pechuga» y Mélie las llama «tetitas». Pienso en nuestros concursos de hace tres años, durante los raros paseos de los jueves.

En un lindero del bosque, en una hondonada, nos sentábamos en círculo nosotras, las cuatro mayores, y nos abríamos los corpiños. Anaïs exhibía, ¡qué tranquilidad!, un trozo de piel alimonada, hinchaba el vientre y decía con aplomo: «¡Desde el mes pasado han crecido mucho!». ¡Sí, sí…! Aquello parecía el desierto del Sáhara. Luce, blanca y sonrosada en su tosca camisa de pensionista —camisas con puños, sin siquiera un festón, como es la regla—, descubría un «valle mediano» apenas esbozado y dos puntas rosadas y pequeñitas como las mamas de Fanchette. Marie Belhomme… algo parecido al dorso de la mano. ¿Y Claudine? Una cajita torácica abombada, pero tan poco pecho como un mozuelo un poquito gordo, ¡claro, a los catorce años…! Terminaba la exhibición, nos abrochábamos los corpiños, cada una convencidísima de tener mucho más que las otras tres.

Mi vestido de muselina blanca, bien planchado por Mélie, me parece lo bastante bonito para ponérmelo sin refunfuñar. Mis pobres y hermosos cabellos ya no lo acarician hasta las caderas; sin

embargo, coronan mi rostro tan graciosamente que esta noche no me entristezco mucho al pensar en mis guedejas de antaño. ¡Mil piaras de cerdos! (como dice papá). No he de olvidarme de la cadena de oro.

—Mélie, ¿está vistiéndose papá?

—Seguro que está vistiéndose. Ya ha tirado tres cuellos duros. Anda, ve a ponerle la corbata…

Acudo. Mi noble padre está embutido en un frac un poco pasado de moda (un mucho pasado de moda); mas no por ello puede dejar de parecer imponente.

—Date prisa, date prisa, papá, que son las siete y media. Mélie, da de cenar a Fanchette. Mi capa de paño rojo, y larguémonos.

Este salón blanco, con bombillas eléctricas en todos los rincones, hará que me vuelva epiléptica. Papá piensa igual; detesta este aspecto de natillas tan caro de su hermana Wilhelmine, y ni corto ni perezoso lo proclama sin ambages:

—Puedes creerme o no, pero antes me dejaba azotar en la plaza pública que acostarme en este pastel de nata que es tu casa…

Pero aparece el lindo Marcel y con su presencia lo embellece todo. ¡Qué encantador es! Esbelto y ligero dentro de su esmoquin, con sus cabellos de un rubio de luna, su piel translúcida se aterciopela bajo la luz como un interior de campanillas. Mientras nos da las buenas noches, veo que sus claros ojos azules me inspeccionan rápidamente.

La tía Coeur le sigue, ¡deslumbrante! Ese traje de seda gris perla con volantes de chantilly negro ¿data de 1867 o de 1900? Más bien de 1867; solo que un *cent garde* parece haberse sentado encima de la crinolina. Los dos grises bandós están bien ahuecados y peinados, esa mirada azul pálido bajo los caídos y marchitos párpados hace su efecto (en otro tiempo debió de estudiarla imitando a la condesa de Téba). Camina deslizándose sobre el suelo, las mangas le empiezan muy abajo de los hombros, llena de… urbanidad. «Urbanidad» es un sustantivo que le sienta tan bien como sus bandós.

No hay más invitados que nosotros. Pero ¡qué diantre!, hay que ver lo mucho que uno se viste en casa de la tiíta Coeur. En Montigny cenaba con el delantal de la escuela y papá conservaba la prenda, imposible de calificar (hopalanda, levita, abrigo, un producto bastardo de todo eso), que desde por la mañana había revestido para hacer pacer a sus babosas. Si en la estricta intimidad voy escotada, ¿qué me pondré para una cena de gala? Quizá mi camisita con tirantes de cinta rosa…

(Claudine, hija mía, basta de digresiones. Vas a procurar comer correctamente y no decir cuando un plato no te gusta: «¡Llévense eso, que me da asco!»).

Me siento, por supuesto, al lado de Marcel. ¡Horror, terror! ¡El comedor también es blanco! Blanco y amarillo, aunque viene a ser lo mismo. Y los cristales, las flores, la luz eléctrica, todo eso arma un jaleo sobre la mesa que a una le parece estar oyéndolo. Es verdad: esos centelleos de luz me producen una impresión de ruido.

Marcel, bajo las miradas enternecidas de la tía Coeur, hace de jovencita de mundo, y me pregunta si me divierto en París. Un «No» huraño es todo lo que obtiene para empezar; pero no tardo en humanizarme un poco, porque estoy comiendo un timbal de trufas que consolaría a una viuda del día anterior, y le explico:

—Verás: no dudo que más adelante me divertiré, pero hasta ahora me cuesta muchísimo trabajo acostumbrarme a la ausencia de follaje. En los pisos terceros de París no abundan los tallos verdes.

—¿Los qué… verdes?

—Los tallos verdes. Es una expresión del Fresnois —añado con cierto orgullo.

—¡Ah! ¿Es una expresión de Montigny? ¡No es nada vulgar! Tallos verdes… —repite traviesamente, arrastrando la «r».

—¡Te prohíbo que me remedes! ¡Si consideras más elegante tu «r» parisiense, que se pronuncia desde

el fondo de la garganta como si estuvierais haciendo gárgaras…!

—¡Oh! ¡Qué mala! ¿Tus amigas se parecen a ti?

—No tengo amigas; no me gusta mucho tener amigas. Luce tenía la piel suave, pero eso no basta.

—Luce tenía la piel suave… ¡Qué manera más extraña de describir a la gente!

—Extraña, ¿por qué? Desde el punto de vista moral, Luce no existe. La considero solo desde un punto de vista físico y te digo que tiene los ojos verdes y el cutis suave.

—¿Os queríais mucho?

(¡Qué cara más bonita y qué expresión más viciosa! ¿Qué no le diría para ver brillar sus ojos? ¡Vaya con el niño este!)

—No, no la quería casi nada. Ella, sí; cuando me fui, lloró mucho.

—Pues entonces ¿qué te gustaba más de ella?

Mi tranquilidad anima a Marcel; quizá me está tomando por tonta y me haría con gusto preguntas más precisas; pero las personas mayores callan un instante, mientras un criado con cara de cura cambia los platos, y nosotros callamos también, ya un poco cómplices.

La tía Coeur pasea de Marcel a mí su mirada azul y fatigada.

—Claude —dice a papá—, fíjese en cómo estos dos niños se hacen resaltar mutuamente. El cutis mate de su hija, sus cabellos con reflejos broncíneos, sus ojos profundos, todo ese aspecto moreno de una niña que no es morena hace que mi querubín parezca aún más rubio, ¿verdad?

—Sí —contesta papá con convicción—, es mucho más chica que ella.

Su querubín y yo bajamos los ojos, como compete a dos chiquillos llenos a un tiempo de ganas de reír y de orgullo. Y la cena continúa sin más confidencias. Por otra parte, un admirable helado de mandarina me aparta de toda preocupación.

Regreso al salón del brazo de Marcel. Y ya no sabemos qué hacer. La tía Coeur parece tener que confiar a papá algunas cosas serias, y nos aleja.

—Marcel, encanto, enséñale el piso a Claudine. Haz que se sienta como en su casa. Sé amable…

—Ven —me dice el encanto—; te voy a enseñar mi cuarto.

Ya había imaginado que también sería blanco. ¡Sí, también este lo es! Blanco y verde, con delgados juncos sobre fondo blanco. Tanta blancura ya me está inspirando el inconfesable deseo de arrojar tinteros sobre ella, de embadurnar las paredes con carboncillo, de manchar esas pulcras pinturas al temple con la sangre de un corte de un dedo. ¡Santo Dios, qué mala me volvería en un piso tan blanco!

Me dirijo en línea recta a la chimenea, donde veo una fotografía enmarcada. Marcel, apresurado y solícito, da vuelta a un interruptor y una bombilla eléctrica se enciende sobre nuestras cabezas.

—Charlie es mi mejor amigo, casi un hermano. ¿Verdad que está bien?

Y hasta demasiado bien; ojos oscuros con rizadas pestañas, un diminuto bigotillo negro sobre una boca tierna y lleva el pelo peinado con raya al lado, como Marcel.

—¡Ya lo creo! Es muy guapo, casi tanto como tú —le digo con toda sinceridad.

—¡Oh, mucho más! —exclama con ardor—. La fotografía no da idea de su cutis, tan blanco, ni del pelo, que lo tiene muy negro. ¡Y es un alma exquisita tan encantadora!

Sigue a más y mejor. Por fin se ha animado esta bonita porcelana. Escucho sin pestañear el panegírico del maravilloso Charlie y, cuando Marcel se serena, algo confuso, le contesto con aire natural y convencido:

—Entiendo: tú eres su Luce…

Da un paso hacia atrás y, bajo la luz, veo endurecerse sus exquisitas facciones; su cutis delicado palidece imperceptiblemente.

—¿Su Luce? ¿Qué pretendes decir con eso, Claudine?

Me encojo de hombros con el aplomo que debo a dos copas de champán.

—Pues sí; su Luce, su encanto, su cariño, ¡vaya! No hay más que verte. ¿Acaso tienes el aire de un hombre? ¡Por eso te encontraba tan lindo! —Y como ahora me mira inmóvil, con expresión glacial, añado, desde más cerca, sonriéndole cara a cara—: Créeme, Marcel, sigo encontrándote tan guapo como antes. ¿Tengo, acaso, el aspecto de una persona que quiere fastidiarte? Te hago rabiar, pero no soy mala y hay muchas cosas que sé contemplar en silencio… Y también sé escuchar. Nunca seré la primita a quien el pobre primo se ve obligado a hacer la corte, como en las novelas. Piensa —añado riendo— que eres el nieto de mi tía Coeur, y, por consiguiente, sobrino segundo mío. ¡Si casi sería un incesto, Marcel…!

Mi «sobrino» toma el partido de echarse a reír, aunque sin ganas.

—Mi querida Claudine, creo, en efecto, que no te pareces a las primitas de las novelas ejemplares. De todas maneras, sospecho que has traído de Montigny la costumbre de bromas un poco… atrevidas. Si llega a haber alguien escuchando… por ejemplo, mi abuela… o tu padre…

—No he hecho más que pagarte con la misma moneda que tú a mí —le digo con gran suavidad—, y no creí conveniente llamar la atención de papá o de tu abuela cuando me hacías, tan insistentemente, preguntas sobre Luce.

—Me parece que si llamaras la atención tú ibas a perder más que yo.

—¿Te parece? Yo creo que no. Estas diversiones se llaman, cuando se trata de niñas, «juegos de colegialas», pero cuando se trata de muchachos de diecisiete años es casi una enfermedad…

Hace un gesto violento con la mano.

—¡Lees demasiado! Las chicas tienen demasiada imaginación para comprender todo lo que leen, aunque sean naturales de Montigny.

(Lo he hecho mal. No es ahí a donde yo quería llegar).

—¿Te he molestado, Marcel? Soy muy torpe. Yo, que solo quería demostrarte que no soy una tonta, que sé comprender… ¿cómo decir…?, que sé saborear ciertas cosas… ¡Vamos, Marcel, al fin y al cabo, no me vas a exigir que vea en ti al estudiante desgarbado, huesudo, de enormes pies, que algún día llegará a ser el más apuesto de los oficiales! Mírate en el espejo: ¿acaso no crees que eres, gracias a Dios, igual a la más bonita de mis compañeras de colegio? Anda, dame un beso.

¡Oh, qué chica fallida! Solo ha sonreído furtivamente a los cumplidos más vehementes. Me tiende su cuidada patita, no de muy mala gana.

—Claudine, malvada Claudine, volvamos pronto, pasando por el dormitorio de la abuela. No estoy ya enfadado contigo, sino solo un poco molesto. Déjame pensar. Es cierto que no me pareces un «chico» demasiado malo…

¡Me importa un comino su ironía! Verle enfurruñarse para sonreír poco después es un auténtico placer. No compadezco lo más mínimo a su amigo, el de las pestañas curvadas, y les deseo que se peleen con frecuencia.

Con aire natural —¡oh, sí, muy natural!— proseguimos haciendo el recorrido del anfitrión. ¡Qué alegría! La habitación de la tía Coeur es adecuada (¡ay, ya solté esa palabra!) a su propietaria. Aquí ha reunido —o desterrado— los muebles de su cuarto de jovencita y los recuerdos de sus buenos tiempos. La cama es de palosanto con molduras; las butacas, de damasco rojo, parecen el trono de sus majestades imperiales; hay un reclinatorio de tapicería erizado de tallas de roble, una imitación chillona de un escritorio de Boule, algunas consolas… Del dosel que cubre la cama penden cortinas de damasco, y me llenan de admiración los adornos de la chimenea, informe y complicado montón de amorcillos, de hojas de acanto, de volutas de bronce dorado. Marcel siente un enorme desdén por esta estancia y discutimos acerca del estilo moderno y del blanco que parece merengue. Esta pequeña disputa nos permite regresar tranquilos al salón, donde papá, bajo la suave y tenaz lluvia de los consejos de la tía Coeur, bosteza como un león enjaulado.

—Abuela —dice Marcel—, ¡Claudine es para morirse de risa! Prefiere tu dormitorio al resto del piso…

—Niña mía —dice mi tía, acariciándome con su lánguida sonrisa—, mi cuarto es, sin embargo, muy

feo…

—Pero ¡le va tan bien, tía! ¿Cree que sus bandós hacen juego con este salón? Lo sabe de sobra, gracias a Dios, puesto que ha conservado un rincón de su verdadero marco…

Esto no es, tal vez, un cumplido, pero mi tía se levanta y viene a besarme con gran ternura. De repente, papá pega un brinco y saca el reloj.

—¡Mil rebaños de…! Perdón, Wilhelmine, pero son ya las diez menos cinco y esta niña sale por primera vez desde que ha estado enferma… Jovencito, ve a buscarnos un carricoche.

Marcel sale y regresa muy pronto —con esa presteza flexible para volverse en el vano de una puerta— y me trae mi capa de tela roja, que posa con habilidad sobre mis hombros.

—Adiós, tía.

—Adiós, nena. Recibo los domingos. Serías muy amable si vinieras a servir el té a las cinco, con tu amigo Marcel.

Mi alma adquiere la forma de un erizo.

—No sé, tía, nunca he…

—Sí, sí; he de hacer de ti una personilla tan amable como bonita eres ahora. Adiós, Claude, no se encierre demasiado en su madriguera y acuérdese un poco de su vieja hermana.

En el umbral, mi «sobrino» me besa la mano de manera un poco más expresiva; recalca su frase «Hasta el domingo» acompañándola de una maliciosa sonrisa y de una mueca encantadora, y… eso es todo.

De todos modos, he estado a punto de reñir con ese chiquillo. Claudine, hija de mi alma, nunca te vas a corregir de esa necesidad de meterte donde nadie te llama, del pequeño deseo, un poco despreciable, de demostrar que eres lista, que lo sabes todo, que comprendes un montón de cosas por encima de tu edad… La necesidad de asombrar, el afán de turbar la tranquilidad de la gente y de agitar las existencias demasiado pacíficas te van a jugar una mala pasada.

Me siento mucho más en mi sitio aquí, acurrucada encima de mi camita y acariciando a Fanchette, que sin esperarme empieza a dormir, confiada, con la barriguita en el aire. Pero… ¡Un momento! ¡Un momento! Conozco esos sueños sonrientes, Fanchette, esas horas beatas de persistente ronroneo. Y también conozco este redondeamiento de los flancos y esta barriguita excepcionalmente bien cuidada, en la que destacan unas tetitas de color rosa. ¡Fanchette, has pecado! Pero ¿con quién? ¡Es para darse de cabezadas contra las paredes, Dios del cielo! Una gata que no sale, un gato de portera, incompleto… ¿Con quién? ¿Con quién habrá sido? Sea como sea, estoy muy contenta. ¡Mininos en perspectiva! Ante este alegre porvenir, palidece hasta el prestigio del propio Marcel.

He pedido a Mélie que me diera aclaraciones sobre este sospechoso embarazo, y me lo confiesa todo.

—¡Cariño mío, la pobre criatura lo necesitaba de veras en estos últimos tiempos! Durante tres días pareció fuera de sí; entonces pregunté por el vecindario. La criada de abajo me dejó un marido para ella, bien guapo, un gato gris a rayas. Le di mucha leche para retenerlo y la pobrecilla no se hizo rogar; enseguida estuvieron de acuerdo…

Esta Mélie, ¡cómo debía de languidecer para terciar por cuenta de alguien, aunque fuera por la gata! Ha hecho bien.

Nuestra casa se convierte en lugar de reunión de la gente más sorprendente y científica. El señor Maria, el de las grutas de Cantal, viene a menudo, con su barba de hombre tímido. Cuando nos encontramos en el rincón de los libros, me saluda con aire torpe y, balbuceando, me pide noticias acerca de mi salud. Yo, con voz lúgubre, le digo:

—Estoy mala, muy mala, señor Maria. Entablo conocimiento con gordinflones condecorados y, por lo

general, mal vestidos, que según parece se dedican al cultivo de los fósiles. ¡La verdad, los amigos de papá no son nada cautivadores!

Hoy, a las cuatro, Marcel ha venido a verme «de veintiún botones», como dice Mélie. Le recibo como si fuera agua de mayo y le llevo al salón, donde le divierte mucho la disposición de los muebles y el tabique ficticio que crea la enorme cortina.

—Ven, sobrinito, te voy a enseñar mi cuarto.

Contempla la camita y los mueblecitos desparejados con la expresión sonriente y un poco desdeñosa con que le vi mirar la habitación de la tía Coeur. Pero se interesa vivamente por Fanchette.

—¡Qué blanca es!

—Es que la cepillo todos los días…

—¡Y está gorda!

—¡Claro, caramba! Como está encinta…

—¡Ah! ¿Está…?

—Sí, la chiflada de Mélie le trajo un morrongo, porque Fanchette estaba en celo durante mi enfermedad y, como puedes ver, la entrevista dará frutos.

Mi libertad al hablar de estas cosas le turba visiblemente. Me echo a reír y me mira haciendo una mueca extraña.

—¿Me miras porque no hablo de forma correcta? Es que allá, en el campo, se asiste a diario a esponsales muy rápidos de vacas, perros y gatos. Allá no resulta incorrecto.

—¡Oh, que no resulta incorrecto…! En *La tierra*, de Zola, he visto lo que pasaba. ¿Sabes? Los campesinos contemplan a veces esas cosas con ojos que no son de labrador.

—Tu Zola no entiende nada de nada del campo. En general, no me gusta mucho lo que escribe…

Marcel escudriña con la mirada por todos los rincones mientras pasea por el cuarto. ¡Qué pies más pequeños tiene! Ha encontrado *La double maîtresse* sobre mi escritorio y me amenaza con uno de sus dedos afilados.

—¡Claudine, Claudine, se lo contaré a mi tío!

—¡Bah! Le importa un comino.

—¡Qué papá más indulgente! ¡Si las cosas fueran tan fáciles con mi abuela! ¡Oh, esto no me impide leer! —me explica, viéndome alzar la barbilla con expresión interrogadora—. Aunque, para que me dejara en paz, me vi obligado a pretender que tenía miedo por las noches y que, por lo tanto, necesitaba luz en mi cuarto…

Me echo a reír.

—¡Miedo! ¿Le has dicho que tenías miedo? ¿Y no te da vergüenza?

—¡Bah, qué importa! Mi abuela me ha criado, y sigue criándome como si fuera una niña.

Esta última palabra nos trae bruscamente a la memoria la escena de anteanoche, y nos ruborizamos (él más que yo, pues es muy blanco de cutis). Y es tan cierto que pensamos lo mismo que me pregunta:

—¿No tienes una fotografía de Luce?

—No, ni una.

—¡Mentira!

—¡Palabra de honor! Además, a lo mejor te parecería fea. Pero no hay coquetería en lo de Luce. Toma, aquí tienes la única carta que me ha escrito.

Lee ávidamente la pobre carta escrita a lápiz; y este pequeño parisiense, enamorado de la crónica de sucesos, se exalta al enterarse de su contenido.

—¡Un drama, un secuestro! ¿Y si recurrimos a los tribunales?

—¡Qué ocurrencia! ¿Qué puede importarte todo esto?

—¿Que qué me importa? Pero ¡Claudine, si es una crueldad! Vuelve a leerlo.

Para leer, me apoyo sobre su frágil hombro, y sonríe porque mis cabellos se le meten en la oreja. Pero no me recuesto mucho, y solo le digo:

—¿Ya no estás enfadado, Marcel?

—No, no —dice precipitadamente—; pero, por favor, ¡cuéntame cosas de Luce! Si me las cuentas, seré muy amable contigo. Mira, hasta le traeré un collar a Fanchette.

—¡Uf! Se lo comerá. Escucha, no hay nada que contar. Y, por otro lado, solo estoy dispuesta a hacer canje de confidencias. Toma y daca.

Se enfurruña como una niña, avanzando la frente y frunciendo la boca.

—Dime, Marcel, ¿le pones a menudo esa cara a… a tu amigo? Dime cómo se llama.

—Charlie —contesta mi «sobrino», tras una breve vacilación.

—¿Qué edad tiene? ¡Vamos, vamos, hay que arrancarte las cosas con sacacorchos!

—Tiene dieciocho años, pero es muy serio para su edad, muy persona mayor. ¡Te has imaginado cada cosa!

—¡Oh, escucha! ¡Me estás fastidiando! No empecemos otra vez. Puedes ser su amiguita si quieres, pero, de una vez para siempre, sé mi camarada y te contaré cosas de Luce.

Me coge suavemente por las muñecas con esa gracia suya, que desarma.

—¡Oh, qué deliciosa eres! ¡Hace tanto tiempo que quería recibir verdaderas confidencias de muchacha! Aquí, en París, las chicas son ya mujeres o son tontas de capirote… Claudine, mi amiga Claudine, dime: ¿seré tu confidente?

¿Es esta la pequeña perfección glacial del primer día? Me habla cogiéndome las manos y pone en juego sus ojos, su boca, toda su cara, para obtener una caricia o una reconciliación. Y se me ocurre la idea de inventar barbaridades que no he cometido. Es bastante feo lo que hago, pero ¿qué quieren ustedes? No me puedo meter en la cabeza la idea de que juego con un chico. Si me hubiera cogido por la cintura o me hubiese besado, le habría arañado los ojos y todo habría quedado ahí. El mal está precisamente en que no hay peligro…

Mi «sobrino» no tiene ganas de dejarme reflexionar mucho rato. Me tira de las muñecas, me hace sentar en mi butaquita baja y él se acomoda en el suelo, encima de mi almohadón, estirándose el pantalón para que no se marquen demasiado las rodillas.

—¡Así estamos bien instalados! ¡Oh, qué feo es este patio oscuro! ¿Me dejas bajar la cortina? Y, ahora, cuéntame cómo empezó…

Nos veo en el espejo, y he de decir que no somos feos; desde luego los hay peores. Pero ¿qué le voy a contar a este rubito que me escucha ávidamente, de tan cerca que veo todas las líneas, azul pizarra sobre azul oscuro, que brillan en sus iris? Claudine, hija mía, acuérdate de la escuela. Una mentira más no te va a importar mucho.

—No sé… Estas cosas no empiezan… Son… una lenta transformación de la vida corriente, una…

—… infiltración…

—Muchas gracias, caballero; se ve que entiende usted de estas cosas.

—Claudine, Claudine, no te pierdas en generalizaciones. Las generalizaciones son incoloras. Cumple tu promesa, cuenta… Primero tienes que describirme a Luce; un capítulo de exposición, pero cortito…

—¿Luce? Pronto está descrita: bajita, de pelo castaño, blanca y sonrosada, con ojos verdes rasgados, pestañas curvadas, como las tuyas, la nariz demasiado pequeña y la cara un poco mongólica. ¡Ya te dije que no te gustaría ese tipo! Espera; hablaba con mi acento, el acento del Fresnois, pero más lánguido; tenía frágiles las manos, los pies y los tobillos. Era embustera, golosa, mimosa. Solo estaba contenta cuando había recibido su tunda de todos los días.

—¿Su tunda? ¿Quieres decir que le pegabas?

—En efecto, es lo que quiero decir; pero no debes interrumpirme. «Silencio en la clase pequeña, o doblo el número de problemas para mañana». La señorita Sergent decía esto cuando su querida Aimée

no conseguía mantener quietas a las alumnas.

—¿Quién era esa Aimée?

—La Luce de la señorita, de la directora —digo con cierto retintín.

—Bien, sigue.

—Sigo. Una mañana en que nos tocaba partir leña para el fuego, en el cobertizo…

—¿Qué dices?

—Digo: una mañana en que nos tocaba partir leña para el…

—¿Así que en esa pensión partíais leña?

—No es una pensión, es una escuela. Cada una partía leña por turnos, a las siete y media de la mañana, en invierno, ¡con un frío…! No puedes imaginarte qué daño hacen, cuando hiela, las púas que uno se clava en la piel. Tenía los bolsillos siempre llenos de castañas calientes para comerlas en clase y calentarme las manos. Y las que partían astillas se daban prisa en llegar temprano para chupar los carámbanos que se formaban en la bomba, junto al cobertizo. También llevaba castañas crudas, sin partir, para hacerlas estallar en la estufa y que se enfadara la señorita Sergent.

—¡Me da vueltas la cabeza! ¿Cuándo se ha visto una escuela semejante? Pero ¿y Luce, y Luce?

—Luce, los días en que estaba «de leña», se quejaba más que nadie y venía junto a mí a que la consolara: «Claudine, tengo frío, se me cortan las manos; ¡mira estos arañazos del dedo! Hazme mimitos, Claudine, mi Claudine»; y me metía la cara debajo del capuchón y me besaba.

—¿Qué? ¿Qué? —pregunta nerviosamente Marcel, que me escucha con la boca medio abierta y las mejillas muy encendidas—. ¿Y cómo te hacía mi…? ¿Cómo te besaba?

—¡En las mejillas, toma! ¡En el cuello! —le digo, como si, de repente, me hubiera vuelto idiota.

—¡Vete a paseo! ¡Eres una mujer exactamente igual que las demás…!

—Pues Luce no tenía en absoluto esa opinión. —Le pongo las manos en los hombros para que se esté quieto—. No te enfades, los horrores vendrán ahora.

—¿No te molestaba que hablara en *patois?*

—¡En *patois*! Joven parisiense, estarías encantado con el *patois* hablado con esa voz plañidera y cantarina, por esa boca, bajo el rojo capuchón que le ocultaba la frente y las mejillas, dejando ver solamente un hociquito sonrosado y unas mejillas de terciopelo de melocotón, que ni el frío empalidecía. ¡Ya te daría yo *patois*!

—¡Qué ardor, Claudine! No la has olvidado, es algo que salta a la vista.

—Así pues, una mañana… Luce me dio una carta.[8]

—¡Ah, por fin! ¿Y dónde está la carta?

—La rompí, y se la devolví.

—¡No es cierto!

—¡Oye, tú! ¡Te voy a mandar a la avenue Wagram con cajas destempladas!

—Perdona, quise decir que no parece verdad.

—¡Amiga de mi corazón! Sí, se la devolví porque me proponía unas cosas… poco correctas, ¡vaya!

—¡En nombre del cielo, Claudine, no me hagas esperar más!

—Me escribía: «Queridita: si quisieras ser mi gran amiga ya no desearía nada más. Seríamos felices como mi hermana Aimée con la señorita, y te lo agradecería toda la vida. ¡Te quiero tanto! ¡Me pareces tan bonita! Tu piel es más suave que el polvo amarillo de los lirios, y me gustas hasta cuando me arañas, porque tienes las uñitas muy frías». En fin, cosas de estas…

—¡Ah! ¡Qué humildad más ingenua! ¿Sabes que es adorable?

Mi «sobrino» está en un bonito estado. Desde luego es de una naturaleza muy impresionable. No me mira, parpadea, tiene los pómulos encendidos y su bonita nariz está pálida. Solo en Luce he visto una emoción semejante, pero él es mucho más guapo. Pienso de repente que si levantara los ojos y me rodeara con los brazos, en este preciso instante, ¿qué haría yo? Me recorre un pequeño escalofrío por la espalda. Él alza al fin las pestañas, adelanta aún más la cabeza e implora:

—¿Y después, Claudine, y después?

No soy yo la que le emociono, ¡qué diantre!, es mi historia y los pormenores que espera de mí. Claudine, hija de mi alma, tampoco te ultrajarán en esta ocasión.

Se abre la puerta. Es Mélie, que entra discretamente. Creo que funda grandes esperanzas en Marcel. Ve en él al galán que me faltaba. Trae mi lamparita, cierra las persianas, corre las cortinas y nos deja en una tibia penumbra. Pero Marcel se ha levantado.

—¡La lámpara, Claudine! ¿Qué hora es?

—Las cinco y media.

—¡Oh, qué lata va a darme mi abuela! Tengo que irme, le prometí estar de regreso a las cinco…

—¡Y yo que creía que la tía Coeur te permitía todo lo que te daba la gana!

—Sí y no. Es muy cariñosa, pero me cuida demasiado. Si llego con un retraso de media hora, la encuentro llorando, ¡y no es nada divertido! Y cada vez que salgo tengo que aguantar algunos «Ten mucho cuidado», «¡No vivo cuando estás fuera!», «Sobre todo, no pases por la rue Cardinet, con todos esos coches, al hacerse de noche…». ¡Oh! ¡Tú no sabes lo que es ser criado entre algodones!, Claudine —prosigue desde muy cerca, en voz queda—. ¿Me contarás otro día el resto de la historia? Puedo confiar en ti, ¿verdad?

—Tanto como yo en ti —le contesto sin reír.

—¡Qué mala eres! Dame tu manita, para que la bese. No des más disgustos a tu «sobrino», que te quiere mucho. Adiós, Claudine. Hasta pronto, Claudine.

Desde la puerta me lanza, por jugar, un beso con la yema de los dedos, y huye con su andar silencioso. ¡Vaya una tarde! ¡Me arde la cabeza! ¡Aúpa, Fanchette! ¡Hagamos un poco de gimnasia! ¡Ven a hacer bailar a tus futuros hijos!

Mi alegría no ha durado. He tenido una brusca recaída de nostalgia del Fresnois y de la escuela. ¿Y por qué? A causa de Bérillon, del cretino de Bérillon, del idiota de Bérillon. En mi escritorio estaba quitando el polvo a mis libros, piadosamente traídos de la escuela, y abrí de forma maquinal *La Bonne Ménagère agricole, simples notions d'économie rurale et domestique à l'usage des écoles de jeunes filles*, de Louis-Eugène Bérillon. Este pequeño e inefable mamotreto constituía para las mayores de la escuela una fuente de puras alegrías. La larguirucha Anaïs y yo repetíamos pasajes enteros en voz alta, sin cansarnos nunca de ello. Los días de lluvia, cuando no podíamos jugar al jarro ni a la grulla, nos preguntábamos cosas de *La Bonne Ménagère* bajo los arcos nuevos del patio cuadrado.

—Anaïs, háblame de la buena ama de casa campesina y de su ingenio en materia de letrinas.

Con el dedo meñique en alto y la boca apretada en una mueca de extraordinaria distinción, Anaïs recitaba, con una gravedad que me hacía morir de risa:

—«La buena ama de casa ha obtenido que su marido le construya, en la parte norte del jardín, en un rincón apartado, mediante unas pértigas, unas tablas y unos puñados de bálago o de retama, una especie de cabaña que sirve de excusado». (Es exactamente como tengo el honor de decirles…). «Esta cabaña, literalmente oculta entre el follaje y las flores de plantas trepadoras y de arbustos sarmentosos, parece más una bonita glorieta de ramaje que una letrina».

—¡Delicioso! ¡Cuánta poesía en la concepción y en el estilo, y qué pena no poder dirigir mis soñadores pasos hacia ese florido cenador, embalsamado, y sentarme un instante en él! En fin, pasemos de largo. Anaïs, te ruego que prosigas.

—«Como las deyecciones de cinco o seis personas en el curso de un año bastan para estercolar una hectárea de terreno, y como, en materia de…».

—¡Ojo! Sin recalcar, por favor.

—«… en materia de abono, nada debe desperdiciarse, la fosa del excusado puede ser un agujero cavado en tierra y recubierto de arcilla, una especie de macetón profundo, de tierra cocida, o sencillamente un viejo tonel que ya no se usa».

—¡Adiós, toneles! Mi querida niña, es perfecto. Nada nuevo te enseñaré al decirte que es necesario mezclar «íntimamente» el abono humano con dos veces su volumen de tierra, y que cinco kilos bastan para estercolar un área y para envenenar doscientas. En recompensa por su aplicación, te autorizo a besar cinco veces al doctor Dutertre, delegado cantonal.

—¡Estás de broma! —murmuraba Anaïs, soñadora—. Si solo se necesitara tu permiso…

¡Oh, Bérillon, cuánto has divertido a aquellas sucias chiquillas de las que yo formaba parte! Representábamos tu prefacio acompañándonos de gestos, como si fuera una pantomima. Marie Belhomme, de alma vibrante de enternecida convicción, apostrofaba a la joven campesina:

—«¡Desventurada niña! ¡Cuán grande es tu error! ¡Ah, en tu propio interés por tu dicha, rechaza como detestable el pensamiento de alejarte de tus padres y de la morada donde naciste! ¡Si supieras a qué precio ha adquirido las joyas y las sedas con que se adornan aquellas cuyo lujo envidias…!».

—A diez francos por noche —interrumpía Anaïs—; creo que es ese el precio en París.

Es ese alcornoque de Bérillon y su libro de gastadas cubiertas con las guardas adornadas de calcomanías lo que trajo a mi memoria, demasiado vivamente, la escuela y a mis compañeras. Por cierto, voy a escribir a Luce. Hace tiempo que no he tenido noticias suyas. ¿Se habrá ido de Montigny?

Estos días no tengo nada divertido que contar. Salgo a pie, me meneo mucho para adquirir trajes y sombreros. Un caballero me siguió el otro día, y tuve la malhadada idea de sacarle la lengua. «¡Oh, démela!», dijo. Eso me enseñará. ¿Ir a servir el té a casa de la tía Coeur? «¡Puaj!», como decía la larguirucha Anaïs, que tan admirablemente sabía simular las náuseas. Por suerte, Marcel estará allí… Es igual, preferiría ocuparme en algo aquí, aunque fuera en algo fastidioso.

Vuelvo a casa de la tía Coeur con mi vestidito sencillo, de paño azul; todavía no tengo otros decentes. Y, además, si me robustezco, como es probable, los que se me ocurra encargarme se me reventarán demasiado pronto. ¿Imaginan ustedes un aluvión de carnes saltando al exterior? En el ínterin, no peso más de cincuenta kilos en la báscula automática de la place Saint-Germain-des-Prés.

Llego a las cuatro y media. Aún no hay nadie en el salón. Marcel revolotea en silencio, un poco paliducho y con ojeras de color malva. Me parece que ese airecillo de fatiga le hace todavía más encantador. Está poniendo flores en los floreros y canturrea por lo bajo.

—«Sobrinito» mío, ¿y si te pusieras un delantalito de bordado inglés?

—¿Y tú? ¿No querrías mis pantalones?

—Gracias, ya llevo… ¡Oh, qué torpe, fíjate en lo que haces! Estás poniendo el pedestal patas arriba.

—¿Pata qué…? —dice, echándose a reír.

—Boca abajo, boca abajo… ¿No entiendes nada de nada? ¿Dónde te han educado?

—¡Ay! Aquí… Oye, Claudine, ¿por qué no llevas trajes sastre? Te sentarían maravillosamente.

—Porque en Montigny no hay sastre.

—Pero en París sí los hay. ¿Quieres que te acompañe a alguno? No, no temas, no será de los caros. Iremos; me entusiasma ver y tocar telas.

—Sí, me gustará mucho ir… ¿Quiénes vendrán hoy? Esa gente me va a desmenuzar con los ojos que es un horror. ¿Y si me largara?

—No vale la pena; no habrá ningún gentío para des… para mirarte. La señora Barmann, la vieja tortuga, esa seguro que sí… A lo mejor, Charlie… —dice, apartando la vista—, aunque no es seguro. La señora Van Langendonck…

—¿Es belga?

—No, chipriota.

—¡Pues sí que vale la pena ser griega para cargar con un nombre semejante! ¡Si yo fuera flamenca, no se me ocurriría llamarme Nausícaa!

—¿Qué quieres? No puedo arreglarlo. También habrá algunos chicos del salón Barmann; una viejecita a la que mi abuela quiere mucho y a la que todo el mundo llama siempre señora Amélie; ya no recuerda su apellido… En resumidas cuentas, casi nadie.

—¡Santo cielo! ¡Tengo más que suficiente!

—Claudine… ¿Y Luce?

—¡Chist, calla! ¡Aquí está la tía Coeur!

En efecto, esta entra, vestida de seda que produce un frufrú al andar.

—¡Ah, mi linda sobrinita! ¿Has dejado encargo de que vengan a buscarte, o quieres que Marcel te acompañe?

—Pero, tía, si no necesito a nadie. He venido sola.

Mi tía se pone muy encarnada bajo sus polvos.

—¿Sola? ¿A pie o en coche?

—No, tía; en el ómnibus Panthéon-Courcelles.

—¡Dios mío, Dios mío, qué culpable es Claude!

No se atreve a decir más. Marcel me mira de reojo, comiéndose la lengua, el miserable, y si me echo a reír todo se habrá perdido. Da vuelta a los interruptores eléctricos, y la tía Coeur, con un profundo suspiro, sale de su consternación.

—Hijitos, hoy vendrán pocos amigos.

¡Rinnng! Ahí llega uno. No, es una. Me he refugiado precipitadamente detrás de la mesa del té y Marcel se ríe con toda su alma. Rueda hasta mi tía Coeur una especie de bola jorobada, aureolada de algodón yodado dispuesto en ricitos.

Emperejilada con una cibelina fuera de época, debajo de la cual está sudando, la señora Barmann lleva un sombrero en forma de lechuza con las alas desplegadas. Lechuza arriba, lechuza abajo. Su nariz ganchuda, a pesar de estar jaspeada de venillas moradas, no carece de autoridad, y sus ojos grises, parecidos a dos bolitas, se mueven terriblemente.

—Estoy extenuada. He hecho once kilómetros a pie —dice con voz dura—. Pero he encontrado unas maravillas de muebles en casa de dos solteronas que viven en Montrouge. ¡Un auténtico viaje! A Huysmans le hubiera encantado esa manzana tan cuidadosamente pintoresca de casas torcidas. Estoy fisgoneando por todas partes para embellecer el nuevo chalet de nuestro ilustre amigo Gréveuille, que ha depositado en mí una confianza infantil… Y dentro del muestrario de la Foire. No le pido, querida señora, que traiga a este niño…

Echa una mirada a Marcel, y luego me mira a mí, sin decir palabra.

—Mi sobrina Claudine —se apresura a presentar la tía Coeur—. Hace poco que está en París —añade, haciendo señas de que me acerque, porque, la verdad, no me muevo demasiado deprisa.

La amuebladora del «ilustre amigo» me mira muy de cerca con tanta insolencia que me pregunto si, de repente, no le voy a plantar el puño sobre su jaspeada nariz sin poder contenerme. Pero, por fin, dirige su mirada hacia la tía Coeur.

—Encantadora —dice en su tono rudo—. ¿Me la traerá usted un miércoles? El miércoles, al fin y al cabo, es un día cándido…

La tía Coeur le da las gracias por mí. Yo no he abierto la boca, y tiemblo tanto al verter el té para la descarada vieja lechuza que Marcel está que exulta. Sus ojos brillan burlones, y me susurra:

—¡Claudine! ¿Qué vamos a hacer contigo si te tiras contra la gente de esta manera? ¡Vamos, vamos, refrena un poco esa desordenada expansividad!

—¡Un cuerno! —le digo por lo bajo, con rabia—. No puedo sufrir que me miren así.

Y me voy a ofrecer mi taza de té, seguida de Marcel, mucho más mimoso y más «chica» que yo; él lleva los emparedados.

¡Rinnng! Otra señora. Pero esta es encantadora, con unos ojos que le llegan hasta las sienes y unos rizos que se extienden hasta sus ojos.

—La señora Van Langendonck —me informa Marcel por lo bajo—, la que es chipriota.

—Como su nombre indica, de acuerdo.

—¿Te dice algo esta, Claudine?

—¡Toma, ya lo creo! Parece un antílope contento.

¡Preciosa criatura! Tiene, además, cabellos que revolotean, ojos miopes, de mirada extasiada, un ademán frecuente, acariciador y breve de la manita derecha, que resplandece de sortijas, y lleva un amplio sombrero de plumas oscilantes. Encarna la aprobación. A la tía Coeur, a la señora Barmann, les dice continuamente que «sí», que «tienen razón», que «sus observaciones son muy ciertas». Es una naturaleza más bien conciliadora. Sea como fuere, su costumbre de decir que «sí» va acompañada de cierta incoherencia. Por ejemplo, acaba de informarnos de que «ayer, a las cinco, estaba de compras en Bon Marché», y nos dice a renglón seguido que «ayer, a las cinco estaba en una obra en el Bodinière muy interesante». Pero esto no parece preocupar a nadie, y menos a ella.

La tía Coeur me llama:

—¡Claudine!

Acudo de buen grado y sonrío a la deliciosa cara, de expresión abierta. Al instante, un diluvio de cumplidos sin freno cae sobre mi inocente cabeza.

—¡Qué encantadora es! ¡Qué estilo tan original tiene! ¡Qué bonita silueta! ¿Diecisiete años, dice? ¡Le daba, por lo menos, dieciocho!

—¡Oh, no, de ninguna manera! —protesta la Barmann—. ¡Si parece tener mucha menos edad!

—¿Verdad que sí? ¡Apenas quince años!

Y la cosa sigue por el estilo. La falsa gravedad de Marcel empieza a incomodarse cuando… ¡Rinnng…! Esta vez se trata de un caballero, alto, esbelto, un caballero que está muy bien. Tiene la tez morena, abundante cabello castaño, ya canoso, ojos juveniles, párpados fatigados, y un cuidado bigote, de un tono dorado con hebras de plata. Entra como si estuviese en su casa, besa la mano de la tía Coeur y, ante la despiadada luz de la lámpara, dice burlonamente:

—¡Cómo descansa la vista esta suave penumbra de las casas de hoy!

Divertida por la chanza, miro a Marcel; pero él no se ríe, está contemplando al caballero sin la menor simpatía.

—¿Quién es?

—Mi padre —responde en tono glacial; y luego se dirige al recién llegado, que le sacude la mano amable y distraídamente, como se tira de la oreja al perro de caza.

¡Su padre! ¡Qué sorpresa! Debo de parecer idiota. Un padre con quien se ha tenido algún choque, eso es fácil de ver. Su hijo se le parece tan solo vagamente. Tal vez en la línea obstinada de las cejas… De todos modos, los rasgos de Marcel son tan delicados que no es muy seguro. ¡Qué cara más divertida, a un tiempo seca y sumisa, pone mi sobrino al autor de sus días! Sea como fuere, no va gritando por las calles que tiene un padre; este, sin embargo, me parece más que confesable. En fin, está muy claro que en ninguno de los dos grita la voz de la sangre hasta deteriorar el oído medio a los demás.

—¿Estás bien, pequeño? ¿Estudias mucho?

—Sí, padre.

—Te noto un aspecto algo fatigado.

—¡Oh, no, padre!

—Deberías haber venido hoy a las carreras conmigo. Eso te hubiera despabilado.

—Padre, tenía que servir el té…

—¡Ah, es verdad! Tenías que servir el té… ¡No permita el cielo que te aparte de tan graves deberes!

Como la lechuza Barmann y la gacela chipriota han pegado la hebra juntas, la primera autoritaria, y la segunda de una flexibilidad contra la que se embotan todos los datos que le puedan arrojar, la tía Coeur se aventura a decir, menos untuosa que de costumbre:

—¿Le parece a usted, Renaud, que un hipódromo sea el ambiente más adecuado para este niño?

—Pero, querida, si solo vería allí a gente muy correcta, y todavía a mayor cantidad de israelíes —dice con suavidad el padre de Marcel, mirando hacia la señora Barmann.

¡Esto marcha sobre ruedas, esto marcha sobre ruedas! Hiervo de alegría reprimida. Si la cosa sigue así, la porcelana inglesa que manipulo llena de respeto irá a parar sobre las alfombras. La tía Coeur, con los ojos bajos, se ruboriza de manera imperceptible. Ciertamente, este señor no es muy cortés, pero yo me divierto horrores. («¡Oh, “cuantísimo” me divierto!», diría Luce). Marcel mira las flores de la alfombra con la cara de una jovencita a quien no han invitado a bailar.

—Sin duda ha jugado usted en las carreras, ¿verdad? —pregunta dolorosamente mi tía.

El caballero menea la cabeza con melancolía.

—¡Y hasta he perdido! Así que he dado diez francos al simón que me ha traído aquí.

—¿Por qué? —pregunta su hijo, alzando la cabeza.

—Porque así hacía una suma redonda con lo que había perdido.

¡Pffft…! A esta infeliz de Claudine se le escapa la risa. Mi primo… (Veamos: si es el padre de mi sobrino debe de ser mi primo, ¿no? Bueno, no sé…). Mi primo vuelve la cabeza al oír esa risa insolente.

—¿Conoce usted a mi sobrina Claudine, Renaud? Es hija de mi hermano Claude. Hace poco que están en París. Ella y Marcel son ya buenos amigos.

—¡No compadezco a Marcel! —afirma el caballero, al que he tendido la mano.

No me ha mirado más que un segundo, pero es alguien que sabe mirar. Una mirada en zigzag, con

una imperceptible detención en el cabello, en los ojos, en la parte inferior hacia la mesa del té y yo me dispongo a seguirle cuando me detiene la voz de mi primo.

—La hija de Claude… —murmura—. ¡Oh, espere un instante! ¡Tengo tan poco desarrollado el instinto de las genealogías! Entonces ¿la señorita es tía de Marcel? Esta situación parece de sainete, ¿verdad…, primita…?

—Sí, tío —contesto sin vacilar.

—¡Enhorabuena! Ahora tendré dos bebés a quienes llevar al circo, si tu padre me autoriza. ¿Cuántos años tienes? ¿Quince, dieciséis…?

—Más de diecisiete —rectifico, dolida.

—¿Diecisiete? Sí, claro, esos ojos… Marcel, tener una amiguita es una novedad para ti.

—¡Oh! —le digo, riendo—. ¡Soy demasiado chicazo para él!

Mi primo-tío, que nos ha seguido hasta la mesa del té, me dirige una mirada penetrante, pero ¡tengo una expresión de niña tan buena e inocente…!

—¿Demasiado chicazo para él? ¡No, de verdad que no…! —declara en tono de chanza.

Marcel maneja tan torpemente una cucharilla de plata dorada que le tuerce el mango. Encoge sus graciosos hombros y se marcha con su lindo paso tranquilo, cerrando la puerta del comedor. La señora Barmann se va también, lanzándome un «Adiós, pequeña» muy ridículo, y al salir se cruza con una anciana de bandós blancos, en todo semejante a muchísimas ancianas, que se sienta en dos tiempos y que rehúsa beber té. ¡Qué suerte!

Mi tío-primo, que ha acompañado a la lechuza hasta la puerta, regresa a la mesa del té, me pide té, exige crema, más aún, dos terrones de azúcar, un emparedado, no, el de encima, no, que debe de estar reseco… ¿y qué más? Pero, de todos modos, nuestras gulas se comprenden, y no me impaciento. Me resulta simpático este primo-tío. Me gustaría saber qué hay entre él y Marcel. Da la impresión de estar pensando precisamente en eso y, mientras se come una sabrosa pastita, me pregunta a media voz:

—¿No te había hablado mi hijo de mí?

¡Horror, piedad! ¿Qué hacer? ¿Qué decir?

Dejo caer una cuchara para hacer tiempo, como hacía en la escuela con el mango de la pluma, y contesto al fin:

—No… al menos no me acuerdo.

No es una contestación muy buena, pero ¿y qué? Él no parece sorprendido. Sigue comiendo. Come con corrección. No es viejo. Es un padre todavía joven. Me hace gracia su nariz, un poco curvada, con aletas que se estremecen fácilmente. Bajo sus pestañas brillan sus ojos, de un color entre gris y azul oscuro. No tiene las orejas muy feas para ser hombre. El cabello le blanquea en las sienes, hueco y esponjoso. En Montigny había un hermoso perro de tono ceniciento que tenía el pelo del mismo color. ¡Vaya! Levanta los ojos de forma tan brusca que me sorprende contemplándole.

—¿Me encuentras feo?

—No, tío, de ningún modo.

—Pero no tan guapo como Marcel, ¿verdad?

—¡Ah, no, eso sí que no! No hay otro chico tan lindo como él, y hasta hay pocas mujeres que se le puedan comparar.

—Muy justo. Mi orgullo de padre se siente halagado… ¿Verdad que mi hijo no es muy sociable?

—¡Oh, sí que lo es! Anteayer vino a verme solo a casa, y nos hartamos de charlar. Está mucho mejor educado que yo.

—¡Y que yo también! Pero me sorprendes al decir que ya te ha visitado. Me sorprendes enormemente. Has hecho una verdadera conquista, prima. ¡Ay, la familia! Tengo, por encima de todo, el culto de la familia. Soy un pilar de las viejas tradiciones.

—Y de los hipódromos.

—¡Oye, pues es verdad que estás muy mal educada! ¿Cuándo puedo ver a tu padre?

—Sale poco por las mañanas. Por las tardes se va a ver a gente condecorada y a remover el polvo de las bibliotecas, aunque no todos los días. Pero, si quiere de veras venir, le diré que se quede en casa. En las cosas pequeñas todavía me obedece bastante.

—¡Ah, las cosas pequeñas…! No existen más que estas; ocupan todo el sitio y luego no queda nada para las grandes. Veamos… ¿Qué es lo que has visto de París?

—El Luxemburgo y los grandes almacenes.

—No es poco, en realidad. ¿Y si el domingo te llevara al concierto con Marcel? Me parece que los conciertos de este año son lo bastante selectos para que mi hijo acceda a aventurarse alguna vez en ellos.

—¿Los grandes conciertos? ¡Oh, sí, muchísimas gracias! Tenía muchas ganas de ir, a pesar de que no entienda demasiado. Casi nunca he oído buenas orquestas.

—Bien, quedamos de acuerdo. ¿Qué más? Tienes el aire de una personilla a la que no es difícil entretener. Hubiese querido tener una hija. ¡Ay! ¡La hubiera educado tan bien a mi manera! Bueno, ¿qué te gusta?

Me ilumino.

—¡Tantas cosas! Los plátanos podridos, los bombones de chocolate, los brotes de los tilos, el interior de los tallos de las alcachofas, la resina de los árboles frutales, los libros nuevos, los cortaplumas con muchas hojas y…

Me echo a reír, jadeante, porque mi primo-tío saca gravemente su carnet de bolsillo y anota.

—¡Un segundo de respiro, te lo ruego, querida niña! Los bombones de chocolate, los plátanos podridos, ¡horror!, y los interiores de las alcachofas son un juego de niños, pero, por lo que respecta a los brotes de tilos y a la resina que asoma exclusivamente en los árboles frutales, no conozco almacenes con existencias en París. ¿Puede uno dirigirse a la fábrica?

¡Gracias a Dios! He aquí a un señor que sabe divertir muy bien a los niños. ¿Por qué su hijo no parece congeniar con él? En ese instante regresa precisamente Marcel, mostrando una expresión demasiado indiferente. Mi primo-tío se levanta, la anciana del pelo blanco se levanta, la bonita chipriota Van Langendonck se levanta… Retirada general. Una vez han salido las señoras, mi tía inquiere:

—¿Quién te va a acompañar a casa, bonita? ¿Quieres que mi doncella…?

—O yo, abuela —propone Marcel, amablemente.

—Tú… Bien, sí, pero alquila un coche, querido mío.

—¿Cómo? ¿Le deja usted salir en coche a estas horas? —exclama mi primo-tío, con tanta sorna que la tía Coeur se da cuenta.

—Amigo mío, tengo cargo de conciencia. ¿Quién se ocupa de este niño?

No oigo bien el resto; voy a ponerme el sombrero y la chaqueta. Cuando regreso, mi primo-tío ha desaparecido y la tía Coeur va recobrando poco a poco su sonrisa de anciana que ha dormido en las Tullerías.

Vienen las despedidas, los «Hasta pronto» y la calle fría, tras la cerrada tibieza del salón.

Un simón con neumáticos nos recibe en la parada de la rue Jouffroy. Aún no me he desilusionado del placer de los neumáticos, y lo confieso. Marcel sonríe sin decir nada. Al instante empiezo el ataque.

—Tu padre es muy simpático.

—Muy simpático.

—¡Cuán delirante es tu ternura, oh, el más apasionado de los hijos!

—¿Qué quieres que haga? Supongo que no descubriré hoy a papá, ¿verdad? Hace diecisiete años que le conozco.

Me encierro en una discreción ofendida.

—No te enfurruñes, Claudine; todo esto es demasiado complicado para poder explicarse.

—Tienes razón, amigo; no me importa nada en absoluto. Si no pones por las nubes a tu padre, tus motivos debes de tener.

—¡Claro que los tengo! Hizo desgraciada a mamá.

—¿Durante mucho tiempo?

—Sí… durante dieciocho meses.

—¿Le pegaba?

—¡No, claro que no! Pero no paraba en casa.

—¿Y a ti? ¿Te ha hecho desgraciado?

—¡Oh, no es eso! Sin embargo —explica mi «sobrino», con ira contenida—, ¡sabe ser tan mordaz! Nuestras dos naturalezas no simpatizan en absoluto.

Ha pronunciado estas últimas palabras con un tonillo escéptico y literario que hace que me desternille interiormente de risa.

—Claudine, el otro día nos quedamos en la carta de Luce. Continúa, ¡quiero que continúes! ¡Es algo mucho más interesante que ese montón de líos y trapos sucios de familia!

¡Ah, vuelvo a encontrar a mi Marcel, a mi lindo Marcel! Su rostro delgado brilla y desaparece bajo los rayos de los faroles de gas que pasan, vuelve a brillar y vuelve a desaparecer; cada tres minutos, distingo el hoyuelo de su barbilla obstinada y fina. Vibrante, excitada por los incidentes de la tarde, por la oscuridad, por las caras nuevas y el té demasiado cargado, hundo con comodidad mis heladas manos en las de mi «sobrino», febrilmente caliente. Hasta aquí he dicho la verdad, ahora se trata de inventar cosas que resulten. Mintamos, «mintamos audazmente», como dice Mélie.

—Entonces le devolví a Luce su carta, rota.

—¿Rota?

—Sí, desmenuzada en trocitos.

—¿Y qué dijo?

—Lloró sin vergüenza, haciendo mucho ruido.

—¿Y fue esa tu última palabra?

Silencio equívoco, como un poco avergonzado, de Claudine… Marcel tiende ávidamente su bonita cabeza.

—No, hizo todo lo que pudo por disuadirme. Cuando yo estaba «de agua» (había turnos para subir el agua, ¿sabes?) me esperaba en el dormitorio y dejaba bajar a las demás, para hablarme. Me amenazaba con llorar a moco tendido para fastidiarme y me hostigaba hasta que acababa por sentarla sobre mis rodillas, sentada yo a mi vez en la cama. Ella entonces cruzaba sus manitas por detrás de mi cuello, apoyaba la cabeza en mi hombro y me señalaba al frente, al fondo del patio, el dormitorio de los chicos, a los que por las noches veían desnudarse.

—¿Se los veía des…?

—Sí, y hasta hacían señas. Luce se reía bajito en mi cuello y me golpeaba las piernas con sus talones. Yo le decía: «Levántate. Mira, la señorita Sergent viene», y ella se apretaba contra mí, y me besaba con locura.

—Con locura —repite Marcel, como un eco, y sus manos se enfrían lentamente entre las mías.

—Entonces me levantaba de repente y casi la tiraba al suelo; y ella gritaba, en voz baja: «¡Mala, mala! ¡No tienes corazón!».

—¿Y luego?

—Y luego le atizaba una tunda tan imponente que se le ponían los brazos morados y le ardía la cabeza. ¡Cuando me dedico a eso, lo hago muy bien! A ella, eso le encantaba. Escondía la cara y se dejaba pegar emitiendo hondos suspiros… (Los puentes, Marcel, ya llegamos). Suspiraba profundamente, como ahora tú…

—Claudine —murmura con voz dulce, un poco ahogada—, ¿no me dirás nada más? Me… gustan tanto estas cosas…

—Ya me doy cuenta… Solo que… ¿recuerdas las condiciones?

—¡Vaya que sí! ¡Toma y daca! Pero —dice acercándose mucho a mí, agrandados los ojos, la boca

rosada y seca—, las amistades castas, apasionadas y completamente sentimentales son más difíciles de contar; temo ser tan breve como torpe…

—¡Cuidado! ¡Te están entrando ganas de mentir! Me voy a poner una mordaza.

—¡No, no, ahora te obligaría a hablar! Pero ya hemos llegado.

Bajo y voy a llamar. La puerta se abre, Marcel coge mis manos entre sus dedos húmedos, las aprieta mucho y las besa una tras otra.

—Saludos a mi tío, Claudine, y mis respetos a Fanchette. ¡Oh, Claudine inesperada! ¿Cómo me iba a imaginar que de Montigny me llegaría tanta satisfacción?

Ha dicho eso de veras.

En la mesa, mi excitación disminuye un poco mientras cuento a papá, que no me escucha, los acontecimientos de la tarde y la aparición de mi primo-tío. Mi querida Fanchette roza con su naricilla el borde de mi falda para averiguar de dónde vengo. Tiene una linda tripita redonda que lleva alegremente y que no le impide brincar detrás de las mariposas de la lámpara. Por mucho que le diga: «¡Fanchette, cuando se está embarazada, no se levantan los brazos!», no me hace ningún caso.

Al llegar al queso chester, papá, a quien el Espíritu acaba sin duda de visitar, prorrumpe en una vigorosa exclamación.

—¿Qué hay, papá? ¿Una nueva babosa?

—¡Ya he dado con quién es! Todo se me había ido de la cabeza. Cuando uno pasa la vida entera ocupado en cosas serias se olvidan esas tonterías. ¡La pobre Ida, Marcel, Renaud…! ¡Treinta y seis cerdos! La hija de Wilhelmine se casó muy joven con ese Renaud, que no era viejo. Creo que ella le dio mucho la lata. ¡Imagínate, una hija de Wilhelmine! Tuvieron un hijo, que es Marcel. Después del nacimiento del niño, nunca estuvieron de acuerdo. Ella era una mujercita puritana y susceptible. Un día le dijo: «Me voy a casa de mi madre», y él contestó: «¡Voy a pedirte un coche!». Poco después, ella moría de algo rápido. Y eso es todo.

Por la noche, antes de acostarme, mientras Mélie cierra las persianas, le digo:

—Mélie, ahora tengo un tío. No, quiero decir que tengo un primo y un sobrino, ¿sabes?

—A estas horas, te da vueltas la cabeza. ¡Vaya! ¿Y la gata? Desde que está preñada, anda siempre por los cajones y por las cómodas, estropeándolo todo.

—Hay que prepararle una cesta. ¿Es para pronto?

—No antes de quince días.

—¡Y yo, que no traje su cesta de heno!

—¡Qué lástima! Bueno, le compraré una cesta de perro con un cojín.

—No la querrá. Será demasiado parisiense para ella.

—¡Vamos! ¿Es que el morrongo de abajo le pareció demasiado parisiense?

La tía Wilhelmine ha venido a verme, pero yo no estaba. Habló con papá, según me cuenta Mélie, y estaba fuera de sí al saber que había salido sola. (Sin duda no ignora que los alumnos de Bellas Artes rondan mucho por el barrio).

Yo había salido para ver hojas de árboles y de plantas.

¡Ay, las hojas verdes, qué temprano salen aquí!

Allá apenas se velan los retoños de espino, a distancia, con esa neblina verde y como suspendida a sus ramas que tejen las hojitas tiernas. En el Luxemburgo, he querido comer retoños de árboles, como en Montigny, pero aquí crujen bajo los dientes, polvorientos de carbón. Y ya no aspiro nunca el húmedo perfume de las hojas podridas y de los estanques llenos de juncos, ni la ligera acidez del viento que ha pasado por los bosques donde arden las cenizas de los carboneros. Allá, lo estoy viendo, han salido ya las primeras violetas. Los arriates que se hallan junto a la pared del jardín, la que da al oeste, están llenos de pequeñas violetas encogidas, feas y raquíticas, pero cuyo aroma es maravilloso. ¡Qué triste estoy! La excesiva tibieza de esta primavera de París, y su molicie, hacen de mí una pobre bestezuela de los bosques, condenada al parque zoológico. Aquí, las primaveras y las margaritas amarillas se venden por carretadas, pero las pelotas de margaritas, que sigo haciendo por costumbre, solo divierten a Fanchette, que, todavía ágil a pesar de su tripita tirante, las maneja hábilmente, poniendo la patita en forma de cuchara. Me encuentro en un estado de ánimo muy malo. Por suerte, mi cuerpo continúa bien, según compruebo a menudo con complacencia, acurrucada en el agua caliente de la cubeta. Todo en él es elástico y flexible, largo, no muy grueso, pero sí lo bastante musculoso para no parecer flaco.

Aunque ya no tengo árboles por donde trepar, conservemos la agilidad. Se trata de sostener en equilibrio el pie derecho, de echarme hacia atrás todo lo posible, levantando muy alto la pierna izquierda, con el brazo derecho haciendo de péndulo y la mano izquierda colocada debajo de la nuca. Parece que no cuesta nada, pero prueben a hacerlo, ¡pruébenlo! ¡Pum, ya me he caído! Y, como no me había secado, mi trasero dibuja en el suelo una marca redonda. (Fanchette, sentada sobre la cama, contempla con despectiva frialdad mi torpeza, reprobando la inconcebible manía que tengo de sentarme en el agua). De todos modos, triunfo en otros ejercicios, llevando los dos pies alternativamente a la nuca, o la inclinación en arco hacia atrás, con la cabeza al nivel de los muslos. Mélie me admira, pero me pone en guardia contra la práctica excesiva de esta gimnasia.

—¡Te estropearás el físico!

Tras estos entretenimientos íntimos, vuelvo a caer en la apatía o en el nerviosismo, con las manos demasiado calientes o demasiado frías, y los ojos brillantes; en esos momentos, soy toda uñas a punto de arañar. No quiero decir con ello que mi cara de gata irritada resulte fea; muy al contrario, resulta muy bien, con su coronilla de cabellos rizados. Lo que me hace falta, lo que me hace falta… demasiado pronto lo sabré. Me humillaría decirlo ahora.

El resultado de todo esto es un apasionamiento imprevisto de Claudine por Francis Jammes; este poeta estrafalario comprende el campo, a las bestezuelas que lo habitan, los jardines pasados de moda y la importancia de las pequeñas cosas estúpidas de la vida.

Mi primo-tío ha venido esta mañana a ver a papá. Curioso al principio porque alguien fuera a molestarle, se ha humanizado al instante, ya que ese Renaud tiene el don de gustar y de desarmar a todo el mundo. A la luz del día se le ven más canas, pero su cara resulta más juvenil de lo que me pareció a primera vista, y el matiz de sus ojos color pizarra es algo muy personal. Embarca a papá en la malacología y mi noble padre no para de hablar. Asustada por este torrente de palabras, pongo un dique:

—Papá, quiero enseñarle Fanchette a mi tío…

Y le llevo a mi cuarto, encantada al verle apreciar la camita, las cortinas de zaraza y mi querido escritorio. Acaricia a Fanchette y le hace hábiles cosquillas en su tripita sensible, hablándole, muy ingeniosamente, el idioma de los gatos. Diga Marcel lo que diga, no cabe duda de que se trata de alguien imponente.

—Querida niña, una gata blanca y una butaquita baja son los elementos indispensables de un cuarto de jovencita. Solo falta una buena novela… No, aquí está. ¡Diantre, es *André Tourette*! ¡Qué ocurrencia!

—¡Bah, eso no es nada! Tendrá que acostumbrarse. ¡Lo leo todo!

—¿Todo? Es poco. No pretendas asombrarme, pues me parece, sobre todo, ridículo.

—¡Ridículo! —exclamo, sofocada de ira—. Me considero lo bastante mayor para leer lo que quiera.

—¡Bah, bah…! Ciertamente, tu padre, que por otra parte es encantador, me parece un padre poco corriente… Bueno —añade al verme a punto de llorar—, no quiero entristecerte. ¿Qué me ha dado para moralizar así? Soy más tío de lo que haría falta. Eso no impide que tú seas la más bonita y la más agradable de las sobrinas, bibliomanía aparte. Y me vas a dar tu manita en señal de paz.

Se la doy pero, de repente, me he sentido triste. ¡Estaba tan decidida a encontrar a este hombre totalmente encantador!

Me ha besado la mano; es el segundo hombre que me besa la mano. En Marcel el beso es un rápido roce, tan ligero, tan apresurado que no sé si son unos labios o un dedo lo que me ha tocado la piel. En cambio, al besarme su padre, he tenido tiempo de notar la forma de su boca.

Se ha ido. Volverá el domingo a buscarme para ir al concierto. Se ha ido…

Pero ¿han visto ustedes? ¡Un tío que tenía un aire tan poco chapado a la antigua! ¿Acaso le doy la lata, censurándole su costumbre de perder el dinero en las carreras? Bueno, es verdad que me podría contestar que ya no tiene diecisiete años y que no se llama Claudine.

A todo esto, sigo sin noticias de Luce.

Claudine juega a hacer de señora; Claudine se encarga vestido tras vestido y atormenta a la anciana y anticuada Poullanx, modista, así como a la señora Abraham Lévi, sombrerera. Mi tío me ha asegurado que todas las sombrereras de París son judías. Esta, a pesar de vivir en la orilla izquierda, muestra una vivacidad de gusto bastante marcada; además, le divierte ocuparse del tocado que corresponde a mi afilada carita y a mis rizados cabellos. Antes de la prueba, me cepilla el pelo hacia delante, con mucha energía, lo ahueca por los lados, se aleja dos pasos y murmura, extasiada: «¡Está igualita que Polaire!». Yo prefiero ser igual que Claudine. Como aquí las mujeres se plantan desde el mes de febrero sombreros de verano, ya he escogido dos: uno grande, capellina de crin y de plumas —«que hace parecer un bebé ricachón», según observa la señora Lévi con una mueca amable de sus gruesos labios, bajo su bigote castaño—, y otro rojizo, adornado con terciopelo negro. Tiene que combinar con todo. No tengo los gustos de la larguirucha Anaïs, que solo estaba contenta cuando su cabeza zozobraba bajo tres kilos de rosas.

Además, encargo otro vestido azul. Me gusta el azul, no por sí mismo, sino por cómo resalta el color

tabaco de España de mis ojos.

No sé nada de Marcel. Intuyo vagamente que está enfurruñado. «Enfurruñado» es tal vez una palabra demasiado fuerte, pero sí olfateo en él un sordo resentimiento. Como está lloviendo, me consuelo con mis libracos, a un tiempo nuevos y viejos, y unas novelas de Balzac que me sé de memoria, entre cuyas páginas se ocultan migajas de antiguas meriendas. He aquí una miga de pastel que viene de Montigny; huele, Fanchette. ¡Bicho sin corazón! La miga no le dice nada; escucha el ruido de las cacerolas en la cocina. Papá, con la corbata anudada de cualquier modo, me acaricia la cabeza al pasar. ¡Cuán feliz es este hombre al haber hallado en las babosas la plenitud de su vida y la divagación fecunda y renaciente! ¿Quién me servirá de babosa a mí?

Carta de Claire. ¡Vaya!

Querida mía:

Es una gran alegría la que voy a comunicarte: me caso dentro de un mes con el amado, cuya fotografía te envié. Es más rico que yo; no cuesta mucho serlo, pero no importa. ¡Soy tan feliz! Estará encargado de la inspección de una fábrica en México (¡!), y me iré con él. ¿Ves cómo la vida es igual que las novelas? Antes, cuando te lo decía, te reías de mí. Quiero que vengas a mi boda…

Siguen repeticiones y parloteos de jovencita rebosante de dicha. ¡Esta niña confiada y dulce, tan honrada, merece toda su alegría! Por una maravillosa casualidad, esta confianza y esta dulzura la han protegido mejor que la astucia más refinada; no es que haya puesto nada de su parte, pero todo está bien así. Le he contestado inmediatamente cualquier cosa amable y tierna; y me quedo en casa, junto a mi fueguecito de leña —friolera en cuanto llueve—, esperando la noche y la cena, llena de tristeza y de vergonzoso abatimiento.

Tiene diecisiete años y se casa. ¿Y yo? ¡Oh, que me devuelvan Montigny, y el año pasado, y el de antes, y mi turbulencia indiscreta y escudriñadora! ¡Que me devuelvan mi cariño hacia la pequeña Aimée de la señorita Sergent, mi traicionado cariño, y mi voluptuosa maldad para con Luce, porque aquí no tengo a nadie, y ni siquiera tengo ganas de portarme mal!

¿Quién podría imaginar que la cabeza de esta Claudine, vestida con un salto de cama, acurrucada a la oriental, frente al mármol de la chimenea y, al parecer, completamente absorta en tostar el dorso de una tableta de chocolate, sostenida por unas pinzas, alberga pensamientos tan lacrimosos? Cuando la superficie de la tableta expuesta al fuego se reblandece, se vuelve oscura, crepita y se hincha, la levanto en láminas con mi navaja. ¡Exquisito sabor, intermedio entre el de la almendra tostada y el de la corteza de vainilla! Saborear este chocolate tostado mientras me pinto las uñas de los pies con un trapito mojado en la tinta roja de papá me proporciona una melancólica dulzura.

El sol, que ha vuelto a salir, me demuestra lo ridículo de mi desolación de ayer por la noche. Tanto más cuanto que, a las cinco y media, Marcel hace su aparición, guapo como… solo Marcel puede estarlo, con una corbata de *pongé* color turquesa apagado, que aviva sus labios hasta el rosa de China, un rosa artificial de labios pintados. ¡Señor! ¡Ese surquito entre la nariz y el labio superior, y el imperceptible vello que le da un color plateado! El terciopelo de seda pura, a 15,90 francos el metro, no es tan suave.

—¡Qué contenta estoy, «sobrino»! ¿No te importa que me quede con el delantal puesto?

—Tu delantal es encantador. Déjatelo, me haces pensar en (¿cómo, ya?) en Montigny.

—No tengo necesidad de dejármelo puesto para pensar en Montigny. ¡Si supieras qué pena siento a veces…!

—¡Oh, vamos, nada de enternecimiento nostálgico, Claudine! ¡No es lo tuyo!

En este momento, su ligereza me resulta dolorosa, y sin duda le he dirigido una mirada de indignación porque se vuelve encantador y flexible.

—Espera, espera… ¡Nostalgia! Voy a soplar sobre tus ojos y se disipará.

Con su gracia femenina, hecha de soltura y también de extraordinaria precisión de movimientos, me coge el talle y sopla suavemente sobre mis ojos entornados. Prolonga el juego y al fin declara:

—Hueles a… a canela, Claudine.

—¿Por qué a canela? —le digo, blandamente recostada en su brazo y adormeciéndome en su suave aliento.

—No sé. Porque es un olor cálido… un olor a golosina exótica.

—¡Vaya! Entonces ¿huelo a bazar oriental?

—No. Un poco a tarta vienesa; es un olor de algo rico para comer. Y yo, ¿a qué huelo? —me pregunta, poniendo su aterciopelada mejilla muy cerca de mi boca.

—A heno segado.

Y, como no aparta su mejilla, le beso con dulzura, suavemente. De igual manera hubiera podido besar un ramo de flores o un melocotón maduro. Hay perfumes que solo con la boca se aspiran bien. Marcel lo ha comprendido así, me parece. No me devuelve el beso y dice, al retirarse esbozando una sonrisa:

—¿A heno? Es un perfume muy poquita cosa. Vendrás mañana al concierto, ¿verdad?

—Desde luego. Tu padre vino a ver a papá el otro día. ¿No lo sabías?

—No —dice con indiferencia—. No todos los días veo a papá… No tiene tiempo… Bueno, me voy, tengo el tiempo justo. ¿No sabes a quién estoy haciendo esperar quedándome aquí? ¡A Charlie!

Estalla en una carcajada maliciosa y huye corriendo.

Pero estimo en todo lo que vale el precio de esta preferencia.

—Papá, que voy al concierto. Date un poco de prisa. Ya sé que los huevos al plato, fríos, son un manjar digno de los dioses, pero date prisa.

—¡Criatura inferior! —exclama papá, encogiéndose de hombros—. Todas las mujeres son idénticas a la última de las polillas. Yo vuelo a mayor altura.

—Ten cuidado, que con la punta del ala vas a tirar el jarro de agua. ¿Verdad que este vestido me sienta bien?

—Ejem… Sí… ¿Es un abrigo del año pasado?

—¡Oh, no! ¡Si lo pagaste hace dos días!

—Sí. Esta casa es un pozo sin fondo. ¿Tu tía está bien?

—Pero ¡si estuvo aquí! ¿No la viste?

—No… sí… No lo sé; me carga bastante. Su hijo es mucho mejor que ella. Es muy inteligente. Tiene puntos de vista sobre muchas cosas. Incluso no es escandalosamente ignorante en ciencias naturales y tiene nociones de malacología.

—¿Quién? ¿Marcel?

—¡Oh, no! ¡No hablaba de ese aborto! Me refería al otro, a Perico de los Palotes. Quiero decir, al yerno de Wilhelmine.

¡Ese aborto…! ¡Vaya! ¿Conque ese aborto? ¡Ya le darán a papá abortos como esos! No es que tenga mala opinión del padre de Marcel, que me atrae y me conforta, pero, en fin…

Suena el timbre. Mélie avanza despacio hacia la puerta; mi primo-tío y mi «sobrino» entran deslumbrantes, sobre todo Marcel, moldeado dentro de sus atavíos demasiado flamantes para mi gusto; la proximidad de su padre le achica un poco.

—¡Querido señor! ¡Qué bonita está su niña bajo ese gran sombrero negro!

—No está mal, no está mal —dice papá con indolencia, disimulando su muy sincera admiración.

Marcel me examina minuciosamente, como de costumbre.

—Ponte guantes de Suecia en vez de estos gris perla; con azul resulta más bonito.

Tiene razón. Cambio de guantes.

Sentados los tres en un simón cerrado, Marcel sobre el horrible traspuntín del martirio, nos dirigimos al Châtelet. Como por dentro estoy trepidante, no digo nada y me mantengo muy quieta y juiciosa. La conversación entre el tío Renaud y su hijo no corre el riesgo de ser febril.

—¿Quieres ver el programa? Toma. *La condenación de Fausto*. No es un estreno.

—Para mí lo será.

En la plaza, las esfinges que escupen desde la fuente del Palmier me recuerdan el sucio juego que tanto nos apasionaba en Montigny: de pie en la misma línea, de cinco a seis pringosas muchachitas con las mejillas hinchadas de agua hacíamos como las esfinges, y la que escupía más lejos ganaba una canica de colores, o un puñado de avellanas.

En la entrada y en la escalera, mi primo-tío saluda ya, y estrecha la mano a mucha gente. Debe de venir aquí con frecuencia.

Está mal iluminado y huele a estiércol. ¿Por qué huele a estiércol? Se lo pregunto en voz baja a Marcel, que me contesta:

—Es porque todas las noches dan *Miguel Strogoff*.

El tío Renaud nos instala en butacas de principal, en primera fila. Un poco ceñuda por estar tan a la vista, miro bruscamente alrededor, pero se ve muy mal al entrar, viniendo de la luz del día, y siento que es mejor para mí. Sea como fuere, ¡cuántas mujeres hay! ¡Y qué jaleo arman! Esas puertas de palcos que

suenan, esas sillas que arrastran, parece que estemos en la iglesia de Montigny, donde nadie hace caso de lo que el abate Millet está diciendo en el púlpito, y ni siquiera en el altar.

Esta sala del Châtelet es grande, aunque banal y fea. Las luces brillan entre un halo de polvo. ¡Cuando les digo a ustedes que huele a estiércol! Y todas esas cabezas abajo, negras las de los hombres, floridas las de las mujeres… Si tirara pan a esa gente, ¿abrirían la boca para comérselo? ¿Cuándo empezará? Mi primo-tío, que me ve pálida y nerviosa, me coge una mano y la retiene en la suya en señal de protección.

Un caballero barbudo con la espalda un poco encorvada se adelanta en el escenario, y los aplausos cortan ¡ya! el desagradable tumulto de los charloteos y la afinación de los instrumentos. Es el propio Colonne. Hace toc-toc tres veces en su atril con un bastoncillo, inspecciona a sus huestes con una ojeada circular y levanta el brazo.

A los primeros acordes de *La condenación*, se me hace un nudo en la garganta y allí se queda, ahogándome. Casi nunca he escuchado una orquesta, y los arcos de los instrumentos parecen deslizarse sobre mis nervios. Tengo un miedo loco de echarme a llorar de nerviosismo. ¡Qué ridículo sería! Salgo triunfante, con grandes esfuerzos, de esta tonta emoción y retiro suavemente mi mano de la de mi tío para sobreponerme de manera más completa.

Marcel pasea los gemelos por todas partes, y dirige inclinaciones de cabeza en dirección a las galerías superiores, donde distingo blandos sombreros de fieltro, cabellos largos, rostros sin bigote y bigotes intransigentes.

—Allá arriba —me explica por lo bajo mi tío— está lo mejor de lo mejor: anarquistas, músicos, escritores, que cambiarán la faz del mundo, e incluso buenos chicos sin un real a quienes les gusta la música. También va a parar arriba «el que protesta». Es alguien que silba y profiere abstrusas maldiciones; un municipal lo coge como si fuera una flor, lo expulsa y le hace entrar discretamente por otra puerta. Colonne quiso contratar a uno a precio módico, pero renunció a ello. El que protesta ha de ser, ante todo, un convencido.

Tengo ganas de reír oyendo a Mefistófeles, que detalla los cuplés de la pulga (tan burlescamente redactados que Berlioz debió de hacerlo de manera expresa); sí, tengo ganas de reír porque a ese barítono le cuesta un trabajo infinito no acompañar con gestos lo que canta. Se contiene todo lo que puede para no ser diabólico, pero siente sobre su frente la pluma en forma de horquilla, que oscila, y sus cejas dibujan espontáneamente el tradicional acento circunflejo sobre cada ojo.

Escucho con atención, hasta el entreacto, con mis torpes oídos, poco acostumbrados a discernir los timbres.

—Eso que canta en la orquesta, entre los instrumentos de viento, ¿qué es, tío Renaud?

—Me parece que es una flauta. Si quieres, se lo preguntaré a Maugis durante el entreacto.

El entreacto llega demasiado pronto para mi gusto. Detesto que se me racione y se me corte un placer sin haberlo pedido yo misma. ¿Adónde corre tan apresurada toda esa gente que sale? ¡Si solo van a los pasillos! Me pego a uno de los costados de Marcel, pero es el tío Renaud quien, con autoridad, pasa su brazo por debajo del mío.

—Recógete, pequeña. A pesar de que hoy día se limitan a condenar a Fausto, sin novedades de la nueva escuela, puedo mostrarte algunas caras bastante conocidas. ¡Y tus ilusiones alfombrarán el suelo, cual coronas marchitas!

—¡Oh! ¿Es la música lo que le da tanta elocuencia?

—Sí, en el fondo, bajo mi frente de pensador, late un alma de jovencita.

Sus ojos azul-pizarra, indulgentes y lánguidos, me sonríen con una sonrisa que me calma y me inspira confianza. Su hijo, que se prodiga con todo el mundo, justamente en ese momento va a saludar a la señora Barmann, que perora y hace declaraciones en un grupo de hombres.

—Huyamos, huyamos —suplica mi tío, espantado—. Si asomamos por esos parajes, nos citará el último aforismo social de «su ilustre amigo».

—¿Qué ilustre amigo? ¿Aquel del que hablaba el otro domingo en casa de la tía Coeur?

—Sí, Gréveuille, un académico muy juerguista a quien ella… subvenciona, alimenta y proporciona alojamiento. El invierno pasado aún iba a cenar yo a esa jaula, y salí de allí la última vez bajo esta delicada impresión: la de ver al gran hombre instalado frente a la chimenea Luis XIII, presentando ingenuamente al fuego sus botines, que no había vuelto a abrochar…

—¿Por qué dice que no los había vuelto a abrochar? —Hago la pregunta con un candor bastante bien fingido.

—¡Por Dios! Porque acababa de… ¡Eres insoportable, Claudine! Bueno, al fin y al cabo, toda la culpa es mía. No estoy acostumbrado a las niñas. ¡Hace poco tiempo que soy tío! Pero de ahora en adelante tendré cuidado.

—¡Qué pena! Ya no será tan divertido.

—¡Calla, pequeño horror! Tú, que lo lees todo, ¿sabes quién es Maugis, el que estoy viendo allá?

—¿Maugis? Sí, hace crítica musical, y artículos que son una mezcla de groserías y de juegos de palabras; un batiburrillo de afectación y lirismo que no siempre comprendo.

—¡Afectación y lirismo! ¡Santo Dios! ¡Qué sobrina más divertida tengo! ¿Sabes que no está del todo mal juzgado? ¡Si va a resultar que tendré un verdadero placer en hacerte salir conmigo, pichoncito!

—¡Agradecidísima! Si comprendo bien sus palabras, me ha sacado usted hoy por pura cortesía.

Nos aproximamos al Maugis en cuestión: discute muy animado con una voz gutural que fácilmente se ahoga, y parece estar pasando por una fase de lirismo. Me acerco más. ¿Ha echado al voleo sus admiraciones? ¡Cataplum!, como decimos en nuestra tierra cuando un crío se cae. He aquí lo que oigo:

—¿No han saboreado ustedes esta noche la música de ese marrano trombón, que ladraba entre las rosas en flor? Si, a pesar de ese jaleo, Fausto duerme a pierna suelta: es que antes de tumbarse en el catre ha debido de leer *Fecondité*. Por otra parte, ¡vaya estercolero de orquesta! Hay un pequeño flautista hediondo que no está lo bastante putrefacto para dejar de soplar su maldita nota en el ballet sifilítico al mismo tiempo que los chismes armónicos de las arpas. ¡Si cayera en mis manos le metía la flauta en el…!

—Amigo mío, amigo mío —murmura suavemente mi tío Renaud, a espaldas del convulso sujeto—, si continúa usted, perderé toda moderación de términos.

El hombre vuelve sus enormes hombros y nos muestra una nariz corta, unos ojos azules, saltones bajo sus párpados caídos, y sus grandes y feroces bigotes que coronan su boca infantil. Todavía congestionado por su justo furor, sus ojos como claraboyas redondas y su cuello hinchado le dan el aspecto de un pequeño buey, ligeramente batracio (he aprovechado las lecciones de historia natural de Montigny). Pero ahora empieza a sonreír con amabilidad y cuando nos saluda, mostrando un cráneo rosado de exageradas dimensiones, compruebo que toda la parte inferior de su cara —flácida barbilla que se esfuma en la papada y labios pueriles— desmiente sin cesar la energía de la amplia frente y de la breve y voluntariosa nariz. Me lo presentan, y dice entonces:

—Bondadoso anciano. ¿Por qué trae usted a la señorita a este equívoco lugar? ¡Se está tan bien en las Tullerías, jugando con un buen aro…!

Yo callo, llena de indignación. Y mi dignidad divierte mucho a los dos hombres.

—¿Está aquí su Marcel? —pregunta el crítico a mi tío.

—Sí, ha venido con su tía.

—¿Eh? —se sobresalta Maugis—. ¿Ahora se exhibe con su…?

—Claudine —explica mi tío, encogiéndose de hombros—. Claudine, aquí presente, es su tía. Somos una familia complicada.

—¡Ah, señorita! ¿Es usted la tía de Marcel? ¡Existen las predestinaciones!

—¡Si se cree usted gracioso…! —refunfuña mi tío, que no sabe si refunfuñar o echarse a reír.

—Se hace lo que se puede —contesta el otro.

¿Qué significa esto? En todo ello hay algo que no he entendido.

La bella chipriota, la señora Van Langendonck, pasa escoltada por seis hombre, los seis, al parecer, igualmente prendados de ella, y a los que acaricia de manera imparcial con sus ojos de gacela extasiada.

—¡Qué criatura más deliciosa! ¿Verdad, tío?

—Sí, desde luego. Es una de esas mujeres que hay que tener los días de recibo. Adorna e incita.

—Y mientras los hombres la contemplan —añade Maugis— olvidan zamparse todos los bocadillos.

—¿A quién está saludando, tío?

—A un trío de gran valor.

—Como el de César Franck —corta Maugis.

Mi tío continúa:

—Son tres amigos que nunca se separan. Se les invita juntos y uno lamentaría tener que separarlos. Son guapos, correctos y, cosa increíble, perfectamente decentes y delicados. El primero compone música, música encantadora y personal; el segundo, el que está hablando con la princesa de C., la canta como artista, y el tercero pinta al pastel con gran habilidad mientras los escucha.

—Si yo fuera mujer —concluye Maugis—, querría casarme con los tres.

—¿Cómo se llaman?

—Casi siempre se les nombra a la vez: Baville, Bréda y della Sugès.

Mi tío, al pasar, intercambia saludos con el trío, al que contemplamos con placer. Un Valois entre nosotros, esbelto y distinguido como un lebrel heráldico, así es Baville; un guapo mozo sano, de ojos azules y hundidos y una deliciosa boca femenina, he aquí a Bréda, el tenor; en cuanto al gran perezoso della Sugès, que conserva algo oriental en su tez mate y en su nariz de aguda arista, contempla pasar a la gente, serio como un niño juicioso.

—Maugis, usted que es un especialista, enseñe a Claudine algunas muestras notorias…

—… del todo París. Por supuesto. Es un bonito espectáculo para mostrar a una niña. Tenga, joven *backfisch*, he aquí primero… a tal señor, tal honor… he aquí el esterilizador elegante, tan apreciado por todas partes, por todas las mujeres que ya nunca, ¡oh, nunca más!, *ovaire more*, nunca más querrán combatir la despoblación de nuestra amada patria…

Mi tío no puede reprimir un leve gesto de mal humor. Pero no tiene razón; mi obeso guía habla con tal volubilidad (evidentemente deliberada) que no llego a entender ni la mitad de sus chanzas; no llegan a pasar de su bigote, y lo lamento mucho, pues la irritación que producen a mi tío demuestran su calidad.

Ahora, en tono más apacible, Maugis me enumera otras glorias:

—Contemple, envidiable tía del endiablado Marcel, a algunos de los críticos que Sainte-Anne nos envía. Esta barba, de la cual cantaremos a coro, si le parece, que dora el agua oxigenada y que es rubia como el trigo, pertenece al llamado Bellaigue. ¡Ah! El Escudo de la *Revue des Deux Mondes* tendría que dar siete vueltas a su lengua antes de proferir las blasfemias antiwagnerianas de costumbre, pero mucho le será perdonado porque *Parsifal* le gustó mucho y lo alabó casi tanto como *La dama blanca*, la divina melodía de la consagración que, murmurada por bocas invisibles, pasa por el cenáculo inmerso en sombra como un estremecimiento de ternura y melancolía…

¡Ya está! Le ha picado la tarántula mística. Por suerte, el acceso dura poco.

—Otro crítico; ese hombre bajito, nada guapo…

—¿El que viene rozando las paredes?

—Sí, ese tipo retorcido como una raíz de boj da la lata hasta a las paredes. ¡Ah, qué mala arpía hasta para sus cofrades, el hermanito ese! Cuando no compone música, hace circular despreciables rumores.

—¿Y cuando compone música?

—Entonces los rumores que hace circular son peores aún.

—Muéstreme a otros críticos, por favor.

—¡Uf! ¡Qué gustos más repugnantes tenéis en vuestro pueblo, oh, lejana princesa! No, no le enseñaré a ningún otro crítico, porque la musicografía francesa no cuenta aquí como representantes más que a los

dos bípedos que acaba de tener el honor de…

—¿Y los demás?

—Los demás, que son novecientos cuarenta y tres y medio (hay uno lisiado), los demás nunca se aventuran en una sala de conciertos (¿de qué les iba a servir?) y endosan piadosamente sus sitios a los vendedores callejeros. Venden sus críticas y hasta sus «servicios». Pero dejemos a esos seres despreciables y contemplemos a la señora Roger-Miclos, que tiene un perfil de camafeo; a Clovitz, el de la cara de gorila; a Diémer, que oculta en su boca todo un teclado sin bemoles; al abogado Dutasby, que desde el día en que le desterraron no ha dejado de asistir a un solo concierto de Colonne… y allí, mire, esa pareja vomitiva (un peón con caspa y una pequeña esnob de histeria wagneriana), que el vulgar de turno, mala persona hasta el delirio, llamó el otro día «Tristán e Isolda».

—¿Quién es esa mujer tan hermosa que se cimbrea en su vestido?

—Dalila, Mesalina, la futura Onfalia, la parte de Austria.

—¿Cómo?

—¿No ha leído lo que escribió Victor Hugo? «Inglaterra tomó Leygués». Me pregunto qué diantre pudo haber hecho con ella… «y Austria, Héglon».

—¿Y todas esas señoras tan elegantes?

—Nada, menos que nada. Son la alta nobleza y la alta banca. El Gotha y el Goldgotha, la flor y nata de la sociedad. Esa gente alquila palcos porque da categoría (categoría aburrida) y entiende tanto de música como los patos. Todas esas señoras charlan sin cesar, ahogando la orquesta, desde la marquesa de Saint-Fiel, que viene aquí a la caza y captura de los artistas que hace luego funcionar en su casa, oftálmicamente, hasta la monísima Suzanne de Lizery, ese cuadro de Greuze forrado de dinero, *El cántaro roto*, llamada también el Nombre Propio.

—¿Por qué?

—Porque no tiene ortografía.

Maugis, dándome por suficientemente aturdida, se aleja al llamarle un compañero hacia las jarras de cerveza del bufet, bien merecidas por su garganta, que acaba de derramar tanta elocuencia.

Veo a Marcel frente a una columna del vestíbulo, hablando en voz baja y deprisa a un muchacho muy joven, del que solo veo la morena nuca de sedosos cabellos; doy un ligero tirón a mi tío para dar la vuelta a la columna, y reconozco las líquidas pupilas y el rostro blanco y negro de cierta fotografía que he visto sobre la chimenea de la habitación de mi «sobrino».

—¿Sabe usted, tío, cómo se llama el muchacho que está hablando con Marcel allá, detrás de la columna?

Se vuelve y suelta una palabrota.

—¡Por Dios! Es Charlie Gonzalès. Es muy charro, además.

—¿Además de qué?

—Quiero decir que… no es una compañía que me encante para Marcel. ¡Es un chico tan llamativo!

El timbre nos llama a la sala. Marcel se reúne con nosotros en las butacas. Olvido muchas cosas para escuchar a la señorita Pregi, que se queja, abandonada, lancinante, y la orquesta me absorbe, esa orquesta en la que el corazón de Margarita palpita con sordos latidos. Se repite la invocación a la naturaleza. Engel, muy imperioso, añade tempestuosos movimientos de cabeza, en los que el cabello ondula violentamente, y logra por fin conmover a este público, que no escucha con atención.

—Es que —me explica mi tío— el público solo ha oído setenta y seis veces *La condenación de Fausto*.

Marcel, sentado a mi izquierda, frunce la boca con un gesto de descontento. Cuando su padre está presente, él parece estar enfadado conmigo.

A través de un tumulto que me fatiga, Fausto corre hacia el abismo… y poco después nosotros corremos hacia la salida.

En la calle aún es de día, y el sol bajo deslumbra.

—¿Queréis merendar, niños?

—Gracias, padre. Te pido permiso para irme; he quedado citado con unos amigos.

—¿Con unos amigos? Supongo que será con Charlie Gonzalès.

—Con Charlie y con otros —responde Marcel con voz cortante.

—Ve. Solo que, ¿sabes? —añade mi tío en voz más baja, inclinándose hacia su hijo—, el día que me canse no enviaré a que te lo digan. Lo del instituto Boileau no volverá a pasar.

¿Qué será lo que pasó allí? Me muero de ganas de saberlo, Marcel no contesta; se despide de nosotros, con la mirada negra de ira reprimida, y se larga.

—¿Tienes apetito, hija mía? —vuelve a preguntar mi tío.

Su cara, decepcionada, ha envejecido desde hace unos instantes.

—No, gracias, vuelvo a casa. Si quiere acompañarme hasta un coche…

—Incluso me meteré en él contigo. Te acompaño.

Le pido como un favor que subamos a un *pneu* que pasa. Me encanta este rodar suave y rebotante.

No nos decimos nada. Mi tío mira delante de sí, con aire de fatiga y de fastidio.

—Estoy preocupado —me dice al cabo de diez minutos, contestando a una pregunta que no le he hecho—. Háblame, chiquita, distrae a este viejo.

—Tío, quería preguntarle cómo conoce a esa gente, a Maugis y a los demás…

—Porque desde hace quince o veinte años he estado yendo a todas partes, y porque las relaciones de periodistas son fáciles. En París uno, si se lo propone, hace pronto amistades…

—También quería preguntarle (aunque si soy indiscreta contésteme cualquier cosa) qué hace usted de ordinario… si tiene un oficio, ¡en fin, ya comprende! Tengo ganas de saberlo.

—¿Si tengo un oficio? Desgraciadamente, sí. «Hago» la política internacional en la *Revue Diplomatique*.

—¿En la *Revue Diplomatique*? ¡Vaya lata! Quiero decir (¡he metido la pata, santo cielo!; me doy cuenta de que me ruborizo), quiero decir que son artículos muy serios…

—¡No lo arregles! ¡No vengas ahora con paños calientes! No podías halagarme más; esas palabras redentoras te serán tenidas en cuenta. Toda la vida he sido considerado por tu tía Wilhelmine y por muchos otros como un individuo despreciable que se divierte y divierte a sus amigos. Hace diez años que me vengo de ellos fastidiando a mis contemporáneos. Y los fastidio de la manera que más les gusta: me muestro documentado, soy ponzoñoso, soy pesimista y lacrimoso. Me redimo, Claudine, subo en mi propia estimación, he dado a luz a veinticuatro artículos, ¡dos docenas!, sobre el asunto del «despacho de Ems», y desde hace seis meses me intereso tres veces por semana por la política rusa en Manchuria; de esa manera me procuro el dinero necesario.

—¡Es inaudito! ¡Me confunde usted!

—Ahora bien, el porqué te estoy contando todo eso es otro asunto. Me parece que, bajo la loca ambición de parecer una persona mayor a quien nada desconcierta, escondes un alma entusiasta y apasionada de muchachita solitaria. No acostumbro a expansionarme mucho, ya lo has visto con ese pobre desgraciado de Marcel, y tengo excesos de paternidad reprimida. He aquí por qué tu tío no está callado ahora.

¡Querido tío Renaud! Me entran ganas de llorar. Es a causa de la música, de los nervios… de algo más también… Lo que me falta es precisamente un padre como él. ¡Oh, no quiero hablar mal del mío, no es culpa suya si es un poco especial! Pero a este le hubiera adorado. Con el apuro que me da siempre mostrar lo bueno que puede haber en mí, me atrevo a decir:

—¿Sabe usted? Me parece que yo podría ser para usted un pasable vertedero…

—No lo dudo, no lo dudo. —Sus grandes brazos se cierran en torno a mis hombros, y ríe para no enternecerse—. Me gustaría que tuvieras penas para que vinieras a contármelas.

Permanezco apoyada en su hombro; los neumáticos ronronean sobre el desigual adoquinado que discurre a lo largo de los muelles, y los cascabeles del caballo despiertan en mí ideas románticas de

noche y sillas de posta.

—Claudine, ¿qué harías a estas horas en Montigny?

Me estremezco. No pensaba en Montigny lo más mínimo.

—¿A estas horas? La señorita daba palmadas para la entrada de la clase del anochecer. Durante una hora y media, hasta las seis, nos estropeábamos los ojos leyendo las lecciones a la luz del crepúsculo o, peor aún, a la de las lámparas de petróleo, que estaban colocadas demasiado altas. Anaïs comía mina de plomo, tiza o madera de pino, y Luce me mendigaba, con sus ojos de gata, mis pastillas de menta, demasiado picantes. La clase olía al barrido de las cuatro, a polvo regado, a tinta y a uñas mal lavadas.

—¿Mal lavadas? ¡Diantre! ¿No tenía esa hidrofobia más excepción que tú?

—Sí, claro que la tenía. Anaïs y Luce siempre tuvieron un aspecto bastante limpio, pero a las demás no las conocía tanto, y, ¡caramba!, el cabello bien peinado, las medias tirantes y las blusas muy blancas… es algo que a menudo no quiere decir nada, ¿sabe usted?

—¡Que si lo sé, Dios mío! Desgraciadamente, no puedo decirte hasta qué punto lo sé.

—Las otras alumnas, en su mayoría, no tenían mis mismas ideas sobre lo limpio y lo sucio. Mire, por ejemplo, Célénie Nauphely…

—¡Ah, ah! ¡Veamos qué hacía Célénie Nauphely!

—Pues, Célénie Nauphely, una chica muy alta, de catorce años, se ponía en pie a las tres y media, media hora antes de la salida, y decía en voz alta, con mucha gravedad e importancia: «Señorita, por favor, me voy; he de mamar de mi hermana».

—¡Misericordia! ¿Mamar de su hermana?

—Sí; figúrese que su hermana casada que estaba destetando a un niño tenía demasiada leche y le dolía el pecho. Entonces Célénie, dos veces al día, mamaba para aliviarla. Decía que luego escupía la leche, pero da lo mismo; sin querer debía de tragar algo. Pues bien, las niñas sentían cierta envidia de aquella mamoncilla y la rodeaban de gran consideración. Yo, la primera vez que se lo oí contar, no pude merendar. ¿A usted no le impresiona?

—Por favor, no insistas, o me parece que me dará algo. Me abres extrañas perspectivas sobre las escuelas del Fresnois, Claudine.

—Y Héloïse Basseline, que una vez encontró a Claire, mi hermanita de leche, con los pies en el agua, y le dijo: «¡Vaya! ¿Estás loca? No es sábado para que te laves los pies». «Pero ¡si me los lavo todas las noches!», le contestó Claire. Y entonces Héloïse Basseline se fue, encogiéndose de hombros y diciendo: «¡Chica! ¡A los dieciséis años ya tienes manías de solterona!».

—¡Dios de los cielos!

—Oh, le podría contar unas cuantas cosas más, pero las conveniencias se oponen.

—¡Bah! A un anciano tío…

—No, no, de todas maneras no quiero. A propósito: mi hermana de leche se casa.

—¿La aficionada a lavarse los pies? ¿A los diecisiete años? ¡Está loca!

—¡Cómo! ¿Por qué? —digo con un respingo—. ¡A los diecisiete años ya no es una niña! Yo también me podría casar.

—¿Y con quién?

Pillada por sorpresa, me echo a reír.

—¡Ah, eso es otra cosa! El elegido se hace esperar. Nadie se precipita hasta ahora. Mi belleza aún no mete bastante ruido por el mundo.

El tío Renaud suspira, recostándose en el fondo del coche.

—¡Ay! No eres nada fea, y no te quedarás en un rincón por mucho tiempo. Algún señor se enamorará de ti, de esa silueta flexible, del misterio de esos ojos almendrados… y me quedaré sin sobrina, y harás mal.

—Entonces ¿no tengo que casarme?

—No creas, Claudine, que voy a exigir de ti la abnegación que se debe a los tíos. Pero al menos no te

cases con cualquiera, te lo ruego.

—Escójame usted mismo un marido de toda confianza.

—¡Sí! ¡No te quepa la menor duda!

—¿Por qué no? ¡Usted es tan bueno conmigo…!

—Sí, pero no me gusta que otros se coman delante de mí golosinas muy sabrosas. Baja ya, pequeña, que ya llegamos.

Lo que acaba de decirme es mejor que todos sus otros elogios, y no lo olvidaré.

Mélie nos abre, sosteniéndose uno de los senos con la mano, y encuentro a papá en el rincón de los libros enzarzado en una grave conferencia con el señor Maria. Este peludo sabio, del que fácilmente me olvido, pasa aquí una hora casi todas las mañanas, pero le veo poco.

Cuando el tío Renaud ya se ha ido, papá anuncia con solemnidad:

—Hija mía, he de comunicarte una buena noticia.

¡Dios mío! ¿Qué nefasta idea se le habrá ocurrido?

—El señor Maria acepta ser mi secretario y ayudarme en mis tareas.

¡Qué felicidad; solo se trataba de eso! Tranquilizada, tiendo la mano al señor Maria.

—Estoy encantada, señor; estoy segura de que su colaboración prestará a papá enormes servicios.

Nunca he dicho tanto a este hombre tímido, de manera que ahora se oculta detrás de su selva de cabellos, barba y pestañas, sin lograr disipar su turbación. Sospecho que este honrado muchacho siente por mí lo que Maugis llamaría un «encaprichamiento». Pero no me molesta. A este sí que no se le ocurrirá faltarme al respeto.

Otra carta de Claire, que parece chochear de felicidad. «¡Claro, debes de divertirte!», me dice, para que parezca que se acuerda de mí. ¿Divertirme? ¡Bah! No es que me aburra, pero no estoy contenta. No vayan a creer, ¿eh?, que esté enamorada de Marcel. No, me inspira recelo, interés, cierta ternura despectiva y, físicamente, ganas de tocarle. Eso es. A menudo tengo ganas de peinarle, de acariciarle las mejillas, de estirarle las orejas, de separarle las uñas, como a Luce, y, como hacía con ella, de acercar uno de mis ojos a uno de los suyos, pestaña contra pestaña, ver moverse fantásticamente las rayas azules de su iris. De todos modos, si se mira bien, se parece algo a su padre, aunque disminuido. ¡Oh, sí, disminuido!

¡Y no hay noticias de Luce! ¡Qué raro, un silencio tan prolongado!

Tengo un traje sastre, después de dos pruebas en New Britannia con Marcel, dos sesiones que fueron para morirse de risa, a pesar de que estuve seria como una verdadera señora mayor. Mi «sobrino» estuvo admirable. Instalado en una silla, a tres pasos de mí, en uno de los pequeños probadores con espejo, hizo dar vueltas como una peonza a Léone, la especialista en faldas, y al señor Rey, el cortador, con gran desenvoltura.

—La pinza de las caderas un poco más atrás, ¿no le parece, señorita? La falda no muy larga, a ras del suelo es suficiente para poder andar y, además, la señorita aún no sabe caminar con faldas muy largas. —Mirada llena de hiel de Claudine, que no dice ni pío—. Sí, la manga cae bien. Dos bolsillitos curvos en la chaqueta, para los pulgares cuando uno está con las manos vacías. ¡Claudine, por Dios, estate quieta un instante! Fanchette se movería menos que tú.

Léone, atónita, no sabía qué pensar. Nos miraba de reojo, a cuatro patas sobre la alfombra, y saltaba a la vista que se preguntaba: «No son hermanos, se ve de sobra, ¿será su gigoló?». Y cuando, una vez terminada la prueba, nos hemos ido juntos, Claudine, rígida en su blusa de cuello blanco, bajo su sombrero de paja que doma mal sus cortos cabellos, Marcel, mirándome de reojo, me ha dicho:

—Sé muy bien qué aspecto tienes, Claudine, pero me reservo la opinión.

—¿Por qué? ¡Vamos! Puesto que ya has empezado, ya puedes terminar.

—No, ¡ni hablar! El respeto, el sentimiento de familia… Pero ese cuello almidonado, esos cabellos cortos y rizados, y esa faldita lisa… ¡Oh, serían capaces de hacer fruncir el ceño a papá!

Le pregunto, inquieta:

—¿Te parece que no le gustarán?

—¡Bah!, ya se acostumbrará. Papá, con esos aires de defensor de la moral ultrajada, no es ningún santo.

—No, gracias a Dios no es un santo, pero tiene buen gusto.

—Yo también tengo buen gusto —dice Marcel, picado.

—Tú tienes, tienes sobre todo… gustos poco corrientes.

Ríe con desgana, mientras subimos por la triste escalera de la rue Jacob. Mi «sobrino» acepta merendar en mi cuarto; plátanos demasiado maduros y ponche frío, con pastelitos salados. En la calle hace calor, pero en mi oscuro cuarto hace fresco. Voy a aventurarme a algo que estoy reprimiendo hace días.

—Marcel, ¿qué pasó en el instituto Boileau?

Está cómodo en la butaquita baja, comiendo una pasta salada que coge con la punta de sus dedos finos; al oírme se vuelve, rápido como una lagartija, y me mira. Con las mejillas encendidas, el entrecejo fruncido y la boca sorprendida y abierta, parece un pequeño dios hermoso e irritado. «Pequeño como un comino», pero ¡tan lindo!

—¡Ah! ¿Lo has oído? Mi enhorabuena, tienes fino el oído. Podría contestarte que… que no te importa nada saber lo que ocurrió.

—Sí, pero soy demasiado amable y simpática para que me contestes de manera tan fea.

—¿Qué pasó en el instituto Boileau? ¡Fue una perfecta infamia que no olvidaré mientras viva! Mi padre (quizá esto te enseñará a conocerle mejor, tú, que estás chocha con él) me hizo una faena…

Es inaudito el aire rabiosillo de este muchacho. Hiervo de curiosidad.

—Por favor, cuéntamelo…

—Pues bien, tú ya sabes quién es Charlie…

—¡Que si lo sé…!

—Bueno, pues, cuando entré como externo en el instituto Boileau, Charlie tenía que salir al año siguiente. Todos aquellos chicos mal arreglados, con muñecas enrojecidas y cuellos sucios, me daban mucho asco. Solo él… Tuve la impresión de que los dos nos parecíamos. Él es algo mayor que yo. Me miró largo rato, sin hablarme, y luego nos acercamos, porque sí, sin más; no se puede resistir mucho la atracción de esos ojos… Yo estaba obsesionado con él, sin atreverme a decírselo, y él, he de creerlo —murmura Marcel bajando las pestañas— estaba también obsesionado conmigo, puesto que…

—¿Te lo dijo?

—No; me lo escribió. ¡Por desgracia! Pero espera y escucha. Le contesté con gran agradecimiento. Y desde entonces nos vimos fuera del colegio, en casa de mi abuela y en otros sitios… Me ha hecho conocer y amar mil cosas que ignoraba…

—¿Mil?

—¡Oh, no creas que eran cosas como las de Luce! —exclama Marcel, extendiendo la mano—. Hemos tenido intercambio de pensamientos, nos hemos dado libros con anotaciones, pequeños recuerdos…

—¡Qué par de colegialas!

—Sí, colegialas, como quieras. Y, sobre todo, ha habido entre nosotros una correspondencia exquisita, hasta el día en que…

—¡Ajajá! ¡Lo que temía!

—Sí; papá me robó una carta.

—«Robar» es una palabra un poco fuerte.

—En fin, dijo que la había cogido del suelo. Una persona menos malintencionada que él habría

adivinado tal vez todo lo que aquellas expresiones de cariño tenían de… pura literatura. ¡Pero él…! Le entró un furor brutal (¡ah, cuando lo recuerdo, me parece que sería capaz de hacerle todo el daño posible!) y me pegó. Y luego se fue a armar lío en el colegio.

—¿Del que te… rogaron que salieras?

—¡Si solo hubiera sido eso! No; es a Charlie al que expulsaron. ¡Tuvieron ese atrevimiento! Si no lo llegan a hacer, papá seguro que arma un jaleo en sus cochinos periódicos. Es capaz de eso y de mucho más.

Escucho y admiro ávidamente. Sus mejillas ardientes, sus ojos azules que se oscurecen, y esa boca que tiembla con los extremos crispados, tal vez por ganas de llorar… ¡Nunca veré a ninguna chica como él de bonita!

—Tu padre, naturalmente, debió de quedarse con la carta.

Ríe, con risa aguda.

—¡Qué más hubiera querido! Pero yo también soy hábil, y se la quité con una llave que abría el cajón de su escritorio.

—¡Oh, por favor, enséñamela!

Con una ademán instintivo hacia el bolsillo del pecho, me contesta:

—No es posible, querida, no la llevo encima.

—Estoy completamente segura de que sí la tienes, Marcel, mi Marcel guapo. Si no me la enseñas, corresponderás muy mal a la confianza, a la hermosa confianza de tu amiga Claudine.

Tiendo mis manos en actitud insidiosa, y pongo una mirada tan mimosa como me es posible.

—¡Fisgoncilla! ¿Me la vas a quitar a la fuerza? ¿Dónde se ha visto cosa igual? Anda, déjame, Claudine, que me vas a romper una uña. Sí, te la enseñaré, pero luego ¿la olvidarás?

—¡Lo juro por Luce!

Saca un tarjetero femenino de color verde claro, del que extrae una hoja de papel fino, cuidadosamente doblada, ennegrecida por una minúscula letra.

Saboreemos la literatura de Charlie Gonzalès:

Querido amigo:

Voy a buscar ese cuento de Auerbach y te traduciré los pasajes donde se describe la amistad amorosa de dos muchachos. Sé el alemán tan bien como el francés, de manera que esa traducción no tendrá dificultades para mí, y casi lo lamento, porque me hubiera sido dulce padecer algunas molestias por ti, mi único amor.

Sí, sí, ¡mi único amor, mi único adorado! ¡Y pensar que tus celos, siempre despiertos, se han sobresaltado de nuevo! No me digas que no; sé leer a través de tus líneas, como sé leer en el fondo de tus ojos, y no puedo interpretar sino en su verdadero sentido la frasecita de la carta, relativa al «nuevo amigo de rizos demasiado negros, cuya charla me absorbía tanto en el recreo de las cuatro».

Apenas conozco a este supuesto amigo, al muchacho «de los rizos demasiado negros» —¿Por qué «demasiado»?—. Es un florentino llamado Giusseppe Bocci, al que sus padres han puesto a pensión en la casa de B., el célebre profesor de filosofía, para alejarle de la depravación de las camaraderías escolares. ¡Hay padres que tienen un olfato…! Este muchacho me hablaba de un divertido estudio psicológico dedicado por uno de sus compatriotas a las *Amistades del colegio*, que ese Krafft-Ebing transalpino define, según parece, «como un mimetismo del instinto pasional», pues, sean italianos, alemanes o franceses, todos esos materialistas manifiestan la más repugnante imbecilidad.

Como el folleto en cuestión contiene divertidas observaciones, Giuseppe me lo prestará; se lo pedí… ¿Para quién? Para ti, naturalmente, para ti, que me recompensas con tu inicua sospecha. ¿Reconoces tu injusticia? Pues, entonces, bésame. ¿No la reconoces? En este caso, soy yo quien te besa.

¡Cuántos mamotretos se han elaborado ya, tratando más o menos torpemente de esta cuestión, entre todas atractiva y compleja!

Para sumergirme una vez más en mi fe y en mi religión sexual, saturándome de ellas, he releído los ardientes sonetos de Shakespeare al conde de Pembroke, los no menos apasionados de Miguel Ángel a Cavalieri, me he robustecido aprendiendo pasajes de Montaigne, de Tennyson, de Wagner, de Walt Whitman y de Carpenter…

¡Es curioso! Juraría que he leído ya en alguna parte esta lista de autores un tanto especiales.

He evocado a los jóvenes del banquete de Platón, los amantes del batallón sagrado de Tebas, Aquiles y Patroclo, Damón y Pitias, Cariton…

¡Me fastidia! ¡Paso de él! ¡Dios mío, no es posible! Tiene que haber copiado el *Dictionnaire des messieurs qui ne se sont pas ruinés avec les femmes*.

He comulgado en todas esas generosas pasiones viriles de la Antigüedad y del Renacimiento que tan pedantescamente nos alaban.

¡Ah! ¡Ah! ¡Ya te tengo! «Tan pedantescamente» me lo aclara todo. El seductor de Charlie ha transcrito, lisa y llanamente, una página de *Escal-Vigor*. Ese joven arribista sabe actuar como Eckhoud, diría Maugis. No hay peligro de que yo advierta a su pequeña Marcela; es mucho más divertido así. El final me parece bastante más personal:

Mi esbelto muchacho querido, mi Tanagra tibia y flexible, beso tus ojos, que palpitan. Sabes muy bien que todo el pasado malsano que te he sacrificado sin vacilar, todo ese pasado de envilecedoras curiosidades, ahora detestadas, me parece hoy una lejana y dolorosa pesadilla. Queda en pie únicamente tu cariño, que me exalta y me abrasa.

¡Atiza! No me queda más que un cuarto de hora para estudiar el «conceptualismo de Abelardo». Las concepciones de este amputado debían de ser de un estilo muy particular.

Tuyo en cuerpo y alma,

CHARLIE

¡Se acabó! ¿Qué debo decir? Me siento un poco intimidada ante estas historias de muchachos, de chiquillas en pantalón que se besuquean, como decía Luce. No me sorprende en absoluto que el padre de «Marcelinita» también brincara. ¡Oh!, sé de sobra que mi «sobrino» es ciertamente «apetitoso» y algo más. Pero ¿y el otro? ¿Besa Marcel a ese Charlie verborreico y plagiario, a pesar del bigotillo negro? Y los cuellos de las camisas, además, deben de incomodarles porque, cuando la gente se besa así, necesariamente, uno de los dos debe tener la cabeza girada. Ya estoy oyendo a Anaïs la larguirucha contestándome: «Tonta, claro que no, que los cuellos de las camisas no pueden molestarlos». Pero Anaïs es horrible. Marcel no debe de ponerse feo cuando le besan. Le miro a hurtadillas, antes de devolverle la carta; no piensa en mí, no piensa en pedirme mi opinión; con la barbilla apoyada en la mano, está sumido en sus pensamientos. Su parecido con mi primo-tío, evidente en este instante, me turba de repente, y le devuelvo la carta.

—Marcel, tu amigo escribe estas cartas mejor que Luce; esta es más bonita que la de ella.

—Sí… Pero ¿no te sientes indignada ante un rigor tan estúpido, castigando a un Charlie tan exquisito?

—«Indignada» no es quizá la palabra, pero estoy sorprendida. Porque, al fin y al cabo, en el mundo no debe de existir más que un Marcel, pero imagino que en los colegios hay muchos Charlie.

—¡Muchos Charlie! Vamos, Claudine, no lo compares con esos colegiales descuidados que…

—¿Que qué?

—¿Necesitas que te lo explique más claro? Anda, dame de beber, y un *lukum*. Recordar todo aquello me da calor.

Se seca la frente con un pañuelito de hilo azul, y cuando, solícita, le tiendo un ponche frío, pone su tarjetero sobre la mesita de mimbre y se recuesta en la butaca, todavía febril, para beber a pequeños sorbos. Chupa un *lukum* sabor a rosa, mordisquea una galleta salada y se sume en el recuerdo de su Charlie. Y yo me pregunto, picada por la curiosidad, picada a más no poder, qué otras cartas puede haber en el tarjetero verde imperio. A veces siento (no con mucha intensidad, gracias a Dios) estas feas y violentas ansias, tan ásperas como las ganas de robar. Comprendo, desde luego, que si Marcel me

sorprendiese registrándole su correspondencia tendría derecho a despreciarme, y lo haría, pero ante este pensamiento la púrpura de la vergüenza no tiñe mi frente, como sería de rigor en toda narración escolar. ¡Lo mismo da! Pongo, negligente, un plato con dulces encima del tentador tarjetero. Probemos si da resultado.

—Claudine —dice Marcel, que parece volver a la realidad después de una larga ausencia—, a mi abuela le pareces muy huraña.

—Cierto; pero es que no sé hablar con ella, ¿qué quieres que haga? ¡No la conozco!

—De todos modos, no tiene importancia. ¡Cielos! Cómo se deforma Fanchette.

—¡Silencio! ¡Mi Fanchette es admirable siempre! Quiere mucho a tu padre.

—No me extraña. ¡Es tan simpático!

Se levanta al decir esta frase amable, se mete el pañuelito de hilo en el bolsillo izquierdo… ¡ay, no se acuerda del tarjetero! ¡Que se largue pronto! Recuerdo por un instante las cartas amorosas de Anaïs, que una parecida crisis de curiosidad sufrida en otro tiempo me hizo sacar medio quemadas de la estufa de la escuela,[9] y no siento el menor remordimiento. Además, se ha burlado de su padre; es un chico malo.

—¿Ya te vas?

—Sí, tengo que irme. Y te aseguro que siempre me voy a disgusto de aquí, ya que eres la confidente soñada, ¡y tan poco femenina!

¡No se puede ser más amable! Le acompaño hasta la escalera para asegurarme de que, con la puerta convenientemente cerrada, si sube otra vez se vería obligado a llamar.

¡Y ahora deprisa, al tarjetero! Huele bien; supongo que debe de ser el perfume de Charlie.

En una carterita lateral encuentro el retrato de Charlie; un busto tamaño postal, con los hombros desnudos, la banda antigua ciñéndole la frente, y debajo la fecha: «28 de diciembre, los Santos Inocentes». ¡La verdad es que el calendario tiene unas casualidades…!

Un montón de telegramas, escritos con letra larga y presuntuosa, de manera apresurada; son citas fijadas o aplazadas. Palabras tiernas: «¡Malvado Charlie! Te he esperado en la calle Lamennais más de una hora. Te castigaré. Ese querido huequecito bajo la oreja, te lo prohíbo [*sic*] durante tres días… si tengo el valor de hacerlo». Otra esquela: «Ven esta noche, me probaré para ti un vestido deslumbrante, chantilly y lentejuelas [*sic*], que me sienta de muerte». Dos telegramas firmados por… ¡Jules! ¡Caramba! Anaïs se quedaría boquiabierta. ¿Un retrato de mujer en medio de esta correspondencia? ¿Quién será? Representa a una criatura muy bonita, esbeltísima, de caderas huidizas, que luce un escote discreto; con los dedos sobre los labios, lanza un beso; debajo, se lee la misma firma: ¡Jules! ¿Es un hombre? ¡Veamos, veamos! Aguzo la vista, corro a buscar la venerable lupa de papá y examino minuciosamente las muñecas de Jules, parecen quizá algo grandes, pero son mucho menos exageradas que las de Marie Belhomme, por citar solo a ella; las caderas no pueden ser masculinas, y tampoco esos hombros redondos y, sin embargo, los músculos del cuello, bajo la oreja, me hacen titubear. Sí, el cuello es el de un efebo, me doy cuenta de ello… ¡Bueno, ahora que lo sé, lo mismo da! Continuemos nuestras pesquisas.

En un papel de cocinera y escritas con estilo de cocinera he aquí, con ortografía de cocinera, unas oscuras informaciones:

> Yo, por mí, no te aconsejo ir a la rue Traversière, referencia lo que trama el patrón, el muchacho que le cuenta todo, pero no te arriesgas a nada con acompañarme a casa Léon; es una sala elegante cerca de la Brasserie de que te hablé y verás personas que valen la pena, el artillero, los caballerizos de Médrano, etcétera. En cuanto a Ernestine y a la Charançonne, ¡ve con cuidado! No creo que Victorine haya echado a suerte. En la rue Lafite, la abuela te habrá dicho que el hotel es seguro, ya que el patrón es también.

Igual que el «profe de filo», el patrón «es también». ¿De qué? ¿De la policía? ¿Necesita ser de la policía para que su hotel sea seguro? ¡Qué mundo más extraño! ¡Vaya chusma la que Charlie ha «sacrificado» a Marcel! ¡Y tiene el valor de vanagloriarse de ello! Lo que por encima de todo me deja más estupefacta es que mi «sobrino» acepte sin remilgos los restos de un afecto por el que se revolcaron Charançonnes, artilleros, «etcétera». En cambio, comprendo perfectamente que a Charlie, al fin asqueado de los Jules demasiado complacientes —¡hay que ver esa fotografía inverosímil!—, le pareciera adorable la novedad de un niño que le ofrecía una inédita sentimentalidad, con escrúpulos deliciosos para vencer.

¡Ah! ¡Estos chicos son unos cerdos! Peor aún: se me antoja estúpida esa necesidad simultánea de despreciar y parodiar a la mujer. ¡Oh! Ya preveo la objeción: «Si se tratara de Luce y de otra, ¿qué pensarías, Claudine?». ¡Esa objeción es idiota! Primero, porque lo que yo pienso no es asunto vuestro; y, en segundo lugar, porque las niñas son más bonitas. Decididamente, ese Charlie me repugna. Mi primo-tío hizo muy bien en conseguir que le expulsaran con cajas destempladas del instituto Boileau. Un chico tan moreno debe de tener pelos en el pecho…

—¡Mélie! ¡Deprisa, coge un simón y corre a casa de la tía Coeur! Es para llevar este paquetito a Marcel con una carta que le escribo. No la dejes en la portería.

—¡Una carta, madre mía! ¡Seguro que la subo! ¡Eres una buena chica! Estate tranquila, cariño, que llegará a buen puerto. ¡Y nadie se dará cuenta de nada!

Puedo fiarme de ella. Su abnegación se exalta ante el pensamiento de que voy a dar el gran salto… No la desengañemos. ¡Le causa tanta alegría!

¡Es verdad que Fanchette va tomando un aspecto ridículo! Acepta su cesta parisiense a condición de que le meta en ella un trozo de mi vieja bata de terciopelo de algodón. Amasa enérgicamente ese jirón de tela, se afila en él las uñas, lo mantiene caliente, en forma de bola, debajo de ella, o lo lame pensando en su futura familia. Sus tetitas se hinchan y se le vuelven dolorosas; está poseída de una ansia loca de mimos y de carantoñas, como se dice en Montigny.

Mélie me trae, radiante, unas líneas de Marcel, que me da las gracias por el tarjetero enviado: «Gracias, querida, no estaba preocupado —¡ah, no, caramba!— sabiendo el tarjetero en tus manitas, que beso afectuosamente, discreta Claudine».

«¡Discreta Claudine!». Lo mismo puede ser una ironía que una súplica de silencio.

Papá trabaja con el señor Maria, es decir, agota al desgraciado muchacho a fuerza de dar vueltas de arriba abajo a todos sus libracos. Primero, él mismo clavó, con gran esfuerzo de palabrotas, doce estantes en la pared de la biblioteca. ¡Tarea admirable! Solo que cuando el señor Maria, suave, abnegado y polvoriento, quiso colocar en ellos los libros, descubrió que papá se había equivocado en un centímetro al calcular la distancia entre los estantes y que los libros no cabían en ellos de pie. De suerte que se tuvieron que desclavar todas las malditas tablas, salvo una. Imagínense si habrá habido «¡Sapos y culebras!» y «¡Padre Eterno, baja!». Yo me desternillaba de risa ante el desastre. Y el señor Maria, maravillosamente paciente, solo dijo: «¡Oh, no es nada! Espaciaremos un poco más los once estantes».

Hoy he recibido una bolsa grande de bombones de chocolate a la crema de casa Leduc —sí, sí—, con una carta de mi primo-tío:

Mi simpática amiguita, tu viejo se hace reemplazar hoy, pero no te quejes por esta bolsa de despedida. Salgo de viaje ocho o diez días por asuntos de negocios. Si quieres, a mi regreso podremos explorar otros mal ventilados antros de placer. Cuida mucho a Marcel, que, lo digo en serio, gana con tu compañía. Con un beso de tío en tus manitas.

¿Sí? Pues bien, lo digo en serio, preferiría un tío y ningún bombón; o un tío y bombones. Por otra parte, estos son imponentes. Luce se vendería por la mitad de la caja. Espera, Fanchette. Si quieres que te mate no tienes más que seguir adelante. Esta fiera mete en la bolsa abierta una patita en forma de cuchara, demasiado hábil; pero solo conseguirá la mitad de algunas bolas de chocolate, cuando yo haya retirado de ellas la crema con la punta gruesa de una pluma nueva.

Hace dos días que no veo a Marcel. Un poco avergonzada por mi pereza de ir a visitar a la tía Wilhelmine salgo hoy sin ganas, aunque vestida a mi gusto. Me agrada mucho mi falda sastre, que se ciñe, y mi blusa de céfiro azul pálido, que da a mi cutis un reflejo anaranjado. Papá, antes de que me despida de él, me manifiesta solemnemente:

—Di a mi hermana que estoy de trabajo hasta más arriba de la coronilla y que no me queda ni un minuto libre. Así no se le ocurrirá venir a darme la lata a domicilio. Y si, a pesar de tus pocos años, te faltan al respeto por la calle, ¡arréales un buen puñetazo en la cara!

Provista de tan juiciosas advertencias, me duermo en el honrado y maloliente ómnibus Panthéon-Courcelles durante cuarenta minutos, y no me despierto hasta el final del trayecto, place Pereire. ¡Vaya! No es raro que cometa esta tontería. He de regresar a pie a la avenue Wagram, donde la camarera de aspecto malévolo contempla con mirada desaprobatoria mis cortos rizos, y me informa:

—La señora acaba de salir.

¡Qué suerte! No me entretengo ni un minuto y bajo la escalera a todo correr, sin la ayuda del ascensor.

El parque Monceau, verde, con sus céspedes tiernos, velados por los surtidores, que forman vaporosas cortinas de agua, me atrae como si fuera algo que pudiera comerse. Hay menos críos que en el Luxemburgo. Es mucho mejor así. Pero ¡ese césped, que barren como si fuera un entarimado! No importa; los árboles me encantan, y la cálida humedad que respiro me hace sentir cierta languidez. El clima de París resulta, de todos modos, indignamente caluroso. ¡Qué cosa más dulce ese rumor de hojas!

Me siento en un banco; pero un vejestorio, de bigote y cabellos barnizados a pincel, me desaloja de allí con su insistencia en sentarse encima del vuelo de mi falda y en rozarme con el codo. Habiéndole calificado de «trasto viejo», me alejo hacia otro banco con paso digno. Un telegrafista muy chiquillo —¿qué diantre está haciendo?—, ocupado en saltar a la pata coja dando con el pie a un guijarro, se para, me mira y me grita:

—¡Recontra, qué fea eres! ¿Quieres esconderte detrás de mi piltra?

Evidentemente, no estoy en el desierto. Ah, ¿por qué no estaré sentada a la sombra del bosque de Fredonnes? Desplomada contra un árbol, sobre una silla, me amodorro, arrullada por los surtidores, que hacen sonar como tambores las grandes hojas de los ricinos.

El calor me agobia, me vuelve chocha, completamente chocha. Esa señora que pasa es linda, pero tiene las piernas muy cortas. Por otra parte, en París las tres cuartas partes de las mujeres tienen el trasero sobre los talones. Mi tío es ridículo, yéndose en un momento en que me caía tan bien. Mi tío… Tiene los ojos jóvenes, a pesar de unas incipientes patas de gallo, y una agradable manera de inclinarse hacia mí cuando me habla. Su bigote posee la encantadora tonalidad que adquieren los cabellos de las rubias al envejecer. ¡Que viaja por negocios! Por negocios o por otra cosa. Mélie, que tiene la vista muy adiestrada, me dijo cuando le pregunté qué impresión que le había causado: «Tu tío, pequeña, es un buen mozo. Seguro que es de los que trabajan a destajo».

¡Ese hombre tan amante del deber seguramente andará detrás de las mujeres! ¡Qué bonito!

Esa mujercita que ahora pasa… Le cae bien la falda. Tiene unos andares… unos andares que conozco. Y esas mejillas redondas, que un vello finísimo matiza a la luz con una línea plateada, también me son conocidas. Esa naricilla esbozada, esos pómulos un poco pronunciados… Me da un brinco el corazón. Me precipito hacia ella de un salto y exclamo con todas mis fuerzas:

—¡Luce!

¡Es inverosímil, pero es ella, sí! Su cobardía me lo demuestra a las claras; al oír mi grito, ha saltado valerosamente hacia atrás y se ha protegido los ojos con un brazo. Mi emoción se transforma en una loca risa nerviosa. La cojo por los dos brazos. Su carita de ojos estrechos, alargados hasta las sienes, se sonroja hasta las orejas; luego, palidece de pronto y, por fin, suspira:

—¡Qué suerte que seas tú!

Continúo teniéndola cogida por los brazos y no salgo de mi estupor. Esta muchacha menudita, a quien he visto siempre con delantal de lanilla negra, calzando zuecos puntiagudos o recios zapatos con cordones, sin más sombrero que el capuchón encarnado, recogido el cabello en una trenza entre semana y en un moño los domingos… esta Luce lleva un traje sastre de mejor corte que el mío, de paño negro ligero, con pespuntes blancos, una blusita rosa de China, de seda flexible, bajo un bolero corto, y una toca de crin, drapeada, adornada con un ramillete de rosas, que, ¡diantre!, no se ha comprado en el 4,80. Sin embargo, hay en su atuendo algunas notas falsas que, a primera vista, no se observan: un corsé sin gracia, demasiado rígido y no suficientemente hueco, el peinado sin estilo, con el pelo demasiado liso, los guantes demasiado estrechos… Le convendrían unos del cinco y medio y, sin la menor duda, lleva las manos apretadas en unos del cinco.

Pero, de todos modos, ¿cómo se explican tales esplendores? Seguro que mi amiguita se ha lanzado a la lucrativa mala conducta. No obstante, ¡qué lozana y qué juvenil está! No lleva carmín en los labios, ni polvos de arroz en las mejillas.

Una frente a otra, nos miramos sin decir nada, y debemos de resultar insoportables. Es Luce, por fin, quien habla:

—¡Oh, llevas el pelo corto!

—Sí. Me encuentras fea, ¿verdad?

—No —me dice con ternura—, no podrías estarlo; pero has crecido. ¡Estás muy bien! Oye, ¿ya no me quieres? Ya entonces no me querías mucho.

Ha conservado su acento de Montigny, que escucho encantada, aguzando el oído para captar por completo su voz, un poco lánguida y suave. Sus ojos verdes han cambiado diez veces de matiz desde que la estoy mirando.

—¡No se trata de eso, bobalicona! Dime, ¿por qué estás aquí y cómo vas tan elegante? ¡Ostras! Tu sombrero es delicioso. Échatelo un poco más hacia delante. ¿Estás sola? ¿Está aquí tu hermana?

—¡No, no está! —contesta Luce, sonriendo maliciosamente—. Lo dejé todo plantado. Es largo. Quisiera contártelo. Es una historia como una novela, ¿sabes?

Su acento revela un insondable orgullo. ¡No puedo más!

—Anda, cuéntamelo, lechoncita. ¡Tengo toda la tarde para ti!

—¡Qué suerte! Por favor, ¿quieres venir a casa, Claudine?

—Sí, pero con una condición: ¿no encontraré a nadie?

—No, a nadie. Ven, ven, deprisa. Vivo en la rue de Courcelles, a tres pasos de aquí.

Con la imaginación en torbellino, la acompaño, mirándola a hurtadillas. No sabe levantar con gracia su larga falda, y camina con la cabeza un poco hacia delante, como alguien que siente que el sombrero no está muy bien sujeto. ¡Oh, cuánto más conmovedora estaba y cuantísima más personalidad tenía con su falda de lana corta hasta el tobillo, su trenza medio deshecha y sus pies delicados siempre fuera de los zuecos! Pero no es que esté fea. Compruebo que su lozanía y el color de sus equívocas pupilas producen impresión en los transeúntes. Y ella lo sabe; inconsciente y generosamente, lanza caídas de ojos a todos los elegantes ensombrerados con quienes nos cruzamos. ¡Dios mío, qué divertido! Vivo en

plena irrealidad.

—¿Estás mirando mi sombrilla? —me dice Luce—. Fíjate, tiene el puño de cristal. ¡Cuesta cincuenta francos, chica!

—¿Quién los ha pagado?

—Espera que te lo cuente. Tengo que empezar por el principio.

Me gustan sus expresiones regionales. El acento del terruño, en contraste con su traje tan chic, adquiere un gran relieve. Comprendo ciertas bruscas hilaridades de mi «sobrino» Marcel.

Cruzamos el umbral de una casa nueva, atiborrada de balcones y de esculturas blancas. Un amplio ascensor, lleno de espejos, que Luce maneja con temeroso respeto, nos lleva hacia arriba.

¿A casa de quién me lleva?

Llama al último piso —¿no tiene llave?— y pasa deprisa por delante de una camarera tiesa uniformada a la inglesa, de negro, con un ridículo delantalito de muselina blanca del tamaño del traje de un negro, ya saben ustedes, ese traje que se compone de un cuadradito de esparto colgado del vientre.

Luce abre rápidamente una de las puertas de la antesala y la sigo por un pasillo blanco alfombrado de verde oscuro; abre otra puerta, me deja pasar, la cierra tras nosotras y se echa en mis brazos.

—Luce, ¿quieres un cachete? —le digo, recobrando a duras penas mi antigua autoridad, pues me aprieta con fuerza metiéndome su fresca naricilla en el cuello, bajo la oreja.

Levanta la cabeza y, sin aflojar los brazos, con una inefable expresión de esclavitud feliz, exclama:

—¡Oh, sí, pégame un poquito!

Pero ya no tengo ganas, o aún no las tengo, de pegarle. No se atizan tundas sobre un traje sastre de cuatrocientos francos, y sería una lástima aplastar con una torta el bonito ramo de rosas. Arañar sus pequeñas manos sí me gustaría, pero sigue con los guantes puestos…

—¡Oh, Claudine! ¡Ya no me quieres nada!

—No puedo quererte así, a la orden. He de saber antes con quién me las tengo que ver. Esta blusita no ha brotado sola encima de ti, ¿verdad? ¿Y este piso? ¿Dónde estoy? «¿Es una ilusión, es acaso un sueño encantado?», como cantaba la larguirucha Anaïs con su voz áspera.

—Es mi cuarto —contesta Luce con ademanes infantiles y voz untuosa.

Y, apartándose un poco, me deja que me entregue a la admiración.

Su cuarto es demasiado ricachón, pero no está del todo mal. ¡Caramba, hay buenas tapicerías! También laca blanca —¡ay!—, pero he aquí asientos y paneles cubiertos con terciopelo de tono almendra, con dibujos de conchas; me parece que es una copia de Utrecht, que halaga los ojos y aviva la tez. La cama, ¡oh, qué cama…! No puedo resistir el deseo de medir su anchura con mis brazos tendidos. ¡Mide más de un metro cincuenta, señores míos, más de metro y medio, les estoy diciendo! Es una cama de tres plazas al menos. En las dos ventanas se ven hermosas cortinas de damasco color almendra; y hay en la habitación un armario de luna con tres puertas, y una pequeña araña de cristal que cuelga del techo —tiene un aire muy tonto, esa pequeña araña de cristal—, y una gran poltrona jaspeada de blanco y amarillo, cerca de la chimenea, y ¡qué más, Dios mío!

—¡Luce! ¿Son estos los frutos del deshonor? Ya sabes lo que quiero decir, «engañosos frutos que dejan sabor de ceniza en los labios», si hemos de creer a nuestra vieja *Moral expuesta con ejemplos*.

—Todavía no has visto lo mejor —prosigue Luce, sin contestar a mi pregunta—. Mira.

Abre una de las puertas, que ostentan pequeñas guirnaldas esculpidas.

—Es el cuarto de aseo.

—Gracias. Habría podido creer que era el oratorio de la señorita Sergent.

Con azulejos en el suelo y azulejos en las paredes, el cuarto de aseo resplandece, cual Venecia, lanzando mil destellos (y más aún). ¡Caramba, caramba…! ¿Es posible? Aquí hay una bañera de un tamaño como para un elefante, y dos palanganas hondas como el estanque de Barres, dos palanganas que pueden invertirse. Sobre la mesa-tocador se ve una concha dorada que debe de haber costado un

dineral. Luce se precipita hacia una especie de extraña banqueta, levanta, como una tapa de caja, el dorado acolchado que la cubre, y dice con sencillez, mostrándome la oblonga palangana:

—¡Es de plata maciza!

—¡Uf! Los bordes deben de helar los muslos. ¿Está grabado tu escudo de armas en el fondo? Pero cuéntamelo todo, o me largo.

—Y todo el piso está iluminado por electricidad. Siempre tengo miedo de que ocurra algún accidente; chispazos o alguna cosa que mate (en Montigny, mi hermana nos dio mucho la lata con eso durante las lecciones de física); así que por las noches, cuando estoy sola, enciendo una lamparita de petróleo. ¿Has visto mis camisas? Tengo seis de seda, y el resto son imperio, con cintas rosa y pantalones haciendo juego.

—¿Pantalones imperio? Pues a mí me parece que por aquella época no usabas muchos pantalones…

—Sí, sí; la prueba es que en la lencería me han dicho que son imperio. Y además…

Su rostro resplandece. Revolotea de un armario a otro, y se enreda en su larga falda. De pronto, se levanta con ambas manos las enaguas, que crujen, y me cuchichea extasiada:

—¡Llevo medias de seda, Claudine!

En efecto, lleva medias de seda. Son de seda hasta los muslos, según puedo ver. Reconozco muy bien sus piernas, que son dos pequeñas maravillas.

—Toca, toca. ¡Mira qué suave!

—¡Me fío de ti! Pero te juro que me largo si continúas divagando sin contarme nada.

—Pues entonces vamos a instalarnos. Aquí, en la butaca. Ponte cómoda. Espera que baje los visillos, que no nos dé el sol.

Sus dejes de *patois* son divertidísimos. Con su blusita rosa y su falda impecable, resulta de ópera cómica.

—¿Y si bebiéramos un poco? En mi cuarto de aseo siempre tengo un par de botellas de vino de cola. Él dice que eso me impedirá ponerme anémica.

—¡Él! ¡Hay un él! ¡Qué suerte, vamos a saberlo todo! Trae inmediatamente el retrato del seductor.

Luce sale y regresa con un marco en la mano.

—Míralo, aquí lo tienes —dice, sin gran entusiasmo.

Este retrato de tamaño postal es horrible. Representa a un hombre gordo, de unos sesenta años, tal vez más, casi calvo, de aire atontado, con carrillos colgantes de perro danés, y grandes ojos de ternero. Aterrorizada, miro a mi amiguita, que contempla silenciosamente la alfombra, meneando la punta del pie.

—¡Hija mía, ya me lo estás contando todo! Es aún más interesante de lo que creía.

Sentada a mis pies sobre un almohadón, a la dorada sombra de los visillos corridos, cruza las manos sobre mis rodillas. Su peinado, que ha cambiado, no me deja estar a mis anchas; además, no debería ondularse. A mi vez, me quito el sombrero de paja y sacudo la cabeza para dar aire a mis rizos. Luce me sonríe.

—Estás hecha un chico, Claudine, con tus cabellos cortos; pero eres un chico guapo. Sin embargo, no; si se te mira bien se ve que tienes cara de chica, de chica bonita.

—¡Basta! Empieza a contar desde el principio hasta hoy. Y espabílate un poco, que papá va a creer que me he perdido, o que me ha atropellado un coche.

—Sí. Pues bueno, cuando, después de tu enfermedad, te decidiste a escribirme, ellas ya me estaban haciendo todas las perrerías posibles. Que si aquí, que si allá, que si yo era una gansa, que si era la caricatura de mi hermana. Todo el tiempo me estaban insultando.

—¿Tu hermana y la directora siguen aún tan unidas?

—¡Mucho más, caramba! Mi hermana ni siquiera barre ya su cuarto. La señorita Sergent ha tomado una criadita. Y, por un quítame allá esas pajas, Aimée pretende estar enferma, no baja, y es la señorita quien la reemplaza en casi todas las clases orales. Más aún: una noche oí a la señorita Sergent en el

jardín, haciéndole una escena terrible a causa de un nuevo auxiliar. Había perdido los estribos. «¡Tantas me harás que acabaré matándote!», decía. Y mi hermana se desternillaba de risa y, mirándola de reojo, le contestaba: «No te atreverías; tendrías demasiada pena después». Entonces la señorita Sergent empezó a gimotear, suplicándole que no la atormentara más, y Aimée se echó a su cuello y subieron juntas la escalera. Pero eso no es todo; yo ya estaba acostumbrada. Solo que mi hermana me trataba como a un perro. Y la señorita Sergent también. Cuando empecé a pedir medias y zapatos, mi hermana me mandó a paseo: «Si tus medias tienen agujeros en los pies, puedes zurcírtelas —me dijo—. Además, las piernas todavía están buenas; mientras no se ven los agujeros, es como si no los hubiera». Para los trajes, lo mismo; esa indecente tuvo la frescura de darme un viejo corpiño suyo al que ya no le quedaba tela debajo del brazo. Una vez escribí a mi casa. Nunca tienen un céntimo, ya lo sabes. Mamá me contestó: «Compóntelas con tu hermana; ya nos cuestas bastante cara; el cerdo se murió de enfermedad, y el mes pasado tuve que pagar quince francos en la farmacia a causa de tu hermanita Julie; sabes que en casa todo es miseria y compañía; si tienes hambre, muérdete los puños».

—Continúa.

—Un día que intenté atemorizar a mi hermana, ella se echó a reír a la cara y me dijo: «Si no te encuentras bien aquí, vete a casa. Les servirás de mucho; guardarás las ocas». Aquel día no pude cenar ni dormir. Al día siguiente por la mañana, después de clase, al subir al refectorio, encontré abierta la puerta del cuarto de Aimée y su portamonedas encima de la chimenea, cerca del reloj de pared (pues tiene un reloj, querida, ¡oh!, esa bruja). Se me heló la sangre en las venas. Salté sobre el portamonedas, pero no sabía dónde meterlo porque ella no iba a dejar de registrarme. Todavía llevaba el sombrero en la cabeza; me puse la chaqueta, bajé a los gabinetes, tiré en uno de ellos mi delantal y volví a salir sin encontrar a nadie (porque todo el mundo estaba ya en el refectorio); entonces fui corriendo a tomar el tren de las 11.39, que salía hacia París. Llegué en el último momento, medio muerta de tanto correr…

Luce se detiene para respirar y gozar del efecto que produce. Confieso que estoy atontada. Jamás hubiera creído a esta chiquilla capaz de un arranque semejante.

—¿Qué más? Deprisa, ¿qué más? ¿Cuánto contenía el portamonedas?

—Veintitrés francos. Al llegar a París me quedaban nueve francos, pues, como comprenderás, había tomado billete de tercera. Pero espera un poco… Todo el mundo me conocía en la estación y el señor Racalin se acercó y me preguntó: «¿Adónde vas tan deprisa, pequeña?». Le dije: «Mamá está enferma. Nos han telegrafiado. Voy volando a Sementran, ya que mi hermana no puede ir». «Es muy triste. Que no sea nada grave, pequeña», me contestó.

—Pero cuando llegaste a París, ¿qué hiciste?

—Salí de la estación y empecé a andar. Pregunté dónde estaba la Madeleine.

—¿Por qué?

—Vas a ver; porque mi tío (el del retrato) vive en la rue Tronchet, cerca de la Madeleine.

—¿Es hermano de tu madre?

—No, es su cuñado. Se casó con una mujer rica, que se murió. Después, hizo aún mucho más dinero y, como es natural, no quiso volver a oír hablar de nosotros, que éramos, y seguimos siendo, unos muertos de hambre. Te digo que es natural. Yo sabía su dirección porque mamá, que va siempre detrás del dinero, nos obligaba a los cinco a escribirle el día de Año Nuevo en papel floreado. Él no contestaba nunca. Entonces, al llegar, fui a su casa solo para saber dónde pasar la noche.

—¿Dónde pasar la noche? Luce, te venero. Eres cien veces más lista que tu hermana, y también que yo.

—¡Oh, «lista» no es la palabra! Pues bueno, fui a parar allí; estaba muerta de hambre; llevaba el viejo corpiño de Aimée y el sombrero de uniforme. Y, al llegar, me encuentro con un piso aún más bonito que este, y con un criado que me dice, muy seco: «¿Por quién pregunta usted?». Yo me sentía avergonzada y tenía ganas de llorar. Le contesté: «¡Quisiera ver a mi tío!». ¿Y sabes lo que me dijo el trasto ese? «El señor ha dado órdenes de que no se reciba a nadie de su familia». ¡Era para matarle! Di media vuelta

para irme, pero entonces me encontré cara a cara con un señor gordinflón que entraba. ¡Se quedó más parado…! «¿Cómo te llamas?». «Luce». «¿Te envía tu madre?». «Oh, no, vengo sola. Mi hermana me hacía tan desgraciada que me he escapado de la escuela». «¿De la escuela? Pero ¿qué edad tienes?», me dijo cogiéndome del brazo y llevándome al comedor. «Dentro de cuatro meses cumpliré diecisiete años». «¿Diecisiete? No los aparentas, ni mucho menos. ¡Qué historia más sorprendente! ¡Siéntate, hijita, y cuéntame lo que pasa». Yo, claro está, le endilgué todo, las maldades de la señorita Sergent y de Aimée, las medias rotas… En fin, todo. Él me escuchaba, mirándome con sus enormes ojos azules, y acercaba cada vez más su silla a la mía. Al final estaba tan cansada que me puse a llorar. Y he aquí que el hombre me sienta sobre sus rodillas y me besa y me acaricia. «¡Pobre pequeña! ¡Se le darían catorce años con su trencita! Tu hermana ha salido a tu madre, ¿ves?; es una peste… ¡Qué cabello más bonito! Con esa trenza parece que tengas solo catorce años». Y, poquito a poco, me acaricia los hombros, me abraza por la cintura y me besa, siempre resoplando como una foca. Me daba un poco de asco, pero ya comprenderás que no quería disgustarle.

—Lo comprendo perfectamente. ¿Y lo demás?

—Lo demás… no podré contártelo todo.

—¡Anda, hazte la santurrona! En la escuela no eras tan gazmoña.

—No es lo mismo. Antes me hizo cenar con él. Me moría de hambre. ¡Unas cosas más ricas, Claudine…! Todo eran golosinas y champán. Después de la cena, yo no sabía lo que decía. Él estaba colorado como un gallo, pero no perdía el oremus. Me propuso claramente: «Mi pequeña Luce, me comprometo a alojarte ocho días, a avisar a tu madre (y de forma que no ladre), y a prepararte más tarde un bonito porvenir. Pero con una condición: que harás lo que yo quiera. Tengo la impresión de que no haces ascos a las cosas buenas y de que te gustan las comodidades. A mí también. Si estás incólume, tanto mejor para ti, pues entonces seré muy amable contigo. Pero, si ya has tenido que ver con chicos, no hay nada que hacer. Tengo mis ideas y las mantengo».

—¿Y después?

—Después me llevó a su cuarto, un hermoso cuarto rojo.

—¿Y después? —pregunto ávidamente.

—Después… ¡Ya no me acuerdo, caramba!

—¿Quieres un cachete para hacerte hablar?

—Pues bien —dice Luce, moviendo la cabeza—, no es nada divertido… no…

—¡Ah…! ¿De veras que hace mucho daño?

—¡Desde luego! Grité con todas mis fuerzas; además, su cara encima de la mía me daba calor, y sus piernas peludas me arañaban. ¡Seguía resoplando, resoplando…! Como yo alborotaba demasiado, me dijo con voz ahogada: «Si no gritas, mañana te regalo un reloj de oro». Intenté no decir nada más. Y después estaba tan nerviosa que lloraba a moco tendido. Él me besaba las manos, repitiendo: «Júrame que nadie más te poseerá. Soy demasiado afortunado, soy demasiado afortunado». Pero yo, la verdad, no estaba nada contenta.

—Pues sí que eres difícil.

—Y luego, sin querer, todo el rato pensaba en la violación de Ossaire. ¿Recuerdas al librero de Ossaire, Petitrot, que había violado a una de sus empleadas? En aquel tiempo leíamos a escondidas el *Moniteur du Fresnois*, y aprendíamos de memoria frases enteras. «La arrojó sobre la cama y se tendió sobre ella… Ella quiso escapar, pero él la retuvo… Con tanta brutalidad que lanzaba gritos de dolor». Lo malo es que esos recuerdos vuelven a veces con muy poca oportunidad.

—Nada de literatura… Cuenta lo que sigue.

—¡Lo que sigue! Pues… al día siguiente, por la mañana, al ver a aquel gordinflón en mi cama, no salía de mi asombro. ¡Es tan feo cuando duerme! Pero nunca ha sido muy malo conmigo, e incluso a veces pasamos buenos ratos…

Los párpados de Luce, que mantiene bajos, ocultan unas pupilas hipócritas y enteradas de muchas

cosas. Tengo ganas de interrogarla y, al mismo tiempo, me siento confusa. Ella me mira, extrañada por mi silencio.

—¿Y después, Luce?

—¡Ah, sí! Al principio, mi familia me mandó buscar, pero mi tío les escribió enseguida. «Querida mía —me dijo—, he prevenido sencillamente a tu madre para que nos deje en paz si quiere saber de qué color es mi dinero después de mi muerte. Tú haz lo que quieras. Tendrás veinticinco luises al mes, la comida y la modista. Que les envíes perras o que dejes de enviárselas me importa un comino. Pero yo no les enviaré ni un ochavo».

—Y tú, ¿qué? ¿Enviaste dinero a tu casa?

El rostro de Luce se torna diabólico.

—¿Yo? ¡No me conoces! ¡Me han hecho demasiado! Podría verles morir a todos, morir, ¿me oyes?, sin beber por ello una gota menos. ¡Ah, pero ellos no se privaron de pedirme dinero, y con amabilidad, con buenos modales! ¿Sabes qué les contesté? Cogí una hoja de papel blanco, una hoja grande, y les escribí «¡M…a!» ¡Sí, así mismo!

Y dice la palabra, una palabra de seis letras.

Está de pie, bailando. Su carita sonrosada se ilumina de ferocidad. No salgo de mi asombro…

¿Es esta la niñita atemorizada que conocí en la escuela, la pobre hermana pequeña, a quien golpeaba la favorita Aimée, la menuda y zalamera Luce, que siempre quería besarme en la leñera? ¿Y si me fuese? ¡Esta chiquilla y su tío son demasiado modernos para mí! ¡Seguro que dejaría morir a su familia, sin socorrerlos lo más mínimo, como dice!

—Luce, ¿de veras los dejarías morir?

—¡Sí, sí, mi Claudine! Además —añade, acompañando sus palabras con su risa aguda—, si supieras… Estoy influyendo sobre mi tío para que haga testamento en contra de ellos. ¡Es para desternillarse!

Evidentemente, es para desternillarse. La interrumpo:

—¿Así que estás satisfecha por completo?

Cesa de bailar y hace una mueca.

—¿Por completo, por completo? En este asunto, hay también espinas… Con mi tío tengo que ir muy derecha. Tiene una manera de decir: «Si no quieres, hemos terminado», que me obliga a obedecerle.

—Si no quieres, ¿qué?

—Nada, un montón de cosas… —contesta con gesto despreocupado—. Pero también me da dinero, que escondo bajo un montoncito de camisas y, sobre todo, ¡ah, sobre todo, bombones, pasteles, pajaritos para comer…! Y, mejor que todo eso, ¡champán a la hora de cenar!

—¿Todos los días? Se te estropeará el cutis.

—¿Tú crees? Mírame bien.

En verdad, no hay flor más fresca. El cutis de Luce es una tela garantizada; ni el agua ni el lodo la pueden manchar.

—Dime, querida señora y amiga. ¿Recibes? ¿Das cenas?

Se le oscurece la expresión.

—¡Con ese viejo celoso no hay cuidado! No quiere que me vea nadie. Pero —baja la voz y prosigue con una sonrisita reveladora—, de todas maneras, nos podemos arreglar… He vuelto a ver a mi amiguito, Caïn Brunat, ¿sabes?, al que llamabas mi coqueteo. Está en Bellas Artes; será un gran artista y hará mi retrato. Si supieras… —añade con su volubilidad de pájaro—, mi tío es viejo, pero tiene unas ocurrencias imposibles. A veces me hace poner a cuatro patas, corre detrás de mí (parece una caricatura con su enorme tripa), también a cuatro patas, y se me echa encima gritando: «¡Soy la fiera! ¡Huye corriendo! ¡Soy el toro!».

—¿Qué edad tiene?

—Él dice que cincuenta y nueve años; yo creo que un poco más.

Me duele la cabeza, tengo agujetas. ¡Esta Luce es demasiado sucia! Hay que verla contando esas

porquerías. Sosteniéndose sobre un solo pie, con las frágiles manos extendidas, el menudo talle encerrado en una cinta rosa cerrada por una hebilla y los suaves cabellos estirados sobre sus sienes transparentes, ¡qué bonita colegiala!

—Luce, aprovechando que te has lanzado a hablar, dame, por favor, noticias de Montigny. Nadie me habla de allá. ¿Y la larguirucha Anaïs?

—Está en la normal: va con una de tercer año.

—Una de tercer año nada remilgada, en verdad. ¿Y Marie Belhomme, con sus manos de comadrona? ¿Te acuerdas, Luce, cuando en verano nos confesaba que no llevaba pantalones porque le gustaba notar el aire en sus muslos?

—Sí, me acuerdo. Es dependienta de una tienda. ¡Pobre chica! ¡No ha tenido suerte!

—No todo el mundo puede tener tu suerte, pequeña prostituta.

—No quiero que me llamen así —protesta Luce, indignada.

—Pues bien, entonces, ¡oh tímida virgen!, háblame de Dutertre.

—El pobre doctor me provocaba mucho en los últimos tiempos.

—¿Y por qué no le aceptaste?

—Porque mi hermana y la señorita Sergent le dejaron bien arreglado, y mi hermana me dijo: «Si te pasa algo, te saco los ojos». Tiene algunos embrollos con su política.

—Mejor. ¿Qué jaleos?

—Escucha una anécdota: Dutertre, en una sesión del ayuntamiento, recibió una repulsa en el asunto de la estación de Moustier. Tenía la pretensión de que la pusieran a dos kilómetros del pueblo, ya que le resultaba más cómodo al señor Corne, ya sabes, el dueño de aquel bonito castillo que está al borde de la carretera, que le había dado montones de dinero.

—¡Qué caradura!

—Pues bien; Dutertre, en la sesión del ayuntamiento, intentó hacer que aceptaran eso, como si se tratara de una cosa totalmente razonable; los demás no decían nada, cuando el doctor Fruitier, un viejo alto, seco, un poco chiflado, se levantó y puso a Dutertre como un trapo sucio. Dutertre le contestó cosas muy fuertes, y Fruitier le estampó la mano en la cara, en plena sesión municipal.

—¡Ja, ja, ja! Parece que esté viendo al viejo Fruitier. Su manita blanca, que es toda huesos, ¡qué ruido debió de hacer!

—Sí, y Dutertre, fuera de sí, se frotaba la mejilla, gesticulaba y gritaba: «¡Le enviaré a mis testigos!». Pero el otro le contestó con toda tranquilidad: «No se bate uno con un Dutertre; y no me obligue a publicar el motivo en los periódicos de la región». ¡Te aseguro que se armó un jaleo en la comarca…!

—No lo dudo. ¿La señorita Sergent estaba nerviosa?

—Si mi hermana no llega a consolarla, se muere de rabia, pero ¡lo que llegó a decir! Como no es de Montigny no paraba: «¡Asquerosa tierra de ladrones y bandidos!». Y esto, y lo otro…

—¿Y señalan con el dedo a Dutertre?

—¿A él? Dos días más tarde ya nadie se acordaba de ese asunto; no ha perdido influencia. La prueba es que en una de las últimas sesiones del ayuntamiento se llegó a hablar de la escuela y a decir que estaba dirigida de manera bastante especial. Verás, el asuntillo de la señorita Sergent con Aimée es ahora conocido en toda la comarca; seguro que las chicas mayores han hablado de eso; tanto es así que un concejal pidió la destitución de la señorita Sergent. Entonces Dutertre se levantó e hizo la siguiente manifestación: «Si la emprenden con la directora, lo tomaré como una cuestión personal». No añadió nada más, pero todo el mundo comprendió y se pusieron a hablar de otras cosas, pues ya sabes que casi todos le deben algún favor.

—Sí, y, además, los tiene cogidos porque está enterado de sus enredos…

—Lo que no impide que sus enemigos se lanzaran a fondo sobre ese asunto; el domingo siguiente, hasta el cura habló de ello en su sermón.

—¿El viejo padre Millet? ¿Desde el púlpito? ¡Montigny debe de estar a sangre y fuego!

—Sí, sí. «¡Es una vergüenza! —gritaba el cura—. ¡Son una vergüenza las escandalosas lecciones de cosas prodigadas a la juventud en vuestras escuelas sin Dios!». Todo el mundo comprendía que aludía a mi hermana y a la directora, y la cosa era muy divertida.

—Más, Luce, cuenta más cosas. No sabes lo que me gusta oírte…

—No sé nada más… El mes pasado, Liline dio a luz dos gemelas. Se dio una gran recepción con un vino de honor al chico Hémier, que regresaba de Tonkín, donde se labró una magnífica posición. Adèle Tricotot va por el cuarto marido. Gabrielle Sandré, que sigue pareciendo una niña pequeña, con sus dientecillos de bebé, se casa en París. Léonie Mercant está de maestra adjunta en París; ya sabes, aquella larguirucha tímida con quien nos divertíamos poniéndola colorada porque tenía el cutis tan fino. ¡Todas, todas, te digo, vienen a París! Es una manía, un furor…

—Un furor que no ha hecho mella en mí —digo con un suspiro—. Echo mucho de menos Montigny… Aunque, de todos modos, menos que cuando llegué, ya que empiezo a encariñarme con…

Me muerdo los labios, temiendo haber hablado demasiado. Pero Luce no es muy perspicaz, y prosigue a gran velocidad:

—Bueno, pues si tú lo echas de menos, a mí no me pasa igual. A veces, en esa gran cama que ves, sueño que todavía estoy en Montigny, y que mi hermana me encocora con sus fracciones decimales, con el sistema orográfico de España y los pedúnculos cuadrigéminos; y cuando me despierto, sudorosa, experimento una gran alegría al verme aquí…

—Junto a tu buen tío, que ronca.

—Sí, ronca. ¿Cómo lo sabes?

—¡Oh, Luce! ¡Cómo sabes desarmar! Pero volvamos a la escuela; cuéntame más cosas de la escuela. ¿Te acuerdas de las trastadas que hacíamos a la pobre Marie Belhomme y de la malvada Anaïs?

—Anaïs está en la normal, ya te lo he dicho; pero es el diablo en la pila del agua bendita. Con su amiga de tercer año, que se llama Charretier, es casi lo mismo que mi hermana con la señorita Sergent. ¿Sabes? En la normal, los dormitorios están compuestos de dos hileras de cámaras abiertas, separadas por un pasillo para la vigilancia. Por la noche, se corre una cortina de algodón delante de esos cajones. Pues bien, Anaïs halla la manera de ir a reunirse con la Charretier casi todas las noches, y aún no la han pescado. Pero acabará mal. Por lo menos, así lo espero.

—¿Cómo te has enterado de eso?

—Por una pensionista de Semantran que entró al mismo tiempo que Anaïs. Según parece, Anaïs tiene una pinta que parece un esqueleto. No encuentra cuellos de uniforme bastante estrechos para ella. Imagínate, querida Claudine: allá, se levantan a las cinco de la mañana. Yo remoloneo en mi camita hasta las diez o las once, y tomo en ella mi chocolate. Ya comprendes —añade con expresión juiciosa de burguesita sensata— que esto ayuda a pasar por alto muchas cosas.

Yo, en mi fuero interno, estoy divagando acerca de Montigny. Luce se ha acurrucado a mis pies, como una gallinita.

—Luce, ¿qué nos toca de composición para el próximo día?

—Para el próximo día —dice Luce echándose a reír— tenemos: «Escribid a una jovencita de vuestra edad para alentarla en su vocación de maestra».

—No, Luce, eso no es; tenemos: «Mirad siempre hacia abajo, no hacia arriba; es la manera de ser dichoso».

—¡No, no es eso tampoco! Tenemos que desarrollar el tema «¿Qué opináis de la ingratitud? Reforzad vuestras observaciones con una anécdota que imaginaréis».

—¿Has hecho tu mapa?

—No, chica, no he tenido tiempo de repasarlo. Van a armarme una bronca. Imagínate: las montañas sin marcar y la costa del Adriático sin acabar.

Canturreo:

—*Descendamos hacia el Adriático*.

—*Y llevemos a bordo nuestras redes* —prosigue Luce con su vocecita ágil.

Y las dos juntas:

—*Descendamos y llevemos a bordo todas nuestras redes*.

Proseguimos luego:

¡Presto, al mar! Pescadores, la marea
se deshace en espuma en torno a los negros islotes.
La barca, amarrada en la orilla,
bajo el peso de las olas se estremece.
Vamos, hijas del rústico burgo,
corramos todas sobre los guijarros,
descendamos hacia el Adriático
y llevemos a bordo nuestras redes.
Descendamos y llevemos a bordo todas nuestras redes.

—¿Te acuerdas, Luce? Aquí es donde Marie Belhomme bajaba siempre dos tonos, sin que supiéramos por qué. Diez compases antes ya temblaba al verlo venir, pero nunca dejaba de hacerlo. ¡Cantemos!

La noche serena y fresca
promete buena pesca
en las tranquilas aguas.
Remad, apuestos pescadores.

—Y ahora, Luce, ¡la llegada de la gran marea!

He aquí las doradas
reinas de nuestras radas.
Las sepias nadando sobre las plateadas aguas.
Y, además, jureles
menudos y tenues
con sus azulados corpiños.
¡Qué pesca afortunada!
El generoso mar
nuestros deseos ha colmado.

Animadas y marcando el compás, llegamos al fin de esta inefable romanza y rompemos a reír, como dos chiquillas que somos todavía. De todas maneras, aún siento un poco de melancolía ante estos viejos recuerdos. En cuanto a Luce, muy exaltada, salta a la pata coja, lanza gritos de alegría y se contempla en su armario de luna de tres puertas.

—Luce, ¿no echas de menos la escuela?

—¿La escuela? En la mesa, cuando me acuerdo, vuelvo a pedir champán y como dulces helados hasta ponerme mala, para desquitarme del tiempo perdido. ¡Bah! ¡Aún no he acabado de irme de la escuela!

Sigo la mirada decepcionada que dirige hacia el biombo de dos hojas, de laca y seda, que oculta a medias una mesita pupitre con banco de respaldo, una mesa como las que teníamos en Montigny, manchada de tinta, sobre la cual se ven gramáticas y aritméticas. Me precipito hacia allá y abro cuadernos cuyas páginas llena la letra juiciosa y pueril de Luce.

—¡Luce! ¿Tus viejos cuadernos? ¿Y por qué?

—No son mis viejos cuadernos; por desgracia, son cuadernos nuevos. Y puedes ver, si quieres, mi gran delantal negro en el colgador del cuarto de aseo.

—¡Qué ocurrencia!

—¡Oh! ¡Es una ocurrencia de mi tío! ¡La peor de todas las que ha tenido! No puedes figurarte, mi

Claudine —gime Luce, alzando los brazos—, a menudo me obliga a ponerme de nuevo con trenzas, a endosarme el gran delantal, a sentarme en el pupitre… y me dicta un problema, un tema de redacción.

—¿De veras?

—Muy de veras. Y no es broma, no. He de calcular, redactar… ¡Lo más engorroso de todo lo engorroso habido y por haber! La primera vez, como me negué a ello, se enfadó mucho. «Merecerías ser azotada; vas a ser azotada», me repetía, con los ojos brillantes y una voz muy rara; cuando lo vi así me dio miedo y me puse a trabajar.

—Entonces ¿a ese hombre le interesan tus progresos escolares?

—Le divierten, le… excitan… Me recuerda a Dutertre, que leía nuestras composiciones de francés metiéndonos los dedos por el cuello. Pero ¡Dutertre era más guapo que mi tío! —suspira la pobra Luce, colegiala a perpetuidad.

No salgo de mi asombro. Hay que ver, esta pseudoniñita, con su delantal negro, y ese viejo maestro de escuela que la interroga sobre las fracciones decimales…

—¿Te cabe en la cabeza, Claudine —prosigue Luce, cuyo rostro se ensombrece cada vez más—, que ayer me riñera mucho, tanto como mi hermana en Montigny, porque me equivoqué en las fechas de la historia de Inglaterra? Me sublevé y le grité: «¡La historia de Inglaterra es del curso superior! ¡Estoy harta!». Mi tío ni siquiera pestañeó; cerró el libro y dijo: «Si la alumna Luce quiere la joya, deberá recitarme sin faltas la conspiración de la pólvora».

—¿Y la recitaste sin equivocarte?

—¡Pues claro, caramba! Aquí tienes el broche. Bien lo valía. Fíjate, tiene topacios y diamantes.

—Pero escucha, Luce, al fin y al cabo todo esto es muy moral. ¡En los próximos exámenes te podrás presentar al curso superior!

—No te rías —me dice con mucha rabia, amenazándome con su puñito—. Mi familia lo pagará todo. Además, pongo a mi tío a dieta. El mes último estuve indisponible durante quince días. ¡Le está bien empleado!

—¡Debía de poner una cara…!

—¿Una cara? ¡Tienes cada palabra! —chilla Luce, encantada, tumbándose en la butaca y mostrando al reír todos sus dientecillos, blancos y cortos.

En la escuela se reía de igual forma ante una inconveniencia o una trastada de Anaïs. Pero yo me siento desconcertada. Ese gordinflón de quien se burla está demasiado cerca de nosotras, en medio de ese lujo de mujer galante. ¡Vaya! Antes no tenía ese plieguecillo encantador en el nacimiento del cuello.

—Estás engordando, Luce.

—¿Tú crees? A mí también me lo parece. En Montigny no tenía el cutis muy oscuro —me dice, acercándose con coquetería—, pero ahora lo tengo aún más blanco. ¡Si al menos tuviera un poco de pecho! Sin embargo, a mi tío le gusto así. De todos modos, los tengo más redondos ahora que en nuestros concursos en las hondonadas, ¿sabes, Claudine? ¿Quieres verlos?

Muy cerquita de mí, animada, cariñosa, desabrocha con mano hábil su blusita rosada. El nacimiento del pecho es tan fino y nacarado que tiene reflejos azules junto a ese color rosa de China. Algunas cintas, también de color rosa, adornan el encaje de su camisa (una camisa estilo imperio, ¡no lo olvidemos!). Y sus ojos, ojos verdes de negras pestañas, tienen una mirada singularmente lánguida.

—¡Oh, Claudine!

—¿Qué pasa?

—Nada. ¡Qué contenta estoy de haberte encontrado! Estás todavía más bonita que allá, aunque te muestres aún más dura con tu Luce.

Sus zalameros brazos se anudan a mi cuello. ¡Dios mío! ¡Cuánto me duele la cabeza!

—¿Qué perfume usas?

—Chipre. ¿Verdad que huele bien? ¡Ah, dame un beso! Solo me has besado una vez. Me has preguntado si no echaba de menos nada de la escuela. Sí, Claudine, echo de menos el pequeño cobertizo

donde partíamos leña a las siete y media de la mañana, donde te besaba y tú me pegabas. Me has zumbado mucho, ¡mala! De todos modos… Dime, ahora debes de encontrarme más bonita que entonces, ¿verdad? Me baño todas las mañanas, me lavo tanto como tu Fanchette… ¡Quédate más! ¡Quédate! Haré todo lo que quieras. Además, escucha, que te cuente algo. Ahora sé tantas cosas…

—¡Ah, no!

La muy marrullera habla todavía cuando le doy un empujón tan brutal que va a parar contra el hermoso armario de tres puertas y se da un coscorrón en la cabeza. Se frota el cráneo y me mira para saber si tiene que llorar. Entonces me acerco y le atizo un sopapo. Ella se pone muy encarnada, rompe a llorar y exclama:

—¡Oh! ¿Es posible? ¿Qué te he hecho?

—¿Te crees que voy a aprovecharme de las sobras de un viejo?

Me pongo el sombrero con mano nerviosa (me pincho muy fuerte en la cabeza con la aguja), me echo la chaqueta al brazo y me dirijo hacia la puerta. Antes de que Luce se dé cuenta de lo que ocurre, estoy en la antesala, donde camino a tientas hasta encontrar la salida. Luce se precipita hacia mí.

—¿Estás loca, Claudine?

—De ningún modo, querida. Estoy demasiado chapada a la antigua para ti, eso es todo. Nosotras dos no nos llevaríamos bien. Saludos a tu tío.

Y bajo deprisa, deprisa, para no ver a Luce deshecha en lágrimas, con la blusita abierta sobre su pecho, llorando ruidosamente y rogándome, inclinada sobre la escalera, que regrese:

—¡Vuelve, mi Claudine! ¡Vuelve!

Me encuentro de nuevo en la calle, con una fuerte jaqueca y el atontamiento que dejan los sueños particularmente estúpidos. Son cerca de las seis. El aire siempre polvoriento de este cochino París me parece esta noche ligero y dulce. ¿Qué es todo este asunto? Quisiera que me despertaran tirándome del brazo, y que una Luce calzada con zuecos puntiagudos, el indómito cabello escapándose en mechones de su capuchón rojo, me dijera, riendo como una chiquilla: «¡Qué tonta eres, mi Claudine, en soñar semejantes cosas!». Pero no, no me despierto, y es a la otra Luce a la que sigo viendo, llorosa y desmadejada, llamándome en su *patois*, con voz temblorosa, más bonita y menos conmovedora que la Luce de la escuela.

A pesar de todo, ¿qué me ha pasado cuando esa chiquilla me ha suplicado con sus delicados brazos anudados en torno a mi cuello? ¿Me he vuelto, pues, en pocos meses muy gazmoña, o digamos la palabra, muy «virtuosa»? No es la primera vez que esa Luce incorregible trata de tentarme, ni la primera vez que le pego. Pero en mi interior se ha desatado un fuerte oleaje. Tal vez sean celos… Siento una indignación al pensar que esa Luce que me adoraba, que me adora aún a su manera, se ha ido a arrojar con alegría en los brazos de un vejestorio. (¡Ay, aquellos ojos de ternero mal cocido!). Y también siento asco. ¡Sí, sí, asco, ciertamente! Puedo hacerme la lista y gritar por las esquinas: «¡Ja, ja, a mí no me queda nada por aprender! ¡Ja, ja! ¡Ya lo leo todo y lo entiendo todo, absolutamente todo, a pesar de que solo tengo diecisiete años!». ¡Magnífico! Y por un señor que en la calle me pellizca el trasero, por una amiguita que vive lo que yo acostumbro a leer, me trastorno, distribuyo golpes con el paraguas o huyo del vicio con un hermoso gesto. En el fondo, Claudine, no eres más que una vulgar muchacha decente. ¡Cuánto se reiría de mí Marcel, si lo supiera!

Ya llega el ómnibus Panthéon-Courcelles, pacífico y haciendo eses. ¡Aúpa! Saltemos sobre él, desdeñando hacerlo parar. Un salto bien logrado sobre una plataforma de ómnibus que llega a gran velocidad consuela de muchas cosas. ¡Con tal de que precisamente hoy no se le haya ocurrido a papá descender de sus alturas y hacer un alto en la vida real…! Podría haberle parecido mi ausencia un poco

larga y me fastidiaría tener que mentirle, decirle que he pasado la tarde en casa de la tía Coeur.

Pero no hay nada que temer. Papá, como de costumbre, está en las nubes. Cuando entro, me lanza, rodeado de manuscritos y oculto tras su barba, una primera mirada salvaje. El señor Maria, que escribe en una mesita sin hacer apenas ruido, al verme consulta su reloj con un movimiento furtivo. ¡Es él quien se preocupa por mi ausencia!

—¡Ah, ah! —exclama papá con su voz más potente—. ¡Te importan un bledo los deberes familiares! Hace al menos una hora que te largaste.

El señor Maria lanza a papá una mirada de desconsuelo. Él sabe muy bien que he salido a los dos y que son las seis y treinta y cinco minutos.

—Señor Maria, tiene usted ojos de liebre. ¡Por favor, no lo tome a mal! Las liebres tienen unos ojos muy bonitos, húmedos y negros. Papá, no he visto a la tía Coeur, ya que había salido. Pero lo que vi fue aún mejor: he encontrado a una amiga de Montigny, a Luce. ¿Sabes quién quiero decir? Vive en la rue de Courcelles.

—¡Luce, ya lo sé, la que se va a casar! Tu hermana de leche.

—Sí, más o menos. Imagínate lo mucho que hemos charlado.

—Y, ahora, ¿irás a verla a menudo?

—No, porque su mobiliario no me gusta.

—Y el marido, ¿cómo es? Infecto, ¿verdad?

—No lo sé, solo le he visto en fotografía.

Hace dos días que no salgo. Permanezco en mi cuarto, en el rincón de los libros y detrás de las persianas semicerradas, que, a pesar de estarlo, dejan entrar aún demasiado calor y demasiada luz. Este amenazador verano me asusta, y no sé dónde meterme. ¡Si fuera a caer enferma otra vez…! Escucho las tormentas y, después de los aguaceros, respiro la electrizada humedad del ambiente. A pesar de intentar mentirme a mí misma con descaro, la aventura de Luce me ha impresionado más de lo que quisiera. Mélie, que renuncia a comprenderme, agrava mis males hablándome de Montigny. He recibido de allá noticias recientes y detalladas.

—La pequeña Koenet ha dado a luz.

—¡Ah! ¿Qué edad tiene?

—Trece años y medio. Parece ser que es un niño muy hermoso. El nogal del jardín de arriba tendrá muchas nueces.

—¡Calla, Mélie, que no estaré allí para comerlas!

—¡Qué nueces más bonitas! ¿Verdad, niña mía? Adivina adivinanza, en unas bragas cuatro nalgas.

—Cuéntame más noticias.

—El gran rosal de pitiminí está ya perdido de orugas (es el criado del inquilino quien me escribe), y se entretiene en matarlas una por una. ¡Se necesita ser tonto!

—¿Y qué quieres que haga con ellas, mermelada?

—No hacen falta tantas tonterías. Te pones una oruga en la mano, te la llevas a otro municipio, por ejemplo a Moustier, y todas las demás la siguen.

—Mélie, ¿qué esperas para asegurarte la patente? Es sencillamente genial. ¿Es tuyo ese sistema?

—No, claro que no —dice Mélie, remetiendo debajo de su cofia algunos mechones de cabello de un rubio apagado que se salían—. Todo el mundo lo sabe.

—¿Eso es todo?

—No, el tío Cagnat, mi primo, está completamente «omnipotente» a causa de la albúmina.

—¡Ah! ¿Está…?

—Sí, tiene las piernas hinchadas hasta las rodillas y la barriga «preominente». Está, por decirlo así, sin piernas. ¿Qué más? Los nuevos propietarios del castillo del Pont-de-l'Orme están revolucionando el parque para hacer la «picicultura» en grande.

—¿Piscicultura? Pero ¡si en el Pont-de-l'Orme no hay agua!

—Hay que ver lo obtusa que estás hoy, hija mía. Te digo que están construyendo colmenas y más colmenas para la «picicultura».

Y Mélie me arroja una mirada de tierno desprecio, mientras limpia una lámpara. Tiene un vocabulario lleno de sorpresas. Basta con estar advertido.

¡Qué calor hace en este odioso París! ¡No quiero que haga calor! No es el ardoroso agobio de allá, oreado por frescas brisas, que se respira sin demasiada dificultad, sino una pesadez que abruma. Por la tarde, tumbada en mi cama, pienso en demasiadas cosas: en Marcel, que me olvida; en mi primo-tío, que se ha ido de juerga… Me ha decepcionado. ¿Por qué se mostró tan bueno, tan comunicativo, casi tierno, para luego olvidarme enseguida? Habrían bastado pocos días, pocas palabras, para armonizarnos completamente los dos, y hubiéramos salido juntos con frecuencia. Me hubiera gustado conocer con él un poco mejor todo París. Pero es un hombre encantador y malo, al que Claudine no sabría bastar como amiga.

Esos muguetes de la chimenea me embriagan y me dan dolor de cabeza. ¿Qué tengo? La pena que me ha dado Luce, sí, pero siento algo más aún: mi corazón padece nostalgia. Me siento tan ridícula como el grabado sentimental colgado en el saloncito locutorio de la señorita Sergent: *Mignon echando de menos su patria*. ¡Yo, que me creía curada de muchas cosas e incapaz de pasmarme ante otras! ¡Ay, vuelvo a Montigny…! A estrechar a brazadas la hierba alta y fresca, a dormirme de fatiga sobre un murete calentado por el sol, a beber en las hojas de las campanillas, donde la lluvia rueda como gotas de mercurio, a saquear los nomeolvides al borde del agua para tener luego el placer de dejarlos marchitar sobre una mesa, a lamer la savia gomosa de una varilla de sauce descortezada, a tocar la flauta con el tubo del tallo de las hierbas, a robar huevos de herrerillo y de carbonero, a arrugar las hojas olorosas de los groselleros silvestres… ¡A abrazar, a abrazar todo cuanto amo! Quisiera besar un hermoso árbol y que este me devolviera la caricia…

«Pasea, Claudine, haz ejercicio…». No puedo, no quiero, ¡me fastidia hacerlo! Prefiero ponerme febril a domicilio. ¡Si creen ustedes que sus calles de París huelen bien bajo el sol…! ¿Y a quién decir todo lo que me pasa? Marcel, para consolarme, me llevaría de tiendas. Su padre me comprendería mejor, pero me intimidaría mostrarle mi alma tan a fondo. Los ojos azul oscuro de ese primo-tío parecen ya adivinar tantas cosas… esos hermosos ojos de párpados ajados y cárdenos, que turban y que inspiran confianza… Pero, en el mismo instante en que su mirada me dice: «Puedes contármelo todo», aparece bajo el plateado bigote una sonrisa que de pronto me inquieta. ¿Y papá? Papá trabaja con el señor Maria. (Al señor Maria, con este tiempo que hace, la barba le debe de dar calor. Tal vez se hace con ella una trencita por las noches).

Desde el año pasado, ¡cómo he decaído! Ya no siento inocente felicidad al moverme, al trepar, al saltar como Fanchette… Fanchette no salta ya a causa de su pesado vientre. Yo tengo la cabeza pesada, pero, afortunadamente, no tengo un vientre pronunciado.

Leo, leo, leo… Cualquier cosa. Solo puedo ocuparme en esto para salir de aquí y de mí misma. Ya no tengo deberes que hacer. Y si no hubiese explicado en una redacción, por lo menos dos veces al año, el motivo por el cual la ociosidad es la madre de todos los vicios, ahora sabría comprender mejor cómo engendrar algunos.

Volví a ver a la tía Wilhelmine el domingo, que era su día de recibo.

El ómnibus pasa por delante de casa de Luce, y temo encontrarla. No vacilaría en hacerme una escena de lágrimas y siento que mis nervios no lo resistirían.

Mi tía, abrumada por el calor, una vez despedidas sus amistades, ha mostrado un poco de sorpresa por mi visita. Yo no he formulado grandes frases.

—Tía Wilhelmine, esto no funciona. Quiero regresar a Montigny. ¡París me tiene hecha polvo!

—Es verdad, hijita; no tienes buena cara y te veo los ojos demasiado brillantes. ¿Por qué no vienes a verme a menudo? No digo nada de tu padre, porque no tiene remedio.

—No vengo porque estoy de mal humor, porque tengo los nervios de punta y todo me irrita. Sería capaz de darle disgustos.

—¿A eso no se le llama nostalgia? Si por lo menos estuviera aquí Marcel… Ese niño, tan amigo de secretitos, ¿no te ha dicho que iba a pasar el día en el campo?

—Hace bien en ir al campo, verá árboles y plantas. ¿Ha ido solo? ¿No te preocupa, tía?

—¡Oh, no! —me contesta con su sonrisa de siempre, tan dulce como poco variada—. Su amigo Charlie le acompaña.

—¡Ah, entonces —digo, levantándome con brusquedad— está en buenas manos!

Esta vieja señora es, decididamente, un poco tonta. Tampoco a ella le haré confidencias, ni escuchará mis gemidos de árbol desarraigado. Pataleo un poco y ella me mira algo preocupada.

—¿Quieres ir a ver a mi médico? Es un anciano muy instruido y sagaz en quien tengo absoluta confianza.

—No, no quiero. Me dirá que me distraiga, que vea gente, que tenga amigas de mi edad… ¡Amigas de mi edad! ¡Son asquerosas!

Hay que ver, esa cochina de Luce…

—Adiós, tía Wilhelmine. Si Marcel puede venir a verme, me dará una alegría. —Y, para atenuar mi brusquedad, añado—: Como amiga de mi edad, solo le tengo a él.

La tía Coeur me deja marchar, sin insistir esta vez. Estoy turbando su tranquilidad de abuela ciega y tierna. ¡Marcel es mucho más fácil de educar!

¡Ah, ah! Conque esos dos simpáticos jovencitos buscan la frescura bajo los árboles, en los alrededores de la capital. El follaje les enternece, anima sus mejillas, tiñe de aguamarina los azules ojos de Marcel y aclara las negras pupilas de su querido amigo. ¡Sería enormemente divertido si los pescaran juntos! ¡Dios mío, lo que me divertiría! Pero ya tienen costumbre, no se dejarían pescar. Regresarán en el tren de la noche, melancólicos, cogidos del brazo, y se separarán con miradas elocuentes. Y yo estaré como ahora, sola, sola por completo.

¡Vergüenza debería darte, Claudine! ¿Es que esta obsesión, esta angustia de la soledad, no se va a acabar nunca?

Completamente sola, ¡completamente sola! Claire se casa, yo me quedo sola.

¡Ah, eres tú quien lo ha querido así, chica! Quédate, pues, sola… con todo tu honor.

Sí, pero no soy más que una pobre niña triste que, por la noche, se refugia en el suave pelaje de Fanchette para ocultar su cálida boca y las ojeras de sus ojos. Les juro a ustedes, les juro que no es, que el mío no puede ser el nerviosismo vulgar y corriente de una que necesita marido. Yo necesito mucho más que un marido.

Marcel ha regresado. Hoy su traje gris, de un gris que conmovería a las tórtolas, se complementa con una extraña corbata de oro: un crespón de China colocado en torno al cuello blanco de la camisa, del que solo se ve una delgada cenefa; una corbata sujeta con alfileres de cabeza de perla, un hallazgo por el que le felicito.

—¿Bonito paseo el del domingo?

—¡Ah! ¿Te lo ha contado mi abuela? ¡Esta abuela terminará por comprometerme! Sí, fue un paseo delicioso. Hacía un tiempo…

—¡Y había un amigo…!

—Sí —dice con la mirada vaga—, un amigo color del tiempo.

—Entonces ¿fue una nueva luna de miel?

—¿Por qué nueva, Claudine?

Se muestra blando y tierno, tiene un aire fatigado y delicioso, con sus párpados color malva y sus ojos azules. Parece dispuesto a todos los abandonos y a todas las confidencias.

—Cuéntame el paseo.

—¿El paseo…? Nada extraordinario… Almuerzo en una posada, junto al río, como dos…

—Enamorados…

—Bebimos vino aloque —prosigue, sin protestar—. Comimos frituras y luego… pues ya te digo, nada, un paseo por el campo, por la sombra… La verdad, no sé qué tenía Charlie ese día…

—Te tenía a ti… eso es todo.

Marcel, sorprendido por el tono de mi respuesta, alza hacia mí su lánguida mirada.

—¡Qué cara más divertida pones, Claudine! Una carita ansiosa y afilada, encantadora, por otra parte. Te han crecido los ojos desde el otro día. ¿Estás enferma?

—No… Sí… Son las tristezas, de las que no entenderías nada. Y, además, hay algo que comprenderás: he vuelto a ver a Luce.

—¡Ah! —exclama, juntando las manos con gesto infantil—. ¿Dónde está?

—En París… por mucho tiempo.

—¿Y por eso tienes ese aire de cansancio, Claudine? ¡Oh, Claudine! ¿Qué he de hacer para que me lo cuentes todo?

—Nada en absoluto. Es breve. La encontré por casualidad. Sí, por casualidad. Me llevó a su casa. Alfombras, muebles de estilo, un vestido de quince luises… ¿Qué te parece, chico? —le digo, riendo al verle con la boca entreabierta, como un bebé sorprendido—. Y luego fue como en otros tiempos: una Luce tierna, demasiado tierna, con los brazos alrededor de mi cuello, su perfume sobre mí. Una Luce demasiado confiada, que me lo contó todo. Marcel, amigo mío, vive en París con un señor de edad, que es su amante.

—¡Oh! —exclama él, sinceramente indignado—. ¡Cuánta pena debió de darte!

—No tanta como creía. Un poco, de todos modos.

—¡Mi pobrecita Claudine! —dice, arrojando sus guantes sobre mi cama—. ¡Qué bien te comprendo!

Afectuoso y fraternal, me rodea los hombros con el brazo, y con su mano libre hace que apoye la cabeza sobre su pecho. ¿Estamos conmovedores o ridículos? No es en ese mismo momento cuando me lo pregunto. Me coge por el cuello, como Luce. Huele bien, como ella, pero su perfume es más fino que el suyo, y alzando un poco los ojos puedo ver sus pestañas rubias, como una pantalla sobre sus ojos. Mi nerviosismo de toda la semana ¿va a estallar en sollozos aquí mismo? No; Marcel enjugaría con furtiva inquietud mis lágrimas, que mojarían su bien cortada chaqueta. ¡Vaya, Claudine, muérdete la lengua

con fuerza! Buen remedio contra las lágrimas prontas.

—Mi pequeño Marcel, eres muy cariñoso. Me consuela haberte visto.

—¡Cállate! ¡Te comprendo tan bien…! ¡Dios mío, si Charlie me hiciera una cosa semejante!

Se pasa el pañuelo por las sienes, abrasado por la emoción egoísta. Y su frase me parece tan divertida que me echo a reír.

—Estás nerviosa. Salgamos, ¿quieres? Ha llovido; la temperatura es ahora más soportable.

—Sí, salgamos; eso me calmará.

—Pero un momento, dime aún… ¿Estuvo apremiante… y suplicante?

No se le ocurre ni por casualidad que su insistencia sería cruel si se tratara de un dolor verdadero. ¿Qué busca con sus preguntas? Una sensación un poco especial.

—Sí, estuvo apremiante. Escapé por no verla, con su blusita abierta sobre su blanco pecho, llorando y gritándome por encima de la barandilla que volviera…

Mi «sobrino» respira deprisa. Hay que creer que estos calores precoces de París influyen en el ánimo y le ponen nervioso.

Le dejo un instante y luego regreso junto a él; me he puesto el sombrero de paja que tanto me gusta. Marcel mira el patio sin ver.

—¿Adónde vamos?

—A donde quieras, Claudine. A ningún sitio determinado. A tomar té frío con limón, para animarnos un poco. Entonces ¿no la volverás a ver?

—Nunca más —contesto, muy tiesa.

Profundo suspiro de mi compañero. Hubiera deseado, tal vez, que mis celos fueran menos intransigentes para que siguiera contándole anécdotas.

—Tengo que avisar a papá de que salimos, Marcel; ven conmigo.

Papá pasea a grandes zancadas por su cuarto, con aspecto de felicidad, dictando cosas al señor Maria. Este levanta la cabeza, me mira, mira luego a mi «sobrino» y se pone triste. Mi noble padre desprecia a Marcel desde la altura de sus sólidos hombros, que cubre su levita entallada, cuyos bolsillos están rotos. Marcel corresponde de igual forma a sus sentimientos, a pesar de lo cual se muestra lleno de deferencia para con él.

—Marchaos, hijos míos. No tardéis mucho. Cuidado con las corrientes de aire. Traedme papel de colegial, el más grande que encontréis, y calcetines…

—Esta mañana he traído tres manos de papel de colegial —intervino con voz dulce el señor María, que no aparta los ojos de mí.

—Está bien, aunque… nunca se tiene demasiado papel de colegial.

Salimos y, a través de la puerta cerrada, oigo a papá, que canta a pleno pulmón una canción fantástica que ya conozco:

Si tú vieras mi cosa,
te reirías demasiado, demasiado;
es de color rosa,
como un fondo de alcachofa.

—¡Caramba! ¡Mi tío tiene cosas divertidas! —observa Marcel, que todavía se sorprende.

—Sí; él y Mélie poseen un repertorio bastante completo. Lo que siempre me ha intrigado es ese «color rosa, como un fondo de alcachofa». Los fondos de alcachofa carmíneos son una especie desconocida, por lo menos en Montigny.

Nos apresuramos a salir de la pestilente rue Jacob y de la maloliente rue Bonaparte. En los muelles se respira mejor, pero la brisa de mayo —¡ay!— huele aquí a betún y a creosota.

—¿Adónde vamos?

—Aún no lo sé. Hoy estás muy bonita, Claudine. Tus ojos color tabaco tienen algo inquietante e implorante que aún no conocía.

—Gracias.

Yo también me encuentro hoy muy favorecida. Los espejos de las tiendas me lo dicen, incluso los más estrechos, aquellos en donde al pasar solo me veo un ojo y un trozo de mejilla. ¡Oh, Claudine, veleta! Yo, que tanto lloré mis largos cabellos, los he recortado esta mañana tres centímetros para conservar mi peinado de «pastorcillo de pelo rizado» —es una frase de mi tío—. Lo cierto es que ningún otro sería más bonito marco para mis ojos rasgados y mi delgada barbilla.

Nos miran mucho, a Marcel tanto como a mí. En pleno día, en la calle, resulta tal vez un poco embarazoso pasear con mi «sobrino»; ríe alto, se vuelve al pasar por delante de los espejos, torciendo un poco una cadera, baja los ojos cuando los hombres lo miran… Francamente, no me siento encantada de sus modales.

—Claudinette, vamos al bulevar Haussmann a tomar té frío. ¿No te importa seguir por el bulevar de la derecha, después de la avenue de l'Opéra? Es más divertido.

—A mí las calles de París no me divierten nunca. El pavimento es siempre llano… Oye, ¿sabes si tu padre ha regresado a París?

—No me lo ha comunicado, querida. Papá sale mucho. Periodismo, «asuntos de honor, asuntos de amor…». Has de saber que a mi padre le gustan muchísimo las mujeres, y viceversa —dice, recalcando bastante el tono agrio que adopta siempre al hablar de mi primo-tío—. ¿Te sorprende?

—No, no me sorprende; uno de dos no es demasiado en tu familia.

—Claudine, ¡qué amable eres cuando te ofenden!

—Querido Marcel, con toda franqueza, ¿qué demonios crees que puede importarme?

Porque hay que demostrar que sé mentir bien y disimular la impresión de irritación, de malestar, que sus últimas frases me han producido. Medito acerca de la posibilidad de retirar mi confianza a mi primo-tío. No me gusta contar mis secretos a alguien que luego va a olvidarlos con mujeres. ¡Es asqueroso! Creo oír a mi tío hablar a las mujeres con la misma voz velada y seductora que me ha dicho cosas muy cariñosas y amables. Cuando «sus» mujeres tienen alguna pena, ¿las coge tal vez también por los hombros para consolarlas, como hizo conmigo hace tres semanas? ¡Ah, diantre!

La desmesurada irritación de Claudine se traduce en un codazo contra la cadera de una obesa señora que le cerraba el paso.

—¿Qué te ocurre, Claudine?

—¡Tú, vete a paseo!

—¡Qué genio! Perdona, Claudine, olvidaba que has tenido un disgusto… Sé en qué estás pensando…

Sigue teniendo a Luce en la imaginación y su error me pone de mal humor, semejante al de una mujer libertina a quien su amante ha dado un disgusto y la consuela su marido.

Ocupados ambos con pensamientos que no nos decimos, llegamos a Vaudeville. De súbito, una voz… una voz que oigo antes de que hable… murmura a mis espaldas:

—Buenas tardes, niños juiciosos.

Me vuelvo violentamente, con la mirada feroz, tan adusta que mi primo-tío se echa a reír. Está con otro caballero, en quien reconozco al Maugis del concierto. El Maugis del concierto, redondito y sonrosado, tiene mucho calor; se enjuga la frente y saluda con exagerado respeto bajo el cual presiento cierto sentimiento zumbón, cosa que no contribuye a apaciguarme.

Contemplo al tío Renaud como si le viera por primera vez. Conozco bien su nariz corta y curva, y su bigote color de castor plateado, pero sus ojos, de un gris azulado, profundos, de mirada fatigada, ¿han cambiado tal vez de expresión? No sabía que tuviera la boca tan pequeña. Sus sienes ajadas prolongan sus menudas arrugas hasta las comisuras de los ojos; pero eso no me parece feo. ¡Uf! ¡Antipático conquistador, que viene de ver a mujeres! Durante un par de segundos le contemplo con expresión tan furiosa que ese horrible Maugis se decide a afirmar, meneando la cabeza:

—He aquí una carita a la que privaría de postre… sin más información.

Le dirigió una mirada llena de criminales intenciones; pero sus saltones ojos azules afectan tan untuosa dulzura, tan perfecta ingenuidad, que me echo a reír en sus narices… sin más información.

—¡Estas señoras viejas —comenta el abominable tío, encogiéndose de hombros— se ríen por nada!

No contesto, ni le miro…

—Marcel, ¿qué le pasa a tu amiga? ¿Os habéis peleado?

—No, padre, somos los mejores amigos del mundo. Pero —añade con aire de discreción— me parece que Claudine ha tenido disgustos esta semana.

—No te preocupes —se apresura a decir Maugis—. Sé de un lugar excelente donde arreglan muy bien las cabezas de las muñecas. Le conseguiré trece por docena y el cinco por ciento de descuento al contado…

Ahora le toca el turno a mi tío de mirarme como si fuera la primera vez que me ve. Hace señas a Marcel (bastante imperativas, por cierto) de que vaya a hablarle. Y, como se alejan unos pasos, quedo víctima del regordete Maugis, que me divierte; nunca resulta distinguido, pero a veces es gracioso.

—Hoy está muy guapo el efebo de quien usted se proclama tía —me dice.

—¡Ah, sí, desde luego! Le miran más que a mí en la calle, pero no tengo celos.

—Hace muy bien.

—¿Verdad que lleva una corbata muy bonita? Pero es más una corbata de mujer.

—Vamos, no le censure que tenga alguna cosa de mujer —dice Maugis, conciliador.

—¡Y su traje! ¡Fíjese: no le hace una arruga!

—¡Oh! Si se le llegara a encontrar una arruga de más…

No termina la frase y, como si hasta lamentara haberla empezado, se suena con gran ruido, sin tener ganas de hacerlo, para desviar la conversación. ¿Por qué?

Supongo que Marcel no le estará contando a su padre lo de Luce. No se atrevería. Hará bien en no atreverse. No, no se lo cuenta; si se lo contase, mi tío pondría otra cara.

—Claudine —me dice, acercándose con su hijo—, quisiera llevaros a los dos el domingo a ver *Blanchette*, en el teatro Antoine. Pero, si estás enfurruñada, ¿qué tengo que hacer? ¿Ir solo?

—No, no tendrá que ir solo; ¡iré yo con usted!

—¿Y tu maldad vendrá también?

Me mira a los ojos, y me rindo.

—No; seré amable. Es que hoy me han pasado cosas desagradables.

Sigue mirándome, quisiera adivinar… Vuelvo la cabeza, como Fanchette delante del plato de leche que a un tiempo desea y evita.

—Bueno, os dejo, niños juiciosos. ¿Adónde ibais?

—A tomar té frío, padre.

—Vale más eso que ir al café —murmura distraídamente Maugis.

—Escucha, Claudine —me dice de forma confidencial mi tío—. Desde que Marcel es amigo tuyo me parece mucho más simpático. Tengo la impresión de que le resultas saludable, hijita. Su viejo papá te lo agradecería mucho, ¿sabes?

Dejo que los hombres me den un fuerte apretón de manos, y nos vamos. ¿Yo saludable para Marcel? He aquí una cosa que me deja fría. No tengo aficiones moralizadoras. ¿Saludable para Marcel? ¡Señor, qué ceporro es a veces un hombre inteligente! Hemos tomado té frío con limón, pero mi «sobrino» me ha encontrado apagada y taciturna. Le divierto menos que Charlie y, por otra parte, me doy cuenta de que mis distracciones son completamente de otra clase; no puedo hacer nada para remediarlo.

Por la noche, después de cenar, me dedico a leer, ausente, mientras papá fuma, canturreando salvajes melopeas, y Mélie da vueltas por ahí, sopesando sus pechos. La gatita hinchada, enorme, ha rechazado la cena; ronronea sin motivo, con la naricilla demasiado sonrosada y las orejas calientes.

Me acuesto tarde, dejando la ventana abierta y las persianas cerradas, después de dar las treinta y seis vueltas de cada noche, después del agua tibia, de contemplarme desnuda delante del espejo grande y de los ejercicios de flexibilidad. Me siento débil… Mi Fanchette, jadeante, echada de costado en su cesta, se estremece y escucha los latidos de su hinchada barriguita. ¡Me parece que será pronto!

¡Sí, era para pronto! Apenas he apagado la lámpara cuando se deja oír un fuerte y desesperado «¡Miauuu!». Vuelvo a encender y corro descalza junto a mi pobrecita gata, que respira agitadamente, apoya sobre mis manos con gestos imperiosos sus patitas calientes, y me mira con admirables ojos dilatados. Ronronea enloquecida. De súbito, las delicadas patitas se crispan sobre mis manos y oigo un segundo «¡Miau!» de angustia. ¿Llamaré a Mélie? Pero, al hacer el gesto de levantarme, Fanchette, desatinada, se levanta y quiere echar a correr. Es una manía; tiene miedo. Me quedaré; me da un poco de asco, pero no miraré.

Tras una calma de diez minutos, la situación vuelve a ser agitada, con cortas alternativas de furioso ronroneo y de terribles clamores. A Fanchette se le salen los ojos de las órbitas, se retuerce en convulsiones… y yo vuelvo la cabeza. Nuevos ronroneos y cierta agitación en la cesta me informan de que hay algo nuevo. Pero sé que mi bonita gata no se limita nunca a un ejemplar único. Se reanudan los clamores, la enloquecida patita me araña la mano y mantengo la cabeza obstinadamente vuelta. Después de tres episodios idénticos, llega, por fin, la calma definitiva. Fanchette ha vaciado su vientre. Corro en camisón a la cocina para buscarle leche; eso le dará tiempo de poner muchas cositas en orden. Me retraso de forma deliberada y, cuando regreso con el plato, mi hermoso y extenuado animal tiene ya su rostro de madre dichosa. Ya puedo mirar en el cesto.

Sobre el vientre blanco y sonrosado, tres minúsculos mininos, tres babositas rayadas de negro y gris; tres pequeñas maravillas maman y se retuercen como sanguijuelas. La cesta está limpia y sin rastros de nada. ¡Esta Fanchette tiene el don de dar a luz como por milagro! No me atrevo aún a tocar a los pequeñuelos, cuya piel brilla lamida de oreja a rabo; no me atrevo a tocarlos, a pesar de que la joven madre, con su dulce voz quebrada, me invita a que los admire y los acaricie. Mañana habrá que escoger entre ellos y ahogar a dos. Mélie será, como de costumbre, la ejecutora de tan alta obra. Y durante algunas semanas veré a Fanchette, madre excéntrica, pasear a su rayado pequeñito, cogiéndolo con la boca, tirarlo al aire con las patas, y extrañarse, incorregible ingenua, de que ese hijo de quince días no salte en pos de ella sobre las repisas de la chimenea y el último estante de la biblioteca.

Mi corta noche ha estado llena de sueños donde lo extravagante se mezcla con lo idiota. Desde hace algún tiempo sueño cada vez más…

Mélie ha derramado todas las fáciles lágrimas de su tierna alma al recibir la orden de ahogar a dos de los pequeños gatitos. Ha habido que escoger, reconociendo los sexos. Yo, cuando son tan pequeños, no entiendo nada y parece ser que incluso gente más entendida que yo se equivoca en esto; pero Mélie es infalible. Con un gatito en cada mano, dirige una mirada segura al lugar correspondiente, y declara: «Este es el macho, las otras son dos gatas». Y he devuelto el pequeño gatito a Fanchette, que aguardaba

en el suelo, maullando inquieta. «Llévate deprisa a los otros dos, que no se entere». A pesar de todo, Fanchette ha comprobado que le faltaban; sabe contar hasta tres. Pero esta bestezuela deliciosa demuestra ser una madre bastante mediocre, pues tras haber dado varias rudas vueltas a su gatito, con las patas y con la boca, a fin de comprobar si los otros dos estaban escondidos debajo, se ha resignado. Lamerá dos veces más y asunto concluido.

¿Cuántos días faltan para…? Cuatro hasta el domingo. El domingo iré al teatro con Marcel y con mi tío… ¡Qué ocurrencia más tonta haberle bautizado así! ¡Estúpida salida de Claudine! La palabra «tío» me recuerda a la horrible pequeña Luce. A ella no le importa llamar tío a un viejo que… Este, el mío, es, en resumidas cuentas, el viudo de una prima hermana a la que nunca he visto. A esto, en lenguaje correcto, se llama ser «primo» de alguien. Llamarle «Renaud» vale más que llamarle «tío». Llamarle «Renaud» le rejuvenece.

¡Qué deprisa domó el otro día mi maldad! Aquello fue por mi parte pura cobardía, no cortesía. Obedecer, obedecer: humillación que jamás he experimentado —iba a escribir «saboreado»—. Saboreado, sí. Creo que cedí por perversidad. En Montigny, antes me hubiera dejado matar que barrer la clase cuando me tocaba y no tenía ganas. De todos modos, si la señorita Sergent me hubiera mirado fijamente con ojos de un azul grisáceo, como los de Renaud, habría obedecido con más frecuencia, como le obedecí a él, con todos los miembros entorpecidos por una desconocida debilidad.

Por primera vez he sonreído pensando en Luce. Buena señal. Va quedando a lo lejos esa niña que bailaba sobre un solo pie mientras hablaba de dejar morir a su madre. Aunque ella no lo sabe, no es culpa suya; es tan solo una bestezuela de pelaje aterciopelado.

Aún faltan dos días para ir al teatro. También vendrá Marcel. No es su presencia lo que más me entusiasma; al lado de su padre, no es más que un pequeño zoquete rubio y sonrosado, un zoquete algo hostil. A Renaud y a él me gusta más verlos por separado.

Mi estado de ánimo —¿por qué no puedo tener yo también un estado de ánimo?— carece de precisión. Es el de una persona a la que dentro de poco ha de caerle una chimenea en la cabeza, y vivo irritada en espera de esa inevitable caída. Cuando abro la puerta de un armario, cuando doy la vuelta a una esquina o cuando llega el correo de la mañana, que jamás me aporta nada, en el umbral de todas mis insignificantes acciones siento un ligero sobresalto, como si me preguntara: «¿Será ahora?».

Por más que contemple la cara de mi babosita —el minino se llama Caracol, para complacer a papá y a causa de sus hermosas rayas definidas—, por mucho que interrogue su carita de expresión cerrada, cruzada toda ella por finas rayitas que convergen hacia la nariz, como la flor de un pensamiento amarillo y negro, los ojos solo se le abrirán al cabo de nueve días cumplidos. Y cuando devuelvo a la blanca Fanchette su hermoso hijo, diciéndole mil cumplidos, lo lava minuciosamente. A pesar de que me quiere con locura, en el fondo le parece que huelo mal, a jabón perfumado.

¡Un acontecimiento, un grave acontecimiento! ¿Me ha caído encima la chimenea que yo temía? Sin duda, pero entonces debería sentirme ya liberada de mi angustia y, por el contrario, tengo aún un nudo en el estómago. He aquí lo que ha ocurrido:

Esta mañana, a las diez, cuando me esforzaba con perseverancia en acostumbrar a Caracol a otra tetita de Fanchette —siempre mama de la misma, y, diga lo que diga Mélie, temo que ello deforme a mi gata—, papá ha entrado con solemnidad en mi cuarto. No es verle solemne lo que me extraña, sino verle en mi cuarto, pues solo aparece cuando estoy enferma.

—Ven un momento.

Le sigo hasta el rincón de los libros, con la docilidad de una chica curiosa, y encuentro allí al señor Maria. Esta presencia me parece completamente natural. Pero ver al señor Maria con una levita nueva y con guantes, a las diez de la mañana, es algo que ya deja de ser verosímil.

—Hija mía —empieza a decir mi noble padre, digno y lleno de unción—, he aquí a un excelente muchacho que quisiera casarse contigo. Ante todo, he de decirte que cuenta con todas mis simpatías.

Le escucho atentamente, aguzando el oído, pero como atontada. Y, cuando papá termina su frase, pronuncio una sola palabra, tonta, pero sincera:

—¿Cómo?

Les juro a ustedes que no he comprendido. Papá pierde algo de su solemnidad, pero conserva toda su nobleza.

—¡Recontracórcholis! Tengo, sin embargo, una dicción bastante clara para que entiendas inmediatamente. Este buen señor Maria quiere casarse contigo, aunque sea dentro de un año si te parece que eres demasiado joven. Yo, como comprenderás, con el tiempo me he olvidado de la edad que tienes. Le he contestado que, a lo sumo, tenías catorce años y medio, pero él afirma que tienes cerca de dieciocho. Debe de saberlo mejor que yo. Y eso es todo. ¡Si no le quieres es que eres difícil, mil piaras de cerdos!

¡Válgame el cielo! Miro al señor Maria, que palidece bajo su barba y que me contempla con sus ojos de liebre, de largas pestañas. Agitada, sin saber bien por qué, por una brusca alegría, me precipito hacia él.

—¿Cómo? ¿Es cierto, señor Maria? ¿De veras quiere casarse conmigo? ¿No es una broma?

—No, no es una broma. ¡Oh, no! —gime él.

—¡Dios mío, qué amable es usted!

Y le cojo las dos manos, que sacudo con alegría. Se arrebola como una puesta de sol a través de los matorrales.

—Así que, ¿consiente, señorita?

—¿Yo? ¡Oh, no, de ningún modo!

¡Ah, tengo tanta delicadeza como un kilo de dinamita! El señor Maria, en pie delante de mí, abre la boca y cree volverse loco.

Papá considera que debe intervenir:

—Oye, ¿vas a tenernos mucho rato con el alma en vilo? ¿Qué significa esto? ¿Le saltas al cuello y luego le rechazas? ¡Vaya modales!

—Pero, papá, si yo no quiero casarme con el señor Maria. Eso está muy claro. Me resulta muy amable, ¡oh, demasiado amable!, al juzgarme digna de su atención. Y le doy las gracias por eso. Pero ¡no quiero casarme con él, caramba!

El señor Maria esboza un pobre y lastimoso gesto de súplica, y no dice nada. Me da pena.

—¡Padre Eterno! —ruge papá—. ¿Por qué diablos no quieres casarte con él?

¿Por qué? Me encojo de hombros, abriendo los brazos. ¿Acaso lo sé? Es como si me propusiera casarme con Rabastens, el apuesto maestro adjunto de Montigny. ¿Por qué? Por el único motivo válido en el mundo: porque no le quiero.

Papá, exasperado, lanza a los ecos de la habitación tal voleo de imprecaciones que no las escribiré. Espero al final de la retahíla.

—¡Oh, papá! ¿Quieres apenarme?

El hombre de piedra no pide nada más.

—¡Cuernos! ¿Apenarte? ¡Claro que no! Además… en fin… puedes reflexionar, cambiar de opinión. ¡Eh! ¡Usted! ¿Verdad que puede cambiar de opinión? ¡Me sería extraordinariamente cómodo que cambiara de idea! Le tendría a usted todo el tiempo aquí y juntos despacharíamos mucho trabajo. Pero, hoy por hoy, a la una o a los dos… ¿No quieres? Pues lárgate de aquí, que tenemos que trabajar.

El señor Maria sabe de sobra que no cambiaré de opinión. Manosea su cartera de piel y busca su

pluma sin verla. Me acerco a él.

—¿Me guardará rencor, señor Maria?

—¡Oh, no, señorita…! No es eso.

Una súbita afonía le impide proseguir. Salgo de puntillas y, sola en el salón, me pongo a bailar. ¡Qué suerte! ¡Me han pedido la mano! ¡La mano! Hay alguien que me ve lo suficientemente bonita para casarse conmigo, a pesar de mis cabellos cortos; y se trata de un muchacho razonable, sensato; no es un caso patológico. Entonces, puede haber otros que… Bueno, ya he bailado bastante. Meditemos a fondo.

Sería pueril negarlo: estoy llegando a un punto crítico de mi existencia. La chimenea parece inminente. Va a caer sobre mi cráneo, terrible o deliciosa, pero va a caer. No siento la menor necesidad de confiar mi estado a nadie en el mundo. No escribiré a Claire, a la feliz Claire: «¡Oh, querida amiguita de la infancia, se aproxima el momento fatal, preveo que mi corazón y mi vida van a florecer a un tiempo…!». No, no le escribiré nada de eso. Tampoco preguntaré a papá: «¡Oh, padre mío!, ¿qué es lo que a la par me oprime y me arrebata?». ¡Qué cara pondría mi pobre padre si le dijese eso! Se acariciaría la barba tricolor y murmuraría perplejo: «Nunca he estudiado esa especie…».

Embrolla, Claudine, embrolla. En el fondo, no te sientes orgullosa. Vagas por el espacioso piso, abandonas al viejo y querido Balzac, te detienes, con la mirada vaga y perdida frente al espejo de tu cuarto, que te devuelve la imagen de una niña alta y delgada, con las manos cruzadas a la espalda y vestida con una blusa de seda roja, con pliegues, y una falda de sarga azul marino. Tiene el cabello corto y rizado, una carita estrecha, de mejillas mate, y los ojos rasgados. Esa muchacha te parece bonita, con su aire de importarle todo un comino. No es una belleza que amotine a las multitudes, pero… yo me entiendo; los que no la ven son imbéciles o miopes.

¡Que mañana esté guapa! Bastará que lleve mi falda sastre azul, mi gran sombrero negro, con la blusita de seda azul marino —los colores oscuros son los que mejor me sientan— y dos rosas de té a un extremo del cuadrado escote, rosas que, por la noche, tienen el mismo color que mi piel.

¿Y si revelara a Mélie que han pedido mi mano? No; no vale la pena. Me contestaría: «Pequeña mía, haz como en nuestra tierra: prueba antes a los que te propongan; así el negocio es honrado y no se engaña a nadie». ¡Para ella la virginidad tiene tan poco valor! Conozco sus teorías: «¡Cuentos, hijita, cuentos de médico todo eso! Antes, después… ¡Si crees que a ellos no les gusta lo mismo…! ¡Todo es igual!». ¿No es cierto que estoy en una buena escuela? Pero existe una fatalidad para las chicas decentes: continúan siéndolo a pesar de todas las Mélie del mundo.

Me duermo tarde esa noche sofocante, y los recuerdos de Montigny cruzan mi agitado sueño; sueños de hojas que crujen, de alba fresca y de alondras que ascienden hacia el cielo con ese canto que imitábamos en la escuela frotando en la mano un puñado de bolas de cristal… Mañana, mañana… ¿Me encontrarán bonita mañana? Fanchette ronronea suavemente, con su Caracol rayado entre las patas. Ese monótono ronroneo de mi querida gatita ¡cuántas veces me ha calmado y adormecido!

Esta noche he soñado. Y la blanda Mélie, al entrar a las ocho en mi cuarto para abrir las persianas, me encuentra hecha un ovillo, rodeando las rodillas con los brazos y los pelos cayendo hasta la nariz, taciturna y absorta.

—Buenos días, mi France adorada.

—… días.

—¿Te encuentras bien?

—No.

—¿Estás triste? ¿Tienes alguna pena?

—No; he soñado…

—Esto es más serio. Si no has soñado con niños, ni con familia real, no pasa nada. ¡Si por lo menos hubieras soñado con estiércol de hombre!

Estas predicciones, que me repite gravemente desde que he sido capaz de comprenderlas, ya no me hacen reír. Lo que he soñado no se lo diré a nadie, ni siquiera a este cuaderno. Me turbaría demasiado verlo escrito.

He pedido que cenásemos a las seis y el señor Maria se marcha una hora antes, apagado, desgreñado, abatido. No le evito en modo alguno desde el acontecimiento. No me estorba en absoluto. Hasta me muestro más atenta con él; le digo trivialidades y tópicos.

—¡Qué tiempo más hermoso, señor Maria!

—¿Usted cree, señorita? Hace bochorno, está negro hacia el oeste…

—¡Ah, no me había fijado! Es raro. Desde esta mañana me imagino que hace buen tiempo.

En la cena, tras haber jugado sin hambre con las carnes, me entretengo con el suflé de confituras y pregunto a papá:

—Oye, papá, ¿tengo una dote?

—¿Qué demonios te puede importar?

—¡Vaya! ¡Eres increíble! Ayer te pidieron mi mano, y mañana puede repetirse. Solo cuesta el primer paso. Las peticiones de mano son como la historia de las hormigas y el tarro de mermelada, ¿sabes? Si viene una, vienen tres mil.

—¡Cáspita, tres mil! Por suerte, tenemos pocas relaciones. ¡Pues sí, tarro de mermelada, tienes dote! Cuando hiciste la primera comunión le llevé a Meunier, el notario de Montigny, los ciento cincuenta mil francos que te dejó tu madre, una mujer muy desagradable. Están mejor con él que aquí; ya sabes que conmigo nunca se sabe lo que puede pasar.

Así, de golpe y porrazo, tiene frases como esta, tan conmovedoras que merece que se le dé un beso. Y se lo doy. Luego vuelvo a mi cuarto nerviosa porque se hace tarde; aguzo el oído y me late deprisa el corazón, mientras aguardo oír la campanilla de la puerta.

¡Las siete y media! ¡Vaya! ¡No parece tener mucha prisa! Llegaremos tarde al primer acto. ¿Y si no viniera? Las ocho menos cuarto. ¡Es indigno! Este tío fugaz podría haberme mandado una nota, o incluso a Marcel.

Pero un ring imperioso me pone en pie, y veo en el espejo un rostro singularmente pálido y extraño, tan extraño que me vuelvo por no verlo. Desde hace algún tiempo mis ojos tienen siempre la expresión de saber algo que yo ignoro.

La voz que oigo en la antesala me hace sonreír nerviosamente; se oye una sola voz, la de mi primo-tío, la de mi primo Renaud, quiero decir. Mélie le hace pasar sin llamar. Le sigue con una mirada aduladora de perra obediente. Él también está pálido, visiblemente nervioso, y le brillan los ojos. Bajo la luz, su bigote rubio parece aún más plateado… Hermoso bigote enhiesto… Si me atreviera, me acercaría y lo tocaría para ver cuán suave es…

—¿Estás sola, amiguita Claudine? ¿Por qué no dices nada? ¿La señorita ha salido?

La señorita piensa que tal vez viene de casa de una de sus mujeres, y sonríe sin alegría.

—No, la señorita va a salir; con usted, supongo. Venga a decir adiós a papá.

Papá se muestra encantador con mi primo-tío, que no gusta tan solo a las mujeres.

—Cuídeme a la pequeña, está delicada. ¿Tiene la llave para la vuelta?

—Sí, tengo la mía, para ir a mi casa.

—Pida la nuestra a Mélie. Yo ya he perdido cuatro y he renunciado a tener ninguna más. ¿Dónde está el chico?

—¿Marcel? Marcel no… Vendrá a reunirse con nosotros en el teatro, según creo…

Bajamos sin decir nada. Siento un placer de chiquilla al hallar abajo un coche de los del círculo. No

me entusiasmaría más un cupé de chez Binder, con un magnífico tiro.

—¿Estás bien? ¿Quieres que baje uno de los cristales para que no haya corriente? No, solo la mitad de los dos. ¡Hace tanto calor!

No sé si hace calor, pero ¡Santo Dios! ¡Qué peso en el corazón! Un escalofrío nervioso me hace castañetear los dientes. Por fin digo con dificultad:

—Entonces ¿Marcel se reunirá con nosotros en el teatro?

No hay respuesta. Renaud —Renaud a secas resulta bonito— mira hacia delante, con la cabeza algo inclinada. De pronto, se vuelve bruscamente hacia mí y me coge las muñecas. ¡Este hombre tiene gestos tan juveniles, a pesar de su pelo gris!

—Oye, mentí hace un momento, y no está bien. Marcel no vendrá. Dije lo contrario a tu padre, y me molesta recordarlo.

—¿Cómo? ¿No viene? ¿Por qué?

—Te entristece, ¿verdad? Es culpa mía y también de él. No sé cómo explicártelo. Te pareceré tan poca cosa… Me vino a buscar a la rue de Bassano, a mi casa, mostrándose encantador, con una expresión menos tiesa y menos cerrada que de costumbre, pero ¡con una corbata! Un crespón de China arrollado en torno al cuello, drapeado como un adorno de mujer con alfileres de cabeza de perlas por todos los lados. En fin, ¡algo imposible! Le dije: «Hijito, ¿y si…? ¿Tendrías la amabilidad de cambiar de corbata? Te prestaré una de las mías». Dio un respingo, se puso tieso, se mostró insolente… En fin, intercambiamos palabras un poco complicadas para ti, Claudine. Al cabo, dijo: «Iré con esta corbata, o no iré». Le cerré la puerta en las narices, y eso es todo. ¿Me guardarás rencor?

—Pero —le digo sin contestarle—: ¡si usted ya había visto esa corbata! La llevaba el otro día, cuando le encontramos con Maugis en el bulevar, cerca de Vaudeville.

Adopta un aire muy sorprendido y enarca las cejas.

—¿De veras? ¿Estás segura?

—Completamente segura. Es una corbata que no se olvida. ¿Cómo no se fijó usted?

Recostándose de nuevo en los almohadones, niega con la cabeza y dice a media voz:

—No sé… Me fijé en que tenías la mirada abatida, la expresión huraña de una corza ofendida, que llevabas una blusita azul y que un rizo de tus cabellos te hacía cosquillas en la ceja derecha…

No digo nada. Me ahogo ligeramente. Él, interrumpiendo su frase, se baja el sombrero sobre los ojos, con el seco ademán de un hombre que acaba de decir una tontería y que se da cuenta de ello demasiado tarde.

—Claro… yo solo… No resulta divertido. Si quieres, te vuelvo a llevar a casa, amiguita.

¿Contra quién va dirigido ese tono agresivo? Me limito a reír con suavidad, coloco sobre su brazo mi mano enguantada y la dejo allí.

—No me lleve. Estoy muy contenta. Usted y Marcel no se entienden, y prefiero verlos por separado. Pero ¿por qué no se lo dijo a papá?

Me coge la mano y la pasa por debajo de su brazo.

—Es muy sencillo. Estaba apenado, exasperado. He tenido miedo de que tu padre me privara de ti, mi querida y pequeña compensación… Quizá no te había merecido, pero te tenía bien ganada…

—No valía la pena tener miedo; papá me hubiera dejado ir con usted. Hace todo lo que yo quiero.

—¡Oh, ya lo sé! —dice, algo irritado, atusándose el bigote, de un dorado grisáceo—. Prométeme, al menos, que solo querrás siempre cosas razonables como esta.

—¡Eso nunca se sabe! ¡Nunca se sabe! ¿Sabe lo que quiero? Concédame lo que voy a pedirle…

—¿A qué plátano hay que arrancar el fruto? ¿Qué fabulosa alcachofa debo descortezar? Una palabra, un gesto, uno solo, y los bombones de chocolate con crema llenarán tu regazo… ¡Estos cupés de círculo, tan mezquinos, limitan la nobleza de mis gestos, Claudine, pero no temas que afecten a la de mis sentimientos!

Toda esta gente de letras suele hablar de la misma manera, un poco en chanza; pero él resulta mucho

más elegante que Maugis y no tiene ese horrible acento de arrabal parisiense.

—Los bombones de chocolate no se rechazan. Pero… se lo voy a decir, ya no quiero llamarle «tío»…

A la luz de un establecimiento, que pronto dejamos atrás, le veo inclinar la cabeza, con expresión falsamente resignada.

—Ya está. Me vas a llamar «abuelo». ¡Ha llegado el momento terrible!

—No, no se ría. He reflexionado. Usted es mi primo, y que, si quisiera, podría llamarle Renaud. Me parece que no es nada monstruoso.

Vamos por una avenida poco iluminada. Se inclina para mirarme, y hago descomunales esfuerzos para no parpadear; por fin contesta:

—¿Eso es todo? ¡Pues te ruego que empieces enseguida! Me rejuvenece, no tanto como quisiera, pero por lo menos cinco años. Mira mis sienes; ¿no se han vuelto de repente rubias?

Me inclino para comprobarlo, pero me aparto casi al instante.

Al mirarle tan de cerca, se me encoge el estómago aún más.

No nos decimos nada más. De vez en cuando, bajo las luces, contemplo furtivamente su corto perfil y sus ojos muy abiertos, atentos.

—¿Dónde vive usted, Renaud?

—Ya te lo he dicho: en la rue de Bassano.

—¿Es bonita su casa?

—Es bonita… para mí.

—¿Podría verla?

—¡No, Santo Dios!

—¿Por qué?

—Pues porque… para ti es demasiado… grabado del siglo XVIII.

—¡Bah! ¿Qué importa?

—Déjame creer que aún importa algo. Ya llegamos, Claudine.

—¡Qué lástima!

Antes de ver *Blanchette*, disfruto concienzudamente con *Poil de carotte*. Me encantan la gracia de muchacho y el gesto reprimido de Suzanne Després: sus ojos son verdes, como los de Luce, bajo la corta peluca roja. Y me entusiasma la tajante nitidez de Jules Renard.

Mientras estoy escuchando, con la barbilla adelantada, inmóvil, noto de repente que Renaud me mira. Me vuelvo con rapidez; tiene fija la mirada en la escena y una expresión muy inocente. Pero eso no demuestra nada.

Durante el entreacto, Renaud me hace pasear por el pasillo y me pregunta:

—¿Estás ahora más tranquila, nerviosilla?

—¡No estaba nerviosa! —digo, indignada.

—¿Y esa patita fina y crispada, cuyo frío sentía en mi brazo cuando íbamos en coche? ¿No estabas nerviosa? ¿No? Entonces debía de ser yo.

—Era usted… también.

Lo he dicho muy bajo, pero el ligero movimiento de su brazo me da a entender que ha comprendido.

Mientras se representa *Blanchette* pienso en las quejas —ya tan lejanas— de la pequeña Aimée sobre la señorita Sergent. En el tiempo en que empezábamos a querernos, me confiaba —más crudamente de lo que hace esta *Blanchette*— qué aversión atemorizada sentía, pequeña maestra ya acostumbrada al relativo bienestar de la escuela, hacia la mansión paterna y hacia toda su familia, pobre, chillona y descuidada. Me hablaba a menudo de sus temores de gata friolera, en el umbral de la apestosa clase, en medio de una corriente de aire, mientras la señorita Sergent pasaba por detrás de nosotras, silenciosa y llena de celos.

Mi compañero, que parece adivinar mis pensamientos, me pregunta con voz queda:

—¿Así era Montigny?

—Así era, ¡y todavía peor!

No insiste y, codo contra codo, permanecemos silenciosos. Apoyada sobre este hombro confortable y tranquilizador, la tirantez de mi espíritu se va relajando. Levanto la cabeza hacia él, baja la mirada hacia mis ojos y le sonrío con toda mi alma. A este hombre le he visto cinco veces, pero le conozco de toda la vida.

En el último acto, soy la primera en poner el codo sobre el brazo de la butaca, y dejo a mi lado un pequeño lugar sobre el terciopelo. Su codo lo comprende muy bien y viene a buscar el mío. Ya no tengo el estómago encogido.

Salimos a las doce menos cuarto. El cielo está negro y el viento es casi fresco.

—Si usted quiere, Renaud, no me gustaría subir ahora enseguida al coche. Preferiría pasear un poco por los bulevares… ¿Tiene tiempo?

—Toda la vida, si quieres —me contesta sonriendo.

Me sujeta fuertemente por el brazo y caminamos a un mismo paso, pues tengo las piernas largas. A la luz de los globos eléctricos he visto cómo íbamos; Claudine alza hacia las estrellas una extraordinaria carita exaltada y unos ojos casi negros, y el viento barre los largos bigotes de Renaud.

—Háblame de Montigny, Claudine, y de ti… —me pide Renaud.

Pero le he hecho señas de que no. Estamos bien así. No necesitamos hablar. Caminamos deprisa. Esta noche me siento como si tuviera las patas de Fanchette. Bajo mis pies, la tierra hace de trampolín.

Luces, luces intensas, vidrios de colores, bebedores sentados a las mesas de una terraza.

—¿Qué es esto?

—La cervecería Logre.

—¡Oh, qué sed tengo!

—No deseo otra cosa que entrar en algún sitio; pero no aquí, no en esta cervecería.

—¡Sí, aquí! Hay luces, hay animación, es divertido…

—Pero aquí vienen los intelectuales, las mujeres de mala vida, la gente ruidosa y alborotadora…

—¡Mejor que mejor! Quiero entrar aquí.

Se da un ligero tirón en el bigote; luego, tras esbozar el gesto «Después de todo, ¿por qué no?», me conduce hacia la gran sala. No hay tanta gente como él decía; a pesar de la época del año, se respira bastante bien. Las columnas de loza verde despiertan en mí ideas de baños y de jarras de agua fresca.

—¡Tengo sed! ¡Tengo sed!

—Bueno, bueno, está bien. ¡Te daremos de beber! ¡Qué niña más terrible! ¡No sería fácil negarte marido a ti!

—Desde luego que no —le contesto, sin reírme.

Estamos sentados a una mesita junto a una columna. A la derecha, bajo un panel tumultuosamente pintarrajeado de bacantes desnudas, un espejo me asegura de que no tengo manchas de tinta en las mejillas, que mi sombrero está en su sitio y que mis ojos palpitan encima de una boca roja de sed, tal vez también de un poco de fiebre. A Renaud, frente a mí, le tiemblan las manos y tiene húmedas las sienes.

Se me escapa un leve gemido de codicia despertado por la estela de olor que deja un plato de cangrejos, con el que alguien pasa cerca de nosotros.

—¿También cangrejos? ¡Enseguida! ¿Cuántos?

—¿Cuántos? Nunca he sabido cuántos puedo comer. Una docena para empezar; luego ya veremos.

—Y para beber, ¿qué? ¿Cerveza?

Hago una mueca.

—¿Vino? ¿No? ¿Champán? *Asti, moscato spumante?*

Me sonrojo de gula.

—¡Oh, sí!

Espero, llena de impaciencia, y veo entrar a varias hermosas mujeres, que llevan abrigos de noche, ligeros y adornados con lentejuelas. Es todo muy lindo; veo sombreros muy graciosos, cabellos demasiado adornados, sortijas… Mi gran amigo, al que muestro cada una de las recién llegadas, atestigua una indiferencia que me sorprende. ¿Son tal vez más bonitas las suyas? Me vuelvo de pronto huraña, sombría. Se sorprende y me cita buenos autores.

—¿Cómo? ¿Ha cambiado el viento? «Hilda, ¿de dónde procede tu tristeza?».

Pero yo no le contesto.

Traen el asti. Para ahuyentar mis preocupaciones y apagar mi sed, apuro de golpe un vaso. El mujeriego, frente a mí, se disculpa por morirse de hambre y devora un sanguinolento bistec. El ardor picante y traidor del vino de Asti me produce cierto calorcillo en la punta de las orejas y despierta una ardiente sed en mi garganta. Tiendo el vaso y bebo más lentamente, con los ojos entornados de placer. Mi amigo se ríe.

—Claudine, bebes como si mamaras. Toda la gracia de los animales está en ti.

—¿No sabe usted que Fanchette tiene un hijo?

—No, no lo sabía. ¡Tenías que habérmelo enseñado! Apuesto a que es hermoso como un astro.

—Más hermoso aún. ¡Oh, esos cangrejos! ¿No sabe usted, Renaud? (Cada vez que le llamo «Renaud» levanta los ojos hacia mí). Allá, en Montigny, son chiquitines; los cogía con las manos en el Gué-Ricard, metiendo en el agua los pies desnudos. ¡Estos pican que da gusto!

—¿Me juras que no te harán daño?

—¡Ah, eso…! Le voy a contar una cosa grave. ¿No ve en mí nada extraordinario esta noche?

Tiendo hacia él mi rostro, encendido a causa del asti. Él se inclina hacia mí y me mira tan de cerca que distingo todas las finas arruguillas de sus oscuros párpados; tras lo cual aparta la cabeza contestando:

—No, esta noche no más que otros días.

—¡Oh, qué tonto! Amigo mío, anteayer, no más lejos que anteayer, a las once de la mañana, ¡pi-dieron mi mano!

—¡Cuern…! ¿Y quién fue el idiota que…?

Encantada del efecto producido, me río muy alto, en ganas ascendentes, pero me interrumpo de pronto, porque unos que cenaban me han oído y vuelven la cabeza hacia nosotros. Renaud no se muestra encantado.

—¡Vaya! Conque has querido tomarme el pelo, ¿eh? Pero en el fondo no he creído ni media palabra, ¿sabes?

—No puedo escupir para afirmar lo que digo, pero le doy mi palabra de honor de que han pedido mi mano.

—¿Quién?

Ha sido un «¿quién?» desprovisto de toda benevolencia.

—Un muchacho que está muy bien. El señor Maria, el secretario de papá.

—Le rechazaste, naturalmente… ¿no es cierto?

—Le rechacé… naturalmente.

Se sirve un gran vaso de este asti, que no le gusta nada, y se pasa la mano por el pelo.

En cuanto a mí, que en casa solo bebo agua, compruebo inauditos fenómenos; una nube ligera y vaporosa sube de la mesa, nimba las lámparas, hace retroceder los objetos y, de repente, los vuelve a acercar.

En el instante que pienso proceder a un análisis de mí misma, oigo una voz conocida que grita en el umbral de la sala:

—¡Kellner: cuide de que nos sirvan la *choucroute garnie*, madre de la pirosis, y ese mejunje soso, pero salicilado, que su descaro se atreve a titular cerveza de Múnich! Terciopelo líquido, desbordante y perfumada cabellera de las hijas del Rin, ¡perdónales, que no saben lo que beben! *Weia, waga, waga la weia…*

Es Maugis, lírico y sudoroso, que wagneriza, abierto el chaleco y con la chistera de aplastadas alas echada hacia el occipucio. Trae a remolque a tres amigos. Renaud no puede disimular un gesto de suma contrariedad, y se estira el bigote murmurando algo.

Maugis, lírico al acercarse a nosotros, cesa bruscamente de gargarizar con *El oro del Rin*; sus ojos saltones se dilatan, vacila, levanta la mano y pasa sin saludar.

—¡Vaya! —rabia Renaud en voz queda.

—¿Qué pasa?

—Es culpa tuya, hijita; pero mía sobre todo. Aquí, a solas conmigo, no estás en el lugar que te corresponde. Ese imbécil de Maugis… Pero todo el mundo hubiera hecho lo mismo. ¿Juzgas conveniente dar que pensar mal de ti y de mí?

Enfriado de pronto mi entusiasmo ante su mirada llena de preocupación y disgusto, no tardo, sin embargo, en tranquilizarme y en recobrar mi alegría.

—¿Es por eso? ¿Es por eso por lo que arma todo ese jaleo y frunce el entrecejo y habla de moral? Por favor, deme de beber.

—¡No lo comprendes! No tengo la costumbre de salir con jovencitas decentes. Bonita como eres y viéndote sola conmigo, ¿qué quieres que piensen?

—¿Y qué más da?

Mi sonrisa ebria, mis ojos extraviados le hacen comprender bruscamente.

—¡Claudine! ¿Por casualidad no estarás… un poco alegre? Esta noche estás bebiendo de firme. ¿Acaso en tu casa…?

—En mi casa no tomo más que agua de Evian —le contesto, amable y tranquilizadora.

—¡Diantre! ¡Estamos aviados! ¿Qué le diré a tu padre?

—Está durmiendo.

—¡Claudine, no bebas más! Dame ese vaso lleno. ¡Enseguida!

—¿Quiere un coscorrón?

Habiendo resguardado mi vaso de sus manos prudentes, bebo y me escucho ser feliz. La cosa no marcha sin ciertas dificultades. Las lámparas se nimban cada vez más, como la luna cuando va a llorar. En Montigny decían: «La luna bebe». Quizá es también señal de lluvia en París cuando las lámparas beben. Pero ¡eres tú, Claudine, la que ha bebido! Tres grandes vasos llenos de asti, ¡tontina! ¡Qué rico es! Las orejas hacen ¡zum!, ¡zum! ¿Existen realmente los dos señores gruesos que cenan a dos pasos de nosotros? Se van acercando, sin moverse. Apuesto cualquier cosa a que, si alargo la mano, los tocaré. No; ahora han vuelto a alejarse. Por otra parte, entre los objetos falta aire; las lámparas están pegadas al techo; las mesas, pegadas a la pared; los señores gordos, pegados sobre el fondo claro de los abrigos con lentejuelas, que se ven más lejos… Y exclamo:

—¡Ahora lo comprendo! ¡Todo está en perspectiva japonesa!

Renaud, desconsolado, levanta un brazo y luego se enjuga la frente. En el espejo de la derecha veo a Claudine, una Claudine muy graciosa, con sus cabellos ahuecados como plumas, sus rasgados ojos rebosantes de un turbio deleite y su boca húmeda. Es otra Claudine, una que «no está en sus cabales», como decimos allá. Frente a ella, un caballero solo la mira a ella y ya no come. ¡Oh, ya lo sé! ¡No es el asti, no es la pimienta de los cangrejos, es la mirada de esos ojos que a la luz de las arañas resultan casi negros lo que ha embriagado a esta niña!

Completamente desdoblada, me veo mover, me oigo hablar, con voz que llega de un poco lejos, y Claudine, la juiciosa, encadenada, encerrada en una habitación de cristal, oye charlar a Claudine la loca sin poder hacer nada por ella. No puede hacer nada por ella, ni quiere hacer nada tampoco. La

chimenea cuya caída temía se ha derrumbado al fin estrepitosamente sobre mí, y el polvo de la caída forma un halo de oro en torno a las bombillas eléctricas. ¡Claudine la juiciosa, limítate a asistir a todo esto y no te muevas! La Claudine loca sigue su camino con la infalibilidad de los ciegos y de los locos.

Claudine mira a Renaud y pestañea, deslumbrada. Y él, resignado, arrastrado, aspirado por la estela que deja tras ella, calla y la mira, se diría que con más tristeza que placer. Ella estalla:

—¡Oh, qué bien estoy! ¡Y usted, que no quería venir! ¡Ja, ja! ¡Cuando yo quiero algo…! ¿Verdad que nunca nos iremos de aquí? Si usted supiera… El otro día le obedecí, yo, Claudine, que nunca he obedecido deliberadamente más que a usted; pero obedecer a la fuerza, mientras a uno le duele y siente al mismo tiempo placer en las rodillas… ¡Oh, por eso a Luce le gustaba tanto que le pegara! ¿No sabe quién es Luce? Yo le pegaba mucho, sin saber que era ella quien tenía razón. Luce ponía la cabeza en el borde de la ventana, allí donde la madera está gastada porque durante los recreos se parten sobre ella castañas de agua… ¿Sabe lo que son castañas de agua? Un día quise pescar yo misma en el estanque de Barres, y cogí fiebre. Tenía doce años, y mis cabellos… ¿Verdad que le gustaría más con el cabello largo? Siento hormigueo en la yema de los dedos, como si tuviera todo un nido de hormigas. ¿No huele a ajenjo? Aquel señor gordo ha echado ajenjo a su champán. En la escuela comíamos caramelos de cebada verdes con ajenjo; estaba muy bien visto chuparlos hasta sacar una punta afilada. La larguirucha Anaïs era tan golosa y tenía tanta paciencia que los afilaba mejor que nadie, y las pequeñas le traían caramelos. «¡Afílamelo!», le suplicaban. Era una porquería, ¿verdad? He soñado con usted. Eso es lo que no le quería decir. Ha sido un mal sueño, demasiado bonito. Pero ahora que estoy fuera de ello se lo puedo contar.

—¡Claudine! —suplica él en voz baja.

La loca Claudine tiende hacia él ambas manos por encima del mantel, y le contempla. Tiene la mirada desatinada y sin secretos; un ligero rizo le hace cosquillas en la ceja. Habla como un vaso que se desborda, ella, la silenciosa y la reservada. Le ve sonrojarse, palidecer, respirar deprisa, y todo ello le parece muy natural. Pero ¿por qué no se le ve, como a ella, extasiado, aligerado de un gran peso? Se hace vagamente a sí misma esa pregunta y se contesta en voz alta, dando un suspiro:

—Ahora ya no puede pasar nada triste…

Renaud llama al *maître* con la vehemencia de un hombre que se dice que «la cosa no puede seguir así».

Claudine divaga, con los pómulos ardientes, mordisqueando sus rosas de té.

—¡Qué tonto es usted!

—¿De veras?

—Me ha mentido. Impidió que Marcel viniera esta noche.

—No, Claudine.

Ese «no», dicho con gran dulzura, la sobrecoge y la aplaca un poco. Como una pequeña sonámbula, se deja poner en pie y arrastrar hacia la salida. Pero el suelo está blando como el asfalto aún caliente… Renaud solo tiene tiempo de cogerla por el codo, y la guía, casi la lleva, hacia el simón de capota baja, donde se sienta a su lado. El coche se pone en marcha. Con la cabeza llena de zumbidos y casi vacía de pensamientos, Claudine se apoya contra el hombre compasivo. Él le pregunta, inquieto:

—¿Te encuentras mal?

No hay respuesta.

—¡Claudine, respóndeme enseguida! ¿Te encuentras mal?

—No —dice al fin Claudine—, pero sujéteme, porque estoy flotando. Todo flota a mi alrededor. Usted también flota, ¿verdad?

Él le rodea la cintura con el brazo y suspira, preocupado. Claudine apoya la cabeza contra él; pero le molesta el sombrero y se lo quita con mano incierta, colocándolo sobre sus rodillas; luego apoya de nuevo la cabeza sobre el hombro acogedor con la seguridad de alguien que llega por fin al término de una larga caminata. Y la Claudine juiciosa asiste a todo ello, lo observa, se va aproximando… Pero ¿de

qué sirve? Esta Claudine juiciosa está ahora casi tan loca como la otra.

Su compañero, su amigo querido, no ha podido evitar estrechar ligeramente contra sí ese pequeño busto abandonado. Luego, ya sereno, la sacude con suavidad.

—Claudine, Claudine, piensa que nos estamos acercando. ¿Podrás subir por la escalera?

—¿Qué escalera?

—La de la rue Jacob, la tuya.

—¿Me va a dejar?

Claudine se ha erguido. Más tiesa que una culebra con el pelo en desorden, y toda su carita convulsa es una interrogación.

—Vamos, niña mía, vuelve en ti. Esta noche estamos los dos como tontos… Todo esto ha ocurrido por culpa mía.

—¡Me va a dejar! —exclama, sin parar mientes en el cochero, que está atento a lo que sucede—. ¿Adónde quiere usted que vaya? Yo quiero ir solo a donde vaya usted… —Se le enrojecen los ojos, aprieta los labios y casi grita—: ¡Oh, ya sé! ¡Ya sé por qué se va! ¡Se va a ver a sus mujeres, a las mujeres que quiere! ¡Marcel me ha dicho que por lo menos tiene seis! Pero ¡ellas no le quieren, son viejas, le dejarán! ¡Son feas! ¡Y usted se irá a acostar con ellas, con todas, todas! ¡Y las besará, las besará incluso en los labios! Y a mí, ¿quién me besará? ¡Oh! Al menos, ¿por qué no me quiere por hija suya? Yo debía haber sido su hija, su amiga, su mujer… todo… todo… —Se echa a su cuello y se abraza a él con todas sus fuerzas, llorosa, sollozando—. ¡No existe nadie más que usted en el mundo, y usted me abandona!

Renaud la rodea con sus brazos y su boca se hunde en la rizada nuca, en el tibio cuello, en las mejillas, saladas a causa de las lágrimas.

—¡Mi perfume adorado! ¡Abandonarte yo…!

Ella calla súbitamente, levanta hacia él su carita mojada de lágrimas y le mira con extraordinaria atención. Renaud está jadeante y pálido; parece joven bajo sus plateados cabellos. Claudine siente temblar los músculos de los grandes brazos que la rodean. Él se inclina al fin sobre la cálida boca de la niña, que se resiste y se inclina, para ofrecerse o para negarse, no lo sabe a ciencia cierta. La brusca sacudida del vehículo al dar contra la acera les separa de pronto, embriagados, graves y estremecidos.

—Adiós, Claudine.

—Adiós.

—No subo contigo. Enciende tu vela. ¿Tienes la llave?

—La llave, sí. Aquí está.

—No puedo venir a verte mañana; mañana ya es hoy. Vendré sin falta pasado mañana, a las cuatro.

Claudine, muy dócil, se deja besar la mano en un largo beso; aspira, mientras él está inclinado, el ligero olor a tabaco rubio que lleva consigo. Sube, soñadora despierta, los tres pisos, y se acuesta. La loca Claudine se reúne en su camita, ¡ya era hora!, con la Claudine juiciosa. Pero esta última se aparta tímidamente, admirativa y respetuosa, ante la otra, que ha ido en línea recta hacia donde el destino la empujaba, sin volverse para mirar atrás, como una conquistadora o como una condenada.

Malestar, malestar por todos lados. Delicioso malestar de quien ha sido molido a golpes o a caricias. Temblorosas las pantorrillas, frías las manos, entumecida la nuca. Y mi corazón se acelera, procura igualar en rapidez al tictac de mi relojito, para luego pararse y volver más tarde a latir, haciendo ¡pum! Así pues, ¿se trata del verdadero amor? Sí, puesto que ningún lugar es para mí tan dulce como su hombro, donde, acurrucada, mis labios tocaban su cuello; puesto que sonrío de lástima cuando aproximo en pensamientos las delicadas mejillas de Marcel a las marchitas sienes de Renaud. ¡Gracias a Dios, no es joven! A causa de este noble padre más bien lunático que tengo, necesito un papá, necesito un amigo, un amante. ¡Un amante, Señor! Vale la pena haber leído tanto y haber alardeado de mi ciencia amorosa (completamente teórica, desde luego) para que esta sola palabra, al atravesar mi cerebro, me haga apretar los dientes y crispar los dedos de los pies. ¿Qué haré en presencia de él si no puedo evitar pensar en esto? Él lo notará y también pensará en ello… ¡Socorro…! ¡Me muero de sed!

La ventana abierta y el agua del jarro me ayudan un poco. Mi vela continúa ardiendo en la chimenea y, ante el espejo, me asombro profundamente de que no se me note más. A las cuatro, ya de día, me duermo extenuada.

—¿Tienes hambre, niña mía? Tu chocolate te espera desde las siete y media, y dentro de un momento serán las nueve. ¡Oh, qué cara!

—¿Qué me pasa?

—¡Han cambiado a mi niña!

Con su seguro olfato de apareadora, Mélie da vueltas en torno a mi fatigado ser, inspecciona las plumas arrugadas de mi sombrero arrojado sobre la butaca, se regocija de mi jaqueca… Me impacienta.

—¿Acabarás de una vez de pesar tus pechos como si fueran melones? ¿Cuál está más duro?

Pero ella se echa a reír bajito y se va a su cocina cantando una de sus malintencionadas canciones:

Las mozas de Montigny
ardientes son como la brasa.
Seguro que están a sus anchas
cuando…

limitémonos a esta breve cita.

Lo que a mí me ha despertado es el terror de que esta noche haya sido tan solo un sueño.

¿Así es, pues, como suceden las grandes cosas? ¡Benditos sean el asti y la pimienta de los cangrejos! Sin ellos, sin duda me hubiera faltado el valor.

Sí, esta noche me hubiera faltado el valor, pero, de todos modos, otra noche cualquiera mi corazón hubiera hecho ¡cataplum! ¿No es cierto que me quiere? ¿No es verdad que estaba pálido, y que hubiera perdido la cabeza como una simple Claudine sin esa malhadada… esa bienaventurada… no, ya lo decía bien, esa malhadada acera de la rue Jacob, contra la cual fue a topar la rueda del coche? ¡Nunca me había besado un hombre en la boca! La suya es estrecha y ardiente, con el labio inferior redondo y firme. ¡Oh, Claudine, Claudine, qué niña te vuelves al hacerte mujer! Evoco su boca, el extravío de sus ojos ensombrecidos, y una angustia deliciosa me hace juntar las manos…

Otras cosas recuerdo también en estos momentos, otras cosas en las que no quisiera pensar.

«¡Desde luego que hace daño!», canturrea la voz de Luce. Pero ¡no, no…! ¡Ella se acuesta con un cerdo! ¡Eso no prueba nada! Además, ¿qué importa? Lo que hace falta es que él esté todo el tiempo

conmigo, que el amado hueco de su hombro siga siendo tibio y me sea propicio a todas horas, y que sus grandes brazos me cobijen, cerrándose en torno a mí… Mi libertad me pesa, mi independencia me fatiga; lo que desde hace meses, desde hace mucho más tiempo, andaba buscando sin saberlo era un dueño. Las mujeres libres no son verdaderas mujeres. Él sabe todo lo que yo ignoro, y desprecia ligeramente todo lo que yo sé. Me dirá «¡Mi tontita!», y me acariciará el cabello…

Cabalgo tan bien sobre mis sueños que, para alzarme hasta la mano de mi amigo, he bajado la frente y me he erguido sobre las puntas de los pies, como Fanchette cuando me pide que rasque con las uñas su pequeño cráneo chato. «Toda la gracia de los animales está en ti, Claudine…». La hora del almuerzo me sorprende inclinada sobre un espejo redondo, contemplándome con atención y tratando de adivinar, con los cabellos levantados encima de las sienes, si le gustarán mis orejas puntiagudas.

Pronto me harto de frituras y de mermelada de naranja, y dejo a papá instalado frente a su café, donde cada día deja caer metódicamente siete terrones de azúcar y una pizca de ceniza de su pipa, y me entrego a una feroz desesperación al pensar que aún tengo que esperar veintisiete horas. ¿Qué haré? ¿Leer? No puedo, no puedo. Unos cabellos de plata dorada barren las letras en las páginas del libro. Y tampoco puedo salir; las calles están llenas de hombres que no se llaman Renaud, y que me mirarían con aire conquistador, sin saber, los muy imbéciles, que…

Una pequeña bola de tela arrugada arrojada sobre mi butaca me arranca una sonrisa. Es una de mis camisitas, comenzada hace tiempo. Hay que coser. Claudine necesitará camisas. ¿Le gustará esta a Renaud? Es blanca y ligera, con un encaje muy lindo y tirantes de cinta blanca… Las noches en que siento particular estimación hacia mí misma me contemplo en camisa en el espejo, pequeña y larguirucha señora Sans-Gêne, con los rizos cayendo hasta la nariz. A Renaud no puedo parecerle fea. ¡Ah, Dios mío! Estaría muy cerca de él, vestida tan solo con una fina camisa. Mis agitadas manos cosen torcido y oigo cómicamente la voz lejana de la favorita, la delicada voz de la pequeña Aimée, que en las clases de costura me decía: «Claudine, te ruego que cuides tus jaretas… No eres refinada. ¡Mira las de Anaïs!».

Han llamado a la campanilla de la puerta. Escucho sin aliento, con el corazón en suspenso y el dedal en el aire. ¡Es él, es él! ¡No ha podido esperar! Pero, en el instante en que voy a levantarme y correr hacia la puerta, Mélie hace pasar a Marcel.

El estupor me deja inmovilizada sobre mi asiento. ¿Marcel? A este sí que le había olvidado. Hace horas que ha muerto. ¿Cómo? ¿Es Marcel? ¿Por qué él, y no el otro?

Deferente y silencioso, me besa la mano y se sienta en la pequeña silla baja. Yo le miro con aire atontado. Está paliducho, muy lindo, siempre un poco semejante a una muñeca. Un chiquillo de azúcar.

Me pregunta apremiante, irritado por mi silencio:

—Bueno, ¿qué?

—¿Qué?

—¿Fue divertido anoche? ¿Qué te dijo para explicar mi ausencia?

Con esfuerzo, logro desatar la lengua:

—Me dijo que llevabas una corbata inadmisible.

¡Qué tonto es este niño! ¿No ve, pues, el milagro? Me parece que es algo que salta a la vista. Sea como fuere, no me apresuro a enterarle de lo ocurrido.

Él estalla en una risita aguda que me hace estremecer.

—¡Ah, sí, una corbata inadmisible! Sí, toda la verdad cabe en esas tres palabras. ¿Qué te ha parecido el cuento? ¿Conoces mi corbata de crespón de China? Me la regaló Charlie.

—Me parece —le digo con toda sinceridad— que hiciste bien en no cambiar de corbata. La encuentro preciosa.

—¿Verdad que sí? Ese drapeado sujeto con perlas es una idea encantadora. Estaba seguro de tu gusto, Claudinette. Lo triste —añade con una sonrisa cortés— es que mi amable padre me haya privado de esa velada pasada en tu compañía. Te hubiera acompañado a la vuelta; ya saboreaba el agradable ratito

pasado en el coche…

¿De dónde sale?; pero ¿de dónde sale? ¡Me da lástima tanta ceguera! Ayer por la noche debió de oír palabras muy fuertes, porque, al recordarlo, se le endurece el rostro y aprieta los labios.

—Cuenta, Claudine. ¿Mi querido padre estuvo, como de costumbre, ingenioso y encantador? ¿No te trató, como a mí, de «basura» y de «crío sucio»? ¡Dios! —refunfuña lleno de rencor—. ¡Qué golfo, qué…!

—¡No!

Le he interrumpido con tal violencia que me he puesto en pie ante él, casi sin darme cuenta.

Me mira inmóvil, palidece, comprende, y se levanta también. Se produce entonces un silencio durante el cual oigo a un tiempo el runrún de Fanchette, el tictac de mi relojito, la respiración de Marcel y los latidos de mi corazón. Un silencio que dura, tal vez, dos buenos minutos.

—¿Tú también? —me dice al fin con voz burlona—. Creía que papá no se dedicaba a las jovencitas. Por lo general, le interesan solo las mujeres casadas, o las zorras.

No contesto nada, me es imposible hablar.

—¿Y… la cosa es reciente? ¿Fue anoche, tal vez? Dame las gracias, Claudine; si gozas de esta felicidad, es gracias a mi corbata.

Su fina nariz está tan blanca como sus dientes. Sigo sin decir palabra; algo me lo impide…

De pie, tras la silla que nos separa, me mira despectivamente. Yo, con las manos colgantes y la cabeza gacha, le miro de reojo. El encaje de mi delantalito se agita con el latir de mi corazón. El silencio vuelve a caer sobre nosotros, interminable. De pronto, Marcel prosigue lentamente, con un extraño tono de voz:

—Claudine, siempre te creí inteligente. Y lo que haces hoy aumenta la estima que me inspira tu… habilidad.

Levanto la cabeza, estupefacta.

—Eres una muchacha notable, te lo repito, Claudine. Y te felicito cordialmente, sin segunda intención. Ha sido una bonita faena.

No le comprendo, pero aparto con suavidad la silla que nos separa. Tengo una vaga idea de que dentro de un momento me va a estorbar.

—Claro que sí, claro que sí. Sabes muy bien qué quiero decir. Aunque papá ha fundido ya mucho dinero, todavía es lo que en su mundo se llama un buen partido.

Entonces, más rápida que una avispa, le clavo las uñas en la cara. Hacía ya un minuto que apuntaba a sus ojos. Se echa hacia atrás con un grito agudo, llevándose las manos a la cara. Luego, recobrando el equilibrio, se precipita hacia el espejo de la chimenea. El párpado inferior le sangra desgarrado; un poco de sangre mancha ya la solapa de su chaqueta. En un estado de loca excitación, me oigo proferir involuntarios gritos sordos. Él se vuelve, fuera de sí. Sospecho que está buscando un arma cualquiera, y me pongo a hurgar febrilmente en mi bolsa de labor. ¡Mis tijeras! ¿Dónde están mis tijeras? Pero no, ni siquiera piensa pegarme; me aparta a un lado y corre hacia el lavabo, para mojar su pañuelo en agua. Se inclina ya sobre mi palangana. ¡Qué aplomo! Pero yo me precipito sobre él en un abrir y cerrar de ojos, le cojo por las orejas y le arrojo de nuevo a la habitación, gritándole con una voz ronca que no me conocía.

—¡No, aquí no! ¡Ve a que te curen en casa de Charlie!

Con el pañuelo sobre el ojo, recoge su sombrero y sale, y deja olvidados los guantes. Le abro todas las puertas y oigo sus pasos inseguros en la escalera. Luego vuelvo a mi cuarto y permanezco de pie, sin pensar en nada, durante no sé cuánto tiempo. La fatiga que siento en las piernas me obliga al fin a sentarme. Este gesto vuelve a poner en movimiento mi máquina de coser, y me derrumbo. ¡Dinero! ¡Dinero! ¡Se ha atrevido a decir que yo quería dinero! Es igual. Menudo zarpazo le he dado; el pedacito de piel que colgaba… Por menos de un centímetro he fallado la puntería en el ojo. ¡Qué cobarde, no me ha pegado! ¡Uf, qué alfeñique! ¡Dinero! ¡Dinero! ¿Para qué lo querría, si tengo de sobra para Fanchette y para mí? ¡Oh, querido Renaud, se lo contaré todo, me acurrucaré en sus brazos y su ternura me será tan dulce que lloraré!

¡A ese chiquillo al que he arañado le devoraban los celos! ¡Asquerosa almita de niña!

De pronto lo comprendo todo, y me duelen las sienes. Es su dinero, el dinero de Marcel, lo que adquiriré tan pronto como sea la esposa de Renaud. ¡Marcel temblaba por su dinero! ¿Y cómo impedir que ese niño de seco corazón crea en la codicia de Claudine? No será el único en creerlo, en decirlo, y dirán a Renaud que la chiquilla se vende, que engatusó a ese pobre hombre que se halla en la peligrosa cuarentena. ¿Qué hacer? ¿Qué hacer? Quiero a Renaud; no quiero el dinero de Marcel, pero quiero a Renaud, a pesar de todo. ¿Y si pidiera auxilio a papá? ¡Ay, me duele tanto la cabeza! ¡Oh, mi dulce huequecito en su hombro! ¿Acaso habré de renunciar a él? No, antes que eso haré que todo estalle. Haré venir a ese Marcel a mi cuarto y le mataré. ¡Y luego diré a los guardias que quería hacerme daño y que le maté en defensa propia!

Hasta la hora en que Fanchette me despierta maullando porque tiene hambre, permanezco acurrucada en la butaca bajita, con dos dedos sobre los ojos, y dos dedos en los oídos, llena de ensueños salvajes, de desolación y de ternura.

—¿Cenar? No, no cenaré, tengo jaqueca. Mélie, prepárame una limonada fresca, porque me muero de sed. Me voy a acostar.

Papá, inquieto, y Mélie, preocupada, dan vueltas en torno a mi cama, hasta las nueve. No puedo más y les suplico:

—Marchaos. ¡Estoy cansada…!

Una vez apagada la lámpara, oigo por el patio a las criadas, que dan portazos y friegan los platos. ¡Necesito a Renaud! ¿Por qué no le he telegrafiado enseguida? Ahora es demasiado tarde. El día de mañana no va a llegar nunca. Mi amigo, mi vida, aquel al que me confiaría como a un papá querido, aquel a cuyo lado me siento tan pronto angustiada y llena de vergüenza, cual si fuera su amante… como confiada y sin temor, cual si me hubiera acunado en sus brazos siendo niña…

Tras horas enteras de fiebre, de doloroso martilleo en las sienes, de silenciosas llamadas a alguien que está demasiado lejos y que no me oye. Hacia las tres de la mañana se aclaran por fin mis extraviados pensamientos, retroceden en círculo en torno a la idea… La idea ha llegado con el alba, precede a un día de verano. Maravillada frente a esta idea, permanezco inmóvil, boca arriba en la cama, con los ojos muy abiertos. ¡Qué sencillo era y cuánta tristeza inútil! Cuando llegue Renaud, tendré ojeras y la cara desencajada. ¡No faltaba más que eso!

No quiero que Marcel piense: «Claudine persigue mi dinero». No quiero decir a Renaud: «¡Váyase, no me quiera!». ¡Oh, Dios mío, no, no, no es eso lo que quiero decirle! Pero tampoco quiero ser su mujer, y para tranquilizar mi irritable conciencia, pues bien, ¡seré su amante!

Reanimada, tranquilizada, duermo ahora como un tronco boca abajo, con la cara oculta entre los brazos cruzados. La voz declamatoria de mi viejo y clásico mendigo me despierta, serena y sorprendida. ¡Las seis ya!

—¡Mélie, echa cuatro ochavos al viejo!

Mélie no me oye. Me pongo la bata y corro a la ventana del salón, descalza y peinada como una achicoria.

—¡Eh, viejo, tome dos reales! ¡Y el cambio para usted!

¡Qué hermosa barba blanca! ¡Ese hombre tiene seguramente tierras y una casa de campo, como la

mayoría de los mendigos de París! ¡Bueno, tanto mejor para él! Al regresar a mi cuarto, me cruzo con el señor Maria, que llega y se detiene, deslumbrado por mi atuendo matinal.

—Señor Maria, ¿no cree que hoy será el fin del mundo?

—¡Ay, no, señorita!

—Pues yo creo que sí. Ya lo verá.

Sentada en mi barreño de agua tibia, me examino y me entretengo minuciosamente. Ese vello en las piernas ¿no irá a contar como pelos? Las puntitas de mis pechos no están tan sonrosadas como las de Luce, pero tengo las piernas más largas y más bonitas que ella y hoyuelos en las caderas. No soy un Rubens, pero no me gusta el tipo de «buena moza opulenta». Y a Renaud tampoco le gusta nada.

Este nombre de «Renaud», pronunciado en este momento en que lo único que me cubre es un barreño de haya, me intimida de forma considerable. Dan las once. Aún me quedan cinco horas de espera. Esto va bien. Cepillemos, cepillemos los rizos, cepillemos los dientes, cepillémonos las uñas. Todo ha de estar reluciente, ¡qué diantre! Me pongo medias finas, una camisa nueva, un pantalón haciendo juego, mi corsé rosa, mis enaguas jaspeadas, a rayitas, que cuando me muevo hacen frufrú…

Alegre como en la escuela, activa y alborotada, me divierto a mis anchas para impedirme pensar demasiado en lo que podrá ocurrir, hoy mismo si quiere; todo esto es suyo. Pero espero que no querrá tan deprisa, ¡Dios mío!, tan bruscamente… No sería cosa digna de él. Cuento con él mucho más que conmigo misma. Yo, como se dice en Montigny, he perdido el «gobierno».

Sea como fuere, la tarde resulta difícil de pasar. No puede dejar de venir. A las tres juego a la pantera enjaulada, y se me alargan las orejas.

A las cuatro menos veinte, se oye tirar de la campanilla, muy débilmente. Pero no me equivoco, es él. De pie junto a los pies de mi cama, creo dejar de existir. La puerta se abre y se vuelve a cerrar tras haber dado paso a Renaud. No lleva sombrero y parece estar un poco más delgado. Le tiembla el bigote de manera imperceptible y le brillan los ojos, azules en la penumbra. No me muevo, ni digo nada. Parece haber crecido y está pálido. Tiene ojeras y aspecto a un tiempo fatigado y magnífico. Me dice en voz muy baja, aún junto a la puerta, sin entrar en el cuarto:

—Buenas tardes, Claudine.

Atraída hacia él por el sonido de su voz, le tiendo ambas manos. Él me besa las dos.

—¿No me guardas rencor, amiguita?

Me encojo de hombros y me siento en la butaca. Él se sienta en la sillita baja; entonces me acerco enseguida a él, dispuesta a acurrucarme. ¡Malo! No parece darse cuenta. Habla casi en un susurro, como si tuviera miedo.

—Mi querida locuela, anteayer me dijiste mil cosas que el sueño y la mañana habrán borrado… Esperad un poco, no me miréis demasiado, queridos ojos de Claudine, que nunca olvidaré y que me han sido demasiado dulces… Esta noche y hacia el final de la otra luché contra una gran esperanza, loca, ridícula. Ya no recordé que tenía cuarenta años —continúa con esfuerzo—, pero pensé que tú sí lo recordarías, si hoy no, mañana, o al menos dentro de poco tiempo. Querida niña mía, de ojos demasiado tiernos, mi pastorcillo de pelo rizado —prosigue en voz aún más baja, porque se le va haciendo un nudo en la garganta y se le humedecen los ojos—, no me tientes más. ¡Ay, no soy más que un pobre hombre deslumbrado, cuya alma ha invadido tu imagen! ¡Defiéndete, Claudine! ¡Dios mío, es monstruoso…! A los ojos de los demás, podrías ser hija mía…

—Pero ¡si soy también su hija! —exclamo, tendiéndole los brazos—. ¿No se da cuenta de que soy su hija? Lo fui enseguida; desde las primeras veces que le vi, fui su hija obediente y sorprendida, mucho más sorprendida aún algo más tarde al comprender que había encontrado a mi tiempo tantas cosas: un padre, un amigo, un dueño, un enamorado… ¡Oh, no proteste, no me lo impida, déjeme decir también un enamorado! ¿Sabe siquiera si no es el papá que hay en usted lo que más quiero? Un enamorado se encuentra todos los días, pero alguien que lo sea todo a la vez y que si me abandonase me dejaría huérfana, viuda y sin amigo, ¿acaso no es un milagro sin igual? ¡Y usted es ese milagro! ¡Lo adoro!

Baja los ojos, pero es demasiado tarde. Una lágrima cae sobre su bigote. Muy conmovida, me aferró a él.

—¿Está apenado? ¿Le he entristecido sin darme cuenta?

Los grandes brazos tan esperados se cierran por fin sobre mis hombros y me iluminan los húmedos ojos de un negro azulado.

—¡Oh, mi pequeña inesperada! ¡No me des tiempo de avergonzarme de lo que hago! ¡Me quedo contigo!, no puedo hacer sino quedarme contigo, cuerpecillo que es para mí lo más hermoso que ha florecido en el mundo. A tu lado, ¿seré alguna vez viejo del todo? ¡Si supieras, querido pajarillo mío, cuán exclusivo es mi cariño, qué juveniles son mis celos y qué insoportable marido voy a ser!

¿Marido? Es cierto, no lo sabe. Despierto bruscamente, arrancada de mi lugar querido, donde poso unos labios furtivos y me suelto de sus brazos, llena de decisión.

—¡No! ¡Mi marido, no!

Me mira, con ojos enajenados y tiernos, y mantiene los brazos abiertos.

—Es algo muy serio. Tenía que habérselo dicho enseguida… Pero al entrar me turbé tanto y… además, llevaba esperándole tanto rato que no supe qué decir. Siéntese aquí. No me coja por la cintura, ni el brazo, ni la mano, se lo ruego. Casi sería incluso mejor que no me mirase, Renaud.

Sentada en la butaquita baja aparto con mis brazos, con toda la convicción que me queda, sus manos, que buscan. Él se sienta muy cerca, muy cerca de mí, en la silla bretona.

—Ayer por la tarde vino Marcel. Me pidió que le contara nuestra salida de anteayer. ¡Como si eso se pudiera contar, Renaud! Él, a su vez, me explicó el incidente de la corbata, y dijo de usted una palabra que no debía haber dicho.

—¡Ah! —gruñe Renaud—. ¡Estoy acostumbrado!

—Supo entonces que yo le quería. ¡Y me felicitó por mi habilidad! Parece ser que usted es todavía bastante rico y que al convertirme en su mujer escamotearé en beneficio mío su fortuna, la de Marcel.

Renaud se ha levantado. Las ventanillas de su nariz aletean de manera alarmante, así que me apresuro a concluir:

—De modo que no quiero casarme con usted…

El tembloroso suspiro que escucho me hace añadir enseguida:

—Pero quiero ser su amante.

—¡Oh, Claudine!

—¿Qué, Renaud?

Me contempla, con los brazos caídos, con una mirada tan llena de admiración y de angustia que no sé qué pensar. ¡Yo, que esperaba un triunfo, un abrazo loco, un asentimiento tal vez demasiado vivo…!

—¿No queda así bien resuelto el asunto? ¿Cree usted que yo iba a dejar que la gente creyera que no le quiero más que a nada y que a nadie? Yo también tengo dinero. Tengo ciento cincuenta mil francos. ¿Eh? ¿Qué le parece? ¡No necesito el dinero de Marcel!

—¡Claudine!

—Se lo he de confesar todo —le digo acercándome a él, mimosa—. Arañé a Marcel, le arranqué un pedacito de mejilla y le eché por la escalera…

Me levanto, animada por este recuerdo, y mis gestos de guerrera le arrancan una sonrisa bajo el bigote. Pero ¿qué espera para aceptarme? ¿Acaso no comprende…?

—Entonces, entonces… —le digo, con voz que se me va embarullando—, quiero ser su amante. No será difícil; ya sabe la libertad que me dejan; y le entrego toda esa libertad. Quisiera darle toda mi vida, pero usted tiene negocios fuera. Cuando esté libre vendrá aquí… y yo también iré a su casa. ¡A su casa! ¿Verdad que ya no le parecerá su casa un grabado del siglo XVIII para una Claudine que será enteramente suya?

Me tiemblan un poco las piernas, y me vuelvo a sentar. Él se deja caer de rodillas, su cara a la altura de la mía. Me hace callar posando apenas un instante, sin apoyar, sus labios sobre los míos, y los retira, ¡ay!, en el preciso instante en que el beso empezaba a deslumbrarme.

Rodeándome con sus brazos, me dice con voz no muy firme:

—¡Oh, Claudine, chiquilla instruida por las malas lecturas! ¿Qué hay en el mundo más puro que tú? No, querida mía, mi delicia, no te dejaré realizar esa locura. Si te acepto, será de verdad, para toda la vida, y delante de todo el mundo; me casaré contigo, trivial y honradamente.

—¡No, no se casará conmigo!

Necesito mucho valor, pues cuando me llama «querida», «mi delicia», se me va toda la sangre del

corazón y se me reblandecen los huesos.

—¡Seré su amante o nada!

—¡No! ¡Mi mujer o nada!

Dándome cuenta, por fin, de lo muy extraña que es esta discusión, estallo en una risa nerviosa. Y mientras me río, con la boca abierta y la cabeza echada hacia atrás, le veo inclinarse sobre mí, con tanta angustia que me pongo a temblar; luego le tiendo valerosamente los brazos, creyendo que me acepta.

Pero él menea la cabeza y dice, casi sin voz:

—¡No!

¿Qué hacer? Junto las manos, le suplico, le ofrezco los labios, con los ojos entrecerrados. El vuelve a repetir con voz ronca:

—¡No! ¡Mi mujer o nada!

Me levanto, desatinada, impotente.

Mientras tanto, Renaud, como iluminado por una idea repentina, se ha dirigido hacia la puerta del salón. Ya ha llegado a la puerta del despacho cuando adivino sus intenciones… ¡Miserable! ¡Va a pedir mi mano a papá!

Sin atreverme a gritar, me cuelgo de su brazo y le imploro en voz baja:

—¡Oh, si me quiere, no lo haga! ¡Por favor! ¡Haré todo lo que quiera! ¿Quiere a Claudine ahora mismo? No le pida nada a papá, espere unos días. Piense en lo odioso que es ese asunto del dinero… Marcel está lleno de veneno, dirá en todas partes lo que piensa; dirá que le he seducido a la fuerza… Le quiero, le quiero a usted…

Me ha abrazado cobardemente; me besa con suavidad las mejillas, los ojos, el cabello, debajo de la oreja… ¿Qué puedo hacer, cuando me tiene en los brazos?

Y ha abierto la puerta quedamente, besándome por última vez. Tengo el tiempo justo de separarme de él.

Papá, sentado en el suelo como un sastre, entre sus papeles, con la barba alborotada y la nariz agresiva, nos echa de reojo una mirada feroz. Llegamos en mal momento.

—¿Qué cuernos vienes a hacer aquí? ¡Ah! ¿Es usted, querido señor? Encantado de verle.

¡Sí! ¡Que te zurzan! Renaud recobra un poco de sangre fría y de corrección, aunque no lleve sombrero ni guantes.

—Vengo a pedirle que me escuche un momento, pues tengo que decirle algo muy serio.

—Imposible —dice papá, categórico—. Imposible hasta mañana. Esto —explica señalando al señor Maria, que escribe a toda prisa— es algo muy urgente.

—Es que lo que yo he de decirle, señor, es también muy urgente.

—¡Pues dígalo enseguida!

—Quisiera… le ruego que procure no encontrarme demasiado ridículo… quisiera casarme con Claudine.

—¡Otra vez esa historia! —exclama papá de pie, con voz de trueno—. ¡Rayos y centellas! ¡Mil piaras de puercos, todos son unos hijos de zorra! ¿No sabe que esa borriquilla no quiere casarse? ¡Va a decirle que no le quiere!

Renaud, bajo el chaparrón, recobra toda su intrepidez. Espera el final de las imprecaciones y, mirándome desde arriba a través de sus pestañas, me dice:

—¿No me quieres, Claudine? ¿Te atreverás a decir que no me quieres?

¡Ah, no, no me atrevo, desde luego! Y murmuro con toda mi alma:

—¡Sí, sí! ¡Le quiero!

Papá, atónito, mira a su hija como si fuera una babosa caída del planeta Marte.

—¡Esto es condenadamente extraordinario! Y usted, ¿la quiere también?

—Más bien sí —dice Renaud, inclinando la cabeza.

—¡Es extraordinario! —repite papá, asombrado, sublime en su inconsciencia—. ¡Ah, estoy de acuerdo! Aunque, si fuera yo el que tuviera que casarme, ella no sería en absoluto mi tipo. Prefiero las mujeres más…

Y dibuja con el gesto encantos de nodriza.

¿Qué puedo decir? ¡Renaud ha hecho trampa y me ha ganado! Le susurro por lo bajo, empinándome hasta su oreja:

—Sabe que no quiero el dinero de Marcel.

Joven, resplandeciente bajo sus cabellos de plata, me arrastra hacia el salón mientras me contesta, alegre y vindicativo:

—¡Bah! ¡Aún podrá zamparse todo el dinero de su abuela!

Y volvemos a mi cuarto, yo acurrucada en sus brazos, él llevándome como si me raptara, ambos alados y tontos como dos enamorados de leyenda. Pronto, vayámonos, que no vea ya la espalda triste del señor Maria que ni una sola vez ha vuelto la cabeza durante este diálogo de sainete, que no se ha reído, que rasca con perseverancia una mancha húmeda en su papel. Una mancha, ¡pobre hombre!

Y como nos hemos parado en silencio, contra la puerta cerrada donde me besa, y vuelve a besarme, y otra vez, y otra… esa puerta se abre bruscamente ante Mélie que lleva una bandeja de virutas para Fanchette. ¡Qué cara ha puesto Renaud!

Mélie ha desaparecido con un filosófico:

—¡A vuestra salud!

Pero yo me precipito tras ella:

—¡Mélie, Mélie, escucha! ¡Es este, es este! ¡Seré su mujer, tendré este marido enorme todo para mí sola!

—¿Para ti sola, pequeña mía? Te conozco, seguro que no te sobrará. Tienes razón en preferir al más grande.

—¿Seguro?

—¡Por Dios! ¡Siempre estarás a tiempo, si la mercancía no te gusta, de aplicarte el más menudo!

Claudine casada

En nuestro matrimonio hay algo que no va bien, seguro. Renaud aún no lo sabe. ¿Cómo habría de saberlo? Hace seis semanas que regresamos. Se acabó el vagabundeo flemático y febril que durante quince meses nos ha llevado, errantes, desde la rue de Bassano hasta Montigny, desde Montigny hasta Bayreuth, desde Bayreuth hasta un pueblo badense que, al principio, con gran regocijo de Renaud, yo creí que se llamaba «Forellen-Fischerei», porque un enorme cartel sobre el río proclama que se pescan truchas, y porque yo no sé alemán.

El invierno pasado, hostil y aferrada al brazo de Renaud, vi el Mediterráneo que eriza un viento frío e ilumina un sol penetrante. Demasiadas sombrillas, demasiados sombreros y rostros me estropearon aquel Midi falseado y, sobre todo, el encuentro inevitable de un amigo, de diez amigos de Renaud, de familias a las que proporcionó pases de favor, de señoras en cuyas casas cenó. Este hombre horrible se muestra amable con todos, en particular con quienes menos conoce, porque con los otros, con los verdaderos amigos, explica con una suavidad sin pudor, no merece la pena matarse intentando caerles bien, se está seguro de ellos…

Mi sencillez inquieta nunca ha podido comprender esos inviernos de la Costa Azul, donde los vestidos de encaje se estremecen bajo cuellos de cibelina. Además, mi abuso de Renaud y su abuso de mí quebrantó mis nervios y me dejó el alma poco resignada a los pequeños guijarros del camino. Y, tambaleante, arrebatada, en un estado semidoloroso, semidelicioso, de embriaguez física y casi de vértigo, acabé por pedir gracia y reposo y la morada definitiva. ¡Y aquí estoy, de regreso! ¿Qué es, pues, lo que necesito? ¿Qué me falta todavía?

Procuremos poner un poco de orden en este lío de recuerdos aún muy cercanos y ya tan lejanos…

¡Qué extravagante comedia fue el día de mi boda! Las tres semanas que duró el compromiso, la frecuente presencia de Renaud, a quien amo con locura, sus miradas turbadoras y sus gestos (contenidos, sin embargo) más turbadores aún, sus labios siempre en busca de una parte de mí me dieron aquel jueves un evidente aspecto de gata en celo. En aquel entonces, yo no comprendí en absoluto su reserva, su abstinencia. Hubiera sido toda suya en cuanto lo hubiera querido; él lo sabía muy bien. Y, no obstante, con un cuidado excesivamente goloso de su felicidad —¿y de la mía?—, nos mantuvo en una prudencia agotadora. Con frecuencia, su Claudine, desenfrenada, le lanzó irritadas miradas después de un beso demasiado corto e interrumpido antes del… ¡antes de tiempo según la moral! «Pero, al fin y al cabo, ¿qué más da ahora que dentro de ocho días? Me agota usted inútilmente, me fatiga de un modo horrible…». Sin compasión hacia nosotros y a mi pesar, me dejó intacta hasta aquella boda chapucera.

Sinceramente irritada contra la necesidad de informar a un señor alcalde y a un señor cura de mi decisión de vivir con Renaud, me negué a ayudar a papá ni a nadie en nada. Renaud recurrió a una hábil paciencia; papá, a una abnegación inusitada, furiosa y ostensible. Solo Mélie, radiante por el hecho de asistir al desenlace de una historia de amor, cantaba y soñaba por encima del tufo del patio pequeño y triste. Fanchette, seguida de Caracol, aún con paso inseguro, y «más hermoso que un hijo de Ptah», olfateaba sombrereras, telas nuevas, guantes largos, que le produjeron inocentes náuseas, y amasó como si hiciera pan mi velo de tul blanco.

Este rubí en forma de pera, que al extremo de un hilo de oro tan fino pende de mi cuello, me lo trajo Renaud la antevíspera de nuestra boda. ¡Lo recuerdo, lo recuerdo! Seducida por su color de vino claro, lo miraba a contraluz, a la altura de los ojos, con la otra mano apoyada en el hombro de Renaud, arrodillado. Él rio.

—Claudine, estás bizqueando como Fanchette cuando sigue el vuelo de una mosca.

Sin hacerle caso, me metí de repente el rubí en la boca, «porque debe fundirse y saber a frambuesa árida». Renaud, desconcertado ante aquella nueva valoración de las piedras preciosas, al día siguiente me trajo bombones. Me proporcionaron el mismo placer que la joya, palabra.

La mañana del gran día me desperté irritada y gruñona, echando pestes contra la alcaldía y la iglesia, contra el peso de mi traje de cola, contra el chocolate demasiado caliente y contra Mélie, vestida de cachemira color violeta desde las siete de la mañana («¡Ah, France mía, ya verás lo que es bueno!»), contra todos los que iban a venir: Maugis y Robert Parville, testigos de Renaud; la tía Coeur, toda puntillas; Marcel, a quien su padre había perdonado —a propósito, para fastidiarle y burlarse de él—, y mis propios testigos: un malacólogo muy condecorado, también muy mugriento, cuyo nombre jamás he sabido, ¡y el señor Maria! A papá, olvidadizo y sereno, le parecía del todo natural el singular comportamiento de mi enamorado mártir.

Y Claudine, a punto antes de la hora, un poquito amarillenta con su traje blanco y su velo en precario equilibrio —no siempre resultan prácticos estos cabellos cortos—, sentada ante el cesto de Fanchette, que se disponía a dejar que su Caracol listado le masajeara la barriga; Claudine, pues, pensaba: «¡Me repele esta boda! Lo ideal sería tenerlo aquí, cenar juntos, encerrarnos en este cuartito donde he dormido pensando en él, donde he soñado con él sin dormir y… Pero mi camita estilo imperio resultaría demasiado pequeña…».

La llegada de Renaud, la ligera agitación de sus ademanes, no ahuyentó en absoluto estas preocupaciones. Sin embargo, a ruegos del señor Maria, que parecía enloquecer, fue preciso localizar a papá y darle prisa. Mi noble padre, digno de la excepcional circunstancia y de sí mismo, se había

olvidado sencillamente de que yo me casaba. Lo encontraron en batín (¡a las doce menos diez!), fumándose una pipa con toda solemnidad. Y recibió al pobre Maria con estas memorables palabras:

—¡Entre usted de una vez! Llega extremadamente tarde, Maria, justo hoy, que nos toca un capítulo muy duro… ¡Vaya ocurrencia vestirse de negro, le da aspecto de camarero de restaurante!

—Pero, señor… Señor… La boda de la señorita Claudine… Solo falta usted…

—¡Demonios! —respondió papá, consultando su reloj en lugar del calendario—. ¡Demonios! ¿Está seguro de que es hoy? Si ustedes se adelantan, siempre pueden empezar sin mí.

Robert Parville, atontado como un caniche perdido, porque no iba siguiendo los pasos a la pequeña Lizery; Maugis, revestido de burlona gravedad; el señor Maria, palidísimo; la tía Coeur, estirada, y Marcel, envarado, no son multitud, ¿verdad? Pues, en el pequeño piso, a mí me parecieron por lo menos cincuenta. Aislada bajo mi velo, sentía mis nervios irritados y desfallecidos.

Luego mi impresión fue como la de esos sueños, complicados y confusos, en los que notas que tienes los pies atados. Un rayo violeta y rosa sobre mis guantes blancos, a través de las vidrieras de colores de la iglesia; mi risa nerviosa en la sacristía, pues papá pretendía firmar dos veces en la misma página, «porque la primera rúbrica me ha salido demasiado fina». Sofocante impresión de irrealidad. El mismo Renaud se me hizo lejano e intangible…

De vuelta en casa, preocupado por mi cara larga y triste, Renaud me interrogó tiernamente. Yo negué con la cabeza: «No me siento mucho más casada que esta mañana. ¿Y usted?». Su bigote se estremeció. Entonces yo enrojecí y me encogí de hombros.

Quise desembarazarme de aquel traje ridículo y me dejaron sola. Mi querida Fanchette me reconoció mejor con una blusa de linón rosa y una falda de sarga blanca. «Fanchette, tengo que dejarte… Por primera vez… Es necesario. No quiero arrastrarte al tren con toda tu familia». Ganas de llorar, un poco, malestar indefinible, costados oprimidos y dolorosos. ¡Ah, que mi amado me tome pronto y me libere de esta tonta aprensión, que ni es miedo ni es pudor…! ¡Qué tarde anochece en julio y cómo me oprime las sienes ese sol blanco!

Al caer la noche, mi marido —¡mi marido!— se me llevó. El rodar de los neumáticos no me impedía oír los latidos de mi corazón, y apreté tanto los dientes que su beso no me los separó.

En la rue de Bassano, apenas pude entrever, bajo la electricidad velada de las lámparas de sobremesa, ese piso demasiado «grabado del siglo XVIII», que hasta entonces él se había negado a abrirme. Para embriagarme más, aspiré aquel olor a tabaco rubio y muguete, con un toque de piel de Rusia, que impregnaba los trajes de Renaud y sus largos bigotes.

Me parece estar todavía allí, me veo allí, estoy allí.

¿Y ahora qué? ¿Qué hacer? Pienso en Luce durante un instante fugaz. Me quito el sombrero sin darme cuenta. Para serenarme, cojo la mano del que amo, y le miro. Él se quita el sombrero, los guantes, y se echa un poco hacia atrás con un suspiro estremecido. Me gustan sus hermosos ojos oscuros, y su nariz curvada, y sus cabellos, que el tiempo desdora, peinados por un hábil viento. Me acerco a él, pero me esquiva, malintencionado, se aparta y me contempla, mientras yo acabo por perder toda mi hermosa audacia. Junto las manos.

—¡Oh, por favor, dese prisa!

¡Ah, yo no sabía que esa frase fuera tan graciosa!

Él se sienta.

—Ven, Claudine.

En sus rodillas, me oye respirar muy deprisa y su voz se enternece:

—¿Eres mía?

—Hace mucho tiempo. Ya lo sabe usted.

—¿No tienes miedo?

—No, no tengo miedo. Además, ¡lo sé todo!

—¿Todo, qué?

Me ha tumbado sobre sus rodillas y se inclina sobre mi boca. Indefensa, me dejo sorber. Tengo ganas de llorar. Al menos, me parece que tengo ganas de llorar.

—¿Lo sabes todo, mi querida niña, y no tienes miedo?

—¡No…! —grito.

Sin embargo, me aferro desesperadamente a su cuello. Ahora, con una mano, intenta desabrocharme la blusa. Yo pego un brinco.

—¡No! ¡Yo sola!

¿Por qué? No he sabido por qué. Una última claudinería impulsiva. Desnuda, me habría arrojado en sus brazos, pero no quiero que él me desnude.

Con prisa torpe, suelto y esparzo mis ropas, lanzando al aire mis zapatos, recogiendo mis enaguas entre los dedos del pie, y tiro el corsé; todo sin mirar a Renaud, sentado delante de mí. Me quedo solo en camisa, y digo «¡Ya está!» con aire intrépido, mientras, con un gesto habitual, me froto las huellas del corsé alrededor de la cintura.

Renaud no se ha movido. Solo ha echado la cabeza hacia delante y se ha cogido a los brazos del sillón. Y me mira. La heroica Claudine, llena de pánico ante aquella mirada, corre perdida y se lanza encima de la cama… ¡encima de la cama sin abrir!

Se me acerca. Me abraza con tal fuerza que noto cómo tiemblan sus músculos. Completamente vestido, me besa, me mantiene —¡Dios mío! ¿A qué aguarda para desnudarse él también?— y su boca y sus manos me retienen, sin que su cuerpo me roce, desde mi sublevación estremecida hasta mi enloquecido consentimiento, hasta el avergonzado gemido de voluptuosidad que me hubiera gustado controlar por orgullo. Después, solo después, él arroja sus ropas como he hecho yo con las mías, y ríe, despiadado, para zaherir a Claudine estupefacta y humillada. Pero no me pide nada, nada excepto la libertad de hacerme tantas caricias como sean necesarias para que yo me duerma, al alba, encima de la cama todavía sin abrir.

Más tarde le agradecí, se lo agradecí muchísimo, una abnegación tan activa, una paciencia tan estoicamente prolongada. Le resarcí, mansa y curiosa, ávida de ver cómo se entrecerraban sus ojos, al igual que él, crispado, miraba cerrarse los míos. Por otra parte, conservé mucho tiempo, y a decir verdad todavía lo conservo un poco, el temor del… ¿cómo decirlo?, creo que se llama «el deber conyugal». Este vigoroso Renaud me recuerda, por similitud, las manías de la alta Anaïs, que siempre quería enfundarse las manos enormes en guantes demasiado estrechos. Aparte de esto, todo está bien; incluso un poco demasiado bien. Es dulce ignorar al principio y aprender a continuación, tantas razones para reír nerviosamente, y también para gritar y exhalar pequeños gemidos sofocados, arqueando los dedos de los pies.

La única caricia que nunca he sabido concederle a mi marido es la del tuteo. Yo siempre le trato de usted, a todas horas, cuando le suplico, cuando consiento, cuando la exquisita tortura de esperar me fuerza a hablar a trompicones con una voz que no es la mía. Pero llamarle de usted ¿no es acaso una caricia única que le reserva esta Claudine un poco brutal y muy dada al tuteo?

Es guapo, guapo, ¡se lo juro a ustedes! Su piel morena y lisa se desliza sobre la mía. Sus fuertes brazos se unen a los hombros a través de una curva femenina, en la que yo, mañana y noche, apoyo la cabeza largo rato.

Y sus cabellos de color somorgujo, sus estrechas rodillas y el pecho amado que respira lentamente, marcado por dos granos de bistre, ¡todo ese cuerpo grande en el que hice tantos descubrimientos apasionantes! Con frecuencia le digo sincera: «¡Qué guapo le encuentro!». Él me abraza: «¡Claudine, Claudine, soy viejo!». Y sus ojos se cubren de un pesar tan agudo que yo le miro sin comprender.

—¡Ah, Claudine, si te hubiera conocido hace diez años!

—¡Habría usted conocido al mismo tiempo el Tribunal de Menores! Además, usted solo era entonces un jovencito procaz y perverso, de los que hacen llorar a las mujeres, y yo…

—Tú, tú no habrías conocido a Luce.

—¿Cree usted que la echo de menos?

—En este momento, no… No cierres los ojos, te lo suplico, te lo prohíbo… Tus giros me pertenecen…

—¡Y toda yo!

¿Toda yo? ¡No! Ahí está la fisura.

He evitado esta certeza tanto tiempo como he podido. He deseado ardientemente que la voluntad de Renaud sometiera la mía, que su tenacidad viniera a paliar mis rebeldías indómitas, que él tuviera, en fin, la misma autoridad que sus miradas, acostumbradas a mandar y seducir. ¡La voluntad, la tenacidad de Renaud…! Es más flexible que una llama, ardiente y ligero como ella, y me envuelve sin dominarme. ¡Ay, Claudine!, ¿siempre has de ser dueña de ti misma?

Sin embargo, ha sabido sojuzgar mi cuerpo esbelto y dorado, esta piel que se adhiere a mis músculos y no obedece a la presión de las manos, esta cabeza de mujercita peinada como un muchacho… ¿Por qué han de mentir sus ojos dominadores y su nariz voluntariosa, su bello mentón, que afeita y exhibe, coqueto como una mujer?

Con él, soy dulce y me hago pequeña; inclino bajo sus labios una nuca dócil, no pido nada y, ante el prudente temor de ver que cede enseguida y que tiende hacia mí su suave boca con un sí demasiado fácil, rehúyo toda discusión… ¡Ah, solo sus caricias son autoritarias!

(Reconozco que ya es algo).

Le he contado lo de Luce, absolutamente todo, casi con la esperanza de verle arrugar la nariz, enervarse, asediarme a preguntas rabiosas… Pues bien, nada de nada. Incluso al contrario. Me ha asediado a preguntas, sí; pero no rabiosas. Y he abreviado porque me acordaba de su hijo, Marcel (irritada ante el recuerdo de los interrogatorios a que ese crío me sometía, también él, en otro tiempo), pero desde luego no por desconfianza, pues si no he encontrado a mi dueño he encontrado a un amigo y aliado.

A todo este amasijo de sentimientos, papá, desdeñando los batiburrillos psicológicos de su hija, que analiza, y diseca, y juega a persona complicada, respondería:

—Dime de lo que presumes y te diré de lo que careces.

¡Admirable padre! Después de mi boda no he pensado lo suficiente en él, ni en Fanchette. Claro que, durante meses, Renaud me ha amado demasiado, me ha paseado, embriagada en exceso, aturdida de agitación, de cielos nuevos y ciudades desconocidas. Mal informado de su Claudine, con frecuencia ha sonreído de asombro al verme más pensativa ante un paisaje que ante un cuadro, más entusiasmada con un árbol que con un museo, y con un arroyo más que con una joya. Tenía mucho que enseñarme, y he aprendido mucho.

La voluptuosidad se me reveló como un prodigio fulminante y casi sombrío. Cuando Renaud, al sorprenderme inmóvil y seria, me interrogaba ansioso, yo enrojecía y, sin mirarle, respondía: «No puedo

decírselo…». Y me veía forzada a explicarme, sin palabras, ante aquel interlocutor temible que se complace en contemplarme, que espía y cultiva en mi rostro todas las delicias de la vergüenza.

Se diría que para él la voluptuosidad está hecha —y yo noto que eso nos separa— de deseo, de perversidad, de viva curiosidad y de libertina insistencia. A él, el placer le resulta gozoso, clemente y fácil, en tanto que a mí me derriba por los suelos, me abisma en una misteriosa desesperación que busco y temo. Cuando Renaud, jadeante, libres de mí sus brazos, ya sonríe, yo todavía escondo entre mis manos, aunque él querría impedirlo, unos ojos llenos de espanto y una boca extasiada. Hasta pasado un rato no me acurrucaré en su hombro tranquilizador, ni me quejaré ante mi amigo del muy querido daño que me ha hecho mi amante.

A veces intento persuadirme de que quizá el amor es demasiado nuevo para mí, mientras que para Renaud ya ha perdido su amargura. Lo dudo… Jamás pensaremos igual sobre esto, a pesar de la gran ternura que nos ha unido.

La otra noche, en el restaurante, sonreía él a una mujer que cenaba sola, mujer cuya morena delgadez y hermosos ojos maquillados se dirigían complacidos hacia él.

—¿La conoce?

—¿A quién? ¿A aquella señora? No, cariño. Pero ¿no te parece que tiene una figura muy bonita?

—¿Y solo por eso la mira?

—Desde luego, niña mía. No te escandalizará, supongo.

—¡Claro que no! Pero… pero me molesta que ella le sonría.

—¡Oh, Claudine! —suplicó, inclinando hacia mí su rostro moreno—. Déjame seguir creyendo que todavía puede mirarse a tu viejo marido sin desagrado. ¡Necesito tanto un poco de confianza en mí mismo! El día en que las mujeres ya no me miren en absoluto —añadió, sacudiendo sus suaves cabellos —, no me quedará sino…

—¿Qué importan las demás mujeres, puesto que yo le amaré siempre?

—¡Calla, Claudine! —me interrumpió en tono sensato—. ¡El cielo me libre de ver cómo te conviertes en un caso insólito y monstruoso!

¡Esa es la cuestión! Hablando de mí, él dice: las mujeres. ¿Acaso digo yo, pensando en él, los hombres? Sí, lo sé: la costumbre de vivir en sociedad, tener aventuras y caer en el adulterio modela al hombre y le hace descender a preocupaciones que una casadita de diecinueve años ignora…

No pude evitar decirle, mordaz:

—Así pues, ¿ha sido de usted de quien ha heredado Marcel esa alma de muchachita coqueta?

—¡Ah, Claudine! —protestó un tanto entristecido—. ¿No te gustan mis defectos? De hecho, si no es a mí, no sé yo a quién puede parecerse… ¡Me concederás que en esta coquetería mía hay menos perversión que en la suya!

¡Qué pronto volvió a mostrarse liviano y feliz! Creo que si, frunciendo sus hermosas cejas, parecidas al terciopelo interior de una cáscara de castaña madura, me hubiera respondido con sequedad: «Ya está bien, Claudine; Marcel no tiene nada que ver con esto», yo habría empezado a sentir una gran alegría y un poco de ese medroso respeto que no logra despertar en mí, que no logro sentir por Renaud.

Para bien o para mal, necesito respetar, temer un poco a quien amo. He ignorado el temor tanto tiempo como el amor, y me hubiera gustado que el uno llegara con el otro.

Los recuerdos de quince meses se agitan en mi cabeza como motas de polvo a través de una habitación oscura cruzada por un rayo de sol. Uno tras otro pasan bajo ese rayo, brillan un segundo mientras yo les

sonrío o les hago una mueca, y luego vuelven a la oscuridad.

Al regresar a Francia hace tres meses quise volver a Montigny… Pero, como dice Luce, esto merece que empiece por el principio.

Hace año y medio, Mélie se apresuró a propalar por Montigny mi boda con «un hombre como es debido, de cierta edad, pero de muy buen ver».

Papá envió a la aventura algunas participaciones, una de ellas al carpintero Danjeau (¡!), «porque había atado condenadamente bien sus cajas de libros». Y yo envié dos, cuyas direcciones escribí con mi mejor letra, a la señorita Sergent y a su pequeña y repelente Aimée, lo que me valió una carta más bien inesperada.

«Mi querida niña —escribía la señorita Sergent—, me alegro sinceramente ("espera, camina, detente") de ese matrimonio por cariño, que te servirá de refugio contra una independencia un tanto peligrosa. Si, como espero, vuelves a visitar esta tierra, que ha de serte tan cara por sus recuerdos, no olvides que la escuela aguarda tu visita».

La ironía final chocó con la indulgencia universal que me invadía en aquellos momentos. Solo quedó mi divertida sorpresa y el deseo de volver a ver Montigny —¡oh, bosques que me hechizasteis!— con ojos menos salvajes y más melancólicos.

Y, cuando regresábamos de Alemania a través de Suiza el pasado septiembre, rogué a Renaud que nos detuviéramos veinticuatro horas en pleno Fresnois, en un mediocre albergue de Montigny, Casa Lange, en la place de l'Horloge.

Accedió enseguida, como accede siempre.

Para revivir aquellos días, basta con que cierre un minuto los ojos.

En el tren tranvía que pasea indeciso a través de esa tierra verde y ondulada, me estremecí ante los nombres conocidos de las pequeñas estaciones desiertas. ¡Dios mío! Después de Blégeau y Saint-Farcy vendrá Montigny y veré la torre desmochada… Excitada, llenas las pantorrillas de punzadas nerviosas, me pongo de pie en el vagón, las manos asidas a los agarraderos de tela. Renaud, que me observa con la gorra de viaje calada hasta los ojos, acude a mi lado, junto a la portezuela.

—Mi querido pajarito, ¿tiemblas ante la proximidad de tu nido de antaño…? Contesta, Claudine… Estoy celoso. No quiero verte sumida en ese silencio enervante, salvo entre mis brazos.

Lo tranquilizo con una sonrisa y vuelvo a espiar el perfil de las colinas, tachonadas de bosques, que huyen y se acercan.

—¡Oh!

Con el dedo le señalo la torre, su piedra rojiza desmoronada, tapizada de hiedra, y el pueblo, que desciende a sus pies como si se desprendiera de ella. Su vista me ha herido tanto y tan dulcemente que me apoyo en el hombro de Renaud…

Remate de la torre roto, tropel de árboles de copas redondeadas, ¿cómo pude abandonaros… y cómo podré llenar de vosotros mis ojos para volver a partir?

Con los brazos en torno al cuello de mi amigo, ahora busco en él la fuerza y la razón de mi vida: a él le toca seducirme y retenerme; así lo espero, lo quiero.

La caseta rosa del guardabarreras pasa deprisa, y los andenes de mercancías… ¡He reconocido al mozo de equipajes! Y saltamos al andén. Ya Renaud ha confiado la maleta y mi bolso al único ómnibus cuando yo permanezco aún plantada allí, silenciosa, contando los salientes, las oquedades y los puntos de referencia del amado y empequeñecido horizonte. Allí, en lo más alto, el bosque de los Trinos, que se une al de los Valles… El camino de Vrimes, amarilla serpiente de arena, ¡qué estrecho es! Ya no me llevará a casa de mi hermana de leche, la preciosa Claire. ¡Oh, han talado el bosque de los Cuervos sin mi permiso! Su piel rapada resulta ahora enteramente visible y desnuda… Alegría, alegría de volver a ver el monte de las Codornices, azul y nebuloso, que en los días de sol se reviste de una gasa irisada, y cuando el tiempo es lluvioso se aproxima, nítido. Está lleno de conchas fósiles, de cardos violáceos, de flores duras y sin savia, y plagado de pequeñas mariposas, con alas de nácar azul, de apolos moteados de lúnulas naranja, como orquídeas, de pesados pétalos de terciopelo oscuro y dorado…

—Claudine, ¿no crees que deberíamos encaramarnos en este carricoche un día u otro? —pregunta Renaud, que se ríe de mi feliz embobamiento.

Me reúno con él en el ómnibus. Nada ha cambiado: el señor Racalin está borracho como siempre, inmutablemente borracho, y conduce su rechinante vehículo de una cuneta a la otra, con autoridad y seguro de sí.

Escruto los vallados, los recodos de la carretera, dispuesta a protestar si han tocado mi tierra. No digo nada, nada más, hasta las primeras casucas de la empinada pendiente; entonces exclamo:

—¡Ahora los gatos ya no podrán dormir en el henil de Bardin, hay una puerta nueva!

—A fe mía, es verdad —asiente Renaud en tono convencido—, ese animal de Bardin ha hecho poner una puerta nueva.

Mi mutismo de hace poco estalla en alegría y palabrería tonta:

—¡Renaud, Renaud, mire, deprisa, vamos a pasar por delante de la verja del castillo! Está abandonado, iremos a ver la torre. ¡Oh, la vieja señora Sainte-Albe está ante la puerta! Estoy segura de

que me ha visto, se lo dirá a toda la calle… Deprisa, deprisa, vuélvase. Allí, las copas de aquellos árboles por encima del tejado de la señora Adolphe son los grandes abetos del jardín, mis abetos. No han crecido; bien hecho… ¿Quién será aquella muchacha que no conozco?

Al parecer he recalcado esto con tal rudeza cómica que Renaud ríe con toda su alma, enseñando su dentadura blanca y perfecta. Pero eso no es todo, será preciso pasar la noche en Casa Lange, y mi marido podría reír mucho menos alegremente, allá arriba, en el sombrío albergue.

¡Pues no! La habitación le parece aceptable, pese a las cortinas de la cama en forma de tienda de campaña, al minúsculo lavabo y a las gruesas y grisáceas sábanas (gracias a Dios, muy limpias). Renaud, excitado por la mediocridad del cuadro, por la infancia toda de Claudine que emerge de Montigny, me abraza por la espalda y pretende atraerme. Pero no… No puede ser; el tiempo pasaría demasiado deprisa.

—Renaud, Renaud, querido mío, son las seis. Se lo suplico, venga conmigo a la escuela para darle una sorpresa a la señorita antes de cenar.

—¡Ay! —suspira él, apenas resignado—. ¡Cásese usted con una chiquilla fatua y huraña, para que le engañe con una capital de cantón que cuenta con mil ochocientos cuarenta y siete habitantes!

Un toque de cepillo a mis cortos cabellos que la sequedad aligera y esponja, una mirada inquieta al espejo —¿y si hubiera envejecido en estos dieciocho meses?— y ya estamos fuera, aquí, en la place de l'Horloge, tan inclinada que los días de mercado varios puestos de feria, incapaces de guardar el equilibrio, hacen ¡cataplum! y se derrumban con gran estrépito.

Gracias a mi marido, gracias a mis cabellos cortos (pienso, un tanto celosa de mí misma, en las largas guedejas de color castaño rojizo que danzaban a la altura de mis riñones), apenas soy reconocida y puedo asombrarme a mi gusto.

—¡Oh, Renaud, figúrese, aquella mujer con un bebé en los brazos es Célénie Nauphely![10]

—¿Aquella que mamaba del pecho de su hermana?

—¡La misma! Y ahora es ella quien da de mamar. ¿Será posible? Es asqueroso.

—Asqueroso, ¿por qué?

—No sé. En casa de la pequeña Chou siguen teniendo las mismas pastillas de menta… Quizá desde que Luce se fue ya no las venden…

La Grande-Rue —tres metros de ancho— desciende de forma tan pronunciada que Renaud me pregunta dónde venden aquí los bastones para excursiones en montaña. Pero Claudine, danzante, con el sombrero de paja sobre un ojo, le arrastra cogiéndolo del dedo meñique. Al paso de los dos forasteros, los portales se adornan con rostros familiares y más bien malintencionados: puedo ponerles nombre a todos y hacer de nuevo el censo de sus taras y arrugas.

—Es como vivir en un dibujo de Huard —hace constar Renaud.

Un Huard exasperado, incluso. Yo no recordaba tan pronunciada la pendiente de la aldea, ni tan pedregosas las calles, ni tan belicoso el traje de caza del señor Sandré… ¿Era tan sonriente y gelatinosa la chochez del viejo Lourd cuando le conocí? En la esquina de Bel-Air me detengo para reírme en voz alta.

—¡Dios mío, la señora Armand con sus bigudíes, como siempre! Se los pone por la noche al irse a la cama, por la mañana se olvida de quitárselos, y luego, qué más da ya, como es demasiado tarde se los deja hasta la noche, y, al día siguiente, vuelta a empezar. Siempre los he visto, retorcidos como gusanos, sobre su frente grasienta. Renaud, ahí, en el cruce de esas tres calles, durante diez años vi a un hombre digno de admiración llamado Hébert, que fue alcalde de Montigny, aunque a duras penas sabía firmar con su nombre. Acudía asiduamente a las sesiones del ayuntamiento, negaba con la cabeza, de un hermoso rostro convencional, enrojecido con blancos cabellos de cáñamo, y pronunciaba discursos que se han hecho célebres. Por ejemplo: «¿Es necesario hacer una acequia en la calle de Fours-Banaux, o no es necesario? *Datisdecuestion*, como dicen los ingleses». Entre sesión y sesión, permanecía de pie en el cruce de las tres calles, amoratado en invierno y enrojecido en verano, y observaba. ¿Qué? ¡Nada! Esa

era toda su ocupación. De eso murió… ¡Atención! Ese cobertizo con doble puerta para carruajes tiene en el frontón una inscripción memorable: SERVICIOS CONTRAINCENDIOS Y FÚNEBRES. Han usado «servicios» como sujeto común. ¿A que a usted, que se dedica a la diplomacia, no se le hubiera ocurrido?

La risa indulgente de mi amigo acusa cierta fatiga. ¿Estaré comenzando a resultarle demasiado Molinchard? No, solo siente un malestar celoso al ver cómo el pasado se apodera de mí por entero.

Y he aquí que, al pie de la cuesta, la calle se abre sobre una plaza irregular. A treinta pasos, tras una verja pintada de gris acero, se alza la vasta escuela blanca cubierta de pizarra, apenas sucia al cabo de tres inviernos y cuatro veranos.

—Claudine, ¿es el cuartel?

—¡No! Vamos, es la escuela.

—Pobres chavales…

—¿Por qué «pobres chavales»? Le aseguro que no nos aburríamos.

—No, tú no, diablillo. Pero ¡los demás! ¿Entramos? ¿Se puede visitar a los presos a cualquier hora?

—¿Dónde le educaron a usted, Renaud? ¿No sabe que estamos en vacaciones?

—¡No! ¿Y me has traído hasta aquí para ver una cárcel vacía? ¿Y con esa esperanza trepidabas tú como un auto a vapor?

—¡Carretón! —respondo yo triunfalmente, pues un año viajando por el extranjero ha sido suficiente para esmaltar mi vocabulario del Fresnois con invectivas muy parisienses.

—¿Y si te castigara sin postre?

—¿Y si le pusiera a dieta?

Bruscamente seria, me callo al notar que, bajo mi mano, el pestillo de la pesada verja se resiste, como antaño…

En la bomba del patio, el vasito enmohecido —¡el mismo!— pende de su cadena. Las paredes, hace dos años enyesadas y blancas, se ven arañadas hasta la altura de los hombros por miles de uñas nerviosas y cautivas. Pero la parca hierba de las vacaciones crece en el suelo entre los adoquines.

Nadie.

Delante de Renaud, que me sigue dócilmente, trepo la pequeña escalera de seis peldaños, abro una puerta de cristales y me encuentro en el corredor embaldosado y sonoro que enlaza la clase de las mayores con las tres clases de las pequeñas… La bocanada de fétido frescor —somero barrido, tinta, polvo de tiza, pizarras negras lavadas con sucias esponjas— me ahoga con singular emoción. ¿No aparecerá, surgiendo de esa esquina de la pared, ágil en sus alpargatas, la pequeña sombra de Luce con su delantal negro para venir a acurrucarse, inoportuna y tierna, entre mis faldas?

Me estremezco y noto que me tiemblan las mejillas: ligera, en silenciosas alpargatas, una pequeña sombra en delantal negro entreabre la puerta de la clase de las mayores… Pero no es Luce. Una linda carita de ojos límpidos me mira con insistencia; no la había visto antes. Tranquilizada y sintiéndome casi en casa, me adelanto.

—¿Dónde está la señorita Sergent?

—No lo sé, señorita. Arriba, supongo.

—Bien, gracias. ¿No estás de vacaciones?

—Soy una de las internas que pasan las vacaciones en Montigny.

¡La interna que pasa las vacaciones en Montigny es encantadora! La trenza de sus cabellos castaños cae sobre el delantal negro; asoma y oculta su fresca boca amable y sus ojos dorados, más bellos que vivos, de cervatillo que observa pasar un automóvil. Una voz penetrante (¡oh, cómo la reconozco!) cae sobre nosotros desde la escalera:

—¿Con quién estás hablando, Pomme?

—¡No sé con quién, señorita! —grita la ingenua, que trota y trepa por la escalera que conduce a las

habitaciones privadas y a los dormitorios.

Me vuelvo para sonreír con los ojos a Renaud. Está intrigado, mueve la nariz.

—¿Has oído, Claudine? ¡Pomme![11] Con ese nombre se dejará comer. ¡Qué suerte que yo solo sea un señor mayor que ya no está en edad de…!

—¡Cállese, corruptor de menores! Alguien baja.

Un cuchicheo rápido, pasos firmes que descienden y la señorita Sergent aparece, vestida de negro, los rojos cabellos incendiados por el sol poniente, tan idéntica a sí misma que siento ganas de morderla y de saltarle al cuello por todo el tiempo pasado que su mirada lúcida y negra me devuelve.

Se detiene dos segundos. Es suficiente. Se ha hecho cargo de todo: ha visto que soy Claudine, que llevo el cabello corto, que tengo más grandes los ojos y la cara más pequeña, que Renaud es mi marido y que todavía es (la estoy oyendo) un hombre apuesto.

—¡Claudine! ¡Oh! No has cambiado… ¿Por qué no me has avisado que llegabas? Caballero, buenas tardes. ¡Esta chiquilla no me ha advertido de su visita! ¿No se merecería un castigo de doscientas líneas? ¿Sigue siendo tan joven y traviesa? ¿Está usted seguro de que se hallaba preparada para el matrimonio?

—No, señorita, en absoluto. Pero yo no tenía mucho tiempo por delante y quería evitar una boda *in extremis*.

Esto va bien, se harán amigos, congeniarán. A la señorita le gustan los guapos y viriles, aunque apenas haga uso de ellos. ¡Ya se apañarán!

Mientras ellos hablan, voy a fisgar a la clase de las mayores, a buscar mi pupitre, en el que tuve por compañera a Luce. Bajo la tinta derramada, bajo cicatrices frescas o descoloridas, acabo por descubrir los restos de una inscripción a navaja: … UCE Y CLAUD… 15 DE FEBRERO DE 189…

¿Posé allí los labios? No lo aseguraría… Al mirar tan de cerca, mi boca pudo rozar la madera llena de costurones… Pero, si no quiero mentir, he de decir que en estos momentos me doy cuenta de que hasta ahora he ignorado con gran dureza la ternura servil de la pobre Luce, y que he necesitado dos años, un marido y volver a esta escuela para comprender lo que merecía su humildad, su frescor y la ofrenda de su dulce perversidad.

La voz de la señorita Sergent ahuyenta mi ensueño:

—¡Claudine, supongo que has perdido el juicio! Tu marido me dice que habéis dejado las maletas en Casa Lange.

—¡Pues claro! ¡No iba a dejar mi camisón en la consigna de la estación!

—¡Es sencillamente ridículo! Arriba tengo un montón de habitaciones vacías, sin contar con la de la señorita Lanthenay…

—¿Cómo? ¿La señorita Aimée no está aquí? —exclamo con excesivo asombro.

—Vamos, vamos… ¿Dónde tienes la cabeza?

Se me acerca y me pasa la mano por los cabellos con ironía apenas velada.

—Durante las vacaciones, señora Claudine, las auxiliares se van a sus casas.

¡Zas! ¡Yo que contaba con el espectáculo de la pareja Sergent-Lanthenay para aleccionar y divertir a Renaud! Imaginaba que ni siquiera las vacaciones podrían separar a una pareja tan unida como esa… ¡Ah, bueno! El mal bicho de Aimée no se quedará mucho tiempo con su familia. Ahora comprendo por qué la señorita nos ha acogido con tan sorprendente amabilidad; es porque Renaud y yo no interrumpiremos ninguna conversación a solas… ¡Lástima!

—Gracias por su ofrecimiento, señorita. Me sentiré contenta de rejuvenecer un poco al pasar la noche en la escuela… ¿Quién es esa pequeña manzana verde que nos ha recibido?

—Una tonta que ha suspendido el examen oral del curso elemental, después de haber pedido una dispensa. Quince años. ¡Una historia absurda! En castigo pasa aquí sus vacaciones, pero eso no la impresiona ni poco ni mucho. Arriba tengo a otras dos como ella, dos pequeñas parisienses que toman el fresco hasta octubre… Ya lo verás todo… Primero, vamos a instalarlos… —Me lanza una mirada de reojo y, con la voz más natural, me pregunta—: No te importará dormir en la habitación de la señorita

Aimée, ¿verdad?

—Me encantará dormir en la habitación de la señorita Aimée.

Renaud nos sigue, husmeando y siempre divertido. Los torpes dibujos a dos colores, clavados con cuatro chinchetas en las paredes del corredor, hacen que sus narices se dilaten de risa y que menee sus irónicos mostachos.

La habitación de la favorita… Ha mejorado desde que me fui… Esta cama blanca de una plaza y media, esos estilos liberty en las ventanas y los ornamentos de la chimenea (¡ay!) en cobre y alabastro, el reluciente esmero y el ligero perfume que flota entre los pliegues de las cortinas me ocupan demasiado.

—Bien, mi pequeña —me comenta Renaud, una vez cerrada la puerta—, las habitaciones de las auxiliares están muy bien. Me reconcilio con tu escuela laica.

Reviento de risa.

—¡Tururú! ¿Cree usted que este es el mobiliario oficial? Vamos, recuerde: le he hablado mucho de Aimée y del papel que desempeña aquí esa favorita. La otra auxiliar se conforma con una cama de hierro de noventa centímetros, una mesa de madera blanca y una palangana en la que yo no bañaría ni a un hijo de Fanchette.

—¡Oh! ¡Cómo! Entonces, aquí, en este cuarto, es donde…

—Sí, Dios mío, aquí, en este cuarto es donde…

—Claudine, no puedes ni imaginar cómo me impresionan estas evocaciones escabrosas…

Sí, sí, sí puedo imaginármelo muy bien. Pero permanezco resueltamente ciega y sorda, y contemplo el lecho escandaloso con una mueca. Quizá sea demasiado ancho para ellas, pero no para nosotros. Lo pasaré fatal. Renaud se pondrá inaguantable. Tendré calor y no podré mover las piernas a mis anchas… Y, además, este molesto hoyo en medio, ¡uf!

Para devolverme el buen humor bastan la ventana abierta y el amado paisaje conocido que enmarca. Los bosques, los exiguos y pobres campos segados, la alfarería, iluminada de rojo por las noches…

—¡Oh, Renaud, mire allá lejos, aquel tejado de tejas! Allí fabrican cacharros de barro oscuros y barnizados, cántaros de dos asas y con un pequeño ombligo tubular e indecente.

—Cántaros meones. La primera vez son divertidos, ¿sabes?

—Antes, cuando era una mocosa, iba a ver a los alfareros, que me regalaban potecitos oscuros y cazuelitas planas y me decían con orgullo sacudiendo sus guantes de arcilla mojada: «Nosotros proveemos al Auberge des Adrets, de París».

—¿De verdad, pastorcito rizado? Yo, que soy un viejo, he bebido una o dos veces en esos cántaros, sin sospechar que tus finos dedos tal vez habrían rozado su vientre. Te amo…

Un tumulto de voces frescas y de pasos menudos nos separa. En el corredor, los pasos se hacen más lentos ante la puerta; las voces bajan de tono y cuchichean. Llaman con dos tímidos golpes.

—¡Adelante!

Pomme, colorada e imbuida de su importancia, entra.

—Somos nosotras con sus maletas, que el señor Racalin acaba de traer de Casa Lange.

Tras ella aparecen delantales negros: una criatura de unos diez años, rubicunda, divertida y alegre, y una morenita de catorce o quince años, de tez mate y ojos negros, acuosos y luminosos. Amedrentada por mi mirada, retrocede y deja al descubierto a otra morenita de su misma edad, también mate, con los mismos ojos… ¡Qué divertido! La cojo por la manga.

—¿Cuántas hay de este mismo modelo?

—Dos nada más. Es mi hermana.

—Tenía como un vago presentimiento… Vosotras no sois de aquí, ya veo.

—¡Oh, no…! Vivimos en París.

El tono, la sonrisita de superioridad desdeñosa apenas contenida de su redonda boca… ¡Es para comérsela, palabra!

Pomme arrastra la pesada maleta, que Renaud le quita de las manos, muy solícito.

—Pomme, ¿cuántos años tienes?

—Quince años y dos meses, señor.

—¿No estás casada, Pomme?

¡Y todas se ríen cloqueando como gallinas! Pomme se asombra, ingenua; las hermanas morenas y blancas ríen con más coquetería; y la mocosa de diez años, escondida tras sus cabellos rojizos, se pondrá mala, seguro. ¡En buena hora he recuperado mi escuela!

—Pomme —continúa Renaud sin inmutarse—, estoy seguro de que te gustan los bombones.

Pomme le mira con sus ojos castaños y dorados, como si le entregara su alma.

—¡Oh, sí, señor!

—Perfecto. Voy a ver si encuentro. Deja, cariño, me las arreglaré yo solo.

Me quedo con las pequeñas, que vigilan el corredor y tiemblan de que puedan pillarlas en la habitación de la señora. Yo quiero que se sientan en familia y a sus anchas.

—¿Cómo os llamáis vosotras, morenitas y blancas?

—Hélène Jousserand, señora.

—Isabelle Jousserand, señora.

—No me llaméis señora, tontitas. Soy Claudine. ¿No sabéis quién es Claudine?

—¡Oh, sí! —exclama Hélène (la más linda de las dos y la más pequeña)—. La señorita, siempre que hacemos algo que no está bien, dice…

Su hermana le da un empellón; ella se calla.

—Vamos, di, no seas pesada. Y no hagas caso de tu hermana.

—Pues… Ella dice: «Es para salir corriendo, palabra. ¡Se diría que hemos vuelto a los tiempos de Claudine!», o bien: «Esto es digno de Claudine, señoritas».

Exultante, bailo de alegría.

—¡Qué suerte! ¡Yo soy el espantajo, el monstruo, el terror legendario…! ¿Soy tan fea como esperabais?

—¡Oh, no! —dice Hélène, cariñosa y atemorizada, velando enseguida sus ojos tras la doble reja de sus pestañas.

El alma zalamera de Luce ronda esta casa. También podría ser que determinados ejemplos… Yo he de conseguir que estas dos jovencitas hablen. Alejemos a la otra.

—Oye, tú, sal al pasillo y mira a ver si estoy.

La pelirroja, muerta de curiosidad, rezonga y ni se mueve.

—Nana, ¿quieres hacer lo que la señora te dice? —le grita Hélène Jousserand, roja de indignación—. Aguarda, mujer, y verás: si te quedas aquí, le diré a la señorita que llevas las cartas de tu compañera de pupitre al patio de los chicos ¡a cambio de bombones de chocolate!

La mocosa ya está lejos. Con los brazos rodeo los hombros de ambas hermanas, las miro muy de cerca. Hélène es más bonita; Isabelle, más seria, con una pelusilla en el bigote apenas visible que será enojoso con el tiempo.

—Hélène, Isabelle, ¿hace mucho que se fue la señorita Aimée?

—Hace… doce días —responde Hélène.

—Trece —precisa Isabelle.

—Decidme, entre nosotras, ¿se lleva bien, lo que se dice bien, con la señorita?

Isabelle se ruboriza, Hélène sonríe.

—Bueno, no os pregunto más. En mis tiempos ya era así. Hace tres años que dura esta… amistad, hijitas.

—¡Oh! —exclaman al mismo tiempo.

—Así es. Hace alrededor de dos años que dejé la escuela y las había visto juntas todo un año… un año que nunca olvidaré… Y, decidme, ¿sigue siendo tan bonita esa espantosa pequeña Lanthenay?

—Sí —dice Isabelle.

—No tanto como usted —murmura Hélène, cediendo ante mí.

A modo de caricia, le paso las uñas por la nuca, como hacía con Luce. Ni pestañea. La atmósfera de esta reconquistada escuela me embriaga.

Pomme, condescendiente, escucha con los brazos caídos y la boca entreabierta, pero sin interés. Su alma está en otra parte. A cada instante se asoma a la ventana para ver si llegan los bombones.

Quiero saber más.

—Hélène, Isabelle, contadme cosas. ¿Quiénes son ahora las mayores de la primera sección?

—Son… Liline, y Mathilde…

—¡No! ¿Ya? Claro, dos años… Liline, ¿sigue tan guapa? Yo la llamaba la Gioconda. Sus ojos entre verdes y grises, el mutismo de su boca de apretadas comisuras…

—¡Oh —interrumpe Hélène, haciendo un puchero rosado y húmedo—, no está tan bonita, al menos este año!

—¡No la crea usted! —replica vivamente Isabelle, la del bozo—. ¡Es la que está mejor de todas!

—¡Bah! Ya sabemos por qué dices eso y por qué la señorita os ha puesto en pupitres separados en las clases nocturnas. Cuando «repasabais» el mismo libro…

Los hermosos ojos de la mayor se llenan de claras lágrimas.

—¿Quieres dejar a tu hermana en paz, viborilla? ¡Pues sí que tienes aires de santa! Esta criatura no hace sino seguir el ejemplo de la señorita y Aimée, al fin y al cabo…

En el fondo, deliro de alegría; esto va bien. La escuela ha progresado. En mis tiempos, Luce era la única que me escribía cartitas; la propia Anaïs solo se preocupaba de los chicos. ¡Qué encantadoras son estas dos! No compadezco al doctor Dutertre, si continúa enviando delegadas a los cantones.

Nuestro grupo es digno de verse. Una morena a la derecha, una morena a la izquierda, en el centro la cabeza rizada y excitada de Claudine, y Pomme lozana e inocentemente contemplativa… ¡Que pasen los viejos caballeros! Y cuando digo «viejos»… Conozco a alguno que todavía joven… Renaud ya no tardará en llegar…

—Pomme, asómate a la ventana a ver si llega el señor de los bombones… ¿De verdad se llama Pomme? —le pregunto a mi linda Hélène, que se recuesta confiada en mi hombro.

—Sí, se llama Marie Pomme. Siempre la llaman Pomme.

—No ha inventado la pólvora, ¿verdad?

—¡Oh, desde luego que no! Pero no arma jaleo y es del parecer de todo el mundo.

Me pongo a soñar y ellas me miran. Animalitos tranquilizados, con mirada curiosa y patitas ligeras, hacen inventario de mis cortos cabellos: «El rizado es natural, ¿no?»; de mi cinturón de ante blanco y ancho como una mano: «¿Ves? Y tú que decías que ya no se llevan los cinturones anchos»; y de su hebilla de oro mate, regalo —como todo lo que tengo— de Renaud; de mi cuello de pajarita muy tieso y de mi blusa de linón azul pálido tableada… El tiempo pasa… Imagino que mañana me voy, que todo esto no es sino un breve sueño, que, celosa de un presente que ya es mi pasado, quisiera dejar aquí, en algo o en alguien, un recuerdo ardiente y dulce… Aprieto mi brazo contra el hombro de Hélène y le musito con voz casi imperceptible:

—Si yo fuera tu compañera de colegio, Hélène, ¿me querrías tanto como tu hermana quiere a Liline?

Sus ojos a la española, gachones, se abren desmesuradamente y casi medrosos; luego baja la verja de sus pestañas y sus hombros se ponen rígidos.

—No lo sé todavía…

Es suficiente, yo sí lo sé.

Pomme, asomada a la ventana, estalla en gritos de alegría: «¡Bolsas, bolsas, trae bolsas!».

Tras este estallido, la entrada de Renaud se produce en medio de un silencio de veneración. Ha

comprado todo lo que la mediocre confitería de Montigny puede ofrecer: desde bombones de chocolate rellenos de crema hasta los bombones ingleses, cuyo olor recuerda al de la cidra ácida, pasando por los caramelos a rayas.

¡Lo mismo da, tantos bombones…! Yo también quiero. Renaud, parado en la puerta, observa un minuto nuestro grupo con una sonrisa… una sonrisa que ya he visto alguna vez… y, al fin, se apiada de la impaciente Pomme.

—Pomme, ¿qué prefieres?

—¡Todos! —declara Pomme, embriagada.

—¡Oh! —exclaman las otras dos, indignadas—. ¡No vale!

—Pomme —continúa Renaud, que babea de placer—, te doy esta bolsa si me das un beso… ¿Te importa, Claudine?

—¡Por Dios! ¿Por qué ha de importarme?

Pomme, perpleja entre su glotonería desenfrenada y lo que dictan las conveniencias, duda cuatro segundos. Con mirada cándida y dorada implora a sus compañeras hostiles, a mí, al cielo, a las bolsas que mi amigo le tiende con los brazos extendidos… Luego, con la gracia un tanto simple de toda su personita, se lanza al cuello de Renaud, recoge la bolsa y, ruborizada, se refugia en un rincón para abrirla…

Mientras tanto, yo, con la ayuda sigilosa pero rápida de ambas hermanas, saqueo un paquete de chocolatinas. La pequeña mano de Hélène va y viene de la bolsa a la boca, infatigable, segura… ¡Quién hubiera dicho que esta boquita es tan profunda!

Una campana endeble nos interrumpe y pone fin a la contemplación de Renaud. Las jovencitas, asustadas, huyen sin dar las gracias, sin mirarnos, como gatas ladronas…

La cena en el refectorio divierte prodigiosamente a Renaud y a mí me aburre un poco. La hora vaga, el crepúsculo violeta, que noto cómo pesa y desciende sobre los bosques… Aunque no quiera, me evado… Pero ¡mi querido Renaud está tan contento! ¡Ah! ¡Cómo ha sabido la ladina señorita Sergent llevarle por el camino de la curiosidad! En la blanca estancia, sentada junto a Renaud ante la mesa cubierta con hule blanco, delante de estas jovencitas que no se han quitado los delantales negros y que mordisquean su comida con la desgana de las crías que han devorado bombones, la señorita habla de mí. Habla de mí y, a veces, por culpa de las dos pequeñas Jousserand, que aguzan el oído, baja la voz. Cansada, escucho y sonrío.

—… Era traviesa como un muchacho, señor, y durante mucho tiempo no supe qué hacer. De los catorce a los quince años, vivió casi siempre en las nubes y solo parecía empeñada en mostrar sus piernas hasta el ombligo… A veces vi en ella la crueldad de los niños para con las personas mayores… (¡ay!) Sigue siendo lo que era: una muchachita deliciosa… Aunque ella apenas me quería, a mí me complacía verla moverse… tan ligera, tan segura de sus movimientos… No la he visto bajar la escalera que conduce hasta aquí sino montada en la barandilla, señor, ¡qué ejemplo!

La perfidia de este tono maternal me divierte a la larga y enciende en los ojos de Renaud un fulgor negro y peligroso que conozco bien. Mira a Pomme y ve a Claudine, una Claudine de catorce años y sus piernas que enseña «hasta el ombligo». (¡Hasta el ombligo, señorita! El tono de la casa ha subido singularmente desde que me fui). Mira a Hélène y ve a Claudine a caballo en la barandilla de una escalera, Claudine y sus gestos maliciosos, sucios de tinta violeta… La noche será calurosa… Y él estalla en una risa nerviosa cuando la señorita le deja para gritar: «¡Pomme, si vuelves a coger la sal con los dedos, te haré copiar cinco páginas del Blanchet!».

La pequeña Hélène, silenciosa, busca mi mirada; cuando la encuentra, la evita. Su hermana Isabelle es decididamente menos bonita; la sombra de bozo, al no quedar plateada por la luz del día, da a su boca el aspecto de un niño mal lavado.

—Señorita —dice Renaud de pronto—, ¿autoriza usted para mañana por la mañana un reparto de bombones?

La chicuela pelirroja y voraz, que durante la cena ha rebañado todos los platos y se ha comido todos los cuscurros de pan, deja escapar un gritito de avidez. ¡No! ¡Qué miradas despectivas las de las tres mayores, ya ahítas de porquerías pringosas!

—Lo autorizo —responde la señorita—, aunque no se merecen nada, son unas garrapatas. Pero ¡la circunstancia es tan excepcional! ¿A qué esperáis para dar las gracias, bobas? ¡Vayan, id a la cama! Son casi las nueve.

—¡Oh, señorita! ¿Podría Renaud ver el dormitorio antes de que las niñas se acuesten?

—Tú sí que eres una niña. Sí puede —concede poniéndose en pie—. Y vosotras, descuidadas, ¡ojito con que yo encuentre un cepillo tirado por ahí!

Blanco gris, blanco azulado, blanco amarillento: las paredes, las cortinas, las camas estrechas, que parecen bebés fajados muy apretadamente. Renaud aspira el peculiar olor que flota en el ambiente, olor a niñas sanas, a sueño; aroma seco y picante a menta de los pantanos, de un manojo que pende del techo; su sutil olfato analiza, degusta y reflexiona. La señorita, por la fuerza de la costumbre, hunde sus manos temibles bajo las almohadas, a fin de encontrar la tableta de chocolate con los roedores dientes señalados, o la prohibida libranza de diez céntimos…

—¿Tú has dormido aquí, Claudine? —me pregunta en voz baja Renaud, cuyos dedos ardientes teclean en mi hombro.

La señorita, de oído fino, ha captado la pregunta y anticipa mi respuesta:

—¿Claudine? ¡Jamás en la vida! ¡Ni yo lo deseaba! ¿En qué estado hubiera amanecido al día siguiente el dormitorio… y las internas?

«Y las internas», ha dicho. ¡Será posible! No puedo tolerar por más tiempo —mi pudor se resiste— semejantes alusiones procaces. Larguémonos a la cama.

—¿Lo ha visto usted todo, Renaud?

—Todo.

—Entonces, vamos a dormir.

Cuchicheos a nuestras espaldas. No cabe la menor duda de lo que murmuran las morenitas. «Oye, ¿va a acostarse con el señor en la cama de la señorita Aimée…? ¡La cama de la señorita Aimée no habrá visto en su vida a tantos hombres!».

Vámonos. Lanzo una sonrisa a la pequeña Hélène, que, con la barbilla apoyada en el hombro, trenza sus cabellos para la noche. Vámonos, pues.

La habitación estrecha y clara, la lámpara que calienta demasiado, la ventana color azul noche cerrada; un gato, pequeño fantasma de terciopelo, camina por el alféizar…

El renaciente ardor de mi señor marido, que se ha pasado la tarde rozando a Claudines demasiado jóvenes, la excitación que prolonga a la altura de una sonrisa horizontal las comisuras de su boca…

El sueño ligero de Claudine boca abajo, con las manos enlazadas a la altura de los riñones, como «una cautiva maniatada», dice Renaud.

El alba me atrae en camisón del lecho a la ventana para ver cómo flota la bruma sobre los bosques de la parte de Moutiers, y para oír más de cerca el pequeño yunque de Choucas, que esta mañana, como todas las mañanas de antaño, suena en sol sostenido.

De aquella noche lo recuerdo todo…

Nada rebulle aún en la escuela; son las seis. Pero Renaud, al no notarme en la cama, se despierta, presta atención al martilleo argentino del herrero e, inconscientemente, silba un tema de *Sigfrido*…

¡No está feo por las mañanas, lo cual en un hombre es una gran cualidad! Lo primero que hace siempre es peinarse los cabellos hacia la izquierda con la mano. Después se lanza sobre la jarra y se bebe un vaso de agua. Esto no me gusta. ¿Cómo se puede beber algo frío al despertarse? Y, si a mí eso no me agrada, ¿cómo puede agradarle a él?

—Claudine, ¿a qué hora nos iremos?

—No sé. ¿Tan pronto?

—Tan pronto. En esta tierra no eres mía. Me traicionas con todos los ruidos, con todos los olores, con todos los rostros recuperados. Cada árbol te posee…

Río. Pero no digo nada, pues pienso que, en cierto modo, es verdad. Y como aquí ya no tengo mi casa…

—Nos iremos a las dos.

Renaud, tranquilizado así, contempla las golosinas amontonadas encima de la mesa.

—Claudine, ¿y si fuéramos a despertar a las pequeñas con los bombones? ¿Qué te parece?

—¡Vale! Si la señorita nos ve…

—¿Temes al castigo en represalia?

—¡Ni hablar…! Además, ¡si nos pesca será más divertido!

—¡Oh, Claudine, cuánto me gusta tu espíritu de colegiala! Ven que te aspire, querido cuaderno abierto de nuevo.

—¡Uy, me arruga las mantas, Renaud! Y, si tardamos, la señorita ya se habrá levantado…

Azul él en pijama, blanca y larga yo en camisón y con los cabellos ante los ojos, avanzamos, silenciosos, cargados de bombones. Antes de abrirla, aguzo el oído delante de la puerta del dormitorio… Nada. Están calladas como muertas. Abro muy despacito…

¡Cómo pueden dormir las pobres crías, en pleno día y con ese sol que inflama las cortinas blancas!

Enseguida busco la cama de Hélène. No se ve su linda carita escondida, sino tan solo su trenza negra, parecida a una serpiente desenroscada. Cerca de ella, su hermana Isabelle hace el muerto, boca arriba, con las largas pestañas rozándole las mejillas, y aspecto juicioso y preocupado. Y, más allá, la cría pelirroja, como un pelele arrojado de cualquier modo, un brazo aquí, otro allá, la boca abierta, la melena como una aureola, ronca suavemente… Pero Renaud mira sobre todo a Pomme, Pomme que ha tenido demasiado calor y que duerme sobre las sábanas, acurrucada, enfundada en su camisón de largas mangas, con la cabeza a la altura de las rodillas, levantado su regordete trasero… Se ha apretado la coleta como una soga, se ha estirado los cabellos como una chinita, tiene roja una mejilla y rosa la otra, la boca cerrada y los puños apretados.

¡Qué delicioso es todo esto! ¡Cómo han embellecido las alumnas de esta escuela! En mis tiempos, las internas hubieran inspirado castidad incluso al voluptuoso Dutertre en persona.

Seducido como yo, aunque de otro modo, Renaud se acerca a la cama de Pomme, su preferida sin lugar a dudas. Deja caer en su lisa mejilla una chocolatina de pistacho verde, de las que se funden en la boca. La mejilla se estremece, las manos se abren y el adorable y velado trasero se mueve.

—Buenos días, Pomme.

Los ojos castaños y dorados se abren en toda su redondez, embelesados y acogedores. Pomme se sienta sin comprender, pero su mano se ha posado en la chocolatina verde y rugosa. Pomme exclama «¡Ah!», se la zampa como una cereza y dice:

—Buenos días, señor.

Ante su clara voz, ante mi risa, ondulan las sábanas de la cama de Hélène, la cola de serpiente desenroscada se agita y, más morena que una curruca de cabeza negra, Hélène se incorpora

bruscamente. El sueño la abandona con esfuerzo, nos mira, relaciona sus ideas con las de la víspera, y sus mejillas de ámbar se tiñen de color rosa. Despeinada y encantadora, aparta con la mano un mechón obstinado que le roza la naricilla. Luego descubre a Pomme, sentada y con la boca llena.

—¡Ah! —exclama a su vez—. ¡Va a comérselos todos!

Su grito, su brazo extendido, su alarma pueril me encantan. Me siento a los pies de su cama con las piernas cruzadas; ella se sienta sobre sus talones y enrojece aún más.

Su hermana se despereza, balbucea y se lleva las manos al gran camisón un poco desabrochado. Y la cría pelirroja, Nana, gime de ansia en el otro extremo del dormitorio, retorciéndose las manos… porque Pomme, concienzuda e infatigable, sigue comiendo y comiendo bombones.

—Renaud, es una crueldad. Reconozco que Pomme está llena de atractivos, pero dele también bombones a Hélène y a las otras.

Solemnemente, asiente con la cabeza y se aparta.

—¡Atención todo el mundo! No daré un solo bombón más (silencio palpitante) a no ser que vengan a buscarlo.

Se miran consternadas. Pero la pequeña Nana ya ha sacado sus rechonchas piernas de la cama, y se mira los pies para comprobar si están limpios y puede enseñarlos. Rápida, recogiéndose el amplio camisón, para no tropezar, corre hacia Renaud con sus patitas desnudas, que hacen flic, flac, desgreñada, parecida a un niño de una postal navideña. Y, dueña de la bolsita atada que le lanza Renaud, se vuelve a su cama como un perro satisfecho.

Pomme ya no aguanta más y sale a su vez de entre las sábanas. Sin preocuparse de la redonda pantorrilla que el sol dora un segundo, corre hacia Renaud, el cual levanta en alto las codiciadas golosinas.

—¡Oh! —gimotea, demasiado bajita—. ¡Por favor, señor!

Y, como ayer dio resultado, lanza sus brazos al cuello de Renaud y le da un beso. Lo que también produce buenos resultados. El juego empieza a molestarme…

—Ve tú, Hélène —murmura Isabelle, rabiosa.

—¡Ve tú misma, anda! Eres la mayor y también la más glotona.

—No es verdad.

—¡Ah! ¿No es verdad? Pues yo no voy… Que Pomme se los coma todos… ¡Ojalá vomite, para que aprenda!

Pensando que Pomme se los comerá todos, Isabelle salta de la cama, mientras yo retengo a Hélène por el delgado tobillo y a través de la sábana.

—No vayas, Hélène, yo te daré.

Isabelle vuelve triunfante. Pero, mientras se sube deprisa a la cama, se oye la voz chillona de Nana, que grita destemplada:

—¡Isabelle tiene pelos en las piernas! ¡Tiene las piernas llenas de pelos!

—¡Indecente! ¡Indecente! —grita la acusada, que, acurrucada en su cama, solo deja ver ahora sus ojos brillantes y encolerizados.

Insulta y amenaza a Nana. Después su voz enronquece y se deshace en lágrimas contra la almohada.

—¡Ea, Renaud! Mire lo que ha conseguido.

El malvado ríe tan fuerte que la última bolsa se le escapa y se rompe contra el suelo.

—¿Dónde quieres que los recoja? —le pregunto a la pequeña Hélène.

—No sé, aquí no tengo nada… ¡Ah, ya sé! En mi palangana. En el lavabo, es la tercera.

En la palangana de hierro esmaltado le llevo todas aquellas porquerías multicolores.

—Renaud, vaya a echar un vistazo, me parece que se oyen pasos.

Yo sigo sentada en la cama de la pequeña Hélène, que, mirándome de reojo, chupetea y mordisquea. Cuando le sonrío, se ruboriza al instante. Luego, envalentonada, me sonríe a su vez. Tiene una blanca sonrisa húmeda, de aspecto fresco y comestible.

—¿Por qué te ríes, Hélène?

—Miro su blusa. Le da a usted aspecto de interna, salvo que es de linón… no, ¿de batista…?, y es transparente.

—Pero ¡si soy una interna! ¿No te lo crees?

—¡Oh, no…! Y es una lástima.

Esto va bien. Me acerco.

—¿Te gusto?

—¡Oh…! Mucho —murmura en un suspiro.

—¿Quieres besarme?

—No —protesta con viveza, bajito y casi aterrada.

Me inclino y, más de cerca, le digo:

—¿No? Me conozco yo esos «No» que quieren decir «Sí»… Yo misma los decía en otro tiempo…

Con ojos suplicantes señala a sus compañeras. Pero ¡yo me siento tan perversa y curiosa! Me dispongo a volver a atormentarla, todavía más de cerca, cuando ante Renaud, precediendo a la señorita Sergent en bata, ¿qué digo?, en traje de casa y ya peinada para la revista, se abre la puerta.

—¿Qué, señora Claudine, la tienta el internado?

—Pues este año… habría con qué tentarme.

—¿Este año nada más? ¡Cómo ha cambiado a mi Claudine el matrimonio…! Vamos, señoritas, ¿saben ustedes que son casi las ocho? A las nueve menos cuarto miraré debajo de las camas y, si encuentro la menor cosa, ¡se la haré barrer a ustedes con la lengua!

Salimos con ella del dormitorio.

—¿Nos perdona usted, señorita, esta doble intromisión matinal? —le digo en el corredor.

Amable y ambigua, responde a media voz:

—¡Oh, en vacaciones…! Y, en cuanto a su marido, no quiero interpretarlo sino como una condescendencia muy… paternal.

No le perdonaré esta última palabra.

Me acuerdo del paseo de antes de comer, del peregrinaje que quise efectuar hasta el umbral de «mi» casa de entonces —que la estancia en ese odioso París me ha hecho aún más querida—, de la opresión de corazón que me ha tenido inmóvil delante de la escalera de doble acceso y de pasamanos de hierro ennegrecido. Con los ojos fijos, he contemplado la usada anilla de cobre de la que yo me colgaba para llamar al volver de la escuela. La he mirado tanto que he acabado por notarla en mi mano. Y, mientras Renaud se fijaba en la ventana de mi habitación, he alzado hasta él mis ojos empañados de lágrimas.

—Vámonos, me da pena.

Trastornado por mi aflicción, me condujo silenciosamente, apretada contra su brazo. No pude menos que hacer girar con un dedo el golpete del postigo de la ventana de la planta baja…

Y eso es todo…

Y eso es todo, ahora que lamento haber querido venir, impulsada hasta Montigny por la añoranza, el amor y el orgullo. Sí, también por orgullo. He querido lucir a mi guapo marido… ¿Es de verdad un marido este amante paternal, este protector voluptuoso? He querido fastidiar a la señorita y a su Aimée ausente. Y ahora —¡así aprenderé!—, ahora aquí estoy, muy angustiada y pequeña, sin saber bien del todo dónde está mi verdadera morada, con el corazón partido entre dos nidos.

Por mi culpa, la comida resulta deshilachada. La señorita no sabe qué significa mi cara de desamparo (yo tampoco), las jovencitas, empalagadas de azúcar, no comen. Renaud ríe e interroga a Pomme:

—¿Respondes que sí a todo lo que se te pregunta, Pomme?

—Sí, señor.

—No puedo compadecer a los felices mortales que se acercarán a ti, Pomme redonda y rosada. Te aguarda el más bello futuro, un futuro hecho de repartos equitativos y de serenidad.

A continuación vigila con un ojo la posible reacción de la señorita, pero esta se encoge de hombros y responde a la mirada de Renaud:

—¡Oh, con ella esas cosas carecen de importancia, no se entera de nada!

—¿Quizá con gestos…?

—No tendría usted tiempo antes de coger el tren, señor. Pomme no entiende nada hasta la cuarta vez que se lo explican, como mínimo.

Con una seña evito el disparate que va a replicar el mal chico que tengo por marido, disparate acechado por mi pequeña Hélène, que es toda oídos. («Mi pequeña Hélène» es el nombre que le di enseguida).

¡Adiós a todo esto! Porque, mientras cierro el equipaje, alborotan en el patio los cascabeles y las palabrotas del señor Racalin. ¡Adiós!

Amé y amo tanto estos corredores sonoros y blancos, este cuartel con esquinas de ladrillo rosado, el horizonte cercano y boscoso…; amé la aversión que me inspiraba la señorita, amé a su pequeña Aimée, y a Luce, que nunca supo nada.

Me detengo un minuto en este rellano, la mano contra el frío de la pared.

Renaud, abajo, a mis pies, habla (una vez más) con Pomme:

—Adiós, Pomme.

—Adiós, señor.

—¿Me escribirás, Pomme?

—No sé su nombre.

—Una objeción que no se sostiene. Me llamo «el marido de Claudine». ¿Al menos me echarás en falta?

—Sí, señor.

—¿Sobre todo por los bombones?

—¡Oh, sí, señor!

—Pomme, tu deshonesta candidez me entusiasma. ¡Bésame!

A mi espalda, un roce suavísimo… Es mi pequeña Hélène. Me vuelvo: está preciosa, en silencio, toda ella blanca y negra. Le sonrío. Le gustaría mucho decirme algo. Ya sé que es difícil, y ella se limita a mirarme con sus bellos ojos negros y blancos. Entonces viendo que abajo Pomme, obediente y tranquila, se cuelga del cuello de Renaud, rodeo con un brazo a esta jovencita silenciosa, que huele a lápiz de cedro y a abanico de madera de sándalo. Ella se estremece, luego cede, y en su boca elástica digo adiós a mis años jóvenes…

¿A mis años jóvenes…? En esto, bien puedo no mentir… Hélène, tú que, temblorosa y apasionada, acudiste a la ventana para verme partir, nunca sabrás esto, que te llenaría de asombro y de aflicción: lo que besé en tu boca apremiante y torpe fue tan solo el fantasma de Luce.

En el tren que nos lleva, antes de hablar con Renaud, miro por última vez la torre, aplastada bajo el amasijo de una tormenta lanosa, y la veo desaparecer tras el lomo redondeado de una colina. Después, aliviada como si hubiera dicho adiós a alguien, me vuelvo hacia mi querido y frívolo amigo, que, para no perder la costumbre, me admira y me abraza y… yo le interrumpo.

—Diga, Renaud, ¿sabe tan bien besar a la tal Pomme?

Le miro severamente a los ojos, sin lograr distinguir el fondo de ese estanque negro azulado.

—¿«La tal Pomme»? Cariño, ¿me estás concediendo el gran honor, el vivo placer de ponerte celosa?

—¡Oh, sabe que no es ningún honor! ¡Pomme no se me antoja una conquista honrosa!

—Flacucha mía, bonita mía, si me hubieras dicho: «No bese a Pomme», ni siquiera hubiera tenido el mérito de dejar de hacerlo.

Sí. Hará todo lo que yo quiera. Pero no ha contestado claramente a mi pregunta: «¿Sabe tan bien besar a la tal Pomme?». Se distingue por no entregarse jamás, por escabullirse, por envolverme en una ternura evasiva.

Me ama, y más que a nadie, eso está fuera de toda duda. Gracias a Dios, yo también le amo, de verdad. Pero ¡es más mujer que yo! Yo me siento más llana, más brutal… más sombría… más apasionada, ¡y cómo!

Evito adrede decir: «más recta». Hubiera podido decirlo hace un año y algunos meses. Entonces, en el rellano de la escalera del dormitorio, no me hubiera sentido tentada tan deprisa de besar aquella boca de niñita, húmeda y fría como un fruto abierto, bajo el pretexto de decirle adiós a mi pasado de colegiala, a mi infancia de delantal negro… Solo hubiera besado el pupitre sobre el que Luce inclinaba su frente obstinada.

Al cabo de un año y medio, noto cómo progresa en mí la agradable y lenta corrupción que debo a Renaud. Mirándolas con él, las grandes cosas se minimizan, la seriedad de la vida disminuye y las futilidades, nocivas más que cualquier otra cosa, asumen una enorme importancia. Pero ¿cómo defenderse contra la incurable y seductora frivolidad que le arrastra, y a mí con él?

Hay algo peor: Renaud me ha descubierto el secreto de la voluptuosidad dada y sentida, y yo lo detento y gozo con pasión, como un niño con un arma mortífera. Me ha revelado el poder, seguro y frecuente, de mi cuerpo largo, ligero y de músculos firmes —una grupa dura, un pecho casi inexistente y la piel uniforme de un limo suave—; de unos ojos color tabaco egipcio, que han adquirido profundidad e inquietud; de una melena corta y alborotada, color castaña aún no madura… Y, solo a medias consciente, uso con Renaud toda esa fuerza nueva… ¡Oh, sí! Como la habría usado, de haberme quedado dos días más en la escuela, con la encantadora Hélène…

¡Sí, sí, no me forcéis o acabaré confesando que si he besado la boca de la pequeña Hélène ha sido por culpa de Renaud!

—Pequeña y silenciosa Claudine, ¿en qué piensas?

Recuerdo que me hizo esta pregunta en Heidelberg, en la terraza del hotel, mientras mi mirada erraba desde la amplia curva del Neckar hasta las ruinas amañadas del Schloss, situado encima de nosotros.

Sentada en el suelo, alcé mi barbilla de entre los dos puños.

—Pienso en el jardín.

—¿Qué jardín?

—¡Oh! «¡Qué jardín!». ¡En cuál va a ser, en el de Montigny!

Renaud tira su cigarrillo rubio. Porque vive como un dios entre nubes y aromas de gianaclis.

—¡Qué extraña criatura! ¡Delante de este paisaje! ¿No irás a decirme que el jardín de Montigny es más bonito?

—¡Pues claro que no! Pero es mío.

¡Lo de siempre! Nos hemos explicado veinte veces sin comprendernos. Con besos, besos tiernos un tanto despectivos, Renaud me ha tratado de almita apoltronada, de vagabunda sentada. Riendo, yo le he replicado que su hogar cabe en una maleta. Los dos tenemos razón, pero yo le critico porque no piensa como yo.

Él ha viajado mucho, yo no demasiado. No tengo de nómada sino el espíritu. Voy alegremente tras Renaud porque le adoro. Pero me gustan las carreras que tienen una meta. Él, amante de los viajes por los viajes, se levanta feliz bajo un cielo extranjero, soñando que hoy partirá una vez más. Ansía las montañas del país próximo, el vino pastoso de otro, el placer ficticio de tal villa termal pulida y florida, la soledad de aquella aldea encaramada en lo alto. Y se va sin echar de menos ni la aldea, ni las flores ni el vino.

Yo le sigo. Y disfruto —sí, sí, también disfruto— de la villa amable, del sol tras los pinos y del aire sonoro. Pero noto en el pie un hilo cuyo extremo contrario se enrolla y anuda al viejo nogal del jardín de Montigny.

No me tengo por una hija desnaturalizada. Y sin embargo debo confesar esto: durante nuestros viajes, he echado de menos a Fanchette casi tanto como a papá. A mi noble padre apenas le he echado en falta, excepto en Alemania, donde me lo recordaban las postales y los cromos wagnerianos, ennoblecidos por Odín y Wotan, que todos se le parecían. Son hermosos; blanden, como él, inofensivos rayos; como él, tienen barbas tempestuosas y gesto dominador; e imagino que su vocabulario contiene, como el suyo, todas las palabrotas de los tiempos míticos.

Le escribí poco; él me contestó rara vez, tierno y apresurado, con un estilo híbrido muy sabroso, en el que periodos de una cadencia capaz de encantar a Chateaubriand (estoy halagando un poco a papá) contenían en su seno —en su augusto seno— los más formidables tacos. Por estas cartas, un tanto banales, supe que, aparte del señor Maria, que seguía siendo fiel, callado y secretario perpetuo, nada va bien. «No sé si he de echarle la culpa a tu ausencia, pequeña borrica —me explicaba mi querido padre —, pero empiezo a encontrar París infecto, sobre todo desde que ese desecho de la humanidad llamado X acaba de publicar un tratado de malacología universal, de una necedad tal para hacer que vomiten los leones agazapados de la entrada del instituto. ¿Por qué la eterna justicia sigue dispensando la luz del día a semejantes cerdos?».

Mélie me describió también el estado de ánimo de Fanchette después de mi marcha, su desolación proclamada días y días. Pero la letra de Mélie se parece más a un jeroglífico que a los palotes y no sería

posible sostener con ella una correspondencia regular.

¡Fanchette me llora! Esta idea me ha perseguido. Y, durante mi viaje, toda huida de un pobre minino al volver una esquina me ha hecho estremecer. Veinte veces he soltado el brazo de Renaud, sorprendido, para correr hacia una gata sentada seria en un umbral, y decirle: «¡Hiiija mía!». Con frecuencia el animalito, extrañado, apoyaba su mentón con un digno movimiento en su papada. Pero yo insistía, añadía onomatopeyas en tonos menores y agudos, y veía los verdes ojos dulcificarse, encogerse en una sonrisa, y la chata y amorosa cabeza frotar el marco de la puerta a modo de saludo cortés. Y la gata daba tres vueltas, lo que significaba claramente: «Me agrada usted».

Renaud jamás ha demostrado impaciencia ante estas crisis de felinofilia. Pero yo le supongo más indulgencia que comprensión. Este monstruo es muy capaz de no haber acariciado nunca a Fanchette sino por diplomacia.

¡Qué a gusto vagabundeo por este pasado reciente!

Renaud vive en el futuro. Este hombre, al que consume el temor a envejecer y que, ante los espejos, constata con minuciosa desesperación la red de arruguitas de las comisuras de sus ojos, este mismo hombre tiembla ante el presente y, febril, empuja el hoy hacia el mañana. Yo me entretengo con el pasado, aunque el pasado sea ayer, y me vuelvo a mirar hacia atrás, casi siempre con añoranza. Se diría que el matrimonio (¡ojo!, no el amor) ha concretado en mí determinadas formas de sentir, más viejas que yo. Renaud se asombra. Pero me ama, y, si el amante que tengo en él deja de comprenderme, me refugio también en él, en el querido y paternal gran amigo. Para él, soy una hija confiada que se apoya en el padre escogido, que se expansiona con él, casi a escondidas del amante. Mejor aún: si a Renaud-amante se le ocurre terciar entre Renaud-padre y Claudine-hija, esta lo recibe como a un gato en un costurero. Entonces, el pobre ha de aguardar, impaciente y decepcionado, la vuelta de Claudine, que, ligera y reposada, viene a traerle su resistencia poco duradera, su silencio y su llama.

¡Ay! Todo lo que he escrito, un poco al azar, no me ayuda a comprender dónde está la fisura. Y, sin embargo, ¡Dios mío!, la noto.

Ya estamos en casa, ya se han acabado las fatigosas diligencias del regreso y se ha apaciguado la fiebre de Renaud, que quisiera que el nuevo nido me gustara.

Me ha rogado que escogiera entre dos pisos, suyos los dos. (Dos pisos no es mucho para un Renaud). «Si no te agradan, cariño, buscaremos otro más bonito que estos dos». Me he resistido al deseo de responder: «Enséñame el tercero». Y, de nuevo presa de mi insuperable horror a las mudanzas, he examinado concienzudamente y, sobre todo, olfateado. Y, reconociendo como más simpático a mi sensible nariz el olor de este, lo he escogido. Faltaban pocas cosas, pero Renaud, atento al detalle, y más mujer de espíritu que yo, se las ha ingeniado, huroneando, para completar un conjunto sin roto ni tara. Preocupado por complacerme, preocupado también por todo lo que pueda herir su propia mirada exigente, me ha consultado veinte veces. Mi primera contestación fue sincera: «¡Lo mismo me da!». La segunda también; en el capítulo de la cama, «pieza clave de la felicidad conyugal», como dice papá, di mi opinión sin rodeos:

—Yo quiero mi camita de estilo imperio con cortinas persas.

Ante lo cual mi pobre Renaud alzó los brazos, desolado.

—¡Mísero de mí! Una camita de estilo imperio en una habitación Luis XV. Además, cariño, chiquilla monstruosa, piensa un poco: habría que alargarla, ¿qué digo?, ensancharla…

Sí, lo sé, pero ¿qué quieren? No podía interesarme demasiado por un mobiliario que no conocía, que no conocía… aún. La gran cama baja se ha hecho amiga mía. Y también el tocador y algunos amplios sillones orejeros, pero el resto continúa mirándome, por así decirlo, con ojos sombríos: el armario de luna bizquea cuando paso; la mesa del salón, de patas onduladas, procura hacerme la zancadilla, y yo se la devuelvo.

¡Dos meses, señor, dos meses no bastan para domar un piso! Y ahogo la voz de la razón, que gruñe: «En dos meses se doman muchos mobiliarios, pero no a una Claudine».

¿Consentirá Fanchette en vivir aquí? He vuelto a encontrar a mi querida blanca y bella gata en la rue Jacob, sin que le hubieran advertido de mi llegada, y me acongojé al verla postrada a mis pies, sin voz, mientras mi mano no conseguía contar en su tibio vientre rosado las enloquecidas pulsaciones de su corazón de gata. La he tendido sobre un flanco para peinar su deslucido pelaje. Ante este gesto familiar, ha alzado su cabeza con una mirada tan llena de cosas: reproche, ternura garantizada, tormento aceptado con alegría… ¡Oh, blanco animalito, qué cerca me siento de ti, qué bien te comprendo!

He vuelto a ver a mi noble padre, con barba de tres colores, alto y ancho, lleno de palabras sonoras y de inútil combatividad. Sin saberlo del todo, nos queremos, y he comprendido cuánto de auténtica satisfacción contenía esta frase de bienvenida: «¿Te dignarás darme un beso, vil escoria?». Creo que en estos dos años ha crecido. ¡No se rían! La prueba está en que ha confesado sentirse oprimido en la rue Jacob. Reconozco que enseguida ha añadido: «Hazte cargo, durante estos meses he comprado, muy baratos, algunos libracos en el hotel des Ventes… Mil novecientos, por lo menos… ¡Por mil piaras de cerdos! ¡Me he visto forzado a meterlos en un guardamuebles! Este tugurio es tan pequeño… En cambio, en Montigny, en aquella habitación del fondo, que nunca se usa, podría…». Vuelve la cabeza, se tira de la barba, pero nuestros ojos han tenido tiempo de cruzar una extraña mirada. Tiene c… Quiero decir que es capaz de volverse allá, al igual que se vino aquí, sin motivo.

Estoy eludiendo lo que me resulta penoso y debo escribir. Tal vez no sea nada grave. ¡Si pudiera no ser grave! Helo aquí: desde ayer todo está en orden en casa de Re… en nuestra casa. Ya no volveremos a ver la pretenciosa minuciosidad del tapicero, ni la incurable distracción del encargado de colgar las cortinas que, cada cinco minutos, perdía durante un cuarto de hora sus pequeños trebejos de cobre dorado. Renaud se siente a sus anchas, se pasea, sonríe ante un reloj de péndulo en hora, endereza un cuadro torcido. Me ha cogido de su brazo para hacer juntos la inspección como propietarios. Tras un logrado beso, me ha dejado en el salón (sin duda para irse a trabajar en la *Revue Diplomatique*, arreglar el destino de Europa con Jacobsen y tratar a Abdul-Hamid como se merece), diciéndome: «Mi pequeña déspota, puedes reinar a tu antojo».

Sentada y sin nada que hacer, me dejo llevar largo rato por mis pensamientos. Después suena una hora, no sé cuál, que me pone en pie, dudando del tiempo presente.

Me encuentro ante el espejo que hay encima de la chimenea, prendiéndome apresuradamente el sombrero… para volver a casa.

Eso es todo. Y es una catástrofe. ¿A ustedes no les dice nada? ¡Tienen suerte!

¡Para volver a casa! Pero ¿adónde? Pero ¿acaso no estoy aquí en mi casa? No, no, y en eso reside toda la desgracia.

¡Para volver! ¿Adónde? Desde luego no a casa de papá, que amontona sobre mi cama montañas de papelotes. Ni a Montigny, ya que ni la querida casa… ni la escuela…

¡Para volver a casa! Así pues, ¿no tengo morada? ¡No! Vivo aquí, en casa de un caballero, un caballero al que amo, sea, pero vivo en casa de un caballero. Ay, Claudine, planta arrancada de su tierra, ¿tan largas eran, pues, tus raíces? ¿Qué dirá Renaud? Nada. Nada puede.

¿Volver dónde? A mí misma. Ahondar en mi dolor, en mi dolor irracional e indecible, y enroscarme en ese agujero.

De nuevo sentada, el sombrero en la cabeza, las manos fuertemente apretadas una contra otra, sigo ahondando.

Mi diario no tiene futuro. Lo abandoné hace cinco meses con una impresión triste, y le tengo rabia. Por otra parte, no me queda tiempo para llevarlo al día. Renaud me dispersa y me exhibe por el mundo, un poco por todos los mundos, más de lo que yo desearía. Pero, ya que está orgulloso de mí, no puedo disgustarle negándome a acompañarle, ¿verdad?

Su boda —yo no sabía nada— ha conmovido a la variada (iba a decir «enrevesada») multitud de gente que conoce. No, no los conoce. Él es muy conocido. Pero es incapaz de dar un nombre a la mitad de los individuos con los que intercambia cordiales apretones de manos, y que me presenta. Dispersión, ligereza incorregible: no se compromete en serio con nada… excepto conmigo. «¿Quién es ese caballero, Renaud?». «Es, pues… no me acuerdo de cómo se llama». ¡En fin! Parece que la profesión lo exige, parece que el hecho de redactar profundos estudios para serias publicaciones diplomáticas le vale a uno, infaliblemente, el apretón de manos de un montón de individuos, de mujeres maquilladas (semimundanas o mundanas del todo), de comediantes indiscretas y pegajosas, de pintores y de modelos.

Pero en estas tres palabras de presentación, «Mi mujer, Claudine», pone tanto orgullo conyugal y paternal (cuya tierna ingenuidad me conmueve en este escéptico parisiense) que escondo las uñas y, al mismo tiempo, suavizo las arrugas acumuladas entre mis cejas. Y, además, tengo otras formas de resarcimiento: una vengativa alegría al responder cuando Renaud me dice vagamente «Señor… Durand»:

—¡Anteayer me dijiste que se llamaba Dupont!

El claro bigote y la morena cara se llenan de consternación.

—¿Eso te dije? ¿Estás segura? ¡Estoy apañado! Les he confundido a los dos con… otro, en fin, con aquel cretino al que tuteo porque estuvimos juntos en sexto.

No importa, me cuesta habituarme a intimidades tan vagas.

Aquí y allá, en los pasillos de la Opéra-Comique, en los conciertos Chevillard y Colonne, en veladas, sobre todo en las veladas —en el momento en que la amenaza de la música ensombrece los rostros—, he recogido miradas y palabras que no expresaban hacia mí únicamente benevolencia. Así pues, ¿se interesan por mí? ¡Ah, claro! ¡Aquí soy la mujer de Renaud! Como en Montigny, él es el marido de Claudine. Estos parisienses hablan bajo, pero los oídos de la gente del Fresnois serían capaces de oír crecer la hierba.

Dicen: «Es muy joven». Dicen: «Demasiado morena… Un aire duro…». «¿Cómo, demasiado morena? Tiene rizos castaños». «Esos cabellos cortos son para llamar la atención; no obstante, Renaud tiene buen gusto». Dicen: «¿De dónde ha salido…? Es de Montmartre… Es eslava: la barbilla menuda, anchas sienes…». «Ha salido de una novela unisexual de Pierre Louÿs…». «¿Qué edad tiene entonces Renaud para que le gusten las jovencitas?».

Renaud… Renaud… He aquí algo característico: nunca le llaman sino por su nombre de pila.

Ayer mi marido me preguntó:

—Claudine, ¿fijarás un día?

—¿Para qué, Santo Dios?

—Para charlar, para «hacer bla, bla, bla», como tú dices.

—¿Con quién?

—Con mujeres de mundo.

—Las mujeres de mundo no me gustan.

—También con hombres.

—¡No me tiente! No, no fijaré ningún día. ¿Cree que sé recibir?

—Yo tengo un día de recibo.

—¡Oh! ¿Usted? Pues consérvelo; iré a visitarle en su día de recibo. Es más prudente, ¿no? De lo contrario, al cabo de una hora sería capaz de decir a sus bellas amigas: «¡Váyanse, estoy harta, me cargan!».

No insiste (nunca insiste), me besa (siempre me besa) y se va riéndose.

Por culpa de esa misantropía, de esa temerosa aversión al «mundo» tantas veces proclamada, mi hijastro Marcel me abruma con su cortés menosprecio. Este niño, tan insensible a las mujeres, busca asiduamente su compañía, parlotea, palpa telas, sirve el té sin manchar los delicados vestidos y chismorrea con pasión. A los veinte años ya no se es un niño; y, además, él será durante mucho tiempo una niña. A mi regreso, ha seguido pareciéndome encantador, pero también un tanto ajado, delgado en exceso, con los ojos más grandes, una expresión perturbada y tres finas arrugas prematuras en la comisura de los párpados… ¿Las debe solo a Charlie?

La cólera de Renaud contra este pícaro crío no ha durado mucho. «No puedo olvidar, Claudine, que es mi chico. Quizá si lo hubiera educado mejor…». Yo he perdonado a Marcel por indiferencia. (Indiferencia, orgullo, interés confesado —y bastante inconfesable— por las desviaciones de su vida sentimental). Y siento un dulce placer, que no se embota, al ver bajo el ojo izquierdo de esta chica fallida la línea blanca que ha dejado allí mi garra.[12]

Pero este Marcel me asombra. Yo contaba con su rencor infatigable, con su franca hostilidad. ¡Nada de todo eso! A menudo, también desdén, curiosidad ¡y basta!

¡Su única ocupación es él mismo! A menudo se mira en los espejos y, con los índices apoyados en las cejas, tira hacia arriba de la piel de su frente cuanto da de sí. Sorprendida por este gesto que, a fuerza de ser frecuente, resulta enfermizo, le pregunto. «Es para relajar la piel de debajo de los ojos», responde con toda seriedad. Con lápiz azul acentúa sus ojeras y se atreve a llevar unos bellos gemelos de turquesas. ¡Uf! A los cuarenta años resultará siniestro…

A pesar de lo que pasó entre nosotros, no experimenta el menor embarazo en hacerme casi confidencias, o por inconsciente bravuconada, o por creciente degeneración moral. Ayer arrastraba por aquí la gracia extenuada de su talle demasiado esbelto, de su rostro animado por una fiebre luminosa.

—Pareces agotado, Marcel.

—Es que lo estoy.

El tono agresivo es de rigor entre nosotros. Es un juego, no significa nada.

—¿Charlie, como siempre?

—¡Oh, por favor…! A una mujer joven le sienta mejor ignorar o, al menos, olvidar determinados

desórdenes del espíritu… ¿No los llamas «desórdenes» tú?

—Sí, a fe mía, se dice «desórdenes»… Pero no me atrevería a añadir «del espíritu».

—Gracias, en nombre del cuerpo. Pero, entre tú y yo, mi fatiga no se debe a nada que deba enorgullecer a Charlie. ¡Charlie! Un indeciso, un fluctuante…

—¡Vamos, vamos!

—Créeme. Le conozco mejor que tú.

—Me alegro.

—Sí, en el fondo es un timorato.

—Muy en el fondo.

—Nuestra amistad es agua pasada. No reniego de ella, la he roto, y por incidentes no muy limpios…

—¿Cómo, el guapo Charlie? ¿Asuntos de dinero?

—¡Peor aún! ¡Se olvidó en casa una libretita llena de cartas de mujeres!

¡Con qué rencorosa repugnancia ha lanzado la acusación! Le miro mientras reflexiono profundamente. Es un extraviado, un niño desdichado —casi irresponsable—, pero tiene razón. Solo hay que ponerse en su lugar (¡ojo!) con la imaginación.

Está visto que todo me sucederá de manera brusca: las alegrías, las penas, los acontecimientos sin importancia. No porque yo, ¡Santo Dios!, me especialice en lo extraordinario, mi boda aparte… Pero el tiempo pasa para mí como para la minutera de determinados relojes públicos: permanece la mar de tranquila durante cincuenta y nueve segundos y, de golpe, con una sacudida atáxica, salta sin transición de un minuto al siguiente. Los minutos se apoderan de ella sin tiento, como de mí… No he dicho que sea siempre y absolutamente desagradable, pero…

He aquí mi última sacudida: voy a ver a papá, Mélie, Fanchette y Caracol. Este último, espléndido y listado, fornica con su madre y nos devuelve a los peores días de la historia de los átridas. El resto del tiempo, arrogante, leonino y fiero, recorre el piso. Ninguna de las virtudes de su amable y blanca madre ha pasado a él.

Mélie se precipita, sosteniendo con su mano el globo de su pecho izquierdo, como sostenía Carlomagno el del mundo…

—¡Mi France adorada! Iba a escribirte cuatro líneas. Si supieras, aquí todo va a sangre y fuego… ¡Vaya, te queda bien con ese sombrero…!

—¡Suéltalo! ¡Suéltalo de una vez! ¡Todo va a sangre y fuego! ¿Por qué? ¿Caracol ha volcado su… escupidera?

Ofendida por mi ironía, Mélie se retira.

—¿Conque sí? Ve a preguntarle al señor y ya verás.

Intrigada, entro sin llamar en la habitación de papá, que, con el ruido, se vuelve y deja al descubierto una enorme caja que está llenando de libros. Su hermoso rostro velludo se reviste de una expresión inédita: furor inofensivo, desazón, confusión pueril.

—¿Eres tú, borriquita?

—Eso parece. ¿Qué estás haciendo, papá?

—Yo… Estoy ordenando unos papeles.

—¡Qué cartera más rara tienes ahí! Pero… yo conozco esta caja… ¡Viene de Montigny!

Papá se ha decidido. Se abotona la entallada levita, se sienta sin prisa alguna y cruza los brazos por encima de su barba.

—¡Viene de Montigny y a Montigny se vuelve! ¿Comprendido?

—No, en absoluto.

Clava sus ojos en mí, con las cejas caídas como matorrales, baja la voz y arriesga un:

—¡Me largo!

Yo había comprendido muy bien. Sentía acercarse esta huida sin motivo. ¿Por qué vino? ¿Por qué se va? Pienso: papá es una fuerza de la naturaleza, sirve al oscuro destino. Sin saberlo, vino para que yo pudiera conocer a Renaud; cumplida su misión de padre irresponsable, se va.

Como no he dicho nada, este hombre terrible se siente más seguro.

—Compréndelo, ¡estoy harto! Me dejo los ojos en este tugurio. Tengo que habérmelas con granujas, zapateros remendones y galopines. No puedo mover un dedo sin chocar con las paredes. Las alas de mi espíritu se desgarran con la ignorancia universal… ¡Por mil piaras de cerdos sarnosos! ¡Me vuelvo a mi vieja choza! ¿Vendrás a verme con el malandrín que tienes por esposo?

¡Este Renaud! Ha seducido incluso a papá, que apenas lo ve, pero que nunca habla de él sin una peculiar inflexión de huraña ternura.

—¡Claro que iré!

—Pero… tengo muchas cosas importantes de que hablarte: ¿qué hacemos con la gata? Está acostumbrada a mí…

—¿La gata?

¡Es verdad, la gata…! La quiere mucho. Además, Mélie estará allí y, en lo que a Fanchette se refiere, yo no me fío del ayuda de cámara de Renaud, de la cocinera de Renaud… Cariño mío, hijita mía, ahora duermo junto a otro calor que no es el tuyo… Me decido.

—Llévatela. Más adelante, ya veré; quizá me la traiga.

Lo que sé es que, bajo el pretexto del deber filial, podré ver de nuevo la casa hechizada de recuerdos, tal y como la dejé, y la dudosa y amada escuela… En el fondo, bendigo el éxodo paterno.

—Llévate también mi dormitorio, papá. Cuando vayamos a verte, dormiré en él.

Con un gesto, el bastión de la malacología me abruma con su desprecio.

—¡Puaj! ¿No te avergonzará cohabitar con tu marido bajo mi techo impoluto, como hacéis todas, bestias impuras? ¿Qué es para vosotras la castidad regeneradora?

¡Cómo le quiero cuando se pone así! Le beso y me voy, dejándole dispuesto a enterrar sus tesoros en la enorme caja y tarareando alegremente una canción campesina que le chifla:

De sobras sabéis que es pura habladuría:
su mano puso ella sobre la alcancía,
ya me entendéis,
nada más diré.

¡Si es este el himno a la castidad regeneradora…!

—Decididamente, cariño, voy a recuperar mi día de recibo.

Me entero de esta gran novedad de Renaud en nuestro tocador, donde me estoy desvistiendo. Hemos pasado la velada en casa de la Barmann y presenciado, para variar, una violenta agarrada entre esa lechuza gorda y el ruidoso patán que comparte su destino. Ella le dice: «¡Eres vulgar!». Él replica: «¡Aburres a todo el mundo con tus pretensiones literarias!». Los dos tienen razón. Él aúlla, ella grita. La sesión continúa. Él, escaso de invectivas, arroja su servilleta, abandona la mesa y trepa tumultuosamente a su cuarto. Todo el mundo suspira y se relaja. Cenamos a gusto y, a los postres, la anfitriona expide a Eugénie, la camarera, para que amanse (¿gracias a qué misteriosos procedimientos?) al gordo individuo, que acaba por volver a bajar, sin excusarse nunca. Mientras tanto, Gréveuille, el exquisito académico, que teme las peleas, le niega la razón a su venerable amiga, le hace la pelota al marido y se sirve más queso.

A este ambiente encantador contribuyo con mi cabeza rizada, mis dulces y recelosos ojos, un ambiguo escote —cuello robusto y oronda nuca sobre delgados hombros— y un mutismo incómodo para mis

vecinos de mesa.

No me hacen la corte. Mi reciente matrimonio mantiene las distancias, y yo no pertenezco a la raza que atrae a los *flirts*.

Un miércoles, en casa de la tal Barmann, fui cortésmente acosada por un atractivo y joven hombre de letras. (Bellos ojos los de ese joven, sospechosos de blefaritis, pero ¡no importa…!). Me comparó —¡siempre mis cabellos cortos!— con Mirtocleia, con un Hermes joven, con un Amor de Prud'hon. Por mí, rebuscó en su memoria y en sus museos secretos, y citó tantas obras maestras hermafroditas que pensé en Luce, y en Marcel, y estuve a punto de no enterarme de un *cassoulet* divino, especialidad de la casa, servido en pequeñas cazuelitas con borde de plata. «Una cazuela para cada uno, qué divertido, ¿no?, querido maestro», susurraba Maugis al oído de Gréveuille, y el sexagenario gorrón asentía con una sonrisa asimétrica.

Excitado por sus propias evocaciones, mi joven piropeador no me soltaba. Refugiada en un mirador Luis XV, sin apenas escucharle, oía desfilar su literatura. Me contemplaba con ojos acariciadores, de largas pestañas, y murmuraba bajito:

—El suyo es el ensueño de Narciso niño, es su alma rebosante de voluptuosidad y amargura…

—Señor —dije con firmeza—, está divagando usted. Mi alma solo está llena de alubias rojas y trocitos de tocino ahumado.

Se calló, fulminado.

Renaud me riñó un poco y se rio mucho más.

—¿Va usted a recuperar su día de recibo, mi dulce amigo?

Ha instalado su corpachón en un sillón de paja y yo me desvisto con el inocente desenfado que me es habitual. ¿Inocente? Digamos que sí: carente de mala intención.

—Sí. ¿Qué piensas hacer, querida niña mía? Hace poco, en casa de la Barmann y su nariz ganchuda, estabas muy bonita y pálida.

—¿Qué pienso hacer cuando usted reanude su día de recibo? Pues pienso presentarme de visita.

—¿Eso es todo? —dice, decepcionado.

—Sí, eso es todo, ¿qué otra cosa podría hacer?

—Pero ¡Claudine, al fin y al cabo, eres mi mujer!

—¿Quién tiene la culpa? Si me hubiera usted hecho caso, sería su amante, oculta tan tranquila en un cuchitril…

—¿Cuchitril?

—Sí, en un rinconcito cualquiera, lejos de toda su gente, y sus recepciones seguirían su marcha, como de costumbre. Haga, pues, como si yo fuera su amante…

¡Dios mío, me ha tomado la palabra! Porque yo, con pie ligero, acabo de recoger del suelo, donde se había caído, mi enagua de seda color malva; mi marido, inflamado por la doble Claudine reflejada en el espejo, se moviliza…

—¡Quítese de ahí, Renaud! ¡Un caballero de frac negro y una chica en pantalón, uf, parece cosa de Marcel Prevost en alguno de sus capítulos de mayor libertinaje!

La verdad es que a Renaud le encanta el coloquio de los espejos y su impúdico resplandor; en tanto que yo, desdeñosa de sus revelaciones, amante de la oscuridad, del silencio y del vértigo, los rehúyo.

—¡Renaud, mi guapo Renaud! Estábamos hablando de su día de…

—¡Al cuerno con mi día! ¡Me gusta más tu noche!

Así pues, papá se fue como había venido. Yo, poco interesada en las tempestades de la marcha, que adivino, no le acompañé a la estación. Envuelto en nubes de tormenta, sin mí insultará a la «turba inmunda» de los empleados, los colmará, de forma despectiva, de suntuosas propinas y se olvidará de pagar el billete.

Mélie me echa sinceramente de menos, pero la autorización de llevarse a Fanchette cura «en estos momentos» toda su aflicción. ¡Pobre Mélie, su «nenita» le resulta incomprensible! ¿Cómo, habiéndome casado con el amigo que he escogido, acostándome con él cuando quiero —e incluso más—, viviendo en una hermosa casa, teniendo un criado y un coche alquilado por meses, cómo no presumo más? Para Mélie, la presunción hay que demostrarla exteriormente,

Por otra parte, ¿tendrá su poco de razón? En presencia de Renaud no pienso en nada… sino en él. Es más absorbente que una mujer mimada. En él, la intensa vida que lleva se exterioriza en sonrisas, palabras, canturreos, exigencias amorosas. Me acusa, tiernamente, de no hacerle la corte, de poder leer estando él presente, de tener con frecuencia los ojos fijos en un punto del espacio… Cuando él no está presente, siento la turbación de una situación anormal, ilícita. ¿Será que el «estado de casada» no se ha hecho para mí? Sin embargo, debería acostumbrarme. Después de todo, Renaud no tiene sino lo que merece. Solo debía no haberse casado conmigo.

¡Quién lo iba a decir! Mi marido ha reanudado sus días de recibo.

¡Dicho está!

¿Qué ha podido hacerle Renaud a Dios para merecer tantos amigos? En el gabinete de trabajo, en cuero de color mulato, que huele a tabaco de Oriente, y en la larga antecámara, de donde han sido desterrados los dibujos y los croquis de variado origen, Ernest, el ayuda de cámara, ha introducido a unas cuarenta personas, hombres, mujeres, y a Marcel.

Al primer timbrazo pegué un salto y corrí a encerrarme en la paz del tocador. Llaman… Vuelven a llamar. A cada trino del timbre, la piel de mi espalda se estremece desagradablemente, y me acuerdo de Fanchette, que en los días de lluvia mira caer, con las mismas ondulaciones nerviosas recorriéndole el espinazo, las gruesas gotas del roto canalón del alero. ¡Ay, aquí no se trata de Fanchette! Ahora Renaud parlamenta a través de la puerta cerrada de mi refugio:

—Claudine, niña mía, ¡esto es insostenible! Al principio he dicho que no habías regresado, pero, te lo aseguro, la situación está haciéndose crítica: Maugis pretende que te he escondido en un subterráneo solo Dios sabe dónde…

Le escucho mirándome en el espejo y riendo, a mi pesar.

—La gente creerá que tienes miedo.

¡El muy cobarde! ¡Ha dicho lo que había que decir! Cepillo mis cabellos sobre la frente, tanteo el cierre de mi falda y abro la puerta.

—¿Puedo presentarme así ante su mundo?

—Sí, sí, de negro te adoro.

—¡Caramba, usted me adora de cualquier color!

—Sobre todo de color carne, es cierto. ¡Ven, corre!

Ya se ha fumado mucho en las habitaciones de mi marido; el olor del té flota junto con el del jengibre —y esas fresas, esos sándwiches de jamón, de foie-gras, de caviar—, ¡qué pronto huele a restaurante nocturno una habitación caldeada!

Me siento y «hago visita». Mi marido me ofrece té como a la última en llegar, y es la bonita chipriota de nombre paradójico, la señora Van Langendonck, quien me trae la crema de leche. ¡Enhorabuena!

En casa de Renaud encuentro los vagos rostros que he visto en los conciertos y en el teatro; los grandes críticos y los menos importantes, unos con sus mujeres, otros con sus amigas. ¡Por supuesto! Insistí en que mi marido no efectuara la menor depuración (¡fea palabra!, el hecho también hubiera sido feo). Y una vez más no soy yo la que recibe.

Maugis, llevando en la mano una copa para burdeos llena de kümmel, interroga, con interés maravillosamente fingido, al autor de una novela feminista dispuesto a exponerle la tesis que va a desarrollar en su próximo libro. El entrevistado habla, infatigable; el otro bebe sin descanso. Ya ebrio, pregunta al fin con voz pastosa:

—Y ¿cuál será el título de obra tan importante?

—Todavía no me he detenido a…

—Procure que no le detengan a usted.

Entonces se aleja con paso rígido.

Del numeroso clan de los extranjeros, extraigo a un escultor español de bellos ojos de caballo, boca de purísimo dibujo, con un conocimiento de nuestra lengua relativo y que, sobre todo, se dedica a la pintura.

Le confieso sin embarazo que apenas sé nada del Louvre y que yazgo sumida en mi ignorancia sin

demasiado afán por salir de ella.

—¿No ha visto usted los Rubens?

—No.

—¿No tiene ganas de verlos?

—No.

Ante esto, se pone en pie, arquea una pierna andaluza y, con un amplio saludo respetuoso, me suelta:

—¡Es usted un cerdo, señora!

Una hermosa mujer que pertenece a la Ópera (y a un amigo de Renaud) se sobresalta y nos mira esperando un escándalo. No lo verá. He comprendido muy bien a este esteta transpirenaico que solo dispone de un vocablo peyorativo. No conoce sino «cerdo». Nosotros solo tenemos una palabra para decir «amar», es igual de ridículo.

Alguien ha llegado y Renaud exclama:

—¡Les creía en Londres! Entonces ¿lo han vendido?

—Lo hemos vendido. Vivimos en París —dice una voz entrecortada, con un punto de acento inglés, apenas perceptible.

Un hombre rubio, robusto, está de pie, sosteniendo erguida una cabecita de ladrillo con ojos de un azul no transparente. Es, como he dicho, robusto y bien parecido, pero tiene la rigidez del hombre que, en todo momento, piensa en mantenerse tieso y parecer firme.

Su mujer… Nos presentan sin que yo entienda muy bien. Estoy ocupada en mirarla, y enseguida percibo uno de los auténticos motivos de su encanto: todos sus gestos, la línea de las caderas, la flexión de la nuca, el vivo ademán del brazo hacia los cabellos y el orbicular balanceo del talle, sentada, trazan curvas tan próximas al círculo que puedo leer, dibujadas en el aire, anillos entrelazados, perfectas espirales de conchas marinas, las líneas dibujadas por sus movimientos suaves.

Sus ojos, de largas pestañas, de un gris ambarino y variable, parecen más oscuros bajo los cabellos de oro suave, ondulados y verdeantes. Un vestido de pana negra, de corte sobrio y tela muy rica, se amolda a sus redondas y móviles caderas, al talle esbelto y, sin embargo, nada ceñido. Una pequeñísima estrella de diamantes, remate de un largo alfiler, brilla en el sombrero.

Sacándola del manguito de zorro, me tiende una manita rápida y cálida, y su mirada me repasa de arriba abajo. ¿Hablará con acento extranjero? No sé por qué, a pesar de lo correcto de su vestido, de la ausencia de joyas, ni siquiera una sarta de perlas, se me antoja un poco advenediza. Sus ojos no son de aquí… Habla… Escuchemos… Pues bien, habla sin el menor acento. ¡Qué tontos somos imaginando cosas! Su fresca boca, estrecha en reposo, al abrirse se vuelve tentadora y florida. Enseguida se deshace en amabilidades:

—Estoy muy contenta de conocerla. Estaba segura de que su marido encontraría una mujercita que nos sorprendería y enamoraría a todos.

—Gracias en nombre de mi marido. Pero, ahora, ¿no me dedicará un cumplido que únicamente me halague a mí?

—No lo necesita. Resígnese tan solo a no parecerse a nadie.

Apenas se mueve, no aventura sino ademanes contenidos, pero solo para sentarse a mi lado ha parecido girar dos veces dentro de su vestido. ¿Coqueteamos ya o nos mostramos hostiles? Coqueteamos, más bien. A pesar de sus elogios de hace un instante, no siento la menor tentación de arañarla; es encantadora. Desde tan cerca, cuento sus espirales y sus múltiples curvas: sus cabellos se enroscan obedientes en su nuca, sus orejas se curvan, complejas y delicadas, y sus radiantes pestañas y las estremecidas plumas enrolladas en torno a su sombrero parecen huir de ella por efecto de una invisible rotación.

¿Y si le preguntara cuántos derviches danzantes cuenta entre sus antepasados? No, no es oportuno; Renaud me reñiría. Y, por otra parte, ¿para qué ofender tan pronto a la tan atrayente señora Lambrook?

—¿Renaud le ha hablado de nosotros? —pregunta ella.

—Nunca. ¿Se conocen ustedes mucho?

—¡Eso creo! Ya hemos cenado juntos por lo menos seis veces. ¡Y no estoy contando las veladas!

¿Se burla de mí? ¿Es irónica o tonta? Más adelante se verá, por el momento me encandila con su hablar pausado, su voz mimosa, en la que, de cuando en cuando, se entretiene y zurea una «r» rebelde.

La dejo hablar mientras, sin quitarme ojo, constata de cerca, miope y sin miramientos, el color de mis pupilas, a juego con mis cabellos cortos.

Habla de sí misma. En mi cuarto de hora me entero de que su marido es un exoficial inglés, consumido y anulado por la India, donde perdió toda su energía y su actividad de espíritu. Solo es un bello esqueleto, deja ella muy claro. Me entero de que es rica, aunque «nunca, nunca lo suficiente», dice con apasionamiento; de que su madre es vienesa y le ha dado unos hermosos cabellos, una piel de volúbilis blanco (cito tal cual) y el nombre de Rézi.

—Rézi… su nombre huele a grosellas.

—Aquí, sí. Pero creo que en Viena es un diminutivo tan distinguido, poco más o menos, como Nana o Titina.

—¡Me da igual! Rézi. ¡Qué bonito es: Rézi!

—Es bonito porque usted lo dice de una manera bonita.

Sus dedos desnudos acarician mi nuca descubierta, tan deprisa que, más nerviosa que asombrada, me sobresalto, porque hace dos minutos que observo que sus ojos se mueven rodeando mi cuello con un collar de miradas.

—Rézi…

Esta vez es su marido, que quiere llevársela. Se acerca a saludarme, y sus pupilas opacas y azules me incomodan. ¡Un hermoso esqueleto! que, pienso, todavía puede albergar muchos celos y despotismo, porque, a su breve llamada, Rézi se ha levantado, sin objeción alguna, deprisa. Este hombre se expresa en términos espaciados y lentos (como si «escuchara al apuntador» cada tres palabras, dice Maugis). Es evidente que cuida su dicción para suprimir todo acento inglés.

Queda convenido que «nos veremos con frecuencia» y de que «la señora Claudine es una maravilla». Si mantengo mi promesa, iré a ver a esta rubia Rézi a su casa, a dos pasos, en la avenue Kléber.

Rézi… Toda su persona emana un perfume a helecho y a lirio, perfume honesto, simple y agreste, que sorprende y maravilla por contraste, porque yo no he descubierto en ella nada de agreste, de simple ni, ¡palabra!, de honesto. ¡Es demasiado bonita! Ella me ha hablado de su marido, de sus viajes, de mí, pero no sé nada de ella misma, salvo su encanto.

—¿Y bien, Claudine?

Mi querido grandullón, enervado y contento, se deleita contemplando el salón al fin vacío. Platos sucios, pastas mordisqueadas y abandonadas, ceniza de cigarrillos en los brazos de los sillones y en el reborde de las consolas (¡los animales que nos han visitado carecen de modales!), vasos pegajosos de horribles mixturas: ¡porque he sorprendido a un poeta meridional, clásicamente melenudo, dedicado a combinar naranjada con kümmel, coñac, aguardiente de cerezas Rocher y anisete ruso! «Una Jezabel líquida», ha exclamado la pequeña señorita Lizery (la amiguita de Robert Parville), y me ha explicado que en los Oiseaux las alumnas, empolladas en Athalie, llamaban Jezabel a todas las «mezclas horribles».

—Y bien, Claudine, ¿no me dices nada de mi día de recibo?

—¡Su día de recibo, pobrecito mío! Creo que se merece tanto que le compadezcan como que le castiguen… Y hay que abrir las ventanas. No está mal lo que ha quedado de esos pastelillos con avellana, que tienen tan buena pinta. ¿Está usted seguro de que, como diría mi padre, nadie se ha

«limpiado las patas» en ellos?

Renaud asiente con la cabeza y se oprime las sienes. Le amenaza una jaqueca.

—Tu noble padre es más que prudente. Imítale tú y no toques ese sospechoso producto. He visto a Suzanne de Lizery tocarlos con las manos, unas manos sobonas que no sé yo de dónde salían y que tenían trazas de fatiga en sus sucias uñas…

—¡Puaj! Cállese o no podré cenar. Vamos al tocador.

Mi marido ha recibido hoy a tanta gente que me siento absolutamente cansada. Él —¡ah, joven Renaud de cabellos de plata!— parece más animado que nunca. Va de aquí para allá, charla y ríe, me aspira, lo que al parecer ahuyenta toda veleidad de jaqueca, y da vueltas alrededor de mi sillón.

—¿Qué tiene usted que da vueltas así, como un cernícalo? —le digo.

—Como un cernícalo, ¿de verdad? No sé cómo son los cernícalos. Déjame que lo adivine… Imagino al cernícalo como un animalito de nariz ganchuda… ¡Cernícalo! Un animalejo castaño, que tira coces y tiene mal carácter, ¿no?

La imagen de un ave de rapiña cuadrúpeda me ha provocado un acceso de risa tan juvenil que mi marido se detiene, casi irritado, ante mí.

—¿Tanta gracia tiene, pastorcito rizado? Sigue riendo, que yo vea el fondo de tu garganta…

¡Cuidado! Heme aquí en peligro de ser amada un poco exaltadamente.

—No; antes de cenar, no.

—¿Después?

—No sé…

—Entonces, antes y después. ¿No te maravillas de cómo sé conciliarlo todo?

¡Débil y cobarde Claudine! Hay besos que son como «Sésamo…», después de los cuales no quiero conocer más que la noche, la desnudez, la lucha silenciosa y vana para controlarme un minuto más, un minuto, al borde del gozo.

—Renaud, ¿quiénes son?

Apagada la lámpara, vuelvo a mi sitio en la cama, a mi sitio en su hombro, donde la redonda articulación del brazo me sirve como de costumbre de almohada. Renaud junta sus largas piernas, en las que yo abrigo mis pies frioleros, y con la nuca busca retreparse en el cojincillo de crin que le sirve de almohada. Invariables preparativos para la noche, seguidos o precedidos de ritos casi cotidianos.

—¿Quiénes son quiénes, niña mía?

—Los Rézi… Los Lambrook, quiero decir.

—¡Ah! Ya sabía yo que la mujer te gustaría.

—Dígame quién es, deprisa.

—Pues son una pareja encantadora, pero mal avenida. En la mujer aprecio los hombros y el busto, veteados de azul lechoso, que muestra en las cenas íntimas, tanto como puede mostrar una criatura joven y atenta al placer de los demás; una coquetería insinuante, más de palabra que de actitudes, y el gusto por la acampada provisional. En el marido, me interesó su desmoralización, disimulada a base de espaldas rectas y de corrección. El coronel Lambrook se quedó en las colonias; sus despojos físicos volvieron solos. Él continúa allí una vida ignorada y, cuando se le habla de su amada India, deja de responder y, para disimular su emoción, se parapeta tras un silencio arrogante. ¿Qué sufrimiento, belleza o dilecta crueldad le atrae y le retiene allí? No se sabe. ¡Y es tan rara, pequeña, un alma tan hermética que guarda su secreto frente a todo el mundo!

(¿Tan rara es, querido Renaud?).

—La primera vez que cené en su casa, hace dos años, saboreé en el bazar fantástico que entonces les

servía de hogar un buen borgoña, palabra. Pregunté si podría encontrarlo parecido. «Sí —dijo Lambrook —, no es caro». Meditó un instante y, volviendo a alzar su rostro de terracota, comentó: «Veinte rupias, creo». Y hacía diez años que había regresado a Europa.

Pienso un minuto, silenciosa, contra el calor de mi amigo.

—Renaud, ¿quiere a su mujer?

—Tal vez sí, tal vez no. Le testimonia una mezcla de brutalidad y cortesía que no presagia nada bueno.

—¿Ella le engaña?

—Querido pajarito, ¿cómo voy a saberlo?

—¡Caray! Podría haber sido su amante.

El tono convencido de mi frase sacude a Renaud con un alborozo intempestivo.

—Estese quieto, está revolviendo mi sitio. No he dicho nada del otro mundo. Es una suposición que no tiene por qué ofenderle ni a usted ni a ella. ¿Tiene amigas que usted conozca?

—Pero ¡esto es un interrogatorio! Peor, una conquista. ¡Claudine, jamás te he visto interesarte tanto por una desconocida!

—Es verdad. Además, me estoy formando. Usted me acusa de insociable; yo procuro crearme amistades. Y ya que he conocido a una mujer bonita, cuyo timbre de voz me gusta, cuya mano me resulta agradable, quiero informarme, yo…

—Claudine —me interrumpe Renaud con seriedad burlona—, ¿no te parece que la piel de Rézi tiene algo… de Luce?

¡El muy villano! ¿Por qué deshojarlo todo con una sola palabra? Con un salto de pez vuelvo a mi sitio y me dispongo a dormir al este de la gran cama, en regiones castas y frías.

Gran laguna en mi diario. No he llevado al día la contabilidad de mis impresiones y, seguramente, me equivocaré en los totales. La vida continúa. Hace frío, Renaud se agita alegre, me transporta de un estreno a otro y declara, en voz muy alta, que el teatro le «carga», que la vulgaridad obligada del medio le subleva.

—Pero, Renaud —se asombra la sencilla Claudine—, ¿por qué va usted?

—Para… Vas a despreciarme, mi pequeño juez… Para ver a la gente. Para comprobar si Annhine de Lys va todavía con la señorita Flossie, la amiga de Willy; si el Reboux de la encantadora señorita Mundoë tiene éxito; si la extraña y seductora Polaire, con sus ojos de gacela enamorada, sigue detentando el récord del talle de avispa; para constatar cómo Mendès lanza, todo lirismo, su radiante perorata a las doce y media de la noche, sentado ante la mesa dispuesto a cenar; para divertirme con la grotesca Barmann, a quien Gréveuille, según Maugis, sirve de «camellero servidor»; para admirar las plumas de coronel que coronan a la garduña cebada de la señora Saint-Niketês…

No, no le desprecio por tanta frivolidad. Y, por otra parte, no tendría ninguna importancia, puesto que le amo. Sé que el público de los estrenos jamás escucha la obra. Yo, escucho, escucho apasionadamente. O bien digo: «Esto me aburre». Renaud me envidia unas convicciones tan simples y tan vivas: «Eres joven, pequeña mía…». ¡No tanto como él! Él me ama, trabaja, va de visita, parlotea, cena fuera, recibe los viernes a las cuatro de la tarde y encima le queda tiempo para pensar en un bolero de cibelinas para mí. De cuando en cuando, estando solos, relaja su rostro encantador y fatigado, me aprieta contra sí y suspira con profunda angustia: «¡Qué viejo soy, Claudine, mi querida niña! Noto cómo, uno tras otro, los minutos me arrugan, y es doloroso, ¡tan doloroso!». ¡Si supiera cuánto le amo así y cómo espero que los años calmen su fiebre de exhibición! Entonces, cuando él ya no quiera presumir, solo entonces nos uniremos completamente, y yo dejaré de jadear al lado de sus piafantes cuarenta y cinco años.

Un día, acordándome divertida del escultor andaluz y de su «¡Usted es un cerdo, señora!», quise descubrir el Louvre y admirar, sin guía, aquellos Rubens nuevos. Ataviada con mi bolero de cibelina y el sombrerito que hace conjunto y me cubre la cabeza como un animal enroscado, partí, valiente, sola y sin un pelo de topógrafa y me perdí en cada rincón de las galerías. Pues, si en un bosque puedo orientarme y saber la hora, en un piso me veo perdida.

Encontré los Rubens. Me asquean. ¡Sí, me asquean! Durante media hora larga intenté quedarme, leal y literalmente, boquiabierta (el estilo de Maugis me puede). ¡No! Esa carne, tanta carne, esa María de Médicis mofletuda y empolvada, cuyos pechos rebosan; ese guerrero regordete, su esposo, que un céfiro glorioso —y robusto— arrebata. ¡No, no, no! No los entenderé jamás. ¡Si Renaud y las amigas de Renaud lo supieran…! ¡Tanto peor! Si me pinchan, diré lo que pienso.

Decepcionada, me retiré pasito a pasito —para resistir las ganas de patinar por el pulido parquet— entre obras de arte que me contemplaban.

¡Ah! ¡Ah! Esto ya es otra cosa. He ahí gente de España y de Italia que valen algo. A pesar de todo, han tenido el atrevimiento de titular *San Juan Bautista* a esta cara pícara y angulosa, de Leonardo, que sonríe, inclinando el cuello, como la señorita Moreno…

¡Dios, qué guapo es! He dado, por casualidad, con el joven que me habría hecho pecar. ¡Menos mal que está pintado! ¿Quién es? *Retrato de un escultor*, por el Bronzino. Pero, bajo esos cabellos negros y crespos, me gustaría tocar el abombamiento de la frente encima de las cejas, y el labio ondulado y brutal, y besar esos ojos de paje cínico… ¿Esa mano blanca y desnuda modelaba estatuas? Quiero creerlo. Por el tono del rostro, imagino que esa piel sin vello es de las que verdean, como marfil antiguo, en las ingles y en las corvas… Una piel cálida toda ella, incluso en las pantorrillas… Y las palmas de las manos húmedas…

¿Qué hago allí? Ruborizada y semidespierta, miro alrededor. ¿Qué hago? ¡Engañar a Renaud, caramba!

Tendré que contarle a Rézi este adulterio estético. Se reirá, con esa risa suya que estalla con brusquedad y termina languideciendo. Porque Rézi y yo somos dos buenas amigas. Quince días han sido suficientes… Es lo que Renaud llamaría «una antigua amistad».

Dos buenas amigas, sí, sí. Estoy encantada con ella y ella está encantada conmigo. Por otra parte, no nos testimoniamos confianza real alguna. Sin duda todavía es un poco pronto. Rézi no merece el alma de Claudine. Le otorgo mi frecuente presencia, mi cabeza de cortos rizos, que ella se complace en peinar —¡tarea inútil!—, y mi rostro, que parece amar sin celos, cogiéndolo entre sus suaves manos, mientras mira, dice ella, cómo brillan mis pupilas.

Con insistente coquetería, ella me honra con su belleza y su gracia. Desde hace algunos días, voy a su casa todas las mañanas a las once.

En la avenue Kléber, los Lambrook viven en uno de esos pisos modernos en los que se ha sacrificado tanto en beneficio de la portería, la escalera y los salones primero y segundo —*boiseries* bastante finas, buena copia del estilo Luis XV criatura de Van Loo— que las habitaciones privadas reciben la luz y el aire de donde pueden. Rézi duerme en una larga habitación oscura y se viste en una galería. Pero ese tocador, incómodo y de continuo recalentado, me satisface. Y Rézi se viste y se desviste por procedimientos fantásticos. Yo, sentada muy juiciosa en una butaquita baja, la admiro.

Hela aquí en combinación. Sus maravillosos cabellos, teñidos de rosa por la cegadora electricidad, de verde metálico por la luz del día encapotado, se inflaman cuando hace un movimiento de incensario para desparramarlos. La doble y falsa luz de la insuficiente ventana y de las excesivas bombillas ilumina

a todas horas a Rézi con una claridad teatral.

Cepilla sus cabellos de bruma saltarina… Un golpe de varita y, gracias a un peine mágico, he aquí todo ese oro recogido, ordenado y retorcido en una nuca de ondas juiciosas. ¿Cómo lo sujeta? Con los ojos muy abiertos, estoy dispuesta a implorar: «¡Otra vez!». Rézi no espera mi ruego. Otro golpe de varita y esta bella mujer en combinación se yergue moldeada por un vestido de paño oscuro, con sombrero, dispuesta a salir. El corsé de rígidas ballenas, el procaz pantalón y las suaves y silenciosas enaguas han caído sobre ella como pájaros precipitados. Entonces Rézi, triunfante, me mira y ríe.

El hecho de desvestirse no presenta menos atractivos. Las prendas caen, todas a la vez, como cosidas las unas a las otras, pues esta encantadora émula de Fregoli se queda en combinación… y sombrero. ¡Cómo me irrita y admira ese sombrero! Se lo prende en la cabeza antes de ponerse el corsé y se lo quita después de las medias. Me dice que se baña con el sombrero puesto.

—Pero ¿por qué ese culto al cubrecabezas?

—No lo sé. Cuestión de pudor, tal vez. Si una noche tuviera que salir corriendo para huir de un incendio, no me importaría ir desnuda del todo… pero no sin sombrero.

—¡Bien, sin duda! ¡Cómo disfrutarían los bomberos!

Es más bonita, y también menos alta, de lo que creí a primera vista; de una blancura que rara vez se tiñe de rosa, de una armoniosa menudez. Su miopía, el incierto gris de sus ojos y la movilidad de sus pestañas disimulan sus pensamientos. En suma, apenas la conozco, a pesar de la espontaneidad de esta frase, que brotó de ella en nuestra cuarta entrevista:

—Tres cosas me enloquecen, Claudine: los viajes, París… y tú.

Nació en París, y lo ama como si fuera extranjera; le apasionan los olores fríos y dudosos, la hora en que el gas enrojece el crepúsculo azul, los teatros y la calle.

—¡En ninguna parte las mujeres son tan hermosas como en París, Claudine! (Dejemos a un lado Montigny, querida). En París es donde se ven los más cautivadores rostros de una belleza que toca a su fin; mujeres de cuarenta años, maquilladas y tenazmente ceñidas, que conservan fina la nariz, sus ojos de jovencitas, y que se dejan mirar con satisfacción y amargura.

Quien piensa y habla así no es tonta. Aquel día, para agradecerle tan bellos pensamientos, apreté sus afilados dedos, que dibujaban sus palabras como zarcillos de viña. ¡Al día siguiente se estremecía de placer ante el escaparate de Liberty por una delicada armonía de satenes color azafrán y rosa!

Casi cada día, cuando, un poco antes de las doce y por lo regular con retraso, me decido a abandonar la avenue Kléber y esa butaquita baja en la que me gustaría quedarme, para volver al encuentro de mi marido y mi comida, con la precipitación de Renaud por besarme y su apetito de carnes rojas (porque él no se alimenta, como yo, a base de insignificancias y plátanos), la puerta del tocador se abre sin ruido y enmarca la engañosa robustez de Lambrook. Ayer mismo…

—¿Por dónde ha venido? —exclama Rézi, irritada.

—Por los Campos Elíseos —responde tranquilo el hombre.

Luego se entretiene besándome la mano, inspeccionando mi bolero abierto, mirando a Rézi en corsé, y acaba por decirle a su mujer:

—Querida, ¡cuánto tiempo pierdes acicalándote!

Pensando en la rapidez fantástica de mi amiga, me echo a reír. Lambrook no dice ni pío; su piel curtida se ensombrece un poco. Pregunta por Renaud, expresa su deseo de vernos muy pronto a su mesa, y se retira.

—Rézi, ¿qué le pasa?

—Nada. Pero, Claudine, cuando él hable… no te rías. Cree que te burlas.

—¿De verdad? ¡Lo mismo me da!

—A mí no. Me hará una escena… Sus celos me abruman.

—¿Celos de mí? ¿A título de qué? ¡Ese hombre es un zoquete!

—No le gusta que tenga una amiga…

¿Tendrá el marido sus razones?

Sin embargo, en los modales de Rézi no hay nada que me induzca a pensar… A veces me mira largo rato sin que sus ojos miopes parpadeen, ojos de párpados casi paralelos —detalle que los hace parecer más grandes—, y su fina boca cerrada se entreabre, se hace infantil y tentadora. Un estremecimiento recorre sus hombros, ríe nerviosamente y exclama: «¡Alguien ha pisado mi tumba!». Y me da un beso. Eso es todo. Sería muy vanidoso por mi parte suponer…

No fomento nada. Dejo pasar el tiempo, contemplo bajo todos sus aspectos a esta Rézi irisada, y espero lo que viniere: espero, espero… con más pereza que honestidad.

Esta mañana he visto a Rézi. Eso no le ha impedido correr a mi casa, impaciente, hacia las cinco. Al igual que Fanchette se acuesta, ella se sienta después de dar dos vueltas completas. Su traje sastre azul oscuro enrojece el oro de sus cabellos; un complicado sombrero con pájaros la cubre con una batalla de gaviotas grises, tan agitada que yo, sin excesiva sorpresa, oiría piar todos esos picos entremezclados.

Se instala como quien se refugia… y suspira.

—¿Qué sucede, Rézi?

—Nada. Que en casa me aburro. La gente que viene a verme me aburre. Un *flirt*, dos *flirts*, tres *flirts* hoy… ¡ya los tengo muy vistos! ¡Qué monotonía la de esos hombres! ¡Por poco le pego al tercero!

—¿Por qué al tercero?

—Porque, una media hora después del segundo y con las mismas palabras, el muy miserable me ha dicho ¡que me amaba! Y el segundo ya era repetición del primero. Esos individuos no volverán a verme con frecuencia. ¡Dios, cómo se parecen todos los hombres!

—Ten uno solo, es más variado.

—También más cansado.

—Pero ¿tu marido no protesta?

—No, ¿de qué quieres que proteste?

¿Ah, sí? ¿Tan tonta me cree? ¿Y sus precauciones de la otra mañana, sus advertencias llenas de reticencias? No obstante, me mira con sus ojos claros, con reflejos de piedra lunar y de perla gris.

—¡Vamos a ver, Rézi! Anteayer por la mañana, yo no podía ni reírme de lo que él decía…

—¡Ah! —Su mano graciosa bate en el aire no sé qué mayonesa de ensueño…—. Pero, Claudine, no es lo mismo esos hombres que me resbalan… y tú.

—¡Eso espero! Aunque las razones por las que te agrado no pueden ser las mismas que las de ellos…

Su mirada se ha clavado en mí y se ha apartado con viveza.

—Dime al menos, Rézi, por qué a mí me ves sin desagrado.

Tranquilizada, deja su manguito para ritmar más a sus anchas, con las manos, con la nuca, con todo el busto, lo que quiere decirme; se hunde en la profunda poltrona y me sonríe tiernamente, misteriosa.

—¿Por qué me gustas, Claudine? Podría decirte tan solo: «Porque te encuentro bonita», y eso bastaría, pero no le bastaría a tu orgullo… ¿Por qué te quiero? Porque tus ojos y tus cabellos, del mismo metal, son todo cuanto queda de una estatuilla de bronce, cuyo resto se ha convertido en carne; porque la rudeza de tu gesto se armoniza con la dulzura de tu voz; porque eres huraña, pero te humanizas para mí; porque, cuando se te escapa o se adivina alguno de tus pensamientos íntimos, te ruborizas como si una mano desvergonzada se hubiera deslizado bajo tus faldas; porque…

La he interrumpido con un gesto —brusco, sí, es cierto—, irritada y azorada por dejar que se transparente tanto de mí misma. ¿Voy a enfadarme? ¿A dejarla para siempre? Ella previene toda

resolución hostil besándome, impetuosa, junto a la oreja. Ahogada en pieles, rozada por alas puntiagudas, apenas si tengo tiempo de saborear el olor de Rézi, la simplicidad engañosa de su perfume… cuando entra Renaud.

Violenta, me recuesto contra la poltrona. Violenta no por mi actitud, no por el rápido beso de Rézi, sino por la mirada penetrante de Renaud y por la divertida indulgencia, casi alentadora, que leo en ella. Besa la mano de mi amiga, diciendo:

—¡Por favor, que mi presencia no las estorbe!

—Pero ¡si usted no estorba —exclama ella— nada ni a nadie! Al contrario, ayúdeme a desarrugar el ceño de Claudine, que se ha molestado por un cumplido muy sincero.

—Muy sincero, estoy seguro, pero ¿lo ha dicho usted en tono suficientemente convincente? Mi Claudine es una jovencita muy seria y muy apasionada, que no sabría aceptar (y, como él pertenece a una generación que todavía leía a Musset, tararea el acompañamiento de la serenata de don Juan)… No sabría aceptar determinadas sonrisas escritas al pie de determinadas palabras.

—Renaud, se lo ruego, nada de revelaciones conyugales.

A mi pesar he alzado el tono, impaciente, pero Rézi vuelve hacia mí una sonrisa que me desarma.

—¡Oh, sí! ¡Oh, sí, Claudine! Déjale que cuente… Tengo un interés tan vivo y ¡es un acto de caridad corromper un poco mis oídos! He llegado a no saber qué quiere decir… amar.

¡Hum! Esta impetuosidad de esposa a dieta casa mal, me parece a mí, con el hastío flirteador de hace poco. Pero Renaud no sabe nada. Compasivo y generoso, contempla a Rézi de la cabeza a los pies, y yo no puedo evitar reírme cuando él exclama:

—¡Pobre niña! ¡Tan joven y ya privada de lo que embellece y da color a la vida! Venga conmigo, en el diván de mi gabinete de los sacrificios le aguarda el consuelo, y le costará menos caro que con un especialista.

—¿Menos caro? Los «precios de artista» me horrorizan.

—Usted no es una artista. Y, además, o se es honesto o no.

—Y usted no lo es. ¡Gracias, no!

—Me dará usted… lo que quiera.

—¿Qué?

Ella entrecierra sus ojos color humo.

—Quizá podría usted divertirse con la aventura del umbral.

—Preferiría el umbral de la aventura.

Encantada de sentirse un poco ultrajada, Rézi arquea la nuca y se esponja con los gestos de Fanchette al encontrar entre la hierba un saltamontes demasiado grande o un coleóptero cornudo.

—¡Le digo que no, benefactor de la humanidad! Además, todavía no he llegado ahí.

—Y ¿hasta dónde… ha llegado?

—Hasta las compensaciones.

—¿Cuáles? Las hay de varias clases, por lo menos de dos.

Ella se sonroja, exagera su miopía, después se vuelve hacia mí, suplicante y flexible:

—¡Claudine, defiéndeme!

—Sí, te prohíbo que… te dejes consolar por Renaud.

—¿No? ¿De verdad? ¿Celosa?

Ella relampaguea con una alegría poco caritativa que la embellece en extremo. Apenas sentada, con una pierna estirada y la otra doblada y moldeada bajo la falda, se inclina hacia mí en una posición tensa, como dispuesta a echar a correr. Su mejilla cercana se dora de un vello más pálido que sus cabellos y sus pestañas se agitan, incesantemente, transparentes, como el ala de gasa de una avispa. Rendida ante tanta belleza, muy sinceramente le respondo:

—¿Celosa? ¡Oh, no, Rézi, eres demasiado bonita! Yo no le perdonaría a Renaud la humillación de engañarme con una mujer fea.

Renaud me acaricia con una de esas miradas inteligentes que me devuelven a él cuando mi hosquedad o un acceso más vivo de soledad o de ausencia me han arrastrado un poco lejos. Le agradezco que así, por encima de Rézi, me diga, en silencio, tantas cosas tiernas.

Mientras, Rézi la rubia (¿me habrá comprendido del todo?) se acerca, estira nerviosamente sus brazos enlazados por las manos en el manguito, encoge los labios displicente, resopla y murmura:

—¡Mira! Tu complicada psicología me ha abierto el apetito y tengo mucha hambre.

—¡Oh, pobrecita! ¡Y yo te tengo en ayunas!

Doy un salto y corro hacia la campanilla.

Poco después, la comprensión y la paz amistosa se desprenden de las tazas calientes, de las tostadas lentamente impregnadas de mantequilla. Pero yo desdeño el té de la gente elegante. Con una cesta en la falda, desgrano frutos secos de aliso, pincho y estrujo nísperos fofos, frutas de invierno, frutas de nuestra casa, enviadas por Mélie, que huelen a bodega y a pasado: a rancio.

Y porque una tostada, requemada y ennegrecida, perfuma la habitación a creosota y a carbón fresco, me voy con la imaginación hacia Montigny, hacia la chimenea de campana… Creo ver, veo a Mélie, que echa en ella un haz de leña húmeda, y a Fanchette, que, sentada en la piedra alta del hogar, se aparta un poco, sorprendida por el atrevimiento de las llamas y las crepitaciones de la madera verde.

—¡Hija mía!

He soñado en voz alta. Y ante el regocijo de Renaud, ante la estupefacción de Rézi, me ruborizo y río, avergonzada.

El muelle invierno se arrastra, tibio y putrescente. Enero va a acabar. ¡Con qué prisa y con qué pereza, alternativamente, pasan los días! Teatros, cenas, *matinées* y conciertos hasta la una de la madrugada, con frecuencia hasta las dos. Renaud, presumiendo, y yo, doblada en dos.

Despertar tarde, diarios inundando la cama. Renaud reparte su atención entre la «actitud de Inglaterra» y la de Claudine, acostada boca abajo y perdida en sueños malintencionados, dormilona a quien esta vida ficticia roba demasiado el indispensable sueño. Breve almuerzo, de carnes rojas para mi marido, de horrores varios y azucarados para mí. De dos a cinco el programa varía.

Lo que nunca varía es la visita a Rézi o de Rézi, a las cinco. Ella se apega a mí cada vez más, sin ocultarlo. Y yo me apego a ella, sí, Dios mío, ocultándolo.

Casi cada tarde, a las siete, saliendo de un té o de un bar, donde Rézi se entona con un cóctel, donde yo mordisqueo patatas fritas demasiado saladas, pienso con rabia silenciosa que he de vestirme y que Renaud me espera ya ajustándose la botonadura de perlas. Gracias a mi melena corta y cómoda, debo confesar —¡mi modestia se resiente!— que inquieto por igual a los hombres y a las mujeres.

Debido a mi corte de cabello y a mi frialdad para con ellos, los hombres piensan: «Le van las mujeres». Porque, cosa que contradice el sentido común, si no me gustan los hombres, han de gustarme las mujeres. ¡Ah, la simplicidad del espíritu masculino!

Por otra parte, las mujeres —debido a mi corte de cabello y a mi frialdad para con sus maridos y sus amantes— me parecen inclinadas a pensar como ellos. Si, por un minuto, poso mis ojos en la gracia de una espalda descubierta o en un cuello garganta perfecto, sorprendo que me dirigen divertidas miradas curiosas, vergonzosas y furtivas. También he soportado el impacto de codicias en extremo explícitas; pero esas profesionales de los salones —fornidas damas de cincuenta años o más; enjutas muchachas morenas de caderas lisas; israelí con monóculo, que hunde su ganchuda nariz en los escotes como disponiéndose a ensartar un anillo perdido—, esas seductoras han hallado en Claudine una falta de curiosidad que, evidentemente, les sorprende. Y esto estuvo a punto de acabar con una reputación bien definida. En cambio, anteayer por la noche sorprendí en labios de una de mis «amigas» (léase una joven literata con la que he coincidido cinco veces) una sonrisa tan malintencionada subrayando el nombre de Rézi que comprendí muy bien. Y temo que el marido de Rézi pueda «volver a la carga» el día en que el chismorreo llegue a sus oídos suspicaces.

Sin embargo, un día estuve a punto de amansar sin querer a ese hombre, por otra parte desabrido.

Con los nervios a flor de piel, oía yo, a mi pesar, en casa de Renaud, los gañidos de un grupo de hombres jóvenes y calvos que discutían de literatura con una animación exaltada. «¿Su última novela? ¡Pues no hagan caso de los anuncios! En total, seis ediciones». «¡No, ocho!». «¡Seis, se lo digo yo! Y encima ediciones de doscientos ejemplares, sin contar los que imprimen aparte, ¡Sevin me lo ha confirmado!». «¿Qué te crees?, el librero saca lo que quiere, ¡hace la impresión y…!». «Floury vendía, él solo, veinte ejemplares diarios de mi *Disección del alma*; pues bien, como mucho me ha reportado treinta luises. ¿Y no pretendía encima descontarme un maldito anticipo de ciento cincuenta francos?». «¡Cuando uno piensa que no nos toca nada de los ejemplares fuera de tirada, es descorazonador! Yo, con el pretexto de que son para el servicio de prensa suplementario, me quedo, tan fresco, con algunos ejemplares, y los liquido donde Gougy». «¡Yo también!». «¡Y yo, caramba, hay que defenderse!». «Querido amigo, quedándose con el cuarenta por ciento y el catorce-doce para los detallistas, el editor podría darnos fácilmente veinte centavos por ejemplar vendido y encima hacer un buen negocio». «Incluso podría largarnos treinta centavos sin arruinarse». «Oh, ¡qué ralea!».

Hablaban todos a la vez, con la convicción que da una sordera voluntaria, y yo, pensando en Kipling y

en el pueblo de monos, murmuré: «¡Bandar-log!».

Al reconocer de pronto esta palabra hindú, Lambrook, que estaba a mi lado, sufrió un enfermizo temblor de mandíbulas. Sus ojos se posaron, acuosos y claros, en los míos. Pero, en el otro extremo del salón, sonó nerviosamente la risa de Rézi, y él se puso en pie, con aire indiferente, para ver con quién se divertía su mujer en voz tan alta.

Un novelista más que conocido (especialidad: sondeo del alma femenina) vino a instalarse en el sitio de este marido siempre alerta, y, con la actitud y la expresión —dirigidas a la galería— de un hombre que jadea al borde del éxtasis, me cuchicheó: «¡Qué tiempo tan malo!». Habituada a las maneras de este «Bourget de los pobres», que así lo había apodado Renaud, le dejé proseguir tranquilamente una improvisación (elaborada a puerta cerrada y matizada no sin arte) sobre el disolvente invierno sin frío, el delicioso abandono que trae el temprano crepúsculo y la primavera engañosa que encierra este inquietante diciembre… Una primavera más cierta, de piel húmeda y gargantas florecientes, palpita bajo el paso de los abrigos de pieles. (Acertada transición…). De ahí al deseo de hacer que esas pesadas pieles caigan sobre la muda alfombra de un piso de soltero, se sobrentiende, no hay más que un paso. Ya lanzado, este semitalento se dispone a darlo.

Soñadora, dulcificada y como vencida, murmuro:

—Sí… Fuera se respira el vaho embriagador y peligroso de un invernadero. —Y a continuación, bruscamente, concluyo, exagerando mi acento del Fresnois para desconcertarlo—: ¡Oh, sí, los trigos brotarán pronto y también la avena! ¡Qué idiota ha debido de encontrarme! ¡Yo bailaría de gozo! Pero ese buen mozo, al que he ofendido, va a repetir por todas partes, también él, desde lo alto de su vientre presuntuoso: «¿Claudine? ¡Le van las mujeres! —terminando la frase para sus adentros—: Puesto que yo no le voy».

¿Las mujeres? ¡Atajo de imbéciles! Que se presenten, de pronto, una mañana en casa, Dios mío, de pronto, a eso de las diez, y verán «si me van las mujeres».

Me llega una carta de papá, grandilocuente y contrita. A pesar del activo abejorro que da vueltas por su cabeza de hombre dichoso, a papá le irrita mi ausencia. En París le importaba un pito. Allí lejos ha encontrado vacía la vieja casa, vacía de Claudine. Se acabó la chiquilla silenciosa acurrucada en el hueco de una gran butaca, que revienta por las costuras, con un libro entre las rodillas, o colgada a horcajadas del nogal y rompiendo nueces con ruiditos de ardilla, o encaramada a lo largo del muro, encogida y al acecho de las ciruelas del vecino y de las dalias de la señora Adolphe. Papá nada dice de todo esto; su dignidad se lo impide, así como la nobleza de su estilo, en absoluto condescendiente con determinadas puerilidades. Pero piensa en ello. Yo también.

Temblando, transida de sentimiento y de recuerdos, corro en busca de Renaud, para esconderme y dormirme en el hueco de su hombro. Mi querido grandullón, al que interrumpo (sin que jamás rezongue) en un laborioso trabajo, no siempre comprende las razones de lo que él llama «mis naufragios». Pero, generoso, me acoge sin hacerme demasiadas preguntas. Bajo su calidez, el espejismo del Fresnois se cubre de niebla y se disipa. Y, cuando rápidamente conmovido por mi contacto, aprieta su brazo e inclina sobre mí su bigote entreverado de oro, perfumado de muguete y de jedive, yo alzo mi rostro para reírle y decirle:

—Huele usted a rubia que fuma.

Esta vez replica bromista:

—Y Rézi, ¿a qué huele?

—¿Rézi? —Pienso un minuto—. Ella huele a mentiras.

—¿Mentiras? ¿Pretendes que no te ama y que finge por capricho?

—No, grandullón mío. Quería decir menos de lo que he dicho. Rézi no miente, disimula. Almacena. Ella no explica con abundancia de palabras y riqueza de detalles, como la bonita Van Langendonck, «Salgo de las Galerías Lafayette», al principio de una frase que acaba con: «Hace cinco minutos estaba en Saint-Pierre de Montrouge». Rézi no es prolija, y se lo agradezco. Pero noto que esconde algo, que, propiamente hablando, entierra (como Fanchette) en su plato, con patitas cuidadosas, cien pequeñas atrocidades, cien pequeñas atrocidades sin importancia, si se quiere, pero bien hechas.

—¿Qué sabes tú?

—Nada, ¡caramba!, si necesita pruebas. Estoy hablándole de lo que olfateo. Y, además, su doncella tiene con frecuencia un modo de darle por las mañanas un papel arrugado… «Esto se lo dejó olvidado, señora, en el bolsillo de ayer…». Por azar, un día mis ojos cayeron sobre el contenido arrugado del «bolsillo de ayer» y podría muy bien afirmar que el sobre no estaba abierto todavía. ¿Qué opina usted de ese sistema de correos? Incluso el mismo Lambrook, tan receloso, no vería sino… viejos papeles.

—Es ingenioso —comenta Renaud en voz alta.

—¿Comprende, pues, grandullón mío, a esa Rézi misteriosa, que llega aquí, blanca y dorada, con ojos claros hasta el fondo, que me envuelve en un perfume campestre a helechos y a lirios?

—¡Eh, Claudine!

—¿Qué le pasa?

—¿Cómo que qué me pasa? ¿Y a ti? ¡Creo que estoy soñando! ¡Mi ausente y desdeñosa Claudine interesándose por alguien, por Rézi, hasta el punto de estudiarla, hasta el punto de reflexionar y sacar conclusiones! ¡Ah, señorita —gruñe en broma, con los brazos cruzados, como papá—, nos hemos enamorado!

Retrocediendo, le miro desde arriba, frunciendo tanto las cejas que se asusta.

—¿Cómo? ¿Encima enfadada? Decididamente, todo lo tomas a la tremenda.

—¡Y usted no toma nada en serio!

—Una sola cosa: a ti.

Aguarda, pero yo no me muevo.

—¡No seas tonta, y ven! ¡Cuántos quebraderos de cabeza me cuesta esta niña! Claudine —pregunta (yo me he vuelto a sentar en sus rodillas, silenciosa y todavía algo tiesa)—, dime una cosa.

—¿Qué?

—¿Por qué cuando se trata de confesar uno de tus secretos pensamientos te encabritas indignada, incluso con tu viejo marido-papá, tan púdica, o tal vez más que si en medio de un impresionante concurso de personalidades parisienses tuvieras que enseñar el trasero?

—Hombre simple, es que conozco mi trasero: sé que es duro, de aspecto y de tacto agradable. Estoy menos segura, grandullón, de mis pensamientos y de su limpieza, y de la acogida que recibirían. Mi pudor lúcido se obstina en ocultar lo que, débil y feo, temo en mí.

Esta mañana sorprendo a Renaud en una intensa y triste cólera. En silencio, le observo arrojar al fuego papeles hechos una bola, arrebatar bruscamente todo un rincón de su escritorio repleto de folletos y amontonar esta brazada sobre el crepitante fuego de carbón coque. Un pequeño cenicero, lanzado con mano segura, va a hundirse en el cesto de los papeles. Después es Ernest quien, por no haber acudido con toda presteza, se ve amenazado con la expulsión, como un simple congregante. ¡La cosa está que arde!

Sentada, con las manos cruzadas, miro y espero. Los ojos de Renaud me localizan y se dulcifican.

—Estabas ahí. No te había visto. ¿De dónde vienes?

—De casa de Rézi.

—¡Tendría que habérseme ocurrido! Pero, cariño, perdona mi distracción. No estoy de humor.

—Suerte que lo disimule tan bien.

—No te burles. Acércate. Tranquilízame. Tengo noticias indignantes, hasta odiosas, de Marcel.

—¡Ah!

Pienso en la última visita de mi hijastro, quien, de verdad, va demasiado lejos. Un inconcebible afán de fanfarronear le impulsa a contarme cien cosas por las que yo no pregunto, entre ellas el relato casi al detalle del encuentro que tuvo en la rue de la Pompe, a la hora en que el liceo Janson lanza a la calle una bandada de chicos con boina azul. Aquel día, la odisea de Marcel fue interrumpida por la llegada de Rézi, quien, durante tres cuartos de hora largos, desgastó contra él todas las armas de sus miradas y la serie entera de sus más sabios volteos. Cansada al fin, abandonó la lucha y se volvió hacia mí con un divertido gesto de desánimo, que decía tan a las claras «¡Uf, ya estoy harta!» que yo me eché a reír y Marcel (este anormal está muy lejos de ser tonto) sonrió, infinitamente desdeñoso.

Ese desdén se trocó enseguida en curiosidad sin ambages cuando vio a Rézi, eléctrica, dirigir hacia mí todo su abanico —¡el mismo!— de seducciones.

Entonces, afectando una discreción que no venía a cuento, Marcel se fue.

¿Qué nueva extravagancia habrá cometido ahora ese muchacho?

Con la cabeza apoyada en las rodillas de Renaud, espero que me la cuente.

—¡Siempre la misma historia, pobrecita mía! Mi encantador hijo bombardea con literatura neogriega a un crío de buena familia. ¿No dices nada, hijita? Yo debería estar acostumbrado, ¡ay!, pero estas historias me producen tal horror…

—¿Por qué?

Ante mi pregunta, hecha con suavidad, Renaud se sobresalta.

—¿Cómo «por qué»?

—Quiero decir, ¿por qué, mi querido grandullón, sonríe usted encandilado, casi aprobándola, ante la idea de que Luce fuera para mí una amiga demasiado tierna? ¿Ante la esperanza, repito: la esperanza de que Rézi pueda convertirse en una Luce más afortunada?

¡Qué cara tan divertida la de mi marido en este momento! La sorpresa extrema, una especie de pudor ofendido, una sombra avergonzada y mimosa cruzan por ella, a oleadas, como la sombra de las nubes corriendo sobre un prado. Triunfal, exclama al fin:

—¡No es lo mismo!

—Gracias a Dios, no del todo.

—¡No, no es lo mismo! Vosotras podéis hacerlo todo. Es encantador, no tiene importancia.

—No tiene importancia. No estoy de acuerdo con usted.

—¡Sí, tengo razón! Entre vosotras, animalitos encantadores, es… ¿cómo decirlo…? Un modo de

consolarse de nosotros, una diversión que os descansa.

—¡Oh…!

—O, al menos, os resarce. Es la lógica búsqueda de un compañero más perfecto, de una belleza más semejante a la vuestra, en la que vuestra sensibilidad y vuestros desfallecimientos se miran y se reconocen. Si me atreviera (pero no me atreveré), diría que a determinadas mujeres les hace falta la mujer para conservar el gusto por el hombre.

Pues bien, ¡no lo entiendo! ¡Qué dolorosa singularidad amarse tanto como nosotros nos amamos y sentir de formas tan dispares! No puedo comprender lo que mi marido acaba de decir sino como una paradoja que halaga y enmascara su libertinaje un tanto mirón.

Rézi se ha convertido en mi sombra. Está aquí a todas horas, me cerca con sus gestos armoniosos, cuya línea se prolonga en el vacío, me envuelve con sus palabras, con sus miradas, con su pensamiento tormentoso, que yo espero ver brotar a destellos de sus afilados dedos. Me inquieto. Noto en ella una voluntad superior, más terca que la mía, que obra a trompicones y luego se adormece.

A veces, irritada, enervada por esa dulzura tenaz, por su belleza, que me pasa por la cara como si fuera un ramillete que, apenas velada, adorna ante mí, siento ganas de preguntarle bruscamente: «¿Adónde quieres ir a parar?». Pero temo que me lo diga. Y prefiero callarme, cobardemente, para permanecer a su lado sin pecar, pues, después de todo, ella es desde hace tres meses mi querida costumbre.

En suma, aparte de la insistencia de sus dulces ojos grises y del ingenuo «¡Dios, cuánto te quiero!», que, como la espontánea exclamación de una niña, se le escapa con frecuencia, no tengo motivo alguno de alarma.

De hecho, ¿qué le gusta de mí? Percibo bien la sinceridad, si no de la ternura, al menos de su deseo, y temo —sí, temo— que solo la anime ese deseo.

Ayer, agobiada por la jaqueca, oprimida por el crepúsculo, dejé que Rézi pusiera sus manos sobre mis ojos. Con los párpados cerrados, adivinaba detrás de mí el arabesco de su cuerpo inclinado, esbelto dentro de un ajustado vestido gris plomo, un gris que ponía en duda el matiz de sus ojos.

Un peligroso silencio se abatía sobre nosotras dos. Sin embargo, ella no arriesgó un solo gesto y no me besó. Solo dijo, al cabo de algunos minutos: «¡Oh, querida, querida mía!», y de nuevo calló.

Cuando el reloj de pared dio las siete, reaccioné vivamente y corrí al conmutador para encender la luz. La sonrisa de Rézi, que surgió pálida y deliciosa bajo el brusco resplandor, chocó con mi expresión, brutal y hermética.

Flexible, reprimiendo un breve suspiro, buscó sus guantes, afirmó su inamovible sombrero, me dijo «Adiós» junto al cuello y «Hasta mañana», y yo me quedé sola ante un espejo escuchando su ligera huida.

¡No te engañes a ti misma, Claudine! Tu reflexión, acodada frente a ese espejo, y tu aire de ahondar en un naciente remordimiento ¿no eran la inquietud de comprobar intacto ese rostro de ojos color habano que tu amiga ama?

—¿En qué piensas, mi querida niña?

Su querida niña está sentada encima de la gran cama, que todavía no ha abandonado, con las piernas cruzadas. Enfundada en un amplio camisón rosa, cincela pensativa las uñas de su pie derecho con la ayuda de unos lindos alicates de mangos de marfil, y no dice palabra.

—¿En qué piensas, mi querida niña?

Alzo la cabeza, peinada con plomos rizadores, y miro a Renaud —quien, ya vestido, se anuda la corbata— como si no lo hubiera visto nunca.

—Sí, ¿en qué piensas? No me has dicho nada desde que te has despertado. ¡Has dejado que te demostrara mi ternura sin tan siquiera darte cuenta!

Alzo una mano en protesta.

—Evidentemente, exagero, pero estabas distraída, Claudine.

—¡Me sorprende!

—¡No tanto como a mí! Me tienes acostumbrado a mayor interés por esos juegos.

—No son juegos.

—Llámalos pesadillas, si quieres; mi observación sigue en pie. ¿Por dónde vagas, pajarito mío, desde esta mañana?

—Me gustaría ir al campo —digo después de reflexionar.

—¡Oh! —exclama, consternado—. ¡Claudine! Pero mira. —Alza la cortina: un diluvio cae sobre los tejados de cinc y los canalones rebosan—. ¿Te han entrado esas ganas con este rocío matinal? Piensa en el agua sucia que chorrea por el suelo, en los bajos de las faldas pegados a los tobillos; piensa en las gotas frías en los rebordes de las orejas…

—Ya pienso. Usted nunca ha comprendido en absoluto la lluvia campestre, con los zuecos que hacen chop al dejar su huella húmeda; con el áspero capuchón, cuyos pelos de lana ensartan todos ellos una gota de agua, el picudo capuchón que traza para el rostro una pequeña «casa» bajo la cual una se hunde y se ríe… Desde luego, el frío escuece, pero una se calienta los muslos con bolsas de castañas calientes y lleva guantes de punto.

—¡No sigas! ¡De pensar en los guantes de lana rozando las uñas me da dentera! Si quieres volver a Montigny, si de verdad tanto lo deseas, si es una «última voluntad» —suspira—, iremos.

No, no iremos. Al hablar en voz alta me he creído sinceramente las palabras que decía. Pero esta mañana, la añoranza del Fresnois no me lacera. Mi silencio no es nostálgico. Se trata de otra cosa.

Se trata… Se trata… de que han comenzado las hostilidades y de que la perfidia amorosa de Rézi me ha cogido por sorpresa, sin plan de defensa.

He ido a verla a las cinco, ya que ella es hoy por hoy la compañera de la mitad de mi vida, y eso me exaspera, me encanta y no puedo hacer nada contra ello.

La encuentro totalmente sola, tostándose ante un fuego de mil diablos. El resplandor de la chimenea la abrasa y la traspasa, aureolándola de una roja llama debida a sus cabellos sueltos, devoradas y fundidas las líneas de su silueta en rojo cobre y rojo cereza de metal en fusión. Me sonríe sin levantarse y me tiende los brazos con tanta ternura que me alarmo y solo la beso una vez.

—¿Estás sola, Rézi?

—No. Estaba contigo.

—Conmigo y… ¿con quién más?

—Contigo y… conmigo. Eso me bastaba. No a ti, ¡ay!

—Te equivocas, querida.

Mueve la cabeza con un balanceo que se propaga hasta sus pies, recogidos bajo un pequeño taburete. Y la dulce cara soñadora, donde la llama viva esculpe junto a las comisuras de la boca dos hoyitos de sombra, me mira ahora profundamente.

¡Bueno, así estamos! ¿Y es esto todo lo que se me ocurre? Antes de dejar que ella me invadiera y se impregnara de mí, ¿no podía yo haberme explicado neta y claramente? Rézi no es una Luce cualquiera dispuesta a dejarse pegar y que, por una tunda, la deja a una veinticuatro horas en paz. La culpa es mía, la culpa es mía.

Me observa con melancolía, desde abajo, y habla a media voz:

—¡Oh, Claudine! ¿Por qué desconfías de mí? Cuando me siento demasiado cerca de ti, siempre encuentro bajo tu vestido un pie a la defensiva, inerte como la pata de un sillón que, apartado de ti, me impide acercarme. ¡Me impide! ¡Claudine, pensar en una defensa física es ofenderme! ¿Ha intentado alguna vez mi boca cometer en tu rostro uno de esos errores voluntarios de los que luego se acusa a la precipitación o a la oscuridad? Me tratas como a una… enferma, como a una… profesional, cuyas manos hay que vigilar y ante la cual hay que recelar de todas las actitudes… —Se calla y espera. Yo no digo nada. Ella continúa, más mimosa—: Querida, querida, ¿eres verdaderamente tú, Claudine, inteligente y sensible, quien asigna a la ternura límites convencionales tan ridículos?

—¿Ridículos?

—Sí, esa es la palabra: «Eres amiga mía, me besarás aquí y ahí… Eres mi amante, el resto te pertenece».

—¡Rézi!

Interrumpe mi iniciado ademán.

—¡Oh, no tengas miedo! Estoy sintetizando a grandes rasgos; ¡entre nosotras no existe nada de todo eso! Pero querría que cesaras, querida, de apenarme y de armar tu prudencia contra mí, porque no lo merezco. Hazme justicia —suplica cerca de mí, gracias a una imperceptible reptación de la que yo no me he dado cuenta—; ¿qué tiene mi ternura para que la pongas en guardia?

—Tus pensamientos —digo en voz baja.

Está cerca de mí, lo suficientemente cerca para que note emanar de ella, sobre mi mejilla, el calor que ha acumulado junto al fuego.

—Te pido, pues, gracia —murmura—, para la fuerza de un afecto que tan mal se disimula.

Parece dócil, casi resignada. Mi respiración, que contengo para que no me adivine turbada lo más mínimo, me trae su olor a seda recalentada, a lirio, un olor todavía más dulce porque ella ha alzado su brazo para retocar en su nuca la trenza de oro. ¿Quién me librará del vértigo? El orgullo me impide recurrir al auxilio de cualquier burda distracción. Rézi suspira y, con un gesto como de despertar, estira sus brazos de ninfa del Rin. Su marido acaba de entrar, de la silenciosa e indiscreta forma que le es propia.

—¿Cómo, todavía a oscuras, mi querida Rézi? —dice asombrado, tras los apretones de manos.

—¡Oh, no haga sonar la campanilla! —ruego, sin aguardar a que Rézi responda—. Es la hora que más me gusta: entre dos luces…

—Entre dos sombras, diría yo —replica con suavidad ese tipo insoportable que, desde luego, domina el francés.

Rézi, muda, le sigue con una mirada de negro rencor. Él camina con paso regular, penetra en el sombrío hueco abierto del salón y continúa su paseo. Su paso cadencioso le conduce de nuevo hacia nosotras, hasta el fuego que, desde abajo, ilumina su cara endurecida y sus ojos opacos. A diez centímetros de mí, da media vuelta, militarmente, y se aleja otra vez.

Me he quedado sentada, indecisa.

Los ojos de Rézi se vuelven diabólicos; calcula su ritmo. Erguida con un silencioso esfuerzo de cintura,

me domina con una boca locamente dulce y con un brazo en el cuello. Por encima de los míos, sus grandes ojos abiertos escuchan las pisadas que se alejan, y con su mano libre alzada marca el ritmo de la marcha conyugal al mismo tiempo que el estremecimiento de sus labios, que parecen contar los latidos de mi corazón: uno, dos, tres, cuatro, cin… Como una atadura cortada, el brazo cae; Lambrook se vuelve; Rézi está otra vez sentada a mis pies y parece leer en el fuego.

No he podido contener un suspiro trémulo, un grito de turbación, de indignación, de sorpresa, de angustia por el auténtico peligro que ella acaba de correr.

—¿Decía usted, querida señora?

—¡Oh, querido señor, écheme de aquí! Es horriblemente tarde. ¡Renaud debe de estar buscándome en el depósito de cadáveres!

—Permítame creer que, primero, la buscaría aquí. Eso me halaga.

(Este hombre es para darle de bofetadas).

—Rézi… adiós…

—¿Hasta mañana, querida?

—Hasta mañana.

He aquí por qué Claudine cincela pensativa esta mañana las uñas de su pie derecho.

¡Cobarde Rézi! La habilidad de su gesto, el abuso de mi segura discreción, la inolvidable perfección de su peligroso beso, todo ese ayer me precipita en un pesado ensueño. Y Renaud me cree triste. ¿Así pues, no sabe, no sabrá nunca, que en mis ojos el deseo, el vivo y próximo sentimiento, la voluptuosidad se tiñen siempre de sombríos matices?

¡Embustera Rézi! ¡Embustera! Dos minutos antes de que me asaltara con su beso, su voz humilde y sincera me tranquilizaba, me exponía su pena al presentir mis injustas sospechas. ¡Embustera!

En el fondo de mí misma, la brusquedad de su trampa intercede por ella. La Rézi que se lamentaba de que yo ignorase su deseo, o al menos su control, no tuvo miedo de desdecirse inmediatamente, de afrontar mi cólera y los celos brutales de ese fatuo coloso.

¿Qué le gusta más: el peligro o yo?

¿Tal vez yo? Vuelvo a ver el salto animal de su cintura, el gesto de bebedora que la ha lanzado hacia mi boca… ¡No, hoy no iré a su casa!

—¿Va usted a salir, Renaud? ¿Me lleva con usted?

—Como tú quieras, niña encantadora. ¿Rézi está hoy ocupada?

—Olvídese de Rézi. Quiero salir con usted.

—¿Una pelea, ya?

No respondo sino con un gesto de descarte y eliminación. No insiste.

Gentil como una mujer enamorada, concluye sus asuntos en una media hora para recogerme con el coche —un cupé de alquiler, un tanto usado, pero con buena suspensión— y llevarme a Casa Pépette a tomar un té, comer algunos pastelitos de chester y emparedados mixtos de lechuga y arenque. Se está calentito, estamos bien situados, decimos tonterías de casados jóvenes que se comportan mal… Cuando, de pronto, mi alegría y mi apetito se acaban. Con los ojos en un emparedado ya empezado, he ido a dar con un recuerdo sin importancia y ya lejano.

Un día, en casa de Rézi (hace apenas dos meses), distraída y sin apetito, dejé una tostada mordida en forma de media luna. Charlando, no me di cuenta de que la mano de Rézi, hábil y tímida, robaba aquella tostada mordisqueada. Pero, de repente, la vi dispuesta a morderla con fuerza, a agrandar la media luna dejada por mis dientes, y ella vio que yo la había visto. Enrojeció, y creyó salvar la situación diciendo: «Qué glotona soy, ¿verdad?». ¿Por qué ha de surgir y turbarme ahora este pequeño incidente?

Sin embargo, si estuviera verdaderamente afligida por mi ausencia…

—¡Claudine! ¡Eh, Claudine!

—¿Qué?

—Pero, querida, esto es una enfermedad. Vamos, pobre pajarito; en cuanto llegue el buen tiempo, zarparemos hacia Montigny, hacia tu noble padre, hacia Fanchette y Mélie. No quiero ver cómo te hundes así, mi querida niña.

Sonrío al querido Renaud de una forma ambigua, que no lo tranquiliza, y regresamos a pie, con el tiempo oleaginoso de después de la lluvia, cuando caballos y viandantes vacilan, sobre el pavimento engrasado con un mismo y ebrio paso resbaladizo.

En casa me aguarda una cartita urgente.

> Claudine, te lo suplico, olvídalo, olvídalo. Ven, para que pueda explicarte, si es que tiene explicación… Fue un juego, una broma, la loca necesidad de engañar al que desfilaba tan cerca de nosotras y cuyas pisadas en la alfombra me exasperaban…

¡Cómo! ¿He leído bien? ¿Era para engañar «al que desfilaba», como dice ella? ¡Si era yo, estúpida, la que iba a desfilar! ¿Una broma? ¡Ya verá ella si a mí se me embroma impunemente de ese modo!

Mi cólera ondula en mí como un gatito que mama. Trazo proyectos salvajes. No quiero saber todo lo que de decepción y de celos encierra mi cólera. Renaud me sorprende con la cartita abierta entre las manos.

—¡Ah! ¿Se da por vencida? *All right!* Recuerda esto, Claudine: es importante que siempre sea el otro quien se dé por vencido.

—¡Tiene usted olfato!

En mi tono, adivina la tormenta y se inquieta.

—Veamos, ¿qué ha pasado? Nada que no se pueda decir, ¿no? No pregunto los detalles…

—¡Claro que no! Divaga usted: nos hemos peleado; eso es todo.

—¿Quieres que vaya yo a intentar arreglarlo?

¡Pobre grandullón mío! Su gentileza, su inconsciencia me relajan, y tiendo mis brazos alrededor de su cuello con una risa que es casi un sollozo.

—No, no, yo iré mañana, tranquilícese.

¡«Una broma»!

Un resto de sentido común retiene mi mano antes de llamar a la puerta de Rézi. Pero ese sentido común, que conozco bien, pues es el mío, me sirve un minuto antes de meter la pata para saborear el placer lúcido de decirme: «Vas a meter la pata». Advertida, me precipito con serenidad, bien pertrechada por el peso tranquilizador de una completa responsabilidad.

—¿La señora está en casa?

—La señora se halla un tanto indispuesta, pero para la señora sí está.

¿Indispuesta? ¡Bah! No lo bastante para que yo me calle lo que quiero decirle. Y, además, tanto peor, ¡uf!, si le duele. ¡«Un juego»! ¡Vamos a jugar!

Va toda ella de blanco, en crespón de China; los ojos rodeados de un cerco color malva que azulea sus pupilas. Un poco sorprendida y, por otra parte, un tanto conmovida por su gracia y por la mirada que me ha lanzado, me detengo.

—Rézi, ¿estás realmente indispuesta?

—No, puesto que te veo.

Me encojo de hombros sin delicadeza alguna. ¿Y qué? Ante la ironía de mi sonrisa, de pronto se pone fuera de sí.

—¿Te ríes? ¡Si quieres reírte, vete!

Desarmada por tan súbita violencia, intento recuperar el tono adecuado.

—Querida, te suponía más aficionada a los… juegos, a las… bromas un tanto atrevidas.

—¿Sí? ¿Lo suponías? ¡No es cierto! Te mentí al escribirte; por pura cobardía, para volver a verte, porque no puedo pasar sin verte, pero… —Su arrebato se resuelve en un conato de llanto—. Pero no es para reírse, Claudine.

Aguarda, medrosa, lo que voy a decir, y teme mi silencio. No sabe que toda yo me estremezco como un nido enloquecido, que la alegría me inunda… Alegría de ser amada y de oír que me lo dicen; alegría codiciosa del perro perdido y reencontrado; victorioso orgullo de sentirme algo más que un juguete excitante. Siento que es la derrota triunfal de mi honestidad femenina. Pero, ya que me ama, aún puedo hacerla sufrir.

—Querida Rézi…

—¡Ay! ¡Claudine…!

Se cree muy cerca de ver cumplidos sus deseos. Palpita, de pie y con los brazos extendidos; sus cabellos y sus ojos lanzan idéntico fuego dorado. ¡Ay! La vista de lo que amo —la belleza de mi amiga, la suavidad de los bosques del Fresnois, el deseo de Renaud— ¡cómo suscita en mí la misma emoción, la misma ansia de posesión y de entrega! Así pues, ¿solo tengo una forma de sentir?

—Querida Rézi, ¡a juzgar por tu fiebre, debo de suponer que es la primera vez que alguien se te resiste! Viéndote, comprendo muy bien que siempre hayas encontrado amigas encantadas y sumisas.

Su ademán al llamarme, que destaca contra su traje blanco y ajustado que se enrosca y se pierde en la oscuridad, como la cola equívoca de Melusina, su ademán se desploma. Observo cómo, con las manos colgando, reúne en un instante toda su habilidad y su cólera. Me planta cara:

—¿La primera vez? ¿Crees que habiendo vivido ocho años con el tocho hueco que es mi marido no lo he intentado todo? ¿Que para lograr que el amor brotara en mí no he buscado lo que de más hermoso y dulce existe en el mundo: una mujer enamorada? ¿Quizá colocas por encima de todo la novedad, la torpeza de un primer… error? Oh, Claudine, existe algo mejor, existe el buscar y el escoger… Yo te he escogido a ti —concluye con voz quebrada—, y tú solo me has soportado…

Una última prudencia me impide acercarme, y también la necesidad de admirarla mejor. Al servicio

de su desatada pasión pone todas las armas de su gracia y de su voz. Me ha dicho textualmente: «No eres la primera», porque en estas cosas la verdad impresiona más hábilmente que la mentira. Juraría que su franqueza es calculada. Pero ¡me ama!

Sueño con ella ante ella, y me sacio de verla. Un movimiento de nuca me evoca a la Rézi de costumbre, semidesnuda, en su tocador. Me estremezco. Sería prudente no volver a verla así.

Se irrita y se consume con mi silencio, y dirige sus ojos hacia la oscuridad para distinguir los míos.

—Rézi —digo con dificultad—, si quieres… ¡vamos a descansar por hoy de todo esto, a esperar a mañana! ¡Esperar a mañana arregla muchas cosas! No se trata de que me hayas molestado, Rézi. Si te quisiera menos, hubiera venido ayer y me habría reído o te habría regañado…

Con un ligero movimiento de animal al acecho tiende hacia mí su bonita barbilla, hendida apenas por un hoyuelo vertical.

—Has de dejarme que lo piense, Rézi, sin asediarme tanto, sin lanzarme semejante red de miradas, de gestos que me rondan sin llegar a tocarme, de pensamientos obstinados. Tienes que sentarte aquí, junto a mí, colocar tu cabeza en mis rodillas y no decir nada, ni moverte, porque si te mueves me iré.

Se sienta a mis pies, recuesta su cabeza con un suspiro y junta sus manos alrededor de mi cintura. Con mis dedos, que no logro evitar que tiemblen, peino sus hermosos cabellos ensortijados, que son lo único que brilla en la habitación a oscuras. No se mueve. Pero su nuca me envía su perfume, sus mejillas ardientes me caldean y, contra mis rodillas, noto la forma de sus senos. ¡Oh, que no se mueva! Si viera mi rostro y la turbación que siento…

Pero no se ha movido y, una vez más, he podido dejarla sin confesarle mi turbación, tan cercana a su emoción.

Bajo el aire intenso y frío, he calmado como he podido mis nervios erizados. ¿No es cierto que en situaciones análogas la «propia estima» aún íntegra los tonifica? ¿Sí? Pues bien, yo me encuentro más bien necia.

Apuesto a que hoy, al salir de casa, los asiduos del «día» de mi marido han debido de decirse: «¡La mujercita de Renaud se está volviendo amable y más formal!».

No, buenas gentes, no me hago más formal; estoy aturdiéndome. ¡Esta imprecisa amabilidad, estas manos rompetazas no son para ustedes! ¡Ni para usted, viejo caballero dado a las letras griegas y a los alcoholes rusos, esta solicitud de joven Hebe! Ni para usted, aventajado novelista con pretensiones sociales, esta sonrisa inconsciente con la que he acogido su proposición de venir a leerme a domicilio (como la manicura) a Pierre Leroux; ni mi serenidad, escultor andaluz, atenta a la oleada de invectivas hispano-francesas que usted vuelca sobre el arte contemporáneo; mi convicta atención no solo tomaba nota de sus axiomas estéticos («Todas las personas de talento murieron hace siglos»), sino que, al mismo tiempo, oía la risa de Rézi, Rézi moldeada en tela blanca, el mismo blanco mate y cremoso de su túnica de crespón de China. Escultor andaluz, debió usted renunciar a mi conversación cuando le dije: «He visto los Rubens». «¡Ah! Y ¿qué?». «¡Son todo mondongo!». ¡Qué suave ha debido de parecerle la palabra «cerdo» y cómo habrá deseado mi muerte!

Sin embargo, vivo, vivo en la honestidad más nauseabunda. La violencia de mi atracción por Rézi, el sentido del ridículo, la vanidad de mi resistencia, todo me impulsaba a acabar, a embriagarme de ella hasta agotar su encanto. Y yo «rezisto» —¡oh, lamentable juego de sílabas!—, me empeño despreciándome a mí misma.

También ella se ha ido hoy entre la marea charlatana de los hombres, que han bebido y fumado; de las mujeres, a quienes han rozado y a las que, tras el frío del exterior, el calor extremo del salón ha achispado una pizca. Se ha ido, bajo la vigilante mirada de su marido, sin que yo le haya dicho: «Te quiero… Hasta mañana…». Se ha ido, la muy malvada, orgullosa y como segura de mí a mi pesar, segura de ella, amenazadora y enamorada.

Cuando al fin nos quedamos solos Renaud y yo, nos miramos, sombríos, como vencedores fatigados en el campo de batalla. Él se despereza, abre una ventana y se acoda en ella. Me uno a él para beber la fresca bruma, el limpio viento que un chaparrón ha humedecido. Su gran brazo, que me rodea, aparta rápidamente de su camino mis pensamientos, que corren desordenados o se arrastran a retazos, como jirones de nubes.

Quisiera que Renaud, que me pasa cabeza y media, fuera aún más alto. Querría ser la hija, o la mujer, de un Renaud gigante para esconderme en los repliegues de su codo o en la caverna de su manga. Agazapada bajo el pabellón de su oreja, me llevaría a través de llanuras sin fin, a través de selvas inmensas, y, durante las tormentas, sus cabellos gemirían bajo el viento, como los pinos.

Pero un gesto de Renaud (no el gigante, el real) asusta mi cuento y lo disuelve.

—Claudine —me dice con su voz llena, aterciopelada como su mirada—, me parece que Rézi y tú os habéis congraciado.

—¿Congraciado? Si se lo parece… Yo me hago de rogar.

Canturrea:

—No hay nada malo en eso, Claudinette, no hay nada malo en eso. ¿Sigue como siempre tan loca por ti?

—Sigue. Pero aún la tengo en vilo después de… de mi perdón. «A mayor dolor…».

—«… premio mayor» —canta con voz de barítono, decididamente dado a la música—. Hoy estaba muy bonita tu amiga.

—Yo siempre la veo bonita.

—Lo creo. ¿Es agradable su rabadilla?

Me alarmo.

—¿La rabadilla? ¡Y yo qué sé! ¿Cree usted que me recibe en la bañera?

—Pues sí, lo creía.

Me encojo de hombros.

—¡Esas trampas son indignas de usted! Créame lo bastante leal, y también afectuosa, Renaud, para confesarle llanamente, cuando llegue el día: «Rézi me ha llevado más lejos de lo que yo pensaba…».

Con su brazo alrededor de mis hombros, me vuelve de cara a la luz del salón.

—¡Ah, Claudine! ¿Entonces…? —En su rostro, inclinado sobre mí, leo curiosidad, ardor, pero ninguna inquietud—. Entonces ¿ves acercarse el día en que confesarás?

—No es eso lo que he de contarle esta noche —digo, desviando la mirada.

Le evito porque me siento más agitada y más palpitante que una de esas pequeñas esfinges nocturnas, una de esas mariposas rojas de ojos azules y fosforescentes que vuelan sobre los asters y los laureles floridos; sus cuerpos de terciopelo, retenidos en la mano, respiran y se ahogan y una tarda en soltarlos por su conmovedora tibieza.

Esta noche, esta noche no me pertenezco. Si mi marido quiere —y querrá—, seré la Claudine que le asusta y le enloquece, la Claudine que se entrega al amor como si fuera la última vez, y que, temblorosa, se aferra al brazo de Renaud, indefensa ante sí misma…

—Renaud, ¿cree usted que Rézi es una mujer viciosa?

Son casi las dos de la madrugada. Pegada contra el costado de Renaud, reposo en la oscuridad absoluta. Está arrebatado, dispuesto todavía todo él a devolverme al vértigo del que acabo de salir; bajo mi cabeza, oigo su precipitado e irregular corazón. Quejumbrosa, con los huesos fundidos, saboreo la quebrantada convalecencia que sigue a los minutos demasiado intensos. Pero, junto con la razón, he recobrado la idea que apenas me abandona y la imagen de Rézi.

Que, blanca y con los brazos extendidos —esbelta en el traje que la envuelve—, ilumine la noche donde mi fatiga traza puntos multicolores; que, sentada en su tocador, atenta y con los brazos alzados, me prive de su rostro para mostrar tan solo una nuca cuyo ámbar se funde en el pálido oro del nacimiento de sus cabellos, sigue siendo, siempre es Rézi. Ahora que no está aquí, no estoy segura de que me ame. Mi confianza en ella se limita al exasperante deseo de su presencia.

—Renaud, ¿cree usted que es una viciosa?

—Ya te he dicho, mi loca hijita, que no le he conocido a la señora Lambrook amante alguno.

—No es eso lo que le pregunto. Tener amantes no quiere decir que se sea viciosa.

—¿No? Entonces ¿qué entiendes tú por vicio? ¿La unisexualidad?

—Sí y no, depende de cómo se practique. Pero, con todo, el vicio no es eso.

—¡Espero una definición nada corriente!

—Lamento decepcionarlo. Porque, en fin, es algo que cae por su propio peso. Yo me busco un amante…

—¡Alto!

—Es una suposición.

—¡Una suposición que va a valerte una azotaina!

—Me busco un amante, no por amor, sino porque, simplemente, sé que está mal hecho: eso es vicio. Me busco un amante…

—Ya van dos.

—… un amante al que amo, o al que, sencillamente, deseo, ¡estese quieto, Renaud!, es buena fe natural y yo me considero la más honesta de las criaturas. En resumen: el vicio es el mal hecho sin placer.

—¿Y si habláramos de otra cosa, quieres? Con tantos amantes como te has buscado… necesito

purificarte…

—¡Vaya por la purificación!

Sin embargo, si yo hubiera hablado de buscarme «una amiga» en lugar de «un amante», a él le hubiera parecido muy adecuado mi pequeño razonamiento. Para Renaud, el adulterio es una cuestión de sexo.

Ella me inquieta. En su astuta dulzura, en sus diestras precauciones para no irritar ni un poco mi desconfianza, no reconozco a la pálida y apasionada Rézi, que, llena de llanto y fiebre, me suplicaba. Una intensa mirada de malicia y de tierno desafío acaba de descubrirme el secreto de esas discreciones: sabe que yo… la amo —esta palabra sin matices no me es suficiente—; ha sorprendido mi turbación al quedarme a solas junto a ella; en el rápido beso de bienvenida o de adiós (¡ni me atrevo a no besarla!), su estremecimiento habrá hallado eco en el mío. Ahora ella sabe, y espera. Táctica banal, sea. Pobre trampa amorosa, vieja como el amor, pero en la que pese a estar prevenida temo caer. ¡Oh, calculadora! He podido resistirme a su deseo, pero ¿y al mío?

«… Abandonarse a la embriaguez de amar, de desear —olvidar todo lo que se amó y comenzar a amar de nuevo—, rejuvenecer en la novedad de una conquista… ¡eso es el fin del mundo!».

No es Rézi quien habla así. Tampoco soy yo. ¡Es Marcel! Su descarriado inconsciente alcanza cierta grandeza, cuando el arrebato de una nueva pasión exalta su fatigada belleza y su florido lirismo.

Desplomado frente a mí en un sillón, habla como quien delira; los ojos bajos, las rodillas juntas, y alisando con un leve y frecuente gesto maniaco sus cejas, que un trazo de lápiz alarga y prolonga.

Desde luego no me quiere nada, pero yo nunca he hecho burla de sus amores singulares, y quizá sea ese el secreto de su confianza.

Le escucho con más seriedad que nunca y no sin turbarme. «Abandonarse a la embriaguez de amar, de desear, olvidar todo lo que se amó…».

—Marcel, ¿por qué olvidar?

Alza la barbilla en señal de ignorancia.

—¿Por qué? ¡No lo sé! Olvido a mi pesar. El ayer se enturbia y palidece después del hoy.

—Yo preferiría enterrar el ayer y sus flores secas en el cofrecillo embalsamado de la memoria.

Casi sin querer, imito su redundancia cargada de metáforas.

—No sabría discutírtelo —me dice con gesto de despreocupación—. De cualquier modo, cuéntame algo de tu hoy, y de su gracia un tanto sensualmente vienesa…

Arrugo la nariz y bajo la frente, amenazadora.

—¿Cotilleos ya, Marcel?

—No, solamente olfato. Ya sabes, ¡la fuerza de la costumbre! ¡Ah, decididamente, prefieres a las rubias!

—¿Por qué el plural?

—¡Eh! ¡Eh! Hoy por hoy, Rézi lleva las de ganar, pero ¡en otro tiempo yo no te desagradaba!

¡Qué caradura! Su coquetería frustrada se equivoca. Hace diez meses, le habría abofeteado, pero no sé hasta qué punto ahora soy mejor que él. ¡Qué más da! Lo miro desde muy cerca, insistiendo en observar sus frágiles sienes, que pronto se ajarán, el pliegue inferior de sus ya fatigados párpados, y, tras haberlo examinado detenidamente, decreto, rencorosa:

—Marcel, a los treinta años tendrás el aspecto de una viejecita.

¡Así que se ha dado cuenta! ¿Se nota, pues? No me atrevo a tranquilizarme reconociendo en Marcel un olfato especial. La necia y fatalista fogosidad que me guía me ha dictado este consejo: «¡Puesto que creen que es así, lo mismo da que así sea!».

¡Qué fácil de decir! Rézi sigue adelante con su silencioso cortejo de presencia y de miradas, pero al menos parece haber renunciado a todo ataque efectivo. Ante mí, cuida de su belleza como quien limpia un arma; me inciensa con sus perfumes y, burla burlando, me hace ver todas sus perfecciones. En este juego hace uso de una audaz picardía, mezclada con una lealtad de cantar de gesta, de la que no puedo

quejarme.

—¡Mira, Claudine, las uñas de mis pies! Tengo un nuevo *nail-powder* que es una maravilla. Mis uñas parecen espejitos combados.

Fuera de la chinela, el delgado pie se alza, procaz y desnudo, y hace que en el extremo de sus pálidos dedos luzca la rosa deliciosamente artificial de las uñas, y luego, en el momento en que yo me disponía a cogerlo y besarlo, desaparece.

Además queda la tentación de la cabellera. Rézi, perezosa, me confía la misión de peinarla. La cumplo, sobre todo al principio, de maravilla. Pero el prolongado contacto con este tejido de oro que se deshilacha y que, eléctrico, se adhiere a mi vestido y crepita bajo el rastrillo de concha como un helecho que se abrasa, la magia de esos cabellos embriagadores me penetra y me adormece. Y, cobardemente, abandono la desatada gavilla, y Rézi se impacienta o finge impacientarse.

Anoche, a la mesa —una cena de quince cubiertos en casa de los Lambrook—, mientras los demás se entregaban a la ardua tarea de quitar el caparazón de una langosta a la americana, ¿no se atrevió a lanzarme en pleno rostro la adorable mímica de un beso silencioso y completo, labios juntos, luego labios semiabiertos, ojos como lagunas grises, abiertos e imperiosos, después velados?

Tiemblo de que la vieran y más aún por haberla visto.

Sucede que, en medio de este juego enervante, se azara ella misma, como esta mañana en su casa.

Giraba, cimbreante, en enaguas y corsé, intentando ante los espejos arqueamientos de bailarina hispano-montmartrense, que se doblan flexibles hasta que la nuca les llega a los riñones.

—Claudine, ¿sabes hacer esto?

—Sí, y mejor que tú.

—Estoy segura, cariño. Eres un florete bien templado, duro y flexible… ¡Ah!

—¿Qué te sucede?

—¿Será posible que haya mosquitos en esta época? Deprisa, deprisa, mira mi piel, que tanto amo… ¡Y esta noche he de ir escotada!

Se esfuerza por ver, en la parte posterior de su hombro derecho una picadura (¿imaginaria?).

Me inclino.

—¡Ah! ¡Ah! Un poquito más arriba del omóplato, más arriba, sí… Me escuece. ¿Qué ves?

Veo, tan de cerca que puedo rozarlo, el hombro de perfecta curva, el perfil de Rézi ansiosa y, más abajo, un joven seno descubierto, divergente y redondo, como los que se ven zarandeados en los atrevidos grabados del siglo pasado. Veo todo eso, estúpida, y no digo palabra. Y al principio ni siquiera noto la intensa mirada que mi amiga dirige hacia mí. Esa mirada me llama al fin, pero la abandono por la blancura sin igual de esta piel sin matices ni sombras, donde los senos se acaban de repente en rosa, el mismo rosa que maquilla sus uñas.

Victoriosa, Rézi sigue mis ojos, que vagan. Pero, porque se han posado e insisten, desfallece a su vez y sus pestañas palpitan como alas de avispa. Sus ojos azulean y giran, y es ella quien murmura: «Basta. Gracias», con una turbación tan flagrante como la mía.

«Gracias». Esta palabra, suspirada, que mezcla la voluptuosidad con la puerilidad, precipita mi derrota más de lo que hubiera podido precipitarla una profunda caricia.

—Hijita, ¿a qué horas vuelves? ¡Para una vez que cenamos solos en casa…! Ven enseguida, estás muy bien como estás, no te metas en tu cuarto con el pretexto de retocarte los rizos. ¡A medianoche todavía estaríamos allí! ¡Vamos, ven, siéntate, pequeña! Para esta noche, he encargado berenjenas a la parmesana, que tanto te gustan.

—Sí.

Oigo sin entender. Dejando mi sombrero en manos de Renaud, ahueco con las manos mi cabeza demasiado caliente y me dejo caer en la silla de cuero, frente a mi marido, bajo la luz amable y tamizada.

—¿No quieres sopa?

Frunzo la nariz con desgana.

—Mientras me esperas, cuéntame de dónde vienes con ese aspecto de sonámbula y esos ojos que se te comen la cara. De casa de Rézi, ¡claro!

—Sí.

—Reconocerás, Claudine mía, que no soy un marido demasiado celoso.

¡No demasiado, ay! Eso es lo que debería haberle respondido, y me contento con pensar. Pero él avanza hacia mí un rostro moreno, cruzado por unos bigotes más claros que el cutis, suavizado por una sonrisa femenina, y tan embellecido de amorosa paternidad que no me atrevo.

Para ocupar en algo mis manos errantes, arranco miguitas que me llevo a la boca, pero mi mano desfallece; y, ante el perfume obstinado que la impregna, empalidezco.

—¿Te encuentras mal, pequeña? —se inquieta Renaud, que ya deja su servilleta.

—¡No, no! Cansada, eso es todo. Por favor, tengo sed.

Llama y pide el vino espumoso que tanto me gusta, el asti con sabor a moscatel, que nunca bebo sin sonreír. Pero esta vez estoy embriagada antes de haber bebido.

¡Pues bien, sí, vengo de casa de Rézi! Quisiera gritar, estirar mis brazos hasta que crujieran, para fundir las irritantes agujetas que tensan mi nuca.

He ido a su casa hacia las cinco, como todos los días. Sin citarme nunca, ella me espera fielmente a esa hora; sin prometerle nada, llego a esa hora fielmente.

Voy a pie, deprisa, a su casa. Veo alargarse los días, los chubascos de marzo lavar las aceras y las velloritas de Niza, amontonadas en carritos, impregnar el aire lluvioso con su precoz primavera, embriagadora y canalla.

En ese corto trayecto, estudio ahora la marcha de las estaciones, yo, que antes espiaba, al acecho como un animalito, la primera hoja picuda del bosque, la primera anémona silvestre, blanca lamparilla veteada de malva, y los brotes del sauce, como rabitos de pieles que huelen a miel. Animalito de los bosques ahora estás en la jaula, y tu jaula te importa.

Hoy, como siempre, Rézi me esperaba en su habitación blanca y verde: lecho pintado de blanco mate

y grandes sillones, de un estilo Luis XV tardío, tapizados de seda de color almendra, salpicada de lacitos y grandes ramilletes blancos. En ese verde suave, la tez y los cabellos de mi amiga resplandecen.

Pero hoy…

—¡Qué oscuro está esto, Rézi! Y la antecámara sin las luces encendidas. ¡Di algo! Ni siquiera te veo.

Su voz me responde, enojada, saliendo de una profunda poltrona; uno de esos asientos equívocos, demasiado ancho para uno, un tanto estrecho para dos.

—Sí, es divertido. Una avería de la electricidad. Parece ser que no la arreglarán hasta mañana por la mañana. Y, claro, como es natural, aquí no hay nada para suplirla. La doncella hablaba de colocar velas en mis frascos de tocador.

—Pues no sería mala idea.

—Gracias. Siempre te pones contra mí y del lado de la mala suerte. ¡Velas! ¿Por qué no cirios? Es fúnebre. En lugar de venir a consolarme, te ríes, ahí, sola, ¡te oigo reír! Siéntate conmigo en la gran poltrona, querida Claudine.

No dudo un instante en apelotonarme en la gran poltrona. Con los brazos en torno a su cintura, la noto libre y tibia bajo su suelto vestido; y su perfume asciende.

—Rézi, eres como la flor del tabaco, que aguarda la noche para exhalar todos sus perfumes. Al llegar la noche, solo ella huele; humilla a las rosas.

—¿De verdad aguardo a la noche para embalsamar el aire?

Deja caer la cabeza sobre mi hombro. Soy yo quien la sostiene, cálida y viva como una perdiz cautiva.

—¿Volverá a surgir tu marido de entre las sombras una vez más, como un demonio anglo-hindú? —pregunto con voz que se apaga.

—No —suspira ella—, está haciendo de guía a unos compatriotas.

—¿Hindúes?

—Ingleses.

Ni ella ni yo pensamos en lo que decimos. La noche nos envuelve. No me atrevo a aflojar mis brazos y, además, no quiero.

—Claudine, te amo.

—¿Para qué decirlo?

—¿Por qué no? Por ti he abandonado todo, incluso mis *flirts*, que eran el único consuelo de mi aburrimiento. ¿No soy ya como querías, inofensiva y, hasta el sufrimiento, temerosa de desagradarte?

—Hasta el sufrimiento, ¡oh!, Rézi…

—He dicho la palabra precisa. Amar y desear sin remedio es sufrir. Lo sabes.

Sí, lo sé ¡Y cómo! ¿Qué hago en este momento sino deleitarme con este dolor inútil?

Con un movimiento imperceptible, se ha vuelto más hacia mí, se ha pegado a mí desde los hombros hasta las rodillas. Apenas la he oído moverse; me ha parecido que giraba dentro de su vestido.

—Rézi, no me digas nada más. Estoy atada por la pereza y el bienestar. No me obligues a levantarme de aquí. Piensa que es de noche y que quizá viajamos. Imagina el viento en los cabellos. ¡Agáchate, esa rama tan baja podría mojar tu frente…! Apriétate contra mí, ten cuidado, el agua de las profundas huellas salpica las ruedas…

Su ligero cuerpo sigue todo él mi juego con profunda complacencia. De su cabeza, apoyada en mi hombro, vuelan los cabellos, que me rozan como los ramajes que inventa mi inquietud ansiosa de diversiones…

—Estoy viajando —murmura.

—Pero ¿llegaremos?

Sus dos manos estrechan nerviosas mi mano libre.

—Sí, Claudine, ¡llegaremos!

—¿Adónde?

—Inclínate, voy a decírtelo bajito.

Obedezco, crédula. Y lo que encuentro es su boca. Escucho largo rato lo que su boca le dice a la mía. No ha mentido: llegamos. Mi precipitación es como la suya, la domina y la rinde. Me revelo a mí misma, aparto las acariciadoras manos de Rézi, que comprende, se estremece, lucha un breve instante, y luego permanece con los brazos caídos.

El golpe sordo de una lejana puerta cochera me pone en pie. Vagamente distingo ante mí la mancha pálida de Rézi, sentada ante mí, y que pega sus labios cálidos a mi muñeca. Con un brazo en su cintura, la alzo, la aprieto contra mí, la doblo y la beso al azar en los ojos, en los alborotados cabellos, en la húmeda nuca.

—¡Mañana!

—Mañana… te quiero…

Corro, la cabeza me zumba. Los dedos me escuecen todavía por el ligero roce de las *valenciennes*, creyendo deslizarse aún por el raso de una cinta desanudada, conservando el terciopelo de una piel sin igual en el mundo, y el aire de la tarde me lastima, desgarrando el velo de perfume que ella ha tejido en mí.

—Claudine, si hasta las berenjenas a la parmesana te son indiferentes… ¡Sé a qué atenerme!

La voz de Renaud me sobresalta. Estaba muy lejos. Es cierto, no como, pero ¡tengo tanta sed!

—Cariño, ¿no quieres contarme nada?

Este marido mío, decididamente, no se parece a los demás. Molesta por su insistencia, le suplico:

—Renaud, no sea usted malo. Estoy fatigada, nerviosa, cohibida ante usted. Deje que pase la noche, ¡y no se imagine tantas cosas, Dios mío!

Se calla. Pero durante toda la sobremesa espía el reloj, y a las diez y media invoca una necesidad de dormir casi irresistible. Y enseguida, enseguida, en nuestra cama grande, busca en mis manos, en mi boca, en mis cabellos la verdad que no quiero decirle.

«Mañana!», imploraba Rézi; «¡Mañana!», consentí. Pero ¡ay!, ese mañana no llega. He corrido a su casa, segura de una dicha más larga, más cuidadosa, a la hora aún con luz que me mostraría a Rézi admirable y vencida. ¡Qué bien se me había olvidado su marido! Nos perturbó dos veces, el miserable; dos veces desunió, con una entrada brusca, nuestras manos ávidas y temerosas. Nos mirábamos, Rézi y yo, ella a punto de llorar, yo tan llena de ira que, a la tercera intrusión, me costó mucho no lanzar mi vaso de naranjada a la nariz de aquel marido sospechoso, rígido y cortés. Y ese «adiós» vibrante, esos besos robados, esos dedos apoyados y furtivos ya no podrían bastarnos ahora.

¿Qué hacer?

He regresado, edificando y barriendo proyectos imposibles. ¡Nada!

Vuelvo hoy a casa de Rézi para decirle mi impotencia, para verla, respirarla.

Ella acude, ansiosa como yo.

—¿Y bien, querida?

—No he encontrado nada. ¿Me odias?

Con su mirada acaricia el arco de mi boca al hablar, y sus labios tiemblan y se entreabren. El reflejo de su deseo me agita. ¿La tomaré aquí, en este salón vulgar, y la acariciaré hasta morir?

Ella adivina y retrocede un paso: «¡No!», dice muy bajito, en tono precipitado y señalando la puerta.

—Entonces, Rézi, ¿en mi casa?

—En tu casa, si quieres…

Sonrío, después niego con la cabeza.

—¡No! Llaman continuamente, Renaud va y viene, las puertas golpean. ¡Oh, no!

Retuerce sus blancas manos con ligera desesperación.

—Entonces ¿cuándo, nunca más? ¿Crees que puedo vivir un mes del recuerdo de ayer? No debiste hacerlo —concluye, volviendo la cabeza—, si no podías apagar todos los días mi sed de ti…

Tiernamente enojada, se ha dejado caer en la gran poltrona, la misma que… Y aunque hoy la ciñe un traje de calle, de lana dorada como sus cabellos, percibo bien la curva semitendida de sus caderas, la línea huidiza de sus piernas plateadas con un impalpable vello aterciopelado.

—¡Oh, Rézi!

—¿Qué?

—¿El coche?

—¡El coche! Sacudidas, sorpresas, agujetas, caras curiosas pegadas de repente a la ventanilla, un caballo que cae, un guardia afanoso que abre la portezuela, el cochero que, discretamente, golpea con el extremo del látigo: «Señora, la calle está cortada, ¿volvemos atrás?». ¡No, Claudine, nada de coches!

—Entonces, cariño, busca tú misma un posible nido… ¡Hasta ahora no has hecho sino poner inconvenientes!

Rápida como una culebra que alguien toca, alza su dorada cabeza y me lanza miradas llenas de reproches y lágrimas.

—¿Ese es todo su amor? Si me quisieras tanto como yo te amo a ti, lo pensarías mucho antes de picarte.

Me encojo de hombros.

—¿A qué viene entonces levantar barreras por todas partes? El coche te paraliza, este salón está repleto de trampas conyugales… ¿Tendremos que coger el periódico del sábado y buscar una madriguera a tanto la hora?

—Ya me gustaría —suspira ingenuamente—, pero todos esos sitios están vigilados por la policía, me

lo dijo… alguien.

—¡Me da igual la policía!

—A ti, sí, gracias al marido que tienes, gracias a Renaud… —Su voz cambia—: Claudine —dice lentamente, pensativa—, Renaud, solo Renaud puede…

La miro, atónita, sin hallar respuesta. Ella, muy seria, esbelta dentro de su vestido dorado, piensa con el infantil mentón apoyado en el puño.

—¡Sí! Claudine, nuestra tranquilidad depende de él y… de ti. —Tiende sus brazos, su rostro impenetrable y tierno me llama—. Nuestra tranquilidad, ¡ah!, querida, o nuestra felicidad, llámala como quieras. Comprende que, ahora que he conocido tu fuerza, ahora que Rézi es tuya con toda su pasión y su cobardía, ¡apenas pueda esperar!

Me deslizo en sus brazos, en sus labios, dispuesta a resignarme a los enfadosos y ceñidos vestidos, dispuesta a malograr nuestra dicha por un exceso de precipitación.

Ella se desprende de mis manos.

—¡Chist! Se oyen pasos…

¡Qué miedo tiene! Su blancura ha empalidecido ligeramente; inclinada hacia delante, aguza el oído con las pupilas dilatadas… ¡Oh, que una chimenea aplaste a ese desgraciado Lambrook y nos libre de él!

—Mi dorada Rézi, ¿por qué crees que Renaud…?

—¡Sí, Renaud! Es un marido inteligente y te adora. Hay que decírselo… casi todo; es preciso que su hábil ternura nos consienta un refugio.

—¿Y no temes sus celos?

—No.

¡Vaya, vaya con su sonrisita! ¿Por qué con un gesto ambiguo, con una inflexión de su boca astuta, frena mi loca confianza, que corría hacia ella siguiendo a mis deseos? Pero esto es apenas una sombra, y, aunque solo tuviera su sincera sensualidad, la doble delicia de su piel y su voz, su cabellera, que ella me confía, y su boca, que me encadena, ¿no sería suficiente? Me cueste lo que me cueste, pediré ayuda —no ahora, un poco más adelante, pues todavía quiero buscar por mí misma—, pediré ayuda a Renaud; por ella humillaré mi hosquedad púdica y el tierno orgullo que hubiera puesto en descubrir yo sola el seguro puerto de nuestra pasión…

Enfurruñamientos enervantes, lágrimas rabiosas, reconciliaciones mimosas, horas electrizadas en las que el solo contacto de nuestras manos me enloquece. He aquí el balance de esta semana. No he hablado con Renaud. ¡Me cuesta tanto! Y Rézi me lo reprocha. Ni siquiera le he confesado a mi grandullón que la ternura —de Rézi por mí, de mí por Rézi— se concreta más allá de lo que puede decirse. Pero él lo sabe todo, casi todo y sin detalles, y esa certeza le imprime una fiebre particular. ¿Qué proxenetismo singular y amoroso le lleva a impulsarme hacia Rézi, a engalanarme para ella? A las cuatro, cuando arrojo el libro con que engaño mi espera, Renaud, si está junto a mí, se levanta, se agita: «¿Vas para allí?». «Sí». Pasa sus hábiles dedos por mis cabellos para ahuecar mis rizos, inclina hacia mí sus grandes bigotes a fin de rehacer, cuidadoso, el nudo de mi corbata de gruesa seda trenzada, a fin de comprobar la pulcritud del cuello varonil. En pie, detrás de mí, vigila el equilibrio de mi turbante de pieles sobre la cabeza, me presenta las mangas de mi cibelina… Finalmente, ¡es él quien desliza entre mis manos estupefactas un ramo de rosas rojinegras, la flor preferida de mi amiga! A mí, lo reconozco, no se me hubiera ocurrido.

Y después un largo y tierno beso.

—Ve, niña mía. Sé buena. Sé orgullosa, no te muestres humildemente tierna en exceso, hazte desear.

«Hazte desear…». Soy deseada, sí; pero, ¡ay!, no es resultado de mi táctica.

Cuando es Rézi quien viene a verme, mi irritación aumenta aún más. La tengo allí, en mi habitación —que solo es nuestra habitación para Renaud y para mí—; una vuelta de llave y estaríamos solas… Pero no quiero. Por encima de todo, me desagrada que la doncella de mi marido (silenciosa muchacha de pasos sordos, que cose a puntadas muy flojas, con manos fofas) llame y, a través de la puerta, me explique, misteriosa: «Se trata de la blusa de la señora… Esperan para *anchurar* las sisas». Temo mucho el espionaje de Ernest, ayuda de cámara con cara de sacerdote perverso. Todos ellos no son míos, y me sirvo de ellos con discreción y repugnancia. Temo aún más —fuerza es decirlo— la curiosidad de Renaud.

He ahí por qué permito que Rézi despliegue en mi cuarto la espiral de sus seducciones y matice todas sus muecas de reproche.

—¿No has encontrado nada para nosotras, Claudine?

—No.

—¿Todavía no le has preguntado a Renaud?

—No.

—Eres cruel.

Ante estas palabras, que ella susurra quedo, con los ojos repentinamente bajos, siento fundirse mi voluntad. Pero llega Renaud, llama con golpes precavidos y, a modo de respuesta, recibe un «Adelante» más brutal que una bofetada.

No me gusta en absoluto la gracia suplicante que Rézi adopta ante él, ni el modo que tiene él de aspirar en ella lo que le ocultamos, de escudriñar sus cabellos y su vestido, como para descubrir el perfumado recuerdo de mis caricias.

Hoy, una vez más, delante de mí… Al llegar, él le besa las dos manos, por el placer de decir después:

—Así pues, se ha pasado usted al perfume de Claudine, ese chipre dulzón y pardo.

—Pues no —responde ella, cándida.

—¡Ah! Me pareció…

La mirada de Renaud se desvía hacia mí, avispada y halagüeña. Toda mi alma patalea. ¿Me agarraré, exasperada, a sus grandes bigotes, hasta que grite, hasta que me pegue? No. Aún me contengo, conservo la calma, crispada y correcta como un marido a cuya mujer besan por inocente pasatiempo. Y, además, él pretende retirarse con la insultante discreción del servidor de un «reservado». Le retengo.

—Quédese, Renaud.

—¡Jamás en la vida! Rézi me arrancaría los ojos.

—¿A santo de qué?

—Conozco de sobra, pastorcito rizado, lo que vale una entrevista privada contigo.

Un vil temor me emponzoña: ¿Y si Rézi, de alma fluida y engañosa, prefiriera a Renaud? Precisamente hoy está guapo con su larga chaqueta, que le sienta tan bien, los pies pequeños y las espaldas anchas. Y ella está ahí, la Rézi de mis pesares, forrada de nutria, rubia como el centeno, tocada con un precoz sombrero de lilas y hojas. Reconozco que en mí renace la brutalidad que me impulsaba a pegar y a arañar a Luce. ¡Qué dulces y emocionantes serían para mi tormento las lágrimas de Rézi!

Ella calla, me mira y sus ojos lo dicen todo. Voy a ceder, cedo.

—Renaud, grandullón mío, ¿va a salir antes de cenar?

—No, hijita, ¿por qué?

—Quería hablarle… Pedirle un favor.

Rézi salta de su sillón, reajusta su sombrero, alegre y en desorden. Ha comprendido.

—Me voy. Sí, precisamente hoy no puedo quedarme. Pero mañana te veré mucho rato, Claudine. ¡Ah, Renaud, cuánto deben de envidiarle una criatura como esta!

Desaparece con el murmullo de su vestido, dejando confuso a Renaud.

—Creo que está loca. ¿Qué os pasa a vosotras dos?

¡Dios mío! ¿Hablaré? ¡Qué duro resulta!

—Renaud… Yo… Usted…

Me sienta en sus rodillas. Quizá ahí sea más fácil.

—Es que… el marido de Rézi es tan pelma…

—¡Eso sí, sobre todo para ella!

—También para mí.

—¡No es posible! Me gustaría verlo. ¿Se ha propasado en algo?

—No, no se mueva, abráceme. Solo que ese maldito Lambrook está siempre encima de nosotras.

—¡Ah, bueno!

¡Caramba! Sé de sobra que Renaud no tiene un pelo de tonto. Comprende medias palabras.

—¡Mi querido animalito enamorado! ¿Así que a ti y a tu Rézi os atormentan? ¿Qué hacer? Sabes muy bien que tu viejo marido te ama demasiado para privarte de un poco de dicha. Tu rubia amiga es encantadora, ¡y te ama tanto!

—¿Sí? ¿Usted cree?

—Estoy seguro. Y vuestras bellezas respectivas se complementan. Que tu ámbar no tema su espléndida blancura. ¡Esto es un alejandrino, si no me equivoco!

Sus brazos se han estremecido. Sé en qué piensa; sin embargo, yo me relajo ante el sonido de su voz, que emana ternura, auténtica ternura.

—¿Qué quieres, pajarito amado? ¿Que mañana vacíe este piso para la hora de la siesta?

—¡Oh, no!

Tras un silencio embarazoso, añado:

—Si pudiéramos… en otro sitio.

—¿En otro sitio? ¡Nada más fácil!

Se ha puesto en pie con ímpetu, me ha depositado en el suelo y camina con pasos largos y muy jóvenes.

—Entonces… Veamos… Hay… No, no es suficiente… ¡Ah! ¡Tengo la solución!

Vuelve a mí, me rodea y busca mi boca, pero yo, helada de confusión e incómoda, me giro un poco.

—Mi encantadora hijita, tendrás a tu Rézi, Rézi tendrá a su Claudine, no te preocupes por nada, salvo de tener paciencia un día, dos a lo sumo. Es mucho, ¿eh? Besa a tu grandullón, que, ciego y sordo, velará ante el umbral de vuestra habitación susurrante.

La alegría, la certeza de Rézi, engalanada con su blancura y sus perfumes, el alivio del feo secreto confesado no me impiden lamentar otro infortunio. ¡Oh, querido Renaud, cuánto te habría amado ante una seca y regañona negativa!

Esta noche de espera la había soñado feliz, ritmada por dulces latidos, por sueños semidespiertos en los que la imagen de Rézi cruzaría cenicienta de luz dorada… Pero esta misma espera evoca otra, en el cuartito de la rue Jacob; otra más joven y más fogosa. No, no me equivoco: mi vigilia de esta noche la imagino más parecida a la de Renaud hace dos años. ¿Me encontrará Rézi tan bella? Suficientemente apasionada, sí, ¡oh!, estoy segura. Cansada de insomnio, rozo con un pie delgado y frío el ligero sueño de mi amigo para acurrucar entre sus brazos mi cuerpo tembloroso, y al fin me adormezco.

Los sueños se suceden y se mezclan, nebulosos e indescifrables. A veces surge, como el rostro de la

luna, velada de nubes y desvelada, una silueta joven y grácil y transparente. Cuando la llamo «¡Rézi!», se vuelve y me muestra la frente curvada y suave, los párpados aterciopelados, la boca redonda y breve de la pequeña Hélène blanca y negra. ¿Qué viene a hacer en mis sueños esta chiquilla que apenas vislumbré, casi olvidada?

Renaud no ha perdido el tiempo. Ayer vino a cenar, vivo, tumultuoso y tierno.

—¡Avisa a Rézi! —dijo besándome—. ¡Que esa joven bruja se lave para el *sabbat* de mañana!

—¿Mañana? ¿Dónde?

—¡Ah! La cita es aquí. Yo os llevaré a las dos. No estaría bien que os vieran entrar solas. Y, además, yo os instalaré.

Esa combinación me enfría una pizca. Hubiera preferido la llave, la dirección, la libertad.

A la anhelante Rézi, que ha llegado antes de hora, le digo, intentando reír:

—¿Quieres venir conmigo? Renaud nos ha encontrado un piso de soltera.

Sus ojos bailotean y se doran.

—¡Ah…! Entonces, sabe que yo sé que él…

—¡Caramba! ¿De qué otro modo podría ser? Tú misma, me sugeriste (y con tenacidad, Rézi, cosa que ahora te agradezco) que le pidiese auxilio a Renaud.

—Sí, sí…

Sus ojos grises, acariciadores y astutos, se inquietan y buscan los míos; su mano, con un gesto sinuoso, repetido veinte veces, domina el oro revuelto de su nuca.

—¡Tengo miedo de que hoy no me quieras lo suficiente para… una cosa así, Claudine!

Me ha hablado muy cerca, su aliento ha llegado hasta mí, y es bastante para que apriete las mandíbulas y mis orejas se sonrojen.

—Siempre te quiero bastante… y mucho… y locamente, Rézi. Sí, me hubiera gustado que nadie en el mundo nos autorizara o nos prohibiera una tarde de soledad y abandono. Pero si, tras una puerta cerrada y segura, puedo creer por un momento que me perteneces a mí, la primera, solamente a mí… no lamentaré nada.

El sonido de mi voz la hace soñar, tal vez sin escucharme. Al llegar Renaud, nos sobresaltamos juntas, y Rézi pierde durante un minuto un poco de su aplomo. Con una risa cómplice, buen muchacho, él disipa su turbación y saca misteriosamente del bolsillo de su chaleco una llavecita.

—¡Atención! ¿A quién se la confiaré?

—A mí —digo tendiendo una mano imperiosa.

—¡A mí! —suplica mimosa Rézi.

—No-sé-por-quién-me-de-ci-di-ré —silabea Renaud—. ¡Habrá que echarlo a suertes!

Ante esta broma muy al estilo de Maugis, ante la aguda risa con que Rézi la acoge, me siento al borde de una torpe explosión de rabia. ¿Lo ha presentido Renaud? Se pone en pie.

—¡Vamos, pequeñas, el coche está abajo!

Sentado frente a nosotras en el cruel trasportín, apenas disimula la excitación de esta escapada. Su nariz palidece y sus bigotes se estremecen cuando pasea su mirada por Rézi. Ella, insegura, trata de charlar, se para, interroga con su mirada mi triste y arrogante impaciencia.

¡Sí, me consumo de impaciencia! Impaciencia por saborear todo lo que prometieron durante esta agitada semana la precipitación y las súplicas de mi amiga; impaciencia, sobre todo, de llegar, de acabar este sorprendente peregrinaje en trío.

¿Qué? ¿Nos detenemos en la rue Goethe? ¡Tan cerca! Me parecía que llevábamos una hora rodando.

La escalera del número 59 no está mal. Al fondo del patio, las cuadras. Dos pisos. Renaud abre una puerta silenciosa y, a partir de la antecámara, el aire se hace denso y pesado, como en las habitaciones tapizadas de tela.

Mientras, un tanto malhumorada, examino el saloncito, Rézi, sagaz (no quiero escribir «experta»), corre a la ventana y observa el exterior sin alzar la cortina de tul blanco. Sin duda satisfecha, ronda como yo por el minúsculo salón, donde el gusto maniaco de un aficionado al estilo Luis XIII español amontonó maderas talladas y doradas, pesados cuadros con gran ornamentación, Cristos agonizantes sobre terciopelos apolillados, reclinatorios hostiles y una enorme silla de mano-vitrina, maciza y bella, a cuyos lados se desparrama un otoño dorado y esculpido en madera: manzanas, uvas y peras. Esta austeridad sacrílega me gusta y me anima. Un cortinaje semirrecogido muestra un ángulo del dormitorio, inglés y claro, la perinola de una cama de cobre, una agradable *chaise longue* de tela floreada.

Decididamente la impresión es buena.

—Renaud —declara Rézi—, ¡es encantador! ¿De quién es esta casa?

—Suya, oh Bilitis. He aquí la luz eléctrica. Aquí hay té y limón, sándwiches, uva negra y, finalmente, mi corazón, que late por las dos.

¡Qué a gusto está y con qué gentileza cumple su sospechoso papel! Le veo afanarse, alinear platitos con sus diestras y femeninas manos, sonreírme con sus ojos azul oscuro, tenderle a Rézi un racimo, que ella mordisquea coqueta. ¿Por qué me asombro de él, que no se asombra de mí?

La tengo contra mi corazón, y a lo largo de todo mi cuerpo. Sus frescas rodillas me tocan, las pequeñas uñas de sus pies me arañan con delicia. Su arrugada blusa no es sino un guiñapo de muselina. Mi brazo, doblado, soporta preciosamente su nuca, su rostro queda bañado por la oleada de sus cabellos. El día acaba, la oscuridad alcanza los claros follajes de este tapizado nuevo y cargante a mis ojos. De cuando en cuando, muy cerca de mi boca, un reflejo semejante a un alevín brilla en los dientes de Rézi, que habla. Habla con alegre fiebre, alzando un brazo desnudo, dibujando con el índice lo que dice. En la penumbra sigo su brazo blanco y sinuoso, cuyo gesto ritma mi lasitud y la adorable tristeza que me embriaga.

Quisiera que ella estuviera triste, como yo; como yo, recogida y temerosa ante los minutos que se nos escapan; que al menos me dejara con mis recuerdos. Ahora está deliciosamente bonita. Hace poco era apasionadamente bella.

A la primera caricia volvió hacia mí, como herida, un maravilloso rostro animal, bajas las cejas, alzado y mortífero el labio, con una expresión suplicante y furiosa. Después todo se fundió en la ofrenda desenfrenada, en la exigencia murmurante, en una especie de cólera amorosa, seguida de infantiles «Gracias…», de grandes «¡Ah!» suspirados y satisfechos, como una niña que, teniendo mucha sed, hubiera bebido de un tirón hasta quedarse sin aliento.

Ahora habla y, sin embargo, su querida voz turba la hora preciosa. En realidad, parlotea su alegría, como Renaud. ¿No pueden saborearla en silencio? Heme aquí sombría como esta habitación ajena. ¡Qué mala pareja soy después de hacer el amor!

Me reanimo estrechando el tibio cuerpo que se adapta al mío, que se pliega cuando yo me pliego, el cuerpo amado, tan carnoso en su huidiza esbeltez que en ningún punto hallo el resistente armazón.

—¡Ah, Claudine, aprietas tan fuerte! Sí, te juro que su frigidez conyugal, sus ultrajantes celos lo excusan todo.

¿Habla de su marido? No estaba escuchando. ¿Es que necesita excusas? Aquí suena mal esa palabra. Por unos minutos contengo con un beso la oleada de sus dulces palabras.

—Claudine, te juro que nadie me ha hecho sufrir como tú el tormento de la espera. ¡Tantas semanas perdidas, amor mío! Date cuenta de que pronto estaremos en primavera y de que cada día nos aproxima más a los veraneos, que separan.

—¡Te prohíbo partir!

—Sí, ¡prohíbeme lo que sea! —suplica, invenciblemente tierna, anudada a mí—. Ríñeme, no me dejes, solo quiero verte a ti… y a Renaud.

—¡Ah! ¿Renaud merece tu gracia?

—Sí, porque es bueno, porque tiene un alma femenina, porque comprende y protege nuestra soledad… Claudine, yo no siento vergüenza delante de Renaud, ¡es curioso!

¡Curioso, en efecto, y envidio a Rézi! Yo siento vergüenza. No, no es exactamente la palabra adecuada; más bien siento… me escandaliza… un poco… Eso es: mi marido me escandaliza.

—Y, después de todo, qué más da, querida —concluye ella, incorporándose sobre un codo—, ¡estamos viviendo, los tres, un pequeño capítulo nada común!

«¡Nada común! ¡Un pequeño capítulo!». ¡Charlatana! Si beso su boca con cierta crueldad, ¿no adivina por qué? Quisiera cortar con mis dientes su lengua afilada, quisiera amar a una Rézi muda, dócil, perfecta en su silencio iluminado solo por miradas y gestos.

Me abismo en mi beso, las ventanas de la nariz oreadas por el corto aliento apresurado de mi amiga. Se hace de noche, pero yo sostengo la cabeza de Rézi entre mis manos, como un fruto, y acaricio sus cabellos, tan finos que solo con tocarlos adivinaría su matiz.

—¡Claudine, estoy segura de que son las siete!

Salta, corre al interruptor y la luz nos inunda. Sola y friolera, me enrosco en ese tibio lugar para conservar durante un poco más de tiempo el calor de Rézi e impregnarme de su rubio olor. Yo tengo tiempo. Mi marido me espera sin inquietud. ¡Al contrario!

Deslumbrada, ella se vuelve un instante para localizar su ropa interior esparcida. Se agacha para recuperar una horquilla de concha perdida. Vuelve a incorporarse, y su camisa se desliza hasta el suelo. Sin turbación alguna, recoge sus cabellos con esa presteza velada de gracia que me divierte y encanta. En el hueco de los brazos en alto, debajo del juvenil vientre, espumea un oro tan pálido que, bajo la luz, mi Rézi parece tan desnuda como una estatua. Pero ¿qué estatua osaría tener la elasticidad de esta grupa tan atrevida tras la gracilidad del torso?

Seria, peinada como una mujer de buen tono, Rézi sujeta sobre su cabeza su primaveral sombrero y se queda un segundo contemplándose, vestida únicamente con un tocado de lilas. Mi risa fustiga, ¡ah!, su precipitación. Y he aquí que la camisa, el corsé, el diáfano pantalón, las enaguas color aurora caen sobre ella, llamadas, ciertamente, por tres palabras mágicas. Un minuto aún y la Rézi mundana, forrada de nutria, enguantada con piel de Suecia color marfil, se alza ante mí, orgullosa de su habilidad de prestidigitadora.

—Rubia mía, ahora que todas tus blancuras y dorados ya no luchan contra la luz, todo se ha quedado a oscuras… Ayúdame a levantarme, no tengo fuerzas entre estas sábanas que me retienen.

De pie, estirando de mis manos húmedas a fin de quebrar la ligera rigidez curvada que contrae mis omóplatos, me contemplo en el amplio y bien situado espejo, orgullosa de mi esbeltez musculada, de mi gracia más de muchacho y más exacta que la de Rézi.

Su nuca acariciante se desliza por debajo de mi brazo levantado, y yo, ante la doble imagen vestida y desnuda que el espejo nos devuelve, me vuelvo.

Ayudada por mi amiga, que, junto a mí, huele al amor y a pieles, me apresuro.

—¡Querida Rézi, no pretendas enseñarme tu presteza! ¡Comparada con tus manos de hada, yo siempre

daré la impresión de vestirme con los pies! ¡Cómo! ¿No hemos merendado?

—No hemos tenido tiempo —objeta Rézi sonriéndome.

—¿Un poco de uva negra, al menos? ¡Tengo tanta sed!

—Sí, uva negra. Toma.

La bebo entre sus labios. Vacilo de deseo y de fatiga. Ella escapa de mis brazos.

Apagadas las bombillas, entreabierta la puerta al frío sonoro y luminoso de la escalera, Rézi, tibia toda ella, me tiende una última vez su boca con sabor a uva moscatel. Y, enseguida, la calle, la prisa a codazos de los transeúntes y, por haber tenido que volver a vestirnos, el estremecimiento y el ligero mal cuerpo de quien se levanta a medianoche.

—¡Querida niña, ven, que voy a hacerte reír!

Es Renaud, que en el cuarto tocador interrumpe el rastrilleo prolongado y matinal de mis cortos cabellos. Él se ríe ya, arrellanado en el sillón de paja.

—¡Oye! Una persona fiel, que por sesenta céntimos la hora acepta velar por el orden del pisito de la rue Goethe, me ha entregado esta mañana un objeto (hallado en el oleaje de las sábanas) adecuadamente envuelto en un trozo del *Petit Parisien*, con solo estas palabras: «Es la barbillera del señor».

—¡!

—Bueno. Enseguida vas a imaginar inconveniencias. Mira.

Del extremo de sus dedos pende una estrecha tira de linón llena de plisaditos y ribeteada de malinas. ¡El tirante de la camisa de Rézi! Se lo he quitado al vuelo; no se lo devolveré.

—Por otra parte, sospecho que esa portera provee de chistes a nuestros más apreciados autores de vodeviles. Ayer, hacia las seis, me acerqué discretamente (y un poco inquieto, porque mi cariñito tardaba tanto en volver) a preguntarle por vosotras. Llena de respetuosa censura, me respondió: «Hace unas dos horas que esas señoras aguardan al señor».

—¿Y entonces…?

—Entonces no subí, Claudine. Dame un beso a cambio.

Verdaderamente, puesto que no puedo hablar sino de Rézi, este ya no será el diario de Claudine. ¿Qué ha sido de la vivaz Claudine de antaño? Cobarde, ardiente y triste, flota tras la estela de Rézi. El tiempo se desliza sin otros incidentes que nuestras citas en la rue Goethe, una vez, dos veces por semana. El resto del tiempo sigo a Renaud en el ejercicio de sus funciones: estrenos, cenas, reuniones literarias. Con frecuencia llevo a mi amiga cargada con Lambrook al teatro, con la cobarde seguridad de que durante ese rato no me engañará. Sufro de celos y sin embargo… no la amo.

¡No, no la amo! Pero no puedo desprenderme de ella y, por otra parte, ni siquiera lo intento. Fuera de su presencia, puedo imaginármela, sin temblar por ello, arrollada por un automóvil o aplastada en un accidente del metro. Pero no podría decirme, sin que me silbaran los oídos, sin que mi corazón se acelerara: «En este momento está entregando su boca a un amante, a una amiga, con ese precipitado pestañeo, con ese abandono ebrio que yo sé».

¡Qué más da que no la ame, sufro igual!

Cuando Renaud, de buen grado, se inmiscuye con sus tercerías, soporto mal su presencia. Alegando, sin duda con razón, que no deben vernos entrar solas, no ha querido darme la llave del pisito. Y yo he de hacer cada vez el mismo y humillante esfuerzo de decirle: «Renaud, mañana iremos allí…».

Se desvive, gentil y feliz, sin duda, como Rézi, por la situación «nada común». Esa necesidad suya de reafirmarse viciosos y muy modernos, común a los dos, a mí me confunde. Sin embargo, hago lo que hace Rézi —e incluso más—, y no me siento viciosa.

Ahora al acompañarnos allí… Renaud se entretiene. Sirve el té, se sienta, fuma un cigarrillo, charla, se levanta para enderezar un cuadro o quitar una polilla del terciopelo de los reclinatorios, dando a entender que está en su casa. Y cuando al fin decide irse, fingiendo prisa y excusas, es Rézi la que protesta. «Pero, en absoluto. Quédese un minuto más…». Yo no digo nada.

Su conversación me deja de lado: chismorreos, maledicencias, bromas que enseguida suben de color, alusiones poco veladas al encuentro que vendrá a continuación. Ella ríe, y contribuye a esas dilaciones con su dulce mirada miope, con la gracia de los giros de su nuca y su cintura. Os lo juro, os juro que estoy tan sorprendida, tan irritada y pudorosa como una jovencita juiciosa ante unas imágenes obscenas. La voluptuosidad —la mía— nada tiene que ver con el libertinaje.

En la clara habitación donde flotan mezclados el iris de Rézi y el chipre rudo y dulzón de Claudine, en la gran cama embalsamada por nuestros cuerpos, me vengo, silenciosa, de tantas heridas ocultas y sangrantes. Después Rézi, adaptándose a mí, con una actitud familiar, ¡gracias a Dios!, habla y me pregunta, irritada por la brevedad, por la superficialidad de mis respuestas, ansiosa de saber más, incrédula cuando yo afirmo mi sensatez de antaño y la novedad de mi locura.

—Pero, en fin, ¿y Luce?

—Pues, sí… Luce me amaba.

—¿Y… nada?

—¡Nada! ¿Te parezco grotesca?

—No, claro, Claudine mía.

Con la mejilla en mi garganta, parece escucharse a sí misma. A sus ojos grises afloran destellos de recuerdos. Si habla, me van a entrar ganas de pegarle. Y, sin embargo, tengo muchas ganas de que hable.

—Rézi, ¿tú no esperaste a estar casada?

—¡Sí! —exclama incorporada, cediendo a la necesidad de explicarse—. Las primeras experiencias más ridículas, las más mediocres… Mi profesora de canto, una rubia teñida con huesos de caballo, que,

porque tenía los ojos verde mar, revestía atavíos *modern style* y la personalidad de una esfinge anglosajona. Con ella, trabajé mi voz y la escala completa de las perversidades. Yo era muy joven, recién casada, medrosa y poco lanzada. Dejé las lecciones al cabo de un mes, sí, de un mes justo, horriblemente desilusionada al haber asistido, por la puerta entreabierta, a una escenita en la que la esfinge, envuelta en echarpes estilo liberty, hacía confesar con su acritud a la cocinera una sisa que no llegaba a ochenta y cinco céntimos.

Rézi se anima, ondula, agita sus cabellos de seda y ríe ante lo cómico de su rememoración. Sentada en el hueco de sus caderas, replegada sobre sí misma, con un pie en una mano, la camisa resbalándole, tiene el aspecto de divertirse enormemente.

—¿Y después, quién, Rézi, quién?

—Después fue… —Duda, me mira rápidamente, vuelve a cerrar la boca y se decide—: Fue una jovencita.

Por su expresión, juraría que acaba de «saltarse» a uno o a una.

—¿Una jovencita? ¿De verdad? ¡Es interesante!

Tengo ganas de morderla.

—Interesante, sí… Pero sufrí. ¡Oh, nunca más he querido conocer a jovencitas!

Soñadora y semidesnuda, con boca entristecida, parece una niña enamorada. ¡Qué a gusto grabaría mis dientes —dos pequeños arcos rojos— en esa espalda que nacarea en la media luz!

—¿La amabas a… esa?

—Sí, la amaba. Pero ¡ahora solo te amo a ti, cariño!

Por ternura verdadera o aprensión instintiva, ha lanzado a mi alrededor sus brazos puros y me inunda con sus cabellos sueltos. Pero yo quiero el final de la historia.

—Y ella, ¿te amaba ella?

—¡Oh, qué sé yo! ¡Mi querida Claudine, no hay nada que iguale la crueldad, la fría y calculadora exigencia de las jovencitas! Me refiero a las jovencitas honestas, las otras no cuentan. Ignoran lo que es el sufrimiento, la piedad y la justicia. Esta, más ávida y buscadora de placer que una viuda de un año, me dejaba no obstante esperando durante semanas, no quería verme sino en familia y observaba mi pesadumbre con un lindo y cándido rostro de ojos puros. Al cabo de quince días, me enteraba yo de la razón de mi penitencia: cinco minutos de retraso en una cita, una conversación demasiado alegre con algún amigo… Y las palabras mordaces, las crueles alusiones hechas en voz alta, en público, con el valor hiriente y brutal de quienes no han suavizado ni amedrentado la primera falta.

Mi corazón encogido y oprimido late más deprisa. Quisiera aniquilar a la que habla. Sin embargo, arrebatada y sincera en su confesión, la aprecio más. Prefiero sus ojos tormentosos, que ensombrecen sus recuerdos, a la mirada infantil y provocadora que clava sus ojos en Renaud, en todos los hombres, en todas las mujeres, y en la portera.

¡Dios mío, cómo he cambiado! Tal vez en el fondo no he cambiado, pero… me he desfigurado. La primavera está ahí, primavera de París, un poco tísica, un poco corrompida, ¡y qué sé de ella sino los sombreros de Rézi! Las violetas, las lilas y las rosas han florecido alternativamente sobre su cabeza encantadora, abiertas a la luz de sus cabellos. Ha presidido, autoritaria, mis sesiones de modista, irritada al constatar que determinados sombreros de «señora» quedan muy ridículos en mi cabeza de cortos rizos. Me ha arrastrado a Gauthé para que me ciñeran con esta armazón de cintas imbricadas, dócil corsé que obedece el ritmo de mis caderas. Afanosa, ha escogido entre las telas los azules favorables al amarillo de mis ojos, los rosas fuertes que tan singularmente tiñen mis mejillas de ámbar. Voy vestida por ella. Estoy habituada a ella. Resisto con dificultad el deseo de pegarle, y temo desagradarle. Ante su

umbral, arrojo el ramito de narcisos silvestres comprado a algún vendedor ambulante, cuyo exagerado y meridional olor me es grato, pero a Rézi no le gusta.

¡Ah, qué lejos estoy de ser feliz! ¿Y cómo aliviar la angustia que me oprime? Renaud, Rézi, los necesito a los dos, y no pienso en escoger. Pero ¡cómo me gustaría separarlos, o, mejor, que fueran ajenos el uno a la otra!

¿He hallado el remedio? Siempre se puede probar.

Marcel viene hoy a verme. Me encuentra rara, a la vez triste y agresiva. Es porque llevo una semana retrasando una cita que Rézi implora. Rézi, lozana toda ella, anhelante, espoleada por la primavera. Pero yo casi no puedo soportar la presencia de Renaud entre nosotras dos. ¿Cómo no se da cuenta? La última vez en la rue Goethe, el humor mirón y tierno de mi marido chocó con una actitud huraña tan brutal que Rézi, intranquila, se levantó y le hizo no sé qué seña. Acto seguido, él se fue. Esa forma de entente entre ellos me exaspera más; yo me puse terca, y Rézi se fue, por primera vez, sin desprenderse del sombrero que se quita después de la camisa.

Marcel, pues, se toma a broma mi mala cara. Hace largo tiempo que ha venteado el secreto de mis preocupaciones y de mis alegrías: olfatea en mí el punto sensible con una seguridad que, de no conocer a mi hijastro, me asombraría. Hoy me encuentra sombría, y entonces insiste con mala intención en poner el dedo en la llaga.

—¿Eres una amiga celosa?

—¿Y tú?

—¿Yo? Sí y no. ¿La vigilas?

—¿Y a ti qué te importa? ¿Y por qué habría de vigilarla?

Baja su fina cabeza maquillada, retoca largamente su corbata, en la que cambian y se irisan matices de escarabajo; después me mira de reojo.

—Por nada. Yo la conozco poco. Superficialmente, me da la impresión de que es mujer a la que hay que vigilar.

Sonrío sin piedad.

—¿De verdad? Me fío de tu experiencia femenina.

—Encantador —concede sin inmutarse—; es una frase cruel. Por otra parte, tienes razón. Os vi a los tres en el estreno del vodevil. La señora Lambrook me pareció deliciosa, quizá demasiado repeinada. Pero qué estilo, y cómo parece amaros… ¡a ti y a mi padre!

Me pongo rígida, pero no me permito demostrar nada. Decepcionado, Marcel se pone en pie, con uno de sus contoneos. ¿Dedicado a quién, Señor?

—Adiós, me voy. ¡Entristecerías a un autor divertido, si no fueran ya todos tan lúgubres!

—¿Por quién me dejas?

—Por mí. Estoy en plena luna de miel con mi nuevo…

—¿Tienes un nuevo amor?

—Tengo un piso nuevo. ¡Cómo! ¿No sabes nada de mi emancipación?

—¡No, son todos tan discretos!

—¿Quiénes?

—Tus amigos.

—El oficio lo exige. Sí, tengo un pisito de *cocotte*. Muy pequeño, pequeño, pequeño. Apretándose, caben dos.

—¿Y te aprietas?

—Tú lo has dicho. ¿No vendrás a verlo? Pero preferiría que, por ejemplo, no llevaras a mi querido padre. Lleva a tu amiga, si eso puede divertirle. ¿Qué?

Bruscamente, con mano rápida e impulsada por una idea, le he cogido por la muñeca.

—¿No sales nunca a primera hora de la tarde?

—¿A primera hora de la tarde? Sí, los jueves y los sábados. Pero no esperes —añade con una deliciosa sonrisa de jovencita púdica— que te diga adónde voy.

—Eso no me interesa. Dime, Marcel, ¿no se podría visitar en tu ausencia el pequeño rincón de tus ocios?

—El pequeño rincón de mis fatigas.

Alza unos ojos viciosos, azul jaspeado de gris oscuro. Ha comprendido.

—En último extremo… ¿Es discreta la hermosa señora Lambrook?

—¡Oh!

—Te daré la llave. No rompáis mis pequeños adornos, me gustan mucho. El calentador eléctrico para el té está en un armario verde, entrando a la izquierda. No hay error posible, solo tengo un cuarto de trabajo y una salita para charlar, más un cuarto de aseo. Las pastas secas, el vino de Château-Yquem, el arak y el ginger-brandy en el mismo armario. ¿El jueves que viene?

—El jueves que viene. Gracias, Marcel.

Es un pequeño sinvergüenza, pero lo abrazaría de todo corazón. Una estrepitosa alegría me lleva de una ventana a otra, con las manos a la espalda y silbando a pleno pulmón.

¡Me da la llave él!

La pequeña llave de una cerradura Fichet abulta el portamonedas, bajo mi mano. Llevo a Rézi con la loca esperanza de correr hacia una «solución»: verla en secreto, apartar de esta historia, que a él no le atañe, a mi querido Renaud, al que amo demasiado —¡ah, Dios mío!— para verle mezclado, sin un terrible malestar, en estos chanchullos.

Rézi me acompaña dócilmente, divertida, feliz de que al fin mi rigor se haya fundido al cabo de una semana de enfurruñamiento.

Hace calor; en la victoria se abre la chaqueta de muchacho de su traje de áspera sarga y suspira en busca de aire. A hurtadillas contemplo la perspectiva de su sencillo perfil, la nariz de jovencita, las pestañas bañadas de luz, el terciopelo de las cejas cenicientas. Cogida de mi mano, aguarda pacientemente y, a veces, se inclina un poco a causa de un carretón florido que nos envía su olor húmedo, de un escaparate o de una mujer bien vestida que pasa. ¡Es tan dulce, Dios mío! ¿No se diría que solo me ama a mí y a mí me espera?

Chaussée d'Antin, un gran patio, luego una puerta pequeña, una escalera minúscula y bien cuidada, rellanos en los que apenas cabe un solo pie. Habiendo subido de un tirón los tres pisos, me detengo: ya huele a Marcel, sándalo y heno segado, con una pizca de éter. Abro.

—¡Espera, Rézi, hay que pasar de uno en uno!

Sí, es como he dicho. ¡Cómo me divierte ya este apartamento de muñeca! Un embrión de antecámara precede a un atisbo de gabinete de trabajo; el salón dormitorio… para charlar es lo único que alcanza las proporciones normales.

Como dos gatas desorientadas avanzamos, paso a paso, deteniéndonos ante cada mueble, cada cuadro. Demasiados perfumes, demasiados perfumes.

—Mira, Claudine, el acuario de la chimenea.

—Y los peces de tres colas.

—¡Oh, ahí hay uno que tiene las aletas como volantes al bies! ¿Qué es esto? ¿Un pebetero?

—No, un tintero, creo… o una taza de café… u otra cosa.

—¡Qué tela antigua tan preciosa, cariño! Podrían hacerse unas vueltas deliciosas para una chaqueta de entretiempo. Esa pequeña y encantadora diosa con los brazos cruzados…

—Es un pequeño dios.

—¡No, Claudine!

—No se ve bien por el ropaje. ¡Ay, Rézi, no te sientes como he hecho yo en el brazo de ese sillón inglés y verde!

—Es verdad. ¡Qué extravagante idea esa especie de lanzas de madera barnizada! ¡Es para empalarse!

—¡Chist! Rézi, no hablemos de empalar en el piso de Marcel.

—¡Oh! Ven a ver, deprisa, mi querido pastorcito.

No me gusta que ella me llame «mi querido pastorcito». Es una expresión de mi Renaud. Me duele por ella y, sobre todo, por él.

—¿A ver qué?

—¡Su retrato!

Me reúno con ella en el salón-dorm… etcétera. Desde luego, es el retrato de Marcel, de dama bizantina. Un pastel de sobra curioso, atrevido colorido sobre un flojo dibujo. Cabellos rojos en rodetes sobre las orejas, la frente cargada de joyas, ella… él… ¡Ah, caramba, yo qué sé! Con gesto afectado,

Marcel sostiene lejos de sí un largo faldón de tela rígida y transparente, una gasa cargada de perlas, recta como un aguacero y que entre pliegue y pliegue deja ver el rosa de la cadera huidiza, la pantorrilla, la fina rodilla. Con el rostro delgado, ojos desdeñosos, más bellos bajo el rojo de los cabellos, es Marcel.

Pensativa, con Rézi apoyada en mi hombro, vuelvo a ver al sospechoso joven moreno, el vivísimo retrato del Bronzino que en el Louvre me conquistó tan repentinamente.

—¡Qué brazos tan bonitos tiene este chico! —suspira Rézi—. ¡Lástima que tenga esos gustos…!

—¿Lástima para quién? —digo, súbitamente suspicaz.

—¡Para su familia, claro!

Ríe y tiende sus dientes hacia mis labios. Mis preocupaciones toman otra dirección.

—¡Ah, bueno! Pero… ¿dónde se acuesta?

—No se acuesta… Se sienta. Acostarse es tan vulgar…

Pese a lo que ella ha dicho, detrás de una cortina de pana rosa he encontrado una especie de alcoba estrecha y un diván cubierto de la misma pana rosa, en la que, con tonalidad ceniza verdosa, han dejado su sombra cinco veces puntiaguda unas hojas de plátano. Presionando con el dedo el botón eléctrico, juego a esparcir sobre este altar la luz que cae de una flor de cristal invertida… ¡Una orquídea, puaj!

Rézi señala con un fino índice los cojines que cubren el diván.

—Solo eso bastaría para aclarar que aquí no ha puesto ninguna mujer su cabeza, ni el resto.

Me río de su malicia perspicaz. Los cojines, bien escogidos, son todos ellos de un rugoso brocado, o bordados con hilo de oro y de plata, o están guarnecidos de lentejuelas. Una cabellera femenina se engancharía despiadadamente.

—Muy bien, Rézi, los quitaremos.

—Quitémoslos, Claudine…

Tal vez sea este el más bello recuerdo de nuestra ternura. Yo me entrego con menos rudeza. Ella aporta su fervor de costumbre, su vencida docilidad, y la luz invertida esparce sobre nuestro breve descanso su luz opalina.

Poco después, debajo de nosotras, un piano seco y destemplado y un tenorino averiado se coalían para martillear, convencidos:

Ayer-vivía en Nor-mandía

Al principio, resulta fastidioso tener tanto sentido del ritmo como yo. Pero una se acostumbra. Se acostumbra. Ya no es tan molesto, al contrario.

Ayer-vivía en-Nor…

Si alguien me hubiera dicho alguna vez que un seis por ocho de *Robert le Diable* me conmovería hasta hacerme un nudo en la garganta… Pero se necesita el concurso de circunstancias especiales.

Hacia las seis, cuando Rézi, calmada, se duerme con los brazos en torno a mi cuello, el timbre de la puerta tintinea imperioso hasta destrozarnos los nervios. Enloquecida, ella ahoga un grito y me hunde todas las uñas en la nuca. Incorporada sobre un codo, yo aguzo el oído.

—Cariño, no tengas miedo, no temas nada, será alguien que se ha equivocado… un amigo de Marcel, no puede haberles advertido a todos de su ausencia.

Se tranquiliza, deja ver su blanco rostro, se relaja en medio del desorden más siglo XVIII que se pueda

imaginar… pero de nuevo, ring.

Salta y comienza a vestirse sin que el espanto haga que vacilen sus dedos de escamoteadora. El timbrazo insiste, persiste; bromista, inteligente, interpreta ritmos tímbricos. Yo, de pura irritación nerviosa, aprieto los dientes.

Mi pobre amiga, pálida, a punto toda ella para partir, se tapa las orejas con las manos. Las comisuras de sus labios tiemblan a cada timbrazo. La compadezco.

—Veamos, Rézi. Evidentemente es un amigo de Marcel.

—¡Un amigo de Marcel! ¡Entonces no entiendes la maldad, la intención de ese timbre exasperante! Es alguien que sabe que estamos aquí. Si mi marido…

—¡Ah, no eres valiente!

—Gracias. ¡Es fácil ser valiente con un marido como el tuyo!

Me callo. ¿Para qué? Abrocho mi corsé. Vestida, voy con pasos de gato a aplicar la oreja contra la puerta. No oigo nada más que ese timbre, ¡ese timbre!

Al fin, tras un último y prolongado timbrazo, especie de signo de exclamación, percibo la huida de unos pies ligeros.

—¡Rézi! Se ha ido.

—¡Por fin! No salgamos enseguida, podría espiarnos. ¡Jamás volveré aquí!

¡Triste fin el de esta cita sin mañana! Mi bella amedrentada muestra tal prisa en dejarme, en alejarse de esta casa, de este barrio, que no me atrevo a pedirle que salgamos juntas. Baja la primera, mientras yo apago la flor invertida y recojo los cojines guarnecidos. El retrato de Marcel —barbilla desdeñosa, labios pintados y cerrados— me mira.

Hoy tengo ante mí, ceñido dentro de su negra y muy corta chaqueta, al original del comprometedor pastel bizantino. Chispea de curiosidad, como en los tiempos en que Luce le intrigaba tanto.

—¿Y bien, ayer…?

—Muy bien, gracias. Tienes un pequeño templo delicioso, digno de ti.

Se inclina.

—Y de ti.

—Muy gentil. Sobre todo me interesó tu retrato. Me complace saber que tienes un alma contemporánea de Constantino.

—Es el gusto de hoy en día. Dime, ¿no sois golosas ni la una ni la otra? Mi Château-Yquem, regalo de la abuela, no os tentó.

—No. Pudo en nosotras más la curiosidad que los otros instintos.

—¡Oh, la curiosidad! —duda, con la sonrisa de su retrato—. ¡Qué buenas amitas de casa sois las dos, lo he encontrado todo en perfecto orden! ¿No os molestaron, al menos?

El destello de su sonrisa, su mirada, que lanza y retira tan deprisa. ¡Ah!, el pequeño sinvergüenza, era él quien llamaba —o hacía llamar—, ¡no tenía que haberlo dudado! Pero no me pescará, maldito muchacho.

—No, en absoluto. Una tranquilidad de casa bien. Llamaron una vez, creo… y ni siquiera estoy segura. En aquel momento, yo estaba sumida en la contemplación de… de tu pequeña divinidad andrógina, con los brazos cruzados.

¡Esto le enseñará! Y, como los dos somos buenos jugadores, enarbola un aire de anfitrión satisfecho.

Carta de Montigny que, para comprenderla, me veo obligada a leer en voz alta, tan jeroglífica es su ortografía.

> ¿Así pues, no vienes a nosotros, muchachita mía? Mira que el gran rosal quiere florecer, y lo hará. Y el «fresno llorón» se ha hecho fuerte. El señor, igual.

Que señor está igual, Mélie, no podría dudarlo. Que el «fresno llorón» se haya hecho fuerte está bien. Y que el gran rosal quiera florecer… Es tan hermoso, tapiza todo un muro, florece deprisa, con abundancia, sin reposo. Hacia el otoño, después de nuevas floraciones y sobresaltos de vida perfumada, se agota; es un arbusto de pura sangre, se resistirá a morir. «El gran rosal quiere florecer». Ante esta noticia, he sentido revivir, húmeda de savia, la fibra que me une a Montigny. ¡Quiere florecer! Palpito, un poco con la orgullosa alegría de la madre a quien dicen: «¡Su hijo ganará todos los premios!».

Toda mi familia vegetal me llama. El viejo nogal envejece esperándome. Bajo la clemátide, pronto lloverán estrellas.

Pero ¡no puedo, no puedo! ¿Qué haría Rézi sin mí? No puedo dejar a Renaud junto a ella; mi grandullón es enamoradizo, ¡y ella tan amable!

¿Llevarme a Renaud? Rézi completamente sola, Rézi en un París de verano, seco y ardiente, sola con su fantasía y su afición a la intriga. Me engañaría.

¡Dios mío! ¿De verdad han pasado ya, hora tras hora, entre besos y enfurruñamientos, cuatro meses? Durante todo ese tiempo, yo no he hecho nada, nada más que esperar. Espero, al dejarla, el día que me la devuelve; espero, cuando estoy junto a ella, que el placer, lento o breve en llegar, me la entregue más bella y más sincera. Espero, cuando Renaud está con nosotras, espero que se vaya, y espero la partida de Rézi para hablar un poco, sin amargura, sin celos, con mi Renaud, a quien, desde lo de Rézi, me parece que amo aún más.

¡Tenía que suceder! He caído enferma y he aquí tres semanas perdidas. Gripe, enfriamiento, agotamiento, llámelo como lo llame el médico que me asiste, he tenido mucha fiebre y mucho dolor de cabeza. Pero en el fondo una es fuerte.

Renaud, querido grandullón, qué dulce me ha sido su dulzura. Jamás le he estado tan agradecida por hablar a media voz, matizada y sin estridencias.

Pese a mi temor de parecerle fea, que me hacía ocultar entre los brazos mi rostro, también Rézi me ha cuidado. A veces me chocaba su manera de mirar a Renaud, de sentarse «para él» en el borde de mi cama, con una rodilla levantada, amazona llena de gracia, con sombrero de virutas entrecruzadas, traje de bordado inglés y cinturón de terciopelo, todo su porte muy afectado y demasiado coqueto para visitar a una enferma. Valiéndome de la fiebre, he podido gritarle «¡Vete!», y ella ha creído que yo deliraba. También me ha parecido ver que, al entrar ella, como una bocanada de aire fresco, Renaud sonreía. Hablan delante de mí de cosas que no he visto, y su conversación, que sigo con dificultad, me hiere como un lenguaje convenido entre ellos.

He detestado a mi amiga por su fresca belleza de mejillas mate y sin sombras. Y, aunque ella depositara con gran dulzura a lo largo del diván donde recupero las fuerzas rosas rojinegras de largo tallo, yo, tras su marcha, cogía el espejo de mano escondido bajo los almohadones a fin de mirar largamente mi palidez, pensando en Rézi con celoso rencor.

—Renaud, ¿es verdad que los árboles de los bulevares ya están rojitos?

—Sí, es verdad, hijita. ¿Quieres ir a Montigny? Los verás más verdes.

—Están demasiado verdes. Renaud, hoy podría salir, me encuentro tan bien… He comido la molla entera de una costilla después del buey, he bebido un vaso de asti y he picoteado uva. ¿Va a salir?

De pie ante la ventana de su «santuario de trabajo», me mira con indecisión.

—Me gustaría mucho salir con un marido tan guapo como usted. Ese traje gris le sienta muy bien, y el chaleco de piqué acentúa su prestancia Segundo Imperio que tanto me gusta. Está usted muy joven hoy, ¿es por mí?

Enrojece un poco bajo su piel oscura y se alisa el largo bigote plateado.

—Sabes de sobra que, cuando hablas de mi edad, me pongo triste.

—¿Quién habla de su edad? Al contrario, tengo mucho miedo de que su juventud dure tanto como usted, como si fuera una enfermedad de nacimiento. ¡Lléveme, Renaud! ¡Me siento tan fuerte como para pasmar al mundo!

Mi grandilocuencia no hace que se decida.

—No, Claudine, el matasanos ha dicho: «Antes del domingo, no». Es viernes. Cuarenta y ocho horas de paciencia aún, mi querido pajarillo. Mira, una amiga que sabrá retenerte en casa.

Aprovecha la entrada de Rézi para escapar. Ya no reconozco a mi grandullón, tan atento a complacerme contra toda prudencia. ¡Ese médico es idiota!

—¿A qué viene esa mueca, Claudine?

Está tan bonita que, esta vez, me resigno. Azul, azul, azul, un azul vaporoso y jabonoso a la vez.

—Rézi, los elfos han lavado su ropa en el agua de tu vestido.

Sonríe. Sentada junto a ella, la miro de abajo arriba. Un alargado hoyuelo como un signo de

exclamación divide su obstinado mentón. Su nariz traza el arabesco exacto y simple que yo admiraba en Fanchette. Suspiro.

—Es que quería salir y el asno del médico no me deja. Al menos, quédate tú conmigo y dame tu frescor, el aire libre que azota tu falda y las alas de tu sombrero de hojas. ¿Es un sombrero o es una corona? Jamás te he visto tan irresistiblemente vienesa, querida mía, con tus cabellos de cerveza espumeante. Quédate conmigo, y háblame de la calle, de los árboles abrasados… y de la poca ternura por mí que nuestra separación te ha dejado.

Pese a ello, rehúsa sentarse y, mientras me habla con voz engatusadora, sus ojos van de una ventana a otra, como buscando una salida.

—¡Oh, cuánto, cuánto lo siento! Me hubiera gustado, cariño, pasar todo el día contigo, sobre todo si estás sola. ¡Hace tanto tiempo, querida Claudine, que tu boca ha olvidado la mía!

Se inclina, acariciadora, ofreciendo sus dientes húmedos, pero yo me vuelvo.

—No. Debo de oler a enferma. Vete a paseo; quiero decir, vete a pasear.

—Pero ¡si no voy a pasear, Claudine! Mañana es el aniversario de mi compromiso, ¡no es para reírse!, y en tal fecha tengo la costumbre de regalarle algo a mi marido.

—¿Y bien?

—Pues que este año me he olvidado de mi deber de esposa agradecida. Y he de correr para que esta noche el señor Lambrook encuentre bajo su servilleta plegada en forma de tiara de obispo lo que sea, una cigarrera, una botonadura de perlas, un estuche con dinamita, en fin, ¡cualquier cosa! Sin eso, estas tres semanas de silencio glacial y de irreprochable dignidad… ¡Dios! —exclama levantando los puños—. Con la de hombres que hacen falta en el Transvaal, ¿qué pinta él aquí?

Su socarronería voluble y voluntaria me llena de desconfianza.

—Pero, Rézi, ¿cómo no le confías tu compra al gusto infalible del ayuda de cámara?

—Ya se me había ocurrido. Pero la servidumbre pertenece a mi marido, salvo mi «muchacha».

Decididamente, quiere irse.

—Ve, esposa virtuosa, ve a festejar a san Lambrook.

Ya ha vuelto a bajarse el velito blanco.

—Si antes de las seis he terminado, ¿quieres que vuelva?

Así, inclinada sobre mí, ¡qué bonita está! Su falda, ceñida y retorcida por la vivacidad de sus ademanes, lo evidencia todo. Solo me anima una admiración platónica. ¿Es debido a mi convalecencia? Ya no siento el deseo de antes con sus grandes alas tumultuosas. ¡Y, además, se ha negado a sacrificar por mí a san Lambrook!

—Según… Sube de todos modos; te será dado conforme a tus méritos. No, te he dicho que huelo a enferma.

Aquí estoy, sola. Me echo, leo tres páginas, ando, empiezo una carta para papá, luego me entrego a un minucioso pulido de mis uñas. Sentada delante del tocador, lanzo de cuando en cuando una mirada al espejo, como quien mira la hora. Después de todo, no tengo tan mala cara. Los rizos un poco largos; no está mal. Este cuello blanco y esta blusa de muselina roja con miles de rayas blancas huelen a paseo a pie, a calle… En el espejo leo lo que han decidido mis ojos. ¡Pronto está hecho! Un sombrero de paja con cinta negra, una chaqueta al brazo para que Renaud no desapruebe mi imprudencia, y estoy fuera.

¡Señor, qué calor hace! No me extraña que al gran rosal le dé por florecer. ¡Sucio país, este París! Me siento ligera, he adelgazado. El aire libre me marea un poco, pero andando una se acostumbra. Quizá no pienso más que un perro de piso al que sacan después de ocho días de lluvia.

Sin proponérmelo, tomo maquinalmente el camino de la rue Goethe. ¡Caramba! Al llegar ante el número 59, sonrío y lanzo una cariñosa mirada a las cortinas de tul blanco que celan las ventanas del segundo piso.

¡Ah, la cortina se ha movido! Ese pequeño movimiento me ha clavado en la acera, tiesa como una muñeca. ¿Quién hay en «nuestra casa»? Sin duda habrá sido el viento que, entrando por una de las ventanas que dan al patio, ha levantado el tul. Pero, en tanto que mi lógica razona, la fiera que hay en mí, mordida por la sospecha, encolerizada luego bruscamente, ha adivinado antes de haber comprendido.

Cruzo la calle a la carrera, subo los dos pisos como en una pesadilla, por peldaños de algodón hidrófilo que se hunden y rebotan bajo mis pies. Voy a pegarme al botón de cobre y llamar hasta reventar. ¡No, ellos no acudirán!

Espero un minuto, con la mano en el corazón. Debido a este pobre gesto banal, me viene a la mente, cruel, una frase de Claire, mi hermanita de leche: «En la vida pasa como en los libros, ¿no?».

Tiro del tirador de cobre, tímidamente, estremeciéndome ante el sonido nuevo de esta campanilla que jamás sonó para nosotras. Y, durante dos interminables segundos, me digo, oprimida por una cobardía de niña: «¡Oh, si fuera posible que no abrieran!».

Los pasos que se acercan vuelven a hacer de mi valor torrentes de cólera. La voz de Renaud pregunta, disgustada:

—¿Quién es?

Estoy sin aliento. Me apoyo en la pared de falso mármol que enfría mi brazo. Y, al ruido de la puerta, que él entreabre, deseo morir.

No por mucho tiempo. ¡Hay que hacerlo, hay que hacerlo! ¡Soy Claudine, qué diablos! ¡Yo soy Claudine! Arrojo mi miedo como un manto. Digo: «Renaud, abra o grito». Miro a la cara al que abre, completamente vestido. Ante mí, retrocede de asombro. Y solo deja escapar esta exclamación, muy moderada, de jugador irritado por la mala pata: «*Sapristi!*».

La sensación de ser la más fuerte me endurece más. ¡Soy Claudine! Y digo:

—Desde abajo he visto a alguien en la ventana. Entonces, he subido a saludaros un momento.

—He hecho una tontería —murmura.

No intenta detenerme con gesto alguno; se aparta para dejarme pasar. Y me sigue.

Atravieso rápidamente el saloncito y alzo el cortinaje florido. ¡Ah, lo sabía! Rézi está ahí, ella está ahí, caramba, volviendo a vestirse. En corsé, pantalón, con sus enaguas de linón y encaje al brazo, y en la cabeza el sombrero, como conmigo. Siempre veré esa cabeza rubia, que, ante mis miradas, se descompone y parece morir. Casi la envidio por tener tanto miedo. Ella mira mis manos y yo veo cómo su fina boca empalidece y se seca. Sin apartar de mí sus ojos, tiende hacia su vestido un brazo tanteante. Avanzo un paso. Casi se cae y se protege el rostro con los codos alzados. Este gesto, que descubre el hueco espumeante de sus brazos, tantas veces aspirado, desencadena en mí huracanes. Voy a coger esta garrafa y tirársela… o mejor esta silla. Las aristas de los muebles tiemblan ante mí como el aire caliente sobre los prados.

Renaud, que me ha seguido, me roza la espalda. Está inseguro, un poco pálido, pero sobre todo fastidiado. Con voz penosa le digo:

—¿Qué… estabais haciendo?

A su pesar, sonríe nerviosamente.

—Te esperábamos, palabra… Ya lo ves.

Estoy soñando o… se ha vuelto loco. Me vuelvo hacia la que está ahí, hacia la que, mientras he apartado la mirada de ella, se ha puesto el vestido azul donde los elfos han lavado su ropa. ¡No será ella la que se atreva a sonreír!

«En la vida pasa como en los libros, ¿no?». No, dulce Claire. En los libros, la que llega para vengarse pega como mínimo dos tiros. O bien se va, lanzando sobre los culpables su desprecio con una palabra aplastante, y dando un portazo. Yo no sé qué hacer, no sé en absoluto cómo he de obrar, esa es la verdad. No se aprende así como así, en cinco minutos, el papel de esposa ultrajada.

Sigo bloqueando la puerta. Creo que Rézi va a desmayarse. ¡Qué curioso sería! Él, al menos, no tiene

miedo. Con menos emoción que interés, sigue, como yo, las fases del terror en el rostro de Rézi. Y al fin parece comprender que esta hora no tenía que habernos reunido.

—Escucha, Claudine… Querría decirte…

Con un gesto de brazo le corto la frase. Por otra parte, no parece muy deseoso de continuarla y, con aire de resignación fatalista, se encoge de hombros.

¡Es a Rézi a quien odio! Avanzo hacia ella lentamente. Me veo avanzar hacia ella. El desdoblamiento que se apodera de mí me deja dudosa de mis intenciones. ¿Le pegaré o tan solo voy a aumentar hasta el síncope su vergonzoso temor?

Ella retrocede, gira alrededor de la mesita del té. ¡Llega al tabique! ¡Va a escapárseme! ¡Ah! ¡No quiero!

Pero ya está rozando la cortina, tantea, retrocediendo y con los ojos siempre fijos en mí. Involuntariamente, me agacho para coger una piedra. No hay piedras. Ha desaparecido.

Quebrada de pronto mi energía, dejo caer los brazos.

Allí estamos los dos, mirándonos. Renaud casi tiene el buen aspecto de todos los días. Muestra un aire afligido. Y un poco tristes los hermosos ojos. ¡Dios mío!, él va a decir «Claudine…», y, si permito que mi cólera estalle, si dejo fluir en reproches y lágrimas la fuerza que aún me sostiene, saldré de aquí de su brazo, quejumbrosa y perdonando. ¡No quiero! Yo soy… ¡Yo soy Claudine, vive Dios! Y, después, le guardaría demasiado rencor por haberle perdonado.

He esperado demasiado. Avanza y dice:

—Claudine…

Pego un salto y, por instinto, comienzo a huir, como Rézi. Solo que yo es de mí de quien huyo.

He hecho bien en escapar. La calle, la mirada que lanzo a la cortina delatora, reaniman en mí el orgullo y el rencor. Y, por otra parte, ahora ya sé dónde voy.

Correr en coche de punto hasta casa, coger mi saco de mano, volver a bajar tras haber lanzado sobre una mesa mi llave, todo ello no me lleva ni un cuarto de hora. Tengo dinero, no mucho, pero suficiente.

—Cochero, a la estación de Lyon.

Antes de subir al tren le pongo un telegrama a papá, y, luego envío esta nota urgente para Renaud: «Por favor, envíe a Montigny vestidos y ropa interior para una estancia indefinida».

Esas azulinas de la pared, que han pasado del azul al gris, sombras de flores en papel más pálido. Esa cortina de tela de Persia con dibujos quiméricos… sí, abierto el fruto monstruoso, la manzana con ojos… Veinte veces las he visto en sueños durante mis dos años en París, pero jamás con tanta viveza.

Desde el fondo de mi transparente sueño, ¡esta vez he oído el gruñido de la bomba!

Sentada de golpe en mi camita estilo imperio, la primera sonrisa de mi habitación de niña me inunda de lágrimas. Lágrimas claras como ese rayo que, semejante a monedas de oro, danza en los cristales, dulces a mis ojos como las flores del papel gris. ¡Entonces es verdad, estoy aquí, en esta habitación! No pienso en otra cosa hasta que llega el momento de secarme los ojos, con un pañuelito rosa que no es de Montigny.

Mi tristeza acaba con mis lágrimas. Me han hecho daño. ¿Un daño saludable? Estoy a punto de creerlo porque, en fin, no puedo ser absolutamente desgraciada en Montigny, en esta casa. ¡Oh, mi pequeño escritorio manchado de tinta! Todavía guarda todos mis cuadernos de la escuela: CÁLCULO, ORTOGRAFÍA… Porque, en tiempos de la señorita, ya no se decía «Problemas» ni «Dictado»; «Ortografía» y «Cálculo» resultaban más distinguidos, más «enseñanza secundaria».

Unas duras uñas arañan la puerta, maltratan la cerradura. Un «miau» angustiado e imperioso me apremia a abrir. ¡Ah, hijita mía, qué bonita eres! ¡Mis pensamientos forman una mezcla tal que te he olvidado un instante, Fanchette! Ven a mis brazos y a mi cama, arrima a mi barbilla tu húmeda nariz y tus dientes fríos, tan emocionada de volver a verme que tus patas, con todas tus uñas fuera, «amasan pan» en mi brazo desnudo. ¿Qué edad tienes, eh? Cinco años, seis años, ya no lo sé. Tu blancura es tan joven… Morirás joven… como Renaud. ¡Vaya, basta! Este recuerdo me lo estropea todo. Permanece bajo mi mejilla, para que olvide escuchando, desencadenada y vibrante, toda su fábrica de ronroneos.

¿Qué habrás pensado ante mi llegada repentina y sin maletas? Incluso papá se ha olido algo.

—¡Bueno! ¿Y el otro animal, tu marido?

—Vendrá cuando tenga tiempo, papá.

Estaba pálida, ausente, seguía allí, en la rue Goethe, entre aquellos dos seres que me han hecho tanto daño. Aunque habían dado las diez, me negué a sentarme a la mesa, deseosa tan solo de una cama, de un agujero cálido y solitario, para pensar, para llorar, para odiar. Pero la oscuridad de mi cuarto de antaño alberga tantos fantasmas benévolos que con ellos llegó el sueño, arrullador y negro.

Pasos suaves que arrastran chancletas. Mélie, que de golpe ha vuelto a sus viejas costumbres, entra sin llamar. Trae en una mano la bandejita de estropeado barniz —¡la misma!— y, en la otra, su pecho izquierdo. Se la ve ajada, descuidada, pronta a turbias meditaciones, pero su sola presencia me ensancha el alma. Esta vieja criada trae en la bandejita desportillada, en la humeante taza, «¡el filtro que anula los años!». Filtro que huele a chocolate. Me muero de hambre.

—¡Mélie!

—¿Qué, mi adorada France?

—¿Tú me quieres?

Se toma el tiempo de depositar la bandeja antes de responder, alzando sus blandos hombros:

—Es probable.

Es verdad. Noto que es verdad. Permanece de pie y me mira comer. También Fanchette, sentada sobre mis pies. Las dos me admiran sin reservas. No obstante, Mélie mueve la cabeza y sopesa su seno izquierdo con aire de desaprobación.

—No tienes muy buena cara. ¿Qué te han hecho esos?

—He tenido la gripe, se lo escribí a papá. ¿Dónde está papá?

—En su antro, ¡mira tú! Ya lo verás. ¿Quieres que vaya a buscarte una tina?

—¿Para qué? —digo, conquistada por el querido *patois*.

—Pues… para lavar tu señor trasero y lo demás.

—Sí, y que sea grande.

En el umbral, se vuelve y me pregunta a quemarropa:

—¿Cuándo vendrá el señor Renaud?

—¡Yo qué sé! Escribirá. ¡Vamos, al trote!

Esperando la tina, me asomo a la ventana. Nada se ve en la calle, salvo los tejados que descienden. Debido a la excesiva inclinación, todas las casas tienen el primer piso al nivel de la planta baja de la que les precede. ¡Seguramente la acusada pendiente ha aumentado durante mi ausencia! Diviso la esquina de la rue des Soeurs, que va directa, quiero decir transversalmente, a la escuela. ¿Y si fuera a ver a la señorita? No, no estoy lo bastante bonita. Y, además, tal vez me encontraría a la pequeña Hélène, esa futura Rézi. ¡No, no, nada de amigas, nada de mujeres! Sacudo la mano, separando los dedos, con el desagrado un tanto asqueado que provoca un largo cabello liso enganchado en las uñas.

Descalza, me deslizo hasta el salón. ¡Cómo saben sonreírme los desgarrones de los viejos sillones! Aquí todo está en su sitio. Dos años de penitencia en París no han entristecido sus redondos respaldos, sus hermosas patas estilo Luis XVI que un resto de pintura blanquea. ¡Esta Mélie, qué bruta! ¡El jarrón azul, que durante quince años he visto a la izquierda del jarrón verde, lo ha puesto a la derecha! Rápida, pongo las cosas en su sitio, cuido y doy el último toque al decorado de casi toda mi vida. En verdad que no falta nada, salvo mi alegría de entonces, mi alegre soledad.

Al otro lado de las persianas, cerradas para evitar el sol, queda el jardín. ¡No, jardín mío, no te veré hasta dentro de una hora! Con solo el murmullo de tus hojas me conmueves tanto… ¡Hace tanto tiempo que no me nutro de verdor!

Papá cree que duermo. O bien se ha olvidado de que he llegado. No importa. Dentro de poco iré a su antro, a arrancarle algunas maldiciones. Fanchette, temiendo que me escape, me sigue paso a paso. «Hija mía, no temas, has de saber que mi nota decía vestidos y ropa interior para una estancia indefinida». ¿Indefinida? ¿Qué quiere decir eso? No lo sé muy bien. Pero me parece que estoy aquí para mucho, mucho tiempo. ¡Ah, qué bien sienta para las penas cambiar de ambiente!

Mi corta mañana transcurre en el jardín encantado. Ha crecido. El inquilino temporal no ha tocado nada, creo que ni siquiera la mala hierba que crece en los caminos.

El enorme nogal tiene miles y miles de nueces llenas. Y solo con respirar el olor fúnebre y fuerte de una de sus arrugadas hojas se me cierran los ojos. Me apoyo en él, que protege mi jardín y lo devasta, pues la frialdad de su sombra mata las rosas. ¿Qué importa? Nada hay más bello que un árbol… que este árbol. Al fondo, contra la tapia de la señora Adolphe, los dos abetos hermanos saludan con la cabeza sin reír, rígidos bajo su ropaje oscuro que sirve para todas las estaciones.

La glicina que escala el tejado ha perdido las flores de sus encantadores racimos. ¡Tanto mejor! Me cuesta perdonar a las flores de glicina el haber engalanado los cabellos de Rézi.

Inerte al pie del nogal, noto cómo me vuelvo planta una vez más. Allá lejos, el monte de las Codornices azulea y se aleja. Si Moustier no está cubierto, mañana hará muy buen día.

—¡Niña, mira, una carta!

Una carta… Ya… ¡Qué corta ha sido la tregua! ¿No podía haberme dejado un poco más de tiempo, un poco más de sol aún y de vida animal? Me siento insignificante y tímida ante el dolor que va a asaltarme. Borrar, borrar todo lo que ha sucedido, y volver a comenzar completamente nueva. ¡Ay!

«Mi querida niña…».

Podría haberse detenido ahí perfectamente. Sé todo lo que va a decirme. ¡Sí, yo era su niña! ¿Por qué me ha engañado?

Mi querida niña, no puedo consolarme de tu pena. Has hecho lo que debías hacer, y yo no soy sino un hombre miserable que te ama con desolación. Tú sabes, Claudine; a pesar de todo tú estás segura de que solo me ha llevado a eso una imbécil curiosidad; por ello, no es de eso de lo que me siento culpable. Te lo digo a riesgo de agravar tu rigor. Pero te he hecho daño, y no puedo hallar reposo. Te envío todo lo que me has pedido. Te confío a la tierra que amas. Piensa que, por encima de todo, eres mi ternura y mi único bien. Mi «juventud», como decías cuando aún te reías alzando los ojos hacia mí, mi triste juventud de hombre ya viejo se ha ido de golpe contigo…

¡Qué dolor, qué dolor! Sentada en el suelo, con la cabeza apoyada en el rudo flanco del nogal, sollozo. Me duele mi pena; me duele, ¡ay!, la suya. Yo no sabía aún lo que es un «mal de amores», y he aquí dos. Y sufro por el suyo más todavía que por el mío. ¡Renaud, Renaud!

Me adormezco aquí mismo; mi dolor se congela lentamente. Mis ojos, escocidos, siguen el vuelo de una avispa, el «frrrt» de mi pájaro, el complicado trayecto de un cárabo dorado. ¡Qué azul es el azul de esos acónitos! De un bello y vivo color, chillón y vulgar. ¿De dónde viene ese aliento melífero, que huele a esencia de Oriente y a dulce de rosas? Es el gran rosal el que me inciensa. Por él me pongo en pie, con los pies llenos de hormigas, y salgo a su encuentro.

¡Tantas rosas, tantas rosas! Me gustaría decirle: «Descansa. Ya has florecido bastante, y trabajado y agotado también bastante tu fuerza y tus perfumes». No me escucharía. Quiere batir el récord de las rosas, en número y aroma. Tiene fondo, velocidad y da de sí cuanto puede. Sus innumerables hijas son rosas pequeñas y bellas, como las de las estampas religiosas, con los bordes de los pétalos ligeramente teñidos por un corazoncito de intenso carmín. Una a una pueden parecer un poco sosonas, pero ¿a quién se le ocurriría criticar el susurrante manto de abejas que han arrojado sobre este muro?

—¡Borrica del carajo! ¡Que le arranquen la piel a esta bestia infame, aborto de los infiernos!

No cabe duda: es papá quien se expresa. Feliz de verle, de distraerme con sus extravagancias, echo a correr. Le descubro asomado a una ventana del primer piso, la de la biblioteca. Su barba ha encanecido un poco, pero sigue meciéndose como un río tricolor sobre su vasto pecho. Lanza fuego por las narices y sus gritos consternan al universo.

—¿Qué te sucede, papá?

—¡Esta gata inmunda ha ensuciado con sus patas y estropeado para siempre mi admirable aguada! ¡Hay que tirarla por la ventana!

¿Se dedica ahora a la aguada? Tiemblo un poco por mi hijita.

—¡Oh, papá! ¿Le has hecho daño?

—¡No, claro que no! Pero hubiera podido, hubiera debido hacérselo, ¿oyes, hija de cornudo?

Respiro. Al verlo tan poco, me había olvidado de lo inocuo de sus rayos.

—Y tú, ¿estás bien, mi Dine?

La infinita ternura de su voz, este apelativo de mi primera infancia, abren de nuevo en mi interior juveniles manantiales, y oigo brotar, gota a gota, claros y fugaces recuerdos… Bueno, ¡vuelve a atronar!

—¿Qué, borrica? Me parece que te estoy hablando.

—Sí, querido papá, estoy bien. ¿Trabajas?

—Con solo dudarlo me ofendes. Toma, lee esto, se publicó la semana pasada; la tierra se ha estremecido. Los galopines de mis colegas han puesto unos morros…

Me tira el número de *Comptes Rendus* que lleva inserta su preciosa comunicación.

¡Malacología! ¡Malacología! Tú dispensas a tus fieles la felicidad, el olvido de la humanidad y de sus miserias. Hojeando el fascículo, de un rosa suave, he encontrado yo la verdadera babosa, una palabra

que se arrastra viscosa sobre sus cincuenta letras: Tetrametilmonofenilsulfotriparaamidotrifenilmetano. Me parece oír, ¡ay!, la risa de Renaud ante semejante hallazgo.

—Papá, ¿permites que me quede con el fascículo? ¿No te hará falta?

—No —responde altanero desde su ventana—, he encargado a la casa Gauthier-Villars diez mil tirajes aparte.

—Eso es prudencia. ¿A qué hora se come?

—Dirígete a los lacayos. Yo soy todo cerebro, ¡yo no como, pienso!

Con un estrépito de tormenta cierra los cristales, que el sol besa.

Le conozco; siendo un hombre «todo cerebro», va a «pensar» enseguida en un respetable bistec.

Mi jornada transcurre toda ella buscando paso a paso, migaja a migaja, mi infancia desperdigada por los rincones de la vieja casa; mirando a través de la verja, que la poderosa glicina ha retorcido, cómo a lo lejos cambia y empalidece, y luego se vuelve violeta, el monte de las Codornices. No quiero ver los tupidos bosques, de un verde que, opaco y esponjoso, hacia la noche azulea, hasta mañana. Hoy curo mi dolor, lo mimo bajo techado. Demasiada luz, demasiado aire puro, y los tiernos abrojos floridos de rosa podrían deshilachar la ligera guata de protección curativa que envuelve mi afligida pesadumbre.

En la noche rojiza oigo dormirse al benévolo jardín. Sobre mi cabeza zigzaguea el vuelo negro y mudo de un pequeño murciélago. Un peral de san Juan, apresurado y pródigo, deja caer uno a uno sus redondos frutos, marchitos apenas han madurado, frutos que en su caída arrastran avispas tenaces. Cinco, seis, diez avispas en el agujero de una pera pequeña. Caen sin dejar de comer, tan solo batiendo el aire con sus alas rubias. Así batían bajo mis labios las doradas pestañas de Rézi.

Ante el recuerdo de la amiga traidora, no me he estremecido con el doloroso encogimiento que temía. ¡Ah!, bien hacía en dudar de si la amaba.

En cambio, no puedo evocar sin un cruel sobresalto, sin juntar de angustia las manos, la elevada estatura de Renaud de pie en la oscuridad de la habitación florida, acechando mi decisión, y sus tristes ojos temiendo lo irrefutable.

—¡Nonore mía, un telegrama para ti!

¡Esto ya es demasiado! Me vuelvo amenazadora, presta a destruir el papel azul.

—Hay respuesta pagada.

Leo: «Ruego inmediatas noticias salud».

No se ha atrevido a más. Está pensando en papá, en Mélie, en la señorita Mathieu, la directora de Correos. También yo, al responder, pienso en ellos: «Viaje excelente. Papá bien de salud».

He llorado mientras dormía, y no me acuerdo de mi sueño, sueño que, sin embargo, me despierta oprimida y con grandes suspiros temblorosos. El día apunta. Apenas son las tres. Las gallinas todavía duermen, solo chillan los gorriones con un rumor de guijarros removidos. Hará buen tiempo, el alba es azul.

Quiero, como cuando era niña, levantarme antes que el sol, para ir al bosque de los Trinos y sorprender el sabor nocturno de la fría fuente y los jirones de noche que, ante los primeros rayos, retroceden hacia los matorrales y allí se hunden.

Salto al suelo. Fanchette, dormida, desposeída del hueco de mis rodillas separadas, se enrosca sobre sí misma como un caracol, sin abrir un ojo. Un leve gemido, y aprieta con más fuerza su blanca pata contra sus ojos cerrados. El alba húmeda no le interesa. Solo le gustan las noches claras en que, sentada y erguida, correcta como una gata diosa de Egipto, mira rodar en los cielos, interminablemente, la blanca luna.

Mi precipitación al vestirme y la indecisa hora de la madrugada me devuelven a los estremecidos amaneceres de invierno, cuando, chiquilla flacucha, partía hacia la escuela a través del frío y de la nieve sin barrer. Valiente bajo la caperuza roja, trituraba con mis dientes la corteza de las castañas hervidas, mientras me deslizaba sobre mis zuequitos puntiagudos.

Paso por el jardín, por encima de los picos de la verja. En la puerta de la cocina escribo con carbón: «Claudine ha salido, volverá para comer». Antes de cruzar la verja, con la falda levantada, sonrío a mi casa, pues no hay nada más mío que esta casona de granito gris, con las persianas despintadas y abiertas día y noche, ante ventanas que ignoran la desconfianza. La pizarra color malva del tejado se engalana con pequeños líquenes lisos y claros, y dos golondrinas posadas sobre la veleta se esponjan para que el primer rayo de sol rasque su blanca y regalada pechera.

Mi insólita aparición en la calle turba a los perros encargados del servicio de basuras, y unos gatos grises huyen, silenciosos y ondulantes. Ya seguros en el borde de un tragaluz, me siguen con una mirada amarilla. Volverán a bajar enseguida, cuando el ruido de mis pasos haya disminuido a la vuelta de la esquina.

Estas botitas de París no valen nada en Montigny. Me haré con otras, menos finas y con clavitos en las suelas.

El exquisito frío de la sombra azul alcanza mi piel deshabituada, pellizca mis orejas. Pero allá en lo alto bogan ligeros velos, gasas color malva, y el reborde de los tejados acaba de teñirse de pronto de un violento tono rosa de mandarina. Casi corro hacia la luz, llego a la puerta de Saint-Jean, a medio camino de la colina, donde una casa, miserable y alegre, plantada allí sola, en el extremo de la villa, custodia la entrada de los campos. Aquí me detengo con un hondo suspiro.

¿He llegado al fin de mis penas? ¿Sentiré apagarse aquí el eco del golpe brutal? En este valle, estrecho como una cuna, he mecido, durante dieciséis años, todos mis sueños de niña solitaria. Me parece verlos dormir todavía, velados por una niebla lechosa que se mece y corre como una ola.

El golpe de un postigo que se ha cerrado me ahuyenta del montón de piedras donde, bajo el viento que hiela la boca, estaba pensando. No es con la gente de Montigny con quien tengo que ajustar cuentas. Quiero descender, cruzar ese lecho de bruma, ascender por el camino de arena amarilla, hasta los bosques, cuyas cimas acaricia un tono rosa ardiente. ¡Vamos!

Camino, camino, ansiosa y apresurada, con los ojos bajos, a lo largo del seto, como si buscara la

hierba que todo lo cura.

Regreso a las doce y media, más deshecha que si tres cazadores furtivos me hubieran perseguido por los bosques. Pero, mientras Mélie se lamenta, yo contemplo con una sonrisa inerte mi cansado rostro, rayado junto al labio por un arañazo rosado, mis cabellos cuajados de lampazos, mi falda mojada, en la que el mijo silvestre ha bordado sus bolitas verdes y velludas. Mi blusa de linón azul, desgarrada bajo el brazo, permite que ascienda hasta mi nariz el perfume cálido y húmedo que enloquecía a Ren… ¡No, ya no quiero pensar en él!

¡Qué hermosos son los bosques! ¡Qué dulce es la luz! ¡Qué frío está el rocío en el reborde de las zanjas herbosas! Si entre el monte bajo y en los prados ya no encuentro la encantadora multitud de florecillas esbeltas, miosotis y silenes, narcisos y velloritas primaverales; si los sellos de Salomón y los muguetes ya han perdido hace tiempo sus campanillas colgantes, al menos he podido bañar mis manos, mis piernas temblorosas en una hierba igual y profunda; reposar mi fatiga en el terciopelo seco de los musgos y de las pinazas; cocer mi reposo, ausente de pensamientos, al sol rudo y ascendente. Me siento traspasada de rayos, atravesada de hálitos, sonora de cigarras y de gritos de pájaros, como una habitación que abre sobre un jardín.

—¡Buena la has hecho! ¡Un vestido tan bonito! —desaprueba Mélie.

—¡Tanto me da! Tendré otros. ¡Ah, Mélie, creo que de no haber sido por la comida no hubiera vuelto! Pero me muero de hambre.

—Está bien. La comida está hecha. ¡Si esto tiene sentido! ¡Y el señor que está pendiente de ti y que te mira con ojos de buey inquieto! ¡Eres la misma de antes! ¡Vagabunda, bah!

Esta mañana he corrido tanto, mirado tanto y amado tanto que me quedo en el jardín toda la tarde. El huerto, que todavía estaba sin visitar, me regala albaricoques tibios y ásperos melocotones, que saboreo boca abajo, al pie del gran abeto, con un viejo Balzac abierto entre mis codos.

¡Dios mío, me siento tan ligera de espíritu, tan dichosamente muerta de cansancio! ¿No es esto la felicidad recuperada, el olvido, la alegre soledad de antaño?

Podría equivocarme, pero no. Mélie no tiene razón, ya no soy «la misma de antes»; con el declinar del día, la inquietud despunta, vuelve el malestar, el angustioso malestar que me fuerza a moverme, a cambiar de habitación, de sillón, de libro, como quien busca un lugar fresco en un lecho febril. Doy vueltas por la cocina, dudo largo rato, ayudo a Mélie a hacer una mayonesa que se niega a ligarse. Al fin, con aire indiferente, le pregunto:

—¿No ha habido cartas para mí hoy?

—No, niña; solo los diarios para el señor.

He dormido tan cansada que me zumbaban los oídos y los músculos de mis pantorrillas temblaban espasmódicamente. Pero mi sueño, entrecruzado de sueños confusos, dominados por una enervante sensación de espera, no ha sido agradable. Tanto es así que esta mañana, entre Fanchette y mi chocolate, que se enfría, me entretengo en la cama.

Fanchette, convencida de que he vuelto solo por ella, goza desde mi regreso de una alegría perfecta, quizá demasiado perfecta. No la atormento demasiado. Le falta mi traviesa insistencia de antes en sostenerla de pie sobre sus dos patas posteriores, en suspenderla por el rabo, en sacudirla, con las patas cogidas de dos en dos, gritando: «¡He aquí la liebre blanca que pesa cuatro kilos!». Solo soy tierna, la acaricio sin pellizcarla, sin morderle las orejas. ¡Caray, Fanchette, no se puede tener todo! Yo misma, por ejemplo…

¿Quién está subiendo los peldaños de la escalinata? El cartero, creo. ¡Con tal de que Renaud no me haya escrito!

Mélie ya me habría traído la carta. No la oigo venir. Sin embargo, escucho con mis orejas, con mi nariz, tensa toda yo. No viene. Él no ha escrito. ¡Tanto mejor! ¡Que olvide y que me deje olvidar!

¿Qué significa este suspiro? Es un suspiro de alivio, no quiero ni dudarlo. Mas, para ser una Claudine tranquilizada, estoy temblando; y mucho. ¿Por qué no ha escrito? Porque yo no le contesto. Porque teme irritarme más. O bien ha escrito y roto la carta. Ha llegado tarde al correo. ¡Está enfermo!

Me pongo en pie de un salto, apartando a la despeinada gata, que, bruscamente despierta, guiña los ojos. Este movimiento me devuelve, junto con la consciencia, la vergüenza de mí misma.

Mélie es tan negligente… Habrá dejado la carta en la cocina, en una esquina de la mesa, cerca de la mantequilla que traen entre dos hojas de acelga. La mantequilla manchará la carta. Tiro de un cordón, que desencadena el estrépito de una campana de convento.

—¿Es para tu agua caliente, niña mía?

—Sí… Dime, Mélie, ¿el cartero no me ha dejado nada?

—No, encanto. —Sus azules ojos marchitos se entrecierran con picante ternura—. ¡Ah, ah! El tiempo no pasa sin tu hombre, ¿eh? ¡Condenada casadita! ¡Lo echas en falta!

Se aleja riendo por lo bajo. Me vuelvo de espaldas al espejo para no seguir viendo la expresión de mi cara.

Recobrado el valor, subo detrás de Fanchette al granero que durante las lluvias tenaces tantas veces me sirvió de refugio. Es amplio y sombrío; las sábanas de la colada cuelgan de los rodillos de madera del secador; un montón de libros semirroídos ocupa un rincón; una antigua silla desfondada, a la que le falta una pata, espera, boquiabierta, a que se siente un fantasma. Una canasta de mimbre guarda restos de papeles pintados que datan de la Restauración: fondo amarillo cólico con rayas, ciruela, semienrejados verdes por los que se encarama una compleja vegetación o revolotean pájaros verde calabaza. Todo esto se mezcla con los restos del viejo herbario, donde yo, antes de destruirlos, admiraba los delicados esqueletos de plantas exóticas venidas de no sé dónde. Todavía quedan algunos, que hojeo respirando el antiguo y suave polvillo, un tanto farmacéutico: papel mohoso, plantas muertas, flores de tilo recogidas la semana pasada y puestas a secar sobre un lienzo extendido. Cuando alzo la cabeza, el marco del tragaluz abierto encuadra, como antes, el mismo paisaje remoto y concluido: un bosque a la izquierda, una pradera en descenso y, en una esquina, un tejado rojo. Ha sido compuesto con esmero, bobalicón y encantador.

Abajo han llamado. Oigo puertas, voces inidentificables, y que arrastran algo, como un pesado mueble. ¡Pobre Claudine dolorida, qué poco se necesita para emocionarte! No puedo aguantar más; prefiero bajar a la cocina.

—¿Dónde estabas, France? Te he «rebuscado» y luego me he dicho que habrías vuelto a salir para callejear. Es tu baúl, que el señor Renaud ha enviado a gran velocidad. Racalin lo ha metido en tu habitación por la escalera pequeña.

El gran baúl de pergamino me pone sombría y me irrita como un mueble de allá. Uno de sus lados lleva todavía una gran etiqueta roja con letras blancas: HOTEL DES BERGUES.

Data de nuestro viaje de novios. Rogué que dejaran pegado ese rótulo, que, en las estaciones, hacía visible el baúl desde muy lejos. En el hotel des Bergues… llovió todo el tiempo, y no salimos.

Abro la tapa con violencia, como si quisiera acabar con el amado y punzante recuerdo que, con apariencia de esperanza, se alza ante mí.

A primera vista, no me parece que la doncella se haya olvidado de gran cosa. La doncella. Veo aquí la huella de otras manos que no son las suyas. No ha sido ella quien, bajo las blusas de verano, sobre el lecho de la fina y refrescante ropa interior, ha puesto, de nuevo encintado, el pequeño estuche verde. El

rubí que me regaló Renaud brilla límpido, como sangre clara, como un vino rico y dulce. ¡Apenas me atrevo a tocarlo! ¡No, no, que siga durmiendo en el pequeño estuche verde!

En el compartimiento inferior han acomodado mis trajes, vacíos corpiños, mangas lacias, tres vestidos sencillos que puedo dejar aquí. Pero también guardaré esta caja de antiguo barniz tan bonita que me dio él, como me dio el rubí, como me ha dado todo cuanto tengo. La han llenado de los bombones que a mí me gustan, de los que, demasiado azucarados, se derriten en la boca, y de chocolatinas blandas. Renaud, malvado Renaud, ¡si usted supiera qué amargos son los bombones bañados por las cálidas lágrimas!

Ahora dudo antes de alzar cada pliegue, donde se agazapa el pasado, donde vela la tierna y suplicante solicitud de aquel que me ha traicionado. Todo está lleno de él; con sus manos ha alisado, ya doblada, esta ropa interior, él ha atado las cintas de estas bolsitas.

Lenta, con los ojos turbios de llanto, tardo en vaciar este relicario.

¡Hubiera querido tardar aún más! Debajo de todo, en una de mis chinelas de tafilete, hay una blanca carta enrollada. Sé muy bien que la leeré… pero ¡qué frío resulta este papel cerrado! ¡Qué desagradablemente cruje bajo el temblor de mis dedos! Es preciso leerla, aunque solo sea para acallar ese ruidito odioso.

> Mi pobre niña adorada, te envío todo lo que de ti me quedaba, todo lo que aquí conservaba aún tu perfume y algo de tu presencia. Querida mía, espero que a ti, que crees en el alma de las cosas, estas te hablen de mí sin ira. ¿Me perdonarás, Claudine? Estoy mortalmente solo. Devuélveme —no ahora, más adelante, cuando tú quieras—, no a mi mujer, sino tan solo a la amada niña que te has llevado. Porque mi corazón estalla de dolor al pensar que tu intensa y pálida carita sonríe a tu padre, y que a mí solo me queda el cruel rostro de Marcel. Te suplico que recuerdes, cuando estés menos triste, que unas líneas de tu propia mano me serán tan caras y benditas como una promesa…

—¿Adónde vas? ¿Y la comida ya servida?

—Peor para ella. No voy a comer. Dile a papá… lo que te dé la gana, que me marcho de paseo hasta el monte de las Codornices. No volveré hasta la noche.

Mientras hablo, meto febrilmente en una cestita el cuscurro de una hogaza partida, manzanas de verano y un muslo de pollo que birlo de un plato ya preparado. ¡Yo no comeré aquí, seguro! Para leer en mi turbado espíritu, necesito la sombra atigrada de sol y la belleza de los bosques por consejeros.

A pesar del fuerte sol, sigo sin detenerme el estrecho camino de Vrimes, más zanja que camino, excavado y arenoso como el lecho de un río. Mis pasos ponen en fuga a los grandes lagartos verde esmeralda, tan medrosos que jamás he podido apresar ni tan siquiera uno. Ante mí, se alzan nubes de mariposas comunes, pardas y castañas como labradores. Una morio pasa zigzagueando, roza el seto, como si le costara alzar más arriba el pesado terciopelo pardo de sus alas. De cuando en cuando, un fino surco ondulado moldea en hueco la arena del camino: por allí ha pasado una serpiente, pizarrosa y brillante. Quizá llevaba de través en su pequeña y recta boca de tortuga las patas verdes de una rana todavía pataleantes.

Con frecuencia me vuelvo para ver cómo disminuye la torre sarracena, orlada de hiedra, y el decrépito castillo. Quiero llegar hasta aquel pequeño pabellón de caza que hace cien años perdió el suelo de su único piso, sus ventanas, su puerta e incluso su nombre… Porque por aquí le llaman «la casita donde hay tantas porquerías escritas en las paredes». Así es. Y es bien verdad que jamás se han visto —grabadas, escritas con carbón, subrayadas por dibujos hechos con navaja o con tiza, a lo largo y a lo ancho, de través— tantas obscenidades, tantas burlas e ingenuas escatologías. Pero yo no tengo nada que ver con la casita hexagonal a la que los domingos acuden en peregrinación los mozos insultantes y bandadas de chicas socarronas. A mí me atrae el bosque que la casita guardara antaño, y que no pisa la juventud endomingada, porque es demasiado denso, demasiado silencioso y está cortado por húmedas zanjas donde brotan los helechos.

Hambrienta, aletargado el pensamiento, como con la cestita colocada en el hueco de las rodillas, al igual que un leñador. ¡Gozo absoluto de saberse un animal pletórico de vida, accesible tan solo al sabor del pan que cruje y de la manzana harinosa! La dulzura del paisaje despierta en mí una sensualidad casi semejante al éxtasis del hambre que sacio; estos bosques iguales y sombríos huelen a manzana, este pan tierno es tan alegre como el tejado de tejas rosadas que abre en ellos una brecha.

Después, echada de espaldas, con los brazos en cruz, espero el feliz sopor.

No hay nadie en los campos. ¿Qué harían? No se cultiva nada. La hierba crece, cae la madera muerta y la caza viene al lazo. Las chiquillas de vacaciones conducen los borregos a lo largo de los taludes… y a esta hora todo duerme, como yo, la siesta. Una mata de espino en flor exhala su engañoso olor a fresas. El bajo ramaje de una encina desmedrada me protege como el alero de una casa.

Mientras me arrastro para cambiar mi lecho de hierba fresca, un crujido de papel arrugado ahuyenta el sueño ya próximo. La carta de Renaud palpita en mi corpiño, la carta que suplica.

«Mi pobre niña adorada…», «la amada niña que te has llevado…», «tu intensa y pálida carita…».

Quizá por primera vez en su vida ha escrito sin calcular las palabras que escribía, ha escrito sin literatura; él, a quien habitualmente la repetición de una palabra con dos líneas de intervalo le molesta como una mancha de tinta en los dedos.

Llevo esta carta sobre el corazón, como una novia. Con la otra, la de anteayer, son las dos únicas cartas de amor que he recibido, pues durante nuestro breve noviazgo Renaud vivía muy cerca de mí y, después, contenta, dócil o indiferente, siempre fui tras su humor viajero y mundano.

¿Qué he hecho de bueno, por él y por mí, en dieciocho meses? Me he regocijado con su amor, entristecido con su superficialidad, asombrado de su modo de pensar y de obrar… y todo sin decir nada, rehuyendo las explicaciones y desagradando más de una vez a Renaud con mi propio silencio.

He caído en el egoísmo de sufrir sin buscar remedio, en el orgullo rutinario de criticar silenciosamente. Sin embargo, ¿qué no hubiera hecho él por mí? De su solícita ternura podía obtenerlo todo; él me amaba lo bastante para guiarme… ¡si yo le hubiera guiado primero! ¡Yo le he pedido un… piso de soltero!

Hay que volver a empezar todo. Gracias a Dios, todo puede volver a empezar. «Grandullón mío —le diré—, ¡le ordeno que me domine!». Y le diré… tantas cosas más.

Aunque la hora pase, aunque el sol gire, aunque salgan del bosque las delicadas mariposas de vuelo incierto y ya nocturno, aunque una pequeña y tímida lechuza, sociable y deslumbrada, se deje ver demasiado temprano en la linde del bosque y parpadee, aunque el monte bajo se anime al caer la tarde de mil ruidos inquietantes, de pequeños chillidos, yo no les presto sino oídos distraídos y ojos ausentes y tiernos. Heme aquí en pie, estirando mis brazos entumecidos y mis corvas llenas de agujetas, y luego huyendo hacia Montigny, apremiada por la hora… ¡la hora del correo, caramba! Quiero escribir, escribirle a Renaud.

He tomado una resolución. ¡Ah, qué poco me ha costado!

Querido Renaud, me siento turbada al escribirle, porque es la primera vez. Y me parece que no podré decirle antes de que salga el correo de la tarde todo lo que quiero decirle.

He de pedirle perdón por haberme ido y he de darle las gracias por haberme dejado partir. He necesitado cuatro días para comprender, sola en mi casa y con mi pena, aquello de lo que usted me habría convencido en unos pocos minutos. Sin embargo, creo que estos cuatro días no se han desperdiciado.

Me ha escrito usted toda su ternura, querido grandullón, sin mencionar a Rézi, sin decirme: «Has hecho con ella lo mismo que he hecho yo, con tan poca diferencia…», y, sin embargo, hubiera sido muy razonable y de una lógica aplastante. Pero usted sabía que no era lo mismo… y le quedo reconocida por no habérmelo dicho.

No querría volver a causarle pena nunca, nunca más, pero es necesario que usted me ayude, Renaud. Sí, yo soy su niña —nada más que su niña—, una hija demasiado mimada, a la que a veces debe usted negarle lo que pide. Yo

deseé a Rézi, y usted me la dio, como si fuera un bombón. Es preciso enseñarme que hay golosinas nocivas y que, considerándolo bien, hay que desconfiar de las malas marcas. No tema, querido Renaud, entristecer a su Claudine regañándola. Me gusta depender de usted, y tenerle un poco de miedo a un amigo a quien tanto amo.

Todavía quiero decirle algo: yo no volveré a París. Usted me ha confiado a la tierra que amo, venga entonces a reunirse conmigo, a custodiarme, a amarme. Si alguna vez ha de dejarme usted, por grado o por fuerza, yo le esperaré aquí, fielmente y sin desconfianzas. En este Fresnois hay belleza suficiente, suficiente tristeza, para que usted no tenga miedo a aburrirse, si yo estoy a su lado. Porque aquí soy más hermosa, más tierna, más honesta.

Y, además, venga, porque yo no puedo estar sin usted. Le amo, le amo; es la primera vez que se lo escribo. ¡Venga! ¡Piense, mi querido marido, que llevo cuatro largos días esperando que usted ya no sea demasiado joven para mí…!

Claudine se va

¡Se ha ido, se ha ido! Lo repito, lo escribo para saber que es verdad, para saber si me hará daño. Mientras estuvo aquí yo no tenía la sensación de que partiría. Se movía con precisión. Daba órdenes terminantes; me decía: «Annie, no olvidará…». Luego, interrumpiéndose: «¡Dios mío, qué cara más triste tiene usted! Me da más pesar su pena que mi propia partida». ¿Tan triste era la cara que le ponía? No sentía pena, puesto que él estaba aún allí.

Al oírle compadecerse así de mí, me entristecía, replegada y temerosa: «¿De veras voy a tener tanta pena como dice? ¡Es terrible!».

Ahora es verdad: ¡se ha ido! Temo moverme, respirar, vivir. Un marido no debe dejar a su mujer, cuando se trata de este marido y de esta mujer. Yo aún no tenía trece años, y ya era el dueño de mi vida. ¡Un dueño tan apuesto! Un chico pelirrojo, más blanco que un huevo, de ojos azules que me deslumbraban. Esperaba sus vacaciones de verano en casa de la abuela Lajarrisse —toda mi familia— y contaba los días. Por fin, llegaba la mañana en que, al entrar en mi cuarto blanco y gris de monjilla (a causa de los crueles veranos de allá, solían blanquear con cal y las paredes estaban frescas y nuevas a la sombra de las persianas), al entrar ella decía: «Las ventanas del cuarto de Alain ya están abiertas, la cocinera al regresar de la ciudad las ha visto». Me anunciaba eso tranquilamente, sin pensar que antes esas solas palabras hacían que me encogiera menuda, bajo las sábanas, y alzara las rodillas hasta la barbilla.

¡Alain! A los doce años lo amaba como ahora, con un amor confuso y aterrorizado, sin coquetería y sin astucia. Todos los años vivíamos uno al lado del otro durante casi cuatro meses, pues se educaba en Normandía, en uno de esos colegios tipo anglosajón donde las vacaciones suelen ser largas. Llegaba dorado y blanco, con cinco o seis pecas bajo las azules pupilas, y empujaba la puertecilla del jardín como se planta una bandera en una ciudadela. Lo esperaba con mi vestido de todos los días, sin atreverme, de miedo a que lo notara, a engalanarme para él. Me llevaba con él, leíamos, jugábamos, no pedía mi opinión, se burlaba con frecuencia, decretaba: «Haremos esto, tú sujetarás la pata de la escalera. Ahora tiende el delantal para que eche las manzanas…». Pasaba su brazo por mis hombros y miraba alrededor con aire malvado, como diciendo: «¡Que vengan a quitármela!». Él tenía dieciséis años, y yo, doce.

Algunas veces —y es un ademán que todavía hice ayer, humildemente— posaba en su blanca muñeca mi mano atezada y suspiraba: «¡Qué negra soy!». Y con una sonrisa orgullosa mostraba sus cuadrados dientes, respondiendo: *«Sed formosa*, querida Annie».

He aquí una fotografía de esa época. Soy morena y sin consistencia, igual que ahora, con una cabecita algo echada hacia atrás por los cabellos negros y pesados, una boca con un mohín que implora: «No lo haré más», y bajo unas pestañas muy largas, colocadas como pantalla, tiesas como una reja, unas pupilas de un azul tan líquido que cuando miro me dejan confundida, ojos ridículamente claros en un cutis de niña cabileña. Pero ya que han sabido gustar a Alain…

Crecimos sumamente juiciosos, sin besos ni gestos feos. ¡Oh, no es por mi culpa! Hubiera dicho que sí, incluso callándome. Junto a él, a menudo, cuando acababa el día, he hallado demasiado pesado el aroma de los jazmines y he respirado con dificultad, con el pecho contraído. Como me faltaban palabras para contestar a Alain: «¡El jazmín, al anochecer, el vello de mi piel que mis labios acarician, eres tú…!», cerraba entonces la boca, bajaba las pestañas sobre mis pupilas en una actitud tan habitual que jamás ha sospechado nada, jamás. Es tan honrado como apuesto.

A los veinticuatro años me declaró: «¡Ahora nos casaremos!», como me habría dicho antes: «Ahora jugaremos a los salvajes».

Ha sabido siempre tan bien lo que debía hacer que, sin él, heme aquí como un inútil juguete mecánico del que se ha extraviado la llave… ¿Cómo sabría ahora dónde está el bien y el mal?

¡Pobre Annie, pobre pequeña Annie, débil y egoísta! Me lamento de mí pensando en él. Le supliqué que no partiera… Con pocas palabras, pues su afecto siempre reprimido teme las expansiones demasiado vivas:

—Esa herencia quizá no sea gran cosa. Tenemos dinero de sobra. Es ir a buscar muy lejos una fortuna poco segura… Alain, ¿y si se lo encargara a alguien? —La sorpresa de sus cejas corta mi torpe frase, pero recobro valor—: Pues, entonces, Alain, ¡lléveme con usted!

Su sonrisa llena de compasión no me dejó esperanza:

—¡Llevarla, hijita mía; tan delicada como es y tan mala viajera, dicho sea sin ánimo de ofenderla! ¿Se ve usted capaz de soportar el viaje hasta Buenos Aires? Piense en su salud, piense (es un argumento que la conmoverá, lo sé) en el estorbo que puede representar para mí.

Bajé los párpados —es mi manera de meterme dentro de mí—, y maldije en silencio a mi tío Etchevarray, un calavera, que hace quince años desapareció sin dejar noticias. Al desagradable chiflado le dio por morir rico en países que no conocemos y dejarnos, ¿qué?, estancias donde se crían toros. «¡Toros que se venden hasta a seis mil piastras, Annie!». No recuerdo cuánto sube esto en francos.

Aún no ha terminado el día de su partida y estoy ya escribiendo a escondidas en el hermoso cuaderno que me ha dado para que lleve el diario de su viaje y releyendo el «programa de actividades» que me ha dejado su firme solicitud.

Junio.— Visitas a madame X… madame Z… y madame T… (importante).

Una sola visita a Renaud y Claudine, matrimonio demasiado original para una joven cuyo marido está de viaje, lejos.

Pagar la factura del tapicero, de los butacones del salón y del sofá de rejilla. No regatear, pues el tapicero trabaja para nuestros amigos los G. Podría dar lugar a murmuraciones.

Encargar los trajes de verano de Annie. No abusar del estilo sastre, vestidos sencillos y claros. Que mi querida Annie no se obstine en creer que el rojo o naranja fuerte le aclaran la tez.

Cada sábado por la mañana comprobar las cuentas de los criados. Que Jules no olvide descolgar la tapicería de mi fumadero y enrollarla con pimienta y tabaco. Es un muchacho bastante bueno, pero descuidado, y si Annie no lo vigila personalmente hará su trabajo con negligencia.

Annie preferirá pasear a pie por las avenidas, no leerá demasiadas tonterías, ni demasiadas novelas naturalistas u otras.

Avisar a l'Urbaine de que nos despedimos el primero de julio. Durante los cinco últimos días antes de la partida para Arriège, alquilar la victoria.

Mi querida Annie me complacerá mucho consultando con frecuencia a mi hermana Marthe y saliendo a menudo con ella. Marthe tiene mucho sentido común, incluso un gran sentido práctico tras una apariencia un poco libre.

¡Ha pensado en todo! ¿Y ni por un minuto siquiera tendré el rubor de mi inutilidad? Quizá sería más justo decir «inercia» o «pasividad». La activa vigilancia de Alain lo absorbe todo y me quita el menor cuidado material. El primer año de mi matrimonio quise sacudir mi silenciosa ociosidad de chicuela de tierras calientes. Y Alain abatió prestamente mi hermoso celo: «Deje, deje, Annie, ya está hecho, yo mismo me encargo». «Así no, Annie, no tiene la menor idea».

No sé más que obedecer. Me ha enseñado eso y lo cumplo como única tarea de mi existencia, con asiduidad, con alegría. El cuello flexible, mis brazos colgantes y mi talle demasiado esbelto y que se dobla, hasta mis párpados que caen fácilmente y dicen sí, hasta mi tez de pequeña esclava, me

predestinaban a la obediencia. Alain me llama a menudo así: «Pequeña esclava». Lo dice sin maldad, por supuesto, nada más que con un ligero desprecio hacia mi raza morena. ¡Él es tan blanco!

Sí, querido, «empleo del tiempo» que en su ausencia me guía hasta su primera carta, sí, avisaré a l'Urbaine, vigilaré a Jules, comprobaré los libros de los criados, haré visitas y veré a Marthe con frecuencia.

Marthe es mi cuñada, hermana de Alain. A pesar de que la censura por haberse casado con un novelista conocido, no obstante mi marido le reconoce una inteligencia vivaz y desordenada, una lucidez liosa. Suele decir complacido: «Es hábil». No he llegado a discernir muy bien el valor de este cumplido.

En todo caso, maneja a su hermano con una mano infalible y mucho me temo que Alain no se da cuenta. ¡Con qué arte salva la palabra atrevida que acaba de dejar escapar, con qué maestría escamotea un tema de conversación peligroso! Cuando yo he contrariado a mi amo y señor, me quedo triste sin siquiera atreverme a implorar gracia. Marthe se ríe en sus narices o admira de forma deliberada una observación que él acaba de hacer, denigra con palabras divertidas a un latoso particularmente detestable. Alain desfrunce sus cejas duras.

Hábil, ciertamente, de espíritu y de manos. La contemplo atónita cuando, mientras habla, hace brotar bajo sus dedos un adorable sombrero o una pechera de encaje con la elegancia de una *première* de una buena casa de modas. Sin embargo, Marthe no tiene nada de modistilla. Bastante baja, llenita, de cintura prieta y delgada, caderas graciosas y ondulantes, lleva muy erguida una cabeza llameante de cabellos rojos dorados (los cabellos de Alain) iluminada por unos terribles ojos grises. Un rostro de incendiaria en el sentido revolucionario de la frase, que ella arregla muy graciosamente como carita del siglo XVIII. Polvos de arroz, carmín en los labios, crujientes vestidos de sedas pintadas con guirnaldas, corpiños en punta y altísimos tacones. Claudine (la divertida Claudine a quien no se debe visitar demasiado) suele llamarla «marquesa para barricadas».

Esta Ninon revolucionaria ha sabido sojuzgar —ahí reconozco de nuevo la sangre de Alain— al marido que conquistó tras una corta lucha. Léon es un poco el Annie de Marthe. Cuando pienso en él, lo llamo «el pobre Léon». Con todo, no tiene un aire desdichado. Es moreno, correcto, guapo mozo con su barba en punta y almendrados ojos, cabellos suaves y lacios. Un tipo perfectamente francés y discreto. Requeriría un perfil más agudo, una barbilla más cuadrada, más brusquedad en el arco de las cejas, menos condescendencia en los ojos negros. Es un poco —es feo esto que escribo—, un poco hortera de tienda de postín, según dijo esa peste de Claudine, que una vez le denominó: «¿Desea-algo-más-la-señora?». Y le ha quedado la etiqueta al pobre Léon, a quien Marthe trata como a una propiedad de renta.

Lo encierra regularmente tres o cuatro horas diarias, mediante lo cual suministra, según ella me ha confiado, un buen rendimiento medio de una novela y dos tercios por año. «Lo estrictamente necesario», añade su mujer.

No puedo comprender que haya mujeres con bastante iniciativa y cotidiana voluntad —y crueldad también— para edificar y sostener un presupuesto, un tren de vida, sobre los hombros inclinados de un hombre que escribe, que escribe y no protesta. Censuro a veces a Marthe y luego la admiro, con cierto espanto.

Comprobando su autoridad masculina que ha sabido explorar la docilidad de Léon, le dije, en un día de gran atrevimiento:

—Marthe, tú y tu marido sois un matrimonio contra natura.

Me miró estupefacta, y luego se echó a reír hasta ponerse mala.

—¡Vamos, esta Annie tiene cada salida! No tendrías que salir sin un *Larousse*. ¡Un matrimonio contra natura! Por suerte no hay nadie que te pueda oír… ¡con las modas que corren!

De todas formas, ¡Alain se ha ido! No puedo olvidarlo mucho rato en mi íntimo parloteo. ¿Qué hacer? El peso de vivir sola me abruma. ¿Y si me fuera al campo, a Casamène, a la vieja casona que nos dejó la

abuela Lajarrisse, para no ver a nadie, realmente a nadie, hasta su regreso?

Marthe ha entrado, barriendo con sus faldas tiesas, con los volantes de sus mangas, mis ridículos proyectos. He ocultado el cuaderno muy deprisa.

—¿Estás sola? ¿Vienes al sastre? ¡Completamente sola en esta triste habitación! ¡Vaya una viuda inconsolable!

Su broma inoportuna, también su parecido con su hermano, a pesar de los polvos, el sombrero Trianon y la larga sombrilla, me arrancan nuevas lágrimas.

—¡Buena la hemos hecho! Annie, eres la última de las… esposas. ¡Te digo que regresará! Yo me imaginaba, tonta de mí, indigna de mí, que su ausencia te daría (por lo menos durante las primeras semanas) una sensación de vacaciones, de escapatoria.

—¡Escapatoria!, ¡oh, Marthe!

—¡Qué oh Marthe…! Es cierto. Aquí suena a vacío —dice, dando vueltas por la habitación, mi habitación, donde la partida de Alain nada ha cambiado, sin embargo.

Me seco los ojos, lo que siempre me lleva algo de tiempo, pues tengo muchas pestañas. Marthe dice, riendo, que tengo «cabellos en la punta de los ojos».

Se ha acodado en la chimenea, volviéndome la espalda. Lleva, a mi parecer, algo demasiado prematuro para la estación: un traje de tela fina y ligera de color tostado con rositas pasadas de moda, una falda montada a frunces y una pañoleta cruzada que es de madame Vigée-Lebrun, con unos cabellos rojos que dejan la nuca despejada, que son de Helleu. El conjunto resulta algo discordante, aunque con cierta gracia. De todas maneras, me voy a quedar esta observación para mí. Por otra parte, ¿qué observaciones son las que no me quedo para mí?

—¿Qué estás mirando tanto rato, Marthe?

—Estoy contemplando el retrato de mi señor hermano.

—¿De Alain?

—Tú lo has dicho.

—¿Qué le encuentras?

No contesta enseguida, luego se echa a reír, y, volviéndose, dice:

—¡Qué extraordinario parecido con un gallo!

—¿Con un gallo?

—Sí, con un gallo. Fíjate.

Indignada al oír semejante barbaridad, tomo maquinalmente el retrato, una foto en sanguina que me gusta mucho: mi marido está en un jardín de verano, destocado, sus rojos cabellos cortos como un cepillo, altiva la mirada, tiesa la pantorrilla. Es su actitud habitual. Se parece a un apuesto mozo robusto, fácilmente irritable, viva la mirada. ¡También se parece a un gallo! Marthe tiene razón. Sí, un gallo rojo, lustroso, con cresta, con espolones. Desolada, como si acabara de irse por segunda vez, me vuelvo a deshacer en lágrimas. Mi cuñada levanta los brazos, consternada.

—¡Vamos, si es que no se va a poder hablar de él! ¡Hija, eres un caso! ¡Será divertido ir al sastre con esos ojos! ¿Te he disgustado?

—No, no; soy yo. Deja, ya pasará…

Sin embargo, no puedo confesarle que me siento desesperada porque Alain se parece a un gallo y, sobre todo, por haberme dado cuenta.

¡A un gallo! No tenía que habérmelo hecho notar.

—¿La señora ha dormido bien?

—No, Léonie.

—La señora tiene ojeras. Debería tomar una copa de coñac.

—No, gracias. Prefiero el cacao.

Léonie conoce un remedio único para todos los males: una copa de coñac. Me parece que experimenta diariamente sus saludables efectos. Me intimida un poco porque es alta, de ademanes decididos, cierra la puerta con autoridad y, cuando cose en el cuarto de costura, silba marchas militares como un cochero que vuelve del regimiento. Por otro lado, es una moza capaz de abnegación, que desde mi matrimonio, hace cuatro años, me sirve con un desdén afectuoso.

¡Sola al despertar, sola para decirme que han transcurrido un día y una noche desde la partida de Alain, sola para reunir todo mi valor, para disponer las comidas, telefonear a l'Urbaine, hojear los libros de cuentas! Un colegial que no ha hecho sus deberes de vacaciones no despierta en la mañana de principio de curso más triste que yo…

Ayer no acompañé a mi cuñada a la prueba. Estaba disgustada por lo del gallo y pretexté fatiga y la rojez de mis párpados.

Hoy quiero sacudir mi postración y, puesto que Alain lo ha ordenado, visitaré a Marthe en su día de recibo, a pesar de que la travesía sin apoyo, completamente sola, de ese inmenso salón sonoro de voces femeninas me resulta siempre un pequeño suplicio. ¿Y si hiciera avisar de que me siento enferma, como dice Claudine? ¡Oh, no, no, no puedo desobedecer a mi marido!

—¿Qué vestido necesita, la señora?

Sí, ¿qué vestido? Alain no vacilaría, hubiera consultado con una mirada el color del tiempo, el de mi vestido, luego los nombres inscritos al «día» y su elección infalible lo habría satisfecho todo.

—Mi vestido de crespón gris, Léonie, y el sombrero de las mariposas.

Unas mariposas grises con alas de plumas color ceniza, manchadas de lúnulas naranja y rosa que me divierten. ¡Bueno! Hay que comprobar que mi gran dolor no me afea en extremo. El sombrero de mariposas, tieso encima de los cabellos lisos y huecos, la raya a la derecha, el moño bajo, los ojos azules, desconcertantes y pálidos, más líquidos aún a causa de las lágrimas recientes, vamos, hay con qué hacer rabiar a Valentine Chessenet, una asidua del salón de mi cuñada que me detesta porque (así lo siento) mi marido le resulta muy de su gusto. Es una criatura que se diría se ha sumergido en un baño decolorante. Cabellos, tez, pestañas, todo del mismo rubio sonrosado. Se maquilla de rosa, se pinta las pestañas con *mascaro* (es Marthe quien me lo ha dicho) sin llegar, por ello, a vigorizar su deslavazada anemia.

Estará en su puesto en casa de Marthe, de espaldas a la claridad para disimular las bolsas que luce debajo de los ojos, a buena distancia de la Rose-Chou, que le asusta con su resplandor sano y animal. Me dirá agriamente, por encima de las cabezas, frases mordaces a las que no sabré qué contestar. Mi intimidado silencio hará reír a otras cotorras y volverán a llamarme «la gansita negra». ¡Alain, autoritario Alain, por ti acudo a exponerme a tantas dolorosas pruebas!

Desde la antecámara, ante el ruido de pajarera puntuado, como por picotazos, con los choques de las cucharillas, se me hielan las manos.

¡Allí está la Chessenet! Todas están allí y todas parlotean, salvo Candeur, niña poetisa cuya alma silenciosa no florece más que en bellos versos. Se calla, vuelve lentamente sus pupilas de cambiante

resplandor y se muerde el labio inferior con aire voluptuoso y culpable como si fuera el labio de otra.

Está la señorita Flossie, que para rechazar una taza de té pronuncia un «No…» tan prolongado, con un pequeño estertor gutural, que parece que se entrega toda ella. Alain no quiere (¿por qué?) que me trate con esa estadounidense más flexible que una echarpe, cuyo chispeante rostro brilla con cabellos de oro, con pupilas azul mar, con dientes implacables. Me sonríe sin confusión, fijos los ojos en los míos hasta que un estremecimiento de su ceja izquierda, extraño, molesto como una llamada, hace desviar su mirada. La señorita Flossie sonríe entonces con más nerviosismo, en tanto que una niña pelirroja y esbelta, acurrucada en su sombra, me mira con inexplicables pupilas llenas de odio.

Maugis —un importante crítico teatral—, con sus ojos saltones avivados por un breve resplandor, contempla muy de cerca a la pareja de estadounidenses, con una insolencia digna de una bofetada, y refunfuña indistintamente, llenándose un vaso de burdeos con whisky:

—¡Vaya Safo! ¡Con tal de que sea divertido!

No le entiendo. Me atrevo apenas a mirar todas esas caras súbitamente heladas por una malévola inmovilidad a causa de mi vestido, que es bonito. ¡Cómo quisiera escaparme! Me refugio junto a Marthe, que me anima con su mano pulida y pequeña y sus pupilas audaces como ella misma. ¡Cuánto le envidio ser tan valiente! Tiene la lengua viva e impaciente, gasta mucho, no se necesita tanto para tener alrededor gente que murmura sin bondad. Ella lo sabe, toma la delantera a las alusiones, agarra a las amigas pérfidas y las sacude con los bríos y la tenacidad de un buen perro ratonero.

De buena gana le daba hoy un beso por su respuesta a la señora Chessenet, que al verme entrar ha exclamado:

—¡Ah, he aquí a la viuda del Malabar!

—No la haga rabiar —contesta Marthe—. Cuando un marido se va, deja un vacío, después de todo.

Una voz convencida asiente a mis espaldas, arrastrando las erres.

—Cierrrrrrtamente, un vacío considerable y doloroso.

Y todas se echan a reír. Me confundo. Mi vergüenza aumenta al reconocer a Claudine, la mujer de Renaud: «Una sola visita a Renaud y Claudine, matrimonio demasiado original…». La circunspección que Alain les demuestra me vuelve tonta y como culpable ante ellos. No obstante, me parecen envidiables y simpáticos ese marido y esa mujer que no se separan, unidos como amantes.

Un día en que confesé a Alain que no censuraba lo más mínimo a Claudine y Renaud por erigirse en amantes casados, me preguntó, en tono bastante seco:

—¿De dónde has sacado, querida mía, que los amantes se vean más y mejor que los esposos?

—No lo sé —le contesté sinceramente.

Desde aquella época no intercambiamos con este matrimonio original más que raras visitas de cumplido. Esto no incomoda a Claudine, a quien nada incomoda, ni a Renaud, que de todo el mundo solo le preocupa su mujer. Y Alain profesa un perfecto horror a las rupturas inútiles.

Claudine no parece sospechar que ha desencadenado la hilaridad. Come, con la vista baja, un bocadillo de langosta y luego declara con serenidad que es el sexto que se ha comido.

—Sí —exclama Marthe con alegría—, es usted una relación ruinosa. El alma de la señora Beulé ha pasado a usted.

—Su estómago nada más. Es todo lo que se podía aprovechar —rectifica Claudine.

—Cuidado, querida —insinúa la señora Chessenet—, con ese régimen engordará… La otra noche me pareció que sus brazos adquirían una agradable aunque peligrosa amplitud.

—¡Bah! —contesta Claudine con la boca muy llena—. Solo le deseo que tenga los muslos como yo tengo los brazos. Mucha gente se alegraría.

La señora Chessenet, que está flaca y se desespera, se traga el sofión penosamente, con el cuello tan tenso que temo un pequeño escándalo. Sin embargo, se limita a mirar de arriba abajo a la insolente de rizos cortos y se levanta. Esbozo un movimiento para levantarme también, luego me siento de nuevo para no salir con esa víbora descolorida.

Claudine ataca valerosamente el plato de pastelillos y me ofrece. (¡Si Alain nos viera!). Acepto uno y le susurro:

—Ahora, esta Chessenet va a inventar cosas horribles sobre usted.

—La desafío a hacerlo, de buena gana. Ya ha largado todo lo que podía imaginar. No le queda más que el infanticidio por atribuirme, y ni siquiera es seguro; no pondría la mano en el fuego.

—¿No le tiene simpatía? —le pregunto con timidez.

—Sí, pero lo disimula.

—¿Y a usted no le importa?

—¡Bah!

—¿Por qué?

Los hermosos ojos color habano de Claudine me miran.

—¿Por qué? Pues no sé. Porque…

Su marido al acercarse nos interrumpe. Con un ligero ademán, le indica, sonriente, la puerta. Ella se levanta de su sillón, flexible y silenciosa como una gata. Nunca sabré por qué. No obstante, me parece que esa mirada envolvente que le ha lanzado era realmente una respuesta.

Yo quiero irme también. De pie, en medio de ese círculo de hombres y mujeres, me siento desfallecer de confusión. Claudine repara en mi angustia, vuelve a mí, su mano nerviosa coge la mía y la aprieta mientras mi cuñada me interroga:

—¿Todavía no hay noticias de Alain?

—No, aún no. Quizá al volver a casa encuentre un telegrama.

—Es la gracia que te deseo. Buenas noches, Annie.

—¿Dónde pasa las vacaciones? —me pregunta Claudine suavemente.

—En Arriège, con Marthe y Léon.

—Si es con Marthe… Alain puede navegar tranquilo.

—Puede creer que incluso sin Marthe…

Me siento enrojecer. Claudine se encoge de hombros y contesta, uniéndose a su marido, que, sin impaciencia, la espera cerca de la puerta:

—¡Oh, Dios mío, no! ¡La tiene demasiado bien amaestrada!

Este mensaje telefónico de Marthe me desconcierta: «Imposible recogerte en casa para ir a probar a Taylor. Ven a buscarme a las cuatro en casa de Claudine».

Una imagen obscena no me turbaría más que este papel azul. ¡En casa de Claudine! Marthe habla con mucha tranquilidad: el «programa» dice… ¿Qué es lo que no dice?

¿Debo considerar la cita que propone Marthe como visita oficial a Renaud-Claudine? No… Sí… Me agito y trato de dar rodeos, temiendo disgustar a mi cuñada, temiendo a Alain y a mi conciencia, pero mi conciencia debilitada y tan poco conocedora del camino que hay que seguir cede a la influencia más próxima; cede, en particular, al placer de ver a esa Claudine que me prohíben como un libro libre y demasiado sincero.

—Rue… Bassano, Charles.

Me he puesto un vestido oscuro, sencillo, sobre el rostro un velo de tul liso, con guantes de Suecia color neutro, preocupada por quitar a «mi diligencia» todo carácter oficial. Sé servirme de estas palabras, advertida por la experiencia de Alain de que una diligencia debe revestir un carácter oficial o no. Cuando en el pensamiento pronuncio esas palabras, las acompaña, a guisa de leyenda, un dibujo extravagante e ingenuo de jeroglífico. La «diligencia», pequeño personaje de miembros filiformes, tiende los brazos hacia las mangas de una casaca de académico, finamente bordada en el cuello con «caracteroficialcaracteroficialcaract…» con una delicada guirnalda… ¡Qué tonta soy al escribir estas cosas! Es una pequeña divagación. No anotaré jamás las otras. Si las volviera a leer, el cuaderno se me caería de las manos.

En la escalera de Claudine consulto el reloj: las cuatro menos diez. Marthe seguramente ya habrá llegado, estará mordisqueando golosinas en ese extraño salón que en mis primeras visitas apenas vi, tanto me sofocaba la timidez.

—¿Léon Payet ha llegado?

Una criada anciana, hostil, me mira distraídamente. Está muy atenta a impedir la huida de un gran gato pardo y negro.

—Caracol, cuando menos te lo esperes te arderá el trasero… ¿La señora Léon qué? Es el piso de arriba, seguro.

—No, no, quería decir… ¿Está en casa la señora Claudine?

—¿Ahora la señora Claudine? No parece usted muy decidida. Claudine es aquí, pero ha salido.

—¡Embustera, más que embustera! —grita una voz de chicuelo alegre—. Estoy precisamente en casa. Estás despechada, ¿verdad, Mélie?

—No estoy despechada —contesta Mélie impertérrita—. Ahora que, otra vez, para enterarte mejor, saldrás tú a abrir…

Y se va muy digna, con el gato rayado pisándole los talones. Continúo aguardando en el umbral del recibidor a que un ser surgido de las sombras quiera introducirme. ¿Es la casa de la bruja? «Castillo de pastel, oh bonito castillo de pastel…». Así cantaban Hansel y Gretel frente al palacio tentador.

—Pase, estoy en el salón. ¡No puedo levantarme! —grita la misma voz.

Una sombra larga se alza, tapando la ventana. Es Renaud, que viene a mi encuentro.

—Pase, querida señora. La pequeña está tan ocupada que solo podrá saludarla dentro de unos minutos.

¿La pequeña? Sí, está ahí, en cuclillas, casi en la chimenea, donde, a pesar de la estación, arde un fuego de leña. Avanzo intrigada; está tendiendo al fuego un objeto indefinible —siempre la bruja de los cuentos con los que se extasiaron los terrores de mi crédula infancia—: temería y desearía ver en la

llama que dora la rizada cabeza de Claudine salamandras que se retuercen, animales agonizantes cuya sangre, mezclada con el vino, hace morir de languidez.

Se pone en pie, muy tranquila.

—Buenas tardes, Annie.

—Buenas tardes, seño… Claudine.

Pronuncio su nombre con un poco de esfuerzo. Pero ¿cómo llamar «señora» a esta mujercita a la que todo el mundo llama por su nombre de pila?

—Estaba a punto de tostarse. No podía dejarlo.

Tiene en la mano una parrilla cuadrada de hilo de plata, donde se ennegrece e hincha una tableta de chocolate asado.

—Pero este trasto todavía no es perfecto, ¿sabe, Renaud? Me han hecho el mango demasiado corto y tengo una ampolla en la mano, ¡fíjese!

—Enséñamela, ¡deprisa!

Su corpulento marido se inclina, besa tiernamente la fina mano abrasada, la acaricia con dedos y labios como un amante. Ya no me hacen caso. ¿Me voy? Este espectáculo no me provoca en absoluto ganas de reír.

—¡Está curada, está curada! —exclama Claudine, batiendo palmas—. Nos vamos a comer esto nosotras dos, Annie. Grandullón mío, voy a recibir. Váyase a su despacho a ver si estoy allí.

—Así pues, ¿te estorbo? —pregunta, aún inclinado hacia ella, ese marido de cabellos blancos, cuyos ojos tienen tan juvenil expresión.

Su mujer se pone de puntillas, levanta con las dos manos los largos bigotes de Renaud y le planta en la boca un beso largo, sonoro… ¡Oh, me parece que me voy!

—Annie, un minuto, ¿adónde va corriendo por ahí?

Una mano despótica se apodera de mi brazo y el rostro ambiguo de Claudine, labios burlones y párpados melancólicos, me interroga severamente.

—Es que… como Marthe no ha venido…

—¿Marthe? ¿Tiene que venir?

—¡Claro que sí! Ella me ha citado aquí; en realidad, si no…

—¡Cómo que si no…! ¡Pequeña maleducada! Renaud, ¿sabía que Marthe vendría?

—Sí, encanto.

—No me ha dicho nada.

—Perdón, pequeña. En la cama te he leído todo tu correo, como de costumbre, pero estabas jugando con Fanchette.

—¡Es una mentira indigna! Diga, más bien, que usted se ocupaba, sí, usted, en hacerme cosquillas con las uñas a lo largo de las últimas costillas… ¡Annie, sentadita! ¡Adiós, grandullón mío!

Renaud cierra suavemente la puerta.

Me coloco, un poco envarada, en el borde del diván. Claudine se instala en cuclillas, las piernas dobladas bajo la falda de paño anaranjado. Una blusita de flexible satén blanco, que subrayan unos bordados japoneses del mismo tono que la falda, ilumina su rostro mate. ¿En qué piensa tan seria y reflexiva de súbito, con su blusita bordada, bajo sus cortos rizos, como un pequeño batelero del Bósforo?

—¿Verdad que es guapísimo?

Sus breves palabras, sus ademanes bruscos como su inmovilidad, me sacuden como pescozones.

—¿Quién?

—¡Caramba, Renaud! Es posible que me haya leído la carta de Marthe. No debí de fijarme.

—¿Lee su correo?

Dice que sí con un ademán, atareada, pues la tableta de chocolate asado se pega a la pequeña parrilla de plata, amenazando con deshacerse. Su distracción me da ánimos.

—¿Lo lee antes que usted?

Las pupilas maliciosas se alzan.

—Sí, Lindos-Ojos-Míos. ¿Me deja que la llame Lindos-Ojos-Míos? ¿Qué puede importarle?

—¡Oh, nada! Pero a mí no me gustaría.

—¿A causa de sus devaneos?

—No tengo devaneos, Claudine.

He pronunciado esto con tanto ardor, tal sinceridad sublevada, que Claudine se retuerce de alegría.

—¡Ha picado! ¡Ha picado! ¡Oh, alma cándida! Pues bien, Annie, yo he tenido devaneos y Renaud leía las cartas.

—¿Y qué decía?

—¡Bah! Nada. Poca cosa. Suspiraba a veces: «Es curioso, Claudine, la cantidad de personas que uno encuentra convencidas de que no son como los demás, y… y de la necesidad de escribirlo…». Eso es todo.

—Eso es todo. —He repetido, sin querer, las palabras con el mismo tono que ella—. Entonces, Claudine, ¿no le importa?

—¿Qué? Sí, nada me importa, salvo una sola persona (cambia de parecer), de todas maneras, no. No me es indiferente que el cielo sea puro y cálido, que profundos almohadones se hundan bajo el peso de mi pereza, que usted tenga esos ojos sorprendentes e inéditos, que el año abunde en albaricoques dulces o harinosas castañas, que el techo de mi casa de Montigny sea lo bastante sólido para que en un día de tormenta no caigan sus pizarras bordadas de liquen (su voz que cantaba y se arrastraba se afirma prestamente irónica). Vea usted, Annie, cómo me intereso, como usted, como todos, por el mundo exterior, y por hablar con tanta sencillez como el novelista mundano de su cuñado: «Por lo que arrastra el tiempo devorador que corre en desiguales oleadas…».

Niego con la cabeza poco convencida y acepto, para complacer a Claudine, trocitos de chocolate tostado que huelen un poco a humo y mucho a almendra garrapiñada.

—Es divino, ¿verdad? Sabrá usted que yo soy la que ha inventado la parrilla de chocolate, este genial pequeño chisme que, a pesar de mis indicaciones, se ha fabricado con un mango demasiado corto. También he inventado el peine quitapulgas para Fanchette, la sartén sin agujeros para asar castañas en invierno, el plátano al ajenjo, el pastel de espinacas (Mélie afirma que ha sido ella, pero no es cierto) y mi salón cocina, que es este.

El humor de Claudine me lleva de la risa a la inquietud, del malestar a la admiración. Sus ojos color tabaco claro, alargados hasta las sienes, proclaman con el mismo fuego, la misma mirada pura y directa, su pasión por Renaud o sus derechos de autor sobre la parrilla de chocolate.

Su salón cocina prolonga esta impresión de incertidumbre. Solo quisiera saber si estoy ante una demente convencida o una mistificadora experta.

Una cocina o la sala de una posada, una posada triste y llena de humo de Holanda. Pero ¿en qué pared de posada, aunque fuera holandesa, sonreiría esa deliciosa Virgen del siglo xv, infantil, frágil y encantadora, con su túnica rosada y su manto azul, que se arrodilla y reza temerosa?

—Es hermosa, ¿eh? —dice Claudine—, pero lo que más me gusta es el contraste depravado, absolutamente depravado, del traje de un rosa pálido con el horrible fondo de paisaje desolado, tan desolado como estaba usted, Annie, el día en que su señor Alain se embarcó. ¿Ya no piensa más en ese navegante?

—¿Cómo que no pienso más?

—Bueno, ¡piensa menos! ¡Oh, no, no se ruborice por eso, es muy natural, tratándose de un hombre tan correcto! Mire, fíjese en la expresión gentilmente contrita de esa Virgen. Tiene aspecto de decir, contemplando a su pequeño Jesús: «La verdad, es la primera vez que me pasa». Renaud cree que es de Masolino.

—¿Quién?

—¡No el niño, claro que no, el cuadro! La gente competente lo atribuye al pintor italiano Filippo

Lippi.

—¿Y usted?

—A mí me importa un comino.

No insisto. Esta crítica de arte tan especial me desconcierta un poco.

Una Claudine de mármol sonríe en un rincón, con los párpados bajos a la manera de un san Sebastián que se deleitara en el suplicio. Un gran diván de piel de oso oscura, que acaricia mi mano desenguantada, retrocede y se resguarda en una especie de alcoba. Pero todo el resto del mobiliario me deja estupefacta: cinco o seis mesas de cabaret de roble brillante y oscuro, como enceradas por los inmóviles codos de los bebedores de cerveza, otros tantos bancos burdos y groseros, un reloj tosco y dormido, jarros de gres, una chimenea cavernosa de campana invertida, guardada por los altos morillos de cobre. Y, además de todo eso, un desorden efímero de libros tirados, de revistas hojeadas siembran la espesa alfombra de un rosa terroso. Intrigada, lo he examinado todo. Y me entra una tristeza, ¿cómo decirlo?, una tristeza marítima, como si, a través de esos cristales verdosos detrás de los cuales cae el día, hubiera contemplado un poco de espuma bajo la ligera y transparente lluvia como fina ceniza.

Claudine ha seguido mi pensamiento y, cuando me vuelvo hacia ella, nos miramos con idénticos ojos.

—¿Se encuentra a gusto aquí, Claudine?

—Sí, me horrorizan los pisos alegres. Aquí viajo. Fíjese, las paredes verdes tienen el sombrío color de la luz del día vista a través de una botella, y esos bancos de roble pulido me parece que deben de haber soportado tantos traseros desalentados de pobre gente que tristemente bebía y se emborrachaba… ¡Eh! Me parece que Marthe le está dando un plantón, Annie.

¡Cómo ha roto bruscamente, casi con maldad, el hilo de su sueño melancólico! La seguía tan bien, separada solo en esta hora de la preocupación de aquel que está en el mar… Además, me fastidia la movilidad de Claudine, que mezcla la puerilidad con la hurañía y cuyo espíritu de joven bárbara puede saltar de la gula al amor inmodesto, y de un borracho desesperado a esta Marthe susurrante y agresiva.

—Marthe, sí… Se retrasa mucho.

—¡Un poco! Seguro que Maugis dispone de serios argumentos para retenerla…

—¿Maugis? ¿Tenía que verle hoy?

Claudine arruga la nariz, agacha la cabeza como un pájaro curioso, me mira al fondo de los ojos, luego se echa a reír, saltando sobre sus pies.

—¡No sé nada, no he visto nada, no he oído nada! —exclama con volubilidad infantil—. Solo tengo miedo de aburrirla. Ha visto la parrilla de chocolate, la cocina salón, a Renaud, mi retrato en mármol… Todo… Voy a llamar a Fanchette, ¿verdad?

Nadie tiene tiempo de contestar a Claudine. Abre una puerta, se agacha y gorjea un llamamiento misterioso.

—Hermosa mía, encanto mío, mi niña blanquita musimusi…

El animal aparece lentamente, sonámbulo como una fierecilla hechizada, una gata blanca muy hermosa, que levanta hacia Claudine sus verdes y sumisas pupilas.

—Carbonerita, marmitona mía… Has vuelto a hacerte pipí en un zapato de charol de Renaud. Pero no se enterará, le diré que el cuero era de muy mala calidad. ¡Y fingirá creerlo! Ven que te lea unas cosas imponentemente hermosas de Lucie Delarue-Mardrus. —Claudine coge a la gata por la piel del cuello, la alza por encima de su cabeza y exclama—: Señora, vea al gato ahogado colgando de un gancho. —Abre los dedos y Fanchette cae sobre sus blandas y precisas patas, sin la menor inquietud, y allí se queda—. Sabe, Annie, desde que mi hija vive en París, le leo versos, ya conoce de memoria los que Baudelaire dedicó a los gatos. Ahora le enseño todos los «Pour le chat» de Lucie Delarue-Mardrus.

Sonríe divertida con esa traviesa niñería.

—¿Usted cree que comprende?

Claudine me desprecia con una lánguida mirada por encima del hombro.

—¡Hay que ver lo atontada que es usted, Annie! Perdón, solo quería decirle: «Estoy segura». ¡Fanchette, sentadita! Usted, la incrédula, mire y escuche. Es inédito. Es soberbio:

PARA EL GATO

Gato, sabio monarca, misterioso y furtivo,
¿son dignos nuestros dedos agobiados de anillos
de tu negra y tu blanca majestad, de tu rostro
hecho de terciopelo y pedrería?

Enróllase tu gracia lo mismo que una oruga.
Al tacto eres tú mucho más ardiente que un pájaro.
Tu sola desnudez, el hociquillo
es una fresca flor resplandeciente.

Tienes, aunque encintado lo mismo que un saquito,
colmadas de fiereza las orejas oscuras
cuando crispar te dignas tus patas perentorias
sobre cualquier juguete inesperado.

En la pequeñez tuya, tranquila o gruñidora,
respira la realeza de los tigres serenos.
Como oscuro tesoro, en tus flancos ocultas
la voluptuosidad de todo el mundo.

Poco te importa nuestra ternura en esta noche,
porque nada en la inmóvil postura tuya abdica.
Brilla en tus ojos de oro una mirada búdica
y te asalta el recuerdo de que tú eres un dios.

La gata casi se duerme, vibrando con un débil y velado ronroneo que acompaña en sordina la singular voz de Claudine, grave a veces, llena de erres guijarrosas y dulces y tan baja que hace estremecer. Cuando la voz calla, Fanchette vuelve a abrir sus ojos oblicuos. Las dos se miran un instante, tan seria una como otra. El índice levantado, cerca de la nariz. Claudine suspira, volviéndose hacia mí.

—Perentorio. ¡Había que dar con la palabra! Son hermosas, ¿eh?, estas estrofas que mueven a fervor. Yo, por haber encontrado «perentorio», daría diez años de la vida de la Chessenet.

Este nombre ofende aquí como una porcelana de pacotilla en una colección impecable.

—¿Usted no quiere a la Ches… la señora Chessenet?

Claudine está casi tumbada, la mirada en el techo. Levanta una mano perezosa.

—Me importa un bledo. Remolacha amarilla esculpida. Me importa lo mismo que la Rose-Chou.

—¡Ah, la Rose-Chou!

—¿Rose o Chou? ¡Esa moza regordeta tiene las mejillas igual que nalgas de pequeños Cupidos!

—¡Oh!

—¿Qué, oh? En todo caso, «nalgas» no es una palabra fea. Por otra parte, la Rose-Chou tampoco me importa.

—¿Y Marthe?

Una indiscreta curiosidad me anima, como si al interrogar a Claudine fuese a sorprender el secreto, la receta de su dicha que la desprende de todo, que la aleja de murmuraciones, de mezquinas querellas, de las mismas conveniencias… Pero carezco de habilidad y Claudine se burla de mí, volviéndose con un

salto de carpa, boca abajo, con la nariz en el pelaje plateado de la gata.

—Me parece que Marthe no ha asistido a la cita… Quiero decir a la que nos había dado. Pero ¿acaso es un interrogatorio, Annie?

Siento vergüenza. Una brusca sinceridad me impulsa hacia ella.

—Perdóneme, Claudine. Estoy yendo con rodeos. Vacilaba en preguntarle qué piensa de Alain. No sé cómo vivir desde que se ha ido, y nadie me habla de él como quisiera que me hablaran. ¿Es costumbre en París olvidar tan pronto a los que parten?

He hablado como si pensara en voz alta, sorprendida yo misma por mi emoción. El rostro mate y triangular de Claudine desconfía, apoyado en dos puñitos, iluminado de nácar por el satén blanco de la blusa.

—¿Es costumbre olvidar? No lo sé. Debe de depender de los que se van. El señor Samzun, Alain, como dice usted, me ha producido el efecto de un marido impecable. Tiende a la distinción, derrama corrección, siempre es así. Abunda en apotegmas rotundos y en ademanes…

—«Perentorio», él también —digo con una sonrisa de temor.

—Sí, pero no tiene derecho alguno a lo perentorio, puesto que no es gato. ¡Ah, no, no es gato! En el corazón tiene esnobismo y una varilla tiesa en salva sea la parte. ¡Señor, qué estúpida soy! ¿Quiere no llorar? ¡Como si pudiera tomarse en serio lo que digo! Usted sabe de sobra, niña apaleada, que Claudine tiene una corriente de aire en el cerebro. ¡Vaya! ¡Ahora se quiere ir! Béseme antes, para demostrarme que no está enfadada… Con su bucle, su traje liso, estas límpidas lágrimas en los bordes de las pestañas, ¿no se diría una niñita que casan a la fuerza?

Sonrío para complacerla, para agradecerle que me deje ver, por encima de la librea común de la mentira, su alma indócil y sincera.

—Adiós, Claudine. No, no estoy enfadada con usted…

—Así lo espero. ¿Quiere besarme?

—¡Oh, sí!

Se inclina larga y flexible, con las manos en mis hombros.

—¡Deme esa boca…! ¿Qué estoy diciendo? La costumbre… Deme su mejilla. Así… Hasta pronto… ¿En Arriège? El recibidor es por aquí. Saludos a la juerguista de Marthe. No, ya no tiene los ojos colorados. Adiós, adiós… ¡crisálida!

Bajo paso a paso, turbada, flotante… Ha dicho: «Una varilla tiesa en…». ¡Dios mío, creo que es la metáfora, la imagen de la varilla tiesa, lo que me ha chocado, más que la misma opinión de Claudine! Ha blasfemado, la he dejado blasfemar, atónita por un instante ante esa niña que no se para en barras.

Mi querido Alain:

Le he prometido mostrar valor. Y solo le mostraré mi valor. Perdone que le oculte el resto, que sin duda adivinará. Hago todo lo posible para que nuestro hogar, que le gusta limpio y bien servido, no se dé mucha cuenta de su partida. Los libros del servicio se revisan diariamente, y Léonie se porta muy bien, por lo menos en intención.

Como siempre, su hermana es encantadora. Quisiera ganar al frecuentarla un poco de su valentía, de su voluntad siempre despierta, pero no se me oculta que es una ambición desmesurada. Por otra parte, usted no tiene mucho interés en ello y su inteligente firmeza basta, seguramente, para nosotros dos.

No sé dónde le alcanzará esta carta y la incertidumbre acerca de ello acrecienta mi torpeza al escribir. ¡Una correspondencia entre nosotros es cosa tan nueva para mí, costumbre tan perdida! No hubiera querido reanudarla jamás. Y, sin embargo, advierto claramente que será para mí el supremo auxilio en las horas de desfallecimiento. Le diré en pocas palabras, y sin duda mal y menos de lo que pienso, que de todo corazón le soy devota y que sigo siendo su pequeña esclava.

ANNIE

He escrito esta carta manteniendo a raya la espontaneidad, sin volcar mi corazón ni mi tristeza. ¿Es falta de confianza en mí misma, como siempre, o, por primera vez, en él?

¿Qué es lo que él preferiría? ¿La Annie más silenciosa y suave que una pluma, la que conoce, la que ha acostumbrado a callar, a velar su pensamiento bajo las palabras, igual que sus pupilas bajo las pestañas, o la Annie inquieta y desamparada que ha dejado aquí, la Annie sin defensa contra una loca imaginación, la que él no conoce?

La que él no conoce…

Pienso como una culpable. Ocultar es mentir. No tengo derecho de ocultar en mí a dos Annies. ¿Y si la segunda solo fuese la mitad de la otra? Todo esto ¡cuánto me fatiga!

A él, cuando se le ha visto una hora, se le conoce. Su alma es correcta como su rostro. Detesta la falta de lógica, teme la incorreción. Si una noche lejana de nuestro noviazgo le llegara a echar los brazos al cuello, exclamando: «Alain, no puedo soportar este instante sin tus caricias», ¿se habría casado conmigo?

¡Dios mío! Su ausencia ¡cuántos desatinos produce! ¡Cuántos tormentos para no confesárselos a su regreso! Este no será, como a él se le había ocurrido, el diario de su viaje, sino el de una pobre criatura.

—Señora, un telegrama.

Esta Léonie, con sus modales de soldado brusco, me ha asustado. Ahora me tiemblan los dedos con un poco de aprensión.

Viaje excelente. Embarcamos hoy. Seguirá carta. Recuerdos afectuosos.

SAMZUN

¿Eso es todo? Un telegrama no es una carta y este debía tranquilizarme por completo, pero me llega en tal momento de desequilibrio moral… «Recuerdos afectuosos». No sé, habría deseado otra cosa. Y, además, no me gusta que firme «Samzun». ¿Acaso yo firmo Lajarrisse?

¡Mi pobre Annie! ¿Qué mal bicho te ha picado? ¿Y qué delirio te ha dado para compararte con un hombre, con un hombre como Alain?

Para huir de mí misma me voy a casa de Marthe.

Es a Léon a quien encuentro. Como todos los días a esta hora, está sentado a la mesa de su gabinete de trabajo, que Marthe denomina la «cámara de los suplicios». Bibliotecas con doradas rejas, una hermosa mesa estilo Luis XIV, en la que este escritor modelo nunca ha dejado caer un borrón, pues trabaja cuidadosamente, con la palma de la mano encima de una carpeta. Es una mazmorra muy tolerable.

Se levanta a mi entrada, secándose las sienes.

—¡Qué calor, Annie! No puedo alumbrar nada bueno. Además, no sé, pero a pesar del sol hace un día apagado y tristón. Un mal día sin moralidad.

—¿Verdad?

Le he interrumpido con viveza, casi con gratitud. Me mira con sus bellos ojos de animal manso, sin entenderme.

—Sí, hoy me va a costar trabajo sacar las sesenta líneas.

—Le reñirán, Léon.

Se encoge de hombros, fatigado y habituado.

—¿Va bien la novela?

Contesta acariciando su barba puntiaguda, con vanidad discreta como su talento gris.

—No mal de todo… Igual que las otras.

—Cuénteme el desenlace.

Léon aprecia en mí una oyente complacida, fácilmente interesada, a la que, por lo menos, le gusta, por poco que sea, la narración de esos adulterios del gran mundo, de esos nobles suicidas, de esas quiebras principescas…

—No se presenta muy bien —suspira mi pobre cuñado—. El marido ha vuelto a aceptar a su mujer, pero ella ha saboreado la libertad y patalea y bebe los vientos. Si se queda será más literario, pero, como dice Marthe, «si ahueca el ala», la venta será mayor.

Léon ha conservado del periodismo de otro tiempo algunas expresiones que me disgustan.

—En fin —resumo—. ¿Ella quiere irse?

—¡Anda!

—Pues bien, ha de irse.

—¿Por qué?

—Porque ha saboreado la libertad.

Léon ríe blandamente, contando las páginas.

—Es divertido oírle decir eso a usted. Marthe la espera en el Fritz —añade, empuñando la pluma de nuevo—. ¿No se molestará si le pido que se marche, pequeña? He de entregar esto en octubre, así que… —Con un ademán de insatisfacción muestra el montón, aún pequeño, de las hojas escritas.

—Trabaje, mi pobre Léon.

—Place Vendôme, Charles.

Marthe se ha aficionado a estos tés de las cinco en el Fritz. ¡Cuánto más prefiero mi pequeño Afternoon Tea de la rue d'Indy! La sala baja que huele a cake y a jengibre, su público de inglesas ancianas con hileras de perlas falsas, mezclado con cortesanas en citas discretas.

Pero a Marthe le gusta en el Fritz la larga galería blanca que cruza con el aire miope de estar buscando a alguien, como si sus amenazadoras pupilas grises, desde la entrada ya, no hubieran contado y valorado al público, las cabezas que vuelve a ver y vigila, los sombreros que en casa copiará con mano infalible.

¡Qué humor más desagradable es el mío! Casi pienso mal de mi cuñada, en cuya compañía, no obstante, me animo y distraigo desde que Alain se fue. La verdad es que me echo a temblar cada vez que he de pasar sola por esa temible galería del Fritz, bajo las miradas de los comensales, anhelantes sobre todo de devorar al prójimo.

Cruzo el vestíbulo rectangular, pensando aturdida: «Me voy a pisar el traje, me torceré el tobillo… A lo mejor llevo la falda abierta, me cae un mechón en la nuca», y tan azorada estoy que no veo a Marthe.

Me coge al vuelo con el mango de la sombrilla y se ríe tan fuerte que creo morirme de confusión.

—Annie, ¿detrás de quién corrías? Tienes el aire de una mujer que acude a su primera cita. Anda, siéntate, dame la sombrilla, quítate los guantes… ¡Uf! Una vez más estás salvada. Para ser una martirizada, esa carita no está mal. El miedo te favorece. ¿De quién huías?

—De todo el mundo.

Me contempla con compasivo desdén y suspira.

—Me temo muchísimo que no podré hacer nada contigo. ¿Te gusta mi sombrero?

—Sí.

He contestado sí por inercia. Pues totalmente entregada a la tarea de reanimarme, ni había mirado a Marthe. Su sombrero. (¿Esta Charlotte Corday de muselina que cae en pliegues en torno a la cara es, en efecto, un sombrero?). En todo caso, está logrado. El vestido de linón, la inevitable pañoleta que descubre la lechosa garganta, completa un bonito disfraz de 1793. Sigue siendo María Antonieta, siempre, si bien ahora en el Temple. ¡No me atrevería a salir disfrazada de esa guisa!

A gusto con su éxito, mira alrededor con sus ojos como dardos, insostenibles, que pocos hombres afrontan; muerde alegremente sus tostadas, mira, habla, me da seguridad y al mismo tiempo me aturde.

—¿Vienes de casa?

—Sí.

—¿Has visto a Léon?

—Sí.

—¿Estaba trabajando?

—Sí.

—Tiene trabajo. Debe entregarlo en octubre. Tengo facturas muy importantes. ¿Noticias de Alain?

—Un telegrama. Anuncia carta.

—¿Sabes que dentro de cinco días nos vamos?

—Como quieras, Marthe.

—«¡Como quieras!». ¡Señor, qué pesada eres…! Fíjate, rápido. Fíjate, ahí está la Rose-Chou. ¡Su sombrero es una birria!

El capítulo de sombreros ocupa un considerable lugar en la existencia de mi cuñada. Por otra parte, es cierto, el sombrero de la Rose-Chou —una hermosa y frescachona criatura, bastante exuberante, que no

ha inventado, como dice Claudine, «los volantes al bies»—, el sombrero de la Rose-Chou es una birria.

Marthe resplandece de alegría.

—¿Y querrá hacernos creer que se arruina con modelos de Reboux? La Chessenet, su mejor amiga, me ha contado que la Rose-Chou descose las etiquetas de los sombreros elegantes de su suegra para pegarlas en los suyos.

—¿Tú lo crees?

—Siempre hay que admitir el mal, de entrada; tiempo habrá de informarse después… ¡Qué suerte! Ahí vienen Renaud-Claudine. Vamos a llamarlos. Maugis viene con ellos.

—Pero, Marthe…

—Pero ¿qué?

—A Alain no le gusta que los tratemos mucho; a Renaud-Claudine.

—Lo sé.

—Entonces, yo no debo…

—Puesto que tu marido no está, deja. Yo soy la que te invito. Tu responsabilidad está a salvo.

Después de todo, ya que Marthe me invita… ¡Oh, mis «programas»! Sabré hacerme perdonar.

Claudine nos ha visto. Para Marthe lanza, a tres pasos, un vibrante: «Salud, Casco de Oro», que hace volverse a todas las cabezas.

Renaud la sigue, indulgente con todas sus locuras, y Maugis cierra la marcha. Me gusta muy poco este Maugis, aunque soporte, a veces divertida, su desvergüenza de alcohólico risueño. No diré nada a Alain, que profesa al despechugado gordinflón, tocado con una chistera de alas lisas, una repugnancia de hombre sobrio y correcto.

Marthe se agita como una gallina blanca.

—Claudine, ¿tomará té?

—¡Puaj!, nada de té. ¡Me da náuseas!

—¿Chocolate?

—No… Me gustaría vino de doce céntimos el litro.

—¿Qué? —pregunto, atónita.

—¡Calla, Claudine! —la riñe suavemente Renaud, que sonríe bajo su bigote, que encanece—, vas a escandalizar a la señora Samzun.

—¿Por qué? —dice Claudine, extrañada—. No es una porquería el vino de doce céntimos el…

—Aquí no, niña; iremos a beber los dos, los dos solitos, acodados en el mostrador de la tasca, donde timan pero son cordiales, de la avenida Trudaine… ¿Estás contenta, mi pajarillo querido? —dice bajando la voz.

—¡Sí, sí! ¡Oh, qué contenta estoy! —grita incorregible.

Contempla a su marido con tanto pueril entusiasmo, tanta enamorada admiración que, de repente, me ahogan unas sofocantes ganas de llorar. Si hubiera pedido a Alain vino de doce céntimos el litro me habría dado… ¡autorización para meterme en la cama y tomar bromuro!

Maugis inclina hacia mí su bigote oxidado por los alcoholes cosmopolitas.

—Señora, usted parece estar llena de remordimientos hacia el té tibio y esos pastelillos vomitivamente chocolatosos… No es en el Fritz donde ingurgitará el necesario cordial. Los líquidos de aquí sentarían mal a la clientela del más ínfimo cantinero del batallón más zarrapastroso… Tampoco me anima a sonreír el clarete de sesenta céntimos, preconizado por la señora Claudine… Lo que realmente necesitaría en este preciso momento es una bonita bebida verde.

—¿Una bonita qué?

—Bueno, digamos azul, si le gusta más. Un pernod de niño. Presido un sindicato feminista: Derecho al Ajenjo. Es cosa de ver la de afiliadas que tenemos.

—Nunca he bebido nada de eso —digo con un poco de asco.

—¡Oh, hay tantas cosas, juiciosa Annie, que no ha probado! —exclama Claudine.

La intención que desliza bajo la frase me vuelve tonta y confusa. Ríe y mira a Marthe, que le devuelve su mirada burlona.

—Para formarla contamos con la «fácil y desordenada vida de las estaciones termales», como dicen en la última novela de Léon.

—¿Es un drama del corazón? —añade rápidamente Maugis—. Es una obra vigorosa, señora, y que perdurará. Las congojas de una pasión maldita, aunque aristocrática, aparecen pintadas con rasgos de fuego por una pluma mojada en hiel.

¡Cómo! ¿Marthe riendo? Allí están los cuatro, burlándose del desgraciado que allá en su despacho pule sus sesenta líneas diarias… Estoy enfadada, espantada, divertida a mi pesar. Estudio el fondo de mi taza, luego alzo furtivamente los ojos hasta Claudine, que justo entonces estaba mirándome y murmurando a su marido, quedito, como si hablara sola:

—¡Qué pupilas tan maravillosas tiene esta Annie! ¿Verdad, querido grandullón? Son como flores de achicoria salvaje que se hayan abierto en la arena morena.

—Sí —completa Renaud—, cuando levanta los párpados parece que se desnuda.

Los cuatro me contemplan con expresión lejana. Sufro tanto que gritaría, sufro con un terrible placer, como si de repente se me hubiera caído el vestido…

Marthe, la primera, reacciona, cambia de conversación.

—¿Cuándo irán ustedes allá, Renaud-Claudine?

—¿Adónde, querida?

—A Arriège, no hace falta decirlo. Ahora, ¡ay!, todo buen parisiense tiene dentro del cuerpo un artrítico dormido.

—El mío padece de insomnio —dice Maugis, doctoral—. Le doy duchas de whisky… Pero usted, dama Marthe, con ganas de darse tono, sus curas son pura cursilería para estar a la moda…

—En absoluto, ¡qué insolente es usted! Voy a Arriège muy en serio, y esos veintiocho días de tratamiento me permiten durante el invierno comer trufas, beber borgoña y acostarme a las tres de la mañana. A propósito, ¿es el martes que viene cuando iremos todos en peregrinación a la velada de Lalcade? Será más divertido que Arriège…

—Sí —replica Claudine—. Estará llena de duques y, «en medio», de príncipes. Usted sería capaz de ir caminando con las manos, ¿verdad, Marthe?

—Podría —contesta Marthe, algo picada—. Llevo ropa interior lo bastante cuidada para poder…

—Y, además —refunfuña Maugis en su bigote—, lleva pantalones cerrados.

Lo he oído. Todos lo hemos oído.

Un estremecimiento.

—Y usted, la pensativa —pregunta Claudine—, ¿no irá a Arriège?

La pensativa soy yo. Me sobresalto. Me encontraba ya lejos.

—Yo seguiré a Marthe y a Léon.

—Y yo seguiré a Renaud para que no siga a otras faldas (lo digo en broma, guapito mío). ¡Suerte!, nos encontraremos allá. Les veré beber agua que huele a huevos podridos y podré conocer, mediante la comparación de sus muecas, las estoicidades respectivas de sus almas. ¡Usted, Maugis, vieja cantimplora, menuda cara tendrá en la cantina!

Ríen y pienso angustiada en la cara que pondría Alain si, de repente, apareciera y me viese en compañía tan poco correcta, pues al fin y al cabo la presencia de Marthe no lo salva todo, y la intimidad no es posible con la chiflada de Claudine, que trata a la gente de «vieja cantimplora».

—No iré a casa de la señora Lalcade, Alain.

—Irá, Annie…

—Me sentiré tan sola, tan triste por su partida…

—Tan triste… mi modestia no quiere discutirlo. Pero tan sola, no. Marthe y Léon la acompañarán…

—Será como usted quiera.

—Procure comprender un poco las cosas, querida niña, y no considere una carga todas las cuestiones útiles que le aconsejo. Esta velada de la señora Lalcade contará como una manifestación artística y su ausencia regocijaría a personas muy malas. No debe descuidar esa casa amable, quizá la única donde la gente de mundo se codea, sin peligro, con un lote de artistas muy interesante. Si supiera hacerse notar un poco más quizá podría lograr que le presentaran a la condesa Greffulhe.

—¡Ah!

—De todas formas, no cuento con que sepa hacerse valer, sobre todo yendo sin mí. En fin…

—¿Cómo deberé vestirme?

—Me parece indicado su vestido blanco con el cinturón de frunces. Esa noche, Annie, una gran sencillez. En casa de la señora Lalcade verá cierto exceso de peinados Gismonda, de vestidos Laparcerie… Que en su adorno nada dé lugar a la menor confusión. No hay que añadir nada, nada hay que cambiar. ¿No es este un hermoso cumplido que le hago?

Seguro que es un cumplido muy hermoso y he reconocido su precio.

Hace casi dos semanas, y todavía oigo las palabras de Alain, su voz que jamás vacila.

Esta noche me pondré mi traje blanco. En casa de la señora Lalcade escucharé la triste y frívola música de Fauré sirviendo de fondo a una pantomima con traje de época. Pienso en la alegría de Marthe que reemplaza, así casi de improviso, a una bonita marquesa que se ha resfriado. Mi cuñada, en cuarenta y ocho horas, se ha hilvanado unas sedas tornasoladas, se ha probado un corpiño con ballenas, ha consultado grabados y peluqueros y ensayado un rigodón.

—Léon, ¡cuánta gente!

—Sí, he visto el coche de los Voronsoff, de los Gourkau, de… Annie, hágame el favor de abrocharme el guante.

—¡Qué guantes más estrechos!

—Está en un error, Annie, son nuevos. La guantera siempre me dice: «El señor tiene la mano muy fina».

Ni siquiera me sonrío ante su puerilidad. Mi pobre cuñado, que tiene la coquetería de manos y pies, sufre mil pequeños suplicios, mas no cede ni un cuarto de medida a sus dedos doloridos.

Una oleada de abrigos claros se desborda por la puerta del guardarropa hasta el jardín, y por un instante temo no poder pasar a través de ellos… Léon, con codos insinuantes, me abre paso con lentitud. Evidentemente, lograré entrar, pero mi vestido perecerá. Un rincón de espejo, por favor; me parece que mi pesado rizo se cae. Entre dos suntuosos paquetes, veo un trozo de mí, delgada, morena como una mulata, es Annie y la dulzura sumisa, hasta parecer traidora, de sus ojos tan azules como la llama de gas

a media luz.

—Está bien, está bien. Esta noche está muy en forma la niña apaleada.

El espejo refleja ahora, muy cerca de la mía, la nerviosa silueta de Claudine, el escote en punta aguda de su traje amarillo que ondula como una llama.

Me he vuelto para preguntarle, bastante tontamente:

—Acabo de perder a Léon, ¿no lo ha visto?

La diablesa amarilla se echa a reír.

—Palabra que no lo llevo encima. ¿De veras le importa tanto su cuñado?

—¿Quién?

—Su cuñado.

—Es que… Marthe actúa esta noche y solo lo tengo a él.

—Quizá se ha muerto —dice Claudine con macabra seriedad—. No importa. Le haré muy bien de carabina. Nos sentaremos, contemplaremos los aceitosos hombros de las viejas, daremos golpes si hablan durante la música y yo me comeré todas las fresas del bufet.

El apetitoso programa —o la irresistible autoridad de Claudine— me decide. Con la cabeza baja, doy los primeros pasos en el taller donde recibe y pinta la señora Lalcade. Desborda de flores…

—Ha invitado a todos sus modelos —susurra mi compañera.

Resplandece de mujeres, tan juntas que únicamente las cabezas se vuelven e inclinan ante cada entrada sensacional como un campo de atrevidas adormideras bajo el viento.

—Nunca podremos sentarnos allí dentro, Claudine.

—¡Por Dios! ¡Ya lo verá!

La sonriente despreocupación de Claudine desconoce el fracaso. Conquista media silla, bulle con los riñones hasta la invasión completa y me instala, Dios sabe cómo, a su lado.

—¡Ya está! ¡Mire el bonito telón con guirnaldas! ¡Oh, cómo me gusta todo lo que no se ve detrás! Fíjese también en Valentine Chessenet, va de rojo y sus ojos de conejo también van de rojo. ¿Marthe tiene de veras un papel? Fíjese, Annie, la señora Lalcade nos saluda por encima de cincuenta y tres señoras. ¡Buenas noches, señora! ¡Buenas noches, señora! Sí, sí, estamos la mar de bien. Los tres cuartos de nuestros traseros tienen donde reposar la cabeza. No se preocupe por nosotras, señora Lalcade.

—¡Claudine, que la van a oír!

—¡Que me oigan! —replica la temible criaturita—. No estoy diciendo nada malo, mi corazón es puro y todos los días me lavo. ¡Así es! ¡Hola, barrigón de Maugis! Viene para ver a Marthe, escotada hasta el alma, y quizá también por la música. ¡Oh, qué linda está la Rose-Chou esta noche! Annie, la desafío a distinguir a tres pasos el final de su piel y el principio del vestido de color rosa. ¡Y qué carne más sana y abundante! A cuatro céntimos la libra, hay por lo menos por valor de cien mil francos… No, no busque cuántos kilos son. Allá está Renaud, allá junto a la puerta.

Su voz, sin darse cuenta, se ha suavizado enseguida.

—No veo nada.

—Yo tampoco; solo una punta de bigote, pero sé que es el suyo.

Sí, sabe que es él. Animalillo amante y fogoso, lo olfatea a través de tantos perfumes, tantos calores, tantos alientos. Ah, su amor, ¡qué triste me pone cada vez!

La electricidad se apaga bruscamente y el furioso parloteo también, tras el «¡Ah!» de sorpresa vulgar que brota de la multitud ante el primer cohete del Catorce de Julio. En el escenario, siempre cerrado, llueven ya las gotas de las arpas, las mandolinas arañadas ganguean: «Oh!, les filles. Venez, les filles…», y la cortina se abre lentamente.

—¡Oh, cómo me divierto! —murmura Claudine, arrobada.

Sobre los grises tonos de un fondo de parque, Aminta, Tircis, Clitandra, Cidalisa, el abate, la ingenua

y el libertino se deslizan y languidecen como de retorno de Citerea. El columpio apenas se mueve bajo el peso ligero de una pastora con miriñaque hacia quien tienden los deseos del pastor, ataviado de violeta rojizo. Una hermosa hojea el álbum de música y se agacha demasiado para seguir la blanda canción que tocan los dedos excitados del amante. Soñadores desilusionados, incrédula y sonriente música, todo aquel encanto pronto se esfuma ante los acordes alegres que anuncian el rigodón.

—¡Qué lástima! —suspira Claudine.

Unas parejas graves con casacas tornasoladas desfilan, hacen piruetas y saludan. La última marquesa, toda de plata y glacé, del brazo de un marqués azul celeste, es Marthe, resplandeciente, a la que saluda un murmullo y a quien apenas si reconozco.

La voluntad de ser hermosa la transfigura. El rojo de sus cabellos brilla aquí y allá, fuego mal extinguido, bajo la ceniza de los polvos. Los ojos ardientes, pálidos por el maquillaje, el busto que muestra el nacimiento de los senos descubiertos hasta lo inverosímil; gira seria, sobre unos peligrosos tacones puntiagudos; se hunde en una reverencia, levanta su manita empolvada y clava en el público, en el instante de una pirueta, su más terrible mirada de Ninon anarquista. Marthe, sin verdadera belleza, sin gracia profunda, eclipsa a todas las bonitas criaturas que bailan junto a ella.

Ha querido ser la más hermosa. ¡Que quiera yo algo parecido, yo…! ¡Pobre Annie! La música triste y pomposa se burla de ti, te ablanda, te oprime hasta las lágrimas, y ahora echas a perder tu emoción conteniendo el llanto, al pensar en la cruel y próxima invasión de la luz, en las sagaces miradas de Claudine…

Mi muy querida Annie:

Su carta me llega justo antes de embarcar, y de la brevedad de esta solo ha de culpar al apresuramiento de la partida. Me es grato saberla tan valiente, tan apegada a cuanto constituye la vida de una mujer sencilla y de buen mundo; su marido, su familia, su encantador hogar limpio y bien ordenado.

Pues me parece que puedo, que debo de lejos hacerle los cumplidos que a su lado reprimo. No me los agradezca, Annie. Lo que admiro es un poco mi obra: una niña gentil moldeada poco a poco sin grandes dificultades en una joven irreprochable, una perfecta ama de casa.

El tiempo es magnífico, podemos esperar una travesía perfecta. Así es que puede contar con que las cosas irán normalmente hasta Buenos Aires. Ya sabe que gozo de buena salud, que el sol no me inspira temor. Por consiguiente, no se deje llevar por los nervios si los correos son raros e irregulares. Yo mismo me obligaré a no esperar demasiado sus cartas que, empero, me serán muy caras.

La beso, mi muy querida Annie, con todo mi inquebrantable afecto. Sé que no sonreirá usted ante esta fórmula algo solemne, ya que el sentimiento que a usted me une nada tiene de frívolo.

Suyo,

ALAIN SAMZUN

He leído la carta penosamente, con el índice apoyado en una sien que me late. Pues heme aquí abocada, una vez más, a la jaqueca abrumadora que casi periódicamente me desespera. Contraídas las mandíbulas, el ojo izquierdo cerrado, oigo dentro de mi pobre cerebro un incesante martilleo. A cada golpe tiemblan mis párpados, la luz del día me hiere, la oscuridad me ahoga.

En otro tiempo, en casa de mi abuela, aspiraba éter hasta la insensibilidad, pero, durante los primeros días de nuestro matrimonio, Alain me encontró un día desvanecida en la cama, apretando un frasco en la mano y me prohibió volver a hacerlo. Me habló muy seriamente, con mucha claridad, de los peligros del éter, del horror que profesa hacia esos «remedios de histeria», de la inocuidad, en suma, de las jaquecas: «Todas las mujeres las tienen». Y desde entonces me entrego al dolor con toda la paciencia que puedo, limitándome, sin el menor éxito, a las compresas hirvientes y a la hidroterapia general.

Pero hoy estoy sufriendo tanto que me entran ganas de llorar, y la vista de ciertos objetos blancos, hoja de papel, mesa laqueada, sábanas de la cama abierta donde estoy tumbada, me contrae la garganta, me provoca las náuseas nerviosas que conozco tan bien y que tanto temo. La carta de Alain —¡tan esperada, empero!— me parece fría, incolora. Mi mal debe de ser muy agudo. La volveré a leer más tarde.

Entra Léonie. Pone sumo cuidado en no hacer ruido, abre la puerta con suavidad, la cierra con rudeza. La intención, al menos, es buena.

—Señora, ¿aún se siente mal?

—Sí, Léonie.

—Señora, ¿por qué no toma…?

—¿Una copa de coñac? No, gracias.

—No, señora, sino un poco de éter.

—Al señor no le gusta que tome drogas, Léonie. El éter no hace nada.

—El señor le lleva a creer eso a la señora. El señor es bueno y piensa que le puede hacer daño a la señora, pero a la hora de tratar las cosas de las mujeres que no me hablen de los hombres. Yo, cuando pillo la neuralgia, siempre tomo éter.

—¡Ah! ¿Tiene… tiene aquí?

—Un frasco nuevecito. Se lo traeré a la señora.

El divino y poderoso olor me relaja los nervios. Me tumbo en la cama, el frasco debajo de la nariz, derramo lágrimas de debilidad y placer. El perverso herrero se aleja. Ahora solo queda un dedo que golpea mi sien, discreta y algodonosamente. Respiro tan fuerte que tengo la garganta azucarada, las muñecas, pesadas.

Sueños vagos que pasan, todos cortados por la raya de la luz, la que se filtra entre unos párpados semicerrados. Veo a Alain con un traje de tenis que llevaba hace ocho años durante un verano, un maillot blanco que su carne teñía de rosa. Yo soy la jovencita Annie de entonces, con mi gruesa trenza que terminaba en un blando rizo. Toco el suave maillot rosa que me conmueve tanto como una carne viva, tibia como la mía, y me digo confusamente que Alain es un chiquillo, que eso no tiene importancia, no tiene importancia… Es pasivo y vibrante, baja sobre sus encendidas mejillas unas pestañas negras que son las de Annie. Bajo mis dedos, ¡qué aterciopelada es esa piel! No tiene importancia, no tiene importancia.

Sin embargo, una pelota de tenis golpea duramente mi sien y la cojo al vuelo, blanca, tibia. Muy cerca de mí afirma una voz gangosa: «Es un huevo de gallo». No me sorprende lo más mínimo, puesto que Alain es un gallo, un gallo rojo en el fondo de los platos. Con pata arrogante, araña la loza, que chirría hasta la locura y canta: «Yo…, yo…». ¿Qué dice? No he podido oírlo… La barra de luz gris azulada lo corta en dos como un collar de presidente de la República, luego viene el negro, negro, muerte deliciosa, lenta caída sostenida por alas.

Una fea acción, una fea acción, sí, Annie. No se le puede llamar de otra forma. Una desobediencia deliberada, total, a la voluntad de Alain. Tiene razón en prohibirme ese éter que me vuelve irresponsable. Dos horas más tarde me acuso con toda humildad, a solas con mi imagen, sentada ante mi tocador donde peino y anudo mis deshechos cabellos. Tengo la cabeza libre, vacía y clara; los ojos, ojerosos; la boca, pálida; la inapetencia, a pesar del ayuno del día, delatan el relajamiento del veneno amado. ¡Puf!, el vapor enfriado y pesado del éter se pega a las cortinas. Hace falta aire, olvido… si puedo.

Mi ventana, en el segundo piso, se abre sobre un triste horizonte, el estrecho patio, el caballo de Alain al que están curando, un palafrenero gordo con camisa a cuadros. Un dogo negro, sentado en el suelo, levanta su cuadrado hocico al oír mi ventana. ¡Si eres tú, mi pobre Toby! ¡Tú, el desterrado, tú, el desterrado! Está en pie, pequeño y oscuro, y agita hacia mí el recuerdo de su rabo cortado.

—¡Toby! ¡Toby!

Salta, gime hipando. Me agacho.

—Charles, haga el favor de mandarme a Toby por la escalera de servicio.

Toby ha comprendido antes que Charles. Un minuto más y el pobre dogo negro está a mis pies, convulso, delirante de ternura y humildad, la lengua y los ojos fuera de la cara.

El año pasado lo compré a un caballerizo de Jacques Delavalise, porque era una verdadera preciosidad, un pequeño dogo de ocho meses, chato, de ojos límpidos y algo rasgados, orejas como trompetillas acústicas. Y me lo llevé a casa bastante orgullosa, algo temerosa. Alain lo examinó como entendido, sin animosidad.

—¿Dice que cien francos? No es caro. El cochero estará contento. Las ratas lo destruyen todo en las caballerizas.

—¡En las caballerizas! Si no lo compré para eso… Es bonito. Quisiera poder quedármelo, Alain.

Se encogió de hombros.

—¿Para usted? ¿Un dogo de caballerizas en un salón estilo Luis XV, o encima de los encajes de su cama? Querida niña, si quiere un perro le buscaré un lulú de tela para el salón o un galgo. Los galgos entonan con todos los estilos.

Llamó a Jules y le mostró mi pobre Toby negro, que ingenuamente masticaba una borla de la butaca.

—Lleve este perro a Charles, que le compre un collar, lo tenga limpio y me diga si mata muchas ratas. El perro se llama Toby.

Desde entonces solo he visto a Toby por la ventana. Lo he visto sufrir y pensar en mí, pues a primera vista ya nos quisimos.

Un día le guardé huesecitos de paloma y se los llevé al patio, a escondidas, y regresé con el corazón oprimido, con un malestar que creí disipar confesando mi debilidad a Alain. Casi no me riñó:

—¡Qué criatura es usted, Annie! Si quiere, le diré a Charles que cuando usted salga lleve alguna vez al perro debajo del asiento. Eso sí, que nunca me encuentre a Toby en casa, nunca. Se lo agradeceré mucho.

Hoy no me bastaría para aliviarme de toda preocupación, digámoslo francamente, de todo remordimiento, confesar a Alain la presencia de Toby en mi dormitorio. Eso, que la semana pasada me hubiera hecho temblar, es una bagatela tras mi culpable y deliciosa embriaguez de éter.

Duerme en la alfombra de rosas grises, Toby, duerme con grandes suspiros de animal conmovido: no volverás a las caballerizas.

Arriège.

Un olor a naranjos en flor y baño químico de lanas asciende por mi ventana abierta. «Es el olor local», me explica amablemente el mozo que sube las maletas. Ya me lo figuraba. Marthe me asegura que uno se acostumbra en cuarenta y ocho horas. Al de los naranjos floridos, plantados en hileras delante del hotel, conforme, pero al otro, el sulfuroso olor que pone la piel pegajosa, ¡horror!

Me acodo, ya desalentada, mientras Léonie, a quien su sombrero de viaje le da el aire de un gendarme de paisano, abre mi gran maleta y dispone los objetos de viaje de mi neceser como para un desfile.

¿Qué he venido a hacer aquí? En París, en mi cuarto amarillo, junto al retrato de Alain, me sentía menos sola que entre estas cuatro paredes de cal color rosa con bastante gris. Una cama de cobre, de la que inspecciono desconfiada las usadas ropas. Un tocador demasiado pequeño, una mesa para escribir que convertiré en tocador, una mesa plegable de tijera que convertiré en mesa de escribir, unas butacas corrientes y unas sillas esmaltadas. ¿Cuántos días habrá que vivir aquí dentro? Marthe ha dicho: «Depende…».

¿Depende de qué? No me he atrevido a interrogarla más.

Desde el otro lado del corredor enlosado oigo su voz aguda; y las sordas réplicas de Léon, que no me llegan, ponen un vacío entre las frases. Me adormezco aislada de todo, del lugar donde estoy, de Marthe, de Alain, del porvenir penoso, del tiempo que pasa.

—Annie, bajamos.

—¡Oh, Marthe, me has asustado! ¡Si no estoy lista!

—¡Qué cuernos estáis haciendo, grandes dioses! ¿Ni levantada ni peinada? Te ruego que no empieces a hacer el «peso muerto».

Mi cuñada está emperejilada como para ir al Fritz, maquillada y sonrosada. Las once horas de ferrocarril son clementes con ella. Declara que es ya muy tarde y que quiere oír la música que tocan en el parque.

—Voy a darme prisa. ¿Y Léon?

—Está lavándose su cuerpo divino. ¡Vamos, Annie, andando! ¿Qué te detiene?

Vacilo en corsé y enagua a desnudarme tan completamente frente a Marthe. Me mira como si fuera un bicho raro.

—¡Oh, Annie, santa Annie! ¡No hay dos tontas como tú! Me pondré de espaldas. Despoja tus encantos sin el menor temor.

Se dirige a la ventana. Pero la misma habitación me intimida y me veo en el espejo, larga y morena como un dátil. Marthe, desvergonzada y brusca, da media vuelta. Grito, pego mis brazos a mis flancos mojados, me retuerzo y suplico… No parece oírme y me enfoca curiosamente con los impertinentes.

—¡Extraña criatura! Desde luego, no eres de aquí. Pareces una mujercita de mosaicos egipcios, de una serpiente de pie, de un jarrón de fino gres… ¡Sorprendente! Annie, no me quitarás de la cabeza la idea de que tu madre pecó con un borriquero de las pirámides.

—¡Por favor, Marthe! ¡De sobra sabes cómo me molestan esas bromas!

—Ya lo sé. Coge tu camisa, tontísima. ¡Hacerte así la colegiala a tu edad…! Si estuviera de moda, yo iría desnuda delante de tres mil personas. ¡Pensar que se esconde siempre lo mejor de lo que se tiene!

—¿Sí? Seguro que Chessenet no será de tu opinión.

—¡Vete a saber! (¿No le tienes simpatía? ¡Qué divertido!) Debe de llevar unos senos último modelo, en forma de estola, con las puntas cayendo sobre las rodillas.

Esta presencia charlatana tonifica mi pereza, acaba por ahuyentar mi ñoño pudor. Y Marthe tiene el

don de hacerse perdonar casi todo.

Me anudo el lazo de tul blanco delante del espejo mientras Marthe, asomada a la ventana, me describe todo lo que pasa delante de sus ojos:

—¡Veo, oh, veo un montón de mercancía de pacotilla! A Léon, que nos busca con aire de perro extraviado. Nos cree en la música. Menos mal que no sabe dónde estamos. De buena nos libramos.

—¿Por qué?

—¡Vaya, porque me carga! Veo una señora que tumba de espaldas, toda vestida de *valenciennes*, pero con una cara arrugada de manzana reineta… Veo espaldas idiotas de hombres con panamás abollados como merengues mal hechos. Veo… ¡ah!

—¿Qué?

—¡Vamos!, ¡vamos! ¡Vaya, menos mal! ¡Sí, sí, somos nosotras, suba!

—¿Estás loca, Marthe? Todo el mundo está mirándote. ¿Con quién hablas?

—Con la pequeña Van Langendonck.

—¿Calliope?

—Ella misma.

—¿Está aquí?

—Con toda probabilidad, puesto que la estoy llamando.

Frunzo involuntariamente las cejas. He aquí otra relación que Alain desearía cortar y que mantiene a distancia; y no es que la pequeña chipriota, viuda de un valón, dé tanto que hablar como una Chessenet, pero mi marido le censura una belleza llamativa y maravillada que no considera de buen tono. No sabía que para la belleza existiera un código de conveniencias. Sin embargo, Alain así lo afirma.

Calliope van Langendonck, llamada la diosa de los «ojos garzos», anunciada por un elegante frufrú de ropa, efectúa una entrada teatral, abruma a Marthe de besos, de palabras, de encajes que arrastra, de miradas azules que se deslizan entre párpados armados de pestañas brillantes como lanzas; luego se abate sobre mí. Me avergüenza sentirme tan poco expansiva y le ofrezco una butaca. Marthe ya la está acribillando a preguntas:

—Calliope, ¿quién es el afortunado mandamás al que remolca por aquí este año?

—*What is it* «mandamás»? ¡Ah, sí! Nada de mandamás. Estoy sola.

Repite, a menudo, las frases que se le dicen con un aire mimoso de escucharse y traducirse. ¿Es coquetería o astucia para tener tiempo de pensar su respuesta?

Recuerdo que este invierno mezclaba griego, italiano, inglés y francés con una ingenuidad demasiado completa para ser sincera. Su «babelismo», como dice Claudine, a quien divierte mucho su jerigonza cuidadosamente cultivada, retiene la atención como un encanto más.

—¿Sola? ¡Cuénteselo a otros!

—¡Sí! Hay que cuidar dos meses por *anno* para estar hermosa.

—Hasta ahora le va muy bien, ¿verdad, Annie?

—¡Oh, sí! Nunca ha estado más linda, Calliope. ¿Las aguas de Arriège le sientan bien?

—¿Aguas? No tomo *never*, nunca.

—Entonces ¿por qué…?

—Porque aquí la altitud es *excellent*, encuentro gente que conozco y puedo llevar trajes baratos.

—¡Admirable mujer! Sin embargo, el azufre es bueno para la piel.

—¡No! Es *kakon*, malo para la piel. Yo cuidar piel con receta especial, turca.

—Dígala deprisa. Me falta el aire, y seguro que Annie está que se sube por las paredes.

Calliope, que ha dejado sus «artículos» en la isla de Chipre, aparta doctoralmente unas manos deslumbrantes.

—Ustedes toman… viejos botones de *gloves*, de nácar, ustedes ponen en un *avgothiki*, huevera, y exprimen limón entero. Al otro día ella está hecha una pasta.

—¿Quién, ella? ¿La señora Loubet?

—No. Botones y limón. Ustedes extender en cara y quedan más blancas que…

—No busque más. Se lo agradezco infinitamente, Calliope.

—Ahora, puedo dar receta, desmanchar lana.

—¡No, basta, santo Dios, basta! El mismo día todo, no. ¿Desde cuándo está en Arriège?

—Hace… uno, *due*, *three*, siete días. ¡Soy feliz de verlas! No quiero dejarlas más. Cuando me llamaron de repente por la *wind*… ventana, tuve *spavento* y dejé *drop* mi sombrilla.

Estoy desarmada. El propio Alain no podría permanecer serio ante este poliglotismo desencadenado. Si esta ligera criatura puede acortar las largas horas de mi *saison*, la veré tanto como ella quiera —en Arriège.

¡Qué necesidad tenía Marthe de arrastrarme en torno a este quiosco de música! Me ha provocado una opresiva jaqueca, y en mi piel la huella casi física de todas esas miradas clavadas en nosotras. Esa gente, bañistas y bebedores de Arriège, nos han espulgado y devorado con ojos de caníbales. Tengo un temor enfermizo a las murmuraciones, espionajes y delaciones de esos ociosos minados por el aburrimiento. Por suerte, hay pocas caras conocidas, excepto la pequeña Langendonck. Los Renaud-Claudine llegarán dentro de tres días. Han reservado sus habitaciones.

¡Qué triste es esta habitación! La electricidad cruda cae del techo sobre mi cama vacía y muerta. Me siento sola, sola, hasta el extremo de llorar, hasta el extremo de haber retenido a Léonie para que me despeinara a fin de conservar una presencia cerca de mí. Ven, mi Toby negro, perrito cálido y silencioso que adora hasta mi sombra, quédate a mis pies, febriles por el largo viaje, agitado de ingenuas pesadillas. ¿Sueñas, quizá, con que nos separarán otra vez?

No temas, Toby, el severo amo duerme ahora sobre el agua incolora, pues sus horas de acostarse son metódicas como todas las de su vida. Ha dado cuerda al cronómetro, ha acostado su cuerpo blanco y grande, frío por la ducha glacial. ¿Piensa en Annie? ¿Suspirará por la noche, se despertará en la oscuridad, la oscuridad profunda que sus dilatadas pupilas poblarán de lúnulas de oro y rosas en procesión? ¿Y si en este mismo instante llamara a su Annie dócil, si buscara un perfume de rosa y clavel blanco, con la sonrisa martirizada del Alain que solo he visto y poseído en sueños? Pero no. Yo le oiría a través del aire y la distancia.

Vamos a acostarnos, perrito negro. Marthe está jugando a las cartas.

Mi querido Alain:

Me estoy acostumbrando a la vida del hotel. Es un esfuerzo que, así lo espero, me será tenido en cuenta por usted, de la misma manera que le honro con cada victoria ganada a mi apatía.

Con todo, los días me son más largos que a los bañistas efectivos. Marthe, valerosa como siempre, se somete a un tratamiento muy riguroso de duchas y masajes. Léon solo bebe; yo miro.

Hemos encontrado aquí a la señora Van Langendonck, que está sola. Puede creer, querido Alain, que no he buscado este encuentro. Marthe la acoge amablemente y dice que las amistades de las ciudades termales se cortan en París con la mayor tranquilidad del mundo. Espero, pues, que usted se tranquilizará sobre lo superficial de mi relación. Por otra parte, se aloja en el hotel del casino, en tanto que nosotros nos hospedamos en el Grand Hotel.

Creo que también los Renaud-Claudine desembarcarán dentro de pocos días. Será casi imposible no verlos. Por otra parte, me parece que usted considera aceptable al marido, pues conoce la tierra entera. En cuanto a su mujer, pensaremos en la forma de actuar más adecuada y para ello me fío de Marthe, que tiene de usted el finísimo sentido de la decisión oportuna.

Le hablaré de nosotros, querido Alain. Me ha prohibido importunarle con mi solicitud, inútil aunque tan bienintencionada. Sepa, pues, que nos levantamos a las siete menos cuarto, que cuando tocan las siete estamos sentadas a las mesitas de la lechería. Se ordeña delante de nosotras y bebemos lentamente una leche espumosa, mientras vemos subir la niebla que el sol aspira.

A las siete hay que desayunarse, pues la ducha es a las diez. Se acude en salto de cama, sin tomarse siquiera el tiempo de un sumario tocado. Este levantarse temprano no favorece a todas las mujeres, y admiro cómo Marthe soporta la prueba. Aparece envuelta en lino y muselinas con níveos capuchones con volantes que la favorecen en extremo.

Su Annie no despliega tanto arte, llega con falda sastre y blusa de seda floja, y la ausencia de corsé no varía en mucho mi talle. Mi trenza de noche, recogida con una cinta blanca, y un sombrero cloche de paja. He aquí un atavío tan sencillo que no enardece a las multitudes.

Después de dos tazas de leche y otros tantos cruasanes pequeños, paseo por el parque, retorno al hotel para el correo y arreglarme; a las diez, ducha. Marthe desaparece y me quedo sola hasta el mediodía. Paseo, leo, escribo. Pretendo imaginar su vida, su camarote, el olor del mar, el batir de la hélice…

Adiós, querido Alain, cuídese mucho y cuide su afecto para

ANNIE

Es todo lo que he encontrado para escribirle. Veinte veces me he interrumpido, con una torpeza en la punta de la pluma. ¿Qué mal espíritu me habita para que ya escriba «torpeza» donde habría de poner «franqueza»?

Pero ¿acaso puedo escribirlo todo? Temo, hasta de lejos, la cólera de mi marido, si se entera de que vivo codeándome con Calliope, con Maugis, que hace tres días que ha llegado y que apenas se separa de nosotros… El tren de las cinco y diez de la mañana traerá a Claudine y a su marido. Me repito con cobardía que una confesión completa al regreso de Alain me valdrá solamente un gran sermón. No habrá visto a Calliope por las mañanas, en la lechería, con un *déshabillé* galante —tan *déshabillé* y tan galante que al hablarle aparto los ojos—, tules que caen, capas con adornos que se abren sobre la carne dorada, y para velar los cabellos mal sujetos unas extraordinarias mantillas de blonda. Pero, ayer por la mañana, llegó tan envuelta con un amplio guardapolvo de seda glacé color plata, tan cerrado y correcto que me quedé sorprendida. A nuestro alrededor, los panamás y las gorras a cuadros echan algo de menos y buscan los rincones de piel ambarina.

La felicité por su corrección.

Calliope estalló en una risa aguda, exclamando:

—¡Ya lo creo! A la fuerza. ¡No llevo camisa debajo!

No sabía dónde meterme. Las gorras y los panamás se inclinaron hacia ella con el movimiento automático de marionetas que saludan.

Calliope, felizmente, está sola. ¿Sola? ¡Hum! A veces, paseando junto a ella, me he cruzado con caballeros impecables que se volvían con una discreción tan afectada, una indiferencia tan perfecta… Ella pasaba regia en su talla menuda, con una caída de ojos que ha querido enseñarme sin el menor éxito.

La hora de la ducha nos acerca, creando el desierto a nuestro alrededor. Léon, en estos momentos muy deprimido, viene a sentarse a nuestra mesa, y se pone unas corbatas desconcertantes, unos chalecos de vivos colores que sientan muy bien a su tez mate. De cuarto en cuarto de hora se aleja para beber los cuatro vasos de agua. Ensaya hacer una corte literaria a Calliope. Ella, con gran sorpresa por mi parte, lo acoge con desdén poco disimulado, una fría mirada azul que, cayendo de lo alto, dice: «¿Qué pretende este esclavo?».

Además, está Marthe. Sí, Marthe. Vacilo hasta para escribir esto. Maugis la sigue demasiado de cerca y ella tolera su presencia como si no se diera cuenta. No puedo creerlo. Las resplandecientes pupilas grises de Marthe lo ven todo, lo escuchan todo, captan el pensamiento detrás de las miradas. ¿Cómo es que no arranca su manita regordeta y fina de los labios de este individuo que le da dos veces al día unos «buenos días» y un «adiós» prolongado? Maugis exuda alcohol. Es inteligente, de acuerdo, muy culto tras sus bromas de mal gusto. Maneja la espada, según me ha dicho Alain, con una muñeca temible que el ajenjo aún no hace temblar, pero… ¡Puf!

Quiero creer que Marthe se divierte. Coquetea por el placer de ver inyectarse y enternecerse los ojos globulosos de su adorador al mirarla. Se divierte…

Acabo de acompañar a Marthe a la ducha. Todavía estoy temblando.

En una horrible cabina de tosco abeto, las paredes chorreantes y penetrada de azufre y vapor, he asistido, detrás de un biombo de madera, al suplicio sin nombre que es la ducha masaje.

Marthe, en un santiamén, se ha desnudado. Parpadeo ante tanta desenvoltura y blancura. Marthe es blanca como Alain, y más sonrosada. Vuelve hacia mí, sin un estremecimiento de confusión, unas caderas descaradas, marcadas con profundos hoyuelos, mientras aprieta en torno a sus sienes un gorro de caucho, un gorro abominable, una especie de pañuelo de pescadora…

Luego, da la vuelta y me sorprendo del carácter que adquiere esa bonita cabeza de mujer al ser privada de sus cabellos ondulados, ojos agudos hasta la locura, mandíbula corta y sólida, poblado y brutal el arco de las cejas. Busco en vano, en esa mujer que me inspira temor, a la Marthe que conozco. Este rostro inquietante ríe sobre un cuerpo lindo y regordete, casi demasiado femenino, con excesos de delgadez y redondeces.

—¡Annie, vamos! ¿Te has dormido de pie?

—No, pero yo ya he tenido suficiente. Esta cabina, este gorro…

—¡Eh, Catherine! ¡Cualquiera creería que mi cuñadita es valiente! ¿Y si le diéramos una buena ducha con el chorro grande?

Contemplo aprensivamente al ser sin sexo, con delantal de hule y encaramado a unos zuecos de madera. Ríe, enseñando unas rojas encías.

—Si la señora quiere echarse… Ya ha empezado el cuarto de hora.

—Aquí estoy, aquí estoy.

Marthe cruza de un salto el borde de una especie de ataúd abierto, inclinado, que al principio no había visto, y se tumba, con las manos en los senos para resguardarlos del golpe demasiado fuerte. La luz de arriba ilumina las venas de su piel, esculpe los esbeltos pliegues, toca brutalmente todo el oro rosa que se ensortija. Me ruborizo en la sombra. Nunca hubiera creído que Marthe fuera tan velluda. Y me ruborizo más pensando que en el cuerpo de Alain florece la misma abundancia de oro sonrosado parecido al cobre. Marthe espera, con los ojos cerrados, los codos temblorosos, y la criatura sin sexo dirige hacia ella dos gruesos tubos de caucho que cuelgan del techo.

Estallan gritos agudos, clamores suplicantes. Bajo el chorro frío, más grande que mi puño que cae a plomo y se pasea del pecho a los tobillos, Marthe se retuerce como una oruga cortada, solloza, rechina los dientes, insulta o suspira cuando el chorro hirviente sucede al helado, apaciguada, consolada.

La extraña criatura ducha con una mano y con la otra la golpea, golpea sin compasión, con una enorme mano sólida, el cuerpo delicado que se jaspea de rojo ardiente.

Tras cinco minutos del terrible tormento, un gran albornoz caliente, una fricción seca. Y Marthe, liberada del odioso gorro, me mira jadeante, con lagrimones en las comisuras de los ojos.

Le pregunto con voz ahogada si es así todos los días.

—Todas las mañanas, pequeña. ¡Vaya! Claudine declaraba el año pasado: «¡Esto y los terremotos: no hay nada mejor para hacer circular la sangre!».

—¡Oh, Marthe, si es horrible! Ese chorro más fuerte que un garrotazo que te ha hecho llorar y sollozar… ¡Qué horror!

Se vuelve, a medias vestida, con una extraña sonrisa, las aletas nasales dilatadas.

—A mí no me lo parece.

Las comidas, aquí, son un suplicio. Podemos escoger entre dos restaurantes, ambos dependen del casino, pues los hoteles no sirven comidas y esta ciudad termal, que de ciudad solo tiene el nombre, se compone del casino, del establecimiento termal y de cuatro grandes hoteles. Esos refectorios, a los que vamos como pensionistas o prisioneros, donde nos asamos a mediodía bajo el fuerte sol de la montaña, bastan para quitarme el apetito. Se me ha ocurrido hacerme servir en mi cuarto, pero me traerían las sobras tibias y, por otra parte, sería poco considerado respecto a Marthe, a quien las comidas le dan un pretexto para cotillear y curiosear. ¡Ya estoy hablando como ella!

Calliope se sienta a nuestra mesa igual que Maugis, a quien tolero con mucha dificultad. Marthe se ocupa de él, parece interesarse por sus artículos de crítica; reclama, autoritaria, un artículo sobre *Un drama del corazón*, la última novela de mi cuñado, para fustigar la venta y animar las ciudades balnearias.

Léon devora las carnes correosas con apetito de anémico y no suelta a Calliope, que persiste en mandarle a que haga sus sesenta líneas, despreciativa como la hija de un rey hacia un escriba a sueldo. ¡Divertida mujercita! Lo confieso; ahora soy yo quien la busca. Se expansiona con una volubilidad confusa, pescando en un idioma extranjero la palabra que le falta en el nuestro, y escucho como un cuento de hadas la accidentada narración de su vida, que tiene más de fantástica y anecdótica que de real.

Durante la ducha de Marthe, en particular, en la hora desierta, me olvido de mí misma escuchándola. Me siento frente a ella en una gran butaca de mimbre, detrás de la lechería, y admiro, mientras ella habla, su belleza adornada y en desorden.

—Cuando yo era pequeña —dice Calliope—, era muy bella.

—¿Por qué dice «era»?

—*Because* soy menos. La vieja que lavaba la ropa me escupía siempre en la cara.

—¡Oh, qué sucia! ¿Y sus padres no la despidieron?

La hermosa mirada azul de Calliope me cubre de desdén.

—¿Despedir? Entre nosotros, las viejas hay que escupir a las niñas bonitas diciendo «¡ptu, ptu!», para conservarlas hermosas y guardarlas del mal de ojo. He estado conservada *kallista* también, porque mi madre, el día de mi bautizo, hizo poner comida en mesa… por la noche.

—¿Eh?

—Sí. En mesa poner muchas cosas de comer y se acuestan. Entonces vienen mires.

—¿Quién?

—Mires. No verlas, pero llegan para comer. Y se pone cada *chai*, *chiesa*, ¿cómo dicen?, silla bien junto pared, pues si una mire tropieza codo al pasar para *sit* en mesa, daría mala suerte sobre pequeño niño…

—¡Qué bonitas son esas pequeñas costumbres! Esas mires que usted dice ¿son hadas?

—¿Hadas? No sé. Son mires. ¡Ah, me duele la cabeza!

—¿Quiere un poco de antipirina? En mi cuarto tengo.

Calliope pasa sobre su frente bruñida una de sus manos teñidas de rosa.

—No, gracias. Es mi culpa. No hice cruces.

—¿Qué cruces?

—Así, en almohada. —Dibuja en su rodilla una serie de crucecitas rápidas con el dorso de la mano—. Hacer pequeñas cruces y deprisa acuesta cabeza en lugar y los malos visitantes no vienen en sueño ni *headache*, ni nada.

—¿Está segura?

Calliope se encoge de hombros y se levanta apresurada.

—Sí, estar segura. Pero ustedes son pueblo sin religión.

—¿Adónde se va corriendo, Calliope? —le digo al verle levantarse con presteza.

—Es *devtera*… lunes. Tengo que hacerme uñas. Otra cosa más que usted no sabe. Lunes hacer uñas: salud. Martes hacer uñas: fortuna.

—¿Y usted prefiere salud a fortuna? ¡Qué bien la comprendo!

Ya a punto de irse, se vuelve, sujetando a brazadas sus encajes esparcidos.

—No, prefiero… lunes hacer una mano, martes la otra.

Entre el mediodía y las cinco, un inhumano calor abruma a todos los bañistas. La mayoría se encierra en el gran vestíbulo del casino, que se parece a la sala de los pasos perdidos de alguna estación *modern style*. Tumbados en las mecedoras, los cuitados se atreven a coquetear. Toman café con hielo, y dormitan bajo el rumor de una vaga orquesta, tan adormilada como ellos mismos. Me hurto a menudo a estos placeres previstos, avergonzada por las miradas, por el mal tono de Maugis, por el ruido de una treintena de niños y su desenvoltura ya afectada.

He visto allí a niñas que ya a los trece años se contonean y enseñan las pantorrillas, utilizando indignamente eso que se llama los privilegios de la infancia. Montada en la pierna de un primo mayor, o encaramada a un taburete de bar, las rodillas en la barbilla, una adorable rubita de ojos sagaces enseña todo lo que puede y acecha con mirada de gata fría la vergonzosa emoción de los hombres. Su madre, una cocinera gorda con cuperosis, se extasía: «¡Qué criatura es! ¡A su edad!». No puedo cruzarme con esa chiquilla desvergonzada sin sentirme confusa. Ha inventado soplar pompas de jabón y perseguirlas con una raqueta de lana. Y ahora, individuos de todas las edades soplan en pipas de barro, y corren detrás de las pompas de jabón para sobar a la niña, robarle la pipa, cogerla en brazos cuando se asoma a la ventana de cristales… ¡Oh, qué bestia más fea duerme en el interior de ciertos hombres!

Aún quedan, gracias a Dios, auténticas criaturas, chiquillos torpones de pantorrillas desnudas color tabaco, con una gentileza de osezno; niñitas que han dado un estirón, angulosas y con largos pies delgados; los chiquitines, los bracitos como salchichas rosadas, cortados por tiernos pliegues, como ese angelote de cuatro años que se sentía a disgusto con su primer pantalón, y, muy colorado, cuchichea a su institutriz severa y asqueada: «¿La gente habrá notado el aire que he hecho en mi pantalón?».

Para regresar al hotel atravieso el peligroso mantel de sol que lo separa del casino. He gustado durante veinticinco segundos el ardiente placer de sentirme como levitando de calor, ardiendo la espalda, los oídos llenos de zumbidos. Me refugio, a punto de caer en la oscura fresca del vestíbulo, donde una puerta que se abre a los sótanos deja ascender un olor de toneles viejos, de vino tinto que se ha vuelto vinagre. Luego, es en mi cuarto silencioso, ya perfumado por mí y la cama menos hostil, donde me echo en camisa para soñar, desvestida, hasta las cinco.

Toby roza mis pies desnudos con una lengua congestionada, luego cae postrado en la alfombra. Pero esta horripilante caricia me lleva por mal camino temblorosa y como ultrajada, guía mis pensamientos a la mala ruta. Mi semidesnudez me recuerda la ducha de Marthe, lo que busca en esos chorros que la maltratan, la blancura de mi marido, el del sueño. Para liberarme de la obsesión —¿es realmente para liberarme?—, salto de la cama y corro a buscar, entre dos saquitos, el último retrato de Alain.

¿Qué pasa? ¿Es ahora cuando estoy soñando? Me parece que no conozco a ese guapo mozo. La ceja dura y esa pose arrogante de gallo. Vamos, vamos, estoy equivocada; ese fotógrafo palurdo ha debido de retocarla demasiado.

Pero no, ese hombre es mi marido, que viaja lejos. Tiemblo frente a su imagen como tiemblo frente a él mismo. Una criatura doblegada, inconsciente de su cadena, he aquí lo que ha hecho de mí. Trastornada, busco obstinadamente en nuestro pasado de jóvenes esposos un recuerdo que pueda engañarme de nuevo, que me devuelva al marido que «creí» tener. Nada, no encuentro nada, excepto mi sumisión de niña apaleada, su sonrisa de condescendencia sin bondad. Quisiera saber que estoy soñando o que estoy delirando. ¡Ah, malvado, malvado! ¿Cuándo me ha hecho más daño, al partir para un viaje por mar o bien al hablarme por primera vez?

En el cuarto de Marthe, que es el más grande, esperamos tras las persianas echadas a Claudine y a Calliope, que vendrán a tomar el té. Claudine, que llegó ayer noche con su marido y que, como excepción, vendrá sola. Marthe excluye hoy a los hombres para «descansar». Descansa agitándose, dando vueltas, con su traje de muselina verde fuerte, un verde imposible, que ultraja su blancura y enciende su cabellera esponjada. En la blusa, una gran rosa rosada, común y perfumada. Marthe asocia en sí misma, con gusto seguro, violentos y acertados colores.

La encuentro muy inquieta, los ojos amenazadores, la boca triste. Se sienta, garabatea rápidamente en una hoja blanca y murmura cifras.

—Aquí son dos luises diarios… mil quinientos francos a casa Hunt, al regreso. Y el otro idiota que quiere pasar por Bayreuth. ¡Qué complicada es la vida!

—¿Me estás hablando a mí, Marthe?

—Te hablaba sin hablarte. Digo que la vida es complicada.

—¿Complicada? Quizá.

Se encoge de hombros.

—Sí, quizá. Si tuvieras que encontrar quinientos luises…

—¿Quinientos luises?

—No te fatigues en calcular, son diez mil francos. Si tuvieras que encontrarlos de aquí a tres semanas, en… los pliegues de tu vestido, ¿qué harías?

—Pues escribiría al banco y a Alain.

—¡Qué sencillo!

Lo dice tan secamente que temo haberla ofendido.

—¡En qué forma me lo dices, Marthe! ¿Es que… es que necesitas dinero?

Sus duras pupilas grises se compadecen.

—¡Mi pobre ciruelita negra, qué pena me das! ¡Claro que sí! Necesito dinero. ¡En todo momento, todo el tiempo!

—Pero, Marthe, yo creía que erais ricos. Las novelas de Léon se venden. Y tu dote…

—Sí, sí… pero hay que comer. Este año el Chateaubriand está por las nubes. ¿Crees que con treinta mil francos de renta en total y para todo una mujer puede vivir dignamente, si no tiene el coraje de una hormiga?

Reflexiono un instante para dar la impresión de estar calculando.

—Bueno… Quizá sea un poco justo… Ahora que, Marthe, ¿por qué no…?

—¿Por qué no, qué?

—Decírmelo. Tengo dinero y estaría muy contenta…

Me besa con un beso que suena como una palmada y me da un tirón de orejas.

—Eres muy buena. No digo que no, pero ahora no. Deja, me quedan aún dos o tres resortes que tocar. Además, te guardo para el postre. Y, la verdad, me divierte pelearme con el dinero, encontrar al despertarme una factura que se me reclama por décima vez, contemplar el interior de mis manos vacías, diciéndome: «Esta noche tienen que haber veinticinco luises dentro de esta manita».

Contemplo atónita a esta pequeña Balona con traje verde como un saltamontes. «Pelearse», «luchar»: palabras espantosas que me hacen evocar imágenes de gestos asesinos, de músculos en tensión, de sangre, de victorias. Me quedo frente a ella como un ser débil, inútil, inertes las manos, pensando en mis lágrimas frecuentes ante la fotografía de Alain, en mi vida aplastada. Sin embargo, se me ocurre una idea:

—Oye, Marthe, ¿cómo lo haces?

—Decías…

—¿Cómo lo haces cuando tienes necesidad de dinero?

Sonríe, se vuelve, me mira otra vez con aire dulce y lejano.

—Pues bien… Así: acudo al editor de León, embrollo al modista o le aterrorizo. Y, luego, hay ingresos inesperados.

—¿Quieres decir dinero que te debían, que habías prestado?

—Más o menos… Oigo a Claudine; ¿con quién está hablando?

Abre la puerta y se asoma al corredor, la sigo con la vista, con un penoso presentimiento. Por primera vez, acabo de fingir ignorancia, de simular una bobería propia de la Rose-Chou. «Ingresos inesperados…». Marthe me inquieta.

Claudine está, en efecto, hablando en el corredor. La oigo decir: «Hiiiijita mía…». ¿Qué hija? ¿Y esa ternura en el acento?

Aparece llevando con una correa a su Fanchette, amanerada y tranquila, que camina ondulante y cuyos ojos verdes se oscurecen al vernos. Marthe, entusiasmada, aplaude como en el teatro.

—¡Qué bien, Claudine! ¿Dónde ha encontrado a ese delicioso animalito? ¿En casa Barnum?

—¡Caramba, no! En nuestra casa. En Montigny. Fanchette, sentadita.

Claudine se quita el sombrero de muchacho, sacude sus bucles. Tiene esa tez mate, ese aire huraño y dulce que tanto me gusta. Su gata se sienta correctamente, la cola debajo de las patas traseras. He hecho bien en mandar a mi Toby de paseo con Léonie. Lo habría arañado.

—Usted, princesa lejana, buenas tardes.

—Buenas tardes, Claudine. ¿Han tenido buen viaje?

—Buenísimo; Renaud, encantador. Galanteó todo el tiempo conmigo, tanto que ni por un solo instante tuve la sensación de estar casada. Imagínese que un señor quería comprarme a Fanchette. Le miré como si hubiera violado a mi madre. Aquí hace calor. ¿Vendrán muchas señoras?

—No, no; solo Calliope van Langendonck.

Claudine pasa prestamente el pie por encima de una silla, una silla muy alta.

—¡Ganga! Adoro a Calliope. ¡Ohé de la trirreme! Nos divertiremos un rato. Además, es bonita y, además, es la última poseedora del alma de la Antigüedad.

—¡Hay que ver! —protesta Marthe—. ¡Qué ocurrencia! Ella, que es cosmopolita como un crupier de casino.

—Eso quería decir. Encarna, en mi imaginación simplista, todos los pueblos que están debajo de nosotros.

—¿Los topos? —bromeo tímidamente.

—No, sutil bribonzuela, debajo, en el mapa. ¡Ahí está! ¡Aparezca, Calliope, Hebe, Afrodita, Mnasidika…! ¡Saco a relucir para usted todo el griego que sé!

Calliope parece estar desnuda dentro de un traje demasiado suntuoso de chantilly, con fondo de crespón de china color carne. Desde el umbral ya sucumbe.

—Estoy muerta. Tres pisos.

—Ser malo para piel —continúa Claudine.

—Pero ser bueno para mujer encinta: hace caer criatura.

MARTHE, *atemorizada*. —Calliope, ¿usted está embarazada?

CALLIOPE, *serena*. —No, *never*, nunca.

MARTHE, *amarga*. —Tiene suerte. Por otra parte, yo tampoco. Pero todos esos medios preventivos son tremendos. ¿Cómo lo hace usted?

CALLIOPE, *púdica*. —Soy viuda.

CLAUDINE. —Evidentemente, es un medio. De todas maneras, no es necesario ni suficiente. ¿Qué hacía cuando no era viuda?

CALLIOPE. —Antes hacía las cruces encima, y después tosía.

MARTHE, *muerta de risa*. —¡Las cruces! ¿Encima de quién? ¿De usted o del compañero?

CALLIOPE. —Los dos, *dearest*.

CLAUDINE. —¡Ah, ah! ¿Y después tosían? ¿Es el rito griego?

CALLIOPE. —No, *poulaki mou*. Se tose así *(tose)* y se va.

MARTHE, *dudando*. —Viene más pronto que se va… Claudine, páseme la ensalada de melocotones.

CLAUDINE, *preocupada*. —No soy curiosa, pero me hubiera gustado ver la cara…

CALLIOPE. —¿Cara de quién?

CLAUDINE. —La cara del difunto Van Langendonck, mientras usted hacía las cruces encima.

CALLIOPE, *ingenuamente*. —¡Si no se las hacía en la cara!

CLAUDINE, *estallando en hilaridad*. —¡Ja, ja, ja! ¡Cuánto me divierto! *(Sofocando la risa)*. Esta divertida Calliope hará que me atragante.

Grita y se muere de risa. Marthe también se sofoca. Yo misma, a pesar de la vergüenza que me dan, no puedo evitar sonreírme en la semipenumbra que me protege, pero que no me protege lo suficiente, pues Claudine ha sorprendido mi silencioso regocijo.

—¡Eh, oiga, santa Annie, que la estoy viendo! Váyase enseguida a jugar al parque o no ponga cara de comprender. O, mejor no —añade, y su áspera voz se vuelve dulce y cantarina—, sonría más. Cuando las comisuras de su boca se levantan, sus párpados descienden y los cuentos de Calliope tienen menos equívoco, pequeña Annie, que su sonrisa…

Marthe interpone entre Claudine y yo el ala de un abanico abierto.

—Y si esto continúa acabará llamando Rézi a mi cuñada. Gracias, no quiero que mi honesta habitación sirva para eso.

¿Rézi? ¿Qué debe ser? Me atrevo a preguntar.

—¿Has dicho Rézi? ¿Es una palabra de un idioma extranjero?

—¡No sabe la razón que tiene! —responde Claudine, en tanto que Marthe y Calliope intercambian sonrisas cómplices.

De repente cesa su alegría, deja de sorber su café helado, piensa por un instante con ojos ensombrecidos, los mismos ojos que los de su gata blanca, que, pensativa, amenaza a un punto en el vacío.

¿Qué más han dicho? No sé, yo iba retrocediendo cada vez más en la penumbra de la persiana. No me atrevo a transcribir lo que recuerdo. ¡Mil barbaridades! Calliope pone al pronunciarlas más inconsciencia, más exótico impudor; Marthe, una crudeza neta, sin turbación; Claudine, una especie de lánguida hurañía que me subleva menos.

Han llegado a interrogarme, con risas, sobre gestos y cosas que no me atrevo a nombrar ni siquiera en pensamiento. No he comprendido todo, he balbuceado, he retirado mis manos de las suyas insistentes. Acabaron por dejarme, a pesar de que Claudine murmuraba, con los ojos en los míos, pálidos, que dejan penetrar demasiado la voluntad ajena: «¡Esta Annie es atractiva como una jovencita!». Se ha ido la primera, llevándose a su gata blanca con collar de cuero verde y bostezándonos en la cara: «Hace mucho rato que no veo a mi grandullón, ¡el tiempo se me hace largo!».

Maugis se pega más y más. Inciensa a Marthe con sus galanterías, que ascienden hacia ella con humo de whisky. Estas citas en el concierto de las cinco me están crispando. Encontramos a Calliope, a cuyo alrededor los hombres tienen miradas de jauría, y a Renaud-Claudine, enamorados e irritantes. ¡Que sí, irritantes! Esa manera de sonreírse con los ojos, de sentarse rodilla con rodilla, como recién casados. Y, con todo, he visto yo unos casados de quince días que no llamaban la atención.

… Dos recién casados que cenaban a una mesita de restaurante, pelirrojo él, ella demasiado morena, sin que sus rostros tradujesen nunca el deseo, sus manos, las caricias, ni sus pies se juntaran bajo el mantel que caía. Ella entornaba con frecuencia sus párpados sobre unos ojos transparentes, «color de flor de achicoria silvestre», dejaba y tomaba el tenedor, enfriaba su mano ardiente en el flanco perlado de la garrafa, como una febril acostumbrada a la fiebre. Él comía con apetito sano, como sus dientes, y hablaba con voz de mando: «Annie, está equivocada; la carne está a punto». ¡Ciego! ¡Indiferente! No veía ni la dulce fiebre ni las pestañas demasiado tupidas que velaban los ojos azules. No adivinaba qué angustia era la mía y cómo anhelaba, temiéndola, la hora aún no llegada en que mi placer sabría responder al suyo. Qué doloroso es escribir esto. Atemorizada, sumisa, me doblegaba a su caricia simple y vigorosa, que me abandonaba demasiado pronto, en el instante en que, rígida, con la garganta llena de lágrimas, al borde mismo de la muerte, clamaba y esperaba no sé qué.

Ahora lo sé. El aburrimiento y la soledad, una tarde de jaqueca atroz y de éter han hecho de mí una pecadora llena de remordimientos. Pecado que siempre amenaza, contra el que lucho desesperadamente. Desde que redacto este diario me veo aparecer cada día un poco más clara, como un retrato oscurecido que una mano diestra limpia. ¿Cómo Alain, que se interesaba tan poco por mis miserias morales, adivinó lo que pasó entre mí y… Annie? Lo ignoro… Quizá lo iluminaron aquel día unos celos de animal traicionado. Dominada por su mirada dura, a través de un espanto que me aturdía, le oí hablar: de «niña viciosa», de «ropas de dormir que se atan a los tobillos», de «castigo lacerante»… mientras deseaba morir. Después, nada. Pareció olvidar aquel instante de pesadilla, redobló su solicitud totalmente material; yo humillé aún mi silencio y creí amarlo aún más, por su severidad y por su perdón.

¿De dónde me ha venido la luz? ¿De su ausencia? ¿Unas leguas de tierra y agua entre él y yo han obrado el milagro? ¿O he bebido el filtro que devolvió la memoria a Sigfrido? Empero, el filtro tardío le devolvió también el amor y a mí, ¡ay…! ¿Adónde me asiré? A mi alrededor todos corren y luchan por el objeto de su vida. Marthe y Léon. Él se desvive por las ediciones de muchos ejemplares, ella por el lujo. Claudine ama. Calliope se deja amar. Maugis se emborracha. Alain llena su vida con mil vanidades exigentes, respetabilidad, existencia brillante y correcta, cuidado de vivir en una casa bien llevada, de espulgar su libro de direcciones como un certificado de empleado doméstico, de amaestrar a su mujer, que lleva con una rienda demasiado corta, como su media sangre inglesa. Van, y vienen y actúan. Y yo me quedo con las manos vacías y colgantes.

Marthe irrumpe en medio de este acceso sombrío. Ella misma parece menos alegre o menos valiente, y su boca, móvil y encendida, ríe con un pliegue triste. Pero ¡quizá sea yo quien lo veo todo amargo!

Se sienta sin mirarme, coloca los pliegues de una falda de encaje que acompaña una casaca estilo Luis XVI de pequín blanco. Unas plumas blancas se estremecen en su sombrero blanco. No me gusta demasiado su traje excesivamente suntuoso, demasiado «misa de boda». Prefiero el mío, de velo marfil con jaretones por todas partes, en el redondo canesú, en el volante de la falda, en las mangas que se abren luego como alas.

—¿Vienes? —pregunta Marthe con voz seca.

—¿Adónde?

—¡Oh, ese aire de caer siempre de la luna! ¡Al concierto, son las cinco!

—Es que…

Su gesto interrumpe, tajante:

—No, por favor. Ya lo has dicho. El sombrero y ¡andando!

De costumbre, hubiera obedecido, casi inconscientemente, pero hoy es un día turbio que me cambia.

—No, Marthe. Te aseguro que me duele la cabeza.

Encoge los hombros.

—Lo sé. El aire te hará bien. Vamos.

Sigo diciendo, suavemente, que no. Se muerde los labios y frunce sus rojas cejas perfiladas con lápiz castaño.

—¡Vamos! ¡Anda! ¡Necesito que vengas!

—¿Necesitas?

—Sí, necesito. No quiero quedarme a solas… con Maugis.

—¿Con Maugis? Es broma. Allí estarán Claudine, Renaud y Calliope.

Marthe se agita, palidece un poco, le tiemblan las manos.

—Por favor, Annie, no me hagas enfadar.

Desconcertada, desafiante, me quedo sentada. No me mira y habla con la vista fija en la ventana:

—Necesito… necesito mucho que vengas porque… porque Léon tiene celos.

Miente. Siento que está mintiendo. Lo adivina y por fin vuelve sus ojos de llama hacia mí.

—Sí, es un cuento, sí… Quiero hablar a Maugis sin testigos, te necesito para hacer creer a los demás que nos acompañas a él y a mí, un tramo del paseo, a treinta pasos, como una institutriz inglesa. Puedes llevarte un libro, una labor, lo que quieras. Eso es. ¿Te decides? ¿Me harás ese favor?

Me he ruborizado por ella, ¡con Maugis! Y ha contado conmigo para… ¡Oh, no!

Ante mi gesto da una rabiosa patadita.

—¡Estúpida! ¿Crees que me acostaré con él en una zanja del parque? Haz el favor de comprender que las cosas van mal, que el dinero está escondido, que es necesario que saque a Maugis no solo un artículo sobre la novela de Léon que aparecerá en octubre, sino dos, tres artículos, en revistas extranjeras que nos abran las puertas de Londres y Viena. Ese borrachín es más listo que un mono, y desde hace un mes nos estamos midiendo, pero pasará por donde quiero o yo… yo… —Tartamudea furiosa, el puño crispado con un salvaje rostro de tejedora disfrazada de aristócrata. Luego, con un gran esfuerzo, calma sus nervios y dice fríamente—: Esa es la situación. ¿Vienes al concierto? En París no me vería obligada a pedírtelo. Una mujer ingeniosa se las compone en París, pero aquí, en este falansterio donde el vecino de hotel cuenta las camisas sucias y los cubos de agua caliente que la criada sube por las mañanas…

—Entonces, Marthe, dime, ¿es por amor a Léon?

—¿Por amor… qué… qué?

—Sí, te sacrificas, pones buena cara a ese sujeto… por la fama de tu marido, ¿verdad?

Ríe secamente, empolvándose las encendidas mejillas.

—Su fama, si quieres… El laurel es un tocado… que sirve tanto como cualquier otro. No busques el sombrero, lo tienes en la cama.

¿Hasta dónde me llevarán? No quisiera parecerme a ninguna de ellas. Marthe, dispuesta a todo; Calliope, cínica como una mujer de harén, y Claudine, sin pudor, como animal dueño de todos los instintos, incluso de los buenos… ¡Dios mío, puesto que las juzgo tan lúcidamente, líbrame de parecerme a ellas!

Sí, he seguido a Marthe al concierto y luego al parque. Maugis iba en medio. En una alameda desierta,

Marthe me ha dicho simplemente: «Annie, se te ha soltado el cordón del zapato», decididamente, he fingido atarme un lazo de seda cuyo nudo estaba muy fuerte, y no recuperé la distancia. Caminaba detrás de ellos, la vista en el suelo, sin atreverme a mirar sus espaldas, y sin oír de sus voces más que un precipitado e ininteligible murmullo.

Cuando Marthe, emocionada y triunfante, ha venido a relevarme de mi vergonzoso acecho, he lanzado un profundo suspiro de alivio. Me ha cogido del brazo, con gentileza.

—Ya está; gracias, pequeña. Me has ayudado a solucionar muchas cosas. Pero ¡piensa en las dificultades que existían! Si hubiera citado a Maugis en el parque, en la lechería o en las mesas del café helado, un latoso, o, peor aún, una latosa, nos habría caído encima antes de cinco minutos. Era peligroso recibirlo en mi habitación.

—Entonces ¿los tendrás, Marthe?

—¿Qué?

—Los artículos de las revistas extranjeras.

—¡Ah, sí! Los tendré y todo lo que quiera. —Calla por un instante, sacude sus grandes mangas para airearse y murmura como para sí misma—: El animal tiene mucho dinero.

La miro, atónita.

—¿Rico? ¿Y eso qué puede importarte, Marthe?

—Quiero decir con eso —explica de manera precipitada— que le envidio que escriba por placer en vez de hacerse polvo como el pobre Léon, que allá abajo está sitiando a Calliope sin resultados. Esa ciudad chipriota sin amurallar se defiende sorprendentemente.

—Además, quizá el asaltante no va muy armado —me atrevo a decir con timidez.

Marthe se para en seco en medio de la alameda.

—¡Misericordia divina! ¡Annie soltando inconveniencias! Querida mía, no sabía que te hallaras tan bien documentada sobre Léon.

Se ha unido muy animada al grupo de los amigos que antes dejó, pero yo de nuevo he puesto como pretexto la jaqueca y estoy en mi cuarto, con mi Toby negro a mis pies, preocupada por mí, descontenta con todo, humillada por el feo servicio que acabo de prestar a mi cuñada.

¡Ah, cuántas cosas que Alain no sospecha!

Al pensar que ignora tanto de mí misma y de su hermana preferida, sonrío con maldad. Siento antipatía hacia este Arriège, donde en mi vida se ha hecho la luz de manera tan triste, donde la humanidad más pequeña y apretada se muestra tan próxima y caricaturesca. He agotado la diversión de ver agitarse a toda esa gente. Por la lechería matutina desfila demasiada fealdad, retocada en las mujeres, codicia bestial en los hombres, o mucha fatiga, pues se dejan ver siniestros rostros de bacarrá, tensos y verdosos, con los ojos inyectados. Esas caras pertenecen a cuerpos entumecidos de hombres sentados toda la noche en una silla, y el artritismo por sí solo no anquilosa tantas bisagras, como dice Marthe.

Ya no tengo ganas de entrar en la sala de gargarismos, ni asistir a la ducha de Marthe, ni parlotear en el vestíbulo, ni expansionarme con las *Bodas de Jeannette* con Claudine, esa desvergonzada, loca por Debussy, a quien se le ha ocurrido por sadismo ir a aplaudir frenéticamente todas las óperas cómicas más polvorientas. Que las mismas horas traigan los mismos placeres, los mismos cuidados, reúnan los mismos rostros, eso es lo que ya no puedo soportar. Mis ojos huyen constantemente por la ventana hacia la quebrada abierta al oeste del valle, rotura en la sombría cadena que nos encierra, cinta de luz donde brillan montañas lejanas veladas como un polvillo nacarino, pintadas sobre un cielo, cuyo azul desfalleciente y puro es el mismo azul de mis pupilas. Por allí me parece evadirme ahora. Por allí, adivino o imagino, ¡ay!, otra vida, que sería la mía y no la de la muñeca sin resortes a la que llaman Annie.

Mi pobre Toby, ¿qué hacer contigo? He aquí que partiremos para Bayreuth. Marthe lo ha decidido con una viveza que le ahorra toda discusión. Vamos, te llevaré; es, con todo, lo más sencillo y lo más honrado. Te he prometido tenerte conmigo y necesito tu presencia devota y muda, tu sombra corta y angulosa, cerca de mi sueño, mi tristeza, mi silencio, y te amo como a un pequeño monstruo guardián. Recobro una alegría juvenil al verte escoltarme con gravedad, con la boca distendida por una gran manzana verde que llevas preciosamente todo un día, o arañar con zarpa obstinada el dibujo de la alfombra para arrancarlo. Pues, ingenuo, vives rodeado de misterios. Misterios de las flores coloreadas en la tela de las butacas, engaño de los espejos desde donde te acecha un fantasma de dogo peludo, negro, que se parece a ti como un hermano, trampa de la mecedora que se escabulle de tus patas. No te obstinas en penetrar en lo que no puede conocerse; suspiras o rabias, o sonríes con aire confuso, y vuelves a coger la verde manzana mordisqueada.

Yo también, no hace dos meses aún decía: «Debe de ser así. El dueño sabe lo que necesito». Ahora me atormento y me huyo.

¡Me huyo! Comprende estas palabras como han de comprenderse, perrito lleno de una fe que yo he perdido. Vale más, cien veces más, desatinar en este cuaderno y escuchar a Calliope y a Claudine, que entretenerme sola, conmigo misma.

No hacemos más que hablar del viaje. Calliope me machaca los oídos y se desconsuela por nuestra partida con gran refuerzo de «Dié Todopoderoso» y *poulaki mou!*

Claudine contempla toda esa agitación con indiferencia y amabilidad. Renaud está ahí; lo demás ¡qué importa! Léon, amargado desde el fracaso que no perdona a Calliope, habla demasiado de su novela, del Bayreuth que quiere describir. «Bayreuth visto desde un ángulo especial».

—Es un tema nuevo —declara gravemente Maugis, que hace diez años que envía a tres periódicos correspondencia de Bayreuth.

—Un tema es siempre nuevo cuando se sabe rejuvenecerlo —afirma Léon, doctoral—. Bayreuth visto por una mujer enamorada a través de la hiperestesia de los sentidos que da la pasión satisfecha e ilegítima. Ríanse, ríanse… Esto puede dar un original muy bueno y veinte ediciones.

—Como mínimo… —susurra Maugis en una nube de humo—. Por de pronto, yo siempre doy la razón al marido de una mujer bonita.

La mujer bonita dormita a medias, tumbada en una mecedora. Marthe duerme siempre como los gatos.

Nos achicharramos en el parque. Son las dos, la hora sofocante y larga. El café helado se derrite en las tazas. Calliope agoniza dulcemente, gimiendo como una paloma torcaz. Gozo del tórrido sol tumbada en una butaca de paja, sin parpadear siquiera. En el colegio me llamaban la lagartija. Léon consulta su reloj con frecuencia, atento a no exceder el tiempo fijado para su recreo. El pellejo de Toby, que parece deshabitado, yace en la fina arena.

—¿Te llevas este perro? —suspira Marthe, débilmente.

—Claro, ¡es tan buen chico!

—No me gustan mucho los buenos chicos, ¡ni siquiera de viaje!

—Entonces, te irás a otro compartimiento.

Me maravillo de mí misma por haber respondido eso. El mes pasado hubiera contestado: «Entonces, me iré a otro compartimiento».

Marthe no dice nada, parece dormir. Al cabo de un instante abre completamente sus ojos vigilantes.

—¡Eh, ustedes! ¿No les parece que Annie ha cambiado?

—¡Hum! —refunfuña Maugis muy vagamente.

—¿Usted cree? —pregunta Calliope, conciliadora.

—Es posible —titubea Léon.

—Me es grato comprobar que todos opinan como yo —se chancea mi cuñada—. No les sorprenderé, pues, al comunicarles que Annie camina más deprisa, no encorva tanto los hombros, mira menos al suelo y habla casi como una persona normal. ¡Menudo cambio va a encontrar Alain!

Me levanto, molesta.

—Es tu actividad, Marthe, lo que me galvaniza. Alain no se sorprenderá tanto como piensas. Siempre me ha dicho que ejercerías una excelente influencia sobre mí. Les pido que me disculpen. Me voy a escribir.

—Y yo la sigo —dice Calliope.

Me sigue, efectivamente, sin el menor estímulo por mi parte. Pasa el brazo gordezuelo por debajo del mío.

—Annie, tengo que pedirle un favor muy grande.

¡Santo Dios, qué rostro más seductor! Brillan los ojos azules, fijos, suplicantes, entre las pestañas como puntas de espada, y la boca en arco tendido se entreabre, presta, se diría, a todas las confidencias. De Calliope hay que esperarlo todo.

—Diga, querida, sabe que si de mí depende…

Estamos en mi cuarto. Me coge las manos con una mímica exagerada de actriz italiana.

—¡Oh, sí! ¿Verdad? ¡Es usted tan pura! Eso es lo que me ha decidido… ¡*I am* perdida si me niega! Pero usted querrá interesar por mí…

Hace una bola con su pañuelo de encajes y se seca las pestañas. Están secas. No me siento muy a gusto.

Ahora, más tranquila, maneja los cien extravagantes fetiches que cuelgan de su cadena (Claudine dice que Calliope, al caminar, hace el mismo ruido que un perrito) y contempla la alfombra. Creo que murmura algo para sí misma.

—Es oración a la Luna —explica—. Annie, tráigame una ayuda. Necesito carta…

—¿Una carta?

—Sí. Una carta… *epigraphion*. Una carta bien, que dictará.

—¿Y para quién?

—Para… para un amigo del corazón.

—¡Oh!

Calliope extiende un brazo trágico.

—Prometo por juramento encima cabeza de mis padres muertos que solo ser amigo del corazón.

No contesto enseguida. Quisiera saber.

—Pero, querida mía, ¿qué necesidad tiene de mí para eso?

Se estruja las manos con el semblante muy sereno.

—¡Comprenda! Un amigo del corazón que amo, por juramento, Annie… Pero… pero no conozco mucho.

—¿Eh?

—Sí, quiere casarse… Escribir cartas que son pasionales y yo *answer*… contesto poco porque… por no saber escribir bien.

—¿Qué me está contando?

—¡La verdad por juramento! Hablo *deux*, *three*, cuatro, *five* idiomas… Lo suficiente para viajar. Pero no escribo. Francés sobre todo, tan complicado… Tan… no dar con palabra… El amigo creerme instruida, única, mujer universal, y quisiera parecer tanto como cree. Sin eso… como dicen en Francia,

asunto irse al diablo.

Sufre, enrojece, amasa su pañuelo y exhala todo su fluido. Reflexiono, muy fría.

—Oiga, querida, antes de mí, ¿con quién contaba? Porque, al fin y al cabo, es indudable que no seré la primera.

Se encoge de hombros rabiosamente.

—Un muchachito de mi país que escribía muy bien. Estaba enamorado de mí. Y yo copiaba correspondencia, pero al otro género, ¿sabe?

Esa apacible perversidad me hace reír en vez de indignarme. ¡Es más fuerte que yo, no puedo tomar a Calliope en serio, incluso en el mal! Me ha desarmado. Abro mi carpeta.

—Calliope, póngase allí, lo intentaremos. Aunque jamás sabrá usted lo extraño que me resulta escribir una carta de amor. Veamos: ¿qué tengo que decir?

—¡Todo! —exclama con pasión agradecida—. ¡Que lo amo! ¡Que está lejos! ¡Que mi vida está sin perfume, que palidezco! En fin, todo lo que se dice.

Que lo amo, que está lejos… Este tema ya lo he tratado, pero con tan poco éxito… Acodada junto a Calliope, con los ojos en su mano reluciente de sortijas, dicto como en sueños:

—«Mi amigo tan querido…».

—Demasiado frío —interrumpe Calliope—. Escribiré: «Mi alma en el mar».

—Como quiera. «Mi alma en el mar…». Calliope, así no puedo… Deme la pluma y después copiará, modificará.

Y febrilmente escribo:

«Mi alma en el mar:

»Me ha dejado como una mansión sin dueño donde aún arde una luz olvidada. La luz brillará hasta el fin y los que pasen creerán la mansión habitada, pero dentro de una hora la llama se debilitará y morirá, a menos que otra mano le devuelva el resplandor y la fuerza».

—¡Eso no! —interrumpe Calliope, inclinada sobre mi hombro—. «Otra mano» no es bueno… Escriba «la misma mano».

Pero ya no escribo nada. Con la frente en la mesa, en el hueco de mi brazo doblado, lloro bruscamente con el despecho de no poder ocultar las lágrimas. El juego ha terminado mal. La buena pequeña Calliope comprende —un poco de través— y me rodea con su brazo, con su perfume, con expresiones de sentimiento, exclamaciones desoladas.

—¡Querida! *Psychi mou!* ¡Qué mala soy! ¡No pensar que usted estaba sola! Deme, se acabó. No quiero más. Y, por otra parte, basta. Principio bueno para variaciones… Pondré *palazzo* en vez de casa, y para resto buscaré novelas francesas.

—Le pido disculpas, amiga mía. Este tiempo tormentoso me ha puesto los nervios en mal estado.

—Nervios, ¡ah! ¡Si solo hubiera nervios…! —exclama Calliope, sentenciosa, con la mirada en el techo —. Pero…

Su gesto cínico y sencillo completa la frase con tanta expresividad que a mi pesar sonrío. Ríe.

—Sí, ¿eh? *Addio*, *many thanks*, y perdone. Me llevo principio carta. Quédese con valor. —Ya fuera, abre la puerta y asoma su cabeza de diosa maliciosa—. Y hasta copiaré dos veces… Tengo otro amigo.

—«En su calidad de salinas y sulfurosas, las aguas de Arriège son indicadas para las enfermedades crónicas de la piel…».

Claudine está leyendo en voz alta el pequeño panegírico encuadernado con vistosas cubiertas que ofrece a los bañistas el establecimiento termal. Por última vez, oímos la triste orquesta que constantemente toca *fortissimo*, con un rigor melancólico y sin matices. Entre una *Sélection des Dragons de Villars* y una *Marche* de Armande de Polignac, Claudine nos inicia, sin que queramos, y no sin comentarios, en las virtudes de la fuente sulfurosa. Su dicción es pulida; su tono, docto; su calma, imperturbable.

Su gata blanca, con la correa, duerme en una silla de paja, «una silla que cuesta dos centavos, como para una persona», manifiesta Claudine, «y no una silla de hierro, pues Fanchette tiene el trasero friolero».

—¡Vamos a jugar a un juego! —exclama, inspirada.

—Desconfío un poco —dice su marido, el de los ojos tiernos.

Fuma cigarrillos egipcios perfumados, silencioso casi siempre, desprendido, como si hubiera entregado su vida entera a la que llama «su niña querida».

—¡Es un juego muy lindo! Por sus caras adivinaré las enfermedades que les están tratando aquí, y, cuando me equivoque, pagaré prenda.

—Págueme enseguida —exclama Marthe—. Yo vendo salud.

—¡Yo también! —gruñe Maugis, congestionado, con el panamá encasquetado hasta los bigotes.

—Yo también —dice Renaud, suavemente.

—Y yo, ¡caramba! —suspira Léon, pálido y cansando.

Claudine, preciosa, con una capelina blanca anudada debajo de la barbilla con tiras de tul blanco, amenaza con un dedito afilado:

—¡Vamos, anda! ¡Ahora resultará que todos han venido aquí por gusto, como yo! —Coge el librito y reparte diagnósticos como otros tantos ramilletes—: Marthe, usted: «Acné y eczema». A usted, Renaud, la… Veamos. ¡Ah!, «forunculosis». Lindo, ¿verdad? Se diría un nombre de flor. En Annie adivino la «erisipela de brote intermitente», y en Léon, «anemia escrofulosa».

—En nombre suyo, muy pocas gracias —la interrumpe Renaud, que ve que mi cuñado sonríe forzadamente.

—Y en Maugis, en Maugis, ¡cáscaras, no queda nada! ¡Ah, sí! Ya lo tengo. En Maugis, digo yo, «herpes crónico de las partes genitales».

¡Una explosión de risa! Marthe muestra todos sus dientes y se ríe descaradamente de Maugis, que está furioso, que levanta el panamá para increpar a la incorrecta mujercita. Renaud intenta sin la menor convicción imponer silencio, pues un honesto grupo sentado detrás de nosotros ha huido estrepitosamente, escandalizado de las palabras de Claudine, y ha hecho caer las sillas.

—¡No hagan caso! —exclama Claudine—. Esos que se largan… —dice cogiendo el folleto— no son más que unos envidiosos con enfermedades de tres al cuarto: «Metritis crónicas». Unos íntimos «catarros de oído» o «leucorreas de un chavo».

—Y usted, pequeño veneno —estalla Maugis—, ¿qué recontracuernos ha venido a hacer aquí, como no sea a jorobar a la gente tranquila?

—¡Chist! —Claudine se inclina hacia él con aire misterioso e imponente—. No se lo vaya a contar a nadie: ¡he venido a curar a Fanchette, que padece la misma enfermedad que usted!

Bayreuth. La lluvia, la lluvia… El cielo se deshace en lluvia, y el cielo, aquí, es carbón. Si me apoyo en el borde de la ventana, manos y codos quedan manchados de negro. El mismo polvillo negro, impalpable, nieva invisiblemente sobre mi traje de sarga blanca, y, si acaricio mi mejilla con el dorso de la mano, aplasto, en regueros, un carbón tenue y pegajoso. En el volante de mi falda, se han secado en forma de lunitas grises unas gotas de lluvia. Léonie cepilla largamente mis ropas y las de Marthe con aire alegre de gendarme sentimental. Proclama que esto le recuerda su tierra natal, Saint-Étienne.

El cielo amarillea hacia el oeste. Quizá cesará la lluvia y veré Bayreuth de otra manera que a través de este velo fino y sin pliegues; de otra forma también que a través del cristal turbio de mis lágrimas.

Pues en cuanto llegué me deshice en agua, como las nubes, y con un poco de rubor voy a escribir el pueril motivo de tal crisis de desolación.

En Schnabelweide, donde abandonamos la línea de Núremberg a Carlsbad, el tren, apresurado y distraído, más de lo acostumbrado en Alemania, se llevó mi neceser rumbo a Austria, de suerte que tras quince horas de viaje, y pegajosa de carbón alemán, que huele a azúcar y a yodoformo, me encontré sin una esponja, sin un pañuelo de recambio, sin un peine, sin todo eso de lo que no puedo prescindir. Este golpe me desmoralizó, y, mientras Léon y Maugis corrían a «Información», me puse a llorar, de pie en el andén de la estación, a llorar con lagrimones que formaban bolitas en el polvo.

—¡Esta Annie! —murmuraba Claudine, filosóficamente—, ¡qué temperamento más pantanoso tiene!

Y así fue como mi llegada a la «ciudad santa» resultó lastimosa y ridícula. El esnobismo de Marthe se extasió en vano ante las tarjetas postales, los cálices de cristal rojo, los cromos, las maderas talladas, los salvamanteles, las jarras de cerveza, todo a imagen del dios Wagner. La misma Claudine, despeinada y con el canotier en la oreja, me arrancó apenas una sonrisa cuando, en la plaza de la estación, enarboló bajo mi nariz una salchicha humeante que sostenía en la mano.

—¡He comprado esto! —gritó—. El que las vende es una especie de cartero. ¡Sí, Renaud, un cartero! Tiene salchichas calientes en su cartera de cuero hervido y las pesca con un espetón como una serpiente. Marthe, ¡no pongas morritos! ¡Es delicioso! Le mandaré algunas a Mélie, le diré que se llama «Wagnerwurst».

Se fue saltando, tirando a su dulce marido hacia una *conditorei* pintada de color lila, para comer crema batida con su salchicha…

Gracias al celo de Léon, espoleado por Marthe, gracias al poliglotismo de Maugis, que habla tantos dialectos alemanes como tribus hay de Israel, y que domó, con una frase perfectamente ininteligible para mí, la sonriente apatía de los empleados, recuperé mis maletas en el mismo momento en que Claudine, conmovida por mi despojo, me mandaba una de sus camisitas de linón, tan corta como para ruborizarse, y un pantaloncito de seda japonesa, sembrado de lunas amarillas con estas líneas: «Tome esto, Annie, aunque solo sea para secarse las lágrimas, y no olvide que soy de un estilo como el de san Martín». Y a saber si san Martín habría dado su pantalón.

Espero, sin prisa, la hora del almuerzo, el final de la lluvia. Un poco de azul boga entre dos negras nubes y desaparece. Mi ventana da a la Opernstrasse, encima de una acera de tablas que oculta un agua fétida. La escalera huele a col. Mi extraña cama-ataúd se mete durante el día debajo de una tapa de tejido rameado. La sábana de encima se abotona en el edredón, y el colchón está hecho en tres trozos, como las otomanas de la época. No, decididamente no; no siento en absoluto la fiebre sagrada. Envidio a Marthe, que desde la llegada a la estación bullía con un entusiasmo convencional y que aspiraba ya lo

que su marido llama con estilo pomposo: «El fervor de todos los pueblos venidos a adorar al hombre que fue más grande que un hombre». Oigo, detrás del tabique, a la neófita que se debate rabiosamente entre las maletas, cómo vacía de un golpe los pequeños cubos de agua caliente. La voz de Léon llega como un zumbido. El mutismo de Marthe no me parece de buen agüero. Y solo a medias me sorprende cuando exclama en un tono tan agudo, tan poco propio de María Antonieta:

—¡Recontra! ¡Qué porquería de pueblucho!

Una sola dulzura me calma, me inmoviliza frente a la ventana, ante la mesita de caoba que cojea: la de sentirme muy lejos, fuera de alcance. ¿Cuánto tiempo hace que Alain se ha ido? ¿Un mes, un año? No sé. Busco en mí su imagen retrospectiva. A veces aguzo el oído como ante el rumor de sus pasos. ¿Lo espero o lo temo? Con frecuencia me vuelvo bruscamente con la impresión de que está aquí, que va a posar su mano robusta en mi hombro, y mi hombro cede para recibirla. Esto es breve como un aviso. De sobra sé que si regresara sería de nuevo mi dueño, y mi cuello suavemente se inclina bajo el yugo aún reciente, como mi dedo conserva el anillo que Alain puso en él el día de nuestra boda, el anillo que lastima, un poco estrecho.

¡Qué apagados estamos los tres en esta Restauración para gente en viaje de placer! Ya sé que la novedad del lugar, la escasa iluminación de gas jadeante, el viento frío bajo el toldo mal ajustado no me incitan personalmente a la alegría, pero Marthe y su marido tienen la misma expresión extraviada y confusa. Marthe mira su pollo con compota de peras y mordisquea el pan. Léon toma notas, ¿sobre quién? El lugar es más bien vulgar. Este restaurante Baierlein, que goza del favor público a causa de una terraza en ángulo resguardada por una tienda de campaña a rayas, me parece muy semejante al de Arriège, sin las compotas. Quizá en las mesas haya más inglesas y más jarritas marrones de agua de Seltz. ¡Cuántas inglesas! ¡Y que me hablen de su famosa reserva! Llegan, me dice Léon, de *Parsifal*. Con las mejillas rojas, el sombrero mal colocado, unos admirables cabellos peinados de cualquier manera, gritan, lloran sus recuerdos, alzan los brazos, comen sin parar. Las contemplo, yo, que no tengo hambre, yo, que no lloro, yo, que hundo las manos frioleras en mis mangas anchas, con la esperanza desganada del borracho: «¿Me pondré así el domingo?». A decir verdad, me lo deseo.

Marthe, silenciosa, mira con sus insolentes ojos a los comensales. Debe de parecerle que faltan sombreros. Mi cuñado sigue tomando notas. ¡Tantas notas! Le miran. También lo miro yo. ¡Qué aspecto tan francés tiene!

Con un sastre inglés, un zapatero sueco y un sombrerero americano, este hombre tímido logra el tipo francés con toda su incolora corrección. La menuda suavidad de los ademanes demasiado frecuentes, la justa proporción de las facciones en un rostro regular y desprovisto de carácter, ¿basta eso para delatar en él al tipo francés, sin grandes cualidades ni grandes defectos?

Marthe me saca de mi meditación etnológica.

—¡Por favor, no habléis todos a la vez! ¡Uf, qué tostón! ¿No hay otro antro más animado?

—Sí —dice Léon, que consulta su Baedeker—. El restaurante Berlín. Más elegante, más francés, aunque de menos color local.

—Tanto peor para el color local. Vengo por Wagner y no por Bayreuth.

—Pagaremos diez marcos por una tortilla de queso.

—¿Y qué? Maugis está aquí para… para una cuenta o dos.

Me decido a intervenir:

—Pero, Marthe, a mí me molesta hacerme invitar por Maugis.

—Pues bien, querida mía, mientras tanto tú irás al Duval.

Léon, fastidiado, deja el lápiz.

—¡Vamos, Marthe, qué cortante es usted! Lo primero, no hay *bouillon* Duval.

Marthe, muy nerviosa, estalla en una risa agria.

—¡Oh, este Léon! No hay nadie como él para saber salir del paso. Vamos, Annie, no te hagas la mártir. Este pollo con peras es lo que me ha sacado de mis casillas. ¿Venís los dos? Estoy muerta. Me voy.

Recoge con gesto desabrido su falda, que se arrastra y oscila y, barriendo la terraza con una mirada de desdén, dice:

—Da lo mismo, cuando en París haya un pequeño Bayreuth será mucho más elegante, hijos míos, y más concurrido.

De lo que ha sido esta primera noche vale más no hablar. Acurrucada en medio del duro colchón, erizada al contacto de las sábanas de algodón, respiraba con temor al tufo —imaginario— de col que se filtraba bajo las puertas, por las ventanas, a través de las paredes. Acabé vaporizando un frasco entero

de clavel blanco en la cama y me dispersé en un adormecimiento ilustrado por sueños voluptuosos y ridículos —todas las páginas de un libro malo, un poco caricaturesco—, una orgía en trajes Luis Felipe, Alain vestido de manquín y más atrevido que nunca. Yo, de organdí, tan sublevada como jamás soñé. Pero es que también ese pantalón cerrado hacía imposible todo consentimiento.

El azar de las localidades, adquiridas casi a última hora, me separó de Marthe y Léon. Me he congratulado sin decir nada. De pie, a la sorda luz de las lámparas redondas en forma de collar roto que rodean la sala, analizo con precaución el olor a caucho quemado y a sótano enmohecido. La fealdad gris del templo no me resulta chocante. Todo eso, y el escenario bajo y el abismo negro de donde brotaba la música, descrito en exceso, apenas si me parece nuevo. Espero. Afuera suena la segunda charanga (me parece que es la llamada de Donner); unas extranjeras se quitan la aguja del sombrero, con ademán despreocupado y familiar. Las imito. Como ellas, miro vagamente la Fürstenloge donde desfilan sombras negras, donde se inclinan grandes frentes calvas. Esto no tiene interés. Hay que aguardar un poco a que la última puerta acolchada se abra por última vez, bajando una pequeña persiana de día azul, que la última vieja lady tosa una vez más, que, en fin, el mi bemol ascienda del abismo y ruja como bestia oculta…

—Evidentemente, es muy hermoso —decreta Marthe—, pero le faltan entreactos.

Todavía estremecida, oculto mi emoción como un deseo sensual. Así que me limito a contestar que no me ha parecido muy largo. Sin embargo, mi cuñada, que ha estrenado en vano un traje anaranjado, de idéntico matiz que sus cabellos, tiene en poco aprecio ese prólogo de espectáculo maravilloso.

—Aquí, querida mía, los entreactos forman parte del teatro. Es cosa digna de verse; pregúntaselo a los habituales. Se come, se ve gente, se cambian impresiones. El vistazo es casi único, ¿verdad, Maugis?

El grosero personaje encoge sus pesados hombros.

—«Único» es la palabra que buscaba. No importa que tengan la frescura de servir aquí, en vez de cerveza rubia, ese jo… aguachirle cáustico. ¡Venir a Bayreuth para beber eso! ¡Vamos, es para subirse por las paredes!

Está derrumbado, desaliñado. Yo busco en vano en él la huella rehabilitadora del fanatismo. Maugis es uno de los que han descubierto a Wagner en Francia. De año en año, lo ha impuesto mediante crónicas obstinadas, donde el escepticismo descarado va, extrañamente, de la mano con un lirismo de alcohólico. Sé que Léon desprecia su vocabulario ampuloso y grosero, y que Maugis trata a Léon «de hombre de mundo». Por lo demás, se entienden de maravilla, sobre todo en estos últimos tiempos, desde hace dos meses.

Perdida entre esta sala enorme de la Restauración del teatro, me siento tan lejos… Digo más, tan… ¡separada de todo! El demonio de la música me habita todavía, llora en mí la queja de las ondinas y lucha con el ensordecedor ruido de vajilla y tenedores. Unos camareros azarados, con fracs negros favorablemente tiesos por la grasa, corren con las manos cargadas y la rosácea espuma de los *bocks* se vierte en el jugo de la carne.

—¡Como si no hubiera bastante con su *gemischtescompote*! —gruñe Marthe, llena de rencor—. Ese Loge estuvo especialmente mediocre, ¿verdad, Maugis?

—No especialmente, ¡oh, no! —responde Maugis con aires de indulgencia bufona—. Hace diecisiete años le oí en el mismo papel y me parece que hoy ha estado indiscutiblemente mejor.

Marthe no escucha. Clava los ojos, y luego los impertinentes, en el fondo de la sala.

—Sí, sí. ¡Claro que es ella!

—¡Toma, la Chessenet! Con gente que no conozco… Allá, al fondo, en la mesa junto a la pared.

Penosamente conmovida, como arrastrada hacia la vida de antes, exploro temerosa el tablero de las mesas: ese moño de un rubio pálido y rosado es el de Valentine Chessenet.

—¡Señor, qué fastidio! —suspiro, desanimada.

Marthe baja sus impertinentes para mirarme de hito en hito.

—¿Qué te importa? No temerás que aquí te repesque a tu Alain.

Respingo ligeramente.

—¿Repesque? Eso quiere decir pescar de nuevo y que yo sepa…

—No se dice «sepa», se dice «sabo» —explica Maugis, benévolo y confuso.

Marthe calla, aprieta los labios y me mira de reojo. El tenedor tiembla en mis manos. Léon muerde su lápiz de oro, mira alrededor con ojos de reportero. Siento un deseo brusco, violento, el deseo de coger a ese blandengue por la nuca y golpear contra la mesa su bonita cara sin energía. Luego mi sangre agitada se aplaca y me sorprendo por tal ridículo transporte. Me parece que la música no me sienta nada bien…

La presencia de esta Chessenet me ha llevado hacia Alain, a quien veo —por el instante de un relámpago— sin vida, dormido y blanco como un cadáver.

¡La amante de mi marido! ¡Y si hubiera sido la amante de mi marido…! Hace dos horas que me repito esto sin conseguir una imagen bien precisa. No puedo evocar el recuerdo de madame Chessenet más que en traje de noche o de concierto elegante, tocada con uno de esos sombreritos con que intenta crearse un estilo muy suyo. ¡El estilo Chessenet! De todas formas, si ha sido amante de… Tuvo que dejar caer su traje estrecho, quitarse delicadamente su sombrero demasiado pequeño… Pero mi fatigada cabeza no inventa más allá. Y, además, no imagino tampoco a Alain haciendo, como suele decirse, la corte a una mujer. A mí nunca me hizo la corte, nunca fue suplicante, apremiante, inquieto, celoso. Me dio… una jaula. Esto me bastó durante tanto tiempo…

¡Su amante! ¿Cómo es que esta idea no me inspira un rencor más desolado contra mi marido? ¿Es que ya no lo amo en absoluto?

No puedo más, estoy cansada. Dejemos todo eso. Piensa, Annie, que ahora estás sola y libre, aún durante semanas. ¡Libre! Palabra singular. Hay pájaros que porque salen fuera de la jaula se creen libres, pero tienen las alas rotas.

—Cómo, ¿aún en la cama?

Entro, ya lista, en la habitación de Marthe para pedirle que visitemos un poco Bayreuth por la mañana. La encuentro todavía en la cama, regordeta y blanca entre sus rojos cabellos. Al verme entrar, mete debajo de las sábanas, con un brusco salto de carpa, sus redondas caderas. Bosteza, se despereza. Se acuesta con todas sus sortijas. Me echa una rápida mirada bajo sus cejas fruncidas.

—¡Hueles a calle! ¿Adónde vas?

—A ninguna parte. Solo quería pasear. ¿Te encuentras mal?

—He dormido mal. Tengo jaqueca, desgana…

—Tanto peor para mí. Me iré sola.

Salgo tras un apretón de manos al pobre Léon, que no ha abandonado la mesita de caoba —tan fea como la mía— donde antes del almuerzo despacha sus sesenta líneas.

¡En la calle, completamente sola! No me atrevería a comprar nada. Hablo demasiado mal el alemán. Miraré. He aquí una tienda *modern style* que es todo un mundo, o un mundo wagneriano. Las hijas del Rin se han enlazado para ser fotografiadas, hombro con hombro: tres horribles comadres, una de ellas bizca, tocadas con flores, como mi cocinera luxemburguesa en su día de salida. En el borde del marco pirograbado reptan algas, ¿no son lombrices? Todo: diez marcos. Está regalado.

¿Por qué tantos retratos de Sigfrido Wagner? ¿Y solo él? Los demás hijos del «difunto de Cosima», como le llama Maugis, son, no obstante, menos feos que este muchacho de nariz caricaturesca y bonachona. El hecho de que Sigfrido dirija la orquesta e incluso que la dirija bastante mal no constituye excusa suficiente. Persiste el olor a col. Estas calles no tienen ningún encanto, y en lo alto de la Opernstrasse vacilo entre dirigirme a la derecha o a la izquierda…

Ese niño perdido que su madre abandona
halla siempre un asilo en el lugar sagrado,

canturrea detrás de mí una voz de pájaro desvergonzado.

—¡Claudine! Sí, no sé adónde ir. Tengo tan poca costumbre de salir sola…

—No como yo. A los doce años trotaba como un conejito, al que, por otra parte, me parecía por la blancura del trasero.

El… posterior ocupa, francamente, un lugar excesivo en la conversación de Claudine. Y por eso ella no me acaba de gustar.

Pienso, caminando junto a esta libre criatura, que Alain no me permitía visitar a mujeres dudosas, ¡ni siquiera dudosas!, como esa Chessenet, como la Rose-Chou, que se asegura de antemano que sus amantes sean de buena familia, y me prohibía a esta Claudine, que es encantadora, que adora a su marido y no lo oculta. ¿No tenía que perder más junto a aquellas que al lado de esta?

—Claudine, por cierto que me extraña encontrarla sin Renaud y sin Fanchette.

—Fanchette está durmiendo. Además, el polvillo del carbón le ennegrece las patitas. Mi Renaud trabaja en su *Revue Diplomatique*, donde clava broncas a Delcassé por el pescado podrido. Así que he salido para no molestar, tanto más cuanto que esta mañana tengo vértigo.

—¡Ah! Tiene…

—Sí, vértigo, sí. Pero ¿y usted, Annie? ¡Vaya actitudes de pequeña independiente! ¡Completamente

sola en una ciudad extranjera, sin institutriz! ¿Y su cartera y la carpeta de dibujo?

Me toma el pelo, graciosa, con su faldita acortada, su canotier de gruesa paja echado encima de la nariz, los cortos cabellos de redondas anillas, su rostro triangular y muy moreno sobre la blusita blanca de seda china. Sus hermosas pupilas, casi amarillas, la iluminan toda como hogueras en el campo.

—Marthe está descansando —contesto finalmente—. Se siente cansada.

—¿De qué? ¿De hacerse sobar por Maugis? ¡Oh, qué he dicho! —rectifica, la mano hipócritamente encima de la boca, como para contener la imprudente frase.

—¿Usted cree? ¿Cree que ella… que él hace lo que ha dicho usted?

Me ha temblado la voz. Claudine no dirá nada, ¡qué tonta soy! Se encoge ligeramente de hombros, mueve un pie.

—¡Oh, vaya! ¡Si tiene que hacer caso a todo lo que digo…! Marthe es como un montón de mujeres que conozco, le divierte que la violen un poco delante de todo el mundo. A solas, ya es otra cosa. ¡Vaya, no por eso son menos honradas!

Un razonamiento tan hermoso y que no me convence… «¡Delante de todo el mundo!» ya es demasiado.

Camino pensativa al lado de Claudine. Nos cruzamos con inglesas, con estadounidenses, con encajes y sedas, desde las diez de la mañana. A mi compañera la miran mucho; ella se da cuenta y devuelve mirada por mirada con indiferencia y aplomo. Se gira bruscamente una sola vez y me tira de la manga.

—¡Qué mujer más linda! ¿La ha visto? ¿Esa rubia con ojos de café quemado?

—No, no me he fijado.

—¡Pequeña tonta! ¿Adónde vamos?

—No iba a ninguna parte. Quería recorrer un poco la ciudad.

—¿La ciudad? No vale la pena. No es más que tarjetas postales; el resto, hoteles. Venga, conozca un bonito jardín. Nos sentaremos en el suelo.

Sin fuerza ante su turbulenta voluntad, mido mi paso con el suyo, largo y elástico. Recorremos una fea calle, pasamos por el Schwarzes Ross, luego por una gran plaza desierta, provinciana, agradable y triste, tilos y estatuas.

—¿Qué es esta plaza, Claudine?

—¿Esto? Pues no sé. La plaza de la Margrave. Cuando no estoy segura, digo siempre «de la Margrave». Venga, Annie, ya hemos llegado.

Una puertecita, en una esquina de la gran plaza, se abre a un rincón florido y bien cuidado, que pronto se amplía en parque, un parque algo descuidado que podría desembocar en un castillo fresco y dormido de una provincia de Francia.

—¿Este parque es…?

—¡El parque de la Margrave! —afirma Claudine con aplomo—. Y he aquí un banco de la Margrave, un soldado de la Margrave, una nodriza de la Margrave. Es verde, ¿verdad? Eso descansa. Parece Montigny, mucho menos bien.

Nos sentamos juntas en la piedra suavizada de un viejo banco.

—Tiene mucho cariño a su Montigny. ¿Es un lugar bonito?

Los amarillos ojos de Claudine se encienden, luego se anegan, tiende los brazos con ademán infantil.

—¿Un lugar bonito? Allí soy dichosa como una planta en el seto, como una lagartija en una pared, como… no sé. Hay días en que salgo por la mañana y no regreso hasta la noche, en que no regresamos —rectifica—. He enseñado a Renaud a conocer lo bella que es mi tierra. Él me sigue.

Su vibrante ternura por su marido me precipita, una vez más, a una melancolía muy próxima al llanto.

—Sí, la sigue siempre…

—Ahora que también lo sigo yo —dice Claudine, sorprendida—. Eso es. Nos seguimos, sin parecernos.

Inclino la cabeza, rasco la arena con la punta de mis binóculos.

—¡Cómo se aman!

—Sí —responde sencillamente—. Es como una enfermedad. —Permanece pensativa un instante, luego me mira—. ¿Y usted? —inquiere con brusquedad.

Me estremezco.

—¿Y yo… qué?

—¿No ama a su marido?

—¿A Alain? Claro que sí, naturalmente.

Retrocedo, incómoda. Claudine se acerca con ímpetu.

—¡Ah! ¿Naturalmente? Bueno, si le ama naturalmente, sé lo que esto significa. Además…

Quisiera detenerla, pero más fácil sería detener a una pequeña potra desbocada.

—Además, les he visto juntos a menudo. Él parece un bastón, y usted, un pañuelo mojado. ¡Es un torpe, un estúpido, un bruto…!

Yo me protejo con un gesto, como de un puño levantado.

—Sí, ¡un bruto! A ese pelirrojo le han dado una mujer, pero no le han enseñado cómo tratarla, eso saltaría a los ojos de un niño de siete meses. «Annie, esto no se hace, no es la costumbre». «Annie, no se hace eso otro». Yo, a la tercera vez, le hubiera dicho: «Y si te pusiera cuernos, ¿sería la costumbre?».

Estallo en risas y lágrimas a la vez, pues ha pronunciado estas palabras con una cómica furia. ¡Singular criatura! Se ha encendido al punto de quitarse el sombrero y sacudir los cortos rizos para refrescarse.

No sé cómo reaccionar. Aún tengo ganas de llorar; ya no de reír. Claudine se vuelve hacia mí con una cara severa que la asemeja a su gata.

—¡No hay de qué reír! ¡Tampoco hay de qué llorar! ¡Usted es una idiota, un bonito trapo, un jirón de seda, y, puesto que no ama en absoluto a su marido, no tiene excusa!

—¿No amo a mi…?

—No. ¡Usted no quiere a nadie —dice, y su expresión se muda, se hace más seria—, pues no tiene un amante! Un amor, incluso prohibido, la hubiera hecho florecer, rama flexible y sin añadir flores, la hubiera abrasado, gracioso sarmiento de invierno cuya savia duerme aún en la tierra. ¡Su marido…! Si lo hubiera amado, en el bello sentido de la palabra, ¡amado como yo amo! —exclama con sus finas manos en el pecho, con extraordinario vigor y orgullo—, le hubiera seguido por mar y tierra, bajo los golpes y las caricias, lo hubiera seguido como su sombra y como su alma. Cuando se ama de cierta forma —prosigue bajando la voz—, incluso las traiciones carecen de importancia.

Escucho, inclinada hacia ella, hacia su voz reveladora de pequeña profeta, escucho con apasionada desolación, con mis ojos clavados fijamente en los suyos, que miran a lo lejos. Se calma y sonríe como si ahora me viera por primera vez.

—Annie, en los campos de mi tierra hay una frágil gramínea que se parece a usted, de tallo fino, con una pesada cabellera de granos que la dobla. Tiene un bonito nombre que cuando la recuerdo le doy a usted: «Mélica inclinada». Bajo el viento tiembla, tiene miedo, solo se yergue cuando sus granos están vacíos. —Su brazo afectuoso rodea mi cuello—. «Mélica inclinada», ¡qué encantadora es y qué lástima! Desde… desde hace tiempo no he visto a una mujer que se pueda comparar con usted. Míreme, flores de achicoria, ojos más sombreados de pestañas que una fuente entre unas hierbas, Annie, que huele a rosa…

Quebrantada por la tristeza, blanda de ternura, apoyo mi cabeza en su hombro, alzo hacia ella mis pestañas aún mojadas. Ella inclina su rostro y me deslumbra con sus ojos leonados, tan dominadores que de súbito cierro los míos abrumada.

Pero el brazo afectuoso se hurta, me deja tambaleándome. Claudine se ha puesto de pie. Se estira como arco y se frota las sienes con una mano ruda.

—¡Demasiado fuerte! —murmura—. Un poco más… Y yo que le prometí a Renaud…
—¿Prometido qué? —le pregunto aún turbada.
Claudine se ríe en mis narices, con una expresión divertida, mostrando sus cortos dientes.
—Eh… Estar de regreso a las once, pequeña. Dese prisa, llegaremos casi a tiempo.

El primer acto de *Parsifal*, que acaba de terminar, nos devuelve a la decepcionante luz del día. Durante las tres jornadas que han seguido a *El oro del Rin*, esos largos entreactos, que son la alegría de Marthe y Léon, han cortado siempre de la forma más inoportuna y ofensiva mi ilusión o mi embriaguez. Abandonar a Brunilda desolada y amenazadora para encontrar a mi cuñada emperejilada, la minuciosidad de Léon, la sed inextinguible de Maugis, la nuca descolorida de Valentine Chessenet y los «¡Ah!», y los «Colosal» y los «Sublime», y el montón de exclamaciones políglotas por tantos fanáticos sin tino… ¡No, no!

—Quisiera un teatro para mí sola —le confieso a Maugis.

—Sí —responde, sacando por un instante la paja de su ardiente grog—. Vale más oír eso que no tener piernas. Usted es un tipo del estilo de Luis de Baviera. Piense adónde le llevó su malsana fantasía. Murió tras haber construido residencias de un estilo que solo pueden tener nombre en la pastelería más provinciana. Medite sobre el triste resultado de las malas costumbres solitarias.

Me estremezco. Dejo al alcohólico y, rechazando el helado de limón demasiado grande, que me ofrece Claudine, voy a recostarme contra un pilar del peristilo, frente al sol que se pone. Las rápidas nubes se apresuran al este y su sombra enseguida se vuelve fría. Las oscuras humaredas de las fábricas se repliegan, pesadas, encima de Bayreuth, hasta que un viento más vigoroso se las bebe de un golpe.

Un grupo de francesas, con rectos corsés que aplastan las caderas, faldas muy largas echadas hacia detrás y delante lisas, hablan alto y con voces agudas, el ánimo muy libre y lejos de la música soberana, con esa fría agitación que por un minuto las hace encantadoras y al cabo de un cuarto de hora sencillamente irritantes. Son unas bonitas criaturas. Hasta sin oírlas se adivinaría que son de una raza débil y nerviosa, despectivas, sin voluntad duradera, tan distintas, por ejemplo, de esa inglesa pelirroja y tranquila, a la que desmenuzan de arriba abajo y que las ignora, sentada en un peldaño de la escalinata, exhibiendo sus grandes pies mal calzados con púdica tranquilidad. Me miran, a su vez, y cuchichean.

La más informada explica: «Me parece que es una joven viuda que asiste a cada festival, viene por uno de los tenores». Sonrío ante esa imaginación ágil y calumniadora y me dirijo hacia Marthe, que, animada, blanca y malva, apoyada en una alta sombrilla, se exhibe con su gracia más propia del Trianón, reconoce a unos parisienses, lanza saludos… ¡Y siempre ese odioso Maugis rozando sus faldas! Prefiero retroceder hasta Claudine.

Pero Claudine parlotea de firme —con un enorme pastel relleno de crema entre sus dedos desnudos— con una extraña criaturita. Esa cara morena, egipcia, donde boca y ojos parecen trazados con dos pinceladas paralelas, enmarcada por juguetones y redondos rizos como los de una niña de 1828. Pero ¡si es la señorita Polaire! ¡Qué cosa…! ¡Polaire en Bayreuth…! Esto pasa de lo verosímil.

Flexibles, cimbreantes, casi en la frente, en la raya, un sencillo lacito de cinta, blanco el de Polaire, negro el de Claudine; la gente que las mira ávidamente declara que son idénticas. A mí no me lo parece. Los cabellos de Claudine se ensortijan menos juiciosos, más varoniles; sus miradas no evocan el Oriente como los ojos de la Polaire —esas admirables pupilas de campesina egipcia—, sus ojos tienen más sombras, más recelos y más servidumbre. No importa, se parecen, de todos modos. Renaud, al pasar detrás de ellas, acaricia con una ternura divertida, deprisa, las dos cortas melenas; luego se echa a reír ante mi mirada llena de estupefacción.

—Pues sí, Annie, es Polaire, nuestra pequeña Lily.

—Su Tiger Lily —completa Maugis, que ganguea y mima su *cake walk* con extravagantes contoneos de *minstrel* de los que me avergüenza reírme:

Atrae a los negros como un montón de moscas.
Es mi más dulce amor, mi niña Tiger Lily.

¡Pues sí que me he quedado bien enterada!

Me he acercado, sin darme cuenta, a las dos amigas, llena de curiosidad. Claudine me ha visto y me llama con un ademán imperativo. Y, muy avergonzada de mí misma, me hallo frente a esta pequeña actriz que apenas me mira, muy ocupada en pararse en un pie, en echar hacia atrás sus oscuros cabellos castaños con reflejos leonados, en explicar febrilmente no sé qué, con voz profunda, cautivadora y seca.

—Comprenderá usted, Claudine, que si quiero hacer teatro serio he de conocer todo el teatro serio que ha existido antes de mí. Así que he venido a Bayreuth para instruirme.

—Es su deber —aprueba firmemente Claudine, cuyos ojos castaños expresan enorme júbilo.

—Me han alojado al final de la ciudad, en el quinto infierno. Allá abajo, en la Cabane Bambou.

¡Qué nombre más singular para un hotel! Claudine se percata de mi extrañeza y con bondad angélica me informa:

—Es el bambú de la Margrave.

—No importa —prosigue Polaire—, no lamento el viaje. Pero ¿sabe?, la casa de la señora Marchand estaba mejor montada y, además, este Wagner no tiene nada para quedarse pasmado. En cuanto a la música… ¡Bueno, pues me importa tres pepinos y medio! ¡Es una especie de musiquita militar!

—Como dice Annie —afirma convencida Claudine, mirándome.

—¡Ah! ¿La señora opina lo mismo? Encantada de conocerla. ¿Qué decía? ¡Ah, sí! Ya son dos las veces que he venido a ver *Parsifal* para convencerme de que hay cochinos por todas partes. ¿Se ha fijado en Kundry con la banda rodeándole la frente, las flores, el velo colgante? Pues bien, es justito el tocado que Landolf me inventó para el Wintergarten de Berlín el año en que me desgañité cantando el *petit Cohn*.

Polaire triunfa y descansa un instante, vacilando sobre sus altos tacones, sobre su anormal cintura que un cuello postizo podría ceñir.

—Debería presentar una reclamación —aconseja Claudine, calurosamente.

Polaire se estremece como un cervatillo y continúa:

—¡Jamás, eso está por debajo de mí! —Sus herrumbrosos ojos se oscurecen—. Yo no soy una mujer como las otras. Y después, ¿qué? ¿Reclamar a los *boches*? Nada de eso. ¿Y el follón que se iba a organizar? Además, sería el cuento de nunca acabar. ¡Hasta en su *Parsifal*! Fíjese en el tercer acto, cuando el gordinflón se remoja en el agua y le riega el tío peludo. Pues bien, la actitud del tío ese, manos juntas, cuerpo de medio perfil, es mi gesto de la *Chanson des Birbes*; me lo ha soplado. ¡Ah, no puede imaginar lo que sufro! ¡Y, Claudine, todas las ballenas están rotas en el lado derecho de mi corsé…!

Estudio su seductor rostro, de movilidad cinematográfica, que expresa a la vez exaltación, indignación, negra ferocidad, melancolía enigmática, sombras que una risa brusca y entrecortada desvanece, mientras Polaire levanta su aguda barbilla como perro ladrando a la luna. Luego nos deja plantadas, tras una breve e infantil despedida de niñita bien educada.

Por un momento sigo con la vista su paso vivo, su destreza en deslizarse entre los grupos con un ágil golpe de caderas, bruscos movimientos que me hacen pensar en su sintaxis, inclinación de animal amaestrado caminando sobre las patas traseras.

—¡Talla cuarenta y dos! —murmura Claudine—. Es un número de zapato, no de cinturón.

—Claudine.

—¿Hija mía?

—Se parece a usted, ¿verdad?

—¡Más de lo que usted cree!

—¿Cómo?

—Pues sí. Desde que la he visto en el teatro, me siento reflejada en ella; sus risas nerviosas, sus pies

bailarines, su insolencia escolar son las de Claudine en Montigny, y yo envidio en ella mi infancia ya lejana.

—¿Lejana? ¡Oh, Claudine!

Ella no escucha mi protesta sincera, habla para sí misma, sin pensar ya en mí.

—Fue así como salté a la cara maquillada de mi primo Marcel… Esa mirada de Polaire, alzada y absorbente, ¿no era la que yo tuve para mi querido e indulgente marido? ¿No me ofrecí yo así, muñeca pequeñita rígida de amor, con los brazos abiertos, a un Renaud que no quería tomarme? Pues bien, ¡heme aquí totalmente aturdida, palabra de honor! ¿Qué me preguntaba, bonita?

—Le preguntaba… si no le importa hablar con la señorita Polaire en público.

—No, ¿por qué?

—Porque… le digo esto como verdadera amiga… sé que sus relaciones con ella han dado pie a algunos cotilleos este invierno.

—¡Algunos cotilleos! ¡Es usted moderada, Annie! ¡Qué quiere que haga, pobre criatura mía, esas señoras tienen razón! Polaire no conoce los usos y las costumbres del mundo. ¡Nunca tiene más de un amante a la vez!

—¡Annie! ¡Annie, te estoy hablando!

—Sí, sí, ya te oigo —respondo, sobresaltada.

—¿De qué hablabas?

Me turbo ante la mirada inquisidora de mi cuñada y vuelvo la cabeza.

—No sé, Marthe.

Se encoge de hombros, que aparecen casi visibles en tono rosa bajo una blusa de encaje blanco con sisas bajas. Es una blusa de una indecencia loca, pero, como es cerrada, Marthe se exhibe así por la calle, muy a sus anchas, tranquila bajo las miradas masculinas. Me hace sentir incómoda.

Armada de un vaporizador, perfuma en exceso su cabellera de un rojo rosado. ¡Hermosos cabellos, vivos e indómitos como ella misma!

—Basta, Marthe, basta. ¡Hueles demasiado bien!

—¡Nunca es demasiado! Yo, la verdad, siempre tengo miedo de que me digan que huelo a pelirroja… Ahora que has bajado de tu nube, empezaré de nuevo. Cenamos esta noche en Berlín, en el restaurante de Berlín, tontísima. Maugis invita.

—¡Una vez más!

Se me han escapado las palabras sin querer, pero no sin que Marthe las cruzara con una mirada más afilada que una cornada. Más brava que yo, toma la ofensiva:

—¿Qué es eso de una vez más? Cualquiera diría que vivimos a expensas de Maugis. Ahora le toca a él. Nosotros lo invitamos anteayer.

—Y anoche ¿qué?

—¿Anoche? Eso fue otra cosa. Quería enseñamos Sammet, un figón histórico. Por otra parte, en ese antro no había nada comestible: carne dura, pescado blanducho. Bien nos debe un desquite.

—A vosotros, quizá; a mí, no.

—Es un hombre bien educado. No nos separa.

—Bien educado… Me gustaría más que esta vez fuera tan educado… como los demás días.

Marthe se peina la nuca con furiosos golpecitos de alisador.

—¡Delicioso! ¡Una ironía excelente! Decididamente, te estás formando. ¿Se debe a la compañía de Claudine?

Ha acentuado la frase con tal acidez que me estremezco como si me hubiera rozado con la punta de las uñas.

—Tengo menos que perder tratando con Claudine que tú viendo a Maugis.

Se vuelve hacia mí, su moño como un casco, la peina de torcidas llamas.

—¿Consejos? ¡Vaya frescura! ¡Sí, vaya frescura por meterte a guiarme, por meter las narices en mis cosas! ¡Para eso tengo un marido! ¿Sabes? Y me sorprende que te atrevas a encontrar mal lo que Léon acepta como perfectamente correcto.

—Marthe, por favor.

—¡Basta, eh! ¡Y que no se repita! En el fondo, el señor Maugis es un amigo muy leal.

—Marthe, por favor, no continúes. Si quieres, insúltame; pero no me pongas al señor Maugis como amigo perfectamente leal y correcto y a Léon como marido árbitro. ¡Es creerme demasiado tonta!

No se esperaba esta conclusión. De repente, retiene el aliento. Lucha un largo instante consigo misma, silenciosa y duramente. Al fin se domina con una maestría que me demuestra la frecuencia de semejantes crisis.

—¡Vamos, vamos, Annie! No abuses de mí. ¡Sabes lo polvorilla que soy y me parece que me estás

haciendo rabiar expresamente! —Sonríe, todavía le tiemblan las comisuras de los labios—. Irás a cenar con nosotros, ¿verdad?

Yo dudo aún. Me coge por la cintura, hábil y acariciadora como cuando quería desarrugar el ceño de Alain.

—Le debes esto a mi reputación. Piensa que, al vernos a los cuatro, la gente tal vez crea que es a ti a quien Maugis hace la corte.

De nuevo somos amigas, pero siento que nuestra amistad se resquebraja como una blanca helada bajo el sol. Estoy cansada. Esta escenita ha decidido a la gran jaqueca, que amenazaba y estaba en suspenso desde ayer, a abatirse sobre mi pobre cabeza. No me importa, no me siento descontenta. Hace solo un mes que no hubiera tenido el valor de decir a Marthe la mitad de lo que pensaba.

El coche nos lleva hacia *El buque fantasma*, sin que abra la boca, atontada, el dedo en la sien. Léon se compadece.

—¿Jaqueca, Annie?

—¡Ay!, jaqueca.

Niega con la cabeza y me mira con sus dulces ojos de animal. Yo también, desde hace algún tiempo, siento mucha lástima por él. Si Marthe lleva los pantalones, él podría llevar… Claudine soltaría la palabra con todas las letras. A mi derecha, mi cuñada, apacible, se empolva las mejillas para luchar contra el calor.

—No veremos a Maugis —prosigue mi cuñado—, se ha quedado en su cuarto.

—¡Ah! —exclama mi cuñada, indiferente.

Se le han crispado los labios como al reprimir una sonrisa. ¿Por qué?

—¿Está enfermo? —pregunto—. Quizá anoche bebió demasiados grogs…

—No, pero él trata *El buque fantasma* de porquería sentimental; de desperdicio italo-alemán, y a todos los intérpretes de pies mal lavados. Le ruego, Annie, que crea que estoy limitándome a repetir sus palabras. Añade, además, que solo al pensar en el pescador Daland, padre de Senta, ya le duelen las tripas.

—Es una clase de crítica algo especial —digo sin la menor amenidad.

Marthe mira a otro lado y no parece deseosa de proseguir la conversación. A nuestra izquierda, los landós vacíos bajan a gran trote en medio de una nube de polvo y nosotros subimos al paso, en fila. Este teatro de ladrillos —es cierto, Claudine tiene razón, parece un gasómetro—, la multitud clara que lo rodea, la hilera de indígenas estúpidamente burlones, todo ese decorado visto solo cuatro veces, pero invariable, me ocasionan la misma impaciencia casi física que ciertos días se apoderaba de mí en París al mirar desde mi habitación el corto horizonte, intolerablemente familiar. Sin embargo, en aquel tiempo tenía unos nervios menos exigentes, un dueño atento a debilitarme, el pensamiento temeroso y los ojos bajos.

No confesaré más que a mí misma, a estas inútiles hojas, mi desilusión de Bayreuth. No hay mucha distancia de un entreacto de *Parsifal* a un té parisiense, de un té de las cinco en casa de mi cuñada Marthe o en la de la abominable Valentine Chessenet. Los mismos chismorreos, la misma fiebre de murmuraciones y de maledicencia (léase calumnia), el mismo parloteo que se divierte con trajes, compositores avanzados, gula e indecencia.

De nuevo aspiro a irme. En Arriège contemplaba la cinta de luz entre dos cimas; aquí, acompaño con una mirada extraviada la huida del humo hacia el este. ¿Adónde huir de lo demasiado igual, lo demasiado conocido, lo mediocre, lo malo? ¿Quizá habría debido, como decía Claudine, acompañar a Alain a su pesar? Pero no… Hubiera hallado en él todo aquello de lo que ahora huyo. ¡Ay!, la jaqueca es una triste y lúcida consejera y la escucho más que al holandés errante. El éter, el olvido, el desvanecimiento fresco… Solo esto me atrae. Un marco en la mano del anciano acomodador compra mi

libertad, autoriza mi silenciosa huida: «Es una señora que se encuentra mal».

Corro, subo al coche, estoy en mi cuarto, donde Toby duerme tiernamente encima de mis zapatillas y gime de ternura al verme tan temprano. ¡Él me quiere, sí! Yo también le quiero. Ahora me miro mejor. Alejada de ese hombre blanco cuya brillante piel me hacía tan negra, me encuentro más linda e igual, como decía Marthe, a un esbelto jarrón de gres fino, donde se remojan y florecen dos azules corolas de achicoria salvaje. Claudine hablaba como cuando se sueña en voz alta: «Azules flores, miradme; ojos más sombreados de pestañas que una fuente entre negras hierbas…», pero huye su brazo amigo.

Por fin, por fin, casi desvanecida, boca abajo en la cama sin levantar y el divino frasco bajo mi nariz. Inmediatamente, el vuelo, la fresca punzada de imaginarias gotitas de agua en toda mi carne, el brazo del malvado herrero que se vuelve lento. Pero ahora velo desde el fondo de mi embriaguez. No quiero el sueño, el síncope de donde se sale desalentada; solo quiero el pequeño genio del éter, astuto consolador de equívoca y dulce sonrisa, nada más que el batir de alas en abanico, que el conmovedor columpio que en mi cama me balancea.

El ladrido breve y rabioso del perrito me despierta avergonzada, helada. Tanteo para encontrar el reloj. ¡Bah! No me buscarán allá, cerca del gran gasómetro. Se ocupan de tantas cosas y tan poco de mí… Mi desvarío, mi brusco sueño de mujer embriagada, no ha durado más de una hora. Yo habría dicho que mucho más. «Cállate, cállate, Toby. ¡Tengo los oídos tan frágiles en estos momentos!».

Se calla, contrariado, pone su cuadrada nariz en las patas e hincha las mejillas demasiado largas, ladrando aún por dentro. Bien, pequeño guardián, negro amiguito, te llevaré por todas partes. Él está a la escucha, también yo. Una puerta se cierra en la habitación contigua, la de Marthe. La muy solícita señora Meider, que sin duda viene a «arreglar», abrir las cajitas de plata, y estirar los diarios ilustrados de París que han arrojado hechos una bola en la cesta.

Ayer, al cruzar el vestíbulo, sorprendí a cuatro pequeñas Meider, con delantales de tirantes, leyendo con mano cuidadosa y sucia una arrugada *Vie en Rose*. Las cuatro pequeñas Meider aprenderán el francés y alguna cosa más.

No, no es la señora Meider. Hablan francés. ¡Si es Marthe! Marthe que viene a ver cómo estoy. No esperaba de ella solicitud tan tierna. Marthe y una voz masculina. ¿Léon? No.

Sentada en la cama, a medio vestir, las piernas colgando, procuro entender lo que dicen sin lograrlo. El éter zumba todavía como una ola apagada en mis oídos. Se me deshace el moño. Una horquilla de concha resbala por mi nuca, suave y fría como una culebrina. ¿Qué parezco con este corpiño abierto, esas faldas arremangadas que dejan ver mi oscura piel y esos pies descalzos? El verdoso espejo refleja mi imagen en desorden, boca pálida, ojos de agua helada alargados hacia las sienes, rodeados de un tono malva magullado. Pero ¿quién está hablando en el cuarto de Marthe?

Ese murmullo que no cesa, puntuado por una risa cortante o una exclamación de mi cuñada. ¡A fe que es una extraña revelación!

¡Una súbita exclamación! Una voz de hombre profiriendo un juramento, luego la voz de Marthe, irritada: «¿No podías sujetar el pie? ¡Un poco más y me hago una herida!».

Completamente trastornada, abrocho mi blusa con manos temblorosas, me bajo las faldas como si me hubieran sorprendido. Mis dedos torpes hunden diez veces en mis cabellos la misma inútil horquilla. ¿Quién estará allí? Marthe siempre trata de usted a su marido.

No se oye más. ¿Qué hacer? ¿Y si «el hombre» le hubiese hecho daño a Marthe? ¡Ah! Quisiera, quisiera que solo le hubiera hecho daño, que fuera un ladrón, un malhechor armado de un cuchillo… Detrás de esa puerta, adivino muchas cosas más feas que un crimen. Quiero ver, quiero saber.

Cojo el pestillo, abro, empujo el batiente con todas mis fuerzas, con un brazo delante de la cara como temiendo un golpe.

Veo, sin comprender enseguida, la lechosa espalda de Marthe, sus redondos hombros fuera de la

camisa. Está… está sentada en las rodillas de Maugis, de Maugis, colorado, desplomado en una silla me parece que vestido… Marthe grita, brinca, salta al suelo y descubre el desorden del odioso sujeto.

Algo parecido a un lamento —¿sollozo?, ¿náusea?— se me escapa. Dirijo los ojos hacia mi cuñada.

Plantada frente a mí, con largos y arrugados pantalones de linón, evoca irresistiblemente, con el rojo moño que se bambolea, la imagen de un payaso despechugado en carnaval. Pero ¡qué trágico payaso, más pálido que la tradicional harina, con ojos desorbitados y asesinos! Me quedo allí, sin poder hablar.

La voz de Maugis se eleva, innoblemente zumbona:

—Oye, Marthe, puesto que la cría nos ha pillado, ¿y si acabáramos la juerguecita? ¿Qué podemos arriesgar?

Con un brusco movimiento de cabeza ella le señala la puerta, luego se precipita hacia mí y me empuja a mi cuarto, tan brutalmente que me tambaleo.

—¿Qué estás haciendo? ¡Nos has seguido!

—¡Oh, Dios, no!

—¡Mientes!

Me yergo, me atrevo a mirarla mejor.

—No, no miento. Tenía jaqueca. Regresé. Di una propina al hombre de la puerta para que me dejara salir.

Marthe ríe como si tuviera hipo, sin abrir la boca.

—¡Ah! ¿También practicas el marco al hombre de la puerta? Estás a punto para el gran golpe. Alain tendrá que portarse bien. Admito la jaqueca, pero ¿qué venías a hacer a mi cuarto? ¿Creías que iba a invitarte de mirona?

¡Qué valiente puede ser una mujer! Esta ha encontrado su elemento, su arrogancia de incendiaria en las barricadas. Con las manos en la cintura se enfrentaría con un ejército, con idéntica palidez, idéntica mirada insostenible.

—¿Vas a decir algo? ¿Qué esperas para contarle a Léon que lleva cuernos?

Mis mejillas enrojecen a causa de la palabra y de la sospecha.

—No le contaré nada, Marthe, lo sabes de sobra.

Me mira por un instante, con las cejas arqueadas.

—¿Grandeza de alma? No, no pega. Diría que más bien es un truco para tenerme en tu poder por el resto de mi vida. ¡Te lo puedes guardar! ¡Primero se lo digo al otro estúpido!

Hago un gesto de impaciencia fatigada.

—No me comprendes. No es solo él… la cosa misma que me… choca. Es el sujeto que has escogido. ¡Oh, Marthe, ese hombre!

Herida, se muerde los labios; luego, se encoge de hombros con triste amargura.

—Sí, sí. Tú todavía eres una de esas bobaliconas para quienes el adulterio (palabra vulgar que te place, ¿eh?) debe ocultarse entre flores y ennoblecerse con la pasión, la belleza de los amantes, su olvido del mundo. ¡Ah, no, hija mía, quédate con tus ilusiones! Yo me quedo con mis jaleos y mis gustos. Ese sujeto, como le llamas, entre otras cualidades, posee una cartera complaciente, un espíritu crapuloso que me place bastante y el don de ignorar los celos. ¿Huele mal? Es posible… Prefiero, no obstante, ese olor que el de Léon, que huele a ternera fría. —Como si de repente sintiera cansancio se deja caer en una silla—. Todo el mundo no tiene la suerte de acostarse con Alain, mi querida amiga. Es, en suma, un privilegio reservado a un pequeño número de personas, que envidio muy moderadamente.

¿Qué va a decir? Me sonríe con maldad antes de añadir:

—Por otra parte, sin querer perjudicarlo, mi delicioso hermano debe de ser una birria de amante. «Toc, toc», ya está. Hasta la vista, querida señora, ¿eh?

Vuelvo la cabeza con lágrimas en los ojos. Marthese abrocha rápidamente el traje, se sujeta el sombrero y continúa hablando seca y enfebrecida:

—Por eso no comprendo cómo Valentine Chessenet puede estar chiflada por él tanto tiempo, ¡ella,

que entiende de hombres!

Es ese nombre lo que presentía, pero también soy valiente a mi manera y, sin moverme, aguardo el final.

Mi cuñada se pone los guantes, coge la sombrilla y abre la puerta.

—Dieciocho meses, querida mía, dieciocho meses de correspondencia, de entrevistas regulares. Dos veces por semana: estaba fijado como una lección de piano.

Acaricio al pequeño dogo con una mano helada, con expresión indiferente. Marthe, bajo el velo de su sombrero cubierto de rosas, lame en sus labios el carmín que sobra y por el espejo me acecha. ¡Ah, no notará nada!

—¿Hace tiempo de esto, Marthe? Había oído hablar de ello, aunque no de forma muy precisa.

—¿Hace tiempo? Sí, hace bastante tiempo. Se dice que rompieron la última Navidad, pronto hará ocho meses. Es historia antigua. ¡Adiós, alma noble!

Da un portazo. Seguro que se dice: «¡Me he vengado! ¡Magnífico golpe! Que Annie hable ahora si quiere. Me he vengado primero». Y no sabe que, pensando matar a alguien, solo golpeaba a un vestido vacío.

El abatimiento, la humillación, la vergüenza y el dolor ardiente de lo que he visto, la incertidumbre en que me hallo acerca de lo que debo decidir, todo eso se entremezcla y me produce un cansancio extremo. Tengo clara, por lo menos, la imposibilidad de volver a ver a Marthe todos los días, a todas horas, sin volver a ver el lado de su insolente atractivo, el odioso rostro del violáceo gordinflón, casi completamente vestido y que no tuvo miedo, ni se irritó, ni se detuvo… Esa imagen aún me repugna menos que la desagradable certidumbre que se impone en mi interior: seguramente Maugis, cuando irrumpí en la habitación, no sintió desagrado, al contrario… ¡Horror!, ¡horror! ¿Es eso el adulterio y debo creer que lo que hacían se parece al amor? La monótona y breve caricia de Alain me manchaba menos y, a Dios gracias, si tuviera que escoger… Pero no, no quiero escoger.

Tampoco quiero quedarme aquí. No iré a oír *Tristán*, no veré más a Claudine. ¡Adiós, Claudine, que me rehúyes! Pues desde la hora agitada en que adivinó gran parte de mi angustia, la hora turbia en que me sentí tan cerca de amarla, Claudine elude las ocasiones de hablarme a solas, y desde lejos me sonríe como a una tierra añorada.

¡Vamos, busquemos otra ruta! La temporada avanza. Pienso, por primera vez, que Alain pronto embarcará en el buque de retorno, y le imagino infantilmente cargado con grandes sacos de oro, oro rojo como sus cabellos.

Me vienen a la memoria unas frases de su última carta: «He comprobado, querida Annie, que el tipo de algunas mujeres de este país se parece al suyo. Las más agradables tienen, como usted, pesados y largos cabellos negros, hermosas y tupidas pestañas, morena la tez lisa, y el mismo gusto por la ociosidad y la vana ensoñación. Pero este clima explica y disculpa sus inclinaciones. De vivir aquí, quizá las cosas entre nosotros habrían sido diferentes».

¿Cómo? Esa mente clara y positiva ¿también se ensombrece? ¿Pensará confusamente en corregir, modificar, nuestro… nuestro «Programa de trabajo»? ¡Por favor, basta de cambios, de sorpresas, de decepciones! Estoy cansada antes de empezar mi vida de nuevo. Un rincón limpio, mudo, rostros nuevos tras los cuales lo ignore todo. ¡No pido más, nada más!

Me levanto con dificultad, voy en busca de mi doncella. En la cocina, rodeada de cuatro pequeñas Meider extasiadas, les canta con sonora voz de barítono:

Te amo… de amor…
Día y noche sueño…

—Léonie, mi equipaje. Me marcho enseguida.

Me sigue sin decir nada, atónita. Las pequeñas Meider no conocerán el final del vals francés.

Arisca, se sumerge en mi baúl.

—¿También hay que hacer la maleta de la señora Léon?

—No, no. Me voy sola, con usted y Toby. —Y añado, confusa—: He recibido un telegrama.

La espalda de Léonie no cree ni media palabra.

—En cuanto esté lista, que la lleven a la estación con los bultos. Yo iré con el perro.

¡Temo que regresen! ¡A cada instante consulto el reloj! ¡Benditos sean por un día los espectáculos interminables! Aseguran mi huida.

He pagado la factura sin mirarla, dejando una propina tan grande (no conozco las costumbres) que hace saltar de gozo a las cuatro jovencitas en delantales con tirantes. ¡En Franconia no son orgullosos!

Por fin estoy sola con Toby, con collar de cuero y pelo de tejón, para el viaje. Su carita negra sigue sin movimientos, comprende y espera, su cadena de acero se arrastra en la alfombra. Todavía un cuarto de hora. Para Marthe, rápido, unas líneas en un sobre: «Me voy a París. Di a Léon lo que quieras».

Tengo el corazón acongojado de estar tan sola en el mundo. Quisiera dejar una despedida más tierna que esta, pero ¿a quién? Creo que ya lo sé.

Mi querida Claudine:

Algo inesperado me obliga a partir enseguida. Es una partida muy dolorosa, muy precipitada, pero no crea que ha ocurrido un accidente a Alain, a Marthe o a mí. Me voy porque aquí todo me abruma. Bayreuth no está bastante lejos de Arriège ni Arriège bastante lejos de París, adonde regreso.

Me ha hecho ver con demasiada claridad que allí donde no manda un gran amor todo es mediocridad y desolación. No sé aún qué remedio hallaré. Parto para cambiar y para esperar.

Quizá usted habría sabido retenerme, usted, que irradia ternura y confianza. Pero desde el día del jardín de la Margrave no parece desearlo. Tiene razón, seguramente. Es justo que guarde totalmente integra para Renaud la llama que por un instante me iluminó.

Le ruego que, al menos, me escriba una carta, una sola carta. Confórteme y dígame, aunque sea mintiendo, que mi miseria moral no carece de auxilio. Pues pienso en el retorno de Alain con tan turbia aprensión que ya ni siquiera la misma esperanza está clara para mí.

Adiós, aconséjeme. Permítame que por un instante apoye, en pensamiento, mi cabeza en su hombro como en el jardín de la Margrave…

ANNIE

Once de la mañana. La llegada. El París seco y triste de finales de verano. Vacío el estómago, enfermo el corazón, me parece regresar del otro extremo del mundo con ganas de acostarme y dormir. Dejando a Léonie que luche con la aduana, huyo en simón hacia casa.

La parada del coche trae al umbral de la villa al portero sin librea, en mangas de camisa, y a su mujer, mi cocinera, cuyas mejillas con cuperosis cambian del rojo al blanco. Leo, distraídamente, en sus inexpresivos semblantes sorpresa, embarazo y dignidad herida de servidores correctos con quienes no se están portando correctamente.

—¡Es la señora! ¡Si no hemos recibido el telegrama de la señora!

—Es que no se lo he enviado.

—¡Ah! Ya decía yo… ¿El señor no viene con la señora?

—Al parecer, no. Preparen el almuerzo cuanto antes. Cualquier cosa. Huevos, una chuleta. Léonie vendrá con las maletas.

Subo lentamente los peldaños de la escalera, seguida por el portero, que, precipitadamente, se ha endosado una casaca verde con botones deslucidos. Contemplo, descentrada, el palacete que Alain quiso comprar. Yo no tenía ningún interés, pero no se pidió mi opinión. No obstante, yo pensaba que un palacete, a no ser a partir de cierto precio, es más vulgar y tiene más incomodidades que un piso.

Todo eso ¿qué me importa ahora? Me siento indiferente como una viajera. Han puesto una mano sucia en la puerta blanca de mi dormitorio. La bombilla eléctrica del corredor está fundida. Abro la boca impulsada por la antigua costumbre, para decir que cambien, que laven. Luego tengo otra idea y me doy media vuelta.

Me relajan un poco de dulzura, un poco de cobardía, cuando abro mi cuarto amarillo y blanco. En este pequeño escritorio lacado, donde el polvo apenas se nota, escribí las primeras notas de mi cuaderno. En esta gran cama lisa que mi cuerpo apenas hunde con su peso ligero, he soñado jaqueca, temor, resignación, breve sombra de amor, voluptuosidad incompleta. ¿Qué soñaré ahora, despojada de mi temor, de mi resignación y de la misma sombra del amor? Es algo extraordinario que una criatura tan débil como yo, tan inclinada hacia cualquier apoyo físico y moral, se halle sola, no se sabe cómo, sin haber perecido al instante como una campanilla desprendida… ¿Es, quizá… es que no se acaba así, tan deprisa? Maquinalmente, voy a mirarme sobre la chimenea.

Sin la menor sorpresa hubiera visto aparecer en el espejo a una Annie consumida, disminuida, más estrechos los hombros, el talle aún más desmadejado que antes del verano. Me sorprende mi imagen y me acodo para estudiarla más de cerca.

Los oscuros cabellos, revueltos por una noche de tren, enmarcan con un margen brutal el óvalo siempre delgado de una cara morena. No obstante, ese repliegue de fatiga en las comisuras de los labios no modifica por sí solo la línea de la boca, una boca más firme, menos implorante que en otro tiempo. Los ojos miran más directos, y aguantan sin flaquear a cada instante el sedoso toldo de las pestañas: «Flor de achicoria salvaje», ojos míos tan claros, mi única belleza auténtica, ya no podré miraros sin pensar en Claudine, que, inclinada sobre vosotros, decía para hacerme rabiar: «Annie, se pueden ver al otro lado, ¡son tan claros!». ¡Ay! Era cierto. Claros como un frasco vacío, y enternecida por este recuerdo, vagamente embriagada por la novedad de mi imagen, inclino la cabeza, posando los labios en mi mano desenguantada.

—¿He de deshacer las maletas de la señora?

Léonie, jadeante, escruta con ojos hostiles esta habitación que habrá que «hacer a fondo».

—No sé, Léonie… Espero una carta. No saque más que los trajes y las enaguas de seda. Lo demás no

corre prisa.

—Bien, señora. Justamente tengo aquí una carta del señor que el portero iba a remitir a Alemania.

Cojo la inesperada carta con ademán brusco. Y, para leerla sola, me voy al gabinete de Alain, donde yo misma abro las persianas.

Mi querida Annie:

Es un marido muy cansado el que le escribe. Tranquilícese, he dicho cansado, no enfermo. Ha sido necesario batallar. Ya le he informado sobre las dificultades de convertir en dinero lo que eran toros y se las narraré de manera minuciosa. Estoy encantado de haber salido dignamente y de ser portador de una hermosa suma de dinero. Me agradecerá, Annie, este viaje que me permitirá aumentar el tren de nuestra casa y regalarle un abrigo de marta cibelina tan hermoso como el de la señora… ¿sabe a quién me refiero?, mi hermana la llama, muy libremente, la Chessenet.

El sol es a esta hora un poco pesado y aprovecho para poner mi correspondencia al día. En el patio de la casa está sentada una joven, cose o simula coser. En verdad, existe un pareado bastante singular, que he observado en numerosas ocasiones, entre su silueta inmóvil, inclinada, el moño anudado en la nuca, y la de usted, Annie. Aquí está de más la flor roja y también el pequeño chal amarillo. De todas maneras, me distrae y desvía mi pensamiento hacia usted y hacia mi regreso, que solo es ya cuestión de días.

¡De días! Es cierto, hace mucho tiempo ya… ¡De días! Estaba acabando por creer que no iba a regresar jamás. Va a regresar, abandonará la tierra lejana, la joven que se parece a mí y a quien en las noches de tormenta quizá llame Annie. Va a regresar y todavía no he decidido mi suerte, ni adquirido valor contra mí misma y contra él.

Me pongo a reflexionar mirando en torno mío, sin siquiera recoger la carta, que ha resbalado al suelo. Este gabinete de trabajo, que sirve de fumadero, no ha conservado el sello de su dueño. Nada hay fuera de su sitio, nada hay que tenga encanto. La tapicería, descolgada por ser verano, ha dejado un gran panel de pared blanca, sin empapelar. Me encuentro a disgusto aquí; no, no me quedaré en París.

—¡Léonie!

El gendarme bondadoso se presenta; una falda cuelga de cada índice.

—Léonie, mañana quiero irme a Casamène.

—¿A Casamène? ¡Oh, no! ¡A fe mía que no!

—¿Cómo que no?

—La señora no ha escrito a la jardinera, la casa sigue cerrada y sin limpiar, no hay provisiones… Y, además, voy a necesitar un par de días para las cosas que hacen falta aquí… Las faldas de diario de la señora tienen el forro estropeado. Está el vestido de linón blanco, para el que no encontramos una tintorería en Alemania; las enaguas que lo acompañan necesitan que se les cambie el encaje y además…

Me tapo los oídos con ambas manos, la sintaxis de Léonie me impresiona.

—¡Basta, basta! Tiene dos días para todo eso. Usted misma escribirá a la jardinera diciéndole que… (vacilo un instante) solamente la llevo a usted, que ella cocinará.

—Bien, señora.

Léonie sale con paso digno. Seguramente la habré ofendido otra vez. ¡Hay que tener tantos miramientos con los subalternos! Todas las criadas que han pasado por esta casa han sido verdaderas sensitivas, sensitivas gruñonas, que con gran intensidad captaban los matices del humor ajeno, y lo dejaban aflorar en sus rostros en ausencia de Alain.

Me voy mañana. Ya es hora. Mi paciencia se agota. Toda esta decoración de mi vida conyugal me resulta intolerable, hasta el salón de estilo Luis XV, donde los viernes esperaba, dócil y horrorizada, el campanillazo de la primera visita. Estoy exagerando: en aquel tiempo, que extrañamente retrocede, era

más dócil y estaba menos horrorizada, y me sentía casi dichosa, con una dicha incolora, temerosa. Hoy, errante, desmoralizada y, no obstante, más obstinada, inflamada a veces por mis caricias y mis ensueños, ¿es mejor mi suerte? Es un problema muy arduo para un cerebro tan fatigado como el mío.

No dejo mucho de mí en este palacete, estrecho y alto como una torre. Alain no quiso los muebles de la abuela Lajarrisse. Se quedaron en Casamène. Algunos libros, dos o tres retratos de Annie… El resto pertenece a mi marido. Hace tres años le regalé este pequeño escritorio inglés, que ha conservado misericordiosamente en su gabinete de trabajo. ¿Qué ha guardado en él? Tiro, indiscreta. El tirador de cobre del cajón se resiste. Un hombre ordenado, al salir para un viaje tan largo, cierra sus cajones. Mirando más de cerca, descubro un minúsculo sello, una banda de papel engomado, casi invisible. ¡Atiza! Mi marido muestra una confianza muy relativa en su personal. De todas formas, unas precauciones tan disimuladas ¿están dirigidas únicamente hacia el ayuda de cámara? Con brusquedad se me aparece el venenoso rostro de Marthe: «Dieciocho meses, querida mía, dieciocho meses de correspondencia, de citas regulares».

Me gustaría mucho conocer el estilo de Valentine Chessenet. Y no es, ¡Dios mío!, que unos celos físicos me mortifiquen, que la fiebre empuje mi mano. Sencillamente es que, al extremo al que he llegado, los escrúpulos me parecen un lujo ridículo.

Las llavecitas de mi llavero fracasan una tras otra en la cerradura inglesa. Me fastidia recurrir a alguien. Busco. Esta regla lisa de hierro pulido encima de la mesa de escribir. Sí, haciendo palanca debajo del cajón… ¡Qué duro es! Tengo calor y se me ha roto la uña del pulgar, una uñita sonrosada, tan cuidada que brillaba en la punta de mi mano morena. ¡Oh, qué crujido! ¿Y si los criados entrasen creyendo que ha habido un accidente? Escucho un instante, asustada. Los atracadores a menudo deben de morir de enfermedades del corazón.

La madera de fresno claro se ha quebrado. Un poquito más de trabajo y cae el fondo del bonito mueble, despanzurrado, seguido de una lluvia de papeles.

Estoy turbada como una niña que ha volcado una caja de bombones. ¿Por dónde empiezo? No será largo; cada montoncito está metódicamente sujeto por una goma, lleva una inscripción:

«Facturas pagadas», «Títulos de propiedad», «Documentos relativos al proceso de los terrenos» (¿qué terrenos?); luego: «Recibos de Marthe» (¡ah!), «Cartas de Marthe», «Cartas de Annie» (tres en total), «Cartas de Andrée» (¿qué Andrée?), cartas, cartas, cartas… ¡Ah, por fin!: «Cartas de Valent…».

Me voy sin hacer ruido a echar la llave a la puerta y, después, sentada en la alfombra, esparzo en mi falda el fajo, bastante nutrido.

«Mi pelirrojo del alma», «mi hombrecito blanco» (¿ella también?), «Querido amigo», «Señor», «Niño malo», «Asqueroso desagradecido», «Mi cafetera de cobre rojo…». En verdad que varían más los nombres que el fondo de las cartas. De todas formas está el idilio completo. Puede seguirse cronológicamente, desde el pequeño telegrama: «Cometí una torpeza entregándome tan pronto», hasta el «Haré todo por recuperarte, incluso iré a buscarte a casa de tu gansita negra».

Al margen, o al dorso de todas las cartas, la rígida letra de Alain ha anotado: «Recibido el… Contestado por carta cerrada el…». Lo habría reconocido solo por este rasgo… ¡Ah, ya puede llamarlo ella «pelirrojo del alma», «gatito blanco», «tetera», «cafetera», no sé qué!, pero ¡el hombre es siempre el mismo!

Y ahora ¿qué hay que hacer con todo esto? ¿Enviar el fajo de cartas en sobre sellado a la dirección de Alain, escrito de mi puño y letra? En las novelas suele hacerse así, pero creería que todavía lo amo, que me siento celosa. No. Dejo todos los papeles en el suelo, al pie del mueble forzado, con la regla lisa y el llavero con mis llaves. Este saqueo pone un gracioso desorden en la habitación sin alma. Llevémonos las cartas de Annie… Aquí se acabó… ¡La cara que pondrá Alain cuando regrese!

Un sobre azul se apoya en mi taza, en la bandeja del desayuno. Por el sello de Baviera, más que por la letra redonda y gruesa, adivino que es la contestación de Claudine. Me responde deprisa: ha tenido compasión. Su letra se parece a ella; sensual, viva, recta, de la que salen unos ganchos cortos y graciosos, unas barras de «t» abultadas, despóticas.

Mi dulce Annie:

Durante mucho tiempo ya no veré los ojos únicos que usted oculta tan a menudo bajo las pestañas, como un jardín detrás de una reja, pues me parece que ha partido para un largo viaje. ¿Y qué ocurrencia la de pedirme un itinerario? No soy ni la agencia Cook ni Paul Bourget. De todos modos, hablaremos de esto enseguida. Primero quiero contarle lo más urgente, que es tan vulgar como una noticia de la crónica de sucesos.

Durante el día que siguió a su partida, no encontré al matrimonio Léon en la representación de *Tristán*. Que su cuñado no estuviera nada significaba, pero ¡que Marthe faltara a los entreactos de *Tristán*, los más sensacionales después de los de *Parsifal*! Al regresar del teatro, a pie, como de costumbre, yo colgada del brazo de mi querido marido grandullón, pensamos en dar un pequeño rodeo para ir a pedir noticias de Marthe. ¡Horror! La honesta casa Meider aparecía abierta de par en par; cuatro niñas con delantales color rosa corrían como ratas. Finalmente, Marthe, de quien percibo el encendido fanal de tiesas raíces, que nos cierra la puerta en las narices para impedirnos entrar… Renaud parlamenta con una criada, escucha lo que gime en un bávaro, puntuado de ¡*Yo*!, y se me lleva tan sorprendido que casi tenía cara de idiota. Exagero un poco.

¿Y sabe qué, Annie? Léon acababa de envenenarse como una modistilla abandonada. Había bebido láudano, y con tantas ganas que se atizó una indigestión monstruosa. Pensará usted que el suicidio de Liane obsesionaba a este cerebro eminentemente parisiense. En absoluto. En el curso de una escena muy violenta, Marthe, que estaba muy nerviosa —la crónica no indica el motivo—, trató a su marido de «cornudo» con tanta frecuencia y convicción que el desgraciado no dudó de lo que se llama, en estilo periodístico, «el alcance de su desgracia».

Vale por el alcance.

A la mañana siguiente intenté una marcha de reconocimiento solita. Marthe me recibe hecha una esposa modelo y me cuenta el «fatal error», levantándose diez veces para correr al lado del enfermo. Maugis no se encontraba allí, pues un telegrama urgente lo había llamado a Béziers, la víspera por la noche. De todas maneras, Annie, ¡es muy curioso la de partidas urgentes que se ven en la colonia francesa de Bayreuth!

Tranquilícese pronto, niña temerosa. El suicida está bien. Marthe lo cuida como si fuera un caballo que ha de correr el Gran Premio. Dentro de pocos días estará en condiciones de reanudar su trabajo a razón de ochenta líneas diarias en vez de sesenta, para recuperar el tiempo perdido. Su cuñada es una mujer inteligente y que comprende a las mil maravillas que la situación de mujer casada es superior a la de divorciada o ciertas viudeces, aunque sean lucrativas.

Ya está al corriente. Hablemos de usted, de usted, confusa criatura, tan lenta en conocerse a sí misma, tan dispuesta cuando llega el día a huir, silenciosa y tocada de negro, como una golondrina que emigra.

Usted se va y su huida y su carta son como un reproche para mí: ¡cuánto la echo de menos, Annie, la del perfume de rosa! No debe guardarme rencor. Solo soy una pobre bestezuela enamorada de la belleza, de la debilidad y de la confianza, y me cuesta mucho comprender que, cuando una almita como la suya se apoya en la mía, que cuando una boca se entreabre, como la suya, hacia la mía, no deba embellecer a una y a otra con un beso. Le digo que no lo acabo de entender, aunque me lo hayan explicado.

Han debido hablarle, Annie, hablarle de mí y de una amiga a la que quise demasiado simplemente, demasiado íntegramente. Aquella Rézi, que quiso interponer entre Renaud y yo su gracia dorada y desnuda y darse el literario placer de traicionarnos a los dos, era una mujer perversa y seductora. A causa de ella prometí a Renaud —y también a Claudine— que olvidaría que pueden existir hermosas criaturas, débiles y tentadoras, a las que un ademán mío podría hechizar y avasallar.

Usted se va y yo la adivino inmersa en una gran confusión. Confío por su bien y el de su marido que él no regrese enseguida, pues todavía no es usted bastante clarividente ni lo bastante resignada. Es una desgracia que usted no amara, una desgracia gris y apacible, sí, Annie, una desgracia corriente, pero imagínese que podría amar sin ser

correspondida, amar y ser engañada. Es la única desgracia grande, la desgracia por la que se mata, se arde, se aniquila. ¡Y con mucha razón! Por eso, yo, si alguna vez… Perdóneme, Annie, me iba a olvidar de que aquí se trata únicamente de usted. ¡A una enamorada le es muy difícil ocultar su egoísmo!

Me suplica: «Aconséjeme». ¡Qué cómodo es! La siento dispuesta a cometer diversas tonterías que realizará con una obstinada blandura, con esa gracia de jovencita que da tanta incertidumbre y atractivo a todos sus ademanes, sinuosa Annie.

Sin embargo, no puedo, ¡caramba!, decirle a quemarropa: «No se debe vivir con un hombre al que no se ama; ¡es una marranada!», a pesar de que esta opinión no difiere sensiblemente de mi verdadero pensamiento. Pero, al menos, le puedo contar qué hice yo.

Regresé al terruño natal, provista de un gran dolor y de un pequeño equipaje. ¿Para morir? ¿Para curarme? Nada sabía al irme. La divina soledad de los árboles apaciguadores, la noche azul y consejera, la paz de los animales salvajes me alejaron de un designio irreparable y me llevaron de nuevo, dulcemente, a la tierra de donde venía, a la felicidad.

Mi querida Annie, siempre puede probar.

Adiós. No me escriba si no es para decirme que el tratamiento da resultados. Pues sentiría muchísimo no poder recomendarle otro.

Beso de las pestañas a la barbilla todo su rostro, que tiene la forma ahusada y casi el color de una avellana madura. Los besos, desde tan lejos, pierden su veneno y, por un minuto, puedo proseguir sin remordimiento nuestro sueño del jardín de la Margrave.

CLAUDINE

Claudine me ha engañado. No, estoy siendo injusta: se ha engañado. La «cura de campo» no es una panacea y, además, se sana dificultosamente al enfermo que no tiene fe.

En las primeras páginas de este diario (Toby, ¡que te vuelva a pescar con los ojos saltones y las orejas orgullosas, arrastrándolo por un rincón como si fuera el cadáver de un enemigo!), en las primeras páginas de este diario, sin fin ni principio, tímido y pervertido, rebelde y vacilante y tan parecido a mí misma, leo estas palabras: «El peso de vivir sola». ¡Ignorante Annie! ¿Qué puede pesar esa carga al lado de la cadena que durante cuatro años y sin descanso he llevado y tendría que volver a llevar para toda la vida? Pero no quiero volver a llevarla. Y no es que la misma libertad se me haya revelado muy tentadora, y como prueba basta mi fiebre por cambiar de lugar, la amarga sensibilidad que refleja mi soledad en todas las soledades del cielo, de los campos, de las ásperas rocas grisáceas cuyos cortes frescos están rojos. Pero elegir el propio mal… Hay quien haría de ello su ideal de dicha.

¡Ah, sí! Quiero irme apenas llego. Sin embargo, Casamène me pertenece, aunque aquí he vivido demasiado al lado de Alain. En el bosquecillo romántico, a cubierto de la «pequeña selva» —un monte modesto al que bauticé con ese nombre exagerado—, en el fondo del sombrío cobertizo donde las herramientas enmohecidas hacen pensar en una cámara de torturas de Núremberg, por todos los rincones de esta heredad anticuada, hallaría, sin la menor dificultad, las huellas y degradaciones de nuestros juegos de antaño. Un castaño cerca del barranco conserva todavía en su corteza, como cinturón lleno de ampollas, la marca cruel de un alambre con el que Alain lo ciñó hace quizá doce años. Allí, mi severo compañero fue Ojo de Serpiente, jefe de una tribu de pieles rojas, y yo, su pequeña squaw sumisa, atenta al fuego de piñas. Se divertía muchísimo, casi siempre serio y gruñón, con una rigidez que formaba parte del juego.

A él nunca le gustó Casamène. Mi fútil abuelo decoró estas pocas hectáreas con algo más de fantasía de lo necesario: un barranco naturalmente salvaje, dos colinas, un valle, una gruta, un punto de mira, una gran alameda para la perspectiva, arbustos exóticos, un camino empedrado para coches, lo bastante tortuoso para que uno crea recorrer kilómetros en sus tierras… «Todo esto —decía Alain— es absolutamente ridículo». Es posible. Yo veo, ahora sobre todo, una dolorosa tristeza de jardín abandonado y, bajo este sol, blanco como un sol de octubre, una fúnebre fertilidad de cementerio.

«Los árboles apaciguadores…». ¡Ah, Claudine, si no me sintiera tan asustada, tan petrificada por la soledad, rompería en sollozos! Los pobres árboles, estos, no conocen la paz ni la dan. Hermoso roble torcido, gigante de pies encadenados, ¿cuántos años hace que tiendes al cielo tus ramas que tiemblan como manos? ¿Qué impulso hacia la libertad te sembró bajo el viento y luego te hizo levantar en penosos recodos? A tu alrededor, tus hijos enanos y deformes ya suplican ligados a la tierra, azotados por un viento cruel que fatiga su crecimiento.

Hay otros seres prisioneros, como ese abedul plateado, que se resignan. Ese fino alerce también, aunque llora y se tambalea, ahogado bajo su cabellera de seda. Yo oigo desde mi ventana su aguda canción bajo las ráfagas de viento… ¡Oh!, tristeza de las plantas inmóviles y atormentadas, ¿es posible que en vosotras haya habido alguna vez paz y olvido? No fue allí, Claudine, fue en usted sola donde brillaba la fuerza, el impulso de las bestezuelas dichosas, la alegría que a la vez ciega y colorea.

Llueve, y todo es peor. Temprano, enciendo la lámpara y me encierro, apenas tranquilizada por las

recias persianas cerradas, por la charla a voz en cuello de Léonie con la chicuela de la jardinera. El fuego crepita —¡ya hace falta fuego!—, el enmaderado también. Cuando la llama calla, me llena los oídos el rumoroso silencio. Se oyen correr claramente las patitas armadas de uñas de una rata entre las vigas de los techos, y Toby, mi único pequeño guardián negro, levanta una pequeña cabeza feroz hacia el inaccesible enemigo. ¡Toby, por Dios, no ladres! Si ladras, el silencio estrepitoso caerá en cascotes encima de mi cabeza como cascotes de una casa muy vieja.

No me atrevo a acostarme, prolongo la velada delante del fuego que se apaga, hasta el final de la lámpara, escuchando los aterciopelados roces, el hálito del viento que empuja las hojas encima de la grava, los pasos de los menudos animalillos que no conozco. Para darme valor, acaricio la larga hoja de un cuchillo de caza y, en vez de tranquilizarme, el frío del acero me asusta más.

¡Qué miedo más tonto! ¿Es que ya no me conocen los muebles amigos? Sí, pero saben que he de abandonarlos y no me quieren amparar. Viejo piano de acanaladas molduras, ¡cuánto te he fatigado con mis escalas! «¡Más nervio, mi pequeña Annie, más nervio!». ¡Ya! Ese retrato de un politécnico con cintura de avispa, según un daguerrotipo de la época, es mi abuelo. Cavó pozos en lo alto de la montaña, emprendió el cultivo de las trufas, intentó alumbrar el fondo del mar con «aceite de ballena ardiendo dentro de recipientes transparentes, herméticamente cerrados» (¡!). En una palabra, con el alma ligera y sin remordimientos, adorado por los suyos, arruinó a su mujer y a su hija. ¡Qué talle más bonito el suyo si el grabado es sincero! Una mujer de hoy se lo envidiaría. Una bella frente quimérica, ojos curiosos de niño, unas manos pequeñas enguantadas de blanco es todo cuanto sé de él.

En la pared, encima del piano, una mala fotografía de mi padre. Solo le recuerdo anciano y ciego. Un caballero distinguido con blancas patillas. ¿Cómo puedo ser hija de un ser tan mediocre?

De mi madre, nada, ni un retrato ni una carta. La abuela Lajarrisse se negaba a hablarme de ella y solo me recomendaba: «Reza por ella, hija mía. Pide a Dios misericordioso por los desaparecidos, los desterrados, los muertos». La verdad, ¡a buena hora me preocupo por mi madre! Que siga siendo para mí lo que siempre imaginé: un lindo ser triste. ¿Se fue o se mató? Tengo más compasión que interés.

Me llegan dos cartas. Hay que preocuparse dos veces.

Gracias a Dios una, enorme, es de Claudine; la otra, de Alain. Y, además, esta mañana me siento más fuerte y despierta, apaciguada por la hora fresca —el cuco de la cocina acaba de entonar ocho veces sus dos notas de sapo—, por el oloroso té muy caliente que humea en mi taza azul, por el delirante apetito de Toby, que salta y gime agudamente mientras me entretengo. Respiro un aire cambiante y ligero, un aire de partida y fiesta. Esta es mi manera, sí, Claudine, es mi manera de saborear la paz del campo, soñar con el sonido de los cascabeles por el camino. Sería una jovencita de mil ochocientos treinta y tantos. Una criolla, ¿verdad? En aquel tiempo estuvieron de moda. Un matrimonio desgraciado, el rapto, el vestido frágil e incómodo, los borceguíes acordonados que los guijarros hieren, la silla de postas, los humeantes caballos… ¿Qué más? El eje de la rueda que se rompe, el encuentro providencial. Todo lo lindo, lo ridículo y lo sentimental de nuestras abuelas.

En el sobre de sello francés no hay más que algunas líneas de Claudine:

Mi querida pequeña Annie:

No sé dónde encontrarla. Que esto le llegue y le diga solamente que Marthe, en París, explica su fuga con pocas palabras: «Mi cuñada está en provincias pasando un embarazo difícil». ¡Es la gracia que le deseo! ¿Sería todo quizá más sencillo…? Sepa, además, que Léon y su mujer me parecen estar en perfecta salud y perfecto acuerdo. Para borrar de su imaginación inquieta cualquier impresión dramática, he aquí una carta, un volumen, que me envía Maugis, de Béziers. Lea estas granujadas alambicadas, Annie, y sonría, aunque sea de desprecio e indiferencia.

Adiós, quería tranquilizarla, avisarla. Solo eso… y saber algo de usted, pues no puedo aguantarme; lo temo todo por usted, aparte de mí misma. Le dije: «No me escriba si el remedio fracasa». ¡Qué importa el remedio! Quiero saberlo todo de usted, a quien he renunciado tan limpiamente. Unas líneas, una estampa, un telegrama, una señal… Démelos en recompensa… Curada o enferma, o «perdida», como se dice, o incluso lo que dice Marthe… ¡Puaj! No, eso no. Siga siendo el ánfora estrecha y frágil que mis brazos cerrados puedan rodear fácilmente.

Suya,

CLAUDINE

Eso es todo. Sí, eso es todo. La tierna inquietud de la misma Claudine no me satisface. Cuando no se tiene nada de uno se espera todo.

Me resisto a tocar la enorme carta de Maugis, todas esas páginas que sus manos de borracho han dejado pegajosas.

¡Hola, Claudine, la chiquilla! Péguele de mi parte un beso a ese Renaud tan en forma, con el cual frecuentes veces usted fornica. No son lo bastante tontos, ni uno ni otro, para suponer ni un solo instante que me disculpo por no haber podido, en la precipitación de una partida oportuna, darles la lata con una correcta visita de despedida. Y tienen condenadamente razón al no suponerlo; eso es bueno para los gigolós engominados, ese cuidado por la «etiqueta» —eso es una palabra—, pero yo me río de las conveniencias hacia quien sea, como su hijastro Marcel de una mujer enamorada y, en particular, consiento en dejarme transformar en meadero si alguna vez se me ocurriera la idea de hacer mañas con usted y su chicarrón, a quienes tanto considero como amigos leales que quisiera poder ofrecerles en la *allée aux Poteaux* del bosque de Bolonia un hotelito con salón inglés, water closet Luis XV, cama para tres personas, etcétera.

La presente tiende únicamente a notificarles que cuento con ustedes, formalmente, para que me den noticias confidenciales, con letras de molde, acerca de los hechos acaecidos en Bayreuth, ciudad y teatro, desde que di por

terminada mi estancia en ese lugar lleno de humo. Prometí, para finales de mes, a una publicación cuyo responsable cuenta con mi estima, el *Diario de un peregrino a Wagnerópolis* —un título asegurado contraincendios—, mientras que otros periodicuchos, cuyas perras gordas no desprecio, reclaman mi opinión sobre las representaciones de Béziers. Ahora bien, como no existe tranvía que haga la línea de las Folies Cosima y las Arenas, me es difícil ir y venir en el mismo día de la caja de música bávara al circo del Languedoc, así como tengo costumbre de hacerlo cada domingo en París entre el Châtelet, donde Colonne revela *La condenación de Fausto*, y el Nouveau-Théâtre, donde los conciertos de Beethoven son silbados, por no ser suficientemente musicales por un puñado de cantamañanas encaramados en lo alto.

Así pues, urge que me proporcionen, amigachos, con qué satisfacer a los fervientes del Rin; díganme si sigue siendo el mismo cerdo el que, con el pseudónimo de Sigfrido, gruñe el «Ein Schwert verhiess mir»… respondiendo al «So grüss ich die Burg»… del noble tuerto; me informarán si ese mamarracho de Sigfrido Wagner se decide a poner en marcha los trombones que deben rugir la maldición de Alberich cuando el chulo de Brunilda sale de su barco para ponerle la zancadilla a Gunther. Al mismo tiempo, calmaré con mis notas personales la curiosidad de aquellas que se interesen en el departamento vinícola del que les escribo. Conozco la flema de Renaud, pero se descargará de todo cuidado en usted, oh Claudine, que sabe manejar una pluma como si no hubiera tenido otra ocupación desde su nacimiento. A estos efectos, usted me expedirá, casta criatura, una disertación ya hecha, trufada de cotilleos y rellena de impertinencias; yo, no me será difícil, no haré sino copiarlas de nuevo —no, ni siquiera lo copiaré—, firmarlas y cobrar el monto. A cambio, mujer galante, me comprometo a no tomarle el pelo nunca más con sus viejas historias… *Rézi del tiempo de los merovingios*, y le prometo una gratitud emocionada, contenida en una bolsa de esos fondants más bien asquerosos, por los cuales tiene un gusto indecente. ¿Está bien? Bueno, yo les sabía amigos leales a quienes ningún buen sentimiento es ajeno… *nihilalienum* buenos amigos… ¡Mira que eres rancio!

Se lo devolveré, por otra parte. Y, miren, ahora mismo quiero enviarles a través de la bobina unos detalles acerca de mi estancia aquí, detalles condenadamente valiosos para Renaud el día en que, habiendo entregado menda el alma al travieso Demiurgo, el hombre amado, entre otros, por Claudine, consagrará un estudio a la vez biográfico, copioso y definitivo a «nuestro gran Maugis», musicógrafo difunto.

Así pues, he venido de Bayreuth a Béziers, saltándome la etapa de París, como un simple partidario de la Comuna (a causa de lo cual espero que me otorguen algún día una de esas tesorerías generales en las que descansan cómodamente los veteranos incendiarios del 71). Béziers es la segunda persona (a mí, los genitivos en cascada) del plural del imperfecto de indicativo del verbo más simpático de nuestra hermosa lengua francesa; es también una bonita subprefectura que abusa de lo que es, encaramada a una colina para darse aires pretenciosos de vieja ciudad fortificada. A decir verdad, es una guarida de comerciantes de vinos, y en ella no se encuentran grandes capitanes, sino toneles; así es como lo publica también un mal periodista del terruño o, al menos, se cree «una plaza enamorada de las artes» desde que un indígena con el largo nombre de Castelbon de Beauxhost tuvo la ocurrencia de convertirla, por así decir, en un centro de descentralización artística, con el solo fin de utilizar las Arenas, las famosas Arenas, tristes como el ojo de un corcel que se conforma con su pensamiento taciturno, silenciosas como el centro izquierda, desde que un empresario de gran temeridad, habiéndosele ocurrido celebrar en ellas corridas de toros, se vio hundido en la quiebra en menos tiempo que el que tarda un político en violar su palabra de honor.

Ahora bien, esta vieja libertina de la Providencia, que siempre está ahí cuando hace falta, había hecho trabar amistad al tal Castelbon del que acabo de hablar con nuestro Saint-Saëns nacional. Del comercio de esos dos grandes hombres, bien hechos para penetrarse el uno al otro, nació el proyecto de crear un Bayreuth francés, que sería Béziers, con, primero, en el papel de Wagner, Saint-Saëns, y segundo, en el de Luis de Babiera, Castelbon, el mecenas por hacer.

Los bribones pusieron este proyecto en ejecución, y de este modo me obligan, pálida víctima del deber profesional, a tragarme centenares de kilómetros de vía férrea para oír sus confecciones; les perdoné el año pasado, porque dejaron a Hérold-Lorrain-Fauré reproducir un *Prometeo* con bastante garbo; pero esta vez nos insinúan en salva sea la parte una Parysatis de tal condición que me propongo hacerme con el modo de darles su merecido. ¡Ah! ¡Eso sí que no!

Hace calor. Cuando vine a dar la víspera del estreno en la ciudad natal de ese otro jodido chinche, Viennet, el termómetro marcaba 35 grados sobre cero. ¡Casi nada!

Pedí en un café, en cuyos asientos pegajosos de imitación de cuero me desplomé, una menta con una pajita (bebida que elegí, lo juro, por sus virtudes refrescantes y no por sus propiedades afrodisíacas).

Excelente la menta del café de… ¡Vamos! Bueno, he sufrido tanto con el calor que no soy capaz de acordarme del nombre. (¡Hija del calor, Amnesia, Amnesia!). Por lo demás, querer volver a encontrar un café en esta ciudad es lo mismo que querer encontrar una falta en la escritura en una novela del cornudo marido de Marthe; cada casa es un cafetín y, tres kilómetros antes de llegar a Béziers, un olor nauseabundo de aliento a vermut y a absenta salta al

cuello de quien se aproxima, denunciando así la cercanía de Aperitivópolis.

Para empezar, tuve que rechazar el asalto de dos suboficiales retirados, dos veteranos parecidos como dos gotas de agua castrense, que pretendían que me interesara en sus partidas de billar. ¡Qué dices! Les mandé a paseo con la maestría propia de alguien que conoce los trucos de tramposos traducidos por Mardrus en una prosa adornada con bandas de oro en *Alí Babá y las cuarenta carambolas*, y, como me sentía idiota como un cuplé cantado por Rachel Launay, resolví —*similia similibus curantur*— recorrer las gacetas locales que me ofrecía una joven camarera con ojos de virio; en esas alegres páginas que me prestó esa moza del bar, pesqué, en la representación del día siguiente, informaciones llenas de jugosas promesas; la primera de todas, que «las damas de los coros estaban en posesión de sus partes» —lo cual no podrían decir sus colegas de la Capilla Sixtina—; que *Parysatis* costaba, por lo bajo, doscientos cincuenta billetes y que empleaba ciento cincuenta mil figurantes (o al revés), que la orquestación en las músicas de armonía era del mismo señor Eustace, director de ingenio y, por último, que, al lado de Laparcerie con su torso ondulante, nos sería dado oír esos artistas ilustres en ambos mundos que se llaman Decoeur, Brille, Duparc, Fonteney —¡todo ello a la vez!—. ¡Imagínense mi júbilo! Cruzar toda Francia de arriba abajo para volver a encontrarme con toda la compañía del Odeón. ¡Verdaderamente, merecía la pena el viaje!

Y, como la dicha nunca viene sola, he aquí que, en el mismo instante en que trataba de digerir tan picantes revelaciones, se me aparecieron algunas muestras de lo más granado de París, no muchas, pero ¡de qué calidad! ¡La flor y nata!

Privada de su habitual sirviente y camellero (sea Annie quien mal piensa), la clorótica Chessenet había elegido a un moreno guapo, antiguo chulo-cocinero de la condesa de Tépion, y, al lado de ese rufián con estilo de *maître* de hotel, ella parecía más pálida y calva que nunca, incolora, inodora e insípida, sin su zapador.

La señorita Tryphé, muy ocupada en su trabajo de estadística: el trust de los gatos, pensaba irse de Béziers para volver a su hotel de Bouffe-Parisiennes.

A su lado, pontificaba tía Laure, folladora sin placer y morfinómana, providencia de los pequeños telegrafistas que, más o menos, protege.

Por último, lo esencial, Jean de Katorzeur, ese serbio con cara de palafrenero inglés, antiguo redactor en lengua belga de una hoja de chantaje muy parisina, una gazmoña que se dice imperialista para justificar sus costumbres a la Cambacérès. Desde que le amenacé con privarle de su modo de ganarse la vida con la punta de mi botina, me abruma con su atención y deferencias —sin duda para salvaguardar sus espaldas—, y yo le escucho de buena gana, pues a menudo se encuentran indicaciones útiles entre las sucias murmuraciones de ese mala lengua, siempre dispuesto a sacar tajada, todas las tajadas; desayunamos juntos.

Estaba ese día en su mejor forma y, apenas acabábamos los entremeses, ya me había comunicado él, que solo había llegado a Béziers cuarenta y ocho horas antes que yo, la lista oficiosa y completa de todos los masacradores de amazonas de la zona que no pierden su tiempo con las mujeres; conociendo al Juan Nadie, no dudé que se hubiese colocado en la posición adecuada para que le informaran, y, sin dejar de prestarle oídos atentamente, pensé que habría allí un bonito estudio que escribir, interesante y nuevo, sobre la *Viticultura y homosexualidad en su relación con la producción musical*. ¿Quiso Jean de Katorzeur convencerme de que, a pesar de su reputación bien ganada, él no bebía ni una gota de ese vino? ¿O bien una «bequeña gomisión»? No lo sé, pero, acabada la colilla de después de comer, me propuso llevarme a ver a «la condesa».

Primero temí que «la condesa» fuese el mote femenino local de algún sodomita, y ya me veía mientras mi guía me presentaba a algún desconocido vestido de negro y con un parecido con él como si fuera su tía; pero no, la condesa es sencillamente una vieja que regenta, en el barrio reservado a las chicas del amor, una casa, a fe mía muy bien provista de clientela. Los habitantes de Béziers, esos grandes señores que algo tienen de reyes, hacen muchas cosas: han dado a las calles discretas del susodicho barrio las designaciones menos prosaicas que imaginarse pueda. Así es como el nombre de Alfred de Vigny indica la casa del pastor; la de Musset, el refugio tras una noche de excesos; Victor Hugo, el convento de Fantine; el mismo Mistral guía a estos caballeros, que un buen viento lleva hasta estos parajes hospitalarios.

Sorprendente, la vieja madame. Si algún día Renaud pasa por Béziers, le conmino a que no olvide visitar esa curiosidad que omite Baedeker. Usted le autorizará, indulgente Claudine —a modo de revancha—, tanto más cuanto nada obliga, tras haber conversado con la condesa, a tomar contacto con sus pensionistas; en este clima cálido se recomienda matar el tiempo de manera inofensiva.

Debe contar alrededor de sesenta años, cabellos blancos con tirabuzones en las sienes, una cadena de oro en el cuello, unos lentes que cabalgan en su nariz borbónica. La señora condesa, sentada cerca de la chimenea en un sillón de terciopelo rojo, me recibe con una distinción muy aristocrática de viuda noble. Con un gesto propio de dicha nobleza, después de que Katorzeur me presentara, me señaló un asiento y (¡lo que es la gloria!) me dijo que mi nombre no le era desconocido.

—¡Ah! ¿Maugis? —articuló lentamente—. Maugis es un escritor famoso y viene a oír la obra de nuestro gran Saint-Saëns. ¡Somos tan artistas en Béziers, tan artistas!

—Si tú lo… si usted lo dice, señora —dije con deferencia.

—Yo, señor Maugis, adoro la música de Saint-Saëns… No pongo nada por encima de ella.

Temía que la condesa me diera la lata de manera exagerada. La crítica musical soy yo el que la vendo; la de los demás me trae al fresco. Para dejárselo claro a la digna señora silabeé con calma:

—Yo, sabe usted, con tal de que el vientre no se queje ni me ponga dificultades, el resto me da igual.

No pareció que le chocara y sonrió ligeramente, siempre como gran señora.

—Admiro lo pintoresco del lenguaje del señor Maugis, y adivino que ahora desea la compañía de una joven amable y bonita…

—Exactamente.

—Voy a enviarle lo que pide. ¿Usted se queda, señor de Katorzeur?

El serbio me interrogó con la mirada.

—Vaya, querido, no le retengo; no me sería de ninguna utilidad.

La condesa se levantó, saludó, y salió meneando ligeramente las caderas, seguida de Katorzeur; al instante siguiente vinieron a ofrecerme sus servicios dos cortesanas; Juliette era rubia, Carmen, morena. ¿Sería Romeo o don José? Fui uno y otro, así tengo el honor de decírselo.

Al día siguiente, ¡ah!, el día siguiente fue menos alegre. Tuve que vestirme a cien por hora (Calliope dice a «cientos de horas», es más pintoresco). A falta de algo mejor, tuve que sentarme en un tapiz hostil a los glúteos, tragar el polvo de una carretera hundida y tuve que estar en las Arenas, con un cochino sol que se había puesto de su parte. Había 12.595 meridionales transpirando como un secreto mal guardado. Avispado como soy, logré, a pesar de todo, encontrar un rincón en la sombra detrás del trasero copioso de una vinatera, y me empapé el cristalino contemplando el decorado de Jambon y Bailly. Un decorado estupendo, sin camelo. El mismo palacio que habitó Artajerjes Mnemon «en el año 401 antes de Jesucristo», según especifica el programa. Esto no es que nos rejuvenezca precisamente. Frisos de esmalte azul turquesa, leones alados, y columnas, y pórticos, y jardines en terrazas, y pequeños bribones, y grandes tendidos, viejos militares de grado (pajes, capitanes) y todo cuanto quieras; al pobre portero que tenía que barrer el lugar todas las mañanas seguramente no le quedaba tiempo ni para calentarse al sol. Y una mezquina laguna que sorprende en una tan lujosa instalación: no hay ascensor.

Suena tres veces —no sé por qué me acuerdo de la condesa— la llamada de la trompeta; Paul Viardot, director de orquesta regordete, levanta una batuta imperiosa. Parysatis reina con rigor.

¡Ah, Dios mío! ¿Qué habré hecho al cielo para tener que padecer semejante suplicio? Ya sé, no poseo todas las virtudes de un Luis Gonzaga, no cuido lo que sale de mi boca y me atrae la de las mujeres; merezco al menos veinte años de purgatorio y diez años de prohibición de residencia, pero ¡esto no!, ¡Dios mío, esto no!

Oigan: Parysatis es la madre de Artajerjes, que ejerce el oficio de rey de los persas (no todo el mundo puede ser presidente de la República). Tiene otro retoño, Ciro, que lleva dentro de sus entrañas y que, naturalmente, conspira contra el monarca de su hermano. La cosa no le sale bien al hermano. Es vencido y muerto en Cunaja, al mismo tiempo que el inoportuno de Jenofonte. En el equipaje del difunto se descubre a una esclava griega llamada Cora Laparcerie, cuyo papel interpreta una célebre actriz llamada Aspasia. Indiscutiblemente seductora, esta Cora con su aspecto de estatuilla de Tanagra que ha engordado un poco, de Tanagra… doble, cautiva al chiquillo Darío, hijo de Artajerjes, que se embala a fondo con ella, aunque ella se haya ido al catre con su difunto tío con verdadera pasión; él quiere acostarse en la tienda, ese arrapiezo vicioso. Ella, por su parte, no pide otra cosa que conceder sus favores. Pero he aquí que Artajerjes también tiene la intención de poseerla. Aspasia protesta; entonces Artajerjes mata a Darío —era de esperar—. ¿Creerán tal vez que al fin va a poder acostarse con Aspasia? ¡Naranjas de la China! ¡Se mata, la muy tunanta!

Y Parysatis, ¿qué vela tiene en todo este entierro?

Parysatis, pues bien, es la que da título a la obra —bonito regalo para hacer a una tragedia—; además, cuando el deceso de Aspasia deja en tres el número de macabeos, arma un jaleo de todos los demonios y se vuelve tan insoportable que Artajerjes la expulsa, como una congregación; al marcharse, la vieja gruñona deja unas palabras históricas: «He aquí que la monarquía se va». Ni una palabra más. Confeccionar buena música sobre un tema semejante me parece tan imposible como para una cabra escarbarse los dientes con el cuerno izquierdo.

No quisiera calcular bajo cuántos centenares de metros de materias fecales preferiría encontrarme antes que oír por segunda vez ese drama del color del hollín, cuya perpetración llena a la señora Dieulafoy de un vesánico orgullo. ¡Ah!, no es nada difícil, la exploradora, y puede vanagloriarse de unir una jodida brizna de pluma a su pico de arqueóloga. Sin bromas, Ponson du Terrail me parece un estilista excepcional al lado de esta autora que descubre, con el mismo arrobamiento que si exhumara otro palacio antiguo, lágrimas «que amargas se derraman», rostros

«cargados de preocupación», la juventud y la gloria que «se agostan como la hierba»: Parysatis, interrumpiendo una escena de magreo entre Darío y Laparcerie, «espanta todo un vuelo de besos»; allí mismo, dispuesta a utilizar la astucia con Artajerjes, decreta: «A la piel de la serpiente hay que coser la del zorro». ¡Curioso zurcido! Y en cuanto a la otra pelleja de Aspasta, a quien oímos decir que no está segura de «haber tocado el fondo del dolor», sí lo está, al menos, compensación nada despreciable, de haber «alcanzado la cima de la felicidad». ¡Vaya! ¡Vaya! ¿Dónde está mi alpenstock?

Y esta prosa pútrida como la de Hanry Ner está agujereada por los gusanos de tal modo que el más vetusto roquefort desviaría la cara lleno de náuseas. Fíjense en ese coro de damiselas expectantes que parecería una chapuza de Su Insolencia Perilhou-le-Baveux:

Hace tres meses nuestro valiente ejército
(acostumbrado a la victoria),
orgulloso de tomar impulso,
ha salido de Susa, la de puertas de oro…
Seguimos esperando junto a las altas murallas
a nuestros valerosos guerreros que embriagan las batallas.

El mismo lirismo pobretón se exalta en las estrofas en que los cazadores celebran a Darío, porque este efebo, a quien no le gusta permanecer inactivo, ha aprovechado la entrada del cuerpo de ballet para ir a matar un leopardo. ¡Pam! Una flecha en el ojo.

El monstruo da un salto, rugiente:
era fuego, era sangre
lo que brotaba de sus pupilas.
Pero entonces dos nuevas flechas
volaron, y el leopardo
cayó traspasado de parte a parte.

¡Vaya petardo! ¡Vaya petardo!

Esa fue, por otra parte, la única alegría de la obra, ese leopardo. Una alfombrilla de 5,95 francos a lomos de un jamelgo escuálido representaba el despojo de la fiera de manera divertida y lastimosa, y, al contemplar esa alfombrilla para *meublés* de a veinte centavos la cita, sentí por un instante el mismo júbilo que experimenté el año pasado cuando el pequeñajo que representaba al buitre de Prometeo había gritado, rezumando angustia: «¡Mamá, pipí!».

Esta figuración tan numerosa, proxeneta y ridícula, esos jinetes, magos, sátrapas e inmortales (he contado más de cuarenta), esos cautivos, esos monteros con tocados en forma de torta —simbolismo ingenuo—, con sus ropas de mujer hindú y blusas que dejaban ver pantalones desflecados y borceguíes sin lustrar, todo ello era sucio y ocupaba sitio; agravado por pachones que desafinan e instrumentistas músicos que ladran. Todo ello armaba un bochinche nada corriente.

Entre nosotros, Aspasia Laparcerie, así estuviese sin velos, me excitaría más que el general André, así estuviese en uniforme de gala; sabe enlazar sus brazos puros de la forma más mimosa del mundo alrededor del cuello de Odette de Fehl, aunque un pánfilo del *Monde Musical* haya constatado en ella una falta de sinceridad en la pasión, añadiendo, bendito primo: «La pasión no puede ser sincera cuando se disfraza el sexo del amante…». (¿Eh, Claudine? ¡Qué he-Rézía, quiero decir herejía!). En todo caso, yo la devoro cuando levanta las cortinas de su lecho entre los glissandos de las arpas (que sin pedales, oh Lyon, me habrían gustado más), mientras una flauta hace rodar espirales de éxtasis (*modo hipofrigio*).

La entrada de Parysatis no es moco de pavo, sobre todo cuando el ritmo solemne de los timbales acude a acompasarla lentamente (*modo hipodórico*).

Por lo que respecta al chisme ese llamado «El ruiseñor y la rosa», me levantaré de noche para reírme. Como música, más parece que sean gárgaras con un toque monín pero ¡cómo rezuman poesía! ¡Enciendan la luz, el ruiseñor sopraniza: «Ah, ah, ah…!». Entonces el coro responde: «¡Ha!, ¡ha!, ¡ha! ¿No es cierto? ¡Se los comería con pan!» (*modo hipolidio*).

Mi mejor recuerdo musical es una enorme corista, roja como una noche de bodas, bigotuda como Van Waefelghem,

maciza y cuadrada como una torre de la catedral de Saint-Nazaire (*modo hipopótamo*).

Tales son las reflexiones dignas, justas, equitativas y saludables que me inspira Parysatis, colección de reminiscencias Saint-Saëns. ¡He ahí a un músico que se conoce a sí mismo! Sin llegar a ser tan agotador como las composiciones corales del somnífero Georges Huë, su chisme persa no me entusiasma. Está bien hecho, es frío, es liso; parece el trasero de la Rose-Chou.

La pequeña fiesta termina con el espectáculo de tres señores que aparecen en escena ante las aclamaciones de un pueblo en delirio y que se abrazan descaradamente. Esos tres fantasiosos eran el señor Castelbon, Saint-Saëns y la señora Dieulafoy. Bien, chatos míos.

Después de la cena me encontré con Pierre Lalo, que es camarada de Durand, el editor de Saint-Saëns, y se inclinaba por la indulgencia: «Total, vale más esto que ir al…». Le respondí con firmeza: «Yo no lo creo así». Y volví a casa de la condesa, al edificio risueño que ella ha sabido acondicionar de modo tan moderno (agua y mozas en todos los pisos).

A este desenfreno adicional le deben una carta por la cual voy a tener que soltar al menos veintiún céntimos de porte. Mis riñones, un poco debilitados, habrían soportado muy mal la trepidación del expreso y he retrasado mi regreso veinticuatro horas; por eso, ganado por esta furia de muertes que determinó el antipático Artajerjes al matar a su hermano, luego a su hijo, he querido matar el tiempo. De ahí esta relación, larguita.

Beso, Claudine, sus manos, que adivino expertas. Dígale a Renaud que continúe dándole sus sabios consejos, sin los cuales farfullaría de manera incontestable al elegir a sus amigas. ¿Duda usted entre la morena esbeltez de Annie o el recuerdo de Rézi, vienesa llenita? En su lugar, yo no dudaría… ¡Es la grasa lo que le aconsejo!

HENRY MAUGIS

Una malévola fatiga enturbia esta hora clara. ¿Qué necesidad había de acercarme a aquella gente, a aquellos días? Vuelvo a leer la carta de Claudine y su malhadada solicitud reaviva en mí imágenes borradas a través de las cuales miro fijamente, sin verlo bien, el sobre cuadrado y la letra rígida de Alain. Dakar. Dakar. ¿Dónde vi escrito este nombre en medio de un redondelito? ¿Y por qué Dakar? La última vez era Buenos Aires.

Salgo de mi bruma con un grito: ¡Dakar! Sí, está regresando, está de camino, se va acercando… ¡Estará aquí mañana, dentro de muy poco! ¿Esto es lo que tramaba la serenidad de esta mañana? Mis torpes manos rompen sobre y carta, la escritura neta tiembla ante mis ojos. Leo poco más o menos: «Mi querida Annie… por fin… el regreso… encuentro de nuestros amigos X que viajan como turistas… me retienen… cuestión de diez días… encontrar la casa lista, Annie feliz, etcétera». ¡Diez días, diez días! El destino no me concede más tiempo para reflexionar. Es poco, pero será suficiente.

—¡Léonie!

—¿Señora?

Tiene tres gatitos recién nacidos en su delantal levantado y me explica, para disculparse, riendo:

—Es que los voy a ahogar.

—Apresúrese. Las maletas, el neceser, todo a punto para el expreso de las cinco. Regresamos a París.

—¡Otra vez!

—¿Le molesta? Lamentaría imponerle por un minuto más un servicio contrario a sus gustos.

—No decía eso, señora…

—Pues dese prisa, el señor me anuncia su regreso.

La oigo en el primer piso, vengándose con los cajones de la cómoda y las cerraduras de los armarios.

¡Todas esas cajas, todos esos paquetes! Flota un olor de cuero nuevo, de papel negro alquitranado, de áspera lana que no ha sido usada y de betún también, a causa del gran abrigo impermeable. Desde mi precipitado regreso he ocupado bien el tiempo. Solo se me ha visto en casa del zapatero, del sastre y del sombrerero. Hablo como un hombre, pero la culpa es más de la moda que mía.

¡En cinco días me he encargado y hecho entregar tantas, tantas cosas! He subido tantas escaleras, hecho venir a tantos proveedores con cara de criados enriquecidos, me he quitado tantas veces falda y corpiño, los brazos desnudos y temblorosos bajo los dedos fríos de las *premières*, que la cabeza me daba vueltas. No importa, eso es bueno. Sacudo la cabeza para ponerme el cuello…

Sentada, algo aturdida, estoy admirando mis tesoros. ¡Qué bonitos son los zapatos ingleses, planos y afilados como yolas, con sus tacones bajos! Se debe de poder caminar largo rato en equilibrio encima de esos barquitos amarillos; por lo menos, me lo imagino. Mi marido prefería que llevara los tacones estilo Luis XV, «más femeninos». Puesto que él los prefería, ¡yo no los quiero! Tampoco le iba a gustar mucho este traje sastre de paño rojizo como pelo de ardilla, cuya falda al bies se ensancha de manera tan neta y sencilla. A mí me gusta. Su sobriedad me adelgaza más aún, su leonado color subraya el azul de mis ojos y lo exagera hasta hacerse la boca agua. Y esos guantes masculinos, pespunteados, ese sombrero de fieltro correcto con una pluma de águila… Tantas novedades, tantas desobediencias me embriagan como lo imprevisto de esta habitación de hotel. Un hotel «muy bien», a dos pasos de casa. No se dirá que me escondo.

He dicho a Léonie, sin la menor preocupación por la verosimilitud: «Hay que hacer reparaciones urgentes en la casa. El señor se reunirá conmigo aquí, en el Imperial Voyage». Y, desde entonces, casi todas las mañanas aparece la pobre muchacha para recibir órdenes y lamentarse.

—Señora, ¿lo creería? El arquitecto aún no ha comparecido para hacer las reparaciones que la señora indicó por escrito.

—¡No es posible, Léonie! Ahora bien, quizá el señor le haya dado instrucciones especiales…

Y la despido con una sonrisa tan amable que se va intimidada.

Espero la hora del té cansada, acariciando solo con la vista, porque cuando lo toco me impresiona, el más hermoso de mis juguetes nuevos, que he comprado hace un momento: un pequeño revólver, lindo, lindo, negro, que se parece a Toby (¡Toby!, haz el favor de no lamer ese cartón barnizado. Te dará dolor de vientre…). Tiene dos seguros, seis tiros, una varilla, un montón de chismes. Lo compré en la tienda del armero de Alain. El que me lo vendió me explicó cuidadosamente el mecanismo mientras me contemplaba con expresión fatalista, como si pensara: «¡Una más! ¡Qué pena, tan joven! Bueno, al fin y al cabo, he de vender mis chismes».

Me siento bien. Saboreo un reposo olvidado desde hace tiempo. Un gusto bastante bueno ha presidido el amueblamiento de este saloncito amarillo y la habitación estilo Luis XVI que lo acompaña. Mi instinto irritable y delicado no huele aquí a alfombras sucias o acolchados con rincones inquietantes. La luz resbala sobre muebles bonitos, enmaderados mates de un blanco grisáceo suave. Un pequeño teléfono de servicio cascabelea discretamente con una tranquilidad de casa bien llevada. Cuando salgo, un anciano caballero vestido de chaqué, que reina en el despacho, me sonríe como a su hija. Duermo horas enteras por la noche encima de unos buenos colchones cuadrados y firmes.

Por un instante sueño que soy una señorita inglesa madura, apacible y seca, que estoy a pensión en una *family* muy chic. Toc, toc, toc.

—Entre.

Toc, toc, toc.

—Le estoy diciendo que entre.

La doncella, graciosilla, asoma su hociquito de ratón sin decirme nada.

—¿Es el té, Marie?

—Sí, señora, y una visita para la señora.

—¡Una visita!

De un salto me pongo de pie, sujetando aún por los cordones uno de mis zapatos amarillos. El hociquito de ratón se asombra:

—¡Sí, señora, es una señora!

Tiemblo, me zumban las orejas.

—¿Está segura de que es una señora?

Marie rompe a reír como una doncella de comedia. Me lo merezco.

—¿Le ha dicho que estaba? Dígale que suba.

Espero apoyada en la mesa y en mi cerebro se arremolinan cien tonterías. Esa señora es Marthe, Alain la sigue… Quieren apoderarse de mí. Enloquecida, miro el negro juguete.

Unos pasos vivos rozan la alfombra. ¡Oh, Dios mío, si es Claudine! ¡Qué contenta estoy, qué contenta estoy!

Me lanzo a su cuello con tal «¡Ah!» de alivio que se aparta, algo extrañada.

—Annie, ¿a quién esperaba?

Estrecho sus manos, paso mi brazo bajo el suyo, la llevo hacia el canapé dorado con ademanes nerviosos que aparta suavemente, como inquieta.

—¿A quién esperaba? ¡A nadie! ¡Nadie! ¡Oh, qué contenta estoy de que sea usted! —Una sospecha ensombrece mi alegría—. Claudine, ¿nadie la envía? ¿No viene usted de parte de…?

Levanta sus finas cejas, luego las frunce, impaciente.

—Vamos, Annie, vamos. Parece que estamos representando la comedia de sociedad. En particular, usted. ¿Qué pasa? ¿Qué teme?

—No se enfade, Claudine, ¡es todo tan sumamente complicado!

—¿Usted cree? Es tan sencillo casi siempre…

Dócil, no la contradigo. Está bonita a su manera, como siempre; misteriosa bajo su sombrero negro con una guirnalda de cardos azules y blancos, toda ojos y rizos, irónica y afilada la barbilla.

—Quiero decírselo todo, Claudine. Pero, antes que nada, ¿cómo supo que estaba aquí?

Levanta un dedo.

—¡Chist! Hay que agradecérselo una vez más al Azar, con A mayúscula, Annie, al Azar que me sirve, a no ser que me mande. Me condujo al almacén del Louvre, que es uno de sus templos, luego debajo de las arcadas del Teatro Francés, no lejos de un conocido armero, donde una esbelta criatura de ojos ardientes y azules estaba comprando…

—¡Ah! ¿Era eso?

¡Ella también, ella también ha tenido miedo! Creyó… Es agradable, pero algo ingenuo, y sonrío disimuladamente.

—¿Qué? Usted creyó… No, no, Claudine, no tema nada. Por un no o por un sí no suele hacerse…

—… Habla la pólvora… De todas maneras, su razonamiento es erróneo, pues suele ser, por el contrario, un sí o un no.

Está burlándose, pero mi corazón se dilata de gratitud hacia ella. No por su temor una pizca folletinesco de hace un instante, sino porque en ella, solo en ella, he hallado compasión, lealtad, ternura un instante fogosa, todo cuanto la vida me ha negado hasta hoy.

Me habla con dureza y me mira con ternura. El malestar se distingue bajo la chanza. No está segura de lo que hay que recetarme. Es un pequeño médico ignorante, inteligente y supersticioso; un curandero

algo adivino, aunque sin experiencia. Siento todo esto y me guardaré de decírselo. Es demasiado tarde para que cambie mis costumbres.

—Este inmueble no es asqueroso del todo —comprueba Claudine, mirando alrededor—. Este saloncito amarillo es gracioso…

—¿Verdad? Y fíjese en el dormitorio. No huele a hotel.

—No, a fe que no. Más bien se diría una casa elegante de… perdone la expresión, una casa de citas.

—¡Ah! No estoy enterada.

—Ni yo tampoco, Annie —contesta, riendo—. De todas formas, me las han descrito.

Esta revelación me deja pensativa: «Una casa de…». El hallazgo resulta irónico para una mujer que no espera a nadie.

—Claudine, tome un poco de té.

—¡Puaj! ¡Qué fuerte está! Eche mucho azúcar, por lo menos. ¡Ah, ahí está Toby! Toby encantador, ángel negro, sapito cuadrado con frente de pensador, salchichón con patas, cara de asesino sentimental, cariño mío, tesoro mío.

Ahora está completamente convertida en Claudine, a cuatro patas en la alfombra, caído el sombrero, abrazando al perrito con todas sus fuerzas. Toby, que a todo el mundo amenaza con sus dientes desiguales y sólidos, Toby hechizado, se deja rodar por ella como un ovillo.

—¿Fanchette está bien?

—Siempre, gracias. Ha tenido tres hijos más, ¡imagínese! Este año ya son nueve. Se lo escribiré al señor Piot… Por lo demás, unos críos indignos, grisáceos, de mala marca, hijos del carbonero o del lavandero. Pero, en fin, le hace bien.

Bebe su taza de té a dos manos, como una niña. Así, en el jardín de Margrave tuvo, echada hacia atrás por un minuto, un solo minuto, mi cabeza a la deriva.

—Claudine.

—¿Qué?

Ya serena, quiero callar.

—Nada.

—¿Nada de qué, Annie?

—Nada de nuevo… Es usted quien ha de preguntar.

Sus ojos de colegial malicioso se convierten en ojos de mujer, sombríos y penetrantes.

—¿Puedo? ¿Sin restricciones? Bueno. ¿Ha regresado ya su marido?

Sentada a su lado, bajo la vista hasta mis manos, cruzadas como en el confesionario.

—No.

—¿Regresará pronto?

—Dentro de cuatro días.

—¿Qué ha decidido?

Le confieso en voz baja:

—¡Nada!

Ella se sorprende.

—¡Nada! ¡Nada! Entonces ¿qué son todos estos trastos?

Con la barbilla señala la maleta, las ropas, las cajas revueltas. Me turbo.

—¡Bah! Son fruslerías para la próxima temporada…

—¿Ah, sí?

Me inspecciona con mirada recelosa. Ya no me aguanto.

Que me censure, pero que no se imagine una indigna escapatoria, no sé qué ridículo rapto. Deprisa, deprisa, hablo, cuento una deshilvanada historia:

—Oiga… Marthe me dijo, allá, que Alain, con Valentine Chessenet…

—¡Ah, la bribona!

—Entonces vine a París, casi eché abajo el escritorio de Alain… Encontré las cartas.

—¡Muy bien!

Los ojos de Claudine chispean, retuerce un pañuelo, y yo, animada, me voy entusiasmando.

—Y después lo dejé todo en el suelo, cartas, papeles, todo. Las encontrará. Sabrá que fui yo. Solo que no quiero, ¿comprende? No le amo lo suficiente para quedarme con él. Quiero irme, irme, irme…

Me ahogo en lágrimas y prisa, levantando la cabeza en busca de aire. Claudine me estrecha delicadamente las dos manos y pregunta con voz muy dulce:

—Entonces ¿lo que quiere es el divorcio?

La miro atontada, como si me hubiera pegado.

—¿Divorcio? ¿Para qué?

—¿Cómo? ¡Es extraordinaria! Vamos, puesto que no quiere vivir con él…

—Claro. Pero ¿es que el divorcio es necesario?

—¡Caramba! Sigue siendo el medio más seguro, si no el más corto. ¡Qué criatura!

Pronuncia esa palabra como el nombre de una fea enfermedad. No tengo ganas de reír y me voy aturdiendo poco a poco.

—¡Comprenda que no quisiera volver a verlo! ¡Tengo miedo!

—Eso está dicho muy valerosamente. ¿Miedo de qué?

—De él. Que vuelva a aprisionarme, que me hable, miedo de verle… Quizá actúe con mucha maldad. Quizá peor que antes.

Me echo a temblar.

—¡Pobre pequeña mía! —murmura Claudine, muy bajito, sin mirarme.

Parece estar reflexionando.

—Claudine, ¿qué me aconseja?

—Es muy difícil. Yo no sé muy bien. Habrá que preguntar a Renaud.

Grito, aterrorizada:

—¡No! ¡A nadie! ¡A nadie!

—Es usted muy poco razonable, pequeña. Vamos… ¿Cogió las cartas de la dama? —me pregunta de repente.

—No —confieso algo desconcertada—. ¿Para qué? No son mías.

—¡Vaya un motivo! —Y Claudine se encoge de hombros despreciativa—. ¡Bueno! No se me ocurre nada. ¿Tiene dinero?

—Sí, casi ocho mil francos. Alain me dejó mucho.

—No le pregunto eso. Quiero decir dinero suyo, fortuna personal.

—Espere. Trescientos mil francos de dote y luego cincuenta mil francos líquidos que me dejó, hace tres años, la abuela Lajarrisse.

—Está bien, no se morirá de hambre. ¿No le importará, para más adelante, que el divorcio se falle en su contra?

Contesto con un ademán displicente.

—¡Yo también! —dice Claudine graciosamente—. Pues bien, pequeña mía, váyase.

No me muevo, no digo nada.

—Mi consulta, mi receta, ¿no le hacen prorrumpir en exclamaciones de entusiasmo, Annie? Lo comprendo. Pero ya he agotado mis fuerzas. Y también mi ingenio.

Alzo hacia ella mis ojos anegados en nuevas lágrimas. Le muestro, sin palabras, la maleta, las recias ropas, los zapatones, el abrigo impermeable, todo el pueril aparato de *globe trotter* comprado estos días. Sonríe y su cautivadora mirada se vela.

—Ya veo, ya veo. Me di cuenta enseguida. ¿Dónde va usted, mi Annie que voy a perder?

—No sé.

—¿Es cierto?

—Se lo juro.

—Adiós, Annie.

—Adiós, Claudine. —Le imploro, apretándome contra ella—: Dígame aún…

—¿Qué, querida mía?

—Que Alain, si me coge, no puede hacerme ningún mal.

—No la cogerá… Por lo menos, ahora mismo. Antes de verlo a él se verá con gente desagradable que manejarán papeles. Más tarde llegará el divorcio, las censuras para Annie y la libertad…

—La libertad… —He hablado con voz imperceptible como ella—. La libertad… ¿Es muy pesada, Claudine, muy difícil de manejar, o será una gran dicha tener la jaula abierta, la tierra entera para mí?

Responde bajito, sacudiendo su rizada cabeza:

—No, Annie, no tan deprisa. Quizá nunca… Por mucho tiempo llevará las huellas de la cadena. Quizá también usted es de las que nacen sometidas, pero hay algo peor que eso. Temo…

—¿Qué?

Me mira de frente. Veo brillar en toda su belleza las pupilas y las lágrimas de Claudine, lágrimas suspendidas, hermosos y dorados ojos que me negaron su fulgor.

—Temo el encuentro. Encontrará al hombre que aún no ha cruzado su camino. Sí —responde ante mi ademán de rebeldía—; la está esperando en alguna parte. Es justo, es inevitable. Solo que, Annie, ¡oh, mi querida Annie!, debe saber reconocerle, no se equivoque, pues hay sosias, hay sombras múltiples, caricaturas. Entre usted y él están todos aquellos que hay que cruzar, o apartar…

—Claudine, ¿y si envejeciera sin hallarle?

Alza su brazo gracioso con un ademán más grande que ella misma.

—¡Vaya de todas maneras…! ¡La espera al otro lado de la vida!

Me callo, respetuosa ante esa fe en el amor y un poco orgullosa, también, de ser la única, casi la única que conoce a la verdadera Claudine, exaltada y salvaje como una joven druida.

Igual que en Bayreuth, aquí estoy presta a obedecerla en el bien y en el mal. Me contempla con esas pupilas donde quisiera volver a hallar el resplandor que me deslumbró en el jardín de la Margrave…

—Sí, Annie… espere… Quizá no hay hombre que merezca todo eso.

Su ademán roza en caricia mis hombros y me inclino hacia ella, que lee en mi rostro el ofrecimiento de mí misma, el abandono en que estoy y las palabras que voy a pronunciar. Apoya fuertemente su mano tibia en mi boca y luego se la lleva a los labios y la besa.

—Adiós, Annie.

—Claudine… ¡Un instante, solo un instante! ¡Quisiera que me amara de lejos, usted, que hubiera podido quererme, usted, que se queda!

—No me quedo, Annie. Ya me he ido, ¿no se da cuenta? Lo he abandonado todo excepto a Renaud… por Renaud. Las amigas traicionan, los libros engañan… París no verá más a Claudine, que envejecerá entre sus parientes, los árboles, con su amigo. Él envejecerá más deprisa que yo, pero la soledad hace fáciles los milagros y quizá podré dar un poco de mi vida para alargar la suya.

Abre la puerta. Voy a perder a mi única amiga. ¿Qué ademán, qué palabra podría retenerla? ¿No hubiera debido…? pero ya la blanca puerta ha ocultado su sombría esbeltez y oigo apagarse en la alfombra el roce ligero que momentos antes me anunciaba su presencia… ¡Claudine se va!

Acabo de leer el telegrama de Alain. Dentro de treinta y seis horas estará aquí y yo… Esta noche tomo el rápido de París-Carlsbad, que antaño nos llevó a Bayreuth. De allí… Aún no sé, Alain no habla alemán, es un pequeño obstáculo de más.

He reflexionado mucho desde anteayer y tengo la cabeza muy fatigada. Mi doncella se sorprenderá tanto como mi marido. No me llevo más que a mis amigos negros: Toby el perro y Toby el revólver. ¿No seré una mujer bien guardada? Parto resueltamente, sin ocultar mis huellas, sin señalarlas tampoco con menudos guijarros. La mía no es una huida loca, una cuestión improvisada: hace cuatro meses que la correa, lentamente raída, se desgarra y cede. ¿Qué fue necesario? Únicamente que el carcelero distraído volviera sus talones para que apareciera el horror de la prisión, para que brillara la luz en las rendijas de la puerta.

El porvenir incierto se extiende ante mí. Que nada sepa yo del mañana, que ningún presentimiento me avise. ¡Claudine ha dicho ya demasiado! Únicamente quiero esperar y temer que haya países donde todo sea nuevo, ciudades que con solo su nombre ya me retengan, cielos bajo los cuales un alma extraña sustituya a la mía… ¿En el mundo entero no hallaré un símil de paraíso para una criatura como yo?

De pie, vestida de color rojizo, le digo adiós delante del espejo a mi imagen de aquí. ¡Adiós, Annie! A pesar de lo débil y vacilante que eres, te amo. ¡Ay, solo te tengo a ti a quien amar!

Me resigno a todo lo que vendrá. Veo, con triste y pasajera clarividencia, este nuevo comienzo en mi vida. Seré la viajera solitaria que durante una semana intriga en las mesas de hotel, de la que, súbitamente, se enamora el colegial en vacaciones o el artrítico de los balnearios, la que cena sola y sobre cuya palidez construye un drama la maledicencia, la dama de azul o la dama de negro, cuya altiva melancolía hiere y rechaza la curiosidad del compatriota de paso. Aquella, también, a quien un hombre sigue y asedia porque es bonita y desconocida o porque brillan perlas redondas y nacaradas en sus dedos. Aquella a quien una noche se asesina en el lecho de un hotel, y se descubre luego su cuerpo sangriento y ultrajado. No, Claudine, no me estremezco. Todo eso es la vida, el tiempo que corre, el milagro esperado a cada recodo del camino; confiada en él me evado…

Recuperamos en un volumen las cuatro novelas de Claudine, el personaje de Colette que rompió todos los estereotipos y no ha dejado de fascinar a los lectores

El presente volumen reúne las cuatro novelas que la genial Colette dedicó a su personaje quizá más icónico, la joven y desenfadada Claudine. Publicadas entre 1900 y 1903, *Claudine en la escuela, Claudine en París, Claudine casada* y *Claudine se va* fascinaron y escandalizaron a la sociedad de su tiempo, y desde entonces han tenido una enorme influencia en la literatura francesa e internacional, con ecos en obras como *Lolita* o *Buenos días, tristeza*, así como en incontables autoficciones.

La historia comienza cuando la protagonista tiene quince años y se encuentra en el instituto, donde traba amistades a menudo ambiguas con distintas muchachas. Más tarde la vemos llegar a París y descubrir la vida de la metrópolis con toda la sensualidad de la *belle époque*. Al cabo, contrae matrimonio, pero la prevista felicidad conyugal se resquebraja cuando queda fascinada por la mujer de un amigo e inicia con ella una aventura homosexual que le abre nuevos horizontes.

Reivindicadas por el feminismo y precursoras de la literatura gay en una época en que ni siquiera existía esa categoría, las cuatro entregas de la serie siguen deleitando por su fabuloso manejo del lenguaje, su sentido del humor, sus retratos de época y su irrenunciable alegría de vivir.

Sobre la autora y su obra:
«Un gran escritor es también un escritor que crea mitos, que renueva nuestra mitología. Colette los creó, empezando por el de Claudine, la heroína traviesa de sus cuatro primeras novelas».
Antoine Compagnon

«La hedonista Colette exige a toda costa el derecho a la felicidad e impone su sensualidad desinhibida en las novelas de Claudine».
Julia Kristeva

«Una de las grandes escritoras francesas del siglo XX».
The New York Times Book Review

Sidonie-Gabrielle Colette (1873-1954) debutó en la vida literaria de la mano de su marido Henri Gautier Villars, Willy, en 1900 con la primera de las novelas del ciclo «Claudine». Solo al cabo de unos años la escritora empezó a firmar su obra con su propio nombre. Autora de novelas tan deliciosas como *La vagabunda*, *Gigi*, *Chéri* y *La mujer oculta*, Colette fue abriéndose camino en las letras francesas hasta llegar a ser nombrada presidenta de la Academia Goncourt. En 1984, treinta años después de su muerte, toda su obra fue reunida en la colección de La Pléiade.

Título original: *Claudine à l'école, Claudine à Paris, Claudine en ménage, Claudine s'en va*

Primera edición: abril de 2023

Claudine à l'école © 1900, 1930, Éditions Albin Michel, Paris
Claudine à Paris © 1901, 1931, Éditions Albin Michel, Paris
Claudine en ménage © 1902, Éditions Mercure de France, Paris
Claudine s'en va © 1903, 1931, Éditions Albin Michel, Paris
© 2023, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona
© 1965, 1968, 1970, E. Piñas, por las traducciones de
Claudine en la escuela, Claudine en París y Claudine se va
© 1990, Enrique Ortenbach, por la traducción de *Claudine casada*

Diseño de portada: Penguin Random House Grupo Editorial / Marta Pardina
Imagen de portada: © Centre d'études Colette

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*. El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 978-84-663-6820-9

Compuesto en www.acatia.es

Facebook: PenguinEbooks
Facebook: PenguinLibros
Twitter: @penguinlibros
Instagram: penguinlibros
Youtube: PenguinLibros
Spotify: PenguinLibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro.»

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

[1] El nuevo grupo escolar crece desde hace siete u ocho meses en un jardín contiguo, comprado expresamente para ello, pero hasta ahora no nos interesan mucho esos grandes cubos blancos que suben poco a poco; a pesar de la rapidez (inusitada en esta tierra de haraganes) con que se realizan las obras, no creo que las escuelas estén terminadas antes de la Exposición. Y entonces, provista de mi certificado elemental, habré dejado ya la escuela... ¡desgraciadamente!

[2] *Biscaïens*, canicas grandes, para jugar al gua.

[3] Hacen falta nueve canicas para jugar al cuadrado.

[4] Frutos de manzano, espantosamente agrios.

[5] Goma de los árboles frutales.

[6] Insisto, de Molière, de Racine, de Boileau, etcétera, no nos dan sino fragmentos muy cortos durante el curso. Desde hace poco, ponen en manos de las alumnas ediciones enmendadas antes de los exámenes, y el tiempo para lecturas debe tomarse del que se dedica a aprender las lecciones. Este tipo de literatura abruma a las niñas, que no comprenden ni pizca a Molière. Una pequeña infortunada, el día del examen, escribió a lo largo de toda la composición en francés «Frisale», en lugar de Chrysale.

[7] En el Fresnois se cuenta por *sous*, «sueldos», hasta los seis francos. Pero cuando se trata de sesenta sueldos se les llama tres francos, como en todas partes.

[8] Véase *Claudine en la escuela*, p. 138. *(N. del E.)*

[9] Véase *Claudine en la escuela*, p. 127 y ss. *(N. del E.)*

[10] Véase *Claudine en París*, p. 344. *(N. del E.)*

[11] En francés, «manzana».

[12] Véase *Claudine en París*, p. 428. *(N. del E.)*

Índice

Las novelas de Claudine

Claudine en la escuela

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4

Claudine en París

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16

Claudine casada

- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6

Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Claudine se va
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9

Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29

Sobre este libro
Sobre Colette
Créditos
Notas